UAB
Universitat Autònoma de Barcelona

Historia de las milicias de Falange:
Cultura miliciana, violencia, movilización y proceso de fascistización

Joan Parra Canudas

ADVERTIMENT. L'accés als continguts d'aquesta tesi queda condicionat a l'acceptació de les condicions d'ús establertes per la següent llicència Creative Commons: https://creativecommons.org/licenses/?lang=ca

ADVERTENCIA. El acceso a los contenidos de esta tesis queda condicionado a la aceptación de las condiciones de uso establecidas por la siguiente licencia Creative Commons: https://creativecommons.org/licenses/?lang=es

WARNING. The access to the contents of this doctoral thesis it is limited to the acceptance of the use conditions set by the following Creative Commons license: https://creativecommons.org/licenses/?lang=en

Historia de las milicias de Falange:
Cultura miliciana, violencia, movilización y proceso de fascistización

Joan Parra Canudas

Universitat Autònoma de Barcelona

Historia de las milicias de Falange:

Cultura miliciana, violencia, movilización y proceso de fascistización

TESIS DOCTORAL

2025

Doctorando: Joan Parra Canudas

Director: Francisco Morente Valero

Programa de Doctorado en Historia Comparada, Política y Social

Departament d'Història Moderna i Contemporània

Índice

Lista de abreviaturas 1

Agradecimientos 2

1. Introducción 4

1.1. Estado de la cuestión 15

1.1.1.Antecedentes y tratamiento historiográfico 16

1.1.2. Cultura miliciana 24

1.1.3. Historias de Falange 32

1.1.4. República en paz 35

1.1.5. Guerra Civil: operaciones militares, violencia, movilización, análisis del combatiente y posguerra 38

1.1.6. Proceso de fascistización 47

1.2. Fuentes y metodología 55

2. Cultura miliciana como fenómeno transnacional europeo 60

2.1. Milicias en la posguerra en Europa: 1919-1923 65

2.1.1. Guerra en la paz. Violencia paramilitar en Europa: 1919-1923 65

2.1.2. Los milicianos: ciudadanos en armas, veteranos de guerra y jóvenes idealistas 76

2.1.3. Relación Estado-milicias 84

2.2. Milicias de partido 91

3. Milicias de Falange durante los años de la República en paz 106

3.1. Nacimiento de las milicias falangistas 108

3.2. Violencia falangista 128

3.2.1. Inicios de la violencia falangista y diferencias internas sobre su uso 130

3.2.2. Lucha para ocupar el espacio público 142

3.2.3. Colaboración y *lucha en solitario* contra la revolución 157

3.3. Primavera de 1936: crecimiento de la militancia, violencia y terrorismo falangista 165

3.4. Vía conspirativa de Falange 179

4. Golpe de estado 189

4.1. Participación falangista en la sublevación 194

4.1.1. Falangistas en los territorios donde fracasó el golpe de estado 197

4.1.2. Falangistas en los territorios donde triunfó el golpe de estado 209

5. Falangistas en los frentes de guerra: 1936-1939 233

5.1. Guerra de columnas: julio-noviembre de 1936 234
5.1.1. Falangistas en el frente del sur 255
5.1.2. Falangistas en el frente del norte 266
5.2. Milicianos de Falange en la guerra total: 1937-1939..... 274
5.2.1. Falangistas en los frentes secundarios 290
5.3. Experiencia de guerra del miliciano de Falange 296

6. Retaguardia: violencia y funciones parapoliciales 314
6.1. Violencia y *limpieza* política de la retaguardia 316
6.1.1. Violencia en caliente y construcción del nuevo orden: julio-noviembre de 1936 325
6.1.2. Asesinato como represalia y matonismo falangista 342
6.1.3. Intento de limitar la violencia por parte de la dirección falangista, controlada por los militares y bendecida por los obispos..... 352
6.2. Milicianos de Segunda Línea en el mantenimiento del orden en la retaguardia 363

7. Retaguardia como primera línea de combate político 373
7.1. Ocupación del espacio público: concentraciones y actos públicos 375
7.2. Lucha política en la retaguardia..... 384
7.3. Unificación política 391
7.4. Fascismo y nacimiento del Movimiento Nacional..... 409

8. Falangistas en la posguerra y su reincorporación en la España franquista 420
8.1. Hasta la derrota total del *rojo*..... 421
8.1.1. Caza del *rojo* y mantenimiento del orden: abril-octubre de 1939..... 421
8.1.2. Falangistas contra la guerrilla: 1939-1952..... 425
8.1.3. Lucha contra el comunismo en su guarida. Los falangistas de la DVE..... 429
8.2. Desarticulación de las milicias, desmovilización e incorporación del miliciano falangista en la España franquista..... 434
8.2.1. Reincorporación de los milicianos de Falange a la sociedad de posguerra 438
8.2.2. Veteranos falangistas como herramienta de movilización cultural en la España franquista..... 451

9. Conclusiones 462

10. Fuentes y bibliografía..... 478

Lista de abreviaturas

Acción Popular (AP)
Action Française (AF)
Agrupación Escolar Tradicionalista (AET)
Archivo General de la Administración (AGA)
Archivo General Militar de Ávila (AGMAV)
Archivo Histórico Nacional (AHN)
Benemérito Cuerpo de Mutilados de Guerra por la Patria (BCMGP)
Boletín Oficial de la Junta de Defensa Nacional (BJDN)
Boletín Oficial del Estado (BOE)
British Union of Fascists (BUF)
Centro Documental de la Memoria Histórica (CDMH)
Comunión Tradicionalista (CT)
Confederación Española de Derechas Autónoma (CEDA)
Confederación Española del Trabajo (CNT)
Corpo di Truppe Volontarie (CTV)
Cuartel General del Generalísimo (CGG)
Delegación Nacional de Trabajadores (DNE)
División Española de Voluntarios (DVE)
Ejército Popular de la República (EPR)
Falange Española (FE)
Falange Española de las Juntas de Ofensiva Nacionalsindicalistas (FE de las JONS)
Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacionalsindicalistas (FET y de las JONS)
Federación Anarquista Ibérica (FAI)
Federación Universitaria Escolar (FUE)
Irish Republican Army (IRA)
Izquierda Republicana (IR)
Jeunesses Patriotes (JP)
Junta de Mando Provisional (JMP)
Juntas de Ofensiva Nacionalsindicalista (JONS)
Juventud de Acción Popular (JAP)
Kommunistische Partei Deutschlands (KPD)
Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas (MAOC)
Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei (NSDAP)
Partido Comunista Español (PCE)
Partido Socialista Obrero Español (PSOE)
Partito Nazionale Fascista (PNF)
Partito Socialista Italiano (PSI)
Renovación Española (RE)
Sección Femenina (SF)
Servicio de Información y Policía Militar (SIPM)
Servicio de Reincorporación de Combatientes al Trabajo (SRCT)
Sindicato Español Universitario (SEU)
Sturmabteilung (SA)
Unión General de Trabajadores (UGT)
Unión Republicana (UR)

Agradecimientos

Esta tesis es resultado de ocho años de investigación que comenzó en 2018 con el trabajo de fin de máster en el máster interuniversitario de historia contemporánea en la UAB y que terminó con el redactado de la presente tesis doctoral en 2025, casi ocho años en los que han ido y venido personas, en los que se han generado nuevas ilusiones y objetivos, y en los que he madurado tanto en lo personal como en lo académico. Con las siguientes líneas me gustaría agradecer a todas aquellas personas que han estado a mi lado y que me han ayudado a recorrer este arduo camino y hacer posible esta investigación.

Centrándome en el ámbito académico, quiero dar las gracias a mi director de tesis, Francisco Morente, con quien he compartido largas conversaciones y que, sin su supervisión y ayuda, así como sus correcciones, anotaciones, comentarios y consejos, esta tesis no se habría hecho realidad. También agradecerle su paciencia por leerse las numerosas versiones de los apartados de la tesis que le he ido enviando. Durante estos años siempre ha estado ahí y me ha dado fuerzas para seguir adelante y no rendirme. No hay palabras que puedan transmitir todo lo que le debo porque siento que soy el historiador que soy, sobre todo, gracias a él.

También quiero darle las gracias a quien fue mi director del trabajo de fin de máster, Javier Rodrigo, por haber estado siempre ahí y por enriquecer esta investigación con sus comentarios, consejos y ánimos en las tutorías durante el máster y en las comisiones de seguimiento. Agradezco a Manuel Santirso su ayuda desde los primeros pasos de mi investigación con el trabajo de fin de máster y sus consejos y comentarios en las comisiones de seguimiento durante estos años. También quiero agradecer a Josep Puigsech sus comentarios y recomendaciones en las comisiones de seguimiento que asistió para sustituir a Javier Rodrigo a Francisco Morente cuando estaban de baja. Le doy las gracias a Miguel Alonso por orientarme por los distintos archivos para realizar mi investigación. Finalmente, quiero hacer una mención especial a todos los archiveros por facilitarme el acceso a la documentación y tratarme con gran profesionalidad.

Centrándome en el ámbito personal, quiero agradecer a todas aquellas personas que estuvieron -y están- a mi lado en este trayecto, en especial, durante sus peores momentos, pues, sin su apoyo, no sería lo que soy ahora. Para empezar, quiero dar las gracias a Sonia Pacheco, Oriol Monferrer, Tomás Férez, Daniel Samaniego, Eric Olmedo y Carles Puig por invertir su tiempo en leer uno de los capítulos que conforman esta tesis. También quiero agradecer a Guillem Puigdomènech, Àfrica Mariscal, Georgina Pujolar, Francesc Josep Padró, Marc Font, Anna Figuera, Gemma Llauradó, Rocío

Monedero, Mònica Corominas, Jordina Mestres, Cristina Garrido, Cristina Guillén, Adela Torres y Marta Ferigle por estar siempre a mi lado. Agradezco a Aurora Navarro el apoyo y las conversaciones acompañadas de unas buenas cervezas, a Cristina Bosch y a Gisela Polo los momentos vividos en el silencio de la biblioteca, y a Sonia Pacheco y a Enric Martí, a quienes conozco desde hace poco, pero siento que hace muchos años que somos amigos. Finalmente, agradezco a mis amigos y compañeros de karate, a quienes no escribo sus nombres por el temor de no dejarme a nadie, su paciencia con mis constantes comentarios y referencias a Falange y a la guerra civil.

Quiero hacer una mención especial a Oriol Monferrer, Iván Rodríguez, María Martínez y a Celia Juangrán, las pocas amistades que me llevo de mis años en la carrera de Historia, y a Rubén Bairaguet, con quien he compartido tantos momentos y conversaciones.

Finalmente, quiero darle las gracias a mi familia por apoyarme y ayudarme económicamente cuando hacía falta.

A todos vosotros, muchas gracias por ayudarme a mejorar como historiador y como persona.

Manresa, mayo de 2025

1. Introducción

La presente tesis doctoral plantea un análisis de la historia de las milicias de Falange a escala nacional desde su nacimiento a finales de 1933 hasta su disolución el 27 de junio de 1944. El estudio aborda temas generales que ayudan a profundizar en la comprensión de la sección paramilitar del partido fascista español: la politización de la juventud durante los años de la República en paz, es decir, la etapa republicana previa a la guerra civil (centrándose en el enfrentamiento con el adversario político en la calle y en la universidad, así como en el perfil de los milicianos de Falange), el golpe de estado, la historia militar (poniendo el foco en la movilización, en la importancia de las banderas y centurias de Falange que lucharon en el frente, y en los milicianos que realizaron funciones parapoliciales en la retaguardia, así como en la experiencia bélica del combatiente falangista), la violencia (haciendo hincapié en el perfil de las víctimas, en su función, en sus formas y en su evolución), la posguerra (focalizándose en la desmovilización, en la incorporación del miliciano de Falange en la sociedad de posguerra y en la instrumentalización que hizo la dictadura de los excombatientes) y el proceso de fascistización que tuvo lugar en España durante la década de los años treinta y la primera mitad de los cuarenta.

El estudio de las milicias de Falange está hecho tanto desde su estructura, como desde las vivencias de sus integrantes para comprender su mentalidad y la visión que tenían del momento. También se otorga importancia al contexto político y social, -determinado por la incorporación de las masas a la política durante los años de la República en paz y la movilización forzada de la población a partir del 18 de julio de 1936. Todas estas dimensiones han de ser tenidas en cuenta si se quiere conocer a fondo la historia de las milicias de Falange. Teniendo en cuenta todos estos elementos, en esta investigación se formulan las siguientes hipótesis.

Como sus homólogos europeos, Falange se constituyó como un partido-milicia en el que era prácticamente imposible diferenciar la organización política de su sección paramilitar. A pesar de la falta de respuesta a las agresiones recibidas y de las dudas iniciales de Primo de Rivera sobre el empleo de la violencia durante los primeros meses de existencia de Falange Española (FE), en esta tesis se defiende que, desde el mismo nacimiento del partido, los falangistas tuvieron una disposición combativa, lo que hizo que la violencia constituyera un elemento central en su vida. Ello puede apreciarse en su dialéctica sobre el combate y, especialmente, en la organización de la Primera Línea, o como era conocida por sus contemporáneos, la Falange de Sangre, para enfrentarse al adversario político en la calle.

Una parte del ejército, apoyada por toda una serie de organizaciones políticas del espacio contrarrevolucionario, protagonizó una insurrección militar el 17 de julio de 1936 contra el gobierno del Frente Popular. Se sostiene que, a pesar de la debilidad numérica y desorganización del partido fascista a raíz de su ilegalización a mediados de marzo de 1936, la participación de las milicias de Falange en la sublevación resultó decisiva para asegurar su triunfo en algunos territorios, extenderlo con éxito a las localidades cercanas, defender y mantener el control de las posiciones ganadas, y construir una zona *liberada* desde la que organizar las columnas que avanzaron hasta Madrid y las que conquistaron los municipios donde fracasó el golpe de estado. Aunque la sublevación fue esencialmente militar, la aportación de las milicias (no solo falangistas) pone de manifiesto la amplitud de la base política y social con la que contaron los militares rebeldes.

Así pues, el fracaso -o éxito- parcial del golpe de estado dio lugar a una guerra civil de casi tres años que pasó por diversas fases. En esta investigación se defiende que la participación de las milicias de Falange en las operaciones militares en todos los frentes, tanto en los principales como en los secundarios, fue algo más que anecdótica, puesto que los falangistas no solo formaron parte de las columnas que se dirigieron a Madrid y de las unidades que operaron en los diferentes frentes para asegurar los territorios *liberados* durante la primera fase del conflicto, sino que, también participaron en las operaciones militares que tuvieron lugar tras el fracaso de la conquista de la capital del estado hasta el final de las hostilidades el 1 de abril de 1939.

Por otra parte, aunque no influyeron directamente en las operaciones militares en el frente, se afirma que la intervención de las milicias de Segunda Línea en el esfuerzo de guerra tuvo un efecto beneficioso en el combate en la vanguardia, puesto que los trabajos para abastecer a la población, el reemplazo de los trabajadores especializados que habían sido pasados por las armas, la reconstrucción de las infraestructuras y de las redes de comunicación destruidas por los bombardeos, y las acciones parapoliciales en la retaguardia tuvieron la misma importancia que las operaciones militares en el frente porque se desembarazó de los cometidos de la retaguardia a las fuerzas destinadas en la vanguardia, lo que les permitió centrarse en la lucha en las trincheras.

A su vez, a partir del 18 de julio de 1936 se desencadenó una violencia política sin parangón en la historia de España. Esta investigación se enmarca, con algún matiz que luego se indica, en la tesis de que las formas de violencia que perpetraron los sublevados respondieron a la cultura de guerra de los africanistas, en la que la conquista

territorial iba acompañada de actuaciones que pretendían extender el terror entre la población no combatiente. Sin embargo, se defiende que el africanismo no explica por sí solo el terror de los primeros meses de las hostilidades porque la mayoría de los miembros de los grupos implicados en la violencia fueron civiles sin experiencia militar. A ello hay que sumarle que los objetivos militares e ideológicos estuvieron perfectamente imbricados entre sí, lo que hizo que la violencia jugara un papel fundamental en el control de los territorios ocupados con el fin de garantizar su salvaguarda por medio de la eliminación física de las posibles amenazas para la supervivencia del nuevo orden en construcción. Así pues, el asesinato y los excesos cometidos contra la población no combatiente tuvieron menos que ver con la acción de las tropas coloniales que con el modelo de violencia que proporcionó el fascismo para la construcción ideológica del Nuevo Estado. En este sentido, se sostiene que el terror fue empleado como herramienta de profilaxis para eliminar la *anti-España* y todo lo que representaba con el objeto de salvar el cuerpo nacional.

El terror indiscriminado contra personas de clase media, obreros y campesinos supuso una contradicción con la retórica falangista de integración del enemigo vencido y con la imagen de Falange como organización interclasista. A pesar de que los dirigentes del partido fascista recurrieron, en ocasiones, a la amenaza, a los castigos y, excepcionalmente, al fusilamiento ante un pelotón de Falange para impedir que sus milicianos perpetraran actos violentos, en este trabajo se sostiene que la dirigencia falangista hizo más bien poco por evitar realmente la violencia que practicaron sus hombres, y que, en ningún momento, se opuso a la política represiva de los militares golpistas.

También se afirma que los rebeldes emplearon unas narrativas de deshumanización, de extranjerización y de animalización del *rojo* con el objetivo de que los civiles movilizados en las milicias (no solo falangistas) y en el ejército se implicaran en la violencia contra el enemigo; por su parte, algunos curas bendijeron matanzas, lo que implicó que el terror se interpretase en términos de *justicia cristiana*, lo que legitimó los actos violentos contra el enemigo y alivió los complejos de culpabilidad de los verdugos. Igualmente, se sostiene que la violencia actuó como instrumento de sociabilidad del militante falangista, quien formó parte de un colectivo caracterizado por la presión de grupo; la participación de los falangistas en todo tipo de atrocidades cohesionaba al grupo al generar un sentimiento de culpabilidad que solo podía ser compartido -y entendido- por los miembros de una misma unidad. Sin embargo, como se sostiene en esta tesis, no pocos falangistas contemplaron con horror la violencia perpetrada por sus camaradas y, asimismo, se negaron a tomar parte en estos actos.

Esta investigación también parte de la hipótesis de que la guerra civil no terminó del todo 1 de abril de 1939 con la derrota militar de la República, sino que continuó en forma de guerra irregular y asimétrica hasta finales de la década de los cuarenta e inicios de los cincuenta. Los milicianos de Falange realizaron funciones parapoliciales en las poblaciones que habían estado en poder de la República hasta el final de las hostilidades, y no pocos militantes falangistas se presentaron voluntarios para enfrentarse a la guerrilla. Existe, pues, una continuidad entre las funciones parapoliciales y el combate contra los partisanos que se dieron ya entre 1936 y 1939, y las que se desarrollaron en los años posteriores a la derrota militar de la República.

Falange, como los demás movimientos fascistas europeos, fue una organización interclasista que estaba integrada por individuos de diferente origen social, en la que la juventud constituyó su pilar fundamental antes de la guerra. Sin embargo, a pesar de sus mensajes de lucha generacional, se defiende aquí que la relación no fue entre juventud (genéricamente hablando) y fascismo, sino que lo fue entre jóvenes de la burguesía y fascismo. Igualmente, se hace hincapié en que no todos los falangistas fueron (al menos inicialmente) fascistas, puesto que, quienes ingresaron en Falange durante los años de la República en paz, lo hicieron por causas muy diferentes: muchos se afiliaron, efectivamente, atraídos por su ideología y otros para enfrentarse violentamente al adversario político (es decir, en ambos casos, por el carácter fascista del partido), pero no faltaron los trabajadores que lo hicieron para darse de alta en sus sindicatos y encontrar un empleo, sin que en esa decisión el componente ideológico fuera especialmente relevante; y no fueron pocos los individuos que, sin conocer realmente su programa, fueron persuadidos o engañados por algún amigo o por algún militante de Falange para inscribirse en el partido. En estos casos, lógicamente, el mantenimiento posterior de esa afiliación, cuando se produjo, ha de interpretarse en términos de identificación con el ideario fascista de Falange.

El fracaso -o éxito- parcial de la sublevación propició el inicio de una guerra civil que estuvo acompañada por una movilización de la población, en la que miles de personas ingresaron en el partido fascista español y se enrolaron en sus milicias en un contexto de movilización forzosa. Se parte de la premisa de que los voluntarios tenían procedencias geográficas, culturales, políticas y sociales diferentes, reforzando así las hipótesis que apuntan a la heterogeneidad de los combatientes del bando rebelde. En este sentido, se sostiene que muchos *camisas nuevas* no tenían antecedentes políticos, mientras que algunos habían militado previamente en un partido de derecha o de izquierda. Es más, en las banderas de Falange hubo extranjeros que se presentaron voluntarios para luchar contra el comunismo. Se afirma también que muchos varones

se afiliaron a Falange y a sus milicias motivados por una relación de parentesco con algún falangista, por ser la primera fuerza política que llegó a una villa, por ser la organización más importante de la región, por rivalidades personales, por conservar su posición dominante en el municipio, para conseguir una posición ventajosa en el nuevo orden en construcción o para no ser víctimas de la violencia. Igualmente, algunos individuos fueron obligados a ingresar en el partido fascista y a enrolarse en sus milicias.

La guerra hizo mella física y psicológica en los milicianos de Falange, lo que comportó que muchos vivieran el conflicto con horror y desearan que terminara lo antes posible. Así pues, se parte de la premisa de que la experiencia de guerra del combatiente de Falange tuvo muchos elementos alejados del plano épico y heroico que le quisieron conferir los propios falangistas y los propagandistas del bando sublevado, pero que, sin embargo, no pueden ser entendidos sin el marco ideológico en el que se insertaron. En este sentido, se sostiene que la masculinidad fascista, caracterizada por la impasibilidad, el autocontrol y una valentía rayana a la temeridad, y los discursos sobre el combate heroico, la camaradería y el culto a la muerte proveyeron al miliciano de Falange de una coraza que no solo lo protegió del miedo y del dolor, sino que, también actuó como mecanismo para escapar de sus deseos y evitar su desbordamiento a manos de las amenazas internas (sus impulsos emocionales) y externas (las penurias y las dificultades).

Tras ser desmovilizados, los excombatientes (no solo falangistas) se incorporaron a la vida civil como soldados victoriosos en una sociedad acosada por el paro, el hambre y la miseria. Muchos regresaron con enfermedades, así como con lesiones físicas o con trastornos mentales. Esta tesis comparte la interpretación de que la dictadura buscó establecer lazos de dependencia y clientelas políticas, y reforzar la adhesión política de los veteranos del ejército y de las milicias por medio de la creación de organismos *ad hoc* y del otorgamiento de prebendas y subsidios. Pese a ello, muchos veteranos no consiguieron un empleo y vivieron en una situación precaria, en la que apenas tenían recursos para subsistir, por el estado de pobreza en el que se encontraba el país, por la mala organización de los servicios, por los dirigentes que aprovecharon su posición para priorizar la colocación de sus camaradas, por la carencia de inspecciones, por el incumplimiento de las leyes y por la indiferencia y la desconfianza de no pocos excombatientes hacia estos organismos.

También se parte de la premisa de que la dictadura franquista fue un régimen plenamente fascista, por lo menos, hasta 1943, por la fuerte conexión entre combatientes y fascismo, en la que se hizo una instrumentalización de los veteranos (no

solo falangistas) sin hacer distinción de su perfil, de sus antecedentes ni de su comportamiento en el campo de batalla con la finalidad de legitimar el franquismo a través de la Victoria, de los excombatientes y de sus muertos. En este sentido, los veteranos del ejército y de las milicias, así como su experiencia de guerra constituyeron un elemento fundamental en la ecuación entre fascismo y franquismo, en la que las experiencias traumáticas y el sufrimiento personal padecido en la guerra generaron entre los excombatientes un fuerte sentimiento de valores compartidos con el régimen.

Esta investigación está en la línea de que el fascismo definió un espacio mucho más amplio del que correspondió estrictamente al partido fascista español y a sus milicias. Se parte de que en la España de los años treinta hubo una impregnación y admiración por el fascismo por parte de los partidos de la derecha reaccionaria, quienes asimilaron algunos patrones estéticos del fascismo e inculcaron a sus activistas y a sus votantes unos valores autoritarios y antidemocráticos. Esto explica la dificultad que tuvo Falange para atraer a aquellos individuos que, aun simpatizando con el fascismo, vieron sus inquietudes y aspiraciones asumidas por las demás organizaciones del campo contrarrevolucionario, en las que ya militaban antes de la fundación de FE. Igualmente, se sostiene que los falangistas cooperaron con los activistas de los partidos de la derecha reaccionaria y con los soldados en la lucha contra el enemigo, y auxiliaron a las fuerzas del orden para garantizar el orden público antes y durante la guerra. Así pues, se sostiene que la fascistización de las organizaciones antirrepublicanas y la cooperación de sus activistas con los milicianos falangistas iniciadas antes de la guerra culminaron con la unificación política del 19 de abril de 1937 y el nacimiento de Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacionalsindicalista (FET y de las JONS).

Se afirma que el proceso de fascistización y la confluencia de los distintos grupos del campo contrarrevolucionario en el seno del partido único fueron posibles por el discurso versátil y oportunista del fascismo, por su permeabilidad y flexibilidad doctrinal, y por su capacidad de síntesis ideológica. Sin embargo, se sostiene que los falangistas no conquistaron el poder ni se impusieron a las demás culturas políticas del campo contrarrevolucionario que estaba hegemonizado por los militares, puesto que Falange Española de las Juntas de Ofensiva Nacionalsindicalista (FE de las JONS) era una pieza más de dicho espacio que actuó como aglutinante y base del partido único, lo que comportó que Falange pasara a ser un partido-movimiento que ejerció como armazón burocrático del régimen, cuya función consistió en garantizar el reclutamiento y el encuadramiento de la población.

Tras el recorrido de las hipótesis defendidas, se describe el marco teórico en el que se enmarca esta investigación. En el primer apartado se hace una explicación sobre los antecedentes bibliográficos y las publicaciones actuales centradas en las historias de Falange, así como los escritos sobre la República y la Guerra Civil; los estudios sobre los distintos grupos milicianos en Europa, estableciendo como referencia aquellos casos que pueden ser utilizados como elementos comparativos, esto es, los *Freikorps* o las *Sturmabteilung* (SA) en Alemania, las *squadre d'azione* de los *Fasci Italiani di Combattimento* en Italia, los *Blackshirts* en Inglaterra, las *Légions pour la Politique de la Victoire* o los *Camelots du roi* en Francia, o las milicias de Falange o el Requeté en España; y los escritos que analizan el proceso de fascistización que tuvo lugar en la España de los años treinta y principios de los cuarenta.

Posteriormente se apuntan las consideraciones metodológicas relativas a la tipología de fuentes seleccionadas y empleadas para abordar el objeto de estudio de esta tesis. Primero se desgrana la documentación encontrada en los archivos y, después, se hace un comentario sobre la prensa de la época y las memorias consultadas. También se abordan las dificultades que surgieron durante el trabajo de la información encontrada.

Entrando ya en el cuerpo de la tesis, el primer capítulo se centra en la evolución de la cultura paramilitar en Europa. Con su análisis no se pretende realizar un ejercicio de historia comparada, pero tampoco se pierde de vista la perspectiva comparada, lo que sirve para profundizar en el estudio de las milicias de Falange; y es que, a lo largo del desarrollo del tema central de la tesis, fueron apareciendo algunos interrogantes que, sin haberlos relacionado con los fenómenos que ocurrieron en otros países, hubieron pasado inadvertidos o se hubieran realizado erróneamente. Así pues, la comparación es importante porque ayuda a comprender mejor aspectos que se creían extraordinarios o comunes. Por esta razón, se hace hincapié en las organizaciones milicianas y guardias cívicas que se organizaron en el continente durante los siglos XIX y XX, prestando especial atención a los diversos cuerpos paramilitares, el perfil de sus miembros y las causas que los llevaron a enrolarse, qué funciones realizaron, el empleo de la violencia que hicieron y la relación de los líderes milicianos con las autoridades civiles y militares, así como con la burguesía. La explicación se divide en dos partes: las unidades paramilitares y guardias cívicas organizadas entre 1918 y 1923, donde también se hace referencia a los grupos del siglo XIX y los del siglo XX que fueron organizados antes de la primera guerra mundial; y las milicias de partido que cobraron especial importancia en el escenario político a partir de 1923. De esta manera, se establecen paralelismos y diferencias entre la Primera y la Segunda Línea de Falange

con las unidades milicianas fundadas en Europa desde inicios del siglo XIX hasta el periodo de entreguerras. Esta parte está elaborada, fundamentalmente, a partir de publicaciones académicas centradas en el análisis de los distintos cuerpos paramilitares del siglo XIX y de las milicias y guardias cívicas organizadas durante el primer tercio del siglo XX.

El segundo capítulo versa sobre la evolución de las milicias de Falange, desde su organización a finales de 1933 hasta la insurrección militar de julio de 1936. La explicación comienza con un comentario sobre la cultura miliciana en España durante los años de la República en paz. A continuación, se analiza el nacimiento de las milicias falangistas y el perfil de sus miembros, y se hace hincapié en los elementos definitorios del fascismo español antes de la guerra. Acto seguido se profundiza en la praxis violenta de Falange y el empleo de la violencia que hicieron los falangistas de la Primera Línea entre finales de 1933 y mediados de febrero de 1936, prestando especial atención a los enfrentamientos con los activistas de las organizaciones de izquierda y republicanas, y de los sindicatos obreros, así como al sabotaje de sus actos y la irrupción violenta en sus locales. Asimismo, se desgrana la relación y la colaboración de los falangistas con los militantes de las demás organizaciones del campo contrarrevolucionario. También se analizan las disputas internas que tuvieron lugar durante los primeros meses de existencia de Falange entre Primo de Rivera, quien tuvo dudas sobre el empleo de la violencia, y el aviador monárquico Juan Antonio Ansaldo, quien era partidario de acentuar las represalias contra sus adversarios.

Seguidamente se comenta la participación de los milicianos falangistas en la campaña electoral de febrero de 1936, el resultado que obtuvo FE de las JONS en los comicios y las órdenes de Primo de Rivera a sus seguidores tras el triunfo del Frente Popular. A pesar del pésimo resultado electoral de Falange, en la primavera de 1936 se produjo un incremento de su militancia por el ingreso de individuos, especialmente de jóvenes derechistas descontentos con la estrategia accidentalista promovida por Gil Robles, que se dieron de alta porque consideraban que la única forma de acabar con el Frente Popular era mediante el uso de la fuerza. Este apartado concluye con un análisis de la ilegalización de FE de las JONS y de la violencia falangista hasta la sublevación, haciendo hincapié en las agresiones contra los activistas de las organizaciones de izquierda y de los sindicatos obreros, así como contra numerosos transeúntes. Un aspecto de interés de este último punto consiste en la escalada de la violencia falangista, en la que los milicianos de Falange pasaron de las reyertas callejeras y de las agresiones a los activistas de los partidos de izquierda y de los sindicatos obreros, al terrorismo contra dirigentes políticos, autoridades y oficiales de las fuerzas del orden.

El capítulo finaliza con una explicación centrada en la trayectoria golpista de Falange. En un primer término se aborda la financiación y la instrumentalización del partido fascista español por parte de los monárquicos alfonsinos, y los planes de Primo de Rivera para que FE de las JONS protagonizara una sublevación apoyada por el ejército. Seguidamente, centrándose en la primavera de 1936, se hace hincapié en los contactos de Primo de Rivera con los militares conjurados, en las órdenes que debían seguir los milicianos y los dirigentes falangistas, en la reorganización de la Primera Línea y en la instrucción de los milicianos para prepararse para la insurrección militar.

La participación de las milicias de Falange en el golpe de estado constituye el elemento central de análisis del tercer capítulo. La explicación comienza con un comentario sobre la subordinación a la autoridad castrense de las organizaciones políticas que secundaron la insurrección militar y de sus secciones paramilitares. A continuación, se aborda la intervención de la Primera Línea de Falange en la sublevación, describiendo su participación en los territorios donde fracasó el golpe de estado y en los que los rebeldes proclamaron el estado de guerra. El capítulo finaliza con un comentario de los falangistas que intervinieron en las operaciones militares que tuvieron lugar durante la segunda quincena de julio y en las acciones violentas que las acompañaron.

El cuarto capítulo está centrado en la Guerra Civil. En el primer apartado se ofrece una explicación del crecimiento de Falange durante las primeras semanas de las hostilidades, prestando atención a las causas que llevaron a miles de hombres a presentarse voluntarios para combatir en sus milicias. A continuación, se analiza la situación de FE de las JONS, destacando el vacío de poder y la rivalidad entre los dirigentes falangistas que estaban en la zona rebelde. Al final del apartado se lleva a cabo una explicación sobre cómo fue percibido el crecimiento de Falange por parte de las organizaciones de la derecha reaccionaria y las medidas aprobadas por el alto mando rebelde para subordinar las milicias de partido a la autoridad castrense.

El segundo apartado versa sobre las unidades de Primera Línea que combatieron en el frente. Primero se comentan las operaciones en las que intervinieron los falangistas que integraban las columnas que avanzaban desde el sur y el norte peninsular hacia la capital del estado, y su fracaso en la conquista de esta. También se realiza una explicación sobre las banderas de Falange destinadas a defender y conquistar emplazamientos para garantizar el avance de las columnas que se dirigían a Madrid. A continuación, se explica el final de la guerra de columnas y el inicio de la guerra total, y se desgrana la participación de las banderas de Falange en las

operaciones militares que tuvieron lugar entre inicios de 1937 y el final de las hostilidades el 1 de abril de 1939. Finalmente, se ahonda en la experiencia de guerra del miliciano falangista, haciendo hincapié en cómo las penurias y los horrores de la guerra hicieron mella en el combatiente de Falange, en su concepción sobre la retaguardia y el enemigo, y en los mecanismos elaborados para evitar su desbordamiento a manos de sus impulsos emocionales y de las amenazas externas.

En el quinto capítulo se reflexiona sobre el papel de las milicias de Falange en la retaguardia. La explicación comienza con un análisis de la violencia perpetrada por los falangistas contra la población no combatiente. Primero se hace referencia a los objetivos y a los discursos para deshumanizar al enemigo. A continuación, se desgrana la intervención de los milicianos de Falange en la violencia “en caliente”, y después de que las tropas abandonaran el territorio, contra los individuos que empuñaron las armas contra los golpistas y la población no combatiente. Seguidamente, se comenta el caso de los falangistas que, motivados por la venganza o el azar, no solo actuaron como matones, sino que, también persiguieron, torturaron y asesinaron a personas sin antecedentes políticos y a individuos que no habían empuñado las armas contra las tropas rebeldes.

A continuación, se explican los discursos y las ordenanzas aprobadas por la dirección de Falange para limitar los actos violentos perpetrados por sus milicianos, así como los castigos aplicados en algunas ocasiones a militantes que cometieron excesos contra la población no combatiente. Sin embargo, como se verá, estas medidas fueron insuficientes, puesto que la dirigencia falangista no cuestionó ni se opuso en ningún momento a la política represiva, e hizo más bien poco por evitar la violencia ejecutada por sus milicianos. También se aborda la implicación de las autoridades rebeldes en el asesinato del *rojo*, las medidas aprobadas para limitar el terror perpetrado por los grupos armados de la retaguardia, la pérdida de protagonismo de las milicias en la violencia y la centralización del sistema represivo hasta que quedó en manos de la justicia militar. Finalmente se hace referencia al papel que tuvieron en la violencia la Iglesia y los obispos castrenses movilizados en las milicias de Falange.

En el último apartado del quinto capítulo se analiza la importancia de las funciones parapoliciales realizadas por la Segunda Línea. La explicación comienza con un comentario sobre la movilización de los hombres mayores de 30 años con el fin de que toda la población participara en el esfuerzo de guerra en la medida de sus capacidades. Seguidamente se hace hincapié en las funciones parapoliciales que realizaron las milicias de Segunda Línea: patrulla por las calles de los municipios de la

retaguardia, detención de izquierdistas y desertores del ejército rebelde, y vigilancia de caminos, cárceles, campos de concentración, puertos y puestos fronterizos. Además, se aborda la participación de los falangistas en la lucha contra la guerrilla.

El sexto capítulo versa sobre la política en la retaguardia rebelde. En el primer apartado se lleva a cabo un comentario centrado en la participación de los milicianos de Falange en los desfiles, concentraciones y actos religiosos celebrados en las poblaciones de la zona sublevada. En el segundo punto se aborda la rivalidad entre las organizaciones políticas que participaron en el esfuerzo de guerra, la campaña de descrédito protagonizada por los partidos de la derecha reaccionaria contra Falange y sus escuadristas, y la rivalidad entre FE de las JONS y la Comunión Tradicionalista (CT), así como los enfrentamientos entre los milicianos de ambas organizaciones.

A continuación, se explican las disputas internas en la CT (entre los partidarios de Fal Conde y el regente Javier de Borbón-Parma, y la facción liderada por el conde de Rodezno) y en FE de las JONS (entre *hedillistas* y *legitimistas*), las conversaciones entre falangistas y carlistas para fusionarse antes de que Franco decretara la unificación, los choques que tuvieron lugar en Salamanca en la noche del 16 de abril de 1937 entre falangistas de ambas facciones, y cómo Franco aprovechó las disputas internas de las dos principales organizaciones del bando rebelde para proclamar la unificación política. Finalmente se comenta el nacimiento de FET y de las JONS, cómo afectó el decreto de fusión política a las milicias de partido, cómo fue recibido por los falangistas y los dirigentes de las distintas organizaciones del bando rebelde, y los cargos que ocuparon los falangistas en los organismos del Nuevo Estado.

El séptimo y último capítulo está dividido en dos partes. La primera parte empieza con un análisis de las funciones parapoliciales que realizaron las banderas de Falange tras la derrota militar de la República hasta su incorporación en el ejército entre finales de septiembre y mediados de octubre de 1939. A continuación, se explica la implicación de los falangistas en la lucha contra la guerrilla hasta la derrota total de esta en 1952. Esta primera parte termina con un comentario centrado en los falangistas que se presentaron voluntarios para combatir en la División Española de Voluntarios (DVE) -o conocida como División Azul-, las causas que los llevaron a ello y cómo vivieron la campaña en la URSS, así como la relación que había entre la guerra civil española y la lucha contra el comunismo en el frente oriental.

La segunda parte aborda la desmovilización de los milicianos de Falange y su incorporación a una sociedad de posguerra acosada por la escasez, la hambruna y la pobreza. Un retorno que no fue tan rápido como deseaban la mayoría de los falangistas,

puesto que muchos de ellos tardaron más de un año en ser licenciados. Seguidamente se estudian los servicios, las leyes y las ayudas aprobadas por la dictadura para beneficiar a los excombatientes y facilitar su reincorporación en la vida civil. El capítulo finaliza con una explicación centrada en la instrumentalización de los veteranos y la movilización cultural que hizo el franquismo para legitimarse, consolidarse y mantener la unidad de sus apoyos sociales. Para ello, se hace hincapié en cómo la dictadura trasladó en tiempos de paz una serie de mentalidades basadas en la experiencia de guerra, las cuales se caracterizaron por el recuerdo del conflicto y de las víctimas de la violencia *revolucionaria*, la demonización del adversario y la exaltación de los combatientes del bando rebelde sin hacer distinción entre los que fueron leales a la *causa*, los que lucharon obligados o los que se plantearon desertar.

1.1. Estado de la cuestión

Hasta hace bien poco, la historiografía ha mantenido en el olvido el estudio de las milicias de Falange. Esto no quiere decir que no hayan sido analizadas, ya que existen una gran cantidad de trabajos -fundamentalmente, capítulos de libro y artículos- en los que se encuentran referencias sobre las mismas, con especial atención a su nacimiento y en qué circunstancias fueron creadas; al perfil de sus miembros; a sus actividades y su evolución; a su participación en el golpe de estado; a su intervención en el esfuerzo de guerra; a su implicación en la violencia en las poblaciones controladas por los rebeldes, al perfil de las víctimas y cómo se realizó; a la movilización de los voluntarios que integraron las filas falangistas; y a su papel para que FE de las JONS pasara de ser una fuerza marginal a inicios de 1936 a ser la principal organización política de la zona rebelde.

Tampoco hay que olvidarse de las historias generales de Falange que, generalmente, adoptan una visión desde arriba, desde las estructuras del partido y sus líderes. Estos escritos se centran en la evolución política y organizativa de la organización, pero se ocupan muy poco de analizar el perfil de la militancia. Dichas historias comentan la trayectoria global de Falange, desde su aparición hasta el final de la dictadura en 1975, pasando por los periodos que nos interesan en este trabajo, los que abarcan desde la fundación del partido a finales de octubre de 1933 hasta el golpe de estado de julio de 1936, la guerra y la posguerra. Estas publicaciones permiten conocer la situación del partido en cada momento y cómo afectó el contexto a sus milicias.

En esta misma línea, en los trabajos centrados en el fenómeno miliciano en la España de los años treinta se analizan las diferentes milicias de partido, tanto

derechistas como izquierdistas. Estas publicaciones ayudan a comprender mejor algunos aspectos relacionados con su organización y evolución a través del análisis de diferentes aspectos como, por ejemplo, la cooperación entre los activistas de los partidos de la derecha reaccionaria durante los años de la República en paz, los enfrentamientos entre los miembros de las distintas organizaciones o su intervención en la sublevación y en la guerra. Aunque en estos estudios se puede encontrar información sobre las milicias de Falange, dichas investigaciones no profundizan en su análisis porque no son su principal objetivo. Así pues, en general, se les dedica poco espacio y su tratamiento pretende completar y comprender algún aspecto relacionado con los periodos en los que estos grupos milicianos estuvieron activos.

1.1.1. Antecedentes y tratamiento historiográfico

Para encontrar las primeras publicaciones en las que se analizan las milicias de Falange hemos de retroceder hasta la dictadura de Franco, en especial hacia los últimos años. En este primer periodo, solo pudieron investigar y publicar aquellos que eran afines al régimen. Quienes no lo eran, se encontraban con todo tipo de trabas para acceder a las fuentes de archivo. Dicho esto, los trabajos escritos en este periodo son obra, básicamente, de dirigentes falangistas como Francisco Meleiro, Alfonso de Zayas o Raimundo Fernández Cuesta;[1] de escritores como Felipe Ximénez de Sandoval o Rafael Abella;[2] de periodistas como Francisco Bravo Martínez, Manuel Aznar o Eduardo Álvarez Puga;[3] de historiadores como Maximiano García Venero;[4] y de militares franquistas como el comandante Juan de Zavala o los generales Luis Redondo y Rafael Casas de la Vega.[5]

En estas publicaciones predomina una visión acorde con las ideas políticas afines al régimen franquista y se aprecia la influencia de los discursos elaborados por la derecha antiparlamentaria antes de la guerra, y continuados durante el conflicto y los casi cuarenta años de dictadura. Aparte, no se puede olvidar la presencia de la censura en estos escritos. Esto nos puede hacer llegar a la conclusión de que estas

---

[1] MELEIRO, F., *Anecdotario de la Falange de Orense*, Ediciones del Movimiento, Madrid, 1952; DE ZAYAS, A., *Historia de la Vieja Guardia de Baleares*, Imp. Sáez, Madrid, 1955; y FERNÁNDEZ CUESTA, R., *Testimonio, recuerdos y reflexiones*, Ediciones Dyrsa, Madrid, 1985.
[2] XIMÉNEZ DE SANDOVAL, F., *José Antonio, biografía apasionada*, Fuerza Nueva Editorial, Madrid 1941; y ABELLA, R., *La vida cotidiana durante la guerra civil, La España nacional*, Editorial Planeta, Barcelona, 1973.
[3] BRAVO MARTÍNEZ, F., *José Antonio, el hombre, el jefe, el camarada*, Ediciones Españolas, Madrid, 1939; Íd., *Historia de Falange Española de las JONS*, Editorial Nacional, Madrid, 1940; AZNAR, M., *Historia militar de la Guerra Civil en España* (Volúmenes I, II, III), Editora Nacional, Madrid, 1958; y ÁLVAREZ PUGA, E., *Historia de la Falange*, Dopesa, Barcelona, 1969.
[4] GARCÍA VENERO, M., *Historia de la Unificación (Falange y Requeté en 1937)*, EGESA, Madrid, 1970.
[5] REDONDO, L. y DE ZABALA, J., *El Requeté (La Tradición no muere)*, Editorial AHR, Barcelona, 1957; y CASAS DE LA VEGA, R., *Las milicias nacionales en la guerra de España*, Editora Nacional, Madrid, 1974.

publicaciones no tienen ninguna finalidad historiográfica, sino que, más bien, poseen un objetivo propagandístico. Asimismo, estos autores exageran las cifras y manipulan los datos coetáneos como hacen los historiadores neofranquistas en la actualidad. También hay que tener en cuenta que hacen su análisis a partir de unas fuentes limitadas y de fiabilidad dudosa -testimonios y memorias que pueden ser fácilmente manipulables.

Por otra parte, estas obras intentan legitimar las acciones de los milicianos falangistas y de los activistas del conjunto de la derecha española. Ello se hace a través de una deslegitimación de la República a la que se responsabiliza, junto a las organizaciones de izquierda, de ser la responsable del estallido de la guerra. Estos autores sostienen que los dirigentes republicanos cometieron abusos de poder presentando los años de la República en paz como un periodo violento, caótico y anárquico marcado por un alto índice de violencia política en el que las derechas -entre ellas los falangistas- fueron perseguidas por las autoridades y por los pistoleros de las organizaciones izquierdistas, quienes contaban con la protección y el apoyo de las fuerzas policiales. Así pues, la violencia de este periodo se plantea con un acusado sesgo proto martirial que se centra casi exclusivamente en los excesos cometidos contra la Iglesia, el asesinato de derechistas y la liturgia de los muertos de Falange. Por lo tanto, de acuerdo con Eduardo González Calleja, esta narrativa se inspira en un subgénero de naturaleza victimista, en el cual se argumenta que las derechas fueron perseguidas por las autoridades y por los activistas de las organizaciones de izquierda durante los años de la República en paz.[6]

Siguiendo en esta misma línea, también se presenta la sublevación y la guerra como una insurrección armada para prevenir un golpe comunista protagonizado por las izquierdas con la ayuda de Moscú, y cuya finalidad era convertir España en un Estado satélite de la URSS, haciendo que el país peninsular perdiera su libertad y quedase subordinada a los designios de los soviéticos. A partir de esta deslegitimación de la República, estos autores defienden que la lucha contra el régimen republicano era una causa lícita, legítima y justa, lo que justifica calificar el golpe de estado (el *Alzamiento*, dicen ellos) y la guerra civil como *guerra de liberación*.

Como ya se ha comentado, estos trabajos tienen una impronta claramente victimista. Se aprecia en ellos una influencia de la propaganda antirrepublicana y abundan las expresiones semánticas usadas por las derechas para justificar la lucha y contrarrestar las repercusiones generadas por los asesinatos y matanzas realizadas por

[6] GONZÁLEZ CALLEJA, E., *Cifras cruentas. Las víctimas mortales de la violencia socio-política en la Segunda República española (1931-1936)*, Comares, Granada, 2015, p. 24.

los golpistas. A su vez, el enemigo queda estereotipado mediante el uso de expresiones como *rojos* u *hordas*, mientras emplean expresiones como *camaradas* o *caídos* para referirse a los combatientes y a los fallecidos del bando sublevado durante la guerra, así como a los activistas que sucumbieron en los enfrentamientos callejeros durante los años de la República en paz. Con relación a los muertos, estos autores utilizan un relato impregnado de la exaltación fascista de la muerte y el sacrificio al mismo tiempo que niegan los fallecidos del enemigo.

También emplean dicotomías, como España/Anti-España, bueno/malo o patriotas/traidores, para referirse y diferenciar a los derechistas y a los golpistas del adversario. Con su uso, se pretende mostrar una superioridad moral de los activistas del conjunto de la derecha respecto a sus enemigos, quienes son estereotipados como criminales. Para resaltar su naturaleza de delincuentes, estos son caricaturizados de una forma diabólica, bárbara, infrahumana y grotesca utilizando expresiones denigrantes como *turba excitada* o *energúmenos*. Igualmente, presentan sus actos como crímenes perpetrados con gran violencia y brutalidad. Estos autores afirman que los izquierdistas, aprovechando la oscuridad de la calle, arremetían cobardemente por la espalda solo cuando eran superiores en número. Asimismo, no identifican a los asaltantes para facilitar la deshumanización del *rojo*.

En cambio, los falangistas son descritos con nombre y apellidos. También señalan que, durante el combate con el adversario, los activistas de Falange estaban en desventaja debido a la superioridad numérica y material del oponente para resaltar su valentía en contraposición a la cobardía del enemigo y presentar la lucha como un combate heroico. Así pues, en estos escritos, el miedo a la muerte deja su lugar a la épica y a la valentía del miliciano de Falange a través de una aproximación idealizada que no tiene mucho que ver con la experiencia real del combate, para así, dar una imagen despreocupada de la experiencia de la lucha en la calle y en los frentes.

En relación con la legitimación de la guerra a través de la criminalización del enemigo, Javier Rodrigo comenta que en la historia militar profranquista se puede apreciar un mecanismo de negación u ocultación de los procesos de violencia propios y una inflación de los ajenos para así, legitimar la dictadura y elevar a Franco a la categoría de pacificador nacional.[7] Para ocultar y negar los procesos de violencia presentes durante la guerra y antes de la misma, se minimiza la propia violencia y se multiplica la del enemigo, argumentando que la represión realizada por los rebeldes fue

[7] RODRIGO, J., “España era una patria enferma. La violencia de la Guerra Civil y su legitimación en la extrema derecha española: entre historia, representación y revisionismo”, *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, n.º 84 (2009), pp. 189-230.

proporcional, puntual y de menor intensidad que la ejecutada por los republicanos e izquierdistas. Estos autores presentan las acciones de los rebeldes como caballerescas y heroicas que nunca iban acompañadas de represalias ni asesinatos indiscriminados. Igualmente, defienden que lucharon por una causa sagrada, civilizadora y patriótica.

Todo y su escaso valor historiográfico y su finalidad propagandística, estas publicaciones tienen una cierta importancia porque son los primeros trabajos en los que se hace referencia a las milicias de Falange. Vendrán después, nuevos historiadores que impulsarán investigaciones con una metodología más trabajada y fuentes más contrastadas no tan fácilmente manipulables. El resultado serán trabajos más elaborados que permiten tener un mayor y mejor conocimiento sobre la existencia y actuación de las milicias falangistas durante el periodo republicano, el golpe de estado y la guerra.

El segundo grupo de historiadores que abordaron el tema de las milicias durante los años de la República en paz y la guerra está constituido, fundamentalmente, por hispanistas que investigaron y publicaron entre las décadas de los sesenta y los ochenta. Como señala Leira Castiñeira en su tesis doctoral,[8] dentro de este grupo hay una gran variedad de historiadores, desde aquellos que intentan exponer una visión de la República y la guerra basada en un liberalismo de corte anglosajón, como Hugh Thomas, a otros comprometidos con la izquierda, como Herbert Southworth, Gerald Brenan o Helen Graham.[9] A estos, hay que sumar, entre otros, a Stanley G. Payne, Martin Blinkhorn, Hugh Thomas, Paul Preston y Ronald Fraser.[10]

Con el fin de la dictadura y el nacimiento del régimen democrático, aparecieron una serie de historiadores españoles no afines al régimen que empezaron a investigar sobre la República, la sublevación, la guerra y la posguerra. Algunos de estos investigadores, como José Jiménez Campos, Alberto Reig Tapia, Javier Tusell o Julián Casanova,[11] realizan análisis más rigurosos y completos que los hechos hasta entonces

---

[8] LEIRA CASTIÑEIRA, F.J., *La socialización de los soldados del ejército sublevado (1936-1945). Su papel en la consolidación del Régimen franquista*, Tesis doctoral inédita, Universidad de Santiago de Compostela, 2018, p. 31.

[9] SOUTHWORTH, H.R., *Antifalange: estudio crítico de Falange en la guerra de España: la Unificación y Hedilla*, Ruedo Ibérico, Bordeaux, 1967; BRENAN, G., *El laberinto español. Antecedentes sociales y políticos de la guerra civil*, Ruedo Ibérico, Barcelona, 1977; y GRAHAM, H., *Breve historia de la guerra civil*, Madrid, Espasa Calpe, 2006.

[10] PAYNE, S.G., *Falange. Historia del fascismo español*, Ediciones Ruedo Ibérico, Bordeaux, 1965; BLINKHORN, M., *Carlismo y contrarrevolución en España. 1931-1939*, Critica, Barcelona, 1969; THOMAS, H., *La Guerra Civil Española* (Volúmenes I y II), Grijalbo, Barcelona, 1976.; PRESTON, P., *Franco. Caudillo de España*, Grijabo, Barcelona, 1998; y FRASER, R., *Recuérdalo tú y recuérdaselo a otros*, Crítica, Barcelona, 2019.

[11] JIMÉNEZ CAMPO, J., *El fascismo en la crisis de la II República*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1978; REIG TAPIA, A*., Ideología e Historia. Sobre la represión franquista y la guerra civil*, Akal, Madrid, 1986; TUSELL, J., *La dictadura de Franco*, Alianza Editorial, Madrid, 1988; y CASANOVA, J., “La

sin dejarse influir por las visiones de los franquistas y de los hispanistas, y beneficiándose del fin de la censura. Dichos historiadores desmontan los mitos construidos por los autores afines a la dictadura y sus propagandistas, y desarrollan nuevos aspectos que aún no habían sido tratados, o que lo habían sido de forma insuficiente. Al estar basados en una metodología más perfilada y en unas fuentes más completas, fiables y contrastadas, estas investigaciones tienen un gran valor historiográfico.

A diferencia de lo sucedido con los libros y artículos publicados durante el régimen, estos no tienen una finalidad propagandística ni de legitimación de la dictadura, sino todo lo contrario, y, además, aportan un análisis más crítico sobre los hechos. A ello, ayuda la libertad para publicar que no hubo en los años anteriores y, que los archivos, que hasta este momento solo pudieron ser consultados por personas afines al régimen, se abrieron a todos los ciudadanos independientemente de su ideología (aunque esta apertura no llegó a ser total, manteniéndose todavía algunos fondos documentales de difícil acceso).

Con la apertura de los archivos, se pudo comprobar que se había llevado a cabo la destrucción de una gran cantidad de documentación relacionada con aspectos diversos de la dictadura, entre ellos los crímenes cometidos durante la guerra y todo el periodo dictatorial. Como es bien sabido, en los inicios de la Transición, en todas las Jefaturas Provinciales del Movimiento se llevó a cabo una sistemática destrucción de documentación que, entre otra de diversa naturaleza, pudiera incriminar a los autores de crímenes, dificultando así la posibilidad de exigir responsabilidades por conductas delictivas. Entre otros materiales, se destruyó documentación sobre miembros de Falange y de sus milicias, así como órdenes e informes de las operaciones ejecutadas durante la guerra y la posguerra. Así pues, la mayoría de la documentación desapareció antes de que los primeros alcaldes llegados con la democracia ocuparan sus cargos. Por suerte, no todo se perdió gracias al azar y al desorden que había en las jefaturas provinciales.

Tampoco tenemos aún un buen conocimiento del perfil de los falangistas de antes de la guerra. Ello se debe a que, a partir de la ilegalización de FE de las JONS a mediados de marzo de 1936, como comenta el falangista barcelonés Alberto de Grau en una entrevista hecha con el historiador Joan M.ª Thomàs, los propios falangistas destruyeron su documentación, sus carnés y sus fichas para protegerse.[12]

sombra del franquismo: ignorar y huir del pasado" en Íd., J. (ed.), *El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón (1936-1939)*, Siglo XXI, Madrid, 1992, pp. 1-28.

[12] THOMÀS, J.M., *Feixistes! Viatge a l'interior del falangisme català*, l'Esfera dels llibres, Barcelona, 2008.

Afortunadamente, no todo se desperdició y existe información sobre los falangistas gracias a las fichas policiales que se han conservado, a la documentación que no se destruyó, así como a los testimonios recogidos en diarios, como el de Prudencio Doreste,[13] a las biografías de José Antonio Primo de Rivera hechas por *camisas viejas*, como Francisco Bravo o Felipe Ximénez de Sandoval,[14] a las biografías redactadas sobre Manuel Hedilla, como la de García Venero,[15] a las autobiografías escritas por dirigentes falangistas, como Raimundo Fernández Cuesta o José Antonio Girón de Velasco,[16] y a las historias de Falange publicadas por *camisas viejas*, como Francisco Bravo Martínez, Francisco Meleiro o Alfonso de Zayas.[17]

Las investigaciones publicadas a partir de la llegada de la democracia en España tuvieron un gran impacto social e historiográfico gracias a que desmintieron muchas de las ideas defendidas por los franquistas como, por ejemplo, el mito de la represión republicana indiscriminada, descontrolada y superior a la rebelde; la situación de caos y anarquía durante los años de la República en paz; el desorden y el terror presentes en la retaguardia republicana en contraposición al orden existente en los territorios controlados por los sublevados; el mito de la insurrección militar como prevención de un golpe comunista organizado por la Unión Soviética y ejecutado por la izquierda; y la imagen de Franco como pacificador nacional.

No todos los autores que escriben y publican a partir de la década de los noventa están alejados del discurso y de la propaganda franquista. Estos son nostálgicos de la dictadura, cuando no tienen directamente un pasado franquista, como es el caso de José Luís Jerez Riesco.[18] Es sus escritos defienden muchas de las tesis e ideas sostenidas por la historiografía oficial del régimen, y pretenden justificar la violencia que acompañó la sublevación y la guerra, así como los casi cuarenta años de dictadura. Realizan, en definitiva, una actualización de las tesis de la historiografía franquista, que ha sido identificada con la etiqueta de *revisionismo histórico*. Entre estos *revisionistas*

[13] DORESTE, P., *Ocho meses de* campaña, Tip. Diario, Las Palmas de Gran Canaria, 1938.
[14] BRAVO MARTÍNEZ, F., *José Antonio*...; y XIMÉNEZ DE SANDOVAL, F., *José Antonio*...
[15] GARCÍA VENERO, M., *Testimonio de Manuel Hedilla. Segundo Jefe Nacional de Falange Española*, Ediciones Acervo, Barcelona, 1972.
[16] FERNÁNDEZ CUESTA, R., *Testimonio*, recuerdos y reflexiones...; y GIRÓN DE VELASCO, J.A., *Si la memoria no me falla*, Editorial Planeta, Barcelona, 1994.
[17] BRAVO MARTÍNEZ, F*., Historia de Falange Española de las JONS*...; MELEIRO, F., *Anecdotario de la Falange de Orense*…; y DE ZAYAS, A., *Historia de la Vieja Guardia de Baleares*…
[18] JEREZ RIESCO, J.L., *Falange imperial (Crónica de la Falange Toledana)*, Colección Fulgor, Madrid, 1998; Íd., *El Madrid de la Falange*, San Sebastián de los Reyes, Actas, 2006; Íd., *La Falange en la cuna de los conquistadores: historia de la Falange Española en Extremadura*, Nueva República, Molins de Rei, 2013: Íd., *Barras y flechas: historia de la Falange Española en Cataluña*, Ediciones Fides, Torredembarra, 2014; Íd., *Los Hijos del trueno: historia de la Falange en Galicia*, Ediciones Fides, Madrid, 2018.; e Íd., *La Falange en tierra de dragones: historia de Falange Española de Aragón*, Ediciones Fides, Torredembarra, 2022.

se encuentran, por ejemplo, César Vidal o Pío Moa.[19] Su discurso se emparenta directamente con los relatos de la *Cruzada* y la *Victoria*, sin aportar nada sobre los verdugos ni las víctimas. Como critica Javier Rodrigo, estos autores se alimentan de la memoria de los muertos, manipulan las historias de los fallecidos y procuran contrarrestar los aspectos más oscuros de la dictadura y de su mito fundacional.[20]

Algunos de estos autores, aunque defienden muchas ideas y teorías de la historiografía franquista, no cuestionan la legitimidad del origen de la República ni justifican la guerra, pero, en cambio, denuncian el carácter intolerable e intransigente del poder republicano, visto cómo una democracia de *baja calidad* e intemporal. A diferencia de los escritores afines al régimen, estos no apelan a una conjura comunista, pero aluden al clima de violencia, terror y cerco al que fueron sometidos la derecha y los sectores conservadores por parte de la izquierda republicana ante la impasibilidad e impotencia de las autoridades. También analizan la represión republicana con una gran profusión de detalles y sin escatimar esfuerzos en exagerarla. Por otra parte, tienden a culpabilizar del conflicto a las izquierdas, condenando sin paliativos a la República y a la falta de control del orden público por parte de las autoridades, lo que habría coadyuvado al golpe de estado y al inicio de la guerra. Como comenta González Calleja, estos autores hacen una interpretación en clave de fracaso de las decisiones políticas tomadas por los dirigentes republicanos en materia de orden público.[21]

Relacionado con la naturaleza del régimen nacido de la guerra, en sus escritos olvidan la esencia violenta de la dictadura, apreciándose una instrumentalización de la paz, defendiendo que esta llegó con el final de las hostilidades sin tener en consideración a los vencidos que continuaron sufriendo la represión de posguerra institucionalizada por los tribunales. También defienden que la gran mayoría de los vencidos se integraron rápido y rehicieron sus vidas con facilidad. E, igualmente, omiten el hambre y la miseria de la sociedad de posguerra, y la marginación de los individuos no afines al régimen, así como a los miles de españoles que estuvieron en el exilio, a los guerrilleros que continuaron la lucha contra el franquismo, a los trabajadores *depurados*, a los individuos que estaban encerrados en cárceles abarrotadas e insalubres, y a los reclusos que se encontraban en batallones de trabajadores y en campos de concentración.

---

[19] VIDAL, C., *La guerra de Franco. Historia militar de la guerra civil española*, Planeta, Barcelona, 1996; Íd.; *La guerra que ganó Franco. Historia militar de la guerra civil española*, Planeta de Agostini, Barcelona, 2007; y MOA, P., *El derrumbe de la segunda república y la guerra civil*, Ediciones Encuentro S.A., Madrid, 2009.
[20] RODRIGO, J., "España era una patria enferma. La violencia de la Guerra Civil y su legitimación en la extrema derecha española: entre historia, representación y revisionismo", *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, n.º 84 (2009), pp. 220-222.
[21] GONZÁLEZ CALLEJA, E., *Cifras cruentas*…, p. 52.

En cambio, los autores conocidos como negacionistas buscan legitimar la guerra y la dictadura a través de una deslegitimación de la República rechazando su legitimidad de origen y sus poderes actuantes. Consideran que las izquierdas querían imponer un régimen revolucionario, argumentando que la guerra no empezó en 1936, sino con la revolución de octubre de 1934; ocultan la relación del franquismo con los fascismos europeos; minimizan el componente violento del régimen como una cosa fortuita; y relativizan la violencia de los falangistas, derechistas y sublevados como una respuesta previa a un *terror rojo* más brutal.[22]

Sus publicaciones no tienen ninguna trascendencia historiográfica. Por su parte, hay un rechazo y una crítica por parte de la historiografía profesional que remarca su carácter pseudocientífico y denuncia su discurso hecho a partir de referencias forzadas, falsas y manipuladas, la omisión o desvalorización deliberada de la información que no va en la misma línea que sus ideas, la falta de una debida contextualización histórica, la simplificación interesada de los hechos o procesos complejos, y el uso acrítico y sesgado de documentos.[23] Se podría decir que estos trabajos solo sirven para alimentar el discurso más duro de la derecha política española y de los nostálgicos de la dictadura.

Con la llegada del nuevo milenio aparecieron nuevas investigaciones hechas por historiadores de diferentes generaciones que abordan aspectos que no fueron analizados por los autores comentados anteriormente. Entre estas nuevas temáticas hay una creciente relevancia de los estudios sobre la violencia durante los años de la República en paz,[24] el golpe de estado,[25] la guerra;[26] los combatientes del bando

[22] Ibid., pp. 45-46.
[23] Ibid., p. 43.
[24] GONZÁLEZ CALLEJA, E., "La dialéctica de las pistolas. La violencia y la fragmentación del poder político durante la Segunda República" en MUÑOZ, J, LEDESMA, J.L. y RODRIGO, J. (eds.), *Culturas y políticas de la violencia. España siglo XX*, Siete Mares, Madrid, 2005, pp. 101-146; y CRUZ, R., *En el nombre del pueblo: República, rebelión y guerra en la España de 1936*, Siglo XXI, Madrid, 2006.
[25] ALÍA MIRANDA, F., *Julio de 1936. Conspiración y alzamiento contra la Segunda República*, Crítica, Barcelona, 2011; y GIL BRACERO, R., "Conspiración y sublevación en Granada" en RUIZ-MANJÓN CABEZA, O. y GÓMEZ OLIVER, M. (eds.), *Los nuevos historiadores ante la guerra civil*, Diputación Provincial de Granada, Granada, 1990, pp. 323-352.
[26] ESPINOSA MAESTRE, F., "Julio de 1936. Golpe militar y plan de exterminio" en CASANOVA, J. (ed.), *Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco.* Crítica, Barcelona, 2002, pp. 53-119; RODRIGO, J., *Hasta la raíz. Violencia durante la guerra civil y la dictadura franquista*, Alianza, Madrid, 2008; y CRUZ, R., "Las campañas rebeldes de aniquilación del enemigo", *Ayer*, n.º 76 (2009), pp. 65-82.

sublevado,[27] la posguerra[28] y el proceso de fascistización.[29] Aparte de estas publicaciones de carácter general, aparecen numerosas investigaciones locales que permiten establecer diferencias y paralelismos entre las milicias de Falange en las diferentes localidades para, así, tener un mejor conocimiento de las actividades en las que participaron los falangistas en el conjunto de España, a la vez que se presta atención a las particularidades de cada provincia.[30]

Aparte de los estudios provinciales, hay una importancia creciente de los análisis comparados con otros países y conflictos que tuvieron lugar en el mismo periodo estudiado.[31] Estos permiten establecer diferencias y paralelismos de las acciones ejecutadas por los milicianos falangistas antes de la guerra y durante la misma con otros conflictos que sucedieron en el periodo de entreguerras en Europa y con otros cuerpos paramilitares, como los *Fasci di Combattimento*, los *Freikorps* o la SA.[32] En el caso que nos concierne, dichas investigaciones permiten establecer que las milicias de Falange no fuero un caso aislado, sino que fueron producto de un fenómeno paramilitar que tuvo lugar en la Europa de entreguerras.

1.1.2. Cultura miliciana

Aunque en el periodo de entreguerras hubo una gran cantidad de grupos milicianos, debemos retroceder hasta el siglo XIX para encontrar el origen de la cultura paramilitar. Centrándose en el caso español, Juan Sisinio Pérez Garzón, Miguel Ángel Naranjo Sanguino y Gonzalo Buitrón Prida analizan las milicias que se organizaron durante la conocida como guerra de independencia española (1808-1814) y su desarticulación tras la derrota de los franceses y el retorno de Fernando VII a España. Estos autores destacan que las milicias volvieron a estar operativas durante el trienio liberal, para volver a ser prohibidas tras la derrota de los liberales en 1823. Igualmente,

---

[27] ALONSO IBARRA, M., *El ejército sublevado en la Guerra Civil Española. Experiencia bélica, fascistización y violencia (1936-1939)*, Tesis doctoral inédita, Universitat Autònoma de Barcelona, 2019; y LEIRA CASTIÑEIRA, F.J., *Soldados de Franco. Reclutamiento forzoso, experiencia de guerra y desmovilización militar*, Siglo XXI, Madrid, 2020.

[28] MARCO, J., "Rethinking the Postwar Period in Spain: Violence and Irregular Civil War, 1939-1952", *Journal of Contemporary History*, vol. 55, n.º 3 (2020), pp. 492-513; RODRIGO, J. (ed.), *Posguerras civiles europeas, 1939-1950: una historia comparada*, Marcial Pons, Madrid, 2023; y FERNÁNDEZ PASALODOS, A., *Hasta su total exterminio. La guerra antipartisana en España, 1936-1952*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2024.

[29] GONZÁLEZ CALLEJA, E., *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936*, Alianza Editorial, Madrid, 2011; y GALLEGO, F., *El Evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo (1930-1950)*, Crítica, Barcelona, 2004.

[30] ESPINOSA MAESTRE, F., *La Guerra Civil en Huelva*, Diputación Provincial de Huelva, Huelva, 1996; y CASTRO L., *Capital de la cruzada. Burgos durante la Guerra Civil*, Critica, Barcelona, 2006.

[31] CASANOVA, J., "Europa en guerra: 1914-1945", *Ayer,* n.º 55 (2004), pp. 107-126; y RODRIGO, J. y ALEGRE, D., *Comunidades rotas. Una historia global de las guerras Civiles, 1917-2017*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2019.

[32] WAITE, R. G. L., *Vanguard of Nazism: The Free Corps Movement in Postwar Germany, 1918-1923*, The Norton Library, Nueva York, 1969; y CASQUETE, J., *Nazis a pie de calle. Una historia de las SA en la República de Weimar*, Alianza Editorial, Madrid, 2017.

con la muerte de Fernando VII y el inicio de la primera guerra carlista en 1833, estos grupos armados volvieron a estar operativos para enfrentarse al carlismo. Como se puede apreciar en estas publicaciones, estas milicias fueron un instrumento de las fuerzas liberales.[33] Por su parte, Álvaro París Martín sostiene que los partidarios del absolutismo también organizaron sus propias unidades milicianas para combatir contra la revolución, primero, y contra los liberales, después.[34]

Ya en el siglo XX, cabe destacar que las guardias cívicas auxiliaron a los soldados y a los miembros de las fuerzas policiales para luchar contra la revolución y limitar los estragos ocasionados por los huelguistas. Para ello, los integrantes de las guardias cívicas garantizaron el funcionamiento del transporte público, repartieron la correspondencia y abastecieron de víveres las tiendas y los mercados, entre otras acciones. Asimismo, realizaron funciones policiales, como detenciones, interrogatorios o patrullas. Eduardo González Calleja analiza la relevancia de las guardias cívicas existentes antes de la Gran Guerra, como el Somatén en España o la *Frivillige Skyddsvaren* en Suecia, y las que se organizaron después de la misma, como la *Einwohnerwehr* en Alemania o la *Sempre Pronti per la Patria e per el Re* en Italia.[35] Por otra parte, el propio González Calleja destaca la identificación del Somatén como instrumento de la dictadura del general Miguel Primo de Rivera para garantizar la paz ciudadana y su importancia como herramienta de movilización de la población.[36]

No fue hasta el final de la primera guerra mundial que la cultura miliciana tuvo una gran relevancia en el continente europeo. Como señalan, entre otros autores, Fernando del Rey, Roberto Villa García, Robert Gerwarth, Francisco Sevillano Calero y Sandra Souto, la Europa de entreguerras se caracterizó por la presencia de grupos paramilitares contrarios a la democracia y al parlamentarismo. Según estos historiadores, estas organizaciones concebían la política como un combate a muerte con el adversario, quien era percibido como una amenaza que debía ser eliminada por representar todos los valores contrarios a los que se defendían, así como el responsable de la crisis del momento y de la decadencia en la que se encontraba la nación. También señalan que los miembros de estas milicias justificaban el empleo de la violencia como

[33] PÉREZ GARZÓN, J.S., *Milicia Nacional y revolución burguesa*, CSIC, Madrid, 1978; NARANJO SANGUINO, M. Á., "La Milicia Nacional de Almendralejo", *Revista de Estudios Extremeños*, tomo LXXII, n.º 1 (2016), pp. 639-684; y BUTRÓN PRIDA, G., "Las milicias ciudadanas en las revoluciones liberales europeas: el caso del primer liberalismo español", *Rúbrica Contemporánea*, vol. 9, n.º18 (2020), pp. 5-21.
[34] PARÍS MARTÍN, Á., "Armar al pueblo en defensa del rey: las milicias contrarrevolucionarias y realistas en Europa (1789-1830)", *Rubrica Contemporánea*, vol. 9, n.º 18 (2020), pp. 23-51.
[35] GONZÁLEZ CALLEJA, E., *En nombre de la autoridad. Defensa del orden público durante la Segunda República Española (1931-1936)*, Comares, Granada, 2014.
[36] GONZÁLEZ CALLEJA, E., *La España de Primo de Rivera. La modernización autoritaria, 1923-1930*, Alianza, Madrid, 2005.

herramienta para conquistar la calle y expulsar al enemigo de esta. Concluyen que estos grupos daban más importancia al uso de la violencia que a la vía electoral para imponer su autoridad, acabar con el enemigo y hacerse con el poder.[37]

Como argumentan González Calleja, José Antonio Parejo y Sandra Souto, este fenómeno miliciano tuvo especial relevancia entre la juventud.[38] Explican que los jóvenes no conocían los horrores de las trincheras y veían la guerra como un juego, lo que los motivó a alistarse en un grupo paramilitar. Además, como añade Francisco Morente, parte de estos jóvenes se enrolaron porque consideraban que había llegado el momento de reemplazar a las generaciones anteriores al frente del poder político por su incapacidad de acabar con la crisis que ellos mismos habían provocado.[39] Estos autores, sostienen que, para entender las causas que llevaron a muchos de estos chicos a integrarse en un grupo paramilitar, hay que prestar atención también al contexto general de crisis política, social y económica, así como a la incertidumbre de los universitarios, que, una vez terminada la carrera, no encontraban un trabajo acorde con su formación. Igualmente, como señalan Michael Grüttner, Ángel Alcalde, George L. Mosse y Fernando del Rey, en estas milicias también hubo excombatientes que no aceptaron la derrota en la guerra porque entendieron que el conflicto se perdió en la retaguardia y no en el frente. Así pues, gracias a la experiencia paramilitar, estos veteranos vieron que tuvieron una segunda oportunidad para continuar la lucha lejos del frente y de las trincheras contra el enemigo interno.[40]

Según Robert Gerwarth, estos grupos también pretendieron poner fin, mediante la violencia, a los distintos conatos revolucionarios que proliferaron a lo largo del

---

[37] DEL REY, F., "La Gran Guerra y la pasión revolucionaria" en Íd. y ÁLVAREZ TARDÍO, M. (eds.), *Políticas del odio: violencia y crisis de las democracias en el mundo de entreguerras,* Tecnos, Madrid, 2017, pp. 39-114; VILLA GARCÍA, R., "La urna y la pistola" en DEL REY, F. y ÁLVAREZ TARDÍO, M. (eds.), *Políticas del odio*…, pp. 281-334; GERWARTH, R., *Los vencidos. Por qué la Primera Guerra Mundial no concluyó del todo (1917-1923)*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2018; SEVILLANO CALERO, F., *La Europa de entreguerras: el orden trastocado*, Síntesis, Madrid, 2020; y SOUTO KUSTRÍN, S., "Violencia política, organizaciones paramilitares y democracia en el periodo de entreguerras", *Rúbrica Contemporánea*, vol. 11, n.º 18 (2020), pp. 75-89.

[38] GONZÁLEZ CALLEJA, E., "Los jóvenes generacionales contemporáneos. Evolución de los modos conflictivos de participación política", *Mélanges de la Casa Velázquez*, n.º 34 (2004). https://journals.openedition.org/mcv/1195?gathStatIcon=true&lang=pt [Última consulta: 5 de agosto de 2020]; PAREJO FERNÁNDEZ, J.A., "Cuando fueron jóvenes… y fascistas" en DEL REY, F. y ÁLVAREZ TARDÍO, M. (eds.), *Políticas del odio*…, pp. 167-232; y SOUTO KUSTRÍN, S., "Jóvenes, marxistas y revolucionarios" en DEL REY, F. y ÁLVAREZ TARDÍO, M. (eds.), *Políticas del odio*…, pp. 115-166.

[39] MORENTE, F., "Los estudiantes nazis en la República de Weimar. Tradición, modernidad, fascistización" en COBO ROMERO, F. y DEL ARCO BLANCO, M. (eds.), *Fascismo y modernismo. Política y cultura en la Europa de entreguerras (1918-1945),* Comares Historia, Granada, 2016, pp. 61-76.

[40] GRÜTTNER, M., "La Primera Guerra Mundial y el nacimiento del Nacionalsocialismo" en MORENTE, F. y RODRIGO, J. (eds.), *Tierras de nadie. La Primera Guerra Mundial y sus consecuencias*, Comares, Granada, 2014, pp. 135-153; ALCALDE, Á., *War Veterans and Fascism in Interwar Europe*, Cambridge University Press, Cambridge, 2017; MOSSE, G. L., *Soldados caídos. La transformación de la memoria de las guerras mundiales*, Prensas de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2016; y DEL REY, F., "La Gran Guerra y la pasión revolucionaria" en DEL REY, F. y ÁLVAREZ TARDÍO, M. (eds.), *Políticas del odio*…, pp. 39-114.

continente.[41] Estas revoluciones se dieron, principalmente, en los países vencidos en la guerra o en los que, como en Italia, hubo una percepción de derrota. Así, por ejemplo, Emilio Gentile y Francisco Cobo Romero analizan la intervención de los *Fasci di Combattimento* en Italia;[42] Robert G. L. Waite y Nigel Jones estudian la participación de los *Freikorps* en el combate y en la represión de la revolución en Alemania;[43] o Bela Bodó analiza la violencia perpetrada por las distintas unidades milicianas húngaras contra los revolucionarios y los colectivos sospechosos de colaborar con estos.[44] Estos autores comentan que estas unidades se organizaron como fuerzas contrarrevolucionarias alimentadas por el miedo que tenían las clases conservadoras a la revolución y por la radicalización de la izquierda obrera que, en los círculos conservadores, se percibió que estaba inspirada en el bolchevismo. También analizan la complejidad de las relaciones entre las distintas unidades paramilitares y las autoridades, señalando la cooperación de los milicianos con las fuerzas policiales y los ejércitos regulares en la lucha contra la revolución, así como los conflictos entre los milicianos y las autoridades. Finalizan su análisis con una explicación sobre la desarticulación de las unidades paramilitares o su incorporación al ejército regular en el momento en el que las autoridades consideraban que podían prescindir de ellas.

Por su parte, Wolfang Schivelsbusch analiza el surgimiento de una cultura de la derrota en los países vencidos en la guerra. Señala que ello comportó la aparición de mitos como el de la puñalada por la espalda en Alemania o el de la victoria mutilada en Italia. También comenta que, para los milicianos, la derrota no tuvo lugar en el campo de batalla, sino en la retaguardia, donde los enemigos internos, a los que se acusó de traidores, habían abandonado a la nación en el momento que más los necesitaba. Como defiende Schivelsbusch, esto originó un sentimiento de venganza ligado a la idea de que la derrota no fue un resultado que se debía aceptar, sino una injusticia que se debía corregir. Además, comenta que, ante esta continuación de la lucha, se concibió la guerra

---

[41] GERWARTH, R., "The Central European Counter-Revolution: Paramilitary Violence in Germany, Austria and Hungary after the Great War", *Past and Present*, 200 (2008), pp. 175-209; e Íd., "Fighting the Red Beast: Counter-Revolutionary Violence in the Defeated States of Central Europe" en Íd. y HORNE, J. (eds.), *War in peace*…, pp. 52-71.

[42] GENTILE, E., "Paramilitary Violence in Italy: The Rationale of Fascism and the Origins of Totalitarianism" en GERWARTH, R. y HORNE, J. (eds.), *War in peace*…, pp. 85-103; y COBO ROMERO, F., *¿Fascismo o democracia? Campesinado y política en la crisis del liberalismo europeo, 1870-1939*, Universidad de Granada, Granada, 2012.

[43] WAITE, R. G. L., *Vanguard of Nazism*…; y JONES, N., *Hitler's Heralds: The Story of the Freikorps, 1918-1923*, Lume Books, Londres, 1987.

[44] BODÓ, B., "Paramilitary Violence in Hungary after the First World War", *East European Quarterly*, vol. 38, nº 2 (2004), pp. 129-172; e Íd., *The White Terror. Antisemitic and political violence in Hungary, 1919-1921*, Routledge, Nueva York, 2019.

como una confrontación con un enemigo con el que no se podía llegar a ningún acuerdo, lo que indica que lo único que se podía hacer con él era eliminarlo físicamente.[45]

En esta misma línea, según George L. Mosse, el escenario político se caracterizó por una brutalización de las relaciones con el oponente y el empleo de actitudes, prácticas y estrategias propias de una guerra, lo que dio lugar a una percepción de contienda permanente que hizo que los excombatientes percibieran el escenario político como un campo de batalla en el que se normalizó el uso de la violencia contra el adversario.[46] En cambio, Marcel Prost pone en duda que tuviera lugar esta brutalización de las relaciones en el escenario político de toda Europa. El autor pone como contraejemplo el caso francés, donde buena parte de la sociedad y las organizaciones excombatientes se caracterizaron por su pacifismo.[47]

En cambio, a diferencia de las naciones en las que se originó la cultura de la derrota, la incidencia de los grupos paramilitares en la vida nacional estuvo muy limitada en los países vencedores. Aunque Francia e Inglaterra ganaron la guerra, se organizaron grupos paramilitares y guardias cívicas para mantener el orden público. John Horne, al analizar la situación de Francia durante la posguerra, comenta la cooperación de las milicias y las guardias cívicas con las fuerzas policiales y el ejército regular para limitar los estragos de las huelgas y garantizar la paz ciudadana.[48] En esta misma línea, Anne Dolan analiza la intervención del *Black and Tans* en la guerra de independencia de Irlanda. Señala que el paramilitarismo británico no surgió con la intención de preservar el orden y el poder, sino que fue una respuesta a un problema doméstico antes de que se extendiera por el imperio y se convirtiera en un fenómeno colonial.[49]

Por su parte, Julia Eichenberg, John Paul Newman y Tomas Balkelis estudian la intervención de las milicias para proteger las fronteras de los países de nueva creación ante la amenaza de sus vecinos.[50] Igualmente, las milicias combatieron en guerras de independencia, como la de Polonia o la de Irlanda. En sus investigaciones, Julia

---

[45] SCHIVELBUSCH, W., *The Culture of Defeat: On National Trauma, Mourning, and Recovery*, Granta Books, Londres, 2003.
[46] MOSSE, G. L., *Soldados caídos*…, pp. 205-230.
[47] PROST, A., "The Impact of the War on French and German Political Cultures", *The Historical Journal*, vol. 37, n.º 1 (marzo 1994), pp. 209-217.
[48] HORNE, J., "Defending the Victory: Paramilitary Politics in France, 1918-1926. A Counter-example" en GERWARTH, R., HORNE, J. (eds.), *War in peace*…, p. 229-233.
[49] DOLAN, A., "The British Culture of Paramilitary Violence in the Irish War of Independence" en GERWARTH, R. y HORNE, J. (eds.), *War in Peace*…, pp. 200-215.
[50] EICHENBERG, J. y NEWMAN, J.P., "Violence in Dissolving Empires after the First World War ", *Contemporary European History* 19, n.º 3 (2010), pp. 183-194; y BALKELIS, T., "Turning Citizens into Soldiers: Baltic Paramilitary Movements after the Great War" en GERWARTH, R. y HORNE, J. (eds.), *War in peace*…, pp. 126-144.

Eichenberg y Anne Dolan analizan las motivaciones que llevaron a los voluntarios a inscribirse en estos grupos, destacando las causas económicas, el racismo y las ganas de vivir aventuras lejos de sus hogares; la colaboración con el ejército regular en el combate en el frente y en el mantenimiento del orden en la retaguardia; y las distintas formas de violencia perpetrada contra el enemigo.[51]

Ahora bien, no todos los grupos paramilitares estuvieron inducidos por la brutalización resultante de la experiencia de la Gran Guerra. Ello se ejemplifica en los Balcanes, donde la cultura miliciana no surgió en 1918, sino que se manifestó a inicios del siglo XX, teniendo especial relevancia durante las guerras de los Balcanes (1912-1913). Como comenta John Paul Newman, la violencia que proliferó en esta zona no era consecuencia del miedo a la revolución, sino que estaba motivada por la importancia del nacionalismo en el territorio y por las rivalidades entre los distintos proyectos para construir la nación. Además, Newman analiza la situación de los Balcanes en la posguerra y cómo afectó la disolución del imperio austrohúngaro en el territorio. Como los demás trabajos comentados hasta ahora, el autor examina las distintas formas de la violencia y el uso de esta contra sus objetivos.[52]

Aunque la presencia de los grupos milicianos en Europa estuvo en declive a partir de 1923, la cultura miliciana estuvo presente en los movimientos fascistas que se organizaron en partidos-milicia y en los partidos que estructuraron sus propias secciones paramilitares. En esta línea, las SA son analizadas por autores como Peter Fritzsche, Sven Reichardt y Jesús Casquete;[53] las *Légions pour la Politique de la Victoire* del *Faisceau* por Allen Douglas, John Horne y Joan Pubill;[54] o los *Blackshirt* de la *British Union of Fascists* (BUF) por Julie Gottlieb.[55] Estos autores sostienen que los fascistas organizaron sus propias unidades milicianas para proteger el movimiento y enfrentarse al enemigo en la calle, mientras que sus dirigentes participaron en el debate

[51] EICHENBERG, J., "The Dark Side of Independence: Paramilitary Violence in Ireland and Poland after the First World War", *Contemporary European History* vol. 19, n.º 3 (2010), pp. 231-248; Íd., "Soldiers to Civilians, Civilians to Soldiers: Poland and Ireland after the First World War" en GERWARTH, R. y HORNE, J. (eds.), *War in Peace*…, pp. 186-199; y DOLAN, A., "The British Culture of Paramilitary Violence in the Irish War of Independence" en GERWARTH, R. y HORNE, J. (eds.), *War in Peace*…, pp. 200-215.
[52] NEWMAN, J.P., "Post-imperial and Post-war Violence in the South Slav Lands, 1917-1923", *Contemporary European History*, vol. 19, n.º 3 (2010), pp. 249-265; e Íd., "The Origins, Attributes, and Legacies of Paramilitary Violence in the Balkans" en GERWARTH, R. y HORNE, J. (eds.); *War in peace*…, pp. 145-163.
[53] FRITZSCHE, P., *De alemanes a nazis*, *1914-1933*, Siglo XXI, Argentina, 2009; REICHARDT, S., "Violence and Community: A Micro-Study on Nazi Storm Troopers", *Central European History*, vol. 46, n.º 2 (2013), pp. 275-297; y CASQUETE, J., *Nazis a pie de calle*….
[54] DOUGLAS, A., "Violence and Fascism: The Case of the Faisceau", *Journal pf Contemporary History*, n.º 14 (1984), pp. 689-712; HORNE, J., "Defending the Victory: Paramilitary Politics in France, 1918-1926. A Counter-example" en GERWARTH, R., HORNE, J. (eds.), *War in peace*…, pp. 226-231; y PUBILL BRUGUÉS, J., *Mort a la modernitat. La trajectòria inconformista de Georges Valois: de la crisi finisecular al feixisme, 1978-1928*. Tesis doctoral inédita, Universitat Autònoma de Barcelona, 2020.
[55] GOTTLIEB, J., "Body Fascism in Britain: Building the Blackshirt in the Inter-War Period", *Contemporary European History*, vol. 20, n.º 2 (mayo 2011), pp. 111-136.

parlamentario y en el juego electoral. Por supuesto, también destacan la violencia perpetrada por sus miembros. Igualmente, resaltan la juventud de sus integrantes, su fe ciega en sus líderes y su fidelidad incondicional al programa, así como su sentimiento de camaradería y su espíritu de sacrificio.

En relación con las organizaciones monárquicas, Rubén Calderón Boucher y Stéphane Giocanti centran su estudio en las milicias de *Action Française* (AF), los *Camelots du Roi*;[56] mientras que Eduardo González Calleja, Julio Aróstegui i Jordi Canal analizan el requeté.[57] Como las investigaciones citadas anteriormente, en estos trabajos se analizan los motivos que llevaron a la fundación de estas milicias, que funciones desempeñaron y los enfrentamientos contra sus oponentes.

El fenómeno paramilitar tuvo un importante protagonismo en la España de los años treinta. De ello dan cuenta Julio Aróstegui y Eduardo González Calleja, quienes han estudiado las distintas milicias presentes durante estos años, la mayor parte de las cuales actuaron ya antes de la guerra. Comentan que, en las milicias falangistas, como sucedió con el Requeté, hubo una presencia relevante de militares retirados por la Ley Azaña que instruyeron a los milicianos para la lucha en la calle. Los miembros de estas unidades paramilitares participaron en peleas callejeras contra los activistas de grupos de la izquierda y, atentaron, también, contra personalidades políticas y sindicales. Añaden que no solo estuvieron involucrados en acciones violentas, sino que, también, protegieron a los dirigentes del partido, repartieron la prensa del partido en la calle y participaron en desfiles y concentraciones al aire libre para dar visibilidad al movimiento. Igualmente, analizan su implicación en la sublevación y en la guerra, otorgándoles especial importancia durante las primeras semanas del conflicto por su participación en las operaciones militares y en el mantenimiento del orden en la retaguardia, y por su protagonismo en las actividades represivas. Ahora bien, una vez que los frentes se estabilizaron, añaden que las autoridades rebeldes, a golpe de decreto, subordinaron las milicias de partido al mando militar.[58]

---

[56] CALDERÓN BOUCHER, R., *Maurras y la Acción Francesa frente a la IIIª República*, Ediciones Nueva Hispanidad, Buenos Aires, 2000; y GIOCANTI, S., *Charles Maurras. El caos y el orden*, Acantilado, Barcelona, 2010.

[57] GONZÁLEZ CALLEJA, E. y AROSTEGUI, J., "La tradición recuperada: el Requeté Carlista y la insurrección", *Historia Contemporánea* n.º 11 (1994), pp. 29-53; CANAL, J., *El carlismo. Dos siglos de contrarrevolución en España*, Alianza Editorial, Madrid, 2000; CANAL, J., *Banderas blancas, boinas rojas: Una historia política del carlismo, 1876-1939*, Marcial Pons, Madrid, 2012; y AROSTEGUI, J., *Combatientes requetés en la Guerra Civil española (1936-1939)*, La esfera de los libros, Madrid, 2013.

[58] AROSTEGUI J., "Sociedad y milicias en la Guerra Civil Española, 1936-1939. Una reflexión metodológica", *Estudios de Historia de España. Homenaje a Tuñón de Lara*, UIMP, vol. II, Madrid, 1981, pp. 307-325; y GONZÁLEZ CALLEJA, E., "Camisas de fuerza: fascismo y paramilitarización", *Historia contemporánea*, n.º 11 (1994), pp. 55-81.

Centrándose en la Guerra Civil, el primer trabajo sobre las milicias durante el conflicto armado está escrito por el militar franquista Rafael Casas de la Vega. Su libro se centra en las operaciones militares en las que participaron las milicias del bando rebelde, mientras que omite su presencia en la retaguardia con la intención de ocultar los asesinatos y crímenes en los que participaron, dando así una visión heroica de los milicianos que intervinieron en las operaciones en el frente. También analiza las distintas unidades paramilitares que actuaron durante el conflicto, centrándose en las posiciones que ocuparon, en los hombres que las integraron y en el armamento que disponían.[59] Al ser una obra publicada por un militar franquista en tiempos de la dictadura, está muy presente en ella el discurso de la *Cruzada* y de la guerra de *liberación nacional*; el trabajo tiene, así, una función propagandística más que historiográfica.

Recientemente, Aurora Artiaga ha publicado un artículo en el que destaca el componente voluntario de los milicianos en la guerra y la dimensión popular del conflicto. Para ello, comenta las causas por las que los ciudadanos se presentaron voluntarios; la evolución del voluntariado a lo largo del conflicto; y cómo vivieron la experiencia de guerra. Igualmente, señala que, a diferencia de lo que sucedió en la retaguardia, en el frente no se produjeron fricciones entre los diferentes grupos.[60] En cambio, Julio Prada analiza los grupos paramilitares de segunda línea, centrándose, fundamentalmente, en el caso gallego. Destaca la proliferación de las unidades milicianas, su importancia en las funciones parapoliciales para mantener el orden en la retaguardia y su protagonismo en la violencia. También se ocupa de analizar las diferencias entre las distintas milicias de partido que secundaron la sublevación, así como las relaciones en la retaguardia de estas con el ejército. Igualmente, indaga en la composición sociológica de sus miembros y las causas que llevaron a personas sin antecedentes políticos, a obreros y a republicanos de izquierda a presentarse voluntarios.[61]

En relación con las milicias falangistas de antes de la guerra, Roberto Muñoz Bolaños analiza la estrategia conspirativa de los alfonsinos con la finalidad de desestabilizar el régimen republicano y acabar con la República. Según el autor, la dinámica del partido fascista español se divide en dos etapas: la primera, en 1934, momento en el que Falange estaba subordinada a la estrategia de los monárquicos

[59] CASAS DE LA VEGA, R., *Las milicias nacionales*...
[60] ARTIAGA REGO, A., "Voluntarios para un golpe, soldados para una guerra: las milicias rebeldes de primera línea en la Guerra Civil", *Ayer* n.º 111 (2018), pp. 23-51.
[61] PRADA RODRÍGUEZ, J., "Orden público, represión y terror blanco. Las milicias de la 2ª Línea y el control de la retaguardia (Ourense, 1936-1939)", *El franquismo: el régimen y la oposición. Actas de las IV Jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación de archivos, ANABAD*, Guadalajara, 2000, vol. II, pp. 635-650; PRADA RODRÍGUEZ, J., "Las milicias de segunda línea en la retaguardia franquista: el caso de Galicia", *Cuadernos de Historia contemporánea*, n.º 33 (2011), pp. 255-273.

alfonsinos; y la segunda, a partir de febrero de 1936, en la que FE de las JONS dio su apoyo a la conspiración militar.[62] Por su parte, José Antonio Parejo analiza la violencia falangista de antes de la guerra y durante esta. Defiende que los milicianos de Falange solo pudieron cumplir sus objetivos con la lucha callejera y la violencia, constituyendo esta, además, un auténtico estilo de vida en el que el peligro y el culto a los muertos fueron elementos esenciales.[63]

Centrándose en la guerra, José Antonio Parejo y Mercedes Peñalba señalan que los voluntarios más jóvenes se integraron en la Primera Línea de Falange para luchar en el frente, mientras que los mayores de treinta años se incorporaron a la Segunda Línea para realizar funciones parapoliciales en la retaguardia. También examinan la cooperación de los falangistas con los miembros de las otras milicias que secundaron la sublevación en el campo de batalla, así como las tensiones entre ellos en la retaguardia. En relación con la unificación de abril de 1937, analizan los enfrentamientos internos entre FE de las JONS y la CT, y las consecuencias que tuvo la fusión política.[64]

1.1.3. Historias de Falange

Para tener un mejor conocimiento de las milicias de Falange, hay que atender a las publicaciones que tienen como eje fundamental de su explicación la historia de la propia organización. Muchas de estas publicaciones están escritas por *camisas viejas* durante la dictadura, como Francisco Bravo,[65] el dirigente de la Falange de Baleares, Alfonso de Zayas,[66] o el jefe territorial del partido en Galicia, Fernando Meleiro.[67] Como se ha comentado anteriormente, estas publicaciones tienen una función propagandística porque pretenden legitimar las acciones violentas perpetradas por los activistas del partido. Asimismo, se puede apreciar en ellas un discurso victimista en el que presentan a Falange como un partido mártir perseguido por las autoridades y atacado por sus enemigos, de quienes se dice que cometieron acciones provocativas y crímenes con la aprobación y el apoyo de las fuerzas del orden. Todo esto sirve para presentar a FE de las JONS como el único partido no comprometido con la República. Igualmente, este

---

[62] MUÑOZ BOLAÑOS, R., "Escuadras de la muerte: militares, Falange y terrorismo en la II República", *Amnis*, n.º 17 (2018), pp. 1-11. https://journals.openedition.org/amnis/3616?lang=en [Última consulta: 14 de julio de 2020]

[63] PAREJO FERNÁNDEZ, J.A., "De puños y pistolas. Violencia falangista y violencias fascistas", *Ayer*, n.º 88 (2004), pp. 125-145; y PAREJO FERNÁNDEZ, J.A., "La Primera Línea de la Falange contra la República", *Historia Contemporánea*, n.º 18 (2006), pp. 207-223.

[64] PAREJO FERNÁNDEZ, J.A., "La Primera Línea de la Falange contra la República…", pp. 207-223; y PEÑALBA, M., "Boinas rojas, camisas azules: las milicias *nacionales* en la guerra civil española" en MATTHEWS, J. (ed.), *España en guerra. Sociedad, cultura y movilización bélica 1936-1944*, Alianza Editorial, Madrid, 2021, pp. 65-90.

[65] BRAVO MARTÍNEZ, F., *Historia de Falange Española de las JONS*…

[66] DE ZAYAS, A., *Historia de la Vieja Guardia de Baleares*…

[67] MELEIRO, F., *Anecdotario de la Falange de Orense*…

discurso les vale para defender que los falangistas actuaron en legítima defensa y excusan las agresiones cometidas contra sus oponentes, mientras denuncian la impunidad de los autores de los crímenes contra ellos, en lo que describen como una guerra sin cuartel contra Falange.

En dichas publicaciones se presenta el enfrentamiento con el adversario como un combate desigual en el que los activistas de Falange eran superados en número, pero no en calidad, y se ensalza a los falangistas como unos valerosos luchadores que combatían sin miedo y con ilusión hasta las últimas consecuencias con la finalidad de dar un carácter épico a la lucha y resaltar su comportamiento heroico y desafiante. En cambio, los izquierdistas son presentados como unos cobardes que atacaban por la espalda solo cuando eran superiores en número.

Aunque muchas historias de Falange fueron escritas y publicadas durante la dictadura, la primera fue redactada antes de la guerra por el falangista Juan Bautista Pérez de Cabo con el título de *Arriba España*.[68] Cabe destacar que esta publicación es la única escrita en vida de José Antonio Primo de Rivera, quien la revisó y escribió el prólogo, señalando que, cuando se le presentó el escrito por primera vez, las páginas estaban llenas de errores y de brío, y que el autor sería capaz de mejorarlas. Con la ayuda de Primo de Rivera, Pérez de Cabo reescribió el libro. Cuando el jefe nacional vio el resultado final, comentó que «hay páginas de la obra que sigue que yo suscribiría con sus comas. Otras, en cambio, adolecen de alguna imprecisión, y la obra entera tiene lagunas doctrinales que hubiera llenado una redacción menos impaciente».[69] Este libro no puede considerarse una historia de Falange, sino que es más en un panfleto doctrinario que critica la democracia, el liberalismo, el régimen de la Restauración, la proclamación de la República, el capitalismo, el sufragio universal y las autonomías a la vez que defiende el sindicato vertical y el Estado totalitario. Asimismo, Pérez de Cabo destina un apartado para hablar de la importancia de la milicia, de la jerarquía y de la disciplina en Falange.

A partir de los años sesenta aparecieron una serie de historiadores no españoles que estudiaron la historia de Falange. A pesar de que hacen referencias a los escritos de los autores franquistas, estos tienen un mayor valor historiográfico porque se basan en fuentes más fiables y completas, y tienen una metodología más trabajada, lo que les permite realizar unas indagaciones más contrastadas que se alejan de las tesis y discursos franquistas. Entre estos historiadores, hay que destacar a los

[68] BAUTISTA PÉREZ DE CABO, J., *¡Arriba España!*, s.n., Madrid, 1935.
[69] Ibid., p. 4.

estadounidenses Stanley G. Payne y Herbert R. Southworth.[70] Sus publicaciones tienen una gran trascendencia para la historiografía española relacionada con las milicias falangistas, ya que son de ayuda para los historiadores españoles que escriben sus historias de Falange en los años posteriores a la proclamación de la democracia en España. Ahora bien, no todos los hispanistas publicaron durante el régimen franquista, sino que hay que sumar a los que han escrito su historia de la organización durante la democracia, como es el caso de la historiadora británica Sheelagh Ellwood.[71]

Continuando con los historiadores españoles que publican durante la democracia, merecen destacarse las investigaciones de Leandro Álvarez del Rey, Juan Ortiz Villalba, Joan María Thomàs, José Luis Rodríguez Jiménez, Antonio Parejo y Mercedes Peñalba.[72] Estos autores realizan una explicación general sobre la evolución del partido. Estos trabajos son más completos que los anteriormente comentados, ya que, aparte de analizar la trayectoria de Falange, explican la evolución del fascismo desde la República hasta el final de las hostilidades y los primeros años de la posguerra.

Aunque la mayoría de las publicaciones comentadas se centran en el análisis de las estructuras del partido sin prestar atención al perfil de los milicianos, cabe destacar las investigaciones centradas en el estudio de la militancia, como las publicaciones de Alfonso Lazo Díaz y José Antonio Parejo.[73] Estos autores analizan el origen social y el perfil de los falangistas, señalando la gran presencia de estudiantes, la escasa presencia de *señoritos* y el predominio de miembros de clase media y media baja en sus filas. Así pues, con este estudio de la militancia se rompe con el estereotipo de que Falange era una organización formada exclusivamente por señoritos.

En cambio, algunos autores nostálgicos del régimen franquista que escriben sus historias de Falange durante la democracia, como José Luis Jerez Riesco,[74] no se alejan

---

[70] PAYNE, S.G., *Falange*…; y SOUTHWORTH, H.R., *Antifalange*…

[71] ELLWOOD, S., *Historia de Falange Española*, Crítica, Madrid, 2001.

[72] ÁLVAREZ REY, L. y ORTIZ VILLALBA, J., "Falange en Sevilla (1933-1936)" en RUIZ-MANJÓN CABEZA, O. y GÓMEZ OLIVER, M. (eds.), *Los nuevos historiadores ante la guerra civil*…, pp. 187-208; THOMÀS, J.M., *Lo que fue la Falange. La Falange y los falangistas de José Antonio, Hedilla y la Unificación. Franco y el fin de la Falange Española de las JONS*, Plaza Janés, Barcelona, 1999; THOMÀS, J.M., *La Falange de Franco. Fascismo y desfascistización en el régimen franquista (1937-1945)*, Plaza Janés, Barcelona, 2001; RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J.L., *Historia de FE-JONS*, Alianza Editorial, Madrid, 2000; PAREJO, J.A., *La Falange en la Sierra Norte de Sevilla (1934-1956)*, Universidad de Sevilla-Ateneo de Sevilla, Sevilla, 2007; Id., *Las piezas perdidas de la Falange: el sur de España,* Universidad de Sevilla, Sevilla, 2008; Id., *Señoritos, jornaleros y falangistas*, Bosque de palabras, Sevilla, 2008; y PEÑALBA, M., *Falange Española: historia de un fracaso (1933-1945)*, EUNSA, Pamplona, 2009.

[73] LAZO DÍAZ, A. y PAREJO FERNÁNDEZ, J.A., "La militancia falangista en el suroeste español. Sevilla", *Ayer*, n.º 52 (2003), pp. 237-253; PAREJO FERNÁNDEZ, J.A., *La Falange en la Sierra Norte*...; PAREJO FERNÁNDEZ, J.A., *Señoritos, jornaleros y falangistas*...; PAREJO FERNÁNDEZ, J.A., *Las piezas perdidas de la Falange*...; y LAZO DÍAZ, A., *Historias falangistas del sur de España: una teoría sobre vasos comunicantes*, Valencina de la Concepción, Sevilla, 2015.

[74] JEREZ RIESCO, J.L., *Falange imperial*…; Íd. *El Madrid de la Falange*…; Íd., *La Falange en la cuna de los conquistadores*…; Íd., *Barras y flechas*…; Íd., *Los Hijos del trueno*…; e Íd., *La Falange en tierra de dragones*…

de las tesis y del discurso falangista. Dichos autores pretenden justificar la violencia y las acciones protagonizadas por sus milicianos. Estas publicaciones no tienen ninguna relevancia en la historiografía porque son obras de mera propaganda que siguen presentando las actividades de los falangistas como gestas heroicas. Si acaso, especialmente en el caso de Jerez Riesco, su interés radica en la aportación de documentación procedente de fondos privados de militantes y dirigentes falangistas, de casi imposible acceso para historiadores ajenos a ese ámbito ideológico.

1.1.4. República en paz

El eje fundamental de este apartado consiste en comentar algunas obras centradas en el análisis de la Segunda República antes de la guerra, y que resultan funcionales para este trabajo. Por razones obvias, se trata de una selección entre una ingente cantidad de títulos que se ocupan del estudio de estos años. Estas publicaciones permiten conocer el contexto en el que se crearon las milicias de Falange, el perfil de sus miembros, sus primeras acciones y su evolución hasta el golpe de estado y el inicio de la guerra. Como sucede con las historias del partido fascista, los primeros en publicar sobre este período son los autores franquistas, como Joaquín Arrarás o Ricardo de la Cierva.[75] Estos consideran que, desde sus orígenes, la República fue un *experimento imposible* que tenía como único final posible el desastre provocado por los egoísmos sectarios de los izquierdistas y republicanos, y la incapacidad de aglutinar al conglomerado gubernamental y a las masas representadas. También defienden que la República no supuso una gran transformación respecto al régimen de la Restauración, ya que solo tuvieron lugar unos pocos cambios superficiales relacionados únicamente con la forma del Estado y el color de la bandera. Además, critican las medidas aprobadas, consideradas estas como sectarias, radicales e insuficientes.

Igualmente, dichos autores vierten críticas al régimen republicano por ser considerado el principal causante de la violencia y de los conflictos que tuvieron lugar para justificar la guerra y legitimar la dictadura, mientras defienden que los falangistas emplearon la fuerza solo para responder a las agresiones perpetradas por sus enemigos y a la persecución a la que estaban sometidos por parte de las autoridades. De este modo, estos autores resaltan la valentía y la actitud heroica de los milicianos de Falange en contraposición al carácter violento y a la cobardía de sus adversarios. Es más, tampoco identifican al enemigo político con la intención de deshumanizarlo. Por otra

[75] ARRARÁS, J., *Historia de la Segunda República española (4 volúmenes)*, Editora Nacional, Madrid, 1956-1968; DE LA CIERVA, R., *Los documentos de la primavera trágica. Análisis documental de los antecedentes inmediatos del 18 de julio de 1936*, Secretaría General Técnica, Madrid, 1967; e Íd., *Historia de la Guerra Civil Española. Tomo primero. Perspectivas y antecedentes 1898-1936*, Libera Edit. San Martín, Madrid, 1969.

parte, señalan que la primavera de 1936 se caracterizó no solo por la tragedia y la anarquía causada por el Frente Popular, sino también, por una intervención comunista en la vida política española.

En lo referente a los hispanistas que publicaron después de la dictadura, merecen destacarse el británico Paul Preston y Stanley G. Payne.[76] Estos (en el caso de Payne, solo en sus publicaciones anteriores a los años dos mil), se alejan del discurso franquista y de su visión de la República como antesala de la guerra, debido a que tienen unas preocupaciones distintas y están interesados en averiguar las causas que llevaron a los conflictos y a los enfrentamientos que se produjeron en este periodo. Dichos historiadores trabajan con fuentes más fiables y con una metodología distinta y más elaborada. Además, muestran que el periodo republicano tiene sus dinámicas internas, sus crisis y una gran cantidad de actores que marcaron la vida social y política de estos años.

Por su parte, entre las publicaciones actuales centradas en los años de la República en paz, merecen destacarse las investigaciones de Eduardo González Calleja, José Antonio Parejo y Rafael Cruz. Estos autores se centran en los repertorios de la violencia que protagonizaron los militantes de los distintos grupos de acción, señalando que los enfrentamientos entre los activistas de las distintas organizaciones pasaron de ser choques fortuitos que terminaron con algún herido a ser acciones planeadas que acabaron con un número mayor de heridos y, en ocasiones, con muertos. Estos historiadores resaltan la importancia de la Primera Línea de Falange en estas acciones, comentando también la implicación de los demás grupos de la derecha y de las organizaciones izquierdistas.[77] Por su parte, Rafael Cruz destaca que estos choques dieron lugar a un efecto en espiral en el que una agresión era contestada con acciones violentas que, a su vez, provocaron nuevas movilizaciones y respuestas violentas.[78]

En su libro *Fuego cruzado*, Fernando del Rey y Manuel Álvarez Tardío centran su estudio en los protagonistas de los episodios violentos que tuvieron lugar en la primavera de 1936. Estos autores analizan este periodo como una "entidad

---

[76] PRESTON, P., *La destrucción de la democracia en España: reforma, reacción y revolución en la Segunda República*, Alianza, Madrid, 1987; y PAYNE, S.G., "Political Violence during the Second Spanish Republic", *Journal of Contemporary History*, vol. 25 (1990), pp. 269-288.

[77] GONZÁLEZ CALLEJA, E., "Aproximación a las subculturas violentas de las derechas antirrepublicanas españolas (1931-1936)", *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 2 (2003), pp. 5-90; Íd., "Experiencia en combate: continuidad y cambios en la violencia represiva (1931-1939)", *Ayer*, n.º 76 (2009), pp. 36-64; PAREJO, J.A., "De puños y pistolas…", pp. 125-145; y CRUZ, R., *En el nombre del pueblo*…

[78] CRUZ, R., "El repertorio frenético. La ocupación de la calle en la primavera de 1936", *Historia y política*, n.º 16 (2006), pp. 11-32; e Íd., "Júbilo, enfrentamiento y violencia en la movilización de 1936", *Conversación sobre la historia*, 2023. https://conversacionsobrehistoria.info/2023/05/20/jubilo-enfrentamiento-y-violencia-en-la-movilizacion-de-1936/ [Última consulta: 20 de junio de 2023]

diferenciada", sin justificar lo sucedido en los años anteriores. Del Rey y Álvarez Tardío no profundizan en el análisis de la violencia de la derecha católica y monárquica, defienden que las fuerzas de izquierda fueron las responsables del inicio de las acciones y movilizaciones con derivaciones violentas, y sostienen que los gobiernos de Azaña y Casares Quiroga no supieron gestionar con garantías el orden público. También contemplan la reforma agraria como caótica. Todo ello comportó que, para estos autores, el ambiente fuera peligroso para los fascistas y para aquellos que parecían serlo.[79]

En relación con las cifras de heridos y muertos en los choques callejeros, Eduardo González Calleja se aleja del discurso victimista de los autores franquistas, en el que se defiende que las fuerzas de la derecha fueron las que sufrieron un mayor número de muertos y heridos. En las cifras que aporta se puede ver que las bajas sufridas por los grupos de izquierda eran superiores a los muertos que tuvieron los derechistas en sus filas. A su vez, señala la importancia de los falangistas como uno de los principales autores de la violencia. Finaliza su análisis comentando que la Primera Línea de Falange fue la principal responsable de las muertes que tuvieron lugar durante la primavera de 1936, así como la organización que sufrió más bajas.[80]

A ello hay que sumarle los enfrentamientos que tuvieron lugar en las universidades entre los miembros de los grupos de la derecha, como la Agrupación Estudiantil Tradicionalista (AET), las Juntas de Ofensiva Nacionalsindicalista (JONS) o el Sindicato Español Universitario (SEU), y los afiliados de la Federación Universitaria Escolar (FUE) con la intención de acabar con el monopolio de estos últimos en la Universidad. Como analizan Ricardo Luis Chueca Rodríguez, Eduardo González Calleja, Sandra Souto, Aleix Purcet Gregori y Francisco Morente, la Universidad se constituyó como campo de batalla. Comentan que muchos jóvenes ingresaron en estos grupos porque vieron en ellos una herramienta para enfrentarse al enemigo, alejarse de las comodidades de la sociedad burguesa e impulsar grandes cambios culturales, políticos y sociales con el fin de acabar con el viejo orden y construir uno nuevo. Igualmente, subrayan que la violencia sobrepasó el ámbito universitario porque los integrantes de estos grupos también protagonizaron choques armados en la calle.[81]

---

[79] DEL REY, F. y ÁLVAREZ TARDÍO, M., *Fuego cruzado. La primavera de 1936*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2024.

[80] GONZÁLEZ CALLEJA, E., "La necro-lógica de la violencia socio-política en la primavera de 1936", *Malanges de la Casa de Velázquez*, n.º 41 (2011), pp. 37-60; e Íd., *Cifras cruentas*…

[81] CHUECA RODRÍGUEZ, R. L., "Las juventudes falangistas", *Studia Historia Contemporánea*, vol. 5, n.º 4 (1987); GONZÁLEZ CALLEJA, E., "Los jóvenes generacionales contemporáneos…" https://journals.openedition.org/mcv/1195?gathStatIcon=true&lang=pt [Última consulta: 5 de agosto de 2020]; Íd., *Rebelión en las aulas. Movilización y protesta estudiantil en la España contemporánea. 1865-2008*, Alianza Editorial, Madrid, 2009; SOUTO KUSTRÍN, S., "Entre el Parlamento y la calle: políticas

Por su parte, cabe destacar la intervención de las fuerzas del orden para acabar con los choques entre los activistas de los distintos grupos y garantizar la paz ciudadana. Para ello, Eduardo González Calleja estudia la implicación de las fuerzas policiales y militares en los enfrentamientos callejeros, así como las huelgas y manifestaciones protagonizadas por los activistas de los partidos de izquierda y de los sindicatos obreros. El autor resalta que su actuación terminaba, en muchas ocasiones, con heridos y muertos debido a una precariedad de medios y a la falta de preparación técnica adecuada de los policías y militares. Concluye que ello comportó que los integrantes de las fuerzas del orden fueran los causantes de la mayoría de heridos y de víctimas mortales en este periodo.[82]

1.1.5. Guerra Civil: operaciones militares, violencia, movilización, análisis del combatiente y posguerra

Como sucede con los trabajos anteriormente comentados, los primeros en publicar sobre la guerra son los autores franquistas que, como Ricardo de la Cierva,[83] tienen la finalidad de legitimar la guerra y la dictadura. Defienden que los militares rebeldes y sus aliados civiles se sublevaron para evitar una revolución comunista orquestada desde Moscú y defender la patria amenazada. También presentan el conflicto como una guerra por la *independencia* y la *liberación* de la nación poniendo de manifiesto que la República recibió ayuda de la URSS a la vez que minimizan los apoyos extranjeros de los rebeldes. Para ello, estos autores señalan que la única ayuda recibida consistió en el envío de armamento y de voluntarios entusiastas que simpatizaban con la *causa*.

A diferencia de los autores franquistas, los hispanistas, como los británicos Hugh Thomas, Helen Graham o Paul Preston, o el estadounidense Edward Malefakis,[84] y los españoles, como, entre muchos, Francisco Sevillano, Francisco Espinosa Maestre, Santos Juliá, Enrique Moradiellos, Julio Arostegui y Carlos Gil Andrés,[85] se alejan del

---

gubernamentales y organizaciones juveniles en la Segunda República", *Ayer*, n.º 59 (2005), pp. 97-122; PURCET GREGORI, A., *La reacció dels estudiants. Feixisme, joves i món universitari durant la II República espanyola (1931-1936)*, Tesis doctoral inédita, Universitat Autònoma de Barcelona, 2010; y MORENTE, F., "Estudiantes contra la República. El Sindicato Español Universitario ante el espejo europeo" en MORENTE, F., POMÉS J. y PUIGSECH, J. (eds.), *La rabia y la idea. Política e identidad en la España republicana (1931-1936)*, Prensas de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2016, pp. 9-25.

[82] GONZÁLEZ CALLEJA, E., *En nombre de la autoridad*…

[83] DE LA CIERVA, R., *Historia de la Guerra Civil Española*…

[84] THOMAS, H., *La Guerra Civil Española*…; GRAHAM, H., *Breve historia de la guerra civil*…; PRESTON, P., *La guerra civil española*, Debate, Barcelona, 2016; y MALEFAKIS, E. (ed.), *La guerra civil española*, Taurus, Madrid, 2006.

[85] SEVILLANO CALERO, F., *La Guerra Civil en Albacete: rebelión militar y justicia popular (1936-1939)*, Textos Universitarios, Alicante, 1995; ESPINOSA MAESTRE, F., *La columna de la muerte: el avance del ejército franquista de Sevilla a Badajoz*, Crítica, Barcelona, 2003; JULIÁ, S., *Historias de las dos Españas*, Taurus, Madrid, 2003; MORADIELLOS, E., *1936: los mitos de la Guerra Civil*, Península, Barcelona, 2004;

discurso franquista para aportar nuevas tesis sobre la guerra. Estos historiadores trabajan con una metodología más elaborada y fuentes más fiables y contrastadas. También analizan el conflicto y los diferentes aspectos relacionados que no han sido estudiados por los franquistas, permitiendo así, desarrollar nuevas temáticas como lo son el estudio de los combatientes, la violencia, la movilización de los voluntarios, la consolidación de los frentes y las retaguardias, la guerra antipartisana y la participación extranjera. De este modo, gracias a estas nuevas temáticas tan diversas, tenemos una visión más amplia de la guerra.

En lo referente a la historia militar, como se puede ver en las publicaciones de Joaquín Arrarás y Manuel Aznar,[86] los autores franquistas se centran en las operaciones militares, haciendo escasa referencia a la retaguardia con la intención de silenciar los crímenes cometidos en esta y presentar la disputa armada como una guerra limpia y heroica. En sus escritos describen a los combatientes rebeldes como una *heroica minoría dotada de brío y coraje*, y a Franco como un gran estratega militar. Asimismo, presentan la retaguardia rebelde como un espacio dominado por el orden, la unidad y la tranquilidad. En contraposición a los sublevados, las fuerzas de la República son representadas como *hordas sin ley y sin mandos* que actuaron movidos por un *afán de venganza* e *impulsados por el resentimiento*, mientras que la retaguardia es presentada como un espacio caótico y anárquico.

En lo referente a las operaciones militares, los autores franquistas señalan que los *rojos* tenían la iniciativa en los combates y ejecutaban sus operaciones con gran violencia atacando en unidades desordenadas y superiores en número. Además, destacan la cobardía de los combatientes republicanos que huían a la mínima oportunidad. En contraposición, con la intención de presentar la guerra como una acción bella, ingeniosa, elástica, y móvil, la campaña de los rebeldes es analizada como una guerra limpia sin crímenes, en la que describen a sus combatientes como una minoría que se enfrentó a un enemigo superior en número y en material, destacando que su espíritu de lucha y sacrificio, así como su valor personal los motivó a realizar acciones heroicas. También señalan que su inferioridad se vio compensada por su moral y su valentía. Ahora bien, el término miliciano es empleado de forma peyorativa por estos autores para hablar sobre los miembros de las milicias populares. Y al revés, al referirse a la participación de los milicianos de las organizaciones que secundaron el golpe de

AROSTEGUI, J., *Por qué el 18 de julio… Y después*, Flor del Viento, Barcelona, 2006; GIL ANDRÉS, C., *Lejos del frente: La guerra civil en La Rioja Alta*, Crítica, Madrid, 2006.

[86] ARRARÁS, J., *Historia de la Cruzada española* (8 volúmenes), Ediciones Españolas, Madrid, 1940; y AZNAR, M., *Historia militar de la Guerra Civil en España* (3 volúmenes)...

estado y que participaron en el esfuerzo de guerra, estos son descritos como *voluntarios* que se presentaron en los cuarteles para defender la patria.

En cambio, historiadores como Michael Alpert, Gabriel Cardona, David Alegre o Miguel Alonso, se alejan de la interpretación franquista. Estos autores estudian la evolución de la contienda, que pasó de ser una guerra de columnas a un conflicto total a partir de finales de 1936 tras el fracaso de la conquista de la capital del estado por parte de los sublevados. Para ello, destacan el rápido avance de las tropas rebeldes hacia Madrid entre julio y noviembre de 1936; el inicio de la guerra total tras el fracaso de la conquista de la capital del estado; el carácter industrializado de la conflagración con la construcción de fortificaciones y el empleo de carros de combate y de la aviación, así como el impacto que tuvieron los constantes bombardeos en la moral de los combatientes; y la evolución de los ejércitos para combatir en una guerra moderna y de los distintos servicios para satisfacer las necesidades ocasionadas por la conflagración.[87]

Recientemente, estudios como los de Jorge Marco, Javier Rodrigo, Miguel Alonso y Arnau Fernández Pasalodos, analizan la transformación de la guerra en un conflicto irregular tras la derrota del Ejército Popular de la República (EPR) el 1 de abril de 1939. En sus publicaciones se pueden apreciar los cambios de las formas de hacer la guerra y de los espacios de combate. Según estos autores, desde el punto de vista militar, la lucha armada pasó de ser un enfrentamiento convencional entre dos ejércitos a una contienda irregular en la que grupos de guerrilleros dispersos por el territorio, junto con una red invisible de civiles, desafiaron al Nuevo Estado. A su vez, desde una perspectiva geográfica, el escenario de las operaciones militares se desplazó de los campos de batalla a los parajes recónditos de las sierras. Igualmente, con la finalidad de desmoralizar a los guerrilleros y eliminar cualquier contacto posible con sus colaboradores, los miembros de las partidas torturaron y asesinaron a los sospechosos de cooperar con los partisanos, cometieron actos violentos contra los guerrilleros y exhibieron sus cadáveres.[88]

---

[87] ALPERT, M., "La historia militar" en PAYNE, S.G. y TUSELL, J. (eds.), *La guerra civil: una nueva visión del conflicto que dividió España*, Temas de Hoy, Madrid, 2006, pp. 123-194; CARDONA, G., *Historia militar de una guerra civil: estrategia y tácticas de la guerra de España*, Flor de Viento, Barcelona, 2006, pp. 80-85; Íd., "Rebelión militar y guerra civil" en JULIÁ, S. (ed.), *República y guerra en España (1931-1939)*, Espasa, Madrid, 2006, pp. 223-286; ALEGRE LORENZ, D, *La batalla de Teruel. Guerra total en España*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2018, pp. 217-274; y ALONSO IBARRA, M., *El ejército sublevado en la Guerra Civil Española*…, pp. 71-150.

[88] MARCO, J., "Rethinking the Postwar Period in Spain…", pp. 492-513; RODRIGO, J., "Introducción. Cómo desmantelar una guerra civil: miradas comparadas sobre las posguerras civiles del siglo XX" en RODRIGO, J. (ed.), *Posguerras civiles europeas, 1939-1950: una historia comparada*, Marcial Pons, Madrid, 2023, pp. 13-22; ALONSO IBARRA, M., "Territorios en guerra. La contrainsurgencia franquista en la frontera pirenaica"

En los últimos años han aparecido investigaciones que tienen como eje fundamental de su análisis la experiencia de guerra del soldado. En estos trabajos se puede apreciar el conflicto cómo experiencia integradora y de transformación identitaria de los combatientes. Entre sus autores, merecen destacarse James Matthews, Ángel Alcalde, Miguel Alonso y Francisco J. Leira Castiñeira, quienes destacan las penurias de los combatientes ocasionadas por las duras condiciones de vida en el frente, así como el sentimiento de camaradería que surgió entre los combatientes de una misma unidad para hacer más llevadera la experiencia de guerra.[89] En sus investigaciones, Pedro Corral, James Matthews y Francisco J. Leira Castiñeira explican cómo muchos combatientes desertaron para huir de los horrores de la guerra.[90] Por su parte, Jorge Marco analiza los discursos y prácticas relacionadas con el alcohol, el tabaco y las drogas en el frente de batalla y en la retaguardia, así como los efectos que tuvieron su consumo en la moral del combatiente.[91]

Centrándose en la cultura de guerra de los combatientes en la posguerra, Ángel Alcalde señala que muchos soldados y milicianos volvieron enfermos, con heridas mal curadas o con trastornos psíquicos. En su explicación también desgrana los organismos estatales, las medidas aprobadas y las ayudas concedidas a los veteranos para facilitar su reincorporación en la sociedad de posguerra con el fin de *agradecer* su sacrificio por la causa; la falta de recursos para subsistir de muchos excombatientes a pesar de las medidas aprobadas y de los organismos para facilitar su reincorporación en la sociedad; y la instrumentalización de los veteranos para legitimar el régimen.[92] Por su parte, Stephanie Wright, centrándose en los mutilados de guerra del Benemérito Cuerpo de Mutilados de Guerra por la Patria (BCMPG), señala las distintas categorías de

---

en RODRIGO, J. (ed.), *Posguerras civiles europeas*…, pp. 85-114; y FERNÁNDEZ PASALODOS, A., *Hasta su total exterminio*…, pp. 65-186.

[89] MATTHEWS, J., *Reluctant Warriors. Republican Popular Army and Nationalist Army Conscripts in the Spanish Civil War, 1936-1939*, Oxford University Press, Oxford, 2012, pp. 109-266; Íd., "Los soldados de a pie de las dos Españas: el servicio militar obligatorio en la guerra civil española" en Íd. (ed.), *España en guerra*…, pp. 93-118; ALCALDE, Á., *Los excombatientes franquistas: la cultura del fascismo español y la Delegación Nacional de Excombatientes (1936-1964)*, Prensas de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2014, pp. 45-66; ALONSO IBARRA, M., "*Vencer y convencer*. Una aproximación a la fascistización del combatiente sublevado y la construcción del consenso en la España franquista (1936-1939)" en COBO ROMERO, F. (ed.), *Fascismo y Modernismo*…, pp. 107-122; ALONSO IBARRA, M., *El ejército sublevado en la Guerra Civil Española*…, pp. 151-346; LEIRA CASTIÑEIRA, F.J., "Los «soldados de Franco»: experiencias, memorias e identidades complejas" en ALEGRE, D., ALONSO, M. y RODRIGO, J (eds.), *Europa desgarrada*…, pp. 245-279; y LEIRA CASTIÑEIRA, F.J., *Soldados de Franco*…, pp. 111-252.

[90] CORRAL, P., *Desertores. La Guerra Civil que nadie quiere contar*, Random House Mondadori, Barcelona, 2006; MATTHEWS, J., *Reluctant Warriors*…, pp. 267-316; CORRAL, P., "Desertores y emboscados en la guerra civil española: el hombre frente a la propaganda" en MATTHEWS, J. (ed.), *España en guerra*…, pp. 119-142; y LEIRA CASTIÑEIRA, F.J., *Soldados de Franco*…, pp. 205-211.

[91] MARCO, J., *Paraísos en el infierno. Drogas y guerra civil española*, Comares Historia, Granada, 2021.

[92] ALCALDE, Á., *Los excombatientes franquistas*..., pp. 116-212; Íd., "Los orígenes de la Delegación Nacional de Excombatientes de FET-JONS: la desmovilización del ejército franquista y la Europa de 1939" *Ayer*, n.º 97 (2015), pp. 169-194; Íd., "War Veterans and Fascism…", pp. 78-98; e Íd., "La desmovilización de los veteranos de guerra franquistas y republicanos, 1939-1944: ¿Una gran divergencia?" en MATTHEWS, J. (ed.), *España en guerra*…, pp. 295-320.

discapacidad según su grado de *inutilidad* - absolutos, permanentes y útiles-, así como las ayudas y medidas aprobadas para garantizar un empleo a los lisiados. Igualmente, comenta que los veteranos con problemas mentales quedaron excluidos de las ayudas a causa de la actitud desconfiada del Estado ante los problemas mentales porque, a diferencia de los problemas psíquicos, las heridas físicas se diagnosticaban y clasificaban rápidamente.[93]

Durante la guerra se dotó de una enorme relevancia a las retaguardias por la movilización de centenares de civiles para el frente, el desarrollo de la propaganda de masas, la militarización de la sociedad y el empleo de la violencia contra la población no combatiente. De este modo, ambas retaguardias se integraron en el esquema bélico, desde la conformación y sostenimiento del esfuerzo de guerra hasta la extensión de los frentes centenares de kilómetros más allá de las trincheras. En su libro, Carlos Píriz aborda el fenómeno de la Quinta Columna en las principales ciudades de la geografía republicana, es decir, los distintos grupos organizados como consecuencia del fracaso de la insurrección militar, y cuya importancia en la victoria rebelde fue crucial. Señala que su actividad se centraba, fundamentalmente, en la realización de sabotajes, la recogida de información, el establecimiento de rutas de escape para los partidarios de la causa rebelde y la desestabilización de la retaguardia republicana.[94] Por su parte, Begoña Barreda aborda la experiencia de las falangistas como agentes colaboradores de las redes clandestinas de Madrid durante la guerra. Para ello, profundiza en los significados atribuidos a los actos de violencia que sufrieron, de los que participaron o que efectuaron estas mujeres de la SF, dilucidando los motivos de la acción, así como los referentes desde los que vivieron y narraron tales vivencias.[95]

Para comprender las causas que llevaron a los ciudadanos a presentarse voluntarios en el ejército o en las milicias de los partidos que secundaron la sublevación hay que referirse a las investigaciones de Francisco Cobo Romero, María Teresa Ortega López, Francisco J. Leira Castiñeira, Aurora Artiaga, y Andrés Domínguez-Almansa. Dichos historiadores comentan que los voluntarios de primera hora se alistaron por motivos muy diversos, desde aquellos entusiastas que lo hicieron por cuestiones políticas e ideológicas, a los que se unieron para huir de la violencia perpetrada por los grupos armados de la retaguardia y salvar su propia vida y la de sus familiares, pasando

[93] WRIGHT, S., “Los mutilados de Franco: el Benemérito Cuerpo y la política social en la España franquista”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, vol. 5, n.º 9 (2016), pp. 75-92.
[94] PÍRIZ, C., *En zona roja. La Quinta Columna en la guerra civil española (1936-1941)*, Editorial Comares, Granada, 2022.
[95] BARRERA LÓPEZ, B., “Los méritos de la fascista: experiencia y narración del quintacolumnismo femenino”, *Rúbrica Contemporánea*, vol. 24, n.º 29 (2025), pp. 7-26.

por aquellos que buscaron obtener beneficios y una posición destacada en el nuevo orden en construcción. Ello pone de manifiesto la heterogeneidad de los combatientes del bando rebelde, puesto que en sus filas hubo derechistas, personas que no habían militado nunca en una organización política, así como individuos con un pasado izquierdista. Ello indica que no pocos individuos lucharon en contra de su voluntad por una causa que no consideraban como suya. Igualmente, señalan las resistencias de los llamados a filas para incorporarse a su unidad correspondiente, cosa que se traduce en el fenómeno de los huidos que se unieron a la resistencia.[96]

Igualmente, cabe destacar la presencia de extranjeros que combatieron en las filas del ejército y de las milicias. Por ejemplo, José Luís de Mesa y Judith Keene comentan que muchos eran jóvenes idealistas que se presentaron voluntarios para acabar con el comunismo o vivir aventuras lejos de su país. También señalan que estos combatientes se unieron a un grupo u otro según su afinidad política. Asimismo, dicen que los voluntarios extranjeros vieron la guerra civil española como una extensión de las luchas políticas en las que estaban inmersos en sus países, lo que comportó que dejaran de apreciar la especificidad y la dimensión del conflicto español para considerar que participaban en un enfrentamiento mundial contra el comunismo.[97]

La movilización de la población en el ejército y en las milicias tuvo lugar en un contexto en el que la relaciones estuvieron marcadas por una extrema violencia en la retaguardia. Una violencia en caliente que se dio, sobre todo, durante las primeras semanas de la contienda, y que estuvo incentivada y legitimada por las autoridades rebeldes y por la Iglesia. Como analizan Angela Cenarro, Francisco Espinosa, Rafael Cruz, Javier Rodrigo, Carlos Gil Andrés, Julio Prada, Francisco Cobo Romero, Paul Preston y Francisco Espinosa Maestre, el objetivo de esta violencia consistió en desarticular cualquier movimiento de resistencia para, así, garantizar el control de los territorios ocupados. Dicho mantenimiento del orden en la retaguardia se produjo mediante la persecución y posterior asesinato de dirigentes políticos y sindicales, y de

[96] COBO ROMERO, F. y ORTEGA LÓPEZ, M.T., "Pensamiento mítico y energías movilizadoras. La vivencia alegórica y ritualizada de la Guerra Civil en la retaguardia rebelde andaluza, 1936-1939", *Historia y Política*, n.º 16 (2006), pp. 131-158; LEIRA CASTIÑEIRA, F.J., "La identidad política del ejército sublevado. Propaganda y medidas de encuadramiento dirigidas a su contingente bélico", *Congreso Identidades fascistas. Fascistización y desfascistización en España*, Universitat Autònoma de Barcelona, 11 y 12 de abril de 2013, pp. 15-28; ARTIAGA, A., "Voluntarios para un golpe…", pp. 23-51; LEIRA CASTIÑEIRA, F.J. y DOMÍNGUEZ-ALMANSA, A., "Reclutados para ganar. Movilización y respuesta de «los soldados de Franco»", *Ayer*, n.º 111 (2018), pp. 79-107; y GÓMEZ NOVO, D.M. y LEIRA CASTIÑEIRA, F.J., "Voluntarios e involuntarios: el centro de reclutamiento golpista" en FERNÁNDEZ PRIETO, L. y LEIRA CASTIÑEIRA, F.J., (eds.), *Galicia, un golpe sin cuartel, una guerra sin trincheras. La construcción sociopolítica de la dictadura franquista (1936-1960)*, Publicacions de la Universitat de València, Valencia, 2023, pp. 139-168.

[97] DE MESA, J. L., *Los otros internacionales: voluntarios extranjeros desconocidos en el Bando Nacional durante la Guerra Civil: 1936-39*, Barbarroja, Madrid, 1998, pp. 155-237; y KEENE, J., *Luchando por Franco. Voluntarios europeos al servicio de la España fascista, 1936-1939*, Salvat, Barcelona, 2002, p. 294.

individuos que tuvieron protagonismo en las huelgas y reivindicaciones sociales y políticas antes de la guerra. Esta persecución se extendió a sus familiares, a los militantes de base de las diferentes organizaciones políticas y sindicales, a los maestros y a todos aquellos que se opusieron al golpe de estado.[98] Además, como analizan Maud Joly, Enrique González Duro y Julio Prada, no hubo una distinción de sexos, edades ni clase social de los objetivos a *represaliar*.[99]

Cabe destacar la implicación de ciudadanos corrientes en la represión. En su artículo, Angela Cenarro comenta que, aparte de cometer asesinatos, estos individuos estuvieron involucrados en otras variadas acciones que iban desde las torturas y palizas a la delación de sus propios vecinos, pasando por la violación de las mujeres e hijas de los objetivos.[100] Centrándose en el caso de La Rioja, Carlos Gil Andrés analiza la implicación en la violencia de los republicanos de izquierda, de los obreros y campesinos que se alistaron en el ejército o en una de las milicias de los partidos que secundaron la sublevación para no convertirse en objetivos de la violencia perpetrada por los distintos grupos armados de la retaguardia.[101]

Como analizan Francisco Espinosa Maestre, Rafael Cruz, Paul Preston, Miguel Alonso y Francisco J. Leira Castiñeira, la violencia en caliente fue más intensa en las regiones recién conquistadas y en aquellas en las que las tropas rebeldes encontraron una mayor resistencia. Señalan que el terror perpetrado contra la población no combatiente fue una continuación de las operaciones militares en las que los verdugos pudieron descargar las tensiones del combate.[102] Por su parte, Sebastian Balfour

---

[98] CENARRO LAGUNAS, A., "Muerte y subordinación en la España franquista: el imperio de la violencia como base del "Nuevo Estado", *Historia Social* n.º 30 (1998), pp. 5-22; ESPINOSA MAESTRE, F., "Julio de 1936. Golpe militar y plan de exterminio" en CASANOVA, J. (ed.), *Morir, matar, sobrevivir*…, pp. 53-119; CRUZ, R., "Olor a pólvora y patria. La limpieza política rebelde en el inicio de la guerra de 1936", en *Hispania Nova*, n.º 7 (2007). http://hispanianova.rediris.es/7/HISPANIANOVA-2007.pdf [Última consulta: 8 de febrero de 2020]; RODRIGO, J., *Hasta la raíz*…, pp. 85-110; Id., "Presentación. Retaguardia: un espacio de transformación", *Ayer*, n.º 76 (2009), pp. 13-36; GIL ANDRÉS, C., "La zona gris de la España azul. La violencia de los sublevados en la Guerra Civil", *Ayer*, n.º 76 (2009), pp. 115-141; PRADA RODRÍGUEZ, J., *La España masacrada. La represión franquista de guerra y posguerra*, Alianza, Madrid, 2010, pp. 115-150; COBO ROMERO, F. y ORTEGA LÓPEZ, M.T., "Pensamiento mítico y energías movilizadoras…", pp. 131-158; PRESTON, P., "El uso del terror contra Civiles en la guerra civil" en REIG TAPIA, A. y SÁNCHEZ CERVELLÓ, J. (eds.), *La Guerra Civil Española, 80 años después*…, pp. 27-39; y ESPINOSA MAESTRE, F., *1936. La columna camino de Madrid. Yagüe, Varela y las «Normas» del padre Huidobro*, La Moderna, Cáceres, 2023, pp. 37-54 y 69-77.

[99] JOLY, M., "Violencias sexuales en la guerra española: paradigma para una construcción social del conflicto", *Historia Social*, n.º 61 (2008), pp. 89-107; GONZÁLEZ DURO, E., *Las rapadas. El franquismo contra la mujer*, Siglo XXI, Madrid, 2012; y PRADA RODRÍGUEZ, J., "Género y represión" en FERNÁNDEZ PRIETO, L. y LEIRA CASTIÑEIRA, F.J., (eds.), *Galicia, un golpe sin cuartel, una guerra sin trincheras*…, pp. 189-206.

[100] CENARRO LAGUNAS, A., "Matar, vigilar y delatar: la quiebra de la sociedad civil durante la guerra y la posguerra en España (1936-1948)", *Historia Social*, n.º 44 (2002), pp. 65-86.

[101] GIL ANDRÉS, C., "Vecinos contra vecinos. La violencia en la retaguardia riojana durante la Guerra Civil", *Historia y Política*, n.º 16 (2006), pp. 109-130.

[102] ESPINOSA MAESTRE, F. *La columna de la muerte*…, pp. 33-202; CRUZ, R., "Las campañas rebeldes…", pp. 65-82; PRESTON, P., *El holocausto español*…, pp. 219-432; ALONSO IBARRA, M., "Combatir, ocupar, fusilar. La evolución de la violencia bélica de los sublevados en la guerra civil española

defiende que todos estos actos violentos tuvieron su origen en la guerra colonial en Marruecos, donde la población local sufrió los mismos excesos por parte de las tropas ocupantes.[103]

¿Cómo identificaron sus objetivos? Manuel Álvarez Tardío y Fernando del Rey responden a esta pregunta en su libro *Vidas truncadas. Historia en la España de 1936*.[104] Estos historiadores pretenden aproximarse a la historia de los años treinta en España a través de historias individuales –Joaquín Fanjul, Rafael Villegas Montesinos, Agapito García Atadell, Fernando de Rosa, Rafael Salazar Alonso y Andrés Maroto Rodríguez de Vera- y pequeños universos -las poblaciones de Alcalá de Henares y Caspe- relevantes, aunque no alcanzaron una significación en la vida pública durante la guerra. Álvarez Tardío y del Rey dan relevancia a las continuidades y discontinuidades entre las secuencias violentas anteriores a la sublevación, y las que se desarrollaron inmediatamente después de su fracaso -o éxito- y el estallido de la guerra. Comentan que la violencia desempeñó un papel crucial contra el adversario tras el inicio de las hostilidades. En su análisis consideran que la violencia se alimentó, en gran medida, de las experiencias desarrolladas antes de la sublevación, desde la proclamación de la República hasta la primavera de 1936, especialmente a partir de la revolución de 1934. En esta misma línea, Giorgia Priorelli analiza cómo los ideólogos de Falange articularon su campaña contra los enemigos *antinacionales* para legitimarse y allanar el camino hacia la proclamación del Estado nacionalsindicalista.[105]

Por su parte, las autoridades rebeldes incitaron la persecución y el asesinato del *rojo*, y pusieron en funcionamiento una gran maquinaria propagandística que tuvo como objetivos la movilización de la población y la deshumanización del enemigo para facilitar su eliminación. En sus publicaciones, Núñez Seixas y Francisco Sevillano analizan el discurso sobre esta cuestión. Comentan que los republicanos e izquierdistas aparecen como individuos que perdieron la categoría humana, siendo representados como bestias que buscaban la destrucción de la sociedad existente para imponer su propio modelo, caracterizado por la anarquía y la falta de orden. Además, comentan que los rebeldes interpretaron la Guerra Civil como una guerra de liberación nacional contra el

(1936-1939)" en ALEGRE, D, ALONSO, M y RODRIGO, J. (eds.), *Europa desgarrada*…, pp. 195-244; ALONSO IBARRA, M., *El ejército sublevado en la Guerra Civil Española*…, pp. 347-425; y LEIRA CASTIÑEIRA, F.J., "Los «soldados de Franco»: experiencias, memorias e identidades complejas" en ALEGRE, D., ALONSO, M. y RODRIGO, J. (eds.), *Europa desgarrada*…, pp. 245-279.

[103] BALFOUR, S., *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939)*, Ediciones Península, Barcelona, 2018, pp. 369-411.

[104] ÁLVAREZ TARDÍO, M. y DEL REY, F. (eds.), *Vidas truncadas. Historias de violencia en la España de 1936*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2021.

[105] PRIORELLI, G., "The fight against the 'anti-nation' as a historical mission: the delegitimization of the enemy in Italia Fascism and Spanish Fascism", *História: Debates e Tendências*, vol. 18, n.º 3 (2018), pp. 449-463.

enemigo invasor, representando a los izquierdistas y republicanos como agentes que estaban a las órdenes de Moscú. Cabe indicar que este recurso también fue utilizado por la propaganda republicana para presentar el conflicto como una guerra de liberación nacional contra el fascismo italiano y el nazismo.[106]

El fracaso de la conquista de la capital del estado y el inicio de la guerra total estuvieron acompañados por el final de la violencia en caliente y su reemplazo por el *terror legal* de los consejos de guerra, de los juicios ante tribunales militares y de los pelotones de fusilamiento integrados exclusivamente por soldados. Como analizan Francisco Espinosa Maestre y Pablo Gil Vico, esta segunda etapa del conflicto se caracterizó por la creación de los Tribunales Militares para tener un mayor control de la violencia. Dichos organismos juzgaron a todos aquellos que consideraban culpables de rebelión por el simple hecho de oponerse a la sublevación. Estas personas fueron condenadas según la legislación militar. Aunque hubo un mayor control de los asesinatos, estos autores explican que las milicias falangistas y los otros grupos armados todavía cometieron crímenes como en la etapa anterior, principalmente en las localidades recién ocupadas. Lo que se buscó, en definitiva, con la instauración de una administración de justicia fue que el ejercicio del terror tuviera una base jurídica y legal.[107]

No se puede olvidar que la violencia tuvo un papel protagonista en la fundación del régimen de Franco. En sus obras, Angela Cenarro, Julián Chaves Palacios, Santiago Vega Sombría, Emilio Grandío Seoane, María Jesús Souto Blanco y Francisco Espinosa Maestre defienden que el objetivo de la violencia consistió en acabar con las relaciones comunitarias existentes antes de la guerra para construir nuevas lealtades y lazos comunitarios. También destacan la pasividad de la mayoría de la población ante los crímenes perpetrados, así como la complicidad, cuando no el apoyo, de una parte de la sociedad en la violencia.[108]

---

[106] NÚÑEZ SEIXAS, X.M., *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica en la guerra civil española (1936-1939)*, Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 11-12; SEVILLANO CALERO, F., *Rojos. La representación del enemigo en la guerra civil*, Alianza Editorial, Madrid, 2007, pp. 87-179; NÚÑEZ SEIXAS, X.M., Fighting for Spain? en BAUMEISTER, M. y SCHÜLER-SPRINGORUM, S. (eds.), *"If you tolerate this…" The Spanish Civil War in the Age of Total War*, Campus, Frankfurt, 2008, pp. 47-73; y SEVILLANO CALERO, F., "Guerra y nación: imágenes del enemigo y movilización patriótica en la guerra civil española", *El Argonauta Español*, n.º 12 (2015). https://journals.openedition.org/argonauta/2140 [Última consulta: 13 de agosto de 2021]

[107] ESPINOSA MAESTRE, F., *La Justicia de Queipo: violencia selectiva y terror fascista en la II División en 1936: Sevilla, Huelva, Cádiz, Córdoba, Málaga y Badajoz,* Crítica, Sevilla, 2000, pp. 185-236; GIL VICO, P., "Derecho y ficción: la represión judicial militar" en ESPINOSA MAESTRE, F. (ed.), *Violencia roja y azul*. Crítica, Barcelona, 2010, pp. 251-343.

[108] CENARRO LAGUNAS, A., "Elites, Partido, Iglesia. El régimen de Franquista en Aragón, 1936-1946, *Studia Historica. Historia Contemporánea*, vol. 13, n.º 14 (1995), pp. 83-103; CHAVEZ PALACIOS, J., "Franquismo: prisiones y prisioneros", *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 4 (2005), pp. 27-47; VEGA SOMBRÍA, S., *De la esperanza a la persecución. La represión franquista en la provincia de Segovia*, Crítica, Barcelona, 2005, pp. 60-101; GRANDÍO SEOANE, E., "Golpe de Estado y represión

1.1.6. Proceso de fascistización

FE de las JONS no se convirtió en un verdadero partido de masas hasta el estallido de la guerra. Para comprender el fracaso inicial de Falange y la escasa relevancia de sus milicias, es necesario retroceder hasta la proclamación de la Segunda República, momento en el que no hubo ningún partido fascista relevante que lograra movilizar a un sector importante de la población. En sus publicaciones, Ferran Gallego defiende que ello se debió a una descomposición del espacio de la derecha durante el final de la Restauración y la proclamación de la República. También señala que no se dieron las condiciones necesarias para la aparición de un grupo decidido a impulsar los aspectos de la doctrina fascista ni una movilización de los sectores de la extrema derecha, lo que indica que no hubo un espacio de movilización nacionalista que desbordara los límites de la estructura y objetivos políticos que caracterizaban las posiciones de la derecha tradicional. Igualmente, según Ferran Gallego, la escasa importancia inicial de Falange se debió a la existencia de organizaciones que, como la Confederación de Derechas Autónomas (CEDA) o Renovación Española (RE), ya ocupaban el espacio de expansión del partido fascista desde el mismo momento de su aparición en el escenario político, lo que dificultó su crecimiento porque tuvieron que competir con grupos ya consolidados. Ello comportó que Falange fuera un elemento más del conjunto de grupos del área contrarrevolucionaria. Sin embargo, Gallego señala que en los años siguientes tuvo lugar un proceso de fascistización de este espacio en el que la propuesta de revolución nacional del partido fascista pasó a considerarse representativa de un amplio sector de la derecha.[109]

De hecho, ya antes de la guerra, los grupos de la derecha reaccionaria adoptaron buena parte de las estrategias, fraseología y referencias a la intransigencia y la fuerza propias del fascismo, generando así un campo de complicidad en el que los dirigentes derechistas pudieron declarar su adhesión o, al menos, su identificación con este. Este proceso es apreciable en la CEDA y en sus juventudes, las JAP, como muestran las obras de José Ramón Montero, José María Báez Pérez de Tudela y Manuel Álvarez

franquista en la provincia de A Coruña: «¿Qué pasa con Coruña?»" en DE JUANA, J. y PRADA, J. (eds.), *Lo que han hecho en Galicia. Violencia política, represión y exilio (1936-1939)*, Crítica, Barcelona, 2006, pp. 19-58; SOUTO BLANCO, M. J., "Golpe de Estado y represión franquista en la provincia de Lugo" en DE JUANA, J. y PRADA, J. (eds.), *Lo que han hecho en Galicia*…, pp. 59-96; y ESPINOSA MAESTRE, F., "La represión franquista: un combate por la historia y por la memoria" en ESPINOSA MAESTRE, F. (eds.), *Violencia Roja y Azul*…, pp. 17-80.

[109] GALLEGO, F., "La formación de la cultura política del franquismo: fascistización y desfascistización (1930-1950)", *Coloquio sobre Identidades Fascistas Fascistización y desfasticización en España*, Barcelona, UAB, abril de 2003. https://grupsderecerca.uab.cat/republicaidemocracia/sites/grupsderecerca.uab.cat.republicaidemocracia/files/P_GALLEGO.pdf [Última consulta: 21 de mayo de 2023; Id., *El Evangelio fascista*…, pp. 89-90; e Íd., "Canciones para después de una posguerra. El fascismo de la II República Española en la cronología europea de la fascistización" en MORENTE, F. y RODRIGO, J. (eds.), *Tierras de nadie*…, p. 221.

Tardío;[110] también en los alfonsinos, como analiza Pedro Carlos González Cuevas;[111] y en la CT, como se puede ver en los trabajos de Jordi Canal.[112]

Como defienden Ferran Gallego y Eduardo González Calleja, antes del golpe de estado fue muy relevante la táctica violenta contra el rival político. Dicha violencia fue ejercida principalmente por la sección paramilitar. Pretenden mostrar que la violencia fue un elemento imprescindible para la propia existencia de la organización fascista. También señalan que la violencia fue concebida como una forma de afirmación para aniquilar al enemigo, quien era visto como una anomalía del cuerpo nacional. Añaden que se generó un ideal de héroe masculino que despreciaba la muerte y que permitió sublimar el sufrimiento, el dolor y el sacrificio.[113]

Ahora bien, centrándose en la violencia falangista, Ferran Gallego y José Antonio Parejo, entre otros, han indicado que, en un primer momento, Primo de Rivera fue contrario al uso de la violencia para responder a los ataques de los activistas de las organizaciones de izquierda. Esta reticencia del líder falangista generó una discordia dentro del propio partido entre aquellos que eran partidarios de una mayor respuesta y los que se negaron a transformar a Falange en una organización armada. En esta misma línea, exponen las críticas de los derechistas y de los monárquicos ante la falta de una respuesta contundente del partido fascista ante las agresiones recibidas. Además, comentan que los monárquicos financiaron a Falange para que actuara como brazo armado contra la revolución y señalan la presencia de militares monárquicos retirados por la Ley Azaña para instruir militarmente a los milicianos. Dicho esto, la influencia de los alfonsinos en el partido fascista fue posible por la permeabilidad del fascismo, lo que permitió la confluencia de distintos grupos que deseaban asumir el proyecto conspirador contra la República en el seno de la entidad fascista.[114]

---

[110] MONTERO, J.R., "Entre la radicalización antidemocrática y el fascismo: las Juventudes de Acción Popular", *Studia Historica*, n.º 5 (1987), pp. 47-64; BÁEZ PÉREZ DE TUDELA, J.M.," El ruido de las nueces": la Juventud de Acción Popular y la movilización "cívica" católica durante la Segunda República", *Ayer*, n.º 59 (2005), pp. 123-145; ÁLVAREZ TARDÍO, M., "La CEDA y la democracia republicana" en DEL REY, F. (ed.), *Palabras como puños…*, pp. 341-418; e Íd., "La CEDA, ¿Amenaza u oportunidad?" en Íd. y DEL REY, F. (eds.), *El laberinto republicano…*, pp. 101-134.

[111] GONZÁLEZ CUEVAS, P.C., "El sable y la flor de lis. Los monárquicos contra la República" en DEL REY, F. (ed.); *Palabras como puños…*, pp. 419-479.

[112] CANAL, J., "La gran familia. Estructuras e imágenes en la cultura política carlista" en CRUZ, R. y PÉREZ LEDESMA, M. (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Alianza, Madrid, 1997, pp. 99-136; Íd., *El carlismo*…, pp. 312-323; Íd., *Banderas blancas*…, pp. 43-95; e Íd., "El carlismo en la Segunda República: imaginarios del pasado, sueños del porvenir" en ÁLVAREZ TARDÍO, M. y DEL REY, F. (eds.), *El laberinto republicano…*, pp. 249-280.

[113] GALLEGO, F., *El Evangelio fascista*…, pp. 187-209 y 248-248; GONZÁLEZ CALLEJA, E., "La violencia y sus discursos: los límites de la «fascistización» de la derecha española durante el régimen de la II República", *Ayer*, n.º 71 (2008), pp. 85-116; Íd., *Contrarrevolucionarios*…, pp. 129-214; e Íd., "La radicalización de las derechas" en VIÑAS, Á. (ed.), *Los mitos del 18 de julio*…, pp. 221-238.

[114] GALLEGO, F., *El Evangelio fascista*…, pp. 32-34; y PAREJO, J.A., "De puños y pistolas…", pp. 125-145.

Como puede verse en las publicaciones de González Calleja y Ferran Gallego, FE de las JONS entró en crisis en 1935 a causa de la negativa de José Antonio Primo de Rivera a aceptar una alianza política con la derecha, haciendo que muchos militantes se dieran de baja para ingresar en otra organización contrarrevolucionaria, entre ellos los militares encargados de la instrucción de sus escuadristas. Esta marcha de afiliados fue acompañada por la retirada de financiación por parte de los monárquicos, lo que comportó que los falangistas estuvieran en una situación de crisis económica y en una posición marginal en el escenario político hasta después de las elecciones de febrero de 1936. Ahora bien, como consecuencia del resultado en los comicios, muchos jóvenes derechistas, descontentos con la estrategia posibilista del dirigente de la CEDA, Gil Robles, ingresaron en Falange para acabar con el Frente Popular por medio de la lucha armada. Según estos autores, este traspaso de miembros de una organización a otra fue posible por el proceso de fascistización de los partidos del campo contrarrevolucionario comentado anteriormente. A ello hay que sumarle que los grupos de la derecha no aceptaron el resultado electoral y se acercaron a FE de las JONS con la finalidad de que el partido fascista, mediante un gran protagonismo de sus milicias, colaborara en la táctica de desestabilización propugnada por la derecha para generar un desorden público tal que justificara el golpe de estado que se estaba preparando.[115]

Como argumenta González Calleja, en la primavera de 1936, muchos responsables políticos percibieron la aparición de un fascismo en proceso constituyente, aún no asentado en ningún partido, pero compartido por sectores no desdeñables de la clase media española atemorizada por el deterioro del orden público, que, como reacción al desorden, se volcaron a participar en una solución autoritaria. Dicha solución fue una consecuencia directa de que la derecha y la extrema derecha, quienes no consiguieron articular un proyecto contrarrevolucionario propio y coherente, dejaron la resolución del conflicto político en manos del ejército. Con el estallido del golpe de estado, este autor señala que las estrategias políticas de los distintos partidos de la derecha reaccionaria fueron sacrificadas para dar apoyo al ejército y acabar con el Frente Popular.[116]

---

[115] RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J.L., *La extrema derecha española en el siglo XX*, Alianza, Madrid, 1997, pp. 181-183; GONZÁLEZ CALLEJA, E., "La violencia y sus discursos…", pp. 85-116; GALLEGO, F., "El proceso constituyente del fascismo español: 1933-1935. Revisión de algunos malentendidos" en BALLARÍN, M., CUCALÓN, D. y LEDESMA, J.L. (eds.), *La Segunda República en la encrucijada: el segundo bienio*, Cortes de Aragón/Historia, Zaragoza, 2009, pp. 185-224; GALLEGO, F., "Fascismo y fascistización. La crisis de 1934 y la definición política del período de entreguerras" en ANDREASSI, A. y MARTÍN RAMOS, J.L. (eds.), *De un octubre a otro. Revolución y fascismo en el periodo de entreguerras, 1917-1934*, El Viejo Topo, España, 2010, pp. 281-354; GONZÁLEZ CALLEJA, E., *Contrarrevolucionarios*…, pp. 311-329; y CALLEJA, E., "La radicalización de las derechas" en VIÑAS, Á. (ed.), *Los mitos del 18 de julio*…, pp. 221-238.

[116] GONZÁLEZ CALLEJA, E., "La violencia y sus discursos…", pp. 85-116; e Íd., "La radicalización de las derechas" en VIÑAS, Á (ed.), *Los mitos del 18 de julio*…, pp. 221-238.

En lo referente a esta solución totalitaria, el fracaso del fascismo español como alternativa política de masas antes de la guerra es analizado por Ferran Gallego y González Calleja, quienes argumentan que su fracaso estuvo motivado por las debilidades internas del partido, por los erráticos planteamientos tácticos y estratégicos, por la dependencia casi permanente de los planes subversivos de la derecha reaccionaria y del ejército, y por la actitud reticente de la derecha.[117]

Después del fracaso de la vía legal para acceder al poder se impulsó un golpe de estado, cuya derrota -o éxito- parcial comportó el inicio de las hostilidades, lo que a su vez provocó una rápida militarización de la sociedad y un gran incremento de la militancia del partido fascista español. Dicho esto, Falange pasó a convertirse en la principal organización política del bando rebelde debido, en buena medida, a su praxis violenta y a su trayectoria de enfrentamiento abierto con la República, así como a su carácter de partido-milicia. Para entender este gran crecimiento de FE de las JONS, Ferran Gallego defiende que el partido fascista fue el que mejor resolvió el desafío de la época, el que mejor se adaptó a las circunstancias exigentes de una milicia en tiempo de guerra y el que sintetizó mejor la mezcla de revolución y contrarrevolución, la movilización y el control de las masas.[118]

En esta línea, Julián Casanova y Ferran Gallego consideran que la guerra fue el escenario del proceso constituyente del fascismo español. Defienden que la contienda condicionó el fascismo español en unas circunstancias particulares que le permitieron explicar la dinámica fascista de las organizaciones de la derecha antes del conflicto, comportando así la aparición de un espacio fascistizado que nos ayuda a comprender la rápida captación de las masas y de un sector de las elites conservadoras para el proyecto fascista. Argumentan que, con la guerra, se establecieron las condiciones de realización plena con una movilización total, la capacidad de aglutinar discursos, así como el reclamo de la unidad como mito para conquistar el poder y acabar con el orden

[117] GALLEGO, F., *El Evangelio fascista*…, pp. 334-368; Íd., "Nacionalsindicalismo y contrarrevolución (1931-1936). La relevancia del fascismo en la Segunda República Española" en MORENTE, F., POMÉS J. y PUIGSECH, J. (eds.), *La rabia y la idea*…, pp. 173-202; Íd., "El proceso constituyente del fascismo español: 1933-1935. Revisión de algunos malentendidos" en BALLARÍN, M., CUCALÓN, D. y LEDESMA, J.L. (eds.), *La Segunda República en la encrucijada*…, pp. 185-224; y GONZÁLEZ CALLEJA, E., *Contrarrevolucionarios*…, pp. 310-311.

[118] GALLEGO, F., *El Evangelio fascista*…, pp. 405-431; Íd., "El proceso constituyente del fascismo español: 1933-1935. Revisión de algunos malentendidos" en BALLARÍN, M., CUCALÓN, D. y MARTÍN RAMOS, J.L. (eds.), *La Segunda República en la encrucijada*…, pp. 185-224; e Íd., "Sobre héroes y tumbas. La Guerra Civil y el proceso constituyente del fascismo español" en MORENTE, F. (ed.), *España en la crisis europea de entreguerras*…, pp. 249-268.

republicano con el objeto de construir uno nuevo sobre unas nuevas bases que no tuvieran nada que ver con el Estado liberal.[119]

Como comenta Javier Rodrigo, la destrucción de la vieja sociedad fue una precondición para la construcción palingenésica de la nueva comunidad. El nacimiento del nuevo orden debía hacerse a partir de las cenizas del existente después de haber identificado, separado y eliminado a los elementos considerados perjudiciales para la nación. Esto solo fue posible gracias a una definición y exclusión del otro, así como a una aceptación de la violencia a partir de una construcción previa de unas culturas políticas, que tienen su origen en los años previos a la guerra.[120] En esta misma línea, Ismael Saz argumenta que, con la guerra, se pretendió hacer una erradicación de la cultura y de la tradición liberal.[121] Dicho esto, como señala Javier Rodrigo, la guerra fue el contexto propiciatorio para el desarrollo de los proyectos políticos y sociales del fascismo, elaborados en tiempo de paz, pero radicalizados y realizados en tiempo de guerra.[122]

Como señalan Hilari Raguer, Núñez Seixas, Miguel Alonso y César Rina Simón, la defensa de la religión actuó como elemento principal para que los voluntarios se alistaran en Falange y que los activistas de los diferentes grupos de la derecha antiparlamentaria participaran en el esfuerzo de guerra. Estos autores, sin embargo, apuntan que entre julio y septiembre de 1936 la religión no tuvo un papel destacado por encontrarse en una posición secundaria respecto a la defensa de la nación. Sólo a partir de septiembre, la religión, junto con la salvaguardia y exaltación de la patria, pasó a ser uno de los principales elementos del discurso de los rebeldes.[123] Según Núñez Seixas, para que el fascismo español no fuera visto como una copia de los fascismos italiano y

---

[119] CASANOVA, J., "Guerra de exterminio, paz incivil: Los fundamentos de la dictadura franquista", *El franquismo: el régimen y la oposición. Actas de las IV Jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación de archivos, ANABAD*, Guadalajara, 2000, vol. II, pp. 579-588; y GALLEGO, F., "El proceso constituyente del fascismo español: 1933-1935. Revisión de algunos malentendidos" en BALLARÍN, M., CUCALÓN, D. y MARTÍN RAMOS, J. L. (eds.), *La Segunda República en la encrucijada*…, pp. 185-224.

[120] RODRIGO, J., "Violencia y fascistización en la España sublevada" en MORENTE, F. (ed.), *España en la crisis europea de entreguerras*…, pp. 79-95; e Íd., "A este lado del bisturí. Guerra, fascistización y cultura falangista" en RUIZ CARNICER, M.A. (ed.), *Falange: las culturas políticas del fascismo en la España de Franco, 1936-1975*, Institución "«Fernando el Católico", Zaragoza, 2013, pp. 143-167.

[121] SAZ CAMPOS, I., *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Marcial Pons, Madrid, 2003, pp. 158-159

[122] RODRIGO, J., "El combate y la obediencia. Reevaluando las guerras de Mussolini" en COBO ROMERO, F. (ed.), *Fascismo y Modernismo*…, pp. 123-136.

[123] RAGUER, H., *La pólvora y el incienso. La Iglesia y la Guerra Civil española (1936-1939)*, Península, Barcelona, 2001, pp. 84-151; NÚÑEZ SEIXAS, X.M., *¡Fuera el invasor!*..., pp. 183-206; RAGUER, H., "«España ha dejado de ser católica». La Iglesia y el «Alzamiento»" en VIÑAS, A. (ed.), *Los mitos del 18 de julio*…, pp. 239-258; ALONSO IBARRA, M., "Cruzados de la civilización cristiana. Algunas aproximaciones en torno a la relación entre fascismo y religión", *Rúbrica Contemporánea*, vol. 3, n.º 5, 2014, pp. 133-154; y RINA SIMÓN, C., "Rituales de pasión, muerte y resurrección. La religiosidad popular y la legitimidad sagrada del franquismo" en COBO ROMERO, F., HERNÁNDEZ BURGOS, C. y DEL ARCO BLANCO, M. (eds.), *Fascismo y modernismo*…, pp. 171-184.

alemán, este tenía que ser profundamente católico, debido a que la religión se consideró como el elemento central de la españolidad por ser un elemento común en todos los grupos de la derecha antiparlamentaria.[124]

Los falangistas ocuparon el espacio público en la retaguardia celebrando actos públicos cargados con un fuerte simbolismo político y religioso. En sus análisis, Ferran Gallego, Núñez Seixas y César Rina Simón defienden que el fascismo hizo una renovación de los rituales políticos que aspiraron a formularse como opciones de masas, produciéndose así una integración y participación de estas, y haciendo que los asistentes se vieran a sí mismos como miembros de la nueva comunidad que se pretendía erigir. También señalan que estas celebraciones fueron un instrumento de nacionalización de las masas gracias al empleo de imágenes y símbolos investidos de un carácter casi sagrado que actuaron como agentes de purificación y resignificación del espacio público para transmitir un mayor arraigo identitario. Igualmente, comentan que en estos actos se podía respirar un ambiente castrense gracias al empleo de emblemas y estandartes del partido, y a los milicianos que ocupaban su posición durante la ceremonia y que marchaban en perfecta formación para transmitir una imagen gallarda de disciplina y de orden. Según estos autores, todo ello hizo que se creara una atmósfera adecuada para activar las emociones y los impulsos inconscientes de los asistentes, manifestar el espíritu de comunidad a través de una mística nacional y cohesionar el grupo proporcionándole una identidad para que sus miembros pudieran distinguirse de los integrantes de las demás organizaciones.[125]

Asimismo, en la retaguardia se articularon e instrumentalizaron los mitos propios, y se adoptaron y readaptaron mitos ajenos como, por ejemplo, el del 2 de Mayo. Según José Álvarez Junco, Núñez Seixas y Javier Rodrigo, se realizaron unas concentraciones y unos discursos que tuvieron la finalidad de actuar, no solo como vehículo de movilización de la población, sino, también, como estrategia para agrupar y cohesionar alrededor de una serie de principios comunes a sus partidarios, quienes procedían de las distintas culturas políticas del campo contrarrevolucionario. Señalan que dichos principios tuvieron una fuerte carga emocional para, así, enmascarar las contradicciones y divisiones políticas y sociales internas.[126] Por su parte, Giorgia Priorelli explora como

[124] NÚÑEZ SEIXAS, X.M., *¡Fuera el invasor!*..., pp. 180-212.
[125] GALLEGO, F., *El Evangelio fascista*…, pp. 521-533; Íd., "Ángeles con espadas. Algunas observaciones sobre la estrategia falangista entre la Revolución de Octubre y el triunfo del Frente Popular" en GALLEGO, F. y MORENTE, F. (eds.), *Fascismo en España*…, pp. 163-178; NÚÑEZ SEIXAS, X.M., *¡Fuera el invasor!*..., pp. 218-219; y RINA SIMÓN, C., "Rituales de pasión, muerte y resurrección. La religiosidad popular y la legitimidad sagrada del franquismo" en COBO ROMERO, F., HERNÁNDEZ BURGOS, C. y DEL ARCO BLANCO, M. (eds.), *Fascismo y modernismo*…, pp. 171-184.
[126] ÁLVAREZ JUNCO, J., "El nacionalismo español como mito movilizador. Cuatro guerras" en CRUZ, R. y PÉREZ LEDESMA, M. (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*…, pp. 35-68; SAZ

los ideólogos falangistas definieron y desarrollaron su propia idea de nación para legitimar su concepto de nación.[127]

Como se puede apreciar en las publicaciones de Carlos Gil Andrés, José Antonio Parejo y Alfonso Lazo, los partidos que secundaron la sublevación, aunque aliados en el combate contra la República, compitieron entre sí desde el inicio de las hostilidades por imponer su programa con el objetivo de convertirse en la principal fuerza política del bando rebelde para, así, garantizar el predominio de su ideario en el nuevo orden en construcción. Ahora bien, fueron especialmente intensos los choques entre las dos principales fuerzas que empuñaron las armas contra la República, FE de las JONS y la CT.[128] En sus publicaciones, Francisco Morente, José Luis Rodríguez Jiménez y Joan María Thomàs analizan las disputas internas de la organización falangista entre *hedillistas* y *legitimistas*;[129] mientras que Jordi Canal y Mercedes Peñalba se centran en los enfrentamientos internos en la CT protagonizadas por las tendencias lideradas por Fal Conde -*legitimistas*- y el conde de Rodezno -*colaboracionistas*.[130]

Aprovechando las disputas internas entre falangistas y carlistas, Franco decretó la unificación política de todas las fuerzas políticas contrarias a la República el 19 de abril de 1937 y la creación del partido único, FET y de las JONS. De este modo se culminó el proceso de fascistización iniciado en los años de la República en paz. Como puede verse en las publicaciones de Ángela Cenarro, Julio Prada, José Antonio Parejo, Joan María Thomàs y Mercedes Peñalba, en la nueva organización hubo un predominio del partido fascista respecto a la CT, de la cual, solo se añadió la «T» de Tradicionalista.

CAMPOS, I., *España contra España*…, pp. 159-161; ÁLVAREZ JUNCO, J., "La Guerra Civil como guerra nacional" en MALEFAKIS, E.(ed.), *La guerra civil española*…, pp. 579-620; NÚÑEZ SEIXAS, X.M., "Nations in arms against the invader: on nationalist discourses during the Spanish civil war" en EALHAM, C. y RICHARDS, M. (eds.), *The Splintering of Spain Cultural History and the Spanish Civil War. 1936-1939*, Cambridge University Press, Cambridge, 2005, pp. 45-67; Íd., *¡Fuera el invasor!...*, pp. 180-181; Íd., "Ni rota ni roja: el peligro separatista y la invocación a la nación en el golpe de Estado de julio de 1936" en VIÑAS, A. (ed.), *Los mitos del 18 de julio*…, pp. 259-274; RODRIGO, J., *Cruzada, paz, memoria. La guerra civil en sus relatos*, Granada, Editorial Comares, 2013, pp. 9-52; y RODRIGO, J., "A este lado del bisturí. Guerra, fascistización y cultura falangista" en RUIZ CARNICER, M. A. (ed.), *Falange*…, pp. 143-167.

[127] PRIORELLI, G., *Italian Fascism and Spanish Falangism in Comparison. Constructing the Nation*, Palgrave Macmillan, Londres, 2020.

[128] GIL ANDRÉS, C., *Lejos del frente*…, pp. 132-133; PAREJO FERNÁNDEZ, J.A., "La Primera Línea de la Falange contra la República…", pp. 207-208; PAREJO FERNÁNDEZ, J.A., *Las piezas perdidas de la Falange*…, pp. 74-75 y 282-288; LAZO DÍAZ, A., *Historias falangistas del sur de España*…, pp. 257-259; y LAZO DÍAZ, A., *Retrato de fascismo rural en Sevilla*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 2017, p. 29.

[129] MORENTE, F., "Hijos de un Dios menor. La Falange después de José Antonio" en GALLEGO, F. y MORENTE, F. (eds.), *Fascismo en España*…, pp. 211-250; MORENTE. F., *Dionisio Ridruejo. Del fascismo al antifranquismo*, Editorial Síntesis, Madrid, 2006, p. 143; RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J.L., *Historia de Falange Española de las JONS*…, pp. 294-304; THOMÀS, J.M., *Lo que fue la Falange*…, pp. 150-199; THOMÀS, J.M.; "La unificación: coyuntura y proyecto de futuro" en RUIZ CARNICER, M.A. (ed.), *Falange*…, pp. 169-177; y THOMÀS, J. M., *El gran golpe: el "caso Hedilla" o cómo Franco se quedó con Falange*, Debate, Barcelona, 2014, pp. 71-112.

[130] CANAL, J., *El carlismo*…, pp. 330-339; PEÑALBA, M., *Entre la boina roja y la camisa azul. La integración del carlismo en Falange Española Tradicionalista de las JONS (1936-1942)*, Publicaciones Gobierno Foral de Navarra, Pamplona, 2014, pp. 25-31; e Íd., "Boinas rojas, camisas azules: las milicias *nacionales* en la guerra civil española" en MATTHEWS, J. (ed.), *España en guerra*…, p. 87.

Esta importancia de Falange también se puede ver en la adopción del programa falangista y en el nombramiento de cargos. El decreto de unificación también afectó a las milicias de partido, que pasaron a estar bajo la autoridad directa de Franco. A pesar del predominio de los símbolos falangistas, del ideario y del programa del partido fascista, así como la reproducción de sus estructuras, estos autores señalan que los cargos políticos no estuvieron monopolizados por los falangistas.[131]

Ferran Gallego y Francisco Morente defienden que la fascistización consistió en la consolidación de un único espacio alrededor del movimiento fascista. Esta unificación es vista como una integración en el partido único de sectores inicialmente ajenos a Falange, lo que derivó en una alteración de militancia, organización e incluso algunos aspectos ideológicos de la propia organización fascista originaria. Este proceso no fue una singularidad española, sino que respondía a la misma lógica que afectó al fascismo italiano y al nacionalsocialismo, y se debió a la necesidad de hacer del partido fascista el partido que representaba al conjunto de la derecha contrarrevolucionaria. Así pues, como señalan estos autores, el fascismo no se impuso en este proceso de unificación, sino que integró a las otras culturas políticas, haciendo que el partido nacido en la guerra e instalado en el poder fuera diferente a la Falange de los años de la República en paz.[132] Según Ferran Gallego, la fusión política fue posible por la flexibilidad doctrinal del fascismo, lo que facilitó la incorporación de los distintos sectores de la derecha radicalizada en un único espacio. Añade que, gracias a la guerra, se establecieron unos mecanismos de unidad e integración que fueron más importantes que los elementos que diferenciaban a los distintos grupos contrarrevolucionarios, los que los podrían llevar a una disputa.[133]

---

[131] CENARRO LAGUNAS, A., *Cruzados y camisas azules. Los orígenes del franquismo en Aragón, 1936-1945*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 1997, pp. 103-104; PRADA RODRÍGUEZ, J., "Que jamás la sangre derramada sirva para florecer partidos políticos. El nacimiento de FET y de las JONS en Ourense", *Espacio, Tiempo y Forma Serie V, H. Contemporánea,* n.º 15, (2002), pp. 421-454; PAREJO, FERNÁNDEZ, J.A., "Falangistas y Requetés: historia de una absorción violenta", *Ayeres en discusión: temas clave de Historia Contemporánea hoy. IX Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea* (2008), pp. 1-19; THOMÀS, J. M., *Los fascismos españoles*, Planeta, Barcelona, 2011, pp. 160-161; THOMÀS, J.M.; "La unificación: coyuntura y proyecto de futuro" en RUIZ CARNICER, M.A. (ed.), *Falange*…, pp. 169-177; y PEÑALBA, M., *Entre la boina roja y la camisa azul*…, p. 75.

[132] GALLEGO, F., *El Evangelio fascista*…, pp. 521-533; MORENTE, F., "Hijos de un Dios menor. La Falange después de José Antonio" en GALLEGO, F. e Íd. (eds.), *Fascismo en España*…, pp. 211-250; y GALLEGO, F., "El proceso constituyente del fascismo español: 1933-1935. Revisión de algunos malentendidos" en BALLARÍN, M., CUCALÓN, D. y MARTÍN RAMOS, J. L. (eds.), *La Segunda República en la encrucijada*…, pp. 185-224.

[133] GALLEGO, F., *El Evangelio fascista*…, pp. 521-533; Íd., "Fascismo y fascistización. La crisis de 1934 y la definición política del período de entreguerras" en ANDREASSI, A. y MARTÍN RAMOS, J.L. (eds.), *De un octubre a otro*…, pp. 281-354; Íd., "Sobre héroes y tumbas. La Guerra Civil y el proceso constituyente del fascismo español" en MORENTE, F. (ed.), *España en la crisis europea de entreguerras*…, pp. 252-253; Íd., "¿Un puente demasiado lejano? Falange y franquismo en la fundación y en la agonía del régimen" en RUIZ CARNICER, M.A. (ed.), *Falange*…, pp. 77-108; e Íd., "Canciones para después de una posguerra. El fascismo de la II República Española en la cronología europea de la fascistización" en MORENTE, F. y RODRIGO, J. (eds.), *Tierras de nadie*…, pp. 217-234.

Por su parte, Miguel Alonso analiza los elementos característicos de la identidad fascista española, comentando cómo los combatientes falangistas interpretaron, interiorizaron y configuraron su propia identidad fascista a partir del discurso codificado realizado por Falange. Con la intención de analizar el proceso de socialización del fascismo durante la guerra, también extrapola la identidad que definió a los fascistas españoles respecto al resto de combatientes del bando rebelde. Además, aporta una nueva perspectiva que afirma la hipótesis de la dictadura franquista como fascista.[134]

La España franquista mantuvo un grado muy fuerte de movilización cultural bélica que fue más allá del final de las hostilidades el 1 de abril de 1939. Claudio Hernández Burgos examina el papel de la experiencia de guerra en la conformación de la dictadura a través del análisis de las actitudes y los comportamientos de los vencedores y de los apoyos sociales del régimen. El autor comenta que la dictadura, por medio de las políticas de memoria y olvido, trasladó en tiempos de paz una serie de ideas caracterizadas por el recuerdo del conflicto, la demonización del enemigo y la exaltación de los sacrificios realizados.[135] En esta misma línea, José Luis Ledesma y Javier Rodrigo analizan la ocupación del espacio público durante el régimen de Franco para recordar la contienda y los muertos del bando rebelde, a la vez que se excluye a los combatientes fallecidos del bando republicano.[136] Una cuestión en la que también ha incidido contundentemente Miguel Ángel del Arco con su estudio sobre los monumentos a los caídos de la guerra.[137]

1.2. Fuentes y metodología

La presente tesis doctoral pretende aportar nuevos contenidos a los enfoques más recientes y novedosos en el estudio de las milicias de Falange, y abordar varias cuestiones aún pendientes para su comprensión. Para lograrlo, a la consulta de bibliografía especializada en las historias de Falange, la Segunda República, el golpe de estado, la Guerra Civil y el fascismo ya analizada en el estado de la cuestión hay que sumarle el trabajo con fuentes documentales procedentes de archivos militares y civiles, con la prensa de la época y con la literatura memorialística que recoge los testimonios

[134] ALONSO IBARRA, M., "Excombatientes. Un análisis del fascismo español a través de las memorias de los soldados de Falange" en ORTEGA LÓPEZ, T.M. y DEL ARCO BLANCO, M.A. (eds.), *Claves del mundo contemporáneo. Debate e investigación actas del XI Congreso de la Asociación de la Historia Contemporánea*, Comares, 2013, pp. 1-19.
[135] HERNÁNDEZ BURGOS, C., "De la cultura de guerra a la cultura de la victoria: los vencedores y la construcción de la dictadura franquista (1936-1951)", *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 15 (2016), pp. 123-148.
[136] LEDESMA, J.L. y RODRIGO, J., "Caídos por España, mártires de la libertad. Víctimas y conmemoración de la Guerra Civil en la España posbélica (1939-2006)", *Ayer* n.º 63 (2006), pp. 233-255.
[137] DEL ARCO BLANCO, M. A., *Cruces de memoria y olvido. Los monumentos a los caídos de la guerra civil española (1936-2021)*, Crítica, Barcelona, 2022.

de milicianos y de líderes de Falange,[138] de dirigentes políticos,[139] así como de víctimas de la violencia falangista y de testimonios de la misma.[140] Mediante la combinación de todas estas fuentes a través de una metodología basada en el análisis de cuestiones militares y socioculturales, se puede entender mejor la evolución de las milicias de Falange desde su nacimiento a finales de 1933 hasta su desarticulación a finales de junio de 1944, así como las vivencias y las percepciones de los milicianos del partido fascista dentro de un marco concreto y definido por la estructura de la organización, sus acciones y su forma de hacer política.

Así pues, tras la lectura de la bibliografía ya analizada en el estado de la cuestión, se ha realizado un trabajo exhaustivo de localización y consulta de fondos documentales en archivos militares y civiles. La reconstrucción del marco de la experiencia de los milicianos durante los años de la República en paz y en la sublevación ha sido posible gracias a la documentación encontrada en el Archivo Histórico Nacional (AHN) y en el Centro Documental de la Memoria Histórica (CDMH), donde se ha trabajado con interrogatorios de falangistas detenidos y declaraciones de sus familiares, amigos, compañeros de trabajo y vecinos, perteneciendo la mayoría de los expedientes consultados a escuadristas apresados en Madrid. Esta documentación informa sobre el perfil de los falangistas detenidos, su trayectoria política antes del 18 de julio de 1936, sus opiniones políticas, los motivos que los llevaron a afiliarse en Falange -y, en algunos casos, a darse de baja- y las acciones violentas que perpetraron, así como su implicación en la insurrección militar. Sin embargo, ha sido prácticamente imposible conocer el número de falangistas de antes de la guerra, salvo en algunos casos, como el de la Falange de Gijón,[141] por la destrucción de las listas de afiliados llevada a cabo por los propios falangistas tras la ilegalización de FE de las JONS a mediados de marzo de 1936 o tras el fracaso del golpe de estado en algunos territorios.

Para conocer la participación de las banderas y centurias de Falange en las operaciones militares en los frentes de guerra, así como en las funciones parapoliciales en la retaguardia, se han consultado diarios de operaciones, historiales de unidades de milicia, informes sobre los movimientos de fuerzas, fichas de milicianos y expedientes

[138] DORESTE, P., *Ocho meses de campaña*…; FERNÁNDEZ CUESTA, R., *Testimonio, recuerdos y reflexiones*…; GIRÓN DE VELASCO, J.A., *Si la memoria no me falla*…; y GALLEGO CORTÉS, A., *Diario de un falangista de primera línea*, Ediciones Nueva República, Barcelona, 2011.
[139] SERRANO SÚÑER, R., *Entre el silencio y la propaganda la historia como fue. Memorias*, Planeta, Barcelona, 1977; y VEGAS LATAPIE, E., *Los caminos del desengaño: memorias políticas*, Madrid, Tebas, 1987.
[140] QUIJANO, H., *Galicia mártir. Episodios del terror blanco en las provincias gallegas*, Neos, Buenos Aires, 1938; y RUIZ VILAPLANA, A., *Lo que han hecho en Galicia. Episodios del terror blanco en las provincias gallegas contados por quienes los han vivido*, s.n., París, 1938.
[141] CDMH, PS-GIJÓN_H, C.18, Exp.1.

localizados en el fondo Milicias Nacionales del Archivo General Militar de Ávila (AGMAV), complementados estos con documentación de los fondos Ejército Nacional y Cuartel General del Generalísimo del mismo archivo. Con la documentación encontrada se ha podido ofrecer una visión a escala nacional de la participación de las banderas y centurias de Falange en la guerra, tanto en el frente como en la retaguardia. En los libros de operaciones y en los historiales de unidades de Falange consultados también se ha encontrado información sobre las banderas que intervinieron en la lucha contra la guerrilla y los falangistas que realizaron funciones parapoliciales tras la derrota militar de la República el 1 de abril de 1939. Sin embargo, esta documentación no profundiza en la intervención de las milicias de Falange en las operaciones en las trincheras y en la retaguardia, ni en cómo los milicianos vivieron su participación, limitándose solo a informar sobre en qué combates tomaron parte, qué posición ocuparon y qué funciones realizaron. Esta documentación tampoco da a conocer el número de muertos y heridos durante las operaciones militares, aunque se han podido localizar listas de bajas de algunas unidades.

En el fondo Milicias Nacionales también se ha trabajado con fichas de falangistas elaboradas por el Servicio de Información y Policía Militar (SIPM). En ellas figuran los antecedentes políticos de los milicianos considerados peligrosos. En relación con el perfil de los combatientes de Falange, en el Archivo General de la Administración (AGA) también se han encontrado fichas de milicianos en las que figuran sus antecedentes, así como su profesión y edad. Toda esta documentación también ha sido muy útil para identificar a los milicianos, y conocer sus antecedentes políticos. Sin embargo, no se ha encontrado ninguna lista de afiliados en Falange tras el inicio de las hostilidades. En esta misma línea, en el AGMAV y en el AGA se han consultado fichas y expedientes de falangistas que se alistaron en la DEV, en los que figuran sus antecedentes políticos, así como su trayectoria antes y durante la guerra.

Igualmente, el Boletín Oficial de la Junta de Defensa Nacional (BJDN) y el Boletín Oficial del Estado (BOE) son una fuente importante para conocer los decretos aprobados durante el conflicto y la posguerra en lo referente a las milicias de Falange -y de las secciones milicianas de las demás organizaciones políticas que secundaron el golpe de estado. En el AGA también se han encontrado órdenes de desmovilización y circulares sobre la incorporación de los excombatientes a la sociedad de posguerra, así como de los organismos y las leyes aprobadas para garantizar un empleo, prebendas y ayudas a los veteranos.

Esta documentación se ha completado con la prensa de la época y la literatura memorialística. En la prensa se ha encontrado información sobre las peleas y altercados que protagonizaron los milicianos de Falange, así como los actos celebrados por los falangistas antes de la guerra. Para ello se ha consultado prensa izquierdista, como *El Sol* o *Heraldo de Madrid*, y derechista, como *ABC* (Madrid) o *El Debate*. En esta línea, para analizar cómo se vivió la guerra en la zona sublevada, los discursos de las autoridades rebeldes, la celebración de actos falangistas en la retaguardia y la construcción identitaria que se hizo del enemigo, se ha trabajado con periódicos y revistas publicados en la zona rebelde, como *ABC* (Sevilla), *Heraldo de Aragón* o *La Ametralladora*. Además, se ha consultado prensa falangista publicada durante los años de la República en paz, como *F.E.*, *Arriba* o *No Importa*, y durante la guerra, como *Amanecer*, *Azul* o *Unidad*, para conocer la ideología y el programa del partido fascista, cómo vivieron sus milicianos los acontecimientos que tuvieron lugar durante el periodo analizado y cómo percibían al enemigo.

Por su parte, los diarios y las memorias utilizadas se agrupan en dos etapas: los relatos escritos durante la guerra y después de esta,[142] y los aparecidos hacia finales del régimen y durante la democracia, habiendo sido publicadas muchas de estas durante los años ochenta.[143] Los primeros presentan una visión ideologizada del conflicto, más en la línea del discurso construido por la dictadura para legitimarse, mientras que los segundos abordan aspectos de la experiencia de guerra a partir de una carga ideológica menor. En este sentido, los diarios publicados durante la democracia, en no pocas ocasiones, reelaboran los pensamientos y opiniones del autor en función de su evolución ideológica desde el final de la guerra.

El autor relata su experiencia sobre una sucesión de vivencias en los que dice haber tomado parte, describe cómo se sentía y qué piensa sobre los hechos que ha vivido, y opina sobre una u otra cuestión. En este sentido, las memorias no solo permiten conocer la trayectoria del miliciano, su socialización previa, sus cambios morales y culturales, sino que, también posibilitan la reconstrucción de su activismo antes de la guerra, así como su experiencia bélica por medio de la narración de los combates, de los episodios de violencia o de la vida en la retaguardia. Sin embargo, estas

[142] CENTURIÓN, F.J., *Ardiente voz de guerra*. Ediciones de F.E.T. y de las J.O.N.S., Santa Cruz de Tenerife, [¿1938?]; ARSENIO DE IZAGA, G., *Los presos de Madrid: recuerdos e impresiones de un cautivo en la España roja*, Imprenta Martosa, Madrid, 1940; y COLMEGNA, H., *Diario de un médico argentino en la guerra de España (1936-1939)*, Espasa-Calpe, 1941.
[143] VEGAS LATAPIE, E., *Memorias políticas: el suicidio de la Monarquía y la Segunda República*, Planeta, Barcelona, 1983; LAÍN ENTRALGO, P., *Descargo de conciencia (1930-1960)*, Alianza, Madrid, 1989; y GARCÍA GUINEA, L., *Diario de guerra. Un paréntesis de tres años (1936-1939)*, Cultura y Comunicación, Palencia, 2005.

publicaciones presentan problemas respecto a la fiabilidad de los datos y a la veracidad de lo que narran, puesto que no solo están sujetas a un filtrado de información en el que la experiencia relatada parte de un posicionamiento subjetivo del autor, sino que, también están influenciadas por el contexto cultural en el que fueron escritas. Dicho esto, el autor hace una reconstrucción y una reinterpretación en las que se exageran los hechos de forma conveniente, atenuando y, directamente, omitiendo aquellos aspectos que no refuerzan la imagen que quiere dar. Todo esto, por supuesto, plantea una serie de complicaciones respecto a la fiabilidad y credibilidad de estas fuentes, algunas de ellas ya debatidas por la historiografía. Con todo, y teniendo en cuenta esas prevenciones, las memorias y los diarios permiten una mayor y más precisa aprehensión de la realidad y del mundo del miliciano de Falange, en la que, en muchas ocasiones, se reproduce el discurso legitimador construido por la dictadura.

Gracias a la prensa y a las memorias consultadas, se han podido cotejar y contrastar las fuentes de los archivos, y dotar de un carácter individual y humano a las generalidades y abstracciones de los informes y directivas, ver qué problemas de implementación pudieron tener y cuál fue la realidad del activismo falangista. Así pues, estos escritos conforman una historia de Falange que generalmente no se halla en las publicaciones sobre el partido fascista, las cuales, con algunas excepciones, dejan de lado cuestiones como la militancia para centrarse en el análisis de la organización. Igualmente, gracias a estos libros se pueden conocer los rasgos definitorios del fascismo español durante los años de la República en paz y la guerra. Por estas razones, la lectura y el análisis de la prensa de la época y de las memorias de falangistas son necesarias para comprender la dimensión humana del miliciano de Falange.

2. Cultura miliciana como fenómeno transnacional europeo

La profunda transformación del mapa político de Europa tras la caída del imperio zarista en 1917 y el final de la Gran Guerra con el nacimiento de nuevos países en el centro y este del continente como consecuencia de la desaparición de los imperios alemán, austrohúngaro y otomano estuvo acompañada por el auge de un fenómeno paramilitar sin precedentes, en el que muchas organizaciones preferían alcanzar el poder mediante el uso de métodos violentos antes que por la vía parlamentaria debido a la concepción de pérdida de legitimidad democrática del adversario y al fortalecimiento de los discursos intransigentes.[144] Los encargados de ejecutar estos actos violentos eran, principalmente, soldados desmovilizados en contra de su voluntad, quienes percibían que el combate aún no había terminado. Estos se alistaron en una unidad miliciana para continuar la lucha en un nuevo escenario que se encontraba dentro de las fronteras del propio país. También era relevante la presencia de chicos nacidos entre finales del siglo XIX e inicios del siglo XX que, ansiosos por entrar en combate y vivir aventuras, no pudieron combatir en la guerra por ser demasiado jóvenes.

La mayoría de grupos paramilitares tomaron el nombre de sus líderes como, por ejemplo, las brigadas de los *Freikorps* alemán lideradas por el comandante Hermann Ehrhardt o por el general de infantería Haase, o el batallón húngaro dirigido por el comandante Pál Prónay. Estas milicias intentaban reproducir la estructura del ejército, obedecían a la idea de crear verdaderas organizaciones armadas sobre la base de ciudadanos voluntarios y se legitimaban con fundamentos políticos, religiosos, sociales y étnicos. Dichas unidades no deben equipararse con las de los ejércitos regulares y, por su parte, los ejércitos profesionales de los años veinte e inicios de los treinta no deben considerarse los sucesores directos de estos grupos porque diferían significativamente en el reclutamiento y en la promoción de sus hombres;[145] puesto que el ascenso de los milicianos, al contrario que en el ejército regular, se basaba, fundamentalmente, en la fiabilidad política y en las relaciones personales antes que en el mérito y las calificaciones. Igualmente, a diferencia de las unidades militares, la línea que separaba a los líderes milicianos y a sus hombres se difuminaba, lo que hizo que la relación entre los comandantes y sus subordinados fuera más personal que en los ejércitos convencionales. Por último, a causa de su rígida disciplina y sus códigos de honor establecidos, los ejércitos tradicionales tendían a eliminar a los *sádicos* de sus

[144] ÁLVAREZ TARDÍO, M., "Democratización y violencia política en el mundo de entreguerras: una cuestión abierta", *Ayer*, n.º 88 (2012), p. 49.
[145] BODÓ, B., "Paramilitary Violence in Hungary…", p. 138.

filas, en cambio, los grupos paramilitares atraían a un número significativo de criminales, lo que tendió a hacer desaparecer a los *combatientes normales* de sus filas.

Aunque este fenómeno tuvo una gran relevancia en la posguerra, la cultura miliciana tiene su origen a finales del siglo XVIII. Las primeras unidades paramilitares se constituyeron en la Francia revolucionaria en 1789. Posteriormente, esta cultura se extendió por Europa como respuesta a la amenaza ideológica y militar francesa.[146] Los primeros grupos estaban integrados por los propios vecinos, quienes se encargaron de aplacar las tensiones y las protestas sociales para mantener el orden público. Asimismo, actuando como auxiliares del ejército regular, defendieron no solo su propia localidad, sino, también, las regiones más cercanas; y, llegado el caso, reemplazaron a los soldados para combatir al enemigo tanto en el campo de batalla como en la retaguardia.

Los contrarrevolucionarios y los realistas también organizaron sus propios grupos paramilitares para combatir contra la revolución francesa y Napoleón, primero, y contra los liberales, después. Estos constituyeron sus unidades en un contexto de guerra civil y de derrumbe institucional, en el que las milicias llenaron el vacío dejado por el ejército regular. Una vez que las monarquías consolidaron su poder, estos grupos fueron institucionalizados e integrados en el ejército.[147] Aunque los absolutistas organizaron sus propias milicias como la *legión de Saint-Barthélemy* en Francia, el *Somatén* en España, o los *Barbets* en el norte de Italia, esta institución se presentaba como su principal enemigo, ya que, con la derrota de los franceses y el regreso del absolutismo, una de sus primeras medidas consistió en el desarme y la desarticulación de estas unidades.[148] A pesar de ello, esta cultura continuó presente entre los grupos que protagonizaron conatos revolucionarios a lo largo del siglo XIX como sucedió, por ejemplo, en España tras la muerte de Fernando VII en 1833 con la organización de la Milicia Nacional para combatir al carlismo.[149]

Ahora bien, las unidades paramilitares y las guardias cívicas del siglo XX que se organizaron, principalmente, después de la primera guerra mundial, se constituyeron para emular el éxito de la resistencia napoleónica y legitimar la lucha contra la revolución.[150] Estas milicias no pueden considerarse las herederas de la cultura miliciana del siglo anterior, sino que, más bien, se las debe contemplar como hijas de las circunstancias. Aunque se constituyeron para mantener el orden, y, como los grupos

[146] BUTRÓN PRIDA, G., "Las milicias ciudadanas en las revoluciones liberales europeas…", pp. 6-10.
[147] PARÍS MARTÍN, Á., "Armar al pueblo en defensa del rey…", p. 39.
[148] NARANJO SANGUINO, M. Á., "La Milicia Nacional de Almendralejo…", pp. 341-343.
[149] Ibid., p. 640.
[150] GERWARTH, R. y HORNE, J., "Vectors of Violence: Paramilitarism in Europe after the Great War, 1917-1923", *The Journal of Modern History*, nº 83 (2011), p. 490.

realistas del siglo XIX, luchar contra la revolución, estos grupos paramilitares también tenían la misión de defender el territorio y, sobre todo, en el este de Europa, proteger las nuevas fronteras. Otro factor que permite diferenciarlas de las fuerzas del siglo anterior consiste en el empleo de la violencia con un doble significado: actuar como fuerza que afecta al resultado de los conflictos militares y servir como nueva fuente de autoridad política.[151]

Este fenómeno paramilitar tuvo especial relevancia en los países vencidos en la Gran Guerra y en aquellas naciones que, como Italia, sentían que habían perdido la guerra a pesar de haber luchado en el bando vencedor. Durante las hostilidades, la retaguardia de estos países vivió el conflicto bajo una convicción inalterable de victoria, pero cuando se conoció la realidad y se confirmó su derrota, tuvo lugar un gran *shock* que estuvo acompañado por la aparición de lo que podría denominarse como cultura de la derrota, lo que generó la sensación de que la guerra no se había perdido en el campo de batalla, sino en la retaguardia o, como en el caso de Italia, en las negociaciones de paz. Esta percepción dio origen a mitos que, como el de la puñalada por la espalda en Alemania o el de la victoria mutilada en Italia, generaron un sentimiento de rechazo de la derrota y una voluntad de continuar la lucha contra el enemigo interno, quien era considerado el principal culpable de la derrota por haber abandonado la nación en el momento que más lo necesitaba. Como resultado, estos países sufrieron una fuerte sacudida de legitimidad del orden político, lo que hizo que el poder estatal se tambaleara y que el Estado tuviera que usar la fuerza para refundar su autoridad y garantizar su *supervivencia nacional*. A ello hay que sumarle un irredentismo nacionalista y una brutalización de la política que hizo que las relaciones con el enemigo se caracterizaran por una pérdida de su legitimidad democrática.

Esta brutalización implicó el empleo de actitudes, prácticas y estrategias propias de la contienda en la política de la posguerra, lo que dio lugar a una percepción de guerra permanente. Asimismo, los excombatientes movilizados en una de las distintas unidades paramilitares veían el escenario político como un campo de batalla en el que se normalizó el uso de la violencia contra el adversario político, quien era percibido como un enemigo con el que no se podía llegar a ningún compromiso porque encarnaba todos los valores contrarios a la nación.[152] Esta percepción del contrario consistía en una actitud mental derivada de la guerra que dio lugar a un estilo y lenguaje propios de un conflicto armado, todo lo cual posibilitó que, en el mismo momento en el que se terminó

[151] GERWARTH, R., "Paramilitarism in Europe after the Great War: An Introduction" en Íd. y HORNE, J. (eds.), *War in peace*…, p. 2.
[152] MOSSE, G.L., *Soldados caídos*…, pp. 205-230; y ALCALDE, Á., "La tesis de brutalización (George L. Mosse) y sus críticos: un debate historiográfico", *Pasado y Memoria*, n.º 15 (2016), pp. 17-42.

el choque armado, se pudiera motivar a los hombres para que se lanzaran a la lucha contra el oponente político, movilizados en uno de estos grupos que actuaban como elementos de purificación del cuerpo nacional de todos aquellos individuos considerados cancerígenos para la comunidad.[153] Por lo tanto, esta violencia perpetrada por los milicianos era una consecuencia directa del poder movilizador de la derrota.[154]

Por su parte, en Italia no hubo ninguna desaparición de la autoridad estatal que obligara a usar la fuerza para refundar su potestad. Aunque se encontraba entre los vencedores de la guerra, se generó una cultura de la derrota motivada por la convicción de que los italianos vencieron a sus enemigos en el campo de batalla, pero fueron traicionados en la conferencia de paz por sus aliados, quienes rechazaron la mayoría de sus reclamaciones territoriales. Al no verse cumplidas sus reivindicaciones, se propagó el mito de la *vittoria mutilata*, lo que dio lugar a que un sector de la población descontento con el reparto territorial de posguerra, por considerar que no compensaba los miles de muertos, heridos y mutilados, se alistara en grupos paramilitares, como el liderado por Gabrielle D'Annunzio, para continuar la lucha y satisfacer sus demandas territoriales. A ello hay que sumarle la crisis económica y social, y, por parte de los terratenientes y los empresarios, un sentimiento de miedo a la revolución causado por el extremismo político de los socialistas, alimentado este por su fuerza en el parlamento, así como por su control de muchos consejos locales y gobiernos provinciales. Ello hizo que aquellos temerosos con la revolución se alistaran en grupos paramilitares como los *Fasci Italiani di Combattimento*.

En cambio, en los demás países vencedores se generó una *cultura de la victoria*. Los conflictos sociales de posguerra que proliferaron en estas naciones no modificaron el orden establecido y su integridad territorial no se vio alterada, a excepción de Irlanda. Esto se debió a que no hubo un aumento sustancial de la violencia después de 1918, en parte, porque, con el triunfo en la Gran Guerra, se justificaron sus sacrificios durante el conflicto, lo que reforzó su legitimidad.[155] Por ello, en Gran Bretaña, este paramilitarismo no surgió con la intención de preservar el orden y el poder, sino que se fundamentó como una respuesta a un problema doméstico antes de que se extendiera por las colonias y se convirtiera en un problema colonial.[156]

---

[153] SCHIVELBUSCH, W., *The Culture of Defeat*…, pp. 7-8; ÁLVAREZ TARDÍO, M., "Democratización y violencia política en el mundo de entreguerras…", pp. 34; y MOSSE, G. L., *Soldados caídos*…, pp. 205-206.
[154] GERWARTH, R. y HORNE, J., "Vectors of Violence…", pp. 490-492.
[155] GERWARTH, R., *Los vencidos*…, pp. 37-38.
[156] DOLAN, A., "The British Culture of Paramilitary Violence in the Irish War of Independence" en GERWARTH, R. y HORNE, J. (eds.), *War in Peace*…, pp. 201-202.

Por su parte, en Francia hubo un crecimiento del prestigio del ejército por su victoria en la guerra y la ocupación de Renania y del Ruhr en 1923. Sin embargo, los políticos franceses estaban preocupados por la posibilidad de que los conflictos que proliferaban en los países vencidos en la guerra se extendieran por Francia. Dicho esto, los miembros de las milicias y de las guardias cívicas que intervinieron en las huelgas tenían la misión de preservar el orden público realizando funciones como, por ejemplo, garantizar el funcionamiento del transporte y de las líneas de telégrafos, o distribuir suministros esenciales en tiendas y depósitos. En definitiva, esta cultura de la victoria jugó un rol fundamental en la movilización de los voluntarios, quienes consideraban que la experiencia de guerra se convirtió en un hecho importante para una visión de la causa nacional en términos de defensa de la victoria.[157]

A diferencia de las naciones en las que se originó la cultura de la derrota, la incidencia de los grupos paramilitares en la vida nacional estaba muy limitada en los países vencedores a causa de la falta de una revolución nacional en el momento más álgido de las tensiones sociales de la posguerra; de la imposibilidad de las organizaciones paramilitares para socavar o desafiar el monopolio de la fuerza en un Estado victorioso que tenía una gran fuerza militar y policial; del confinamiento de las posiciones extremistas en los márgenes de la política; de la solidez de la cultura política democrática; y de las limitadas tensiones étnicas y fronterizas -a excepción de la guerra de independencia de Irlanda. Así pues, los límites del paramilitarismo británico y francés nos deben hacer desconfiar de la afirmación según la cual, la experiencia de guerra implicó necesariamente la brutalización de la política en las sociedades de posguerra.[158]

Aunque la mayoría de estos grupos se organizaron tras el final de la primera guerra mundial, nos encontramos también con guardias cívicas anteriores a la misma, como la *Frivillige Skyddsvaren*, que fue creada en Suecia en 1909 para garantizar los servicios necesarios para el bienestar y la seguridad comunitaria durante las huelgas. También, el Somatén en España, que tiene su origen en la época medieval y pervivió hasta el siglo XX. Por su parte, las milicias en los Balcanes se fundaron a inicios del siglo XX, ya que, a diferencia del centro y este de Europa, la primera guerra mundial no creó las condiciones de la violencia paramilitar en esta región, sino que, más bien, el paramilitarismo en forma de guerrillas presagió formas de violencia política que pasarían a ser dominantes en toda Europa central y oriental a partir de 1918.[159] Estas milicias eran el resultado de la larga tradición de bandas paramilitares que tenían objetivos

[157] HORNE, J., "Defending the Victory: Paramilitary Politics in France, 1918-1926. A Counter-example" en GERWARTH, R., HORNE, J. (eds.), *War in peace*…, pp. 221-225.
[158] PROST, A., "The Impact of the War…", pp. 209-217; e Ibid., pp. 231-232.
[159] GERWARTH, R. y HORNE, J.; "Vectors of Violence…", pp. 494-495.

políticos coherentes y disfrutaban del apoyo de las autoridades.[160] A ello hay que sumar la rivalidad entre los distintos grupos para conseguir sus objetivos políticos. Esta disputa estaba motivada por la relevancia del nacionalismo en la región, lo que originó rivalidades violentas entre los distintos estados y proyectos para construir la nación.[161]

La incidencia de este fenómeno paramilitar en Europa disminuyó a partir de 1923 porque, por una parte, el proceso revolucionario alcanzó su punto máximo con la derrota de la izquierda obrera en los conflictos que proliferaron en el continente y, por otra, las fronteras del este de Europa se consolidaron. Asimismo, la disminución de la incidencia paramilitar estaba relacionada con la cohesión del Estado y la solidez de las fuerzas del orden, lo que generó que se considerara que las milicias ya habían cumplido con su cometido en la lucha contra la revolución, en el mantenimiento del orden interno y en la protección de las fronteras. A causa de ello, las milicias fueron desarticuladas paulatinamente, o incorporadas al ejército regular.

Sin embargo, la cultura paramilitar pervivió más allá de 1923 en los grupos antidemocráticos y antiparlamentarios de este periodo, cobrando especial virulencia en la década de los años treinta. Partidos que organizaron sus propias secciones paramilitares fueron, por ejemplo, el NSDAP (*Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei*) en Alemania, FE en España, AF en Francia o la BUF en Inglaterra. Con estos grupos, la retórica violenta, la política uniformada y la lucha en la calle arraigaron bajo una quietud aparente para volver a las normas de la política pacífica.[162]

2.1. Milicias en la posguerra en Europa: 1919-1923

2.1.1. Guerra en la paz. Violencia paramilitar en Europa: 1919-1923

Con el final de la primera guerra mundial, muchos contemporáneos compartían la convicción de que el final del conflicto traería la estabilidad. En cambio, el desenlace de la guerra marcó el comienzo de una situación inestable caracterizada por un amplio arco de violencia que abarcó desde guerras civiles, internacionales o de independencia, hasta conflictos étnicos, invasiones, pogromos, revoluciones y contrarrevoluciones, extendiéndose desde Finlandia y los estados bálticos a través de Rusia, Polonia, Austria, Hungría y Alemania, hasta los Balcanes. Esta inestabilidad estaba motivada por los incesantes niveles de extrema violencia, principalmente, en los territorios de los antiguos imperios continentales desaparecidos con el final de la guerra, donde tuvieron lugar una

[160] NEWMAN, J.P., "The Origins, Attributes, and Legacies of Paramilitary Violence in the Balkans" en GERWARTH, R., HORNE, J. (eds.), *War in peace*…, pp. 147-148.
[161] Ibid., pp. 145.
[162] GERWARTH, R. y HORNE, J.; "Vectors of Violence…", pp. 507-509.

serie de conflictos interrelacionados, en los que la violencia era prácticamente incontrolable por el deseo de aniquilar al enemigo interno, ya fuera étnico o de clase.[163] Estas disputas causaron miles de muertos y cientos de miles de desplazados que tuvieron que huir de país en país.[164] Por lo tanto, en estos conflictos hubo una aceptación de la violencia y una disolución de las categorías de público y privado, de no combatiente y combatiente real o potencial, lo que comportó que los límites entre beligerantes y no beligerantes no estuvieran del todo claros a causa de la difuminación de la frontera entre el frente y la retaguardia que tuvo lugar entre 1914 y 1918 en virtud de las necesidades de la guerra total.[165]

Sin el impacto de la guerra, los discursos y las culturas de la violencia gestados por los sectores minoritarios durante las décadas anteriores nunca habrían tenido influencia en los grupos paramilitares que se organizaron en la posguerra. Esto se debió a que, con la contienda se rompió con la visión de un mundo pacífico mediante un redescubrimiento de la esencia bélica, lo que hizo que la rivalidad del conflicto se trasladara a la esfera pública, donde la violencia y la retórica militar eran los rasgos definitorios de la continuidad del conflicto en la sociedad de posguerra.[166] En este contexto, la nación adquirió una gran importancia como instrumento para legitimar, reabsorber y neutralizar la violencia. Es más, el Estado se encargó de exacerbar la violencia y de generalizarla a los distintos grupos e individuos que optaron por asumirla para continuar la lucha, preservar la nación y restaurar su prestigio.[167] En los países vencidos, ya sea en la realidad o en su percepción, se proporcionó un modelo militar de acción colectiva popular en el que excombatientes, activistas y grupos políticos abrazaron el paramilitarismo y se organizaron en milicias para enfrentarse al enemigo interno en la calle, participar en intentos de golpe de estado y acabar con la vida de revolucionarios. Así pues, la violencia que emplearon los miembros de los distintos grupos paramilitares actuó como arma de autodefensa políticamente necesaria para preservar la existencia de la nación y *restaurar* su prestigio.

Estas unidades milicianas se organizaron en un contexto de guerra civil larvada en el que se exhumaron y se reactivaron pulsiones antiguas que se combinaron con las frustraciones y expectativas del presente, lo que llevó a una regresión de las normas de

---

[163] GERWARTH, R., *Los vencidos*…, p. 36.
[164] CASANOVA, J., "Europa en guerra…", p. 108.
[165] RODRIGO, J., "Continente cementerio. Fascismo, heterofobia y violencia en Europa, 1914-1945", *Ayer*, n.º 74 (2009), p. 248.
[166] MOSSE, G. L., *Soldados caídos*…, pp. 228-229; y DEL REY, F., "La Gran Guerra y la pasión revolucionaria" en Íd. y ÁLVAREZ TARDÍO, M. (eds.), *Políticas del odio*…, pp. 40-42 y 53-56.
[167] GERWARTH, R. y HORNE, J., "Paramilitarism in Europe after the Great War: An Introduction" en GERWARTH, R. y HORNE, J. (eds.), *War in peace*…, pp. 3-4.

la civilización en las que se consideraba que el adversario debía morir, ser humillado y exhibido como trofeo de guerra. Con esta violencia se muestra aquello de lo que son capaces los hombres en situaciones extremas, destacando los abismos de crueldad y su capacidad para hacer el mal.[168] Como puede verse, las atrocidades que cometieron los milicianos no podían entenderse sin la Gran Guerra, lo que indica que, en estos años, las conductas brutales y las técnicas que se asociaban con los conflictos modernos tenían su origen en la misma primera guerra mundial.

La violencia no solo actuaba como un valor positivo en sí mismo, sino, también, como una expresión moralmente justificada de virilidad juvenil que distinguía a los activistas de la mayoría indiferente de la sociedad que no quería o tenía miedo de movilizarse después de la derrota para hacer frente a la revolución.[169] Además, era un fenómeno social que estuvo acompañado por una pérdida de las normas, lo que facilitó que los milicianos cometieran actos criminales en un contexto caracterizado por un menosprecio de los códigos de conducta y de las convenciones sociales. Esto implicó una transformación de los valores morales, lo que hizo, que los milicianos, supuestamente sin intereses personales, cometieran crímenes que los convirtieron en meros delincuentes armados atraídos por la posibilidad de conseguir beneficios personales.[170] Así sucedió, por ejemplo, en algunas zonas rurales de España como Albacete, donde los somatenistas multaron a los campesinos por cruzar caminos y carreteras, y robaron a los viajeros y a los lugareños;[171] o en Hungría, donde los milicianos requisaron equipamiento militar para sus propios fines y entraron en casas para confiscar objetos de valor y bienes personales.[172] Como consecuencia de estas acciones, se generó una visión popular en la que los milicianos eran identificados como unos malhechores que violaban su código de honor y actuaban como simples delincuentes.

La violencia paramilitar se puede definir como una desconfianza y un estado de ánimo en el que los milicianos cruzaron los límites de una conducta moral aceptable y de un comportamiento admisible, lo que comportó que se minara la esencia del servicio y afectara a la disciplina y a la moral del miliciano como sucedió, por ejemplo, en la guerra de independencia de Irlanda (1919-1921) a raíz de los ataques perpetrados por

[168] TRAVERSO, E., *A sangre y fuego. De la guerra civil europea, 1914-1945*, Universitat de València, Valencia, 2009, p. 79.
[169] GERWARTH, R., "The Central European Counter-Revolution…", p. 196.
[170] BODÓ, B., "Militia Violence and State Power in Hungary, 1919-1922", *Hungarian Studies Review*, vol. 33, n.º 1-2 (2006), pp. 124-130.
[171] QUIROGA, A., *Miguel Primo de Rivera. Dictadura, populismo y nación*, Crítica, Barcelona, 2022, p. 151.
[172] BODÓ, B., "Militia Violence and State Power in Hungary…", p. 126.

el *Irish Republican Army* (IRA).[173] Como consecuencia de ello, desapareció la distinción entre combatientes y no combatientes, lo que generó un temor y una inquietud constante entre los milicianos, quienes veían a la población como un potencial enemigo y estimaban que podían ser víctimas del terrorismo del IRA en cualquier momento. Ello los llevó a considerar que no estaban preparados para enfrentarse a las guerrillas, puesto que fueron instruidos para combatir en una guerra de trincheras, y no en un conflicto irregular caracterizado por la falta de frentes de combate nítidos.[174] Ante esta situación, los milicianos no sabían cómo responder a los ataques del IRA, [175] lo que los incitó a cometer atrocidades y saquear propiedades movidos por un sentimiento de venganza generado por la frustración y la impotencia.

La violencia paramilitar jugó un rol principal en el mantenimiento de la cohesión y de la camaradería,[176] actuó como refugio frente a un mundo exterior considerado hostil y permitió la más notable expresión de masculinidad de los milicianos. Aunque algunos de los nuevos reclutas no estaban dispuestos a cometer actos violentos, la mayoría de ellos debió acostumbrarse al empleo de la violencia. Así pues, cuando se enrolaron en una unidad paramilitar, estos hombres entraron en un ambiente caracterizado por la presión de grupo, en el que sus miembros eran forzados a cometer todo tipo de acciones violentas para reforzar su cohesión y su solidaridad. Ello hizo que, en poco tiempo, los nuevos reclutas que inicialmente podían tener recelos a emplear la violencia se volvieran adictos a ella y tomaran la iniciativa en acciones de ese tipo.[177]

Entre los combatientes se generó una *comunidad de violencia* en la que los nuevos reclutas cambiaron su comportamiento para pasar a considerar el "matar" como una forma de vida y una operación mecánica que tomó el carácter de una existencia colectiva, anónima y trivial.[178] A ello hay que sumarle la desnacionalización y la deshumanización del enemigo por medio de la propaganda y de los discursos que tenían como objetivo dotar de sentido a la muerte y al acto de matar, facilitar y legitimar cualquier acción violenta contra el adversario, crear un círculo vicioso que motivara a los milicianos a cometer atrocidades, y hacer más *aceptable* el asesinato del oponente.

La violencia tuvo un impacto político y simbólico porque actuaba como fundadora de un nuevo orden y como recurso movilizador para despertar a la sociedad de su

[173] DOLAN, A., "The British Culture of Paramilitary Violence in the Irish War of Independence" en GERWARTH, R. y HORNE, J. (eds.), *War in Peace*…, p. 207.
[174] Ibid., pp. 206.
[175] Ibid., p. 209.
[176] GONZÁLEZ CALLEJA, E., "Los jóvenes generacionales contemporáneos…", https://journals.openedition.org/mcv/1195?gathStatIcon=true&lang=pt [Última consulta: 5 de agosto de 2020]
[177] BODÓ, B., "Paramilitary Violence in Hungary…", pp. 146-149.
[178] TRAVERSO, E., *A sangre y fuego*…, p. 143; y BODÓ, B., *The White Terror*…, pp. 269-270.

letargo.[179] Los milicianos estaban convencidos de que sus actos estaban legítimos porque defendían la nación amenazada por el adversario connacional, quien era visto como una amenaza para la patria por personificar todos los valores contra los que se luchaba. Eso tuvo lugar, especialmente, en el centro y este de Europa, donde se percibía que la eliminación del oponente era una precondición necesaria para el renacimiento de la nación que se encontraba amenazada por los revolucionarios, los socialistas, los campesinos y las minorías étnicas.

La amenaza revolucionaria no era una novedad del siglo XX, sino que ya había estado vigente durante la centuria anterior con los ecos de la Revolución Francesa y los subsiguientes episodios revolucionarios que se dieron en todo el continente, en los que los contrarios a la revolución y los partidarios del absolutismo organizaron sus propias unidades milicianas. A diferencia de la centuria anterior, el temor a la revolución era tan fuerte porque, con el triunfo de los bolcheviques, todo un Estado -la Rusia soviética- encarnaba la posibilidad real del triunfo de aquella.[180] Cabe destacar, también, que el éxito de los bolcheviques estaba acompañado por una expansión del comunismo por Europa y la aparición de partidos de ese signo, así como por la radicalización de la izquierda obrera. Como consecuencia de ello, las elites percibían que los revolucionarios pretendían poner fin a su estatus y a su posición dominante dentro de la sociedad mediante un derrumbamiento del orden político y social vigente, y sustituirlo por un régimen caótico y anárquico. Así pues, con la victoria de los comunistas en Rusia se abrieron las puertas a un nuevo radicalismo político que generó el estupor de las élites y de los sectores derechistas, quienes adoptaron una actitud defensiva y asumieron que los recursos coercitivos del tradicional sistema liberal no los protegían ante la ola subversiva comunista.[181]

Este temor se vio incrementado por el testimonio de miles de exiliados rusos que difundieron y, muchas veces, exageraron los crímenes perpetrados por los bolcheviques; y por los intentos de revolución comunista que proliferaron en Europa durante los primeros años de la posguerra. Este miedo al bolchevismo facilitó la movilización de los conservadores y las respuestas violentas contra la supuesta amenaza revolucionaria proveniente de la izquierda.[182] No obstante, esta percepción de

[179] CRUZ, R., "Pensar la violencia en perspectiva histórica" en MUÑOZ, J, LEDESMA J.L. y RODRIGO, J. (eds.), *Culturas y políticas de la violencia*…, pp. 23-25; y GERWARTH, R., "Fighting the Red Beast: Counter-Revolutionary Violence in the Defeated States of Central Europe" en Íd., y HORNE, J. (eds.), *War in peace*…, pp. 64-65.
[180] GERWARTH, R. y HORNE, J., "Bolshevism as Fantasy: Fear of Revolution and Counter-Revolutionary Violence, 1917-1923" en GERWARTH, R. y HORNE, J. (eds.), *War in peace*…, pp. 40-43.
[181] GONZÁLEZ CALLEJA, E., *En nombre de la autoridad*…, p. 21.
[182] GERWARTH, R. y HORNE, J., "Bolshevism as Fantasy: Fear of Revolution and Counter-Revolutionary Violence, 1917-1923" en Íd. y HORNE, J. (eds.), *War in peace*…, pp. 42-43; Íd., "The continuum of violence"

peligro también facilitó la movilización de sectores muy diversos de la población, desde militares, miembros de la nobleza y de la alta burguesía industrial y financiera, terratenientes, pequeños y medianos comerciantes, funcionarios, profesionales liberales y estudiantes de clase media y alta, hasta obreros *no revolucionarios*.[183] La unión de estos sectores tan dispares culminó con la aparición de un movimiento contrarrevolucionario que organizó sus propias milicias, como los *Freikorps* en Alemania o el batallón liderado por el comandante Pál Prónay en Hungría, y guardias cívicas, como la *Einwohnerwehr* y la *Technische Nothilfe* en Alemania, el *Sempre Pronti per la Patria e per el Re* en Italia o la *Stowarszyszeine Sanopomay Spotecray* (SSS) en Polonia, en un contexto caracterizado por un vacío de poder causado por la degradación del Estado de preguerra y la ineficacia de las fuerzas del orden que se encontraban desorganizadas y en minoría frente a los revolucionarios. Para compensar esta falta de efectivos, las distintas unidades milicianas y guardias cívicas se expandieron y ocuparon el vacío dejado por las formaciones militares y policiales convencionales.

Así pues, los miembros de las guardias cívicas y de las milicias de los países vencidos en la guerra, y en aquellos donde existía un sentimiento de derrota, cooperaron con el ejército en campañas violentas contra la izquierda obrera como sucedió, por ejemplo, en Italia, donde los *Fasci di Combattimento* se enfrentaron a los socialistas, desmantelaron sus lugares de reunión e irrumpieron en los consejos municipales controlados por el *Partito Socialista Italiano* (PSI). Algunas acciones que tuvieron una mayor repercusión fueron, por ejemplo, el asalto de las oficinas de periódicos socialistas, como *Avanti* en Milán en abril de 1919; o la irrupción en edificios del gobierno local de Bolonia, y el tiroteo con las milicias socialistas tras haber disparado contra la multitud que celebraba la elección de un alcalde del PSI en la plaza mayor el 21 de noviembre de 1920. Asimismo, en las zonas rurales, los fascistas perpetraron actos violentos contra las organizaciones políticas y sindicales, en particular, afiliadas al PSI; destruyendo sus locales, ocupando pueblos enteros y apaleando y humillando a sus afiliados, contando, en muchas ocasiones, con el apoyo de la policía.[184]

Los milicianos y los miembros de las guardias cívicas de los países vencidos también colaboraron con las fuerzas armadas para acabar con la amenaza revolucionaria. Así sucedió, por ejemplo, en Alemania, donde los *Freikorps* combatieron contra el bolchevismo en la revolución espartaquista de enero de 1919 en Berlín,

---

en WINTER, J. (ed.), *The Cambridge History of The First World War*, Cambridge University Press, Cambridge, vol. II, 2014, p. 662; e Íd., *Los vencidos*…, p. 126.

[183] GONZÁLEZ CALLEJA, E., *En nombre de la autoridad*…, p. 18.

[184] GERWARTH, R.; *Los vencidos*…, p. 194; y SEVILLANO CALERO, F., *La Europa de entreguerras*…, p. 173.

llegando a causar unos 5.000 muertos, entre ellos, los dirigentes de la Liga Espartaco Rosa Luxemburg y Karl Liebcknecht, que fueron asesinados tras ser detenidos. También intervinieron en la lucha contra la República Soviética de Baviera en 1919, ocasionando más de 600 muertos -muchos de ellos eran civiles que no tuvieron ninguna relación con la *Bayerische Räterepublik*- cuando entraron en Múnich. Tras el control de la capital bávara, los miembros de los *Freikorps* torturaron a numerosos partidarios del Consejo de Baviera y participaron en ejecuciones sumarísimas de presos en las afueras de la ciudad. Igualmente, se enfrentaron a los revolucionarios en Magdeburgo y Dresde el 14 de abril de 1919, en Brunswick el 18 de abril del mismo año y en Leipzig a mediados de mayo de 1919.[185]

Los *Freikorps* también se enfrentaron a los bolcheviques en el Báltico en marzo de 1919. Esta empresa se caracterizó por una violencia brutal contra los comunistas y aquellos que parecían sospechosos de serlo. Como recordó el futuro comandante de Auschwitz, Rudolf Höss, en la campaña del Báltico no existía un frente en el sentido estricto de la palabra porque el enemigo se encontraba por todos lados, lo que comportó que la población pasara a ser un objetivo militar más al considerar que los civiles eran sospechosos de simpatizar con los bolcheviques.[186] Ello hizo que los *Freikorps* perpetraran acciones violentas sin distinguir entre comunistas y ciudadanos que no tenían ninguna relación con los revolucionarios. Ello se tradujo en una elevada cifra de muertes como sucedió, por ejemplo, en Mitau (Jelgava), donde los *Freikorps* asesinaron a unos 500 civiles; en Tukkum, donde los milicianos mataron a 200 personas; o en Dünamunde, donde los *Freikorps* acabaron con la vida de 150 individuos.[187] En total, se calcula que los *Freikorps* eliminaron a unas 3.000 personas en la región por el simple hecho de haber sido sospechosas de colaboracionismo o de haber simpatizado con los comunistas.[188]

O en Hungría, donde varios grupos paramilitares, como el batallón Prónay, intervinieron en la lucha contra el régimen comunista de Béla Kun junto con el ejército rumano -enviado por la Entente- a finales de julio de 1919. Tras su triunfo, los integrantes de las distintas unidades milicianas contrarrevolucionarias participaron en la represión orquestada por el almirante Miklós Horthy contra los partidarios de Kun, y contra aquellos que parecían ser sus colaboradores. Esta represión adquirió diferentes formas que iban desde secuestros y asesinatos secretos, hasta ejecuciones públicas. Se

[185] GERWARTH, R.; *Los vencidos*…, pp. 161-162; y SEVILLANO CALERO, F., *La Europa de entreguerras*…, p. 150.
[186] HÖSS, R., *Yo, comandante de Auschwitz*, Arzalia Ediciones, Madrid, 2022, p. 36.
[187] WAITE, R. G. L., *Vanguard of Nazism*…, p. 118; JONES, N., *Hitler's Heralds*…, p. 136; y GERWARTH, R., *Los vencidos*…, p. 98
[188] GERWARTH, R., *Los vencidos*…, pp. 100-101.

calcula que, en total, unas 3.000 personas fueron asesinadas, y entre 50.000 y 70.000 fueron denunciadas y recluidas en cárceles o en campos de concentración entre 1919 y 1921.[189] Igualmente, los milicianos persiguieron a colectivos que no tuvieron nada que ver con el gobierno de Kun, como fue el caso de los judíos,[190] lo que pone de manifiesto que esta violencia paramilitar tenía un fuerte componente antisemita. Entre 1919 y 1920, los miembros de los distintos grupos paramilitares húngaros organizaron más de 60 pogromos, en los que los judíos fueron acosados en la calle, en mercados y en aulas, y, también, fueron secuestrados, torturados y asesinados.[191] Los milicianos perpetraron estos ataques porque veían a los judíos como los principales responsables de la revolución. Esta creencia estaba motivada por el origen judío de muchos de los líderes revolucionarios europeos como Rosa Luxemburg, Kurt Eisner o Béla Kun.

Como puede apreciarse, la intervención de los milicianos se caracterizaba por un uso despiadado de la fuerza bruta contra sus enemigos. Esta violencia no era puramente instrumental, sino que se cargó de una fuerte dimensión simbólica, se retroalimentó y tomó una dinámica propia hasta convertirse en su propio fin.[192] Los miembros de estos grupos realizaron una campaña de destrucción sistemática del enemigo que sembró el terror por medio de su persecución, de su humillación y de su asesinato, dando lugar, en muchos casos, a distinciones borrosas entre los objetivos que debían ser *castigados* por su participación en los hechos revolucionarios y los individuos que no tomaron parte en los mismos. Ello pone de manifiesto una transferencia de la brutalidad de las prácticas de la guerra a los conflictos que proliferaron en Europa durante la posguerra, en los que la actuación de los milicianos se caracterizaba por el uso de armas pesadas y de tácticas de asalto que fueron empleadas, por primera vez, durante la primera guerra mundial.[193] Por lo tanto, la intervención de estos grupos en los conflictos de posguerra estaba determinada por una extrema dureza y la realización de atrocidades en las que, centenares de revolucionarios, así como de individuos que no tuvieron nada que ver con la revolución, fueron asesinados como consecuencia de las operaciones de combate o por la represión posterior.

---

[189] BODÓ, B., "Hungarian Aristocracy and the White Terror", *Journal Contemporary History*, vol. 45, n.º 4 (2010), p. 704; Íd., *The White Terror*…, pp. 68-69; y RODRIGO, J. y ALEGRE, D., *Comunidades rotas*…, p. 161.

[190] BODÓ, B., *The White Terror*…, p. 2. La violencia antisemita en Hungría estaba conectada con la historia antisemita del este de Europa y las olas de pogromos en el imperio ruso y Rumanía a finales del siglo XIX e inicios del XX.

[191] BODÓ, B., "Hungarian Aristocracy and the White Terror…", p. 704; e Ibid., pp. 68-69.

[192] TRAVERSO, E., *A sangre y fuego*…, p. 78.

[193] SEVILLANO CALERO, F., *La Europa de entreguerras*…, p. 131.

Las experiencias comunes de la guerra, el *shock* de la derrota, las ambiciones imperiales no cumplidas, la revolución, la amputación territorial y el rechazo de la democracia generaron una zona transnacional de violencia paramilitar en el centro y este de Europa, y, a su vez, proporcionaron redes de colaboración entre los diferentes grupos milicianos contrarrevolucionarios de distinta nacionalidad para combatir en una cruzada europea contra el bolchevismo, apoyarse mutuamente con armas y logística, y provocar la caída de los regímenes democráticos nacidos en la posguerra. Los primeros contactos entre los distintos grupos contrarrevolucionarios tuvieron lugar entre 1914 y 1918. Así pues, la primera guerra mundial sirvió como experiencia transnacional que proveyó de un espacio importante para establecer contactos multinacionales y transferencias culturales entre los futuros líderes contrarrevolucionarios, intensificar las relaciones entre los aliados en la guerra, establecer un frente común contrarrevolucionario y crear unas redes que sobrevivirían al colapso de los imperios del centro y este de Europa.[194]

Las fronteras de los antiguos imperios no fueron un obstáculo para coordinar las acciones y los planes de los miembros de estos grupos gracias al apoyo de algunos guardias fronterizos. A su vez, estas redes proporcionaron seguridad y refugio a los activistas contrarrevolucionarios, estableciendo Viena como principal centro de refugiados. Así pues, entre los acogidos en la capital austríaca, estaban, por ejemplo, el coorganizador del fallido golpe de Kapp, Hermann Ehrhardt; el asesino de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, Waldemar Pabst; o numerosos exiliados húngaros que, como Gyula Gömbös, Anton Lehar o Istvan Bethlen, huyeron del régimen comunista de Béla Kun.[195] Igualmente, tras el establecimiento del régimen del almirante Horthy, Hungría proporcionó un refugio seguro para ultranacionalistas radicales alemanes como, por ejemplo, el activista Franz von Stephani, responsable del asesinato de ocho emisarios trabajadores durante el levantamiento espartaquista; o los hombres pertenecientes al *Freikorps* liderado por el capitán Erhardt que, como Heinrich Tillessen, acabaron con la vida del escritor y político Matthias Erzberger el 26 de agosto de 1921.[196]

Por su parte, entre las élites de los países vencedores también existió un temor originado por la revolución y la radicalización de la izquierda obrera. Como en los casos anteriormente analizados, también proliferaron insurrecciones en Francia, donde los

[194] GERWARTH, R., "The Central European Counter-Revolution…", pp. 176-178; Íd. y HORNE, J., "Vectors of Violence…", p. 499; e Íd. y HORNE, J., "Paramilitarism in Europe after the Great War: An Introduction" en Íd., HORNE, J. (eds.), *War in peace*…, p.10.
[195] GERWARTH, R., "The Central European Counter-Revolution…", p. 183; e Íd. y HORNE, J., "Vectors of Violence…", p. 499.
[196] GERWARTH, R., "The Central European Counter-Revolution…", pp. 183-184; y BODÓ, B., *The White Terror*…, pp. 71-72.

conatos revolucionarios fueron reprimidos por las fuerzas del orden con el apoyo de los grupos paramilitares y de las guardias cívicas. Estos no solo intervinieron como fuerzas auxiliares de la policía para defender el orden político y económico existente ante la amenaza comunista, sino que, también, murieron en los disturbios callejeros combatiendo contra el socialismo revolucionario. Entre estos grupos, los miembros de la *Unión Cívique*, por ejemplo, tenían la misión de ocupar los puestos de trabajo abandonados por los huelguistas para combatir el *abandono del orden público*, como sucedió durante la huelga ferroviaria de febrero de 1920. También cabe destacar la presencia de milicias que, como las *Jeunesses Patriotes* (JP) -fundadas en diciembre de 1924 como reacción a la victoria electoral de las izquierdas-, protagonizaron enfrentamientos violentos con los comunistas. Por su parte, en Inglaterra, la *Organization for the Maintenance of Supplies* se centró en el restablecimiento de los servicios y las industrias de interés nacional en caso de huelga.

Ahora bien, con la desaparición de los antiguos imperios dinásticos, surgieron nuevas *fronteras sangrantes* en el este de Europa, donde las relaciones entre los vecinos de estas tierras se envenenaron, dando lugar a *zonas destrozadas* y a grandes extensiones de territorio en los que los nuevos límites establecidos con los tratados de paz no respetaron los derechos históricos de los pueblos vencidos en la guerra.[197] La desaparición de la autoridad imperial supuso una pérdida de las formas preexistentes de legalidad y un vacío de poder, lo que generó espacios sin orden ni una autoridad clara. Esta vacante fue ocupada rápidamente por unos grupos paramilitares que se veían a sí mismos como una fuerza paraestatal que tenía la misión de proteger las fronteras y la integridad del nuevo país. La eliminación de los enemigos extranjeros y connacionales era una necesidad para forjar la revolución nacional y mantener la integridad de las nuevas fronteras.[198] Así, por ejemplo, el *Sauliai*, el *Aizsargi* y el *Kaitseliit*, creados entre 1918 y 1919 en Lituania, Letonia y Estonia respectivamente, colaboraron en el mantenimiento del orden y en la defensa de su territorio combatiendo contra amenazas exteriores, como la invasión del Ejército Rojo entre finales de 1918 e inicios de 1919. Hay que sumar, entre otros, la intervención de la Organización de Nacionalistas Yugoslavos y la Juventud Nacionalista Serbia como fuerzas auxiliares del ejército yugoslavo en la protección y consolidación del Estado. Por su parte, en el centro de Europa, los *Freikorps* protegieron sus propias fronteras orientales ante los ataques del *Polska Organizacja Wajskowa* (POW) en la Alta Silesia en diciembre de 1918.[199]

[197] EICHENBERG, J. y NEWMAN, J.P., "Violence in Dissolving Empires…", p. 191.
[198] Ibid., p. 190; y BALKELIS, T., "Turning Citizens into Soldiers: Baltic Paramilitary Movements after the Great War" en GERWARTH, R., HORNE, J. (eds.), *War in peace*…, p. 126.
[199] WAITE, R. G. L., *Vanguard of Nazism*…, pp. 240-242; y JONES, N., *Hitler's Heralds*…, pp. 236-237.

Algunos de los conflictos que tuvieron lugar en el este de Europa también estaban acompañados por un aumento de actos violentos bajo un velo de batalla por la independencia.[200] Este fue el caso de la violencia que se dio en la guerra de independencia de Polonia (14 de febrero de 1919-18 de marzo de 1921), donde las nuevas fronteras polacas se encontraban en territorios que formaron parte de los imperios europeos desaparecidos después de la primera guerra mundial. La unificación de estas regiones llevó a una mezcla de poblaciones de distinta etnia, lo que generó una violencia no solo entre grupos étnicos y nacionales, sino también, contra minorías religiosas. Así, los milicianos polacos combatieron para imponerse a los distintos grupos étnicos y nacionales, defender su país ante los posibles ataques de sus vecinos y, a ser posible, expandir sus límites. Así sucedió, también, durante la primera guerra de los Balcanes (8 de octubre de 1912-30 de mayo de 1913), en la que Grecia, Montenegro, Serbia y Bulgaria organizaron sus propios grupos armados para colaborar con las fuerzas militares en la expulsión de los otomanos de los Balcanes.[201]

Por otra parte, los milicianos también intentaron anexionarse regiones sin tener la aprobación de las autoridades. Así sucedió, por ejemplo, con el poeta italiano Gabriele D'Annunzio, quien inició una marcha hacia la ciudad de Fiume (ahora Rijeka, en Croacia) desde la localidad italiana de Ronchi dei Legionari el 11 de septiembre de 1919 con menos de 200 soldados -siendo la mayoría de ellos antiguos miembros de las tropas de choque, los *arditi*. En seguida se le sumaron más hasta llegar a los 2.000 hombres cuando llegó a las afueras de Fiume. La guarnición multinacional de los ejércitos aliados que custodiaba la ciudad, formada mayoritariamente por soldados italianos, entregó el poder a D'Annunzio sin disparar un solo tiro. Aunque el gobierno de Roma siempre rehuyó una ofensiva militar directa, intentó poner fin al poder de D'Annunzio por medio de un bloqueo naval contra la ciudad-Estado de Fiume. No fue hasta diciembre de 1920, poco después de la firma del tratado de Rapallo, que Roma decidió actuar. Ello hizo que, en el día de Nochebuena, las fuerzas italianas realizaran un bombardeo naval sobre Fiume que obligó a D'Annunzio y a sus seguidores a retirarse de la ciudad.[202] También fue el caso de numerosos miembros de los *Freikorps* destinados en el Báltico. Estos, desoyendo las órdenes del gobierno de la República, no regresaron a Alemania tras la derrota y expulsión del Ejército Rojo a inicios de 1921 porque veían el Báltico como una zona de expansión. Finalmente, los *Freikorps* fueron vencidos por los nacionalistas

[200] EICHENBERG, J., "The Dark Side of Independence…", p. 248; e Íd., "Soldiers to Civilians, Civilians to Soldiers: Poland and Ireland after the First World War" en GERWARTH, R. y HORNE, J. (eds.), *War in Peace*…, p. 199.
[201] NEWMAN, J.P., "The Origins, Attributes, and Legacies of Paramilitary Violence in the Balkans" en GERWARTH, R., HORNE, J. (eds.), *War in peace*…, p. 145.
[202] GERWARTH, R., *Los vencidos*…, pp. 261-262.

bálticos a inicios de 1921, y sus supervivientes repatriados. De este modo, se puso fin a su sueño de crear a orillas del mar Báltico un gran Estado colonizado por alemanes.[203]

Como se ha visto en este apartado, las distintas unidades paramilitares de los siglos XIX y XX actuaron como fuerzas auxiliares del ejército para mantener el orden en ciudades y pueblos en caso de guerra o huelga, combatir contra la revolución y proteger las nuevas fronteras establecidas después del final de la primera guerra mundial ante la amenaza de sus vecinos, o anexionarse nuevos territorios con el objetivo de satisfacer las ambiciones imperiales no cumplidas. Asimismo, los milicianos del siglo XX se encargaron de la represión de los revolucionarios y perpetraron actos violentos contra el enemigo y sus colaboradores, y, en ocasiones, contra colectivos que no participaron en los hechos revolucionarios motivados por el deseo de acabar con el enemigo interno, ya fuera étnico o de clase.

2.1.2. Los milicianos: ciudadanos en armas, veteranos de guerra y jóvenes idealistas

En el momento en el que fue concebida la milicia, esta tenía un carácter civil. Según el texto francés de 1791, tenían que ser los propios ciudadanos en armas los que debían encargarse de la defensa del Estado liberal.[204] Estas unidades estaban integradas por *vecinos honrados* menores de 50 años -establecida como edad límite para servir en la milicia. En el caso español, el alistamiento en la Milicia Nacional también tenía un carácter voluntario. A pesar de su naturaleza voluntaria, la milicia poseía un carácter selectivo y elitista, puesto que eran los propios ciudadanos quienes debían costearse el uniforme, lo que excluyó a los más pobres por no disponer del dinero suficiente para ello. En cambio, en momentos de crisis política, se consideraba que el alistamiento de los ciudadanos *honrados* con menos recursos económicos era indispensable,[205] lo que comportó que perdiera su carácter voluntario y elitista. Así pues, la milicia era un instrumento de la burguesía que tenía como finalidad la defensa del proceso revolucionario, en el que los *ciudadanos de orden* -propietarios, miembros de la burguesía liberal y miembros de las profesiones liberales, entre otros- eran el principal soporte contra la amenaza del absolutismo y del carlismo;[206] mientras que, para los partidarios del absolutismo, la milicia constituía una herramienta más en la lucha contra la revolución.

---

[203] GERWARTH, R. y HORNE, J., "Vectors of Violence…", pp. 492-493 y 503.
[204] BLANCO VALDÉS, R. L., *Rey, Cortes y fuerza armada en los orígenes de la España liberal, 1808-1823*, Siglo XXI, Madrid, 1988, pp. 189-190.
[205] PÉREZ GARZÓN, J.S., *Milicia Nacional y revolución burguesa*…, pp. 157-158.
[206] Ibid., p. 34; y CHUST, M., *Ciudadanos en armas. 1834-1840*, Alfons el Magnànim, Valencia, 1987, pp. 20-22.

En esta misma línea, en las guardias cívicas del siglo XX, como el Somatén en España, en un primer momento predominaban los elementos procedentes de las clases altas debido al requisito de pagarse el uniforme, aunque paulatinamente se incorporaron individuos de diferente origen. Con la presencia de obreros y trabajadores, el Somatén adquirió un componente interclasista, pues prestaban servicio desde el humilde mozo de almacén hasta el industrial, pasando por miembros de antiguas familias nobiliarias, exmilitares, *gente distinguida*, artistas, miembros de las letras y las ciencias, empleados e ingenieros. A ello hay que sumarle un componente intergeneracional, puesto que se alistaron desde hombres jóvenes y de mediana edad, hasta personas mayores. El principal requisito para ingresar en el Somatén era que el voluntario debía ser propietario o ejercer una profesión u oficio, ser residente en una localidad por más de un año, ser mayor de 23 años, tener la nacionalidad española y tener una *reconocida moralidad*. Durante la dictadura de Primo de Rivera, el reclutamiento en el Somatén fue mayor en el mundo rural por ser social y políticamente más conservador.[207] Por lo tanto, a diferencia del Somatén de antes de la dictadura, las autoridades pretendían encuadrar a todos aquellos hombres que, según los parámetros establecidos, se consideraba amantes del orden y de la propiedad, lo que comportó que hubiera una presencia mayoritaria de individuos pertenecientes a las clases altas y medias urbanas, y de pequeños propietarios católicos procedentes del mundo rural.

El espíritu que en 1914 llevó a miles de personas a presentarse voluntarios para combatir en la guerra encontró su continuación en 1918 entre aquellos que se alistaron en uno de los diferentes grupos paramilitares organizados en la posguerra. Así pues, la resurrección del espíritu de 1914 funcionó como un llamamiento a la aventura y a la virilidad.[208] Ello hizo que en estas milicias hubiera una presencia relevante de soldados desmovilizados que combatieron en la primera guerra mundial. Así, por ejemplo, de los 225.000 oficiales alemanes que regresaron en 1918, aproximadamente una cuarta parte (hasta la mitad en Baviera) terminaron en una unidad de los *Freikorps*.[209] Ello comportó un gran crecimiento de estos pelotones, como la brigada Maercker, que alcanzó los 4.000 hombres en navidad de 1918.[210] Igualmente, aparecieron nuevas unidades como los *Freikorps* de Exploradores Voluntarios liderado por el general von Roeder; la división comandada por el general Hoffmann; los *Freikorps* de la 17ª División de Infantería

[207] RUIZ LLANO, G., "El Somatén y la Unión Patriótica en Álava (1923-1930)", *Historia Contemporánea*, n.º 68 (2022), pp. 117-121 y 134.
[208] MOSSE, G.L., "Two Worlds Wars and the Myth of the War Experience", *Journal of Contemporary history*, nº 21 (1986), pp. 493-494.
[209] JONES, M., "Alemania 1918-1919: la revolución de la violencia", *Pasado y Memoria*, n.º 15 (2016), p. 60.
[210] JONES, N., *Hitler's Heralds*…, p. 65.

dirigida por el general Held; el destacamento de la 31ª División de Infantería capitaneada por el general von Wissel; o la 231 División de Infantería liderada por el general von Hulsen.[211] En total, entre 200.000 y 400.000 hombres formaron parte de los *Freikorps* desde 1918 hasta su oficial desarticulación a principios de verano de 1920.[212] En el caso húngaro, de los 6.568 voluntarios que siguieron a Horthy, 3.000 eran antiguos oficiales del ejército austrohúngaro, mientras que 800 hombres eran oficiales de la guardia de frontera.[213] Como sucedió con los *Freikorps*, algunos oficiales, como el capitán Kalman Racz a finales de 1919, crearon su propio grupo paramilitar.[214] Asimismo, el Comité Croata estaba integrado por exoficiales del ejército de los Habsburgo que, como su líder, el coronel Stipe Duic, veían la posguerra como el momento para hacer su propia contrarrevolución.[215]

Aunque la mayoría de los soldados desmovilizados eran trabajadores, artesanos y empleados que querían retornar a su vida pacífica, había una minoría de oficiales que no aceptaron la desmovilización y, furiosos con la derrota y los conflictos que proliferaron en sus países, decidieron alistarse en una unidad miliciana para continuar la lucha contra el *enemigo interno* en un contexto de crisis económica caracterizado por las dificultades de encontrar trabajo, el aumento de los precios y la escasez de alimentos y recursos. Ello hizo que numerosos veteranos se alistaran en un grupo paramilitar con la finalidad de ganar dinero suficiente para solucionar sus problemas económicos. Cabe destacar que las condiciones variaban en cada unidad miliciana, ya que, por ejemplo, un hipotético voluntario medio de los *Freikorps* podía recibir un salario base de entre 30 y 35 marcos, la garantía de una pensión, unos 200 gramos de carne y unos 75 gramos de mantequilla al día.[216] Por su parte, los veteranos que se alistaron en los *Freikorps* para combatir en el Báltico se enrolaron motivados por la promesa de que aquellos que cumplieran un servicio de, al menos, cuatro semanas, podrían instalarse en el campo como agricultores. En esta misma línea, numerosos voluntarios que se unieron al *Black and Tans* lo hicieron atraídos por el salario, porque no tenían trabajo o no encontraron ninguna ocupación que, según ellos, fuera proporcional a su rango en el ejército.

Asimismo, numerosos excombatientes eran incapaces de dejar la guerra atrás y aceptar la paz, lo que comportó que vivieran una pesadilla con su vuelta a casa.

---

[211] Ibid., p. 73.
[212] WAITE, R. G. L., *Vanguard of Nazism*…, p. 40.
[213] GERWARTH, R., "The Central European Counter-Revolution…", p. 186; e Íd., "Fighting the Red Beast: Counter-Revolutionary Violence in the Defeated States of Central Europe" en Íd., HORNE, J. (eds.), *War in peace*…, pp. 53-54.
[214] BODÓ, B., "Paramilitary Violence in Hungary…", p. 135; e Íd., "Militia Violence and State Power in Hungary…", p. 139.
[215] NEWMAN, J.P., "Post-imperial and Post-war Violence…", p. 263.
[216] WAITE, R. G. L., *Vanguard of Nazism*…, pp. 40-41.

Igualmente, cuando se incorporaron en la sociedad de posguerra, muchos veteranos se encontraron con un mundo completamente diferente al que conocían, y, además, vieron cómo fueron despojados de sus condecoraciones por *multitudes agitadas* o por soldados de rango inferior. Así lo recordó Hans Albin Rauter, quien, tras haber sido desmovilizado y regresar a la localidad austríaca de Graz, se lamentó diciendo que «así me recibió el *Heimat* [Patria]» después de haber sido detenido por haber protagonizado un enfrentamiento callejero con unos comunistas.[217] Estos voluntarios lo vieron como una experiencia particularmente humillante y como un insulto a su honor, lo que reforzó su idea de regresar a un *mundo al revés*, donde las normas, los valores, las jerarquías sociales, las instituciones y las autoridades, hasta ahora incuestionables, se volvieron repentinamente obsoletas.[218] Ello comportó que muchos excombatientes se inscribieran en un grupo paramilitar por ser considerados unos bastiones de camaradería con una jerarquía definida y un orden marcial, que proporcionaban una sensación de pertenencia a una comunidad en la que sus integrantes estaban unidos por un espíritu de rebeldía en un mundo que era percibido como hostil.

Aunque los combatientes experimentaron un sentimiento de haber sobrevivido a una experiencia traumática que los separó del resto de la sociedad y los marcó para siempre,[219] una parte de ellos vivieron la guerra como un proceso de regeneración personal y nacional, lo que hizo que consideraran que los años que estuvieron movilizados fueran los más felices de sus vidas, porque vieron que el conflicto proporcionó un propósito a su existencia y una vía de escape de la aburrida vida burguesa. Ahora bien, cuando recibieron la orden de desmovilización, numerosos excombatientes estimaban que su vida había perdido sentido hasta que vieron que tenían una nueva oportunidad de continuar la lucha gracias a la experiencia miliciana.[220] Por lo tanto, los grupos paramilitares simbolizaban la continuación de la fraternidad y de la camaradería combatiente, y del espíritu de trincheras durante la posguerra, lo que comportó que numerosos veteranos, como Rudolf Höss, se alistaran en un grupo paramilitar atraídos por el ambiente de camaradería y por la oportunidad de encontrar un refugio y un «hogar» cerca de sus camaradas.[221]

---

[217] GERWARTH, R., "The Central European Counter-Revolution…", p. 188.
[218] Robert Gerwarth usa la expresión "mundo al revés" para referirse a la concepción que tenían los soldados que combatieron en el frente una vez volvieron a sus casas después de finalizar la guerra. Ibid., pp. 175-209; y GERWARTH, R., "Fighting the Red Beast: Counter-Revolutionary Violence in the Defeated States of Central Europe" en Íd., HORNE, J. (eds.), *War in peace*…, pp. 52-71.
[219] SEVILLANO CALERO, F., *La Europa de entreguerras*…, pp. 129-130.
[220] MOSSE, G.L., "Two Worlds Wars and the Myth of the War Experience…", pp. 494-495; e Íd., *Soldados caídos*…, p. 34.
[221] HÖSS, R., *Yo, comandante de Auschwitz*…, p. 36.

Por su parte, algunos combatientes fueron rechazados por sus familiares, quienes consideraban que su larga ausencia y la consiguiente falta de ingresos no se justificaban con la derrota.[222] Este fue el caso del protagonista de un libro de Joseph Roth, Theodor Lohse. Como recoge Roth en su libro, su madre y sus hermanas estaban

> sin poder perdonarle a Theodor que no hubiera cumplido con su deber, como teniente con dos menciones en el Boletín del Ejército, de caer en la contienda. Un hijo muerto siempre hubiera sido el orgullo de la familia. Pero un teniente desmovilizado y víctima de la revolución no era más que un lastre para aquellas mujeres. Vivía Theodor con los suyos como un viejo abuelo, a quien se honraría si se hubiera muerto, pero se menospreciaba porque sigue vivo.[223]

Ante este rechazo por parte de su familia, hubo veteranos que, como el protagonista de la novela de Joseph Roth, abandonaron sus familias para alistarse en una milicia y poder, así, continuar la lucha contra los *enemigos de la patria*.

A ello hay que sumarle la creencia de que los combatientes de los países vencidos volvieron imbatidos del frente. Esta percepción estaba alimentada por las propias autoridades. Así, por ejemplo, durante el regreso del ejército a Berlín, el presidente de la República, Friedrich Ebert, se dirigió a sus soldados con las siguientes palabras: «Ningún enemigo os ha vencido. Solo cuando la superioridad del enemigo en número y recursos se volvió sofocante, abandonasteis la lucha»; o cuando el presidente del gobierno declaró en Baden el 16 de noviembre de 1918 ante los soldados que «no regresáis desertados ni vencidos. Habéis defendido nuestra patria contra un mundo de enemigos». Por su parte, los militares también se refirieron a esta invencibilidad del ejército alemán. De ello dan cuenta los discursos de militares, como el mariscal Paul von Hindenburg, quien, en otoño de 1919 declaró que «el ejército alemán fue apuñalado por la espalda».[224] Aparte de estas alocuciones, cabe destacar la aparición de eslóganes que, como el *Im Felde unbesiegt* (Invicto en el campo), actuaron como mecanismos psicológicos con el objeto de terminar con la idea de derrota, alimentar este sentimiento de invencibilidad y unir a la nación para continuar la guerra contra el enemigo interior, y restaurar el honor perdido.[225] Así pues, se puede apreciar que no había una conciencia de derrota, lo que implicó que el resultado de la guerra no se debía reconocer ni aceptar, sino que, más bien, era una injusticia que se debía corregir.

---

[222] GERWARTH, R., *Los vencidos*…, pp. 153-154.
[223] ROTH, J., *La tela de araña*, Epublibre, s.l., 1923, p. 5.
[224] SCHIVELBUSCH, W., *The Culture of Defeat*…, pp. 203 y 207.
[225] Ibid., pp. 26 y 203-205.

A pesar de que la mayoría de los líderes de los grupos paramilitares eran veteranos de guerra condecorados, no todas las milicias estaban comandadas por excombatientes distinguidos como sucedió, por ejemplo, con la unidad capitaneada por el coronel húngaro Anton Lehár. Los líderes milicianos cumplían una variedad de funciones: eran comandantes militares, compañeros de armas, sustitutos de padres, modelos a seguir, árbitros en los conflictos dentro de las propias unidades y los encargados de conseguir comida, ropa y armamento para satisfacer las necesidades materiales de sus subordinados. Estas eran actividades importantes para la disposición psicológica de sus hombres, porque resultaban imprescindibles para el mantenimiento de la fidelidad y de la moral. Como señaló Rudolf Höss, el líder personificaba la unidad y creaba un espíritu y un sentimiento de solidaridad que no se podía romper.[226] Además, este actuaba como el fundador de su propia unidad. Así sucedió, por ejemplo, con Pál Prónay, quien no procedía tanto como un líder, sino, más bien, como una figura paterna y referente ideológico capaz de articular los sentimientos del grupo.[227]

En estas milicias también había jóvenes de entre 20 y 30 años que, nacidos entre finales de los años ochenta e inicios de los noventa, alcanzaron la madurez durante los años turbulentos previos a la guerra o durante la misma. Para estos chicos que no pudieron combatir en el frente por ser demasiado jóvenes, enrolarse en un grupo paramilitar representaba un ritual de iniciación en el mundo adulto que les permitía emular la vida heroica de los soldados.[228] Así, por ejemplo, los voluntarios que intervinieron en la campaña del Báltico eran, fundamentalmente, jóvenes idealistas que se veían a sí mismos como los protectores de la cultura alemana. También había chicos que buscaban vivir una vida gloriosa y llena de aventuras para escapar de la cotidianeidad, de la monotonía y del aburrimiento de la vida burguesa, y huir de la *tiranía educativa* impuesta por sus padres como sucedió, por ejemplo, con muchos jóvenes británicos que se alistaron en el *Black and Tans*.

Estos jóvenes percibían que sus elementos principales de socialización se bloquearon o debilitaron durante la contienda. Además, contemplaban la desintegración de su núcleo familiar porque muchos de estos chicos debieron madurar rápidamente y asumir responsabilidades por haberse quedado huérfanos, o por la incapacidad de sus padres de trabajar como consecuencia de las heridas -físicas o mentales- sufridas en

[226] HÖSS, R., *Yo, comandante de Auschwitz*…, p. 37.
[227] BODÓ, B., "Paramilitary Violence in Hungary…", p. 136.
[228] GONZÁLEZ CALLEJA, E., "Los jóvenes generacionales contemporáneos…" https://journals.openedition.org/mcv/1195?gathStatIcon=true&lang=pt [Última consulta: 5 de agosto de 2020]

las trincheras.[229] Tras el final de la guerra, estos jóvenes vieron que la emancipación conseguida entre 1914 y 1918 no se correspondía con un mayor acceso al poder político en los regímenes de posguerra. A ello hay que añadirle que los jóvenes eran los más afectados por la crisis económica, lo que conllevó que muchas familias tuvieran que retirar a sus hijos de los centros de enseñanza porque los gobiernos recortaron los presupuestos para becas y otros proyectos. La crisis de posguerra les afectó más porque los hechos históricos que perjudicaban a toda la sociedad tenían especial repercusión en los más jóvenes.[230] Esta crisis llevó a la primera gran movilización juvenil, en la que los jóvenes consideraban que las fórmulas de los adultos habían fracasado, lo que comportó que, como los veteranos, percibieran que vivían en un mundo hostil por culpa de la democracia y el comunismo.

Los miembros de las distintas unidades paramilitares consideraban que los jóvenes eran los que más podían influir en el futuro de su país mediante un desarrollo de un nuevo tipo de acción colectiva.[231] Ello comportó que, como protagonistas del devenir de la patria, se vieran a sí mismos como guerreros que debían luchar para su rejuvenecimiento y como el núcleo de una nueva sociedad de guerreros que representaba los valores eternos de la nación. La disolución del orden previo a la guerra abrió el horizonte hacia un nuevo porvenir, en el que los jóvenes -como sujeto histórico y fuerza redentora que afirmaba su deseo de cambio, su necesidad de acción, su dinamismo y su rechazo a la tradición para revitalizar la sociedad- estaban llamados a construir un nuevo orden.[232] Al contemplar el fracaso de las fórmulas de los adultos, muchos chicos fueron seducidos por las vías autoritarias, lo que los llevó a unirse en grupos paramilitares, como los *Freikorps*, o, sobre todo, en organizaciones extremistas, como el NSDAP o Falange, para formar parte de una comunidad que les ofrecía la oportunidad de cumplir sus fantasías alimentadas por la lectura de novelas románticas y por la propaganda en tiempo de guerra.

Ello hizo que estos jóvenes estuvieran altamente motivados y dispuestos a todo en la lucha contra la revolución, desde sacrificar sus vidas para la supervivencia de la nación hasta cometer atrocidades contra el enemigo. Para compensar su inexperiencia en la batalla, estos chicos superaron en brutalidad y radicalismo a los mayores. Así sucedió, por ejemplo, con varios estudiantes de la fraternidad Marburg que dispararon a más de una docena de espartaquistas encarcelados en Turingia. O con un joven

[229] SOUTO KUSTRÍN, S., "El mundo ha llegado a ser consciente de su juventud como nunca antes: Juventud y movilización política en la Europa de entreguerras", *Melángenes de la Casa de Velázquez*, 34-1 (2004) https://journals.openedition.org/mcv/1190 [Última consulta: 14 de agosto de 2021]
[230] Ibid., https://journals.openedition.org/mcv/1190 [Última consulta: 14 de agosto de 2021]
[231] Ibid., https://journals.openedition.org/mcv/1190 [Última consulta: 14 de agosto de 2021]
[232] MOSSE, G. L., *Soldados caídos*…, p. 92; y TRAVERSO, E., *A sangre y fuego*…, p. 170.

estudiante que, durante la represión del levantamiento comunista en el Ruhr de 1920, informó a sus padres que «No se otorga ningún perdón. Disparamos incluso a los heridos. Nuestro batallón ha tenido dos muertos, los rojos doscientos o trescientos. Cualquiera que cae en nuestras manos recibe la culata del rifle y luego es rematado a balazos». Esta predisposición a cometer actos violentos contra el enemigo para mostrar su valía en una comunidad de guerreros y héroes de guerra asombró a muchos líderes milicianos como Pál Prónay, quien quedó sorprendido por los «nuevos reclutas excesivamente ambiciosos y altamente motivados» que intentaban impresionarlo «golpeando a los judíos fuera de la puerta de los cuarteles o llevándolos donde puedan darles una verdadera paliza».[233]

Aunque no combatieron en la Gran Guerra y no tenían ninguna experiencia de guerra previa, los jóvenes que se enrolaron en una unidad paramilitar estaban altamente motivados y ansiosos por mostrar su valía en una comunidad de guerreros y héroes de guerra. En definitiva, juntos, los veteranos, quienes transmitieron a los jóvenes su experiencia en el campo de batalla, y los jóvenes, formaron una explosiva subcultura de masculinidad en la que la violencia era una forma de expresión política aceptable que permitía a los milicianos expresar sus frustraciones.[234]

Igualmente, cabe destacar que en las milicias que combatieron en las guerras de independencia había adolescentes que veían el conflicto como una lucha por la libertad nacional, así como mujeres, cuya participación es infravalorada tras haber quedado reducidas a figuras pasivas para resaltar su papel de madres, hermanas y enfermeras. Dicho esto, los adolescentes y las mujeres no solo realizaron labores en la retaguardia, sino que, también, lucharon en el campo de batalla. Así sucedió, por ejemplo, en la guerra de independencia de Polonia, donde 1.421 combatientes menores de dieciocho años y 427 mujeres -al menos 17 lo hicieron en primera línea, y otras como auxiliares en unidades de comunicación, provisiones y armamento- participaron en la batalla de Leópolis entre el 1 de noviembre de 1918 y el 22 de mayo de 1919.[235] Igualmente, cabe destacar la presencia de batallones formados exclusivamente por mujeres como, por ejemplo, el *Ochotnicza Legia Kobiet* en Polonia, que contaba con

[233] GERWARTH, R., "The Central European Counter-Revolution…", pp. 191-192.
[234] Ibid., pp. 181 y 207-208; GERWARTH, R., y HORNE, J., "Vectors of Violence…", pp. 498-502; Íd. y HORNE, J., "Paramilitarism in Europe after the Great War: An Introduction" en Íd. y HORNE, J. (eds.), *War in peace*…, p. 10; Íd., "Fighting the Red Beast: Counter-Revolutionary Violence in the Defeated States of Central Europe" en Íd. y HORNE, J. (eds.), *War in peace*…, pp. 59 y 70; e Íd., "The continuum of violence" en WINTER, J. (ed.), *The Cambridge*…, pp. 650-651.
[235] EICHENBERG, J., "Soldiers to Civlians, Civilians to Soldiers: Poland and Ireland after the First World War" en GERWARTH, R. y HORNE, J. (eds.), *War in Peace*…, p. 193.

unos 2.500 miembros en sus filas, o la *Women League* en Irlanda, que en 1921 tenía unas 3.000 integrantes.[236]

2.1.3. Relación Estado-milicias

La organización de las primeras unidades milicianas representa un nuevo fenómeno en la historia militar. En el siglo XIX, la Milicia Nacional se constituyó como un cuerpo semipúblico al servicio de la burguesía y de la aristocracia.[237] Cabe destacar su carácter provincial y municipal, puesto que el Ayuntamiento era el principal responsable de su organización y de su mantenimiento. Para garantizar el orden y la seguridad en los municipios y en sus términos, los miembros de la Milicia Nacional patrullaron por las calles, persiguieron a criminales, detuvieron a desertores del ejército y delincuentes, escoltaron conducciones de prisioneros e hicieron guardia en centros de reclusión. A pesar de que no podían operar más allá de su provincia,[238] se organizaron columnas expedicionarias de milicianos que sirvieron fuera de su localidad y, en ocasiones, de su circunscripción con la finalidad de combatir como auxiliar del ejército como ocurrió, por ejemplo, en mayo de 1820, cuando los milicianos de Zaragoza colaboraron con los soldados para enfrentarse a los amotinados en la ciudad; o a finales de julio de 1822, cuando los miembros de la Milicia Nacional de Antequera cooperaron con las tropas permanentes del municipio en la persecución de la partida comandada por el realista Francisco Rojo.[239] Igualmente, los soldados instruyeron a los milicianos y, en algunos casos, los auxiliaron en el mantenimiento del orden en ciudades y pueblos.

En esta misma línea, las guardias cívicas y las milicias de inicios del siglo XX actuaron como fuerzas de complemento para cooperar con el ejército regular y mantener el orden en las calles, proteger las fronteras y combatir contra la revolución. La presencia de estos grupos era muy importante para garantizar los servicios necesarios para el bienestar y la seguridad comunitaria. Así, por ejemplo, en Suecia, la *Frivillige Skyddsvaren* se ocupó del mantenimiento de la gestión de los servicios de gas, agua y electricidad, de la protección de bancos y de la carga y el transporte de artículos de primera necesidad durante la huelga de julio de 1909;[240] en España, durante la huelga de la Canadiense en 1919, el Somatén se dedicó, entre otras labores, a patrullar por las calles y plazas de Barcelona, a colaborar en la circulación del transporte público y en la

[236] Ibid., pp. 193-194.
[237] BLANCO VALDÉS, R. L., *Rey, Cortes y fuerza armada en los orígenes de la España liberal*…, p. 212.
[238] Ibid., pp. 425-429; y ROCA VERNET, J., "La milicia nacional o la ciudadanía armada. El contrapoder revolucionario frente al liberalismo institucional", *Bulletin de Histoire Contemporanie de l'Espagne*, n.º 54 (2020). https://journals.openedition.org/bhce/2598 [Última consulta: 23 de septiembre de 2022]
[239] BLANCO VALDÉS, R. L., *Rey, Cortes y fuerza armada en los orígenes de la España liberal*…, pp. 445-447.
[240] GONZÁLEZ CALLEJA, E., *La defensa armada contra la revolución: una historia de las guardias cívicas en la España del siglo XX*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1995, p. 29.

limpieza de raíles de los tranvías obstruidos por los huelguistas, así como en el abastecimiento de víveres en tiendas y mercados, el repartimiento de correspondencia, el entierro de cadáveres, la suspensión de reuniones ilegales de obreros, la realización de detenciones e interrogatorios, y la vigilancia de los locales de asociaciones y gremios patronales;[241] en Polonia, la SSS se encargó de los servicios de gas, electricidad, tranvías, teléfono, hospitales, automóviles, limpieza, abastecimiento, correo y servicios especiales de protección de las comunicaciones ferroviarias;[242] o en Bélgica, la *Unión Cívique* intervino por primera vez en noviembre de 1921 en Bruselas para restablecer la normalidad del servicio de tranvía.[243]

La expansión del fenómeno miliciano durante la posguerra era una consecuencia directa de la incapacidad del Estado para mantener el monopolio de la violencia y controlar el territorio y la población, de la dispersión de los recursos armados y del protagonismo de antiguos y nuevos especialistas en el uso de la violencia.[244] Como consecuencia de ello, se estableció una alianza entre las elites locales y los gobernantes con los grupos paramilitares. Los primeros recurrieron a los segundos para luchar contra los revolucionarios y los huelguistas, y proteger sus intereses, porque sentían que sus privilegios y su posición estaban amenazados por los miembros de los sindicatos obreros y campesinos.[245] Así sucedió, por ejemplo, en Italia, donde los *Fasci di Combattimento* eran *invitados* y conducidos en camiones a las poblaciones donde había una mayor influencia de socialistas como en la Emilia-Romaña o en la Toscana;[246] o en Hungría, donde la baronesa Andor Jeszensky pidió ayuda a los líderes milicianos para que intervinieran en el mantenimiento del orden.[247] Aunque los milicianos operaron en localidades lejanas donde no conocían a nadie, estos podían identificar a sus objetivos gracias a la ayuda de las élites locales. Como recuerda Pál Prónay, varios aristócratas le pidieron a principios de 1920 que sus hombres acabaran con la vida de Istvan Szabo Nagyatadi por ser el líder del Partido de los Pequeños Propietarios Campesinos.[248]

Por su parte, los milicianos tenían inmunidad para cometer excesos contra los revolucionarios y los huelguistas gracias a la protección de las autoridades y del ejército. Además, la aristocracia proporcionó vehículos y camiones para que los milicianos

[241] Ibid., pp. 75-78.
[242] Ibid., p. 31.
[243] Ibid., p. 28.
[244] CRUZ, R., "Pensar la violencia en perspectiva histórica" en MUÑOZ, J, LEDESMA J.L. y RODRIGO, J. (eds.), *Culturas y políticas de la violencia*…, pp. 31-32.
[245] BODÓ, B., "Hungarian Aristocracy and the White Terror…", p. 303.
[246] KRAMER, A.; *Dynamic of Destruction. Culture and Mass Killing in the First World War*, Oxford University Press, Cambridge, 2007, pp. 302-303.
[247] BODÓ, B., "Hungarian Aristocracy and the White Terror…", p. 713.
[248] Ibid., p. 713.

pudieran trasladarse de una localidad a otra y los ayudaron económicamente como ocurrió, por ejemplo, con la elite húngara, que organizó fiestas, bailes benéficos y conciertos para recaudar dinero, comida y ropa para los milicianos.[249] En esta misma línea, el ejército también suministró equipamiento militar a los distintos grupos paramilitares. Ello comportó que sus integrantes no estuvieran solo equipados con armas pequeñas, sino también con armamento pesado. En definitiva, al colaborar con las milicias, financiarlas e invitarlas a sus localidades, las élites locales y las autoridades se convirtieron en cómplices de la violencia paramilitar.

Aparte de financiar y proteger a los milicianos, algunos aristócratas, propietarios y miembros de las clases altas lideraron sus propios grupos paramilitares u ocuparon puestos de responsabilidad en la milicia. Así, por ejemplo, en Alemania, donde la aristocracia constituía menos del 0,5% de la población total, de los 132 *Freikorps* registrados oficialmente, 42 unidades estaban dirigidas por exoficiales de origen aristocrático. De la misma manera, en el destacamento comandado por Pál Prónay, de sus 163 miembros iniciales en 1919, 86 pertenecían a la nobleza, 51 a la clase media alta y 26 a la clase media baja o al campesinado. En diciembre de 1920, el cuerpo de oficiales del batallón Prónay incluía a 17 aristócratas, de los cuales, siete oficiales tenían nombres reconocibles al instante. Aparte de estos oficiales de origen aristocrático, al menos otros 20 procedían de familias nobles, pero no aristocráticas, lo que sitúa alrededor del 30% de nobles en el cuerpo de oficiales de este batallón.[250] En esta misma línea, en las guardias cívicas había una presencia mayoritaria de individuos de clase alta y media urbana, y de pequeños propietarios pertenecientes al mundo rural tradicional. Igualmente, las élites organizaron sus propias unidades militares como sucedió, por ejemplo, en Transdanubia, donde el conde Endre Jankovich-Bésain fundó un grupo paramilitar en septiembre de 1919.[251]

A pesar de esta cooperación motivada por sus intereses comunes, la relación entre las autoridades y los líderes paramilitares era muy compleja a causa de sus diferencias ideológicas, y de la desconfianza de los primeros hacia la milicia, lo que originó frecuentes disputas y choques entre los milicianos y las autoridades. Aunque la milicia del siglo XIX era concebida como el brazo armado de la revolución burguesa y como herramienta para conseguir el apoyo del proletariado, la burguesía tenía miedo de armarla en demasía a causa del temor originado por la percepción de los ciudadanos armados como un peligro.[252] Esta desconfianza llevó a fricciones que, en ocasiones,

[249] Ibid., pp. 709-716.
[250] Ibid., p. 710.
[251] BODÓ, B., *The White Terror*…, p. 244.
[252] PÉREZ GARZÓN, J.S., *Milicia Nacional y revolución burguesa*…, p. 204.

culminaron en enfrentamientos armados entre la Milicia Nacional y el ejército, como los que tuvieron lugar en Sevilla en noviembre de 1836 o en Barcelona en 1839.[253] Así sucedió también con las guardias cívicas del siglo XX. Sus miembros protagonizaron disputas e incidentes como ocurrió, por ejemplo, en España entre el Somatén y los demás organismos de vigilancia estatal durante los años de la dictadura de Primo de Rivera.[254]

En esta misma línea, durante la posguerra se generaron tensiones entre milicianos y autoridades motivados por diferencias políticas, lo que comportó que unos y otros se distanciaran. No obstante, como ya se ha comentado, los primeros cooperaron con los segundos para luchar contra la revolución, las amenazas fronterizas y los desórdenes ocasionados durante la posguerra, a pesar de que muchas milicias, como los *Freikorps*, se oponían a los nuevos regímenes políticos nacidos de la guerra. Dicho esto, descontentos con el resultado del conflicto bélico, los *Freikorps* culpaban a los dirigentes de la República de Weimar de la derrota y los señalaban como unos traidores que habían huido en el momento en el que la patria más los necesitaba. A ello hay que sumarle la crisis de posguerra y, según los milicianos, la falta de soluciones por parte del Estado parlamentario para poner fin a dicha crisis. Este fue el caso del barón Prónay, quien veía a Horthy como su principal enemigo por su *excesiva moderación* y su falta de determinación para tratar con asuntos vitales para la supervivencia de la nación, como lo era la cuestión judía.[255] Las diferencias entre los milicianos y las autoridades llevaron a que, en ocasiones, los primeros no obedecieran las órdenes de los segundos como sucedió, por ejemplo, con los *Freikorps* destinados en el Báltico, que ignoraron la orden de retirada de la región emitida por el gobierno alemán después de la derrota y expulsión del Ejército Rojo.[256]

Igualmente, los milicianos participaron en golpes de estado como, por ejemplo, el *putsch* de Kapp en Alemania entre el 13 y 17 de marzo de 1920. Los *Freikorps* que marcharon con los golpistas veían una oportunidad de poner fin al régimen democrático y sustituirlo por una dictadura. Con el fracaso del *Putsch*, a diferencia de lo que ocurrió con los revolucionarios que intervinieron en huelgas y revoluciones por todo el país, apenas hubo condenas sumarísimas para los golpistas, hasta el punto de que los principales líderes quedaron absueltos y abandonaron el país. Por lo que respecta a los *Freikorps*, quince meses después de los hechos, el ministro de justicia ordenó que se

[253] CHUST, M., *Ciudadanos en armas*…, pp. 126-130.
[254] GONZÁLEZ CALLEJA, E., *En nombre de la autoridad*…, pp. 198-199.
[255] BODÓ, B., "Paramilitary Violence in Hungary…", pp. 161-162.
[256] WAITE, R. G. L., *Vanguard of Nazism*…, p. 122; JONES, N., *Hitler's Heralds*…, pp. 138-139; y GERWATH, R., *Los vencidos*…, pp. 99-101.

revisaran los cargos de 705 hombres, de los cuales, 412 fueron amnistiados.[257] Así sucedió, también, en Hungría, donde los milicianos de los batallones Prónay y Osztenburg, y del regimiento Léhar intervinieron en el segundo golpe realista en octubre de 1921 para expulsar al almirante Horthy y restaurar la dinastía de los Habsburgo. Como consecuencia del fracaso de la insurrección, el almirante Horthy cortó las relaciones con los líderes de los grupos que participaron.[258] La presencia de unidades paramilitares entre los rebeldes y las fuerzas leales al gobierno ocasionó la fractura del movimiento miliciano en estos países.

En estas insurrecciones se puso de manifiesto la escasa preparación de estos grupos y su carencia de planes para hacerse con el poder por la fuerza, así como su falta de cooperación, pues, raramente, compartieron su información o coordinaron sus acciones. Ello estuvo motivado por el narcicismo de sus líderes y, sobre todo, por la competencia entre las distintas unidades milicianas para hacerse con la mayor cantidad de recursos materiales y humanos posibles. Como consecuencia de ello, los líderes milicianos fueron incapaces de coordinar todas las unidades paramilitares en un único movimiento contrarrevolucionario.

Ahora bien, las milicias quedaron obsoletas cuando se consiguió la estabilidad política y económica. Ello hizo que las autoridades limitaran poco a poco su poder hasta su completa desaparición como sucedió, por ejemplo, con los *Freikorps*, que fueron oficialmente desarticulados a principios del verano de 1920 porque el gobierno consideraba que se podía prescindir de ellos. En esta misma línea, el alejamiento del régimen de Horthy respecto a los grupos milicianos no se debió tanto a la indignación moral causada por sus crímenes, sino, principalmente, a la pérdida de su utilidad como brazo armado para combatir contra el enemigo interno. Del mismo modo, cuando el Ejército Rojo fue expulsado del Báltico, el *Kaitseliit* estonio y el *Aizsargi* letón volvieron a ser asociaciones voluntarias que, gradualmente, fueron convertidas en instrumentos de educación política y de movilización de la población. Así sucedió también en Irlanda y en Polonia tras final de sus guerras de independencia, donde se iniciaron procesos de purga de las organizaciones paramilitares para, así, reafirmar el monopolio del uso de la fuerza por parte de los nuevos Estados.[259] Por lo tanto, la desarticulación de las milicias se debió a que su existencia era percibida por los distintos gobiernos como una amenaza para la ley y el orden, y una prolongación del caos de los primeros años de la

[257] WAITE, R. G. L., *Vanguard of Nazism*…, p. 162.
[258] BODÓ, B., "Hungarian Aristocracy and the White Terror…", pp. 717-718.
[259] EICHENBERG, J., "Soldiers to Civlians, Civilians to Soldiers: Poland and Ireland after the First World War" en GERWARTH, R. y HORNE, J. (eds.), *War in Peace*…, p. 199.

posguerra.[260] Sin embargo, las autoridades volvieron a recurrir a estas unidades en momentos puntuales después de haber sido abolidas como sucedió, por ejemplo, en Alemania en 1923, cuando el gobierno desplegó a varias unidades de los *Freikorps* para defender las fronteras del este del país ante la amenaza de sus vecinos polacos.[261]

Asimismo, algunos grupos paramilitares fueron incorporados al ejército regular mediante la aprobación de decretos con la intención de dinamitar las milicias y, a la vez, reforzar el ejército. Así sucedió, por ejemplo, con la ordenanza aprobada por el gobierno moderado de Pérez de Castro en mayo de 1839, que concedió a los oficiales y suboficiales de la Milicia Nacional la posibilidad de incorporarse al ejército con la misma graduación miliciana.[262] En esta misma línea, en 1920, el ministro de defensa húngaro aprobó una serie de leyes y ordenanzas para poner fin a la independencia y a la autonomía de los grupos paramilitares como, por ejemplo, el decreto aprobado en marzo, que ordenó la integración de las milicias en una unidad del ejército regular -el Regimiento de Infantería de Mátészalka-; el del mes siguiente, que garantizó la incorporación de las milicias provinciales en la gendarmería; o el de noviembre del mismo año, que limitó las funciones policiales de los milicianos, estableciendo que solo pudieran arrestar a soldados renegados, a espías y a comunistas. La integración de las milicias en el ejército regular se completó a inicios de 1921 con la incorporación de los batallones Prónay y Osztenburg como el primer y segundo batallón de reserva de la gendarmería nacional en enero, y la sustitución de sus oficiales por gendarmes regulares a mediados de febrero.[263]

En otros casos, las autoridades aprobaron decretos para organizar un nuevo ejército nacional a partir de algunos grupos paramilitares como sucedió, por ejemplo, en Alemania con la ley del 6 de marzo de 1919 para crear una *Reichswehr* provisional que se constituyera sobre la base de las formaciones milicianas.[264] Asimismo, algunos grupos paramilitares fueron incorporados al ejército como, por ejemplo, el pelotón de Maercker, que se integró como la Brigada n.º 16; el destacamento capitaneado por el coronel Wilhelm Reinhardt, que se unió como la 15ª Brigada; o el batallón comandado por Franz von Epp, que se incorporó como la 21ª Brigada de Infantería de Baviera.[265] Igualmente, las formaciones paramilitares que participaron en las guerras de independencia tenían una estructura militar que les permitió convertirse en el núcleo de

[260] BODÓ, B., "Hungarian Aristocracy and the White Terror…", pp. 716-721; e Íd., *The White Terror*…, p. 71.
[261] WAITE, R. G. L., *Vanguard of Nazism*…, pp. 240-242; y JONES, N., *Hitler's Heralds*…, pp. 236-237.
[262] CHUST, M., *Ciudadanos en armas*…, p. 128.
[263] BODÓ, B., *The White Terror*…, pp. 139 y 144-145.
[264] JONES, N., *Hitler's Heralds*…, p. 113.
[265] Ibid., pp. 168-169.

un nuevo ejército nacional como ocurrió, por ejemplo, en Polonia, donde se organizó un ejército regular en marzo de 1920 a partir de los distintos grupos paramilitares.[266]

Por su parte, algunos milicianos que no se unieron al ejército continuaron la lucha contra el enemigo interno afiliándose en grupos paramilitares clandestinos como el *Schwarze Reichswehr* o el *Bund Ehemaliger Ehrhardt Offiziere*.[267] En el caso alemán, los oficiales de los *Freikorps* que no se incorporaron en el *Reichswehr*, procuraron que, tras volver a la vida civil, sus hombres mantuvieran el contacto con sus organizaciones de origen, ahora semi legales y semi militares, por medio de la celebración de reuniones clandestinas y de los periódicos afines para evitar una desbandada de sus tropas y preservar el espíritu de lucha hasta que llegara el momento de reanudarla. Estos grupos estaban, en buena parte, financiados y armados por sus antiguos correligionarios de los *Freikorps*, ya que, por ejemplo, el propio comandante von Epp reclutó hombres y canalizó los fondos del *Reichswehr* y su equipamiento a varios grupos paramilitares antirrepublicanos.

Estos grupos adoptaron una política de extrema violencia contra sus enemigos y contra las autoridades. Dicho esto, las asociaciones clandestinas alemanas acabaron con la vida de figuras políticas prominentes, como el ministro de exteriores Walther Rathenau en junio de 1922, y atentaron contra funcionarios, informantes y antiguos compañeros. De los 400 asesinatos políticos cometidos entre 1919 y 1922 en Alemania, 354 fueron obra de miembros de estas organizaciones. Sin embargo, ello no se tradujo en condenas mayores para estos, más bien al contrario, puesto que las sentencias para los izquierdistas eran muy superiores a las condenas de los primeros. Así, 17 miembros que pertenecían a grupos de izquierda fueron condenados a penas graves, incluidas 10 ejecuciones. En cambio, de los 354 integrantes de los distintos grupos clandestinos procesados, 326 quedaron sin cargos. En lo referente a las condenas de prisión, la media para las izquierdas era de 15 años, por solo 4 meses para los derechistas.[268] Esta mayor impunidad de estos últimos se debió a la protección de las autoridades, como la del presidente de la policía de Múnich Ernst Pöhner.

En esta misma línea, los milicianos húngaros cometieron atentados como, por ejemplo, los de inicios de 1923 en el Teatro de Budapest y en los edificios de los periódicos *Az Est* y *Athenaeum*. Los miembros de estos grupos también irrumpieron en eventos y asaltaron sedes de organizaciones judías. Un buen ejemplo de ello fue la

---

[266] EICHENBERG, J., "The Dark Side of Independence…", pp. 235-236; e Íd., "Soldiers to Civlians, Civilians to Soldiers: Poland and Ireland after the First World War" en GERWARTH, R. y HORNE, J. (eds.), *War in Peace*…, pp. 188-189.
[267] WAITE, R. G. L., *Vanguard of Nazism*…, p. 182.
[268] Ibid., p. 223; y JONES, N., *Hitler's Heralds*…, pp. 224-225.

acción contra un acto organizado por la Liga de Mujeres Israelitas en el Hotel Royal de Hungría en noviembre de 1923, que terminó con tres muertos y 26 heridos.[269] A diferencia de los grupos clandestinos alemanes, los milicianos húngaros no tenían protección gubernamental, puesto que el gobierno persiguió y condenó a los autores de los actos criminales. Así ocurrió, por ejemplo, con el comandante Hejjás y sus tenientes, quienes fueron arrestados tras un atentado fallido con bombas en las embajadas francesa y checoslovaca. Esta beligerancia contra los grupos clandestinos estaba motivada por el temor de que sus acciones ocasionaran un incidente internacional.

Por su parte, con el fin de la dictadura del general Miguel Primo de Rivera, se puso de manifiesto la incapacidad del Somatén de tomar la iniciativa sin la tutela del Estado. Además, con el cambio de régimen tras la proclamación de la República en abril de 1931, el Somatén desapareció en todo el país, a excepción de la Cataluña rural, debido a su apoyo a la dictadura enmascarado con la apelación a la defensa de la sociedad.[270] De este modo, se prescindió de una institución controlada por los sectores conservadores contrarios a la República.[271] Sin embargo, a diferencia de lo ocurrido con los grupos paramilitares alemanes y húngaros, o con las milicias que combatieron en las guerras de independencia, ni los miembros ni los oficiales del Somatén fueron incorporados al ejército regular, ni se organizó un ejército a partir de sus unidades.

En definitiva, las autoridades estimaban a los grupos paramilitares como unos aliados incómodos a causa de sus diferencias ideológicas, lo que comportó que los vieran como una amenaza. Por esta razón, los distintos gobiernos aprobaron medidas para desarticular estos grupos, incorporarlos en el ejército o constituir uno nuevo a partir de los mismos en el momento en el que las autoridades consideraron que estos habían quedado obsoletos después de acabar con la amenaza revolucionaria, y consolidar su poder político y económico. Sin embargo, muchos milicianos continuaron con su activismo uniéndose en grupos clandestinos para acabar con los regímenes de la posguerra por medio de acciones terroristas.

2.2. Milicias de partido

Con la desarticulación de la mayoría de los grupos paramilitares en Europa o su incorporación en los ejércitos nacionales, a partir de 1923, la cultura miliciana entró en una nueva fase que se caracterizó por el protagonismo de organizaciones políticas con sus propias secciones militares como, por ejemplo, Falange o la CT en España; el *Partito*

[269] BODÓ, B., *The White Terror*…, p. 71.
[270] GONZÁLEZ CALLEJA, E., *En nombre de la autoridad*…, pp. 215-218.
[271] Ibid., p. 236.

Nazionale Fascista (PNF) en Italia; el NSDAP en Alemania; el *Faisceau*, AF o las JP en Francia; o la BUF en Inglaterra. Sus secciones paramilitares irrumpieron en el escenario político como un instrumento de acción complementaria que se especializó en el combate armado en la calle contra el adversario político. Integradas por el sector más combativo del partido, sus milicias se caracterizaban por su disciplina, su jerarquía y su parafernalia militar. A pesar de la repercusión de estas secciones en los movimientos fascistas constituidos en la posguerra, estas unidades no eran una novedad de estos partidos, puesto que, milicias como los *Camelots du roi* y el Requeté, fueron organizadas por AF en 1908 y por los carlistas entre 1912 y 1913, respectivamente. Así pues, estos grupos tenían una tradición más larga que el fascismo en el uso de la violencia, ya que, por ejemplo, el carlismo, movimiento político que tiene su origen en el siglo XIX, evolucionó hasta constituirse en un partido organizado que no solo mantuvo la vivencia y la cultura de la insurrección armada, sino que, también, identificó su espíritu de lucha permanente contra el liberalismo.[272] A pesar de que estos grupos organizaron sus propias milicias como una sección más del partido con unas funciones específicas, estos nunca fueron concebidos como partidos-milicia.

Por su parte, los partidos fascistas fundados en la posguerra practicaron el culto a la violencia y centraron su discurso y su praxis en la lucha contra el adversario, quien era percibido como el mismo enemigo de la nación -de la que el fascismo se autoerigía representante-[273] mediante la organización de su propia sección paramilitar. El fascismo era identificado como un movimiento joven por su condición de recién llegado a la escena política y por la juventud de la mayoría de sus militantes y dirigentes. Aunque muchos postulados defendidos por los fascistas ya estaban vigentes en los grupos antiparlamentarios minoritarios del siglo XIX, los primeros se diferenciaron de estos, entre otras cosas, por su forma de hacer política, en la que predominaba el empleo de la violencia como arma en tiempos de paz para conseguir sus objetivos.[274] Entre las milicias organizadas durante los años veinte, las SA o las *Légions pour la Politique de la Victoire*, fueron estructuradas en 1920 y en 1925 por el NSDAP y el *Faisceau*, respectivamente; y, durante los años treinta, la *Verbond van Dietsche Nationaal-Solidaristen* o FE crearon sus propias secciones milicianas a finales de 1931 y entre finales de 1933 e inicios de 1934, respectivamente. La fundación de estas milicias no tiene una fecha precisa debido a que estas organizaciones, a diferencia de los partidos monárquicos, estructuraron sus secciones paramilitares casi al mismo tiempo que se

[272] AROSTEGUI, J., *Combatientes requetés*…, pp. 45 y 78.
[273] RODRIGO, J, y FUENTES, M., *Ellos, los fascistas*. *La banalización del fascismo y la crisis de la democracia*, Deusto, Barcelona, pp. 50-51.
[274] Ibid., p. 42.

fundó el partido. Por lo tanto, se podría decir que los movimientos fascistas se constituyeron en partidos-milicia en los que era prácticamente imposible diferenciar la organización de su sección paramilitar.

A diferencia de los grupos paramilitares y las guardias cívicas analizadas anteriormente, estas organizaciones milicianas practicaron un culto a la violencia y centraron su discurso y su lucha en la eliminación del enemigo, pues, para los fascistas, la violencia era un acto heroico y una manifestación de libertad que actuaba como fuerza creadora.[275] A pesar de que funcionaron con un mismo criterio, las guardias cívicas y las milicias de los primeros años de la posguerra tenían un nivel bajo de teorización política, de planteamientos tácticos y de estrategia debido a su ideario escasamente articulado,[276] una falta de *celo revolucionario* y una independencia respecto a una opción político-ideológica que aspiraba a la conquista y al control del Estado. Asimismo, la propia naturaleza de las milicias y guardias cívicas organizadas en la posguerra hizo imposible relacionarlas con el fascismo, puesto que estas unidades fueron concebidas para actuar simplemente como organizaciones de vigilantes encargadas de la protección de los intereses económicos y de garantizar la continuidad de las relaciones sociales vigentes.

Este auge de la cultura paramilitar se dio en un contexto determinado por los estragos de la Gran Depresión, que puso al borde del abismo a las sociedades de todo el mundo, generando así, una sensación de decadencia y dificultades continuadas que se iniciaron con el término de la Gran Guerra y se prolongaron durante los años veinte, hasta bien entrada la década de los treinta. Esta crisis se caracterizó por unas altísimas cifras de paro que afectó, sobre todo, a los jóvenes de clase media, que vieron cómo sus familias tenían grandes dificultades para mantenerlos o enviarlos a la universidad. Esto ocasionó que muchos debieran compaginar su formación con el trabajo, continuar su educación en condiciones lamentables o, directamente, abandonar la universidad. A ello hay que sumarle el aumento del paro entre los estudiantes titulados a causa de la dificultad de encontrar trabajo, ya que, una vez finalizaban sus estudios, muchos no encontraban un empleo acorde con su formación. Esta dificultad se debía, en buena parte, a la reducción de plazas en la administración, por ser una de las salidas laborales para muchos de estos estudiantes. Además, cabe destacar que la reducción de salarios hizo que los nuevos titulados recibieran unos sueldos no muy superiores a los que recibían los trabajadores manuales, lo que generó frustración entre estos egresados por

[275] REICHARDT, S., "Fascist Communities of Action and Violence: A Praxeological Approach", en IOARDACHI, C. y KALLIS, A. (eds.), *Beyond the Fascist Century*, Palgrave Macmillan, Suiza, 2020, p. 60.
[276] GONZÁLEZ CALLEJA, E., *En nombre de la autoridad*…, p. 19.

lo que percibían como una pérdida de estatus.[277] Motivado por la crisis, entre los jóvenes de clase media y burguesa se generó un rechazo hacia el régimen liberal, al tiempo que su preocupación por la posible pérdida de estatus los hizo especialmente receptivos a los discursos extremistas.

A ello hay que añadirle la incapacidad de las élites tradicionales de responder los retos de su tiempo y de los Estados de gestionar esta crisis, ya que las respuestas ofrecidas por los distintos gobiernos consistían en recortar el gasto público y en las políticas de protección social. Ante esta falta de soluciones, los jóvenes buscaron nuevos caminos, lo que los llevó a abandonar la militancia y a retirar su apoyo a los partidos tradicionales para incorporarse en grupos extremistas, a menudo, como un voto de castigo y protesta, y no tanto por su identificación plena con los principios y postulados de estas organizaciones.[278] Estos grupos recogieron muchas de sus reivindicaciones, apelaron a los jóvenes como sujetos revolucionarios,[279] hicieron un llamamiento a la lucha generacional para poner fin a la lucha de clases,[280] les ofrecieron la oportunidad de formar parte de un grupo jerarquizado con un fuerte sentimiento de camaradería y actuaron como refugio de la realidad depresiva del momento gracias a las relaciones profundas con sus camaradas.[281] Esta complicidad entre la juventud y los grupos extremistas estaba construida sobre un sentimiento de inseguridad económica motivada por una política que llevó a la ya mencionada reducción de los salarios y al despido de empleados públicos. Los colectivos más afectados por la crisis estimaban que se encontraban en un mundo en permanente cuestionamiento,[282] y percibían que las certezas sobre las que se fomentaban su comprensión de la realidad se tambaleaban, mientras aumentó la sensación de peligro para su propia posición dentro de la sociedad.

El descontento de los jóvenes se aprecia en la sobrerrepresentación de estos en los partidos fascistas. Así, por ejemplo, en el NSDAP, los jóvenes que tenían entre 18 y 30 años representaban el 42,7% de la militancia; los activistas que tenían entre 31 y 40

---

[277] MORENTE, F., "Los estudiantes nazis en la República de Weimar. Tradición, modernidad, fascistización" en COBO ROMERO, F. y DEL ARCO BLANCO, M. (eds.), *Fascismo y modernismo…*, pp. 63 y 72-73; Íd., "Estudiantes contra la República. El Sindicato Español Universitario ante el espejo europeo" en Íd., POMÉS J. y PUIGSECH, J. (eds.), *La rabia y la idea*…, pp.262-263; y PURCET GREGORI, A., "Juntos y revueltos. El S.E.U. y las asociaciones derechistas en el proceso constitutivo del fascismo universitario en los años treinta" en NAVAJAS ZUBELDÍA, C. e ITURRIAGA BARCO, D. (eds.), *Novísima. Actas del II Congreso Internacional de Historia de Nuestro Tiempo*, Universidad de La Rioja, Logroño, 2010, p. 246

[278] ALEGRE LORENZ, D., *Colaboracionistas. Europa occidental y el Nuevo Orden nazi*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2022, p. 40.

[279] PURCET GREGORI, A., *La reacció dels estudiants*..., p. 59.

[280] SOUTO KUSTRÍN, S., "El mundo ha llegado a ser consciente de su juventud…" https://journals.openedition.org/mcv/1190 [Última consulta: 14 de agosto de 2021]

[281] REICHARDT, S., "Violence and Community…", pp. 293-294.

[282] ALEGRE LORENZ, D., *Colaboracionistas*…, pp. 37-39.

años eran el 21,2%; y los que tenían entre 41 y 50 años eran el 17,2%.[283] Esta presencia mayoritaria de jóvenes también se encontraba en sus milicias, ya que, por ejemplo, en las SA había una existencia abrumadora de activistas menores de 25 años, quienes constituían el 60% de sus miembros.[284] Además, los partidos fascistas se presentaban como movimientos sociales de protesta que pretendían realizar una auténtica revolución generacional para, así, poner fin a la lucha de clases apelando a la juventud como el sujeto revolucionario que debía protagonizar la lucha contra el viejo orden decadente para poder construir uno nuevo.[285]

Aparte de la juventud de sus miembros, los movimientos fascistas se caracterizaban por acoger entre sus filas a representantes de todos los estratos sociales. En relación con la procedencia de sus miembros, hay que destacar la fuerte presencia de trabajadores y miembros de clase media. Así pues, en las SA había militantes de todas las clases sociales, especialmente de trabajadores que representaban un poco más del 70% de sus miembros.[286] En esta misma línea, en los *fasci* de finales de 1921 había un predominio de la clase media con un 77% de sus activistas. Entre las profesiones de estos milicianos, los abogados eran el 35% de los miembros, los periodistas el 22%, los maestros el 6%, los empleados el 5%, los ingenieros el 4,7%, los oficiales el 4,7%, los agentes de seguridad el 3% y los propietarios el 3%.[287] Esta fuerte presencia de trabajadores se debió a que muchos fueron atraídos por su mensaje de solidaridad nacional y de productividad económica, por sus aspiraciones de renovación de la nación y por su retórica antielitista que facilitó que las diferencias de clase y religión se difuminaran. Asimismo, estas organizaciones cumplieron la misión de impulsar una movilización popular centrada en las actividades organizadas por el partido del que dependían.[288]

Entre las filas de sus secciones paramilitares cabe resaltar la presencia de militares -ya sea en activo o retirados- que se encargaron de la instrucción de los milicianos. Este fue el caso del coronel de Infantería Emilio Rodríguez Tarduchy o del

---

[283] CHUECA RODRÍGUEZ, R. L., "Las juventudes falangistas…", p. 89.
[284] GALLEGO, F., *Todos los hombres del Führer. La élite del nacionalsocialismo (1919-1945)*, De Bolsillo, Barcelona, 2006, p. 154; GRÜTTNER, M., "La Primera Guerra Mundial y el nacimiento del Nacionalsocialismo" en de MORENTE, F. y RODRIGO, J. (eds.), *Tierras de nadie*…, pp. 141-142; PAREJO FERNÁNDEZ, J.A., "Cuando fueron jóvenes… y fascistas" en DEL REY, F. y ÁLVAREZ TARDÍO, M. (eds.), *Políticas del odio*…, p. 193; SOUTO KUSTRÍN, S.; "Jóvenes, marxistas y revolucionarios" en DEL REY, F. y ÁLVAREZ TARDÍO, M. (eds.), *Políticas del odio*…, pp. 142; y SOUTO KUSTRÍN, S., "Violencia política…", p. 86.
[285] MORENTE, F., "Los estudiantes nazis en la República de Weimar. Tradición, modernidad, fascistización" en COBO ROMERO, F. y DEL ARCO BLANCO, M. (eds.), *Fascismo y modernismo*…, p. 61.
[286] GALLEGO, F., *Todos los hombres del Führer*…, p. 154.
[287] GENTILE, E., "Paramilitary Violence in Italy: The Rationale of Fascism and the Origins of Totalitarianism" en GERWARTH, R., HORNE, J. (eds.), *War in peace*…*,* p. 91.
[288] GALLEGO, F., *Todos los hombres del Führer*…, pp. 12-24.

coronel de Artillería retirado Ricardo Rada en Falange; o el de varios veteranos de la Gran Guerra en las SA, como el propio comandante de la organización, Ernst Röhm, y otros oficiales de alto rango, como el teniente Edmund Heines, el oficial naval Manfred von Killinger o el capitán de Infantería Franz Pfeffer von Salomon que, antes de unirse a las SA, sirvieron en alguna unidad de los Freikorps. En esta misma línea, entre los militares que formaban parte del Requeté, merece destacarse a José Enrique Varela como inspector nacional de dicha organización hasta que en 1935 fue sustituido por el coronel retirado de Artillería Ricardo Rada -después de haber dimitido este de su cargo en las milicias falangistas en verano de 1934-, o al excoronel de Caballería Alejandro Utrilla, quien ejerció como inspector regional del Requeté de Navarra. La misión de estos militares consistía en instruir a los milicianos en la lucha callejera y en convertir la milicia en el músculo del partido con el objeto de que actuara como un ejército privado con sus propios rangos y jerarquías para que, en un futuro, pudiera constituirse como el embrión de un posible ejército nacional.

La irrupción de estas secciones estaba acompañada por la aparición de una nueva forma de hacer política que consistía en la combinación de la lucha parlamentaria y de los combates callejeros. Los dirigentes de estos partidos participaban en las elecciones e intervenían en el debate parlamentario, mientras que los milicianos se enfrentaban a los activistas de las organizaciones rivales en la calle -y en las universidades- para, así, galvanizar el movimiento y hacer que tuviera un mayor protagonismo en el escenario político. En ocasiones, en estas disputas resultaba imposible identificar al agresor y al agredido, ya que, como comentó el fiscal general de la República de Weimar después de la muerte de un SA en el centro de Berlín en 1930:

> El barrio denominado "*Fischerkietz*" está siendo asolado por una guerrilla sangrienta entre seguidores del partido comunista y del partido nacionalsocialista en la que ambos adversarios no cesan de lanzarse insultos, amenazas y ataques, sin que sea posible decidir quién debe ser considerado agresor.[289]

Muchos de estos enfrentamientos proliferaron en barrios obreros como, por ejemplo, en el berlinés de Kreuzberg, donde los enfrentamientos entre nazis y comunistas estaban a la orden del día. Estas disputas estaban motivadas por el deseo de los fascistas de establecerse en los barrios dominados por las izquierdas para, así, demostrarles que estaban en condiciones de disputarles el control territorial de sus bastiones tradicionales y lograr que los obreros colaboraran en la conformación del fascismo como cultura política. Asimismo, los fascistas organizaron actos en barrios y

[289] ROSENHAFT, E., "Guerra callejera" en RICHARD, L. (ed.), *Berlín 1919-1933. Gigantismo, crisis social y vanguardia: la máxima encarnación de la modernidad*, Alianza Editorial, Madrid, 1993, p. 210.

municipios con un predominio de los partidos de izquierda. Así, por ejemplo, los nazis celebraron un mitin en la sala Pahrus de Berlín -donde los comunistas celebraban sus actos y congresos- el 11 de febrero de 1927 o un acto en el barrio berlinés de Schöneberg el 23 de septiembre de 1927;[290] o los miembros del *Faisceau* organizaron numerosos mítines en el suburbio parisino de Levallois y en el municipio de Puteaux-Suresne.[291] Estas actuaciones, lógicamente, eran percibidas por los comunistas y socialistas como una invasión de su territorio, una provocación y una agresión.

Los activistas de los movimientos fascistas también vendieron la prensa del partido en municipios y barrios *rojos*. Este fue el caso de los miembros del *Faisceau* que distribuyeron 20.000 ejemplares del periódico del partido en mayo de 1925 en varios barrios obreros de París;[292] o de los activistas de la Primera Línea de Falange que, constantemente, repartieron la prensa del partido en la Puerta del Sol o en el barrio de Cuatro Caminos (Madrid).[293] Normalmente, la venta terminaba con enfrentamientos entre los fascistas y los activistas de las organizaciones de izquierda. Igualmente, los milicianos de los movimientos fascistas protagonizaron marchas en zonas consideradas hostiles como, por ejemplo, el barrio berlinés de Neukölln -conocido por ser un bastión comunista- el 14 de noviembre de 1926 que, según Goebbels, terminó con cuatro heridos graves y 14 heridos leves;[294] e hicieron concentraciones delante de locales frecuentados por comunistas, como el desfile realizado en el barrio berlinés de Nostitz en abril de 1932 que acabó en un tiroteo.[295] Para combatir esta *invasión*, los izquierdistas organizaron sus propias secciones paramilitares como, por ejemplo, la *Rotfrontkämpferbund* en 1924 por parte del *Kommunistische Partei Deutschlands* (KPD) o las Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas (MAOC) en 1933 por parte del Partido Comunista Español (PCE).

Esta política para atraer a miembros de partidos de izquierda y de sindicatos obreros tuvo un escaso resultado debido a que solo una minoría se pasó a las organizaciones fascistas. Así, por ejemplo, en los movimientos fascistas de Alemania y Austria no había un volumen significativo de cuadros, de dirigentes ni de afiliados con un pasado izquierdista; en los *fasci* de primera hora, solo una minoría provenía del

[290] Ibid., p. 211; y CASQUETE, J., *Nazis a pie de calle*…, p. 65.
[291] DOUGLAS, A., "Violence and Fascism…", p. 697.
[292] PUBILL BRUGUÉS, J., *Mort a la modernitat...*, p. 413.
[293] "Un choque entre fascistas y comunistas en la Puerta del Sol", *El Sol*, 3 de enero de 1934, p. 1; "Los incidentes del martes en la Puerta del Sol y Cuatro Caminos", *El Sol*, 4 de enero de 1934, p. 4; "Crónica", *F.E.*, 11 de enero de 1934, p. 7; "Agresión sangrienta contra los repartidores de un periódico fascista", *ABC* (Madrid), 8 de julio de 1934, p. 27; y "En los Cuatro Caminos se registró ayer una colisión entre comunistas y fascistas", *ABC* (Madrid), 30 de agosto de 1934, p. 22.
[294] CASQUETE, J., *Nazis a pie de calle*…, pp. 59-60.
[295] Ibid., pp. 227-228.

socialismo y del sindicalismo revolucionario; en el *Faisceau* solo se adhirieron algunos comunistas después de los incidentes ocasionados en la concentración de Reims el 27 de junio de 1925; y, por su parte, Ledesma Ramos fracasó en su intento de atraer a las JONS a los miembros de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), pues no sería hasta la guerra que entre las filas del partido fascista español habría un gran incremento en la afiliación de individuos con un pasado en organizaciones obreras y sindicales. Ahora bien, cabe destacar que este trasvase estaba motivado, sobre todo, por cuestiones personales, como conseguir trabajo o mejores condiciones de vida, o para protegerse por su pasado izquierdista, y no tanto por los postulados defendidos por los movimientos fascistas.

Los milicianos no solo protagonizaron enfrentamientos con los militantes de los grupos de izquierda, sino que, en ocasiones, también participaron en disputas con miembros del campo contrarrevolucionario. Estos combates eran especialmente frecuentes en Francia, donde los activistas de AF atacaron constantemente a los militantes del *Faisceau* con la intención de acabar con un rival directo e inesperado dentro del campo contrarrevolucionario que le disputaba la captación de los jóvenes.[296] Ello dificultó el cumplimiento de las aspiraciones de Valois de convertir el *Faisceau* en un órgano que funcionara como nexo de la coalición nacional capaz de atraer a las fuerzas obreras. Los milicianos de AF no solo protagonizaron incidentes con los del *Faisceau*, sino que, también, se pelearon con miembros de otros grupos, como los de las JP.[297] Por su parte, aunque no se produjeron enfrentamientos callejeros entre carlistas y falangistas antes de la guerra, los primeros atacaron verbalmente a los segundos por considerar el fascismo como una innecesaria importación extranjera. A pesar de su rivalidad y sus enfrentamientos, estas organizaciones colaboraron en la lucha contra sus enemigos comunes; así, por ejemplo, el 22 de agosto de 1926, cuando un grupo integrado por miembros del *Faisceau*, las JP y AF irrumpieron brutalmente en una concentración en defensa de la autonomía alsaciana en Colmar (Alsacia);[298] o el 25 de enero de 1934, cuando un grupo compuesto por estudiantes del sindicato tradicionalista, la AET, y por miembros del sindicato estudiantil falangista, el SEU,

[296] PUBILL BRUGUÉS, J., *Mort a la modernitat...*, pp. 409-411.
[297] JENKINS, B. y MILLINGTON, C., "War, revolution and depression: the *six février* in historical context" en Íd. (eds.), *France and Fascism. February 1934 and the dynamics of political crisis*, Routledge, Nueva York, 2015, p. 39.
[298] DOUGLAS, A., "Violence and Fascism…", p. 691; y PUBILL BRUGUÉS, J., *Mort a la modernitat*..., p. 414.

irrumpieron violentamente en la Facultad de Medicina de la Universidad Central de Madrid.[299]

Aparte de enfrentarse a los militantes de grupos rivales, los milicianos participaron en celebraciones, como las organizadas por el *Faisceau* en Reims el 27 de junio de 1926;[300] por el *Nationaal Socialitische Beweging* en Utrecht el 7 de enero de 1933;[301] por los carlistas en El Quintillo (Sevilla) el 15 de abril de 1934;[302] por la BUF en la White City en junio de 1934;[303] o por los falangistas en los cines Europa y Padilla el 3 de febrero de 1936.[304] Estas reuniones constituían una nueva forma de concebir la política, en la que los participantes, por si solos, eran seres anónimos y sin sentido, pero que, como grupo, adquirían un significado y representaban el orden, la fuerza y el poder del movimiento.[305] Además, se pretendía que todos los asistentes compartieran una serie de símbolos y mitos investidos de un carácter sagrado que proporcionaban una identidad al colectivo con la finalidad de activar las emociones y mantener el espíritu de lucha de los participantes, de forma que, llegado el momento, sacrificaran su vida por una causa que era superior a ellos.[306]

Los milicianos tenían la misión de garantizar la protección de los actos, puesto que, en muchas ocasiones, estos terminaron en enfrentamientos causados por la irrupción de militantes de grupos rivales. Según Hitler, no se podía contar con la protección de las autoridades, porque la intervención de la policía beneficiaba a los perturbadores gracias a que el único resultado posible de dicha actuación era la disolución de la reunión.[307] En esta misma línea, Oswald Mosley consideraba que los *Blackshirts* eran la única herramienta que garantizaba la libertad de expresión de la BUF.[308] Como ejemplos de esta intervención paramilitar en la defensa de las reuniones fascistas, las SA combatieron contra los comunistas que irrumpieron en el mitin celebrado en la cervecería Hofbräuhaus el 4 de noviembre de 1921;[309] los camisas negras de la BUF pelearon contra los comunistas y los socialistas que irrumpieron en la concentración del teatro Olympia en junio de 1934;[310] o los falangistas de la Primera

[299] JATO, D., *La Rebelión de los estudiantes: apuntes para una historia del alegre S.E.U.*, s.n., Madrid, 1967, pp. 140-141.
[300] DOUGLAS, A., "Violence and Fascism…", p. 701.
[301] ALEGRE LORENZ, D., *Colaboracionistas*…, pp. 44-45.
[302] REDONDO, L. y DE ZABALA, J., *El Requeté (La Tradición no muere)*…, pp. 271-273; y UGARTE TELLERÍA, J., "Fal Conde: Carlismo y modernismo", *Revista Universitaria de Historia Militar*, vol. 7, n.º 13 (2018), p. 506.
[303] GOTTLIEB, J., "Body Fascism in Britain…", p. 124.
[304] "Falange Española, en los cines Europa y Padilla", *ABC (Madrid)*, 4 de febrero de 1936, p. 23-24.
[305] GOTTLIEB, J., "Body Fascism in Britain…", p. 121.
[306] MOSSE, G.L.; *La nacionalización de las masas*, Marcial Pons, Madrid, 2019, pp. 20-26 y 215.
[307] HITLER, A., *Mi lucha*, Verbum, Madrid, 2018, p. 214.
[308] MOSLEY, O., *Mi vida*, Luis de Caralt, Barcelona, 1973, p. 337.
[309] CASQUETE, J., *Nazis a pie de calle*…, pp. 51-55.
[310] MOSLEY, O., *Mi vida*…, pp. 332-333 y 337; y GOTTLIEB, J., "Body Fascism in Britain…", p. 125.

Línea de Oviedo protagonizaron un enfrentamiento con los izquierdistas durante un acto en Llanes (Oviedo) el 3 de febrero de 1936.[311] Con estas celebraciones, todos los participantes tenían un papel que ilustraba las jerarquías simbólicas del movimiento, desde el líder hasta sus seguidores; en ese orden, los milicianos tenían la función de proteger el acto de unos enemigos percibidos como una oposición amenazadora que no se paraba ante nada.

Los milicianos también reventaron actos organizados por sus adversarios. Así, por ejemplo, el 14 de septiembre de 1921, las SA asaltaron violentamente el mitin celebrado por la organización nacionalista *Bayerbund* en la cervecería Löwenbräukeller (Múnich);[312] los milicianos de AF lanzaron una ofensiva contra la reunión del *Faisceau* en la sala Horticulture (París) el 14 de noviembre de 1925; los activistas del *Faisceau* irrumpieron en una concentración de antifascistas italianos exiliados y socialistas franceses en la ciudad de Toulouse en junio de 1927;[313] o los falangistas asaltaron una exposición antifascista celebrada en el Ateneo de Madrid el 8 de agosto de 1934.[314] Ahora bien, no solo se originaron enfrentamientos dentro de los mítines, sino que, en muchas ocasiones, se entablaron combates después de que finalizara el acto como ocurrió, por ejemplo, en la localidad francesa de Angulema en julio de 1926, cuando los milicianos del *Faisceau* se enfrentaron a los comunistas a la salida de un acto;[315] en la ciudad alemana de Solingen el 8 de agosto de 1930, cuando siete nazis apedrearon desde un coche a un grupo de comunistas que volvían a casa después de asistir a una reunión;[316] o en Valladolid el 4 de marzo de 1934, cuando los falangistas combatieron contra los izquierdistas a la salida del mitin celebrado en el Teatro Calderón.[317]

A estos actos hay que sumar también el asalto de sedes de grupos rivales, como sucedió, por ejemplo, con los miembros de las *Légions* que asaltaron el cuartel de AF el 17 de noviembre de 1926,[318] o con los falangistas que irrumpieron en la sede de la CNT en Jerez de la Frontera en mayo de 1934.[319] Los milicianos de estos grupos también se enfrentaron a los izquierdistas en locales frecuentados por estos, como los miembros

[311] "Incidentes en un mitin falangista", *ABC (Madrid)*, 4 de febrero de 1936, p. 25.
[312] CASQUETE, J., *Nazis a pie de calle*…, p. 35.
[313] DOUGLAS, A., "Violence and Fascism…", pp. 692-693; y PUBILL BRUGUÉS, J., *Mort a la modernitat*..., p. 409.
[314] "Ateneo asaltado por un grupo de fascistas", *Heraldo de Madrid*, 9 de agosto de 1934, p. 13.
[315] DOUGLAS, A., "Violence and Fascism…", pp. 695-696.
[316] CASQUETE, J., *Nazis a pie de calle*…, p. 222.
[317] "Colisiones, cargas y disparos al terminar un mitin fascista en Valladolid", *Heraldo de Aragón*, 6 de marzo de 1934, p. 10; "Continuación del grandioso acto de Valladolid", *F.E.*, 8 de marzo de 1934, pp. 8-9; "En el teatro Calderón, de Valladolid, celebra un vigoroso acto de afirmación la Falange Española de las JONS", *La Nación*, 5 de marzo de 1934, pp. 6-7; y "Graves desórdenes en Valladolid", *La Vanguardia*, 6 de marzo de 1934, p. 28.
[318] DOUGLAS, A., "Violence and Fascism…", pp. 692-692.
[319] "Un grupo de fascistas irrumpe en un local de afiliados a la C.N.T.", *El Sol*, 29 de mayo de 1934, p. 5.

de las SA que se pelearon con unos comunistas en una taberna localizada en la Alexanderplatz de Berlín el 10 de septiembre de 1931,[320] y asaltaron las oficinas de periódicos contrarios, como los milicianos de las *Légions* que irrumpieron las oficinas del diario *L'Avenir de la Meuse* en Verdún el 14 de noviembre de 1926.[321]

Por su parte, los izquierdistas también arremetieron contra locales y sedes de los partidos fascistas y monárquicos. Así, por ejemplo, los milicianos del KPD cometieron atentados en las tabernas frecuentadas por los miembros de las SA, como sucedió el 9 de septiembre de 1931 en un local de Kreuzberg (Berlín) o el 12 del mismo mes en una taberna del barrio berlinés de Schöneberg.[322] Los socialistas y los miembros de los sindicatos obreros también asaltaron las imprentas de Falange, como ocurrió a inicios de febrero de 1934,[323] y atacaron sus locales, como sucedió el 5 de febrero de 1936 en la Cuesta del Progreso (Granada).[324] Los milicianos de los partidos fascistas tenían la misión de mantener la seguridad y de proteger sus locales e imprentas ante los ataques de las organizaciones rivales.

Las continuas agresiones tenían como objetivo final la derrota del enemigo y la conquista de la calle, que se estableció como campo de batalla. Para estos grupos, el dominio de la calle era una condición necesaria para la consecución de su objetivo final: la conquista del poder. Esta ola de enfrentamientos violentos que proliferaron en Europa durante los años veinte y treinta terminaban con heridos y muertos la mayoría de las veces, lo que comportó que, en algunos países, como en Alemania, se pueda hablar de guerra civil larvada. Con estos combates callejeros se pretendía el sometimiento y la eliminación del adversario político debido a la visión que se tenía de este como alguien que representaba todos los valores contrarios a los que se defendían. Esta percepción del oponente político como enemigo y de la política como campo de batalla estaba motivada por la deshumanización del adversario, lo que pavimentó el camino a la conquista del poder de movimientos brutales, como el fascismo en Italia o el nazismo en Alemania.[325]

Cabe destacar el racismo de los fascistas.[326] Estos declaraban que su principal objetivo era la purificación étnica de la sociedad mediante la violencia como herramienta de una campaña sistemática de identificación y destrucción del enemigo, es decir, de

[320] ROSENHAFT, E., "Guerra callejera" en RICHARD, L. (ed.), *Berlín 1919-1933*…, p. 209.
[321] DOUGLAS, A., "Violence and Fascism…, p. 692; y PUBILL BRUGUÉS, J., *Mort a la modernitat...*, pp. 423-424.
[322] ROSENHAFT, E., "Guerra callejera" en RICHARD, L. (ed.), *Berlín 1919-1933*…, p. 209.
[323] "Anoche estalló una bomba en la imprenta de "F.E."", *El Debate*, 2 de febrero de 1934, p. 3.
[324] "Intento de asalto al local de Falange Española de Granada", *ABC (Madrid)*, 6 de febrero de 1936, p. 36.
[325] CASQUETE, J., *Nazis a pie de calle*…, p. 160.
[326] REICHARDT, S., "Fascist Communities of Action and Violence: A Praxeological Approach", en IOARDACHI, C. y KALLIS, A. (eds.), *Beyond the Fascist Century*…, pp. 57-58.

los sectores de la población considerados dañinos para la salud de la nación. Especialmente en Alemania, entre estos colectivos considerados perjudiciales, cabe destacar a los judíos, quienes fueron perseguidos, acosados, insultados y agredidos físicamente. Así ocurrió, por ejemplo, el 15 de junio de 1930, cuando los miembros de una escuadra de las SA irrumpieron en Wannsee cantando canciones del partido y portando una bandera con la esvástica para golpear a bañistas judíos; en 1931, cuando los milicianos nazis realizaron una batida en la avenida berlinesa de Kurfürsterdamm armados con pistolas, palos, puños americanos, navajas y pistolas para agredir a los judíos y aquellas personas que respondieran al estereotipo que de ellos tienen los nazis; o, en enero de 1932, cuando 40 efectivos de las SA penetraron en la universidad de Berlín para agredir a varios miembros de una asociación de estudiantes judíos.[327] Así pues, mediante el uso de la violencia contra sus enemigos, los fascistas pretendían realizar una reconstrucción palingenésica de la nación -concebida como una comunidad biológica e histórica de individuos afines- que se encontraba, según ellos, amenazada por elementos extraños.[328] Por lo tanto, el renacimiento palingenésico defendido por los fascistas exigía de una experiencia de depuración, limpieza y derrumbe de la sociedad existente, para, así, a partir de las ruinas, construir una nueva nación libre de elementos *perjudiciales*.

No se acaban con lo anteriormente expuesto las funciones de estas organizaciones milicianas. En caso de huelga, los partidos fascistas y monárquicos ofrecieron sus milicias a las autoridades para garantizar el orden público y, según ellos, defender la sociedad amenazada por los agitadores. Ello conllevó a la presencia de sus activistas en las calles para enfrentarse a los huelguistas como sucedió, por ejemplo, con los miembros de la *Croix de Feu* que combatieron contra los manifestantes de París durante la huelga del 6 de febrero de 1934;[329] o con los falangistas que lucharon en las calles de Asturias contra los insurrectos durante la revolución de octubre de 1934.[330] Los milicianos también ocuparon los puestos de trabajo abandonados por los huelguistas como ocurrió, por ejemplo, con los miembros de la Segunda Línea de Falange y con los requetés durante la insurrección de octubre de 1934 que condujeron ferrocarriles, colaboraron con el suministro de gas y electricidad, o protegieron los coches que traían comida. Aunque estas milicias apoyaron a las autoridades frente a los manifestantes,

[327] CASQUETE, J., *Nazis a pie de calle*…, pp. 130-131.
[328] RODRIGO, J, y FUENTES, M., *Ellos, los fascistas*…, pp. 51-52.
[329] KALMAN, S., *The extreme right in interwar France. The Faisceau and the Croix de Feu*, Routledge, Nueva York, 2008, p. 7.
[330] "La actuación de Falange Española de las «JONS» en los pasados sucesos revolucionarios", *La Nación*, 31 de octubre de 1934, p. 9; MONTES AGUDO, G., *Vieja Guardia*…, p. 233; y BRAVO MARTÍNEZ, F., *Historia de Falange Española de las JONS*…, pp. 32-33.

los partidos monárquicos adoptaron una actitud parecida al fascismo que se caracterizaba por su falta de compromiso con el régimen liberal.[331]

A pesar de que todos estos grupos participaron en acciones violentas contra sus oponentes, no todas las unidades paramilitares hicieron un uso despiadado de la violencia contra sus adversarios, como fue el caso de los falangistas en sus primeros momentos, de los milicianos del *Faisceau* o de los rexistas belgas; sin embargo, en algún momento protagonizaron alguna ofensiva violenta sin la aprobación de los mandos centrales del partido como ocurrió, por ejemplo, en junio de 1927, cuando los fascistas franceses irrumpieron violentamente en una concentración en Toulouse;[332] o a mediados de junio de 1934, cuando varios milicianos de la Primera Línea de Falange dispararon contra un grupo de socialistas que terminó con la muerte de la socialista Juanita Rico.[333] Ante esta relativa moderación en el uso de la violencia, se puede considerar que estos grupos priorizaron una actuación más defensiva, lo que hizo que, por parte de algunos sectores de opinión, fueran percibidos menos como verdugos que como víctimas de los ataques recibidos por los miembros de las organizaciones rivales. Esto generó que hubiera sectores dentro de estos partidos que, como el liderado por el aviador Juan Ansaldo en Falange, fueran partidarios de responder con mayor contundencia los ataques recibidos, lo que los llevó a protagonizar choques con la autoridad central del partido. Esta diferencia en el uso de la violencia debería llevarnos a tener una visión más matizada de la violencia fascista, valorando el contexto histórico y político en el que se encontraban, y la capacidad de los activistas de cada movimiento para emplearla.

En todo caso, la peculiaridad de los partidos fascistas se encontraba en su activismo violento, lo que les permitió consolidarse en el escenario político, y en aprovechar las oportunidades de cada momento. Gracias a sus secciones milicianas, estas organizaciones consolidaron un espacio como cultura política mediante la combinación de la vía parlamentaria y, principalmente, de la vía armada, que podía llegar a ser incluso insurreccional. Esta necesitaba de una estrategia conspirativa muy bien definida, una fuerza de choque bien organizada, la militarización de la estructura del partido y la celebración de grandes concentraciones con consignas e insignias, en

[331] GONZÁLEZ CALLEJA, E. y AROSTEGUI, J., "La tradición recuperada…", p. 45.
[332] DOUGLAS, A., "Violence and Fascism…", p. 692.
[333] "En la calle de Eloy Gonzalo, unos desconocidos, entre los que se hallaba una mujer, tirotean a un grupo de excursionistas", *La Nación*, 11 de junio de 1934, p. 3; "En la calle de Eloy Gonzalo", *El Sol*, 12 de junio de 1934, p. 2; XIMÉNEZ DE SANDOVAL, F., *José Antonio*…, p. 221; y PAREJO, J.A., "De puños y pistolas…", pp. 136-137.

las que los milicianos participaron para templarse ante la posibilidad de un golpe.[334] Por lo tanto, los movimientos fascistas lograron expandir su base social gracias a que muchos individuos estaban impresionados por su aparente eficacia, su dinamismo, su disciplina y su cohesión en contraste con la debilidad de la democracia liberal y de los partidos tradicionales, lo que comportó que el fascismo fuera percibido como una *tercera vía* que buscaba establecer un nuevo orden entre el liberalismo y el comunismo. Por esta razón, las organizaciones monárquicas, como la CT o AF que organizaron sus milicias antes que los partidos fascistas, adoptaron algunos métodos empleados por el fascismo como, por ejemplo, la celebración de actos con una gran presencia de símbolos investidos de un carácter sagrado.

Por lo tanto, la desarticulación de los grupos paramilitares en 1923 no comportó la desaparición de la cultura miliciana en Europa, pues esta se mantuvo gracias a las organizaciones monárquicas que organizaron sus propias secciones armadas y a los movimientos fascistas que se constituyeron como partidos-milicia. Dicho esto, los milicianos de estas entidades protagonizaron enfrentamientos con los activistas de los demás grupos durante la venta de la prensa del partido en la calle; durante la celebración de mítines, o a la salida de estos; irrumpieron en locales frecuentados por los izquierdistas; asaltaron las sedes e imprentas de las organizaciones rivales; arremetieron contra los colectivos percibidos como peligrosos para la nación; y participaron en actos para ocupar el espacio público. Por lo tanto, la violencia impregnó la estética y los símbolos de estas organizaciones, así como las acciones y la vida diaria de sus miembros.

En resumen, el fenómeno paramilitar en Europa no tiene su origen después de la primera guerra mundial, sino que apareció a finales del siglo XVIII con la Revolución Francesa. Posteriormente, esta cultura se expandió por el continente como respuesta a la amenaza ideológica y militar francesa, lo que comportó que los realistas estructuraran sus propias unidades como herramienta para enfrentarse a las tropas de Napoleón, primero, y a los liberales, después. Por su parte, estos últimos crearon sus milicias como instrumento para defender el liberalismo. A su vez, los primeros grupos armados del siglo XX no fueron organizados después de la primera guerra mundial, puesto que algunas guardias cívicas y milicias fueron creadas antes de 1914 para mantener el orden y acabar con los estragos ocasionados en las movilizaciones obreras. Ya en la posguerra, los grupos paramilitares y las guardias cívicas se encargaron de mantener el orden durante las huelgas, combatir y *castigar* a los revolucionarios, y proteger las

[334] UGARTE TELLERÍA, J., "Fal Conde: Carlismo y modernismo…", p. 507; y SEVILLANO CALERO, F., *La Europa de entreguerras*…, p. 177.

fronteras, todo ello con un empleo despiadado de la violencia. Al no considerarlas ya necesarias tras conseguir la estabilidad económica y política, las autoridades aprobaron decretos para limitar paulatinamente el poder de las milicias hasta su completa desaparición o incorporación en el ejército. Sin embargo, la cultura miliciana se mantuvo presente a partir de 1923 gracias a las organizaciones políticas que estructuraron sus propias secciones paramilitares para enfrentarse al adversario político en la calle, proteger a los dirigentes del partido, y defender sus valores que, según los activistas de estos grupos, estaban amenazados por el enemigo.

3. Milicias de Falange durante los años de la República en paz

El escenario político español de los años treinta se caracterizó por el auge de las ideologías militaristas y de las prácticas violentas por parte de unas entidades políticas que se organizaron para enfrentarse al adversario fuera del parlamento. Los integrantes de estos grupos consideraban que los mecanismos gubernamentales eran incapaces de solventar la crisis y el conflicto social del momento. No obstante, la presencia de bandas integradas por civiles armados en la vida política española no era un fenómeno nuevo. Las manifestaciones de carácter decimonónico protagonizadas por el militarismo carlista o el Somatén durante la crisis de la Restauración se transformaron o dejaron paso a nuevas formas de movilización callejera por parte de los grupos políticos de los años de la República en paz.[335] Así pues, las movilizaciones de este periodo tenían una naturaleza claramente diferenciada de las manifestaciones de los años anteriores debido, fundamentalmente, a la militarización de la política como consecuencia de la aparición de partidos-milicia, como FE, y de partidos que, como la CT o el PCE, organizaron sus propias unidades paramilitares. Estas escuadras se caracterizaban por su organización, su férrea disciplina, su jerarquía y su parafernalia militar. Su misión principal era la eliminación física del oponente; siendo su último objetivo, declarado explícitamente o no, la conquista del poder mediante el uso de la violencia.

Asimismo, estas unidades paramilitares daban una función complementaria a la organización política a la que pertenecían. La teorización sobre el uso de la violencia de los dirigentes de estos partidos implicaba que esta se insertara como un instrumento más dentro de la táctica de enfrentamiento político establecida por el propio grupo.[336] Por lo tanto, los partidos-milicia no eran organizaciones convencionales que respetaban las reglas del juego parlamentario, porque su estrategia consistía en una doble vía que se caracterizaba por la participación en las elecciones y en los debates parlamentarios, a la vez que sus milicianos -siempre preparados para la acción armada y dispuestos a usar la fuerza para decidir las disputas políticas- protagonizaron acciones violentas contra sus oponentes. Aunque estas entidades no disponían de los recursos necesarios para desafiar frontalmente al gobierno ni organizar una movilización popular para poner fin al régimen republicano, la presencia de las milicias implicaba que estos partidos siempre tuvieran en mente la vía insurreccional.

[335] GONZÁLEZ CALLEJA, E., “Camisas de fuerza…”, p. 55.
[336] AROSTEGUI, J., GONZÁLEZ CALLEJA, E. y SOUTO, S., “La violencia política en la España del siglo XX”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, n.º 20 (2000), p. 77.

Este fenómeno miliciano afectó a casi todas las tendencias partidistas, siendo las organizaciones fascistas, como las JONS o FE, las que más recurrieron a la creación de grupos armados como herramienta de acción política, haciendo que sea casi imposible disociar el partido de sus unidades paramilitares, debido a que estas entidades consideraban que las secciones milicianas eran un elemento natural que estaba inscrito en el ideario de la propia organización.[337] Este fenómeno también afectó a partidos de extrema derecha, como el Partido Nacionalista Español que creó sus Legionarios de España. En esta misma línea, las organizaciones monárquicas también estructuraron sus propias secciones paramilitares. Entre ellas cabe destacar el Requeté que contaba con una larga tradición combativa y llegó a su mayor desarrollo durante estos años. Por su parte, RE intentó constituir sin éxito sus propias milicias, las Guerrillas de España. A diferencia de los fascistas, estos partidos no fueron concebidos como un partido-milicia, sino que, sus unidades armadas, con unas funciones específicas, estaban ideadas como unas secciones anexas a la organización. Ahora bien, no todos los grupos de la extrema derecha crearon sus propias secciones milicianas. Este fue el caso de la CEDA. Sus dirigentes cedieron el uso de la violencia a su sección juvenil, la Juventud de Acción Popular (JAP), para que desempeñara una función similar a las milicias de partido.[338] Pese a que la JAP adoptó algunos rasgos característicos de las milicias, como el uso de uniformes, los saludos militares, la celebración de concentraciones masivas, la exaltación mesiánica del *Jefe* o la elaboración de un programa similar al de Falange, no se la puede considerar una organización miliciana porque Gil Robles nunca la concibió como tal, pues defendía que el ejército era el verdadero brazo armado de la nación.

A diferencia de los demás partidos de la derecha, Falange hizo un uso de la violencia como arma política que se caracterizaba por su carácter quirúrgico. Esta servía como elemento regenerador y de creación de una nueva comunidad nacional en la que se buscaba la eliminación de aquellos individuos considerados nocivos para su desarrollo. Para ello, los milicianos de Falange reventaron mítines de los grupos de izquierda, asaltaron locales de organizaciones rivales y provocaron enfrentamientos en la calle con los activistas de estos grupos. Por su parte, la violencia ejecutada por el Requeté apenas se diferenciaba de las acciones violentas realizadas por los falangistas,

[337] GONZÁLEZ CALLEJA, E., "Los pistoleros azules. Milicias fascistas y violencia política en la Segunda República española". http://www.sbhac.net/Republica/Introduccion/Conspira/Falangistas.htm [Última consulta: 10 de mayo de 2023]

[338] GONZÁLEZ CALLEJA, E., "La dialéctica de las pistolas. La violencia y la fragmentación del poder político durante la Segunda República" en MUÑOZ, J, LEDESMA, J.L. y RODRIGO, J. (eds.), *Culturas y políticas de la violencia*…, p. 129; y ÁLVAREZ TARDÍO, M., "La CEDA y la democracia republicana" en DEL REY, F. (ed.), *Palabras como puños*…, pp. 387-388.

ya que sus milicianos también protagonizaron escaramuzas con sus rivales. Ahora bien, a pesar de que los miembros de la JAP se enfrentaron a sus adversarios, tanto en la CEDA como en RE, a diferencia de Falange y de la CT, la violencia estaba presente, fundamentalmente, en los discursos de sus dirigentes. Esta retórica violenta se debía a que el fascismo impregnó con mayor o menor intensidad el conjunto de las prácticas contrarrevolucionarias por medio de unas tácticas de combate renovadoras que consistían en una administración sistemática de la violencia contra el adversario. Así pues, el uso de la violencia hizo posible la unión de todos los sectores de la contrarrevolución, a la vez que propició la militarización de la vida política.

Por su parte, los partidos de izquierda también disponían de sus propias unidades paramilitares. En estos, a diferencia de la concepción partido-milicia de los movimientos fascistas, la milicia era una estructura anexa al partido con unas funciones específicas. Así, por ejemplo, los comunistas organizaron las MAOC, mientras que los socialistas también disponían de sus propias secciones milicianas. En cambio, la CNT no constituyó unidades paramilitares hasta el inicio de la guerra. A pesar de no organizar sus propias secciones milicianas, los miembros más activos del anarquismo protagonizaron varios intentos insurreccionales, como el de enero de 1933 en Casas Viejas (Cádiz).

En resumen, la mayoría de las fuerzas políticas partieron del axioma del estilo militar de la política. Disponían de un grupo armado que sirvió como instrumento para proteger a los dirigentes y a los activistas del partido ante posibles agresiones, y defender sus valores que, según los militantes de estas organizaciones, estaban amenazados por el adversario. En realidad, sin embargo, los milicianos protagonizaron actos provocativos que normalmente se convirtieron en enfrentamientos callejeros, cuando no realizaron acciones directamente ofensivas. Por lo tanto, el fenómeno paramilitar en la política tenía unos caracteres completamente nuevos que no se encontraban en las milicias del siglo XIX, ni en los grupos paramilitares ni en las guardias cívicas del periodo de entreguerras.

3.1. Nacimiento de las milicias falangistas

Desde la misma fundación de FE a finales de 1933, sus líderes presentaron el partido como un grupo de acción y de lucha directa que pretendía poner fin a la crisis política y social ocasionada, según los propios falangistas, por el régimen republicano, acabar con la *degeneración* de la sociedad española y defender valores *esenciales* como la religión o la tradición. La disposición combativa de los falangistas se puede apreciar en el mismo nombre de la organización, ya que la propia palabra “Falange” se

utilizó para referirse al cuerpo de infantería pesada que formaba parte de la principal fuerza de los ejércitos de la antigua Grecia. Igualmente, cabe destacar que en el formulario para inscribirse en el partido se preguntaba si el nuevo militante disponía de *bicicleta* para referirse a si este tenía armas de fuego, mientras que los excombatientes que se dieron de alta debían hacer constar su historial militar.

La disposición combativa de Falange también puede apreciarse en el punto 26 de su programa, que consideraba la vida como milicia.[339] Ello comportó que el activismo en el partido fascista español se rigiera por principios que, como la disciplina, la camaradería, el sacrificio o la abnegación, hicieron que el miliciano debiera estar preparado para el combate y, llegado el momento, emplear la fuerza en la defensa de un ideal considerado sagrado.[340] En Falange también se recompensaba y premiaba a los escuadristas que mostraban su entrega a la causa y a los que tenían un comportamiento singular. Para ello, el 27 de noviembre de 1934 se estableció el Reglamento de la Primera Junta de Recompensas.[341] Entre los activistas premiados estaban, por ejemplo, el escuadrista de la primera centuria madrileña Ángel Alcázar de Velasco y los falangistas bilbaínos Carlos Thomás, Saturnino Pérez y Eusebio Martín Bua con la Palma de Plata por su intervención en los hechos de octubre de 1934;[342] o el subjefe de las milicias de Sevilla, Eduardo Rivas López, a quien se le concedió la Palma de Plata por su participación en los enfrentamientos de Aznalcóllar del 29 y 30 de abril de 1935.[343]

Como sus homólogos europeos, Falange también otorgaba una gran importancia a los valores marciales. Dicha militarización conllevó al uso de expresiones con un fuerte componente emocional y un significado próximo a la provocación del rival.[344] Los falangistas utilizaron un lenguaje y una simbología violenta que se caracterizaba por un léxico político lleno de términos militares, como autoridad, disciplina o instrucción, para referirse a la organización de sus escuadristas; militantes o milicianos, para mencionar

---

339 "Puntos iniciales", *F.E.*, diciembre de 1933, pp. 6-7; y DÁVILA, S. y PEMARTÍN, J., *Hacia la historia de la Falange: primera contribución de Sevilla, Jerez Industrial, Jerez,* 1938, p. 28.

340 XIMÉNEZ DE SANDOVAL, F., *José Antonio, biografía apasionada*…, p. 144; y PRIMO DE RIVERA, J.A., *Obras. Edición cronológica*, Delegación Nacional de la Editorial Almena, Madrid, 1970, p. 93.

341 JEREZ RIESCO, J.L., *Elegidos para la gloria: Palmas de Plata de la Falange*, Barcelona, Nueva República, 2003, p. 22; y PÉREZ GARCÍA, M. P. A., *Palabras en azul. Aportes para un diccionario falangista*, Ediciones Barbarroja, Madrid, 2011, p. 241.

342 MONTES AGUDO, G., *Vieja Guardia,* Ediciones Afán, Madrid, 1939, pp. 233; JEREZ RIESCO, J.L., *Elegidos para la gloria*…, p. 46; e Íd., *José Antonio, fascista*, Ediciones Nueva República, Molins de Rei, 2003, pp. 61-62.

343 JEREZ RIESCO, J.L., *Elegidos para la gloria*…, pp. 145-146.

344 GONZÁLEZ CALLEJA, E., "La violencia política y la crisis de la democracia republicana (1931-1936)" *Hispania Nova*, n.º 1 (1998-2000). Artículo 3. http://hispanianova.rediris.es/general/articulo/003/art003.htm [Última consulta: 11 de mayo de 2023]; Íd., "Aproximación a las subculturas violentas de las derechas antirrepublicanas españolas…", pp. 68-69; Íd., "The symbolism of violence during the Second Republic in Spain, 1931-1936" en EALHAM, C. y RICHARDS, M. (eds.), *The Splintering of Spain Cultural History*…, p. 35; e Íd., "La violencia y sus discursos…", pp. 93-94.

a los activistas del partido; enemigo o victoria, para referirse al combate con el adversario político; o movilizaciones o marchas para aludir los actos de la organización. De este modo, los falangistas ocultaban una indigencia doctrinal y unos contenidos ideológicos imprecisos e incongruentes. En las concentraciones del partido también se respiraba un ambiente castrense gracias a los milicianos que estaban en formación, a las banderas y estandartes del partido, a los discursos cargados con referencias bélicas, así como a la lista con los nombres de los activistas fallecidos escritos en oro detrás de la tribuna del orador.

Igualmente, la obediencia era la virtud militar más importante del falangista. Dicho esto, Falange era una organización fuertemente jerarquizada en la que las órdenes se transmitían de *arriba abajo* para evitar que no se tomara ninguna decisión sin el consentimiento de la cúpula dirigente. Para frenar cualquier actuación no autorizada por sus jefes, los falangistas sostenían que era mejor seguir las instrucciones, por erróneas que fueran, que actuar movidos por ocurrencias personales, porque el *daño* podría ser más grave.[345] Por esta razón, se estimaba que el escuadrista debía tener una fe inquebrantable en el mando y obedecer las órdenes sin titubear, porque se consideraba que, gracias a que tenían información que sus hombres desconocían, los jefes siempre sabían qué hacer, y que nunca se equivocaban. Asimismo, a los dirigentes se les presuponían unas cualidades que los hacían dignos de ocupar un puesto en la jefatura, ya que, como movimiento fascista, en Falange, las diferencias de edad y de clase entre sus miembros fueron sustituidas por unas relaciones jerárquicas basadas en los méritos.[346]

Como organización con una fuerte jerarquía, la sumisión al líder estaba forjada en la confianza y estaba regulada por la disciplina. Los falangistas defendían que la unidad de mando y la jerarquía aseguraban la máxima eficacia táctica, la «pureza de la doctrina y la eliminación de los elementos indeseables».[347] Por lo tanto, se esperaba que el activista se comportara como deseaban sus jefes. En este sentido, el miliciano no podía mostrar un comportamiento que no se encuadrara dentro de la masculinidad normativa, definida esta sobre unas determinadas cualidades y atributos: serenidad, disciplina, tenacidad, autocontrol e impasibilidad. Así pues, el falangista debía despreciar la muerte, mantenerse impávido frente al peligro y mantener una alegre indiferencia combativa durante el cumplimiento de su misión, así como ser capaz de

[345] "Unidad de mando", *Libertad*, 18 de mayo de 1934, p. 2; e Ibid., p. 40.
[346] "Disciplina", *F.E.*, 18 de enero de 1934, p. 1.
[347] "Unidad de mando", *Libertad*, 18 de mayo de 1934, p. 2.

controlar sus pasiones, emociones y deseos a pesar de las dificultades.[348] Por esta razón, los falangistas señalaban que el miliciano que no obedeciera las órdenes y no tuviera un comportamiento que no se encuadrara dentro de esta masculinidad normativa era considerado débil y afeminado, y era contemplado con desdén, lo que significaba que ya no tendría cabida en el partido,[349] porque, como señaló el falangista Juan Bautista Pérez de Cabo, Falange era un «movimiento militante con moral de señores, que es, ante todo, sumisión a la norma y a las categorías jerárquicas».[350] En definitiva, en el momento en el que ingresó en Falange, el escuadrista perdía su identidad y pasaba a formar parte de un grupo sometido a una disciplina que era aceptada de abajo arriba.

La arrogancia era otro aspecto característico de la masculinidad falangista. Los militantes de Falange señalaban que no les importaba ser detenidos o fallecer durante el cumplimiento de su misión, porque contemplaban la cárcel y la muerte como actos de servicio.[351] En relación con los activistas fallecidos, esta arrogancia también se puede apreciar, por ejemplo, en artículos como el publicado en *Arriba* el 21 de noviembre de 1935 titulado "No Importa", en el que se dijo lo siguiente: «¡VEINTIDOS MUERTOS! No importa. Morirán más».[352] Igualmente, esta chulería puede verse en el propio título de la publicación falangista de los meses de clandestinidad: *No Importa*.[353] Otra buena muestra de arrogancia se puede apreciar en la despreocupación ante la muerte por parte de los milicianos amenazados. En sus publicaciones, los falangistas señalaban que, sin aceptar la ayuda de ningún camarada, salían a la calle para cumplir con su deber conscientes de que «la muerte los aguarda en cualquier callejón».[354]

A ello hay que sumarle el sentido militar y religioso del activista de Falange. Los falangistas interpretaban la religión de una manera muy similar a la del cristianismo primitivo, en el que predominaba el ascetismo y la vida monacal. Dicho esto, desde el punto de vista religioso, la función del escuadrista consistía en ejercer de punta de lanza de la cristiandad como habían hecho los guerreros de la religión en el pasado. En esta

---

[348] "Miedo", *F.E.*, 26 de abril de 1934, p. 4; JATO MIRANDA, D., "Nosotros y la muerte", *Haz*, 12 de octubre de 1935, p. 22; "Falange Española de las JONS en Andalucía", *Arriba*, 26 de diciembre de 1935, pp. 2-3; MONTES AGUDO, G., *Vieja Guardia*…, pp. 147 y 189-190; CORNIERO SUÁREZ, A., *Diario de un rebelde: 14 abril de 1931-14 abril de 1939. La República, la Falange y la Guerra*, Barbarroja, Madrid, 1991, p. 107; VINCENT, M., "La reafirmación de la masculinidad en la cruzada franquista", *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 28, n.º 28 (2006), pp. 138-140 y 144; y Eduardo GÓNZALEZ CALLEJA: *Contrarrevolucionarios*…, p. 210.
[349] LLUCH F. VALLS, F., *Semilla azul*, Hº Paulino Ventura, Granada, 1939, p. 100.
[350] BAUTISTA PÉREZ DE CABO, J., *¡Arriba España!*..., p. 39.
[351] "La muerte es un acto de servicio", *F.E.*, 1 de febrero de 1934, p. 10; y "La prisión es un acto de servicio", *F.E.*, 13 de julio de 1934, p. 5.
[352] "No Importa", *Arriba*, 21 de noviembre de 1935, p. 6.
[353] Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: *Contrarrevolucionarios*…, p. 210.
[354] "Matías Montero ¡Presente!", *F.E.*, 22 de febrero de 1934, p. 8; "A los dos años de un asesinato que conmovió a España", *Haz*, 14 de febrero de 1936, p. 5; y XIMÉNEZ DE SANDOVAL, F., *Camisa Azul*…, pp. 20-21.

conceptualización se puede apreciar una relación entre fe y fascismo, que no es otra consideración que la del falangista como monje-soldado.[355] Falange atribuía a sus milicianos un sentido de humildad que estaba intrínsecamente relacionado con una concepción determinada del catolicismo, lo que supuestamente generó una cierta consideración respecto al adversario y una voluntad de perdón hacia el mismo.[356]

En este sentido, los falangistas buscaban crear un estilo de conducta y una moral ejemplarizante para presentar a Falange como una entidad diferente a una formación partidista.[357] Así pues, a diferencia de los demás partidos, Falange era descrita como una organización que no se limitaba a agrupar militantes alrededor de un programa, sino como un movimiento que aspiraba a tener "hombres" y "mujeres" […] entregados a la abnegación del servicio» e «infundirles una moral, un estilo y una conducta».[358] Este *estilo* permitió vincular la estética y la política de la organización, y proyectar hacia el exterior la manera de ser falangista mediante normas, ideas, símbolos y modos sentimentales.[359]

Igualmente, la militancia en Falange y la camaradería pasaron a ser el centro de la vida del escuadrista, lo que comportó que los lazos con sus compañeros fueran cada vez más estrechos, mientras que la relación con sus familiares, amigos y compañeros de trabajo se debilitaron. De esta forma, el activismo político se convirtió, prácticamente, en la única socialización del miliciano debido a la *sustitución* de las amistades del *mundo exterior* por la fraternidad con sus correligionarios.[360] Como consecuencia de ello, se anestesió y eliminó cualquier sentimiento de responsabilidad personal hacia el adversario, así como contra los traidores. Ello hizo que las acciones violentas contra estos últimos fueran muy duras como sucedió, por ejemplo, con el exanarquista Francisco López Sánchez, quien fue asesinado el 18 de agosto de 1934 en el Paseo de Perales de Madrid, al parecer, por informar a la policía sobre un intento de voladura de los talleres del diario *Heraldo de Madrid*.[361] O con Nazario Cuadrado Meneses, quien fue engañado por unos activistas de la Falange de Madrid para que acudiera al local de FE de las JONS en la calle Nicasio Gallego el 23 de octubre de 1935. Una vez allá, mientras lo amenazaban y lo agredían, los falangistas intentaron obligarlo a confesar

[355] ALONSO IBARRA, M., "Excombatientes. Un análisis del fascismo español a través de las memorias de los soldados de Falange" en ORTEGA LÓPEZ, T.M. y DEL ARCO BLANCO, M.A. (eds.), *Claves del mundo contemporáneo*…, p. 9.
[356] Ibid., p. 11.
[357] "¡Arriba España!", *Arriba*, 6 de febrero de 1936, p. 1.
[358] "Justificación de la violencia", *No Importa*, 2 de junio de 1936, p. 1.
[359] GONZÁLEZ CALLEJA, E., *Contrarrevolucionarios*…, p. 200.
[360] REICHARDT, S., "Violence and Community…", pp. 292-294.
[361] ANSALDO, J.A., *¿Para qué…? De Alfonso XIII a Juan III*, Editorial Vasca Ekin, Argentina, 1952, p. 78**;** y GONZÁLEZ CALLEJA, E., *Contrarrevolucionarios*…, p. 223.

que era un confidente de los comunistas para llevarlo a El Pardo y asesinarlo. Al negarse a declarar, sus interrogadores lo encerraron en una habitación de la que consiguió escapar la tarde del día siguiente.[362] Por lo tanto, tras ingresar en Falange, el escuadrista no podía echarse atrás porque quedó gradualmente capturado en una estructura que funcionaba como una comunidad en la que la jerarquía, la camaradería, la violencia y la solidaridad estaban estrechamente entrelazadas.

Por otra parte, Falange tenía la necesidad de disponer de grupos de choque para enfrentarse al enemigo fuera del Parlamento debido a su percepción de la calle como campo de batalla. Los falangistas estimaban que el combate sería difícil por la capacidad del adversario de movilizar una gran cantidad de medios para «perturbar el orden», provocar destrozos y causar un gran número de víctimas.[363] Así pues, el espacio público se convirtió en el campo de batalla de las distintas culturas políticas en disputa, es decir, un frente de combate que debía ser conquistado. Como señaló el falangista Ruiz de Alda,

> La calle. Esta palabra nos dice un objetivo que tenemos que conquistar pronto. […] Para conquistarla hay que saber moverse en ella; para ello, no hace falta movilizar masas diariamente: tienen que ser grupos ágiles (nuestras escuadras), las que no tienen que desperdiciar ninguna ocasión para actuar; no me refiero a los golpes, sino a la presencia, al grito, a la discusión, a tener al mando siempre el reconocimiento de todo lo que ocurre, a utilizar bien los enlaces, a tener estudiadas, las concentraciones, etc. etc.[364]

Como se ha puesto de manifiesto, el activismo en el partido fascista español significaba militar en una organización de combate con una fuerte disciplina y jerarquía, en la que sus escuadristas lucharon con el enemigo en la calle en un contexto de situación política y social juzgada como insoportable y adversa. En definitiva, Falange no era el lugar más adecuado para aquellos que buscaban una militancia segura y sin riesgos, puesto que podría decirse que sus activistas contrajeron matrimonio con el peligro.[365]

Para entender el fracaso del fascismo en España en su intento de acceder al poder antes de la guerra, hay que comprender la debilidad del partido fascista español y de sus milicias en comparación con otros movimientos fascistas europeos que, como los *fasci* en Italia y los nazis en Alemania, conquistaron el poder sin necesidad de una

[362] AHN, FC-AUDIENCIA_T_MADRID_CRIMINAL, 35, Exp.1.
[363] MARTÍNEZ DE BEDOYA, J., "Los enemigos están en la calle", *Libertad*, 18 de diciembre de 1933, p. 2.
[364] RUIZ DE ALDA, J., *Obra completa,* Ediciones FE, Madrid, 1939, p. 227.
[365] PAREJO FERNÁNDEZ, J.A., *"*De puños y pistolas…", p. 133.

guerra. Como principal diferencia, el fascismo español carecía de una clase media excombatiente dotada de los valores propios de su formación, de su medio cultural y de sus referentes ideológicos -entre los que se encontraban el temor a la pérdida de estatus y su deseo de recuperarlo. Esta carencia de una base social que empujara en la línea de un nacionalismo desarraigado, envilecido en las trincheras, y exaltado por la experiencia comunitaria y la fascinación destructiva que movió a muchos jóvenes italianos y alemanes a unirse a estos partidos fascistas estaba en la base que caracterizaba la debilidad inicial del fascismo español.[366] Esto se debió a que, a diferencia de Italia y Alemania, en España no había una masificación del nacionalismo de una clase media excombatiente a causa de la neutralidad española en la Gran Guerra y la dictadura del general Miguel Primo de Rivera que, para los fascistas españoles, era un intento de revolución frustrada y un aplazamiento de la organización del fascismo en España.[367]

Ahora bien, a diferencia de experiencias fascistas europeas como los *fasci*, los nazis o el *Faisceau*, los primeros grupos fascistas españoles, *La Conquista del Estado* y las JONS, no se organizaron hasta marzo y octubre de 1931, respectivamente. Esto no implicaba la presencia de un partido fascista en España que había llegado tarde, sino, al contrario, pues nos encontramos ante la existencia de una organización con unos planteamientos, en realidad prematuros, que no cuajaron por la falta de una fascistización previa de una parte de la sociedad indispensable para que la propuesta fascista pudiera convertirse en fundamento del proyecto contrarrevolucionario. Esto está ocasionado por una descomposición del espacio de la derecha durante el final de la Monarquía y la proclamación de la República, lo que comportó que no se dieran las condiciones favorables para la aparición de un grupo capaz de movilizar a los sectores de la derecha tradicional que impulsaran los aspectos fundamentales del fascismo e hicieran una progresiva síntesis de los elementos característicos de la doctrina fascista.[368]

No fue hasta 1932 que el espacio político de la derecha se recompuso y se expandió una cultura antidemocrática que creó las condiciones propicias para el desarrollo del fascismo. Entre los partidos que integraban este espacio, cabe destacar

---

[366] GALLEGO, F., "La realidad y el deseo. Ramiro Ledesma Ramos en la genealogía del franquismo" en Íd. y MORENTE, F. (eds.), *Fascismo en España*…, pp. 341-342.
[367] SAZ CAMPOS, I., "Paradojas de la historia, paradojas de la historiografía. Las peripecias del fascismo español", *Hispania*, n.º 207 (2001), p. 161.
[368] GALLEGO, F., "La formación de la cultura política del franquismo…"https://grupsderecerca.uab.cat/republicaidemocracia/sites/grupsderecerca.uab.cat.republicaidemocracia/files/P_GALLEGO.pdf [Última consulta: 21 de mayo de 2023]; Íd., *El Evangelio fascista*…, pp. 89-91; e Íd., "Canciones para después de una posguerra. El fascismo de la II República Española en la cronología europea de la fascistización" en MORENTE, F. y RODRIGO, J. (eds.), *Tierras de nadie*…, p. 221.

aquellos grupos que optaban por acabar con la República mediante un golpe de estado, como RE y la CT, y aquellas organizaciones que, como la CEDA, preferían transformar el régimen republicano en un Estado corporativo por la vía legal. Así, cuando se fundó FE a finales de 1933, ya existían movimientos de extrema derecha que ocupaban el espacio de adhesión social al que aspiraban los falangistas. Esto comportó que el partido fascista quedara reducido a una posición marginal dentro de la sociedad.[369] De estos grupos, la CEDA se consolidó como la principal fuerza del espacio político y social de la contrarrevolución, mientras que Falange era percibida por sus contemporáneos como un partido que no aportaba ninguna innovación política ni supuso un competidor serio en el terreno político, sino que se dedicó, básicamente, al ejercicio puntual de actos violentos. Además, Falange era considerada como una más de las organizaciones estructuradas sobre los principios nacionalistas, corporativistas y autoritarios que se oponían abiertamente a la democracia, al liberalismo y al marxismo, y que fallaron en su intento de convertirse en un movimiento sociopolítico.[370]

A ello hay que sumar que el triunfo electoral de la CEDA en noviembre de 1933 frenó la potencialidad revolucionaria de Falange, debido a que esta victoria creó fuertes expectativas posibilistas sobre la modificación legislativa de la República entre aquellos sectores sociales que, en situación de peligro o percepción de este, podrían verse atraídos por la propuesta revolucionaria fascista. La creación de este espacio contrarrevolucionario generó una impresión de duplicidad de las condiciones ambientales, que hicieron innecesaria la militancia en un partido fascista de escasa proyección en un momento en el que se podían tener posiciones muy parecidas a este militando en organizaciones con más recursos y con mayores ofertas de cargos públicos.[371] Ello comportó que los falangistas buscaran su espacio de adhesión social entre las clases trabajadoras. Esta estrategia fracasó porque Falange no consiguió consolidarse entre los trabajadores debido a la presencia de unos sindicatos y unas organizaciones obreras fuertemente afianzadas y dotadas de una creciente influencia entre el proletariado.[372]

---

[369] GALLEGO, F., *Ramiro Ledesma Ramos y el fascismo español*, Síntesis, Madrid, 1998, p. 95.
[370] ELLWOOD, S., *Historia de Falange Española*…, pp. 23; GALLEGO, F., La crisis del antifascismo. *Barcelona, mayo de 1937*, Debolsillo, Barcelona, pp. 125-230; e Íd., "Fascismo y fascistización. La crisis de 1934 y la definición política del período de entreguerras" en ANDREASSI, A. y MARTÍN RAMOS, J.L. (eds.), *De un octubre a otro*…, p. 142.
[371] GALLEGO, F., *Ramiro Ledesma Ramos y el fascismo español*…, p. 95.
[372] CHUECA RODRÍGUEZ, R.L. y MONTERO, J.R., "El fascismo en España: elementos para una interpretación", *Historia Contemporánea*, n.º 8 (1992), pp. 226-228; y JIMÉNEZ CAMPO, J., *El fascismo en la crisis de la II República española*…, pp. 221 y ss.

A pesar de ello, algunos trabajadores, como el obrero Florencio Martín Fernández o el ajustador mecánico Salvador Pico Menéndez,[373] campesinos, como el labrador Felipe Martín García o el hortelano Ignacio Martín García,[374] y antiguos izquierdistas, como Álvarez de Sotomayor (procedente de la CNT) o Enrique Matorras (secretario general de las Juventudes Comunistas en 1932),[375] desengañados de los sindicatos obreros, se unieron a Falange atraídos por su discurso de justicia social.[376] A ello hay que sumarle algunos trabajadores que, sin importarles la política ni la ideología del partido, se afiliaron a Falange e ingresaron en sus sindicatos para conseguir un empleo, como, por ejemplo, el albañil Antonio Céspedes Martínez, quien se dio de alta en el Sindicato Nacional Sindicalista;[377] o el tipógrafo Agustín Cueto López, quien se afilió en el Sindicato de Industrias Gráficas de Madrid.[378] Al no encontrar empleo, sin embargo, muchos trabajadores, como el mecánico Fermín Alderete Rovaina, se dieron de baja.[379]

No todos ingresaron en Falange atraídos por su mensaje de justicia social ni por conseguir trabajo, sino que, algunos individuos, sin conocer la doctrina falangista, se dieron de alta seducidos por algún amigo, como sucedió, por ejemplo, con el empleado Carlos de la Calle Martín, quien se inscribió convencido por el falangista Tomás Moreno;[380] con el estudiante Julio Manuel Cerrillo Vigil, quien se unió por amistad con varios amigos afiliados en Falange;[381] o con el ferroviario Francisco Miranda García, quien se dio de alta en marzo de 1935 por indicación de un falangista apellidado Feliu.[382] En esta misma línea, algunos jóvenes, como los estudiantes Ricardo Vega Álvarez o Manuel Carlos Vega Álvarez, fueron influenciados por su corta edad para que se afiliaran a Falange.[383] Sin embargo, algunos militantes, como los estudiantes Felipe Arturo Amar de la Torre o José Cosme Valdizán Ruiz, se dieron de baja cuando conocieron el sesgo político del partido.[384] Algunos trabajadores, como el carnicero Manuel Riesco Riesco,

[373] AHN, FC-AUDIENCIA_T_MADRID_CRIMINAL, 130, Exp.5.
[374] AGA, 42/08199.
[375] NORLING, E., *La Falange obrera. Apuntes para la historia de la década revolucionaria del nacional-sindicalismo (1931-1941)*, Ediciones Nueva República, Molins de Rei, 2009, pp. 12-13.
[376] "Agricultor", *F.E.*, 11 de enero de 1934, p. 2; "Trabajadores", *F.E.*, 12 de abril de 1934, p. 8; CRUZAT, A., "La tierra para el que la trabaja", *Arriba*, 30 de mayo de 1935, p. 5; y "Obreros españoles", *Arriba*, 21 de noviembre de 1935, p. 6.
[377] AHN, FC-CAUSA_GENERAL,341, Exp.17.
[378] AHN, FC-CAUSA_GENERAL,369, Exp.36.
[379] AHN, FC-CAUSA_GENERAL, 300, Exp.11.
[380] CDMH, PS-BARCELONA,177,1.
[381] CDMH, PS-GIJÓN-TPJA, C.25, exp.171.
[382] CDMH, TPE19-2.
[383] AHN, FC-CAUSA_GENERAL, 315, Exp.28; y AHN, FC-CAUSA_GENERAL,315, Exp.13.
[384] AHN, FC-CAUSA_GENERAL, 218, Exp.24; y AHN, FC-CAUSA_GENERAL, 210, Exp.15.

se inscribieron obligados por sus jefes,[385] mientras que otros, como el músico Pedro Urrestaraso Artola, fueron engañados para que pagaran la cuota.[386]

La composición social de Falange es un vivo retrato de la sociedad española de la década de los años treinta.[387] A pesar del distinto origen social de sus miembros, había una serie de elementos que, como el uniforme, el empleo del término camarada o el tuteo, acabaron con las diferencias entre ellos. La camisa azul era considerada una seña de subordinación a la jerarquía del partido que igualaba a sus miembros en el servicio y en el sacrificio; mientras que el empleo del término camarada y el tuteo entre los escuadristas y sus jefes era una costumbre que, para los falangistas, había surgido espontáneamente y que no perturbaba el respeto ni la jerarquía del partido.[388]

Los falangistas también buscaron expandir su espacio de adhesión social entre los jóvenes presentando a Falange como un movimiento joven imbuido por valores como la tenacidad, el vigor, la abnegación o el coraje. En la medida que esos valores caracterizaban a la juventud, Falange pudo presentarse como su encarnación política,[389] estableciendo una perfecta simbiosis entre fascismo y juventud. A ello hay que sumarle que el fascismo era identificado como un movimiento joven, no solo por su condición de recién llegado a la escena política, sino, también, por la juventud de sus dirigentes y de la mayoría de sus militantes. Por lo tanto, los falangistas presentaron a Falange como un movimiento nuevo y diferente que nada tenía que ver con las viejas *politiquerías* de los partidos tradicionales. Este es un síntoma de la modernidad frente al viejo liberalismo y la democracia, y también como la percepción del fascismo como la única fuerza capaz de frenar la revolución y el separatismo, al mismo tiempo que el fascista se veía a sí mismo como revolucionario y postulante de otra revolución, en este caso, la nacional. Todo ello exigía la aceptación de un *estilo* diferente que incluía el uso de la violencia y el encuadramiento en una milicia con unas jerarquías militarizadas y una retórica determinada por los rituales, los lemas y los himnos, entre otros.[390]

Los falangistas también apelaban a la juventud como sujeto revolucionario y protagonista del combate contra lo viejo por su persistencia y su carácter

[385] AHN, FC-CAUSA_GENERAL, 261, Exp.17.
[386] AHN, FC-CAUSA_GENERAL, 282, Exp.15.
[387] PAREJO, J.A., "La mutación falangista (1934-1936)" en ÁLVAREZ TARDÍO, M. y DEL REY, F. (eds.), *El laberinto republicano*…, p. 235.
[388] XIMÉNEZ DE SANDOVAL, F., *Camisa Azul: retrato de un falangista*, Librería Santarén, Valladolid, 1939, pp. 24 y 43-44; y THOMÀS, J. M., *José Antonio. Realidad y mito*, Debate, Molins de Rei, 2022, p. 185.
[389] GIMÉNEZ CABALLERO, E., "Criaturas creadoras", *F.E.*, 5 de julio de 1934, p. 13; y THOMÀS, J. M., *José Antonio. Realidad y mito*…, p. 282.
[390] THOMÀS, J. M., *Lo que fue la Falange*…, pp. 67-68.

insubordinado,[391] ya que, para los fascistas, la auténtica lucha no era entre clases sociales, sino que era entre generaciones, en la que el verdadero enemigo eran los *viejos*, quienes, por ser considerados los principales responsables de la crisis política y social en la que se encontraba el país, debían ceder su sitio a los jóvenes. Asimismo, asociaban a los viejos con el egoísmo, el materialismo, la corrupción y el conformismo, y denunciaban que estaban apoltronados «en sus sillones de café».[392] En definitiva, los fascistas veían en la juventud la principal fuerza para protagonizar el enfrentamiento contra el sistema establecido, considerado caduco, corrupto y degenerado, y construir un nuevo orden.

En general, los activistas de Falange más jóvenes eran hijos de familias de clase media, conservadoras y de acendrado *españolismo* que vieron al partido fascista y a su sindicato estudiantil, el SEU, como movimientos modernos que venían a poner fin a la *vieja política* tradicional, y a las organizaciones políticas de sus progenitores, la CEDA y RE, demasiado *flojas* para acabar con la revolución y los nacionalismos periféricos. Así pues, estos jóvenes radicalizados buscaron protagonizar una revuelta generacional contra sus mayores, pero sin renunciar a la parte sustancial de los valores que les habían inculcado: familia, religión, nación española y orden.[393] Esta lucha generacional comportó que estos jóvenes se alejaran de sus progenitores por considerarlos unos «amigos del orden, liberalote y magnifico discutidor en la mesa del café», acostumbrados a la «mullida y tranquila política parlamentaria». Igualmente, los escuadristas más jóvenes deseaban ser tratados como adultos porque se sentían protagonistas del devenir de la comunidad. Criticaban que sus padres no querían comprender por qué preferían dejar las comodidades y placeres de la vida burguesa para «romperse el alma por las calles».[394] Además, para activistas más jóvenes, participar en una pelea o disparar un arma por primera vez eran rituales de paso para dejar atrás la etapa juvenil y convertirse en «hombres de acción».[395]

La acción directa propugnada por los falangistas, así como su exaltación del heroísmo y de la virilidad, atrajo a muchos jóvenes que apenas conocían el ideario de Falange. Estos, cansados de la vida monótona de la sociedad burguesa, pudieron

---

[391] NÚÑEZ SEIXAS, X.M., "El fascismo en Galicia. El caso de Ourense (1931-1936)", *Historia y Fuente Oral*, vol. 2, n.º 10 (1993), p. 160; PURCET GREGORI, A., *La reacció dels estudiants*…, pp. 289-290; y MORENTE, F., "Los estudiantes nazis en la República de Weimar. Tradición, modernidad, fascistización" en COBO ROMERO, F. y DEL ARCO BLANCO, M. (eds.), *Fascismo y modernismo*…, p. 62.
[392] GIMÉNEZ CABALLERO, E., "Criaturas creadoras", *F.E.* (Sevilla), 5 de julio de 1934, p. 13; "Política y juventud", *F.E.*, 19 de julio de 1934, p. 7; y PURCET GREGORI, A., *La reacció dels estudiants*…, p. 282.
[393] THOMÀS, J. M., *Lo que fue la Falange*…, p. 79.
[394] "La juventud, los "mayores" y la Falange", *Haz*, 19 de julio de 1935, pp. 4-5.
[395] DE ZAYAS, A., *Historia de la Vieja Guardia de Baleares*…, p. 30; GARCÍA SERRANO, R., *Eugenio o proclamación de la primavera*, Planeta, Barcelona, 1982, pp. 54-55; y LEIRA CASTIÑEIRA, F.J., *La socialización de los soldados del ejército sublevado*…, p. 215.

satisfacer sus necesidades de acción participando en la lucha política. Aunque muchos escuadristas hicieron público su activismo, otros, como el falangista conocido como *Chinchilla*,[396] ocultaron su militancia porque temían que la censura paterna pusiera fin a su continuidad en Falange, como sucedió, por ejemplo, con los estudiantes Ricardo Vega Álvarez y Manuel Carlos Vega Álvarez.[397] Para la mayoría de estos chicos, el día que el cobrador de la organización debía recaudarles la cuota se convertía en una pesadilla.[398] Además, muchos de los falangistas más jóvenes se vieron con la obligación de engañar a sus padres porque, según ellos, la militancia en Falange los llenaba de preocupaciones y sobresaltos.[399]

En todo caso, los activistas más jóvenes entraron en un mundo en el que la militancia política pasó a ser el centro de su vida, lo que comportó que su activismo se convirtiera, prácticamente, en su única actividad. Como consecuencia de ello, la mayoría de los milicianos más jóvenes iban mal en sus estudios, como sucedió, por ejemplo, con Alejandro Corniero, quien fue reprendido por su padre.[400]

Por su parte, los partidos de la derecha reaccionaria también intentaron atraer a la juventud impulsando secciones juveniles que, como la JAP en el caso de la CEDA, eran pretendidamente autónomas respecto a la dirección de la organización. Ahora bien, la proliferación de actitudes autoritarias llevó a una lenta emancipación y radicalización de los activistas más jóvenes. Cabe destacar que, al principio, Falange no tuvo éxito en atraer a los jóvenes en sus filas porque preferían afiliarse a la JAP al verla como una organización más relevante, cuyos postulados eran muy parecidos al fascismo.[401] Su crecimiento se debió a la política de masas y al nuevo papel jugado por la juventud en la política.[402] A pesar del tono exaltado de los *japistas*, su actuación se mantuvo dentro de los límites de la legalidad y sus integrantes permanecieron leales a la estrategia posibilista de Gil Robles. En realidad, estos jóvenes no constituyeron ninguna milicia hasta la guerra debido a que la táctica de la CEDA, a diferencia de la de las demás organizaciones de extrema derecha, se basaba en la lucha legal para acceder al poder. A pesar de que protagonizaron enfrentamientos con los miembros de las organizaciones de izquierda, su labor se centró más en las tareas de propaganda y de difusión ideológica. Así pues, la JAP actuó como vanguardia de la CEDA, mientras que esta se

[396] THOMÀS, J. M., *Feixistes!*..., p. 88.
[397] AHN, FC-CAUSA_GENERAL, 315, Exp.28; y AHN, FC-CAUSA_GENERAL,315, Exp.13.
[398] PAREJO FERNÁNDEZ, J.A., "De puños y pistolas…", p. 133.
[399] "La juventud, los "mayores" y la Falange", *Haz*, 19 de julio de 1935, pp. 4-5.
[400] CORNIERO SUÁREZ, A., *Diario de un rebelde*…, p. 80.
[401] GONZÁLEZ CALLEJA, E., "Aproximación a las subculturas violentas de las derechas antirrepublicanas españolas…", pp. 31-32.
[402] BÁEZ PÉREZ DE TUDELA, J.M., "Movilización juvenil y radicalización verbalista: la Juventud de Acción Popular", *Historia Contemporánea*, n.º 11 (1994), pp. 84-86; e Íd., "El ruido de las nueces…", p. 125.

dedicó a consolidar los logros obtenidos.[403] Como puede verse, la apelación a la juventud no era exclusiva del fascismo, pero este, a diferencia de las organizaciones de la derecha reaccionaria, le dio un aire propio presentando la lucha como una auténtica revolución nacional.[404]

La debilidad de Falange comportó que la personificación del peligro fascista se encontrara en el principal grupo de la derecha, la CEDA, y en su organización juvenil. A los contemporáneos no les faltaban motivos para acusar a la JAP de ser una organización fascista debido a que en ella se podían encontrar muchas de las características propias de los movimientos fascistas, tal como se puede apreciar en su programa, conocido como los 19 Puntos,[405] o en muchas de sus actuaciones, como el culto mesiánico al líder, las concentraciones multitudinarias y el uso de una parafernalia militar, entre otras. Por su parte, los falangistas criticaron que la JAP «dificultaba la búsqueda de su espacio político» a la vez que «robaba la clientela al verdadero espacio fascista». Además, por la asimilación de algunos patrones estéticos característicos del fascismo y de algunos elementos ideológicos relacionados con el mismo, como el imperio o el nacionalismo, los falangistas criticaron a las juventudes de la CEDA de plagio, mientras que estos reprocharon a los falangistas que disponían de más miembros y de un mayor apoyo social.[406] Pese a su consideración entonces por muchos como organización fascista, algunos estudiosos de la organización consideran que se trataba más bien de un grupo fascistizado, pero no plenamente fascista por su renuencia

[403] BAÉZ PÉREZ DE TUDELA, J.M., "El ruido de las nueces…", p. 128.
[404] MORENTE, F., "Los estudiantes nazis en la República de Weimar. Tradición, modernidad, fascistización" en COBO ROMERO, F. y DEL ARCO BLANCO, M. (eds.), *Fascismo y modernismo*…, p. 61.
[405] Los 19 puntos se codificaron de forma similar a los de *La Conquista del Estado*, al programa de FE, a los artículos nacionalsocialistas o al Estatuto fascista italiano. Además, su formato es similar, pero en su contenido, los elementos tradicionales del pensamiento conservador católico se mezclan con la retórica fascista. MONTERO, J.R., "Entre la radicalización antidemocrática y el fascismo…", p. 59.
[406] Aunque la rivalidad entre Falange y la JAP para atraer a sus filas a los jóvenes no desembocó en ninguna disputa violenta, los enfrentamientos verbales entre los miembros de estos dos grupos eran una constante durante estos años. Así, por ejemplo, las juventudes de la CEDA defendían que eran doctrinalmente opuestos a Falange, a la vez que resaltaban la originalidad de su doctrina y criticaban a los falangistas por copiar el estilo de las organizaciones fascistas de Italia y Alemania. ("Los fascistas y la JAP", *J.A.P.*, 21 de abril de 1935, p. 7). De la misma manera, los *japistas* reprochaban que los jefes de Falange no tenían una ideología clara y precisa. ("El Marquesito de Estella", *J.A.P.*, 24 de agosto de 1937, p. 3). Por su parte, los falangistas denunciaban que la JAP intentaba suplantarlos y se mofaban de sus miembros al decir que eran unos "señoritos". También opinaban que Gil Robles temía que el fascismo le quitara el apoyo de las masas y, asimismo, criticaban que el líder de la CEDA veía el fascismo como una moda. También reprochaban a Gil Robles que intentara atraerse a la juventud mediante invocaciones ambiguas a España y al Estado corporativo. ("El señorito Gil Robles está nervioso", *F.E.*, 1 de marzo de 1934, p. 3). Igualmente, los falangistas recriminaban que los miembros de la JAP copiaban del fascismo aspectos como el desfile con música y con banderas, su saludo y las fórmulas de saludo a los muertos, entre otras. ("Nieve en El Escorial", *F.E.*, 26 de abril de 1934, p. 3; y GARCÍA SERRANO, R., *La gran esperanza*, Planeta, Barcelona, 1983, p. 63). Para los enfrentamientos verbales entre FE y JAP véase también PURCET GREGORI, A., La *reacció dels estudiants*…, pp. 258-268; y MORENTE, F., "Estudiantes contra la República. El Sindicato Español Universitario ante el espejo europeo" en Íd., POMÉS J. y PUIGSECH, J. (eds.), *La rabia y la idea*…, pp. 279-280.

al uso de la violencia[407] (que, sin embargo, si formaba parte de su retórica); esta poca actividad *escuadrista* comportó, además, que sus miembros estuvieran poco familiarizados con la lucha callejera. Este proceso de fascistización se dio, precisamente, en el momento en el que mayor era el poder de la CEDA y Falange no era más que un grupo minúsculo que no podía competir con la JAP. Así pues, la razón por la que aumentó la intransigencia de los *japistas* en este momento se debió a su necesidad de contar con el apoyo del poder para realizar su política.[408]

Por su parte, los monárquicos alfonsinos no tenían la fuerza suficiente para acabar con la República y reinstaurar la Monarquía. Esto los llevó a intentarlo por diferentes medios como, por ejemplo, el apoyo a los partidos conservadores dotados de milicias que pudieran participar en un golpe de estado protagonizado por el ejército. Con el fracaso de las negociaciones con estos grupos, los alfonsinos financiaron organizaciones fascistas como la *Conquista del Estado*, las JONS o FE. A causa de la debilidad de estos partidos, los monárquicos presionaron a los jonsistas y a los falangistas para que se integraran en una misma entidad política. Ello dio lugar al nacimiento de FE de las JONS en marzo de 1934. Con su fundación, los monárquicos introdujeron un vector en su estrategia conspirativa contra la República que consistió en el *uso* del partido fascista como su brazo armado para desestabilizar el régimen republicano por medio de la lucha callejera y la subversión política.[409]

El momento culminante de esta colaboración tuvo lugar el 20 de agosto de 1934 con la firma de un pacto entre Primo de Rivera y el líder de RE, Antonio Goicoechea. En este acuerdo se estableció que los alfonsinos apoyarían económicamente a los falangistas para potenciar su aparato paramilitar a cambio de que estos se enfrentaran al movimiento obrero organizado y a los miembros de las organizaciones de izquierda. La firma de este pacto supuso un sometimiento de Falange a una organización que tenía unos objetivos diferentes a los suyos.[410]

Aparte de fortalecer su aparato paramilitar, estas ayudas económicas permitieron a los falangistas pagar los gastos derivados del alquiler de sus locales, la imprenta de

---

[407] MONTERO, J.R., "Entre la radicalización antidemocrática y el fascismo…", pp. 59-60; BÁEZ PÉREZ DE TUDELA, J.M., "Movilización juvenil y radicalización verbalista…", p. 96; e Íd., "El ruido de las nueces…", pp. 132-133.
[408] BÁEZ PÉREZ DE TUDELA, J.M., "Movilización juvenil y radicalización verbalista…", p. 97; e Íd., "El ruido de las nueces…", pp. 134 y 139-140.
[409] GONZÁLEZ CALLEJA, E., "Aproximación a las subculturas violentas de las derechas antirrepublicanas españolas…", pp.37-47; Íd., *Contrarrevolucionarios*…, p. 214; y MUÑOZ BOLAÑOS, R., "Escuadras de la muerte…", pp. 1-11. https://journals.openedition.org/amnis/3616?lang=en [Última consulta: 12 de mayo de 2023]
[410] RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J.L., *Historia de Falange Española de las JONS*…, pp. 175-176; ELLWOOD, S., *Historia de Falange Española*…, pp. 50-53; y PEÑALBA, M., *Falange Española*…, pp. 144-145.

sus periódicos, así como las fianzas de los milicianos detenidos. Pese a este apoyo, la precariedad económica y material era un elemento que siempre estaba asociado a la Falange de antes de la guerra. En todo caso, esta financiación permitió constatar el carácter instrumental del fascismo por parte de determinados sectores de la burguesía. Ahora bien, los monárquicos pusieron fin a este apoyo económico en 1935 debido a la voluntad de Primo de Rivera de desmarcarse de los demás grupos de la derecha. Para ello, los falangistas acentuaron su lenguaje laico, su alejamiento de la monarquía, su radicalismo y su carácter revolucionario, a la vez que criticaron a las organizaciones derechistas y monárquicas acusándolas de grupos caducos, conservadores y egoístas. Con el fin del financiamiento de los alfonsinos, los líderes del partido fascista buscaron nuevas fuentes de ingresos. Esto los llevó a establecer contactos con Italia. Así, en junio de 1935, los falangistas llegaron a un acuerdo con el gobierno italiano por el que este ayudaría económicamente a FE de las JONS con 50.000 liras mensuales (unas 30.000 pesetas de la época).

A la ayuda económica de los alfonsinos cabe sumar la presencia en sus filas de militares monárquicos retirados por la Ley Azaña. Algunos de estos soldados, fieles a la memoria del general Miguel Primo de Rivera, fueron miembros y colaboradores de la UP durante la dictadura. Aunque formaron parte de una organización fascista, estos oficiales eran más próximos a la ideología de la extrema derecha tradicional.[411] Entre estos militares cabe destacar a los comandantes de Infantería Luis Arredondo y Emilio Alvargómez, al teniente coronel de infantería Emilio Rodríguez Tarduchy, al coronel Román Ayza y al teniente general Ricardo Rada. Estos organizaron las milicias inspirándose en el Tercio de África y en los *Fasci di Combattimento*, y se dedicaron a la instrucción de los milicianos en las tácticas de la lucha organizada en la calle adiestrándolos, principalmente, en los ataques relámpago hechos por sorpresa, puesto que, en campo abierto, los escuadristas tenían las de perder por su inferioridad numérica.[412] La presencia de estos militares, junto con la ayuda económica de los alfonsinos, evidenció la voluntad de Primo de Rivera de obtener el apoyo de fuerzas ajenas a la organización y, al mismo tiempo, consolidó un sector militarista, monárquico y reaccionario dentro de Falange.[413] En todo caso, la influencia de los alfonsinos en el

[411] MUÑOZ BOLAÑOS, R., "Escuadras de la muerte…", pp. 1-11. https://journals.openedition.org/amnis/3616?lang=en [Última consulta: 12 de mayo de 2023]
[412] GONZÁLEZ CALLEJA, E., "Camisas de fuerza…", pp. 63-68; y GIL PECHARROMÁN, J., *José Antonio Primo de Rivera. Retrato de un visionario*, Temas de Hoy, Madrid, 1996, p. 236.
[413] GIL PECHARROMÁN, J., "Un partido para acabar con los partidos: el fascismo español, 1931-1936", *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, n.º 51 (2017), p. 77; GÓNZALEZ CALLEJA, E., *Contrarrevolucionarios*…, p. 214; y PURCET GREGORI, A., "Juventudes de muerte española. El discurso sobre la violencia en Ramiro Ledesma Ramos y José Antonio Primo de Rivera" en GALLEGO, F. y MORENTE, F. (eds.), *Rebeldes y reaccionarios*…, p. 147.

partido fascista fue posible por la permeabilidad del fascismo, que permitió la confluencia de distintos grupos que deseaban asumir el proyecto conspirador contra el régimen republicano en el seno de la entidad fascista.[414]

Entre estos militares monárquicos, cabe destacar al jefe de comandos de las milicias falangistas, el aviador Juan Antonio Ansaldo, quien fue *introducido* por los alfonsinos con la misión de mantener su *custodia* sobre Falange y organizar la sección paramilitar del partido para que actuara como una milicia urbana capaz de realizar campañas de agitación y represalias contra sus adversarios. Con este propósito, Ansaldo organizó la Primera Línea o, como sería conocida por los contemporáneos, la "Falange de Sangre", y la Segunda Línea. Esta última estaba integrada por los militantes de más edad, siendo la mayoría de ellos hombres casados y padres de familia. Su activismo se limitaba a la organización de mítines y concentraciones, hacer proselitismo y realizar propaganda en colaboración con los miembros del SEU y de la Sección Femenina (SF).

Por su parte, la Primera Línea era la que llevaba el peso de la lucha política. Estaba constituida por los militantes más jóvenes, siendo la mayoría de ellos estudiantes que vivían con sus padres. Estos escuadristas no eran considerados como unos ciudadanos que se dedicaban al activismo político, sino que eran valorados como soldados que debían batirse violentamente con sus adversarios en la calle para defender los ideales falangistas. Así, en palabras del jefe provincial de Baleares, Alfonso de Zayas, «se irán constituyendo los grupos militantes para la defensa y la acción».[415] De este modo, la estructuración de la Primera Línea se justificó con la realización de labores defensivas como la escolta de los vendedores de prensa, la custodia de los locales del partido o la protección de los mítines ante las posibles agresiones de sus oponentes.

En esta misma línea, Ledesma Ramos señaló que la *necesidad defensiva* de Falange «obligó entonces […] a organizar unos grupos especiales integrados por los camaradas de mejor disposición y ánimo para desarrollar la violencia más extrema».[416] Como se puede apreciar con estas palabras, el cumplimiento de sus labores se caracterizaba por el uso de la fuerza contra el enemigo. Pese a que la fundación de la Primera Línea se justificó para defender a los dirigentes del partido y a sus militantes, sus integrantes protagonizaron desórdenes públicos, peleas y actos provocativos contra los miembros de las organizaciones de izquierda, atacaron a sus oponentes en la calle

[414] GALLEGO, F., *El Evangelio fascista*…, pp. 32-34.
[415] DE ZAYAS, A., *Historia de la Vieja Guardia de Baleares*…, p. 18.
[416] LEDESMA RAMOS, R., *¿Fascismo en España?*, s.l., s.n., s.a., p. 67.

y en sus mítines, e irrumpieron en sus sedes. Asimismo, para realizar las operaciones más difíciles, los falangistas organizaron en Madrid la unidad conocida como Escuadra 16, que se caracterizaba por su autonomía respecto a las demás centurias de la ciudad. Este grupo se especializó en hacer incursiones y operaciones de tipo comando como, por ejemplo, la irrupción en los almacenes SEPU en mayo de 1936.[417] En definitiva, los jóvenes se convirtieron en uno de los pilares de la militancia durante los años de la República en paz.[418]

La Primera Línea disponía de una red compuesta por grupos muy pequeños y jerarquizados que estaban coordinados con otras unidades más grandes por medio de un sistema de enlaces que permitían una mejor comunicación entre las distintas centurias para, así, garantizar una movilización más rápida y una mayor seguridad en la acción. Para ello, estas milicias se asentaban sobre un sistema triangular, cuyos grupos estaban integrados por una base de tres miembros. La unidad más pequeña de esta "Falange de Sangre" era el "Elemento". Este era el fundamento para garantizar una pronta concentración. Estaba constituido por tres hombres, uno de los cuales actuaba como agente de enlace para recibir las órdenes y transmitirlas a los demás. La "Escuadra" estaba formada por un total de 11 milicianos: nueve hombres (tres elementos) más un jefe y un subjefe. Esta podría considerarse como la primera unidad combativa. Se procuraba que su personal tuviera un conocimiento del territorio en el que actuaba, pues sus únicas misiones habían de realizarse en los barrios que conocía. La "Falange" era la unidad básica de combate para actuaciones independientes y de conjunto. Estaba formada por un total de 48 escuadristas: 39 hombres (tres escuadras) más un jefe, un subjefe y seis enlaces. La "Centuria" estaba compuesta por un total de 122 miembros: 114 hombres (tres falanges) más un jefe, un subjefe y seis enlaces. Durante este periodo su actuación fue poco frecuente. Sus dirigentes concibieron que solo intervendría en las misiones más difíciles e importantes. La "Legión" estaba integrada por un total de 381 escuadristas: 336 milicianos (tres centurias) más un jefe, un subjefe, un ayudante de enlace y 12 enlaces. La "Milicia", como máxima unidad organizada, estaba compuesta por un total de 1160 milicianos: 1.143 hombres más un jefe, un subjefe, un ayudante de enlace y 15 enlaces.[419] El nivel máximo de encuadramiento de los milicianos hasta el julio de 1936 fue la "Centuria", mientras que la "Legión" y la "Milicia" no se organizarían hasta la guerra por la falta de efectivos.

---

[417] CORNIERO SUÁREZ, A., *Diario de un rebelde*…, p. 110; JEREZ RIESCO, J.L., *Elegidos para la gloria*…, p. 178; e Íd., *El Madrid de la Falange*…, p. 308.
[418] MORENTE, F., "Estudiantes contra la República. El Sindicato Español Universitario ante el espejo europeo" en Íd., POMÉS J. y PUIGSECH, J. (eds.), *La rabia y la idea*…, p. 288.
[419] CDMH, PS-MADRID,405,4; GARCÍA SERRANO, R., *Diccionario para un macuto*, Epublibre, Madrid, 1964 p. 587; y PURCET GREGORI, A., *La reacció dels estudiants*…, pp. 402-403.

Algunos jefes de las milicias simultanearon cargos con el objeto de facilitar la transmisión de órdenes y tener una mayor efectividad en las operaciones. Este fue el caso de Agustín Aznar, quien en 1936 era el jefe nacional de milicias y el comandante de una centuria de Madrid. A ello hay que sumarle el carácter clandestino de la milicia, en la que sus miembros mantenían en secreto a qué unidad pertenecían como precaución ante posibles delaciones de falangistas detenidos. Para mantener en secreto la composición de las distintas unidades, los líderes de la milicia también reorganizaron constantemente las diferentes compañías. De este modo, se rompieron los vínculos de fidelidad que se establecían entre los jefes y sus hombres, se evitaba una autonomía excesiva de los primeros dentro de su unidad y se impedía un clientelismo que escapara del control de la autoridad central del partido.[420] Ahora bien, las escuadras de la Primera Línea normalmente estaban integradas por grupos de amigos. También se pretendía que estas unidades estuvieran compuestas por personas que trabajaran juntas, o que vivieran en una misma zona. Esto interesó a los jefes de la milicia porque consideraban que, de esta manera, los miembros de la escuadra podrían coordinarse mejor.[421]

Desde el principio de la existencia de la milicia, sus jefes dependían directamente del Triunvirato Ejecutivo Central. Después de que se celebrara el primer consejo nacional a inicios de octubre de 1934, en el que Primo de Rivera fue elegido jefe nacional del partido, la comandancia suprema de la milicia pasó a manos de este hasta su muerte el 20 de noviembre de 1936. Para comandar la sección paramilitar del partido, el líder falangista nombraba a un lugarteniente.[422] De los diferentes lugartenientes que tuvo Falange hasta el golpe de estado de julio de 1936, solo Agustín Aznar (desde inicios de 1935 hasta su detención a finales de marzo de 1936) surgió de las filas de Falange, pues el comandante retirado Luis Arredondo (febrero-abril de 1934), el aviador Juan Antonio Ansaldo (abril-julio de 1934) y el teniente coronel retirado Ricardo Rada (julio-inicios de 1935), como ya se ha señalado, eran militares monárquicos.

Hasta el momento en el que Ansaldo fue nombrado jefe de objetivos de las milicias, la acción paramilitar solo corrió a cargo del SEU. Así, las primeras escuadras se organizaron para enfrentarse al enemigo en la Universidad, que era contemplada como un espacio de actuación muy prometedor que ofrecía muchas posibilidades para expandir su influencia. Para ello, el falangista Julio Ruiz de Alda, junto al exfueísta y exjonsista Matías Montero y los estudiantes Alejandro Salazar y Manuel Valdés Larrañaga, fundó el SEU en noviembre de 1933. En sus inicios en la Universidad Central

[420] PURCET GREGORI, A., *La reacció dels estudiants*…, pp. 403 y 619.
[421] Ibid., p. 403.
[422] GARCÍA VENERO, M., *Falange en la guerra de España: Unificación y Hedilla*, Ruedo Ibérico, Bordeaux, 1967, pp. 49-50.

de Madrid, este sindicato organizó una centuria en la Facultad de Medicina liderada por Agustín Aznar, una unidad en la Facultad de Derecho capitaneada por Leopoldo Martínez Campos, dos grupos en la Facultad de Filosofía y Letras comandados por Alejandro Salazar, una en la Facultad de Farmacia bajo las órdenes de Rodríguez Jiménez y una en la ciencias mandada por José M.ª Fanjul.[423] A estas escuadras, había que sumarles las centurias de las Escuelas Especiales de la Universidad Central. Como sucedió con la jefatura del partido, inicialmente esta agrupación estaba liderada por un triunvirato. Después de que Primo de Rivera fuera nombrado jefe nacional de Falange, el falangista Manuel Valdés Larrañaga fue nombrado jefe nacional del SEU. Cabe destacar la teórica independencia organizativa de este sindicato respecto al partido, lo que comportó que pudieran afiliarse adolescentes que, ya fueran estudiantes o no, no tuvieran la edad suficiente para alistarse en la Primera Línea. De ello da cuenta el falangista García Venero, quien señaló que en el SEU de Santander había muchos chicos que tenían entre 15 y 21 años que no eran estudiantes.[424]

El SEU actuó como fuerza de reserva de la Primera Línea. Así, en las acciones protagonizadas por sus escuadristas, había «elementos extraños» a la clase estudiantil que se mezclaban en las querellas de los estudiantes para así, «envenenarlas» y realizar su política «de alarma y terror».[425] Ahora bien, a partir de los 16 años, los componentes del sindicato estudiantil pasaron a formar parte de la Primera Línea. En cambio, cuando un estudiante se afiliaba en Falange, se inscribía directamente en el SEU. Sin embargo, los componentes de esta agrupación universitaria no podían ocupar ningún cargo en el partido debido al supuesto apoliticismo de este sindicato, aunque no se tenía inconveniente en que sus miembros ocuparan puestos dentro de la Primera Línea. En cambio, los integrantes de las milicias falangistas podían desempeñar un cargo en el sindicato estudiantil y en la milicia simultáneamente. Respecto al mando de este sindicato, se declaró que, en caso de «calma», la autoridad residía en el líder de la centuria del SEU de la propia facultad, pero, en caso de «altercado», la competencia la tendría el miembro de la Primera Línea matriculado en el centro docente que tuviera el mayor rango. Si se tiene en cuenta que las reyertas se desataban constantemente en la Universidad, la autoridad que ejercía habitualmente el comando era la militar designada por el partido y no la estudiantil.[426]

---

[423] GONZÁLEZ CALLEJA, E., "Los pistoleros azules…". http://www.sbhac.net/Republica/Introduccion/Conspira/Falangistas.htm [Última consulta: 10 de mayo de 2023]

[424] GARCÍA VENERO, M., *Falange en la guerra de España*…, p. 71.

[425] "En la Facultad de Medicina se produjeron ayer las colisiones entre grupos de estudiantes", *Heraldo de Aragón*, 31 de enero 1934, p. 3; y GONZÁLEZ CALLEJA, E., *Rebelión en las aulas*…, p. 159.

[426] PURCET GREGORI, A., La *reacció dels estudiants*…, p.735.

Desde la fundación del sindicato estudiantil, sus escuadras eran la fuerza de choque destinada a la conquista de la Universidad, ya que su principal actividad consistía en ejercer como milicia. Así pues, estas unidades tenían unas funciones completamente ajenas a la Universidad y a los intereses de los estudiantes como, por ejemplo, la realización de servicios de propaganda, la protección de los vendedores de prensa o la lucha violenta en la calle. El SEU se encargó de canalizar la rebeldía juvenil de sus integrantes hacia una práctica organizada y metódica de la violencia política, ya que, en los enfrentamientos con sus adversarios, estos activistas pudieron encontrar un medio ideal para desarrollar sus tácticas de lucha.[427]

Por su parte, los líderes del partido estimaban que, antes que estudiantes, sus miembros eran escuadristas. Los jefes de Falange, quienes concebían que la Universidad debía ser militarizada por medio de una introducción del código de justicia militar, consideraban que estos chicos debían ser instruidos militarmente.[428] En relación con este activismo, los integrantes del SEU realizaron campañas de boicot contra algunos profesores contrarios al ideario falangista, protagonizaron huelgas, asaltaron locales de la FUE y de otros sindicatos estudiantiles, como la Federació Nacionalista d'Estudiants de Catalunya en la Universidad de Barcelona, y arremetieron acciones violentas contra los estudiantes de dichas organizaciones. En palabras del primer jefe del SEU de Zaragoza, sus miembros actuaron como «una fuerza de choque militante, completamente politizada, poco profesional, con finalidad de contrarrestar a los elementos contrarios y dominar la Universidad».[429] Para incrementar su eficacia, a finales del curso académico de 1933-1934, Ruiz de Alda impulsó un proceso de integración de los estudiantes del SEU en las milicias falangistas, cuyo objetivo era

> La destrucción de la FUE, a la que tendremos que hacer desaparecer, bien absorbiéndola, dividiéndola o suprimiéndola […] El sindicato nos dará juventudes entusiastas para nuestra Primera Línea […] Nuestras juventudes, dentro de la disciplina […] serán la fuerza más aguerrida y mejor de nuestras milicias. Funcionarán dentro de la Universidad. Se especializarán en distintas clases de lucha: en movilizaciones civiles, de servicios y en luchas violentas de la calle.[430]

Proclamas como esta ocasionaron que los objetivos del SEU se confundieran con los de la Primera Línea, pues se pretendió que los miembros de este sindicato se especializaran en las distintas formas de lucha para enfrentarse a sus oponentes y

[427] GIL PECHARROMÁN, J., *José Antonio Primo de Rivera*…, p. 235.
[428] PURCET GREGORI, A., *La reacció dels estudiants*…, pp. 399-402.
[429] JEREZ RIESCO, J.L., *La Falange en tierra de dragones*…, p. 162.
[430] "Universidad, revolución, imperio", *JONS*, n.º 10, 1934. Reproducido en GONZÁLEZ CALLEJA, E., "Camisas de fuerza…", p. 65; y RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J.L., *Historia de Falange Española de las JONS*…, p. 163.

conquistar no solo la Universidad, sino también la calle. De hecho, la escalada de actos violentos y la violencia en las universidades sobrepasó este ámbito y se transformó en un problema político nacional.[431]

En definitiva, los falangistas exaltaron los valores militares y apelaron a la acción armada como mecanismo para intervenir en la vida pública y tener una mayor presencia en la vida política. Las milicias y el sindicato estudiantil permitieron a los falangistas hacer girar en torno a la violencia su estrategia política, e, incluso, justificarla en el conjunto de su ideario en un contexto de militarización de la política. De este modo, se puede comprobar la negativa de Falange para concentrar la confrontación política en el campo electoral y su intención de enfrentarse a la legalidad republicana con el fin de acabar con la República con un golpe de fuerza. A pesar de su incapacidad para conquistar el poder en solitario, las milicias permitieron al partido disponer de una herramienta más para enfrentarse al adversario en la calle y en la Universidad, y tener una mayor repercusión pública. Como se analizará en el siguiente apartado, su importancia residió en su protagonismo en los disturbios y en los enfrentamientos con sus oponentes para alterar el orden público.

3.2. Violencia falangista

Debido a su fascinación por el uso de la violencia, los integrantes de los partidos-milicia como Falange rechazaron las viejas formas de acción política. Su utilización no era una medida que se tomaba como último recurso para conquistar el poder, sino que conformaba los patrones de la conducta del fascismo y era el elemento que constituía su identidad y su existencia, al mismo tiempo que permitía al fascista manifestarse e introducirse en el escenario político. Aunque el empleo de la violencia era un elemento capital de la propia existencia del fascismo, esta no era una novedad de los movimientos fascistas. Lo que era una innovación era la forma en cómo la entendían y cómo la llevaron a la práctica, ya que, a diferencia de los demás grupos de la extrema derecha, la violencia fascista superaba el carácter de mero instrumento táctico para convertirse en una manifestación de voluntad de poder nacional por medio de la fuerza creadora de la acción.[432]

El uso de la violencia permitió al falangista asistir como actor y no como mero espectador ante una nueva forma de hacer política que consistía en enfrentarse al adversario en la calle, al mismo tiempo que los dirigentes de la organización participaron

[431] GONZÁLEZ CALLEJA, E., *Rebelión en las aulas*…, p. 176; Íd., *Contrarrevolucionarios*…, p. 204; y MORENTE, F., "Estudiantes contra la República. El Sindicato Español Universitario ante el espejo europeo" en MORENTE, F., POMÉS J. y PUIGSECH, J. (eds.), *La rabia y la idea*…, p. 274.
[432] GONZÁLEZ CALLEJA, E., "La violencia y sus discursos…", p. 88.

en la vida institucional. Para el fascista, la violencia era una virtud opuesta al pacifismo *cobarde* del liberalismo que no solo buscaba resolver los conflictos por medio de soluciones pacíficas, sino, también, acabar con la democracia por ser considerada una corriente política incapaz de satisfacer las necesidades de la sociedad. Esto hizo que los integrantes de los movimientos fascistas no respetaran a los demócratas por considerarlos unos cobardes y unos corruptos; en cambio, juzgaban que los comunistas eran el gran rival a batir por su rechazo al parlamentarismo, y porque observaban que combatían al liberalismo con las mismas herramientas que ellos. De este modo, la violencia sustituyó al análisis y la discusión razonada, percibidos estos como elementos característicos de la «debilidad democrática».[433]

Así también, la violencia fascista se diferenciaba por su carácter quirúrgico. Es más, esta era contemplada como un modo de vida, una manifestación de libertad y un acto heroico, así como un ritual sagrado y una fuerza creadora,[434] pues el fascista consideraba que solo podía acabar con el orden existente, visto como decadente y corrupto, combatiendo contra los *elementos perjudiciales* para la comunidad -entre los que cabía destacar a los socialistas, los comunistas, los nacionalistas y los liberales- con la finalidad de construir una nueva sociedad sana y devolver a la nación los tiempos de gloria y grandeza perdidos. Así pues, los fascistas aspiraban a construir un orden nuevo sin estos elementos nocivos que pudieran oponerse al nuevo sistema y que, al mismo tiempo, pudieran suponer una amenaza para el provenir de la comunidad. En este sentido, la violencia sirvió como elemento regenerador y creador de un nuevo orden a partir de una idea de renovación entorno a un poderoso mito palingenésico.

En resumen, la violencia no solo conformaba los patrones de la conducta del fascismo, sino que, también, se convirtió en una herramienta para acabar con el oponente y construir un orden nuevo libre de los elementos *perjudiciales* para la comunidad. Así pues, la agresión contra el adversario político tenía una gran importancia en la estrategia del partido, ya que, para los grupúsculos que, como Falange, eran incapaces de competir con las demás fuerzas políticas en el juego electoral, la violencia era la forma más rápida para conseguir victorias sin *encallarse en la lenta vía parlamentaria*.[435] Por lo tanto, la poca relevancia del partido fascista español en la política institucional se compensaba con el protagonismo de sus escuadristas en la desestabilización del orden público.

---

[433] GONZÁLEZ CALLEJA, E., *Contrarrevolucionarios*…, p. 210.
[434] REICHARDT, S., "Fascist Communities of Action and Violence: A Praxeological Approach", en IOARDACHI, C. y KALLIS, A. (eds.), *Beyond the Fascist Century*…, p. 60.
[435] PURCET GREGORI, A., *La reacció dels estudiants*…, pp. 357-358.

3.2.1. Inicios de la violencia falangista y diferencias internas sobre su uso

A pesar de la praxis violenta del fascismo, los falangistas no fueron los causantes de las primeras víctimas mortales. Desde el nacimiento de FE a finales de 1933, los izquierdistas, prevenidos por la lucha despiadada del fascismo contra los grupos de izquierda en Italia y en Alemania, protagonizaron acciones violentas contra los miembros de Falange, que causaron las primeras muertes entre sus filas, porque veían la fundación del partido fascista español como una amenaza directa que debía ser eliminada. Ello hizo que los falangistas contaran con casi una decena de fallecidos en sus filas antes de que los escuadristas de la Primera Línea causaran la primera víctima mortal el 10 de junio de 1934.[436] Dicho esto, el aparato propagandístico del partido utilizó las agresiones perpetradas contra los falangistas para presentar a Falange como el verdadero peligro a ojos del marxismo, certificando así, una posición en el panorama político español que no correspondía a la fuerza real del partido fascista.[437] En cambio, como señaló Ledesma Ramos, la falta de respuesta afectó al ánimo de los falangistas, quienes veían que Falange era una organización batida por la violencia enemiga, y que estaba «imposibilitada de tomar medidas reparadoras y eficaces».[438] Este desconcierto se puede apreciar, por ejemplo, en el diario de Alejandro Corniero, quien se preguntó «¿mañana quién?» después del asesinato de un camarada a inicios de 1934.[439]

Las constantes agresiones recibidas también comportaron que los falangistas percibieran que estaban en guerra. Ello se ejemplifica con el discurso pronunciado por Primo de Rivera en el Parlamento el 3 de julio de 1934, cuando señaló que las

> primeras actuaciones fueron completamente pacíficas; empecé a editar un periódico y empecé a hablar en unos cuantos mítines, y con la salida del periódico y con la celebración de los mítines se iniciaron contra nosotros agresiones cada vez más cruentas, y por manos movidas, seguramente con la intención tan limpia como la de mis amigos, tal vez movidos después por las represalias.[440]

La voluntad de sacrificio desinteresado de los falangistas, ya analizado, hizo que, a pesar de las condiciones adversas, el escuadrista debiera aceptar la situación, no tener

[436] Los falangistas muertos hasta junio de 1934 son José Ruiz de la Hermosa (2 de noviembre de 1934), Juan Jara (principios de diciembre de 1933), Tomás Polo Gallego (24 de diciembre de 1934), Francisco de Paula Sampol (11 de enero de 1934), Matías Montero (9 de febrero de 1934), Ángel Montesinos (8 de marzo de 1934), José Hurtado García (6 de junio de 1934), Francisco Mercano Gartua (10 de junio de 1934) y Juan José Cuéllar (11 de junio de 1934).
[437] GALLEGO, F., *Ramiro Ledesma Ramos y el fascismo español*…, p. 187.
[438] LEDESMA RAMOS, R., *¿Fascismo en España?*..., p. 55.
[439] CORNIERO SUÁREZ, A., *Diario de un rebelde*…, p. 66.
[440] PRIMO DE RIVERA, J.A., *Obras*…, pp. 267-268.

miedo y estar dispuesto a cualquier cosa para cumplir con su misión con la mayor de las alegrías y emociones.[441]

Ante estos ataques, junto a los estímulos que recibieron sus militantes por parte de la prensa derechista para responder a estas agresiones, Primo de Rivera prohibió las represalias porque quería evitar cualquier tipo de acción espontanea que no estuviera aprobada por la dirección del partido. Por esta razón, pidió prudencia y requirió a sus activistas que se mantuvieran impasibles para que Falange no se convirtiera en una partida de la porra ni en una organización de delincuentes.[442] Ahora bien, para el líder falangista, la mejor manera de expresar el dolor por la muerte de un camarada era no responder al ataque y «No llorar: continuar».[443] Es más, defendía que la mejor forma de responder una agresión era que los escuadristas continuaran con su activismo, como puede verse, por ejemplo, con la declaración en la que animó a sus seguidores a «salir a la calle a vocear *F.E.* el jueves que viene» como respuesta a la muerte del falangista Francisco de Paula Sampol el 11 de enero de 1934.[444]

Como puede verse, durante los primeros meses de existencia de Falange se impuso la actitud de Primo de Rivera de no emplear la violencia para responder las agresiones del adversario, pero, en la medida en la que había muertos en sus filas y no se ordenaban represalias, su actitud inicial era cada vez más difícil de mantener. Además, se dio una situación extraña, pues personas que se afiliaron al partido fascista para luchar contra el enemigo en la calle se encontraron con las reticencias de Primo de Rivera ante el uso de la violencia, así como con discursos y artículos con una retórica político-literaria, cosa que contrastaba con la táctica escuadrista fascista que demandaba, no ya represalias ante los ataques sufridos, sino acciones proactivas.[445]

Sin embargo, la falta de una respuesta contundente se debía a la incapacidad y a la inexperiencia de los milicianos de la Primera Línea para ejecutar una violencia efectiva y, sobre todo, para realizar una política de enfrentamientos sistemáticos con los miembros de unos partidos de izquierda y de unos sindicatos obreros consolidados y dotados de una larga tradición de lucha y movilización de masas. Como criticó Ledesma Ramos, antes de la unificación de las JONS con FE entre finales de febrero e inicios de marzo de 1934, a las milicias falangistas les faltaba fuerza y eficacia militar, y, asimismo,

---

[441] LLUCH F. VALLS, F., *Semilla azul*…, pp. 47-48.
[442] "El fascismo y la violencia", *ABC* (Madrid), 14 de febrero de 1934, p. 17; JATO, D., *La Rebelión de los estudiantes: apuntes para una historia del alegre S.E.U.*, Madrid, 1967, p. 154; ÁLVAREZ PUGA, E., *Historia de la Falange*…, p. 25; JEREZ RIESCO, J.L., *Falange imperial*…, pp. 85-86; y GALLEGO CORTÉS, A., *Diario de un falangista de primera línea*…, pp. 44-45.
[443] "Oración por los muertos de la Falange", *F.E.*, 22 de febrero de 1934, p. 9; y XIMÉNEZ DE SANDOVAL, F., *José Antonio*…, p. 493.
[444] XIMÉNEZ DE SANDOVAL, F., *José Antonio*…, p. 150.
[445] THOMÀS, J. M., *José Antonio. Realidad y mito*…, pp. 178-179.

carecían de jefes y organizadores.[446] Por lo tanto, nos encontramos con un partido débil con unos escuadristas inexpertos en la lucha callejera.

A pesar de las indicaciones de Primo de Rivera, de la inexperiencia de los activistas y de la poca efectividad de sus escuadras, los falangistas protagonizaron algunos actos violentos en Madrid como, por ejemplo, la paliza a un transeúnte en la Puerta del Sol el 2 de enero de 1934;[447] el choque con unos izquierdistas durante la venta del segundo número de *F.E.* en la Puerta del Sol, en el barrio de Cuatro Caminos y en las calles Sevilla y Alcalá el 11 de enero;[448] o el ataque a un ciudadano que iba a su casa después de que este hubiera pisoteado las hojas de propaganda que los falangistas repartieron en la calle de Fuencarral a mediados de abril.[449] Los milicianos de Falange también agredieron a sus adversarios en otras poblaciones como sucedió, por ejemplo, en Orense, donde los escuadristas arremetieron contra varios republicanos de la localidad el 14 de abril de 1934 durante las fiestas conmemorativas de la proclamación de la República.[450]

Ahora bien, no todos estos enfrentamientos se originaron en la calle, sino que, en estos primeros meses, la mayoría de los disturbios tuvieron lugar en la Universidad. Como se ha comentado anteriormente, esta violencia corrió a cargo de los activistas del SEU. La irrupción de este sindicato estudiantil en la vida universitaria facilitó la penetración de la violencia en las aulas. Esta estrategia de agitación política estaba apoyada por un uso de la violencia contra los miembros de la FUE con el objeto de poner fin a la hegemonía de este sindicato en la Universidad. No obstante, esta lucha no era una novedad de Falange ni del SEU, sino que, esta batalla ya se estaba realizando desde antes de su fundación por parte de grupos como las JONS, cuyos activistas, aunque no organizaron su propio grupo estudiantil, se infiltraron en la FUE para generar conflictos internos y, asimismo, se estructuraron en organizaciones semiclandestinas para protagonizar altercados con los estudiantes izquierdistas en los centros culturales y docentes. Como ejemplos de estos disturbios, cabe destacar el incidente de la Facultad de Derecho de la Universidad Central de Madrid el 10 de marzo de 1932 o el

---

[446] LEDESMA RAMOS, R., *¿Fascismo en España?*..., p. 68.
[447] "Un choque entre fascistas y comunistas en la Puerta del Sol", *El Sol*, 3 de enero de 1934, p. 1; y GIL PECHARROMÁN, J., *José Antonio Primo de Rivera*…, pp. 242-243.
[448] "Alboroto en la Puerta del Sol", *El Sol*, 12 de enero de 1934, p. 8; "En la Puerta del Sol se registra un incidente en el que interviene el diputado Primo de Rivera y que da lugar a una carga de la fuerza pública", *Heraldo de Aragón*, 12 de enero de 1934, p. 1; "Los elementos marxistas se aprovechan de la venta del semanario "F.E." para originar incidentes en diversos sitios de Madrid", *La Nación*, 12 de enero de 1934, p. 2; y "La salida de nuestro segundo número", *F.E.*, n.º 3, 18 de enero de 1934, p. 7
[449] "Siguen las agresiones a los vendedores de "Mundo Obrero"", *Heraldo de Madrid*, 15 de enero de 1934, p. 11.
[450] "Agresión de unos fascistas a varios republicanos de Orense", *Heraldo de Madrid*, 16 de abril de 1934, p. 11.

enfrentamiento con los miembros de la FUE delante del edificio de la Universidad Central de Madrid el 9 de febrero de 1934.[451]

Por su parte, los miembros del SEU protagonizaron una serie de disturbios como, por ejemplo, el altercado del 19 de enero de 1934 en la Universidad de Zaragoza; el enfrentamiento de los miembros del SEU, junto a los estudiantes católicos y tradicionalistas, con los estudiantes de la FUE que secundaban la manifestación convocada por la Unión Federal de Estudiantes el 24 de enero de 1934 en las universidades de Zaragoza, Valencia, Sevilla y Madrid;[452] o el asalto con porras y pistolas de los locales de la FUE de la Facultad de Medicina de Madrid el 29 del mismo mes.[453] A su vez, estos estudiantes también se enfrentaron a sus oponentes en los institutos como sucedió, por ejemplo, en el Instituto Lope de Vega de Madrid el 5 de marzo de 1934.[454] Como puede verse en estos casos, durante sus primeros meses de existencia, el partido no pasó de la escaramuza porque no disponía de unas fuerzas suficientemente preparadas para realizar acciones enérgicas ni enfrentarse a sus adversarios.[455]

Sin embargo, estas acciones aisladas no eran suficiente para los monárquicos. Estos se impacientaron porque veían que los falangistas no parecían dispuestos a cumplir con su parte del trato en lo referido a la lucha contra las izquierdas. Por esta razón, criticaron la relativa moderación de los milicianos de Falange, reprochando que FE era un partido poético que dejaba morir cobardemente a sus jóvenes activistas. También reprobaron la falta de contundencia de Primo de Rivera para responder los ataques recibidos. Así, por ejemplo, el escritor Álvaro Alcalá Galiano comentó en el periódico monárquico *ABC* que Falange soportaba los atentados y las agresiones de sus adversarios sin otra forma de protesta que la indignación verbal; y se asombró al ver la indefensión en la que dejaron los dirigentes del partido a sus jóvenes militantes, al mismo tiempo que criticó que estos no hacían nada para evitar las muertes, sino que solo se limitaban a exponer sus vidas y premiar su sacrificio con unas «frases sobrias». También reprochó a Falange que su activismo era solamente teórico y se lamentó de que sus milicianos no usaran la violencia como medio táctico. Concluyó de todo ello que FE no podía ser considerada fascista porque sus escuadristas preferían la resignación

[451] "Los jóvenes fascistas hacen propaganda a la puerta de la Universidad y se promueven algunos incidentes", *El Sol*, 10 de febrero de 1934, p. 10; y GONZÁLEZ CALLEJA, E., "Camisas de fuerza…", p. 63.
[452] JEREZ RIESCO, J.L., *La Falange en tierra de dragones*…, p. 195-201.
[453] "Unos estudiantes fascistas asaltan los locales de la "FUE" en la Facultad de Medicina y hieren gravemente a un directivo de dicho organismo estudiantil", *Heraldo de Aragón*, 30 de enero de 1934, p. 3.
[454] "Los estudiantes fascistas promueven alborotos y hacen varios disparos con pistolas detonadoras", *Heraldo de Madrid*, 6 de marzo 1934, p. 2.
[455] GONZÁLEZ CALLEJA, E., "Camisas de fuerza…", pp. 68-69.

cristiana a la hostilidad y al enfrentamiento con sus oponentes en la calle. Es más, para resaltar la falta de contundencia del partido fascista español, señaló que el triunfo del fascismo en Italia y de los nazis en Alemania estaba precedido por la derrota de sus adversarios en la calle.[456]

Por su parte, la prensa derechista también se mofó de Falange por su relativa moderación con el uso de motes como «Funeraria Española» para referirse a la organización, mientras que Primo de Rivera fue apodado «Simón el Enterrador». En esta misma línea, cuando murió el primer estudiante falangista a inicios de noviembre de 1933 durante la venta del semanario *F.E.*, se dijo con sarcasmo que «Primo de Rivera hace morir a sus muchachos para vender ideas de Platón a veinte céntimos».[457] La prensa derechista también señaló que Falange se parecía más a un movimiento de franciscanos que a un movimiento fascista.

Ahora bien, las críticas por la relativa moderación de Falange no solo provenían de los sectores de la derecha antirrepublicana, sino que, también procedían del propio partido. Entre estos, cabe destacar a los militares monárquicos liderados por Juan Antonio Ansaldo, quien, ante la falta de contundencia ante las agresiones recibidas, se preguntó:

> ¿Por qué estáis pensando que os dejáis matar así? ¿Cómo queréis contar para algo y ser un partido de acción, cuando no servís más que para llorar en los cementerios sobre los cuerpos de estos pobres muchachos asesinados, a los que no sabéis vengar?[458]

Las críticas también provenían de algunos activistas de Falange. Así, por ejemplo, un militante criticó el tono literario e intelectual de los falangistas comentando que si «*F.E.* sique en este tono […], no valdrá la pena arriesgar la vida por venderlo».[459] En esta misma línea, en el sepelio del falangista Matías Montero, el jefe provincial de Toledo, José Saiz, le preguntó a Primo de Rivera: «¿Es que nos vamos a dejar matar como moscas?».[460]

Como señaló Ledesma Ramos, las discrepancias también se originaron entre Primo de Rivera y Ruiz de Alda. Según Ledesma, el primero declaró, confidencialmente, que la fundación de Falange como organización concreta y visible había sido un gran

---

[456] ALCALÁ GALIANO, A., "Martirologio fascista", *ABC* (Madrid), 13 de febrero de 1934, p. 3; y VEGAS LATAPIE, E., *Memorias políticas*…, p. 203.
[457] JATO, D., *La Rebelión de los estudiantes*…, p. 133.
[458] ANSALDO, J.A., *¿Para qué…?*..., pp. 72-73.
[459] "Carta a un estudiante que se queja de que "F.E." no es duro", *F.E.*, 19 de abril de 1934, p. 3.
[460] JATO, D., *La Rebelión de los estudiantes*…, p. 154; y JEREZ RIESCO, J.L., *Falange imperial*…, pp. 85-86.

error, y que, con arreglo a la situación española, lo más oportuno era haber continuado la propaganda después del mitin de la Comedia el 29 de octubre de 1933, quedando para más tarde la tarea de hacer una organización política con una disciplina política. Por el contrario, Ruiz de Alda defendió el hecho de haber procedido, inmediatamente después del mitin, a la fundación de Falange, creyéndolo eficaz para recoger, preparar y encuadrar las adhesiones que llegaban.[461]

Estas incertidumbres estaban motivadas, también, por los debates internos entre los dirigentes del partido sobre el uso de la violencia. Estos eran fundamentales para explicar las diferencias internas de Falange durante su primer año de existencia. Entre los bandos que había dentro de FE de las JONS, cabe destacar el sector más militante liderado por Juan Antonio Ansaldo, quien, como el jefe de las SA, Ernst Röhm, formó un contrapoder militar dentro de la propia organización que hizo que este tomara decisiones autónomas que cuestionaron el liderazgo de Primo de Rivera.[462] Los integrantes de esta facción eran partidarios de acentuar las represalias contra sus adversarios y criticaban la actitud insuficientemente enérgica de Primo de Rivera respecto al uso de la violencia. Asimismo, defendían que el partido debía transformarse en una organización paramilitar al servicio de los alfonsinos, dotada de unas escuadras de acción permanente compuestas por unos milicianos entrenados y dispuestos a enfrentarse al enemigo en cualquier momento.

Por su parte, la facción liderada por Primo de Rivera intentó mantener la autonomía de Falange respecto a los monárquicos, a la vez que pretendió desligarse de RE por medio de la visualización de su ideario político para que FE de las JONS no fuera un instrumento subordinado a los intereses de estos. Para ello, el líder falangista aprovechó sus intervenciones en el Parlamento para distanciar su posición de la de las derechas y, asimismo, ordenó a sus hombres que se encargaran de divulgar la doctrina del partido para captar nuevos militantes que se mantuvieran impasibles ante los ataques y las quejas de los derechistas.[463] Este rechazo inicial de la táctica violenta generalizada se debía a que Primo de Rivera consideró que solo conseguiría atraer la represión gubernamental y el rechazo de la ciudadanía. Así pues, este sector liderado por el líder falangista representaba la facción más moderada respecto al uso de la violencia y la que tenía una postura más conciliadora. Esta posición se debió a que

[461] LEDESMA RAMOS, R., *¿Fascismo en España?*..., p. 56.
[462] GARCÍA VENERO, M., *Historia de la Unificación*…, p. 18; y PURCET GREGORI, A., "Juventudes de muerte española. El discurso sobre la violencia en Ramiro Ledesma Ramos y José Antonio Primo de Rivera" en GALLEGO, F. y MORENTE, F. (eds.), *Rebeldes y reaccionarios*…, p. 149.
[463] PURCET GREGORI, A., "Juventudes de muerte española. El discurso sobre la violencia en Ramiro Ledesma Ramos y José Antonio Primo de Rivera" en GALLEGO, F. y MORENTE, F. (eds.), *Rebeldes y reaccionarios*…, p. 146.

Primo de Rivera pecó por su falta de perspectiva, porque no era consciente de que la violencia era innata en el fascismo.[464] Como puede verse, el concepto de violencia que tenía el jefe falangista era diferente al de otros líderes fascistas europeos y bastante contradictorio del empleo que harán de esta sus milicianos en los meses posteriores. Ahora bien, entre estas dos tendencias, cabe situar a Ledesma Ramos, quien defendía el uso de la violencia y la independencia políticas respecto a los monárquicos alfonsinos.[465]

Estas diferencias ideológicas y estratégicas entre Primo de Rivera y Ansaldo motivaron que este último, con la connivencia de los monárquicos, conspirara contra el primero para obligarlo a adoptar una línea de actuación más dura y violenta. En caso de que este no aceptara, el jefe de objetivos obligaría a Primo de Rivera a abandonar la dirección, que recaería en Ledesma Ramos y en Ruiz de Alda, y el partido. Esta conspiración estaba motivada por el descontento de los militares monárquicos que ocupaban puestos de responsabilidad en las milicias a raíz de los frenos puestos por Primo de Rivera a sus propuestas de acción.[466] Esta disputa terminó con el triunfo de este último que, con el apoyo de Ledesma Ramos y de Ruiz de Alda, forzó la expulsión de Ansaldo en julio de 1934. Su destitución estuvo acompañada por la baja de algunos militares monárquicos que, como Arredondo, intentarán organizar, sin éxito, las milicias de RE bajo el liderazgo de Ansaldo o de otros que, como Ricardo Rada, se pasaron al Requeté. Cabe destacar que su baja estuvo motivada por la incompatibilidad con el estilo del líder falangista y no por sus diferencias ideológicas. Ahora bien, su dimisión propició que los puestos de responsabilidad en las milicias de Falange recayeran en activistas que, como Luis Aguilar o Agustín Aznar, procedían del SEU.

A ello hay que añadir las divergencias frecuentes en el seno del partido sobre la conceptualización ético-política de la violencia y su función. Estas diferencias estaban motivadas por la heterogeneidad de los principales ideólogos falangistas sobre su uso y su cometido. Así, Ledesma Ramos era partidario de la acción directa para conquistar el poder y acabar con el régimen republicano. Tenía la esperanza de que la violencia se pudiera organizar de forma sistemática y como punto de una línea de acción general.[467] Era partidario de una violencia fuertemente organizada de acuerdo con la estructura y la mentalidad militares. Ledesma concebía que la milicia debía permitir un rearme de la juventud en pro de la revolución. Asimismo, defendía que el hombre, mediante la

[464] PEÑALBA, M., *Falange Española*…, pp. 126-128; y THOMÀS, J. M., *José Antonio. Realidad y mito*, Debate, Molins de Rei, 2022, p. 179.
[465] MUÑOZ BOLAÑOS, R., "Escuadras de la muerte…" pp. 1-11. https://journals.openedition.org/amnis/3616?lang=en [Última consulta: 12 de mayo de 2023]
[466] THOMÀS, J. M., *José Antonio*…, p. 191.
[467] GALLEGO, F., *El Evangelio fascista*…, p. 282.

violencia, ponía fin al sopor de la vida cotidiana, a la vez que le servía para afirmar radicalmente su existencia. Por su parte, Onésimo Redondo justificaba que la violencia podía ser utilizada como herramienta para defender la nación o como instrumento de represalia contra el enemigo. Era partidario de la violencia como una actitud vital de la juventud. Además, señalaba que la milicia servía como un medio político que debía impulsar la lucha por su capacidad de desarrollar valores como el sacrificio, la camaradería, la disciplina o la jerarquía. En cambio, Primo de Rivera, a diferencia de Ledesma y Redondo, no participaba de la fascinación por la violencia porque la concebía como un recurso defensivo. Cabe destacar que tampoco tenía una estrategia ni una táctica sobre su uso, sino que sus apreciaciones sobre su empleo eran coyunturales porque estaban dictadas por los problemas políticos del momento. Además, consideraba que la violencia era sacrificial y debía servir como un medio lícito para conseguir algunos fines superiores que no se podían conseguir por la vía pacífica.[468]

No fue hasta febrero y marzo de 1934, tras la fusión con las JONS, que los milicianos de Falange empezaron a protagonizar un mayor número de acciones violentas. Esto fue, en buena medida, gracias a la designación de los primeros jefes locales, a la instrucción de los militares monárquicos y a la aportación de los activistas jonsistas, quienes tenían una mayor experiencia en los enfrentamientos con los miembros de los partidos de izquierda y de los sindicatos obreros. A su vez, estos incorporaron una serie de conceptos como el culto a la violencia como arma política. Este incremento de la efectividad de las milicias falangistas implicó que, entre la primavera y el verano de 1934 hubiera un cambio cualitativo en lo referente a la táctica. Esto conllevó a que los milicianos del partido entraran en una espiral incontrolable de enfrentamientos sin una salida política clara que hizo que los falangistas resolvieran sus dudas iniciales sobre el uso de la violencia.[469]

El punto culminante de estas agresiones tuvo lugar el 10 de junio de 1934 con la colisión entre unos milicianos de Falange y un grupo de izquierdistas en El Pardo (Madrid). Los falangistas, sabiendo que estos últimos acudían a ese lugar todos los domingos para realizar ejercicios gimnásticos, los amenazaron el día anterior para que no fueran a ejercitarse, porque tenían la intención de ir al mismo sitio con ánimo de promover incidentes. La presencia de los escuadristas de Falange ya suponía un acto provocativo en sí mismo que dio lugar a un enfrentamiento con los socialistas que terminó con la muerte del falangista Juan Cuéllar y la intervención de la Guardia Civil, lo

[468] GONZÁLEZ CALLEJA, E., "Camisas de fuerza…", p. 65; Íd., "Los límites de la "fascistización"…", p. 8; e Íd., "La violencia y sus discursos…", p. 90.
[469] PAREJO FERNÁNDEZ, J.A., *Señoritos, jornaleros y falangistas*…, p. 59.

que hizo que los falangistas huyeran del campo de batalla.[470] Ese mismo día, ante la tumba de Cuéllar, Primo de Rivera comentó que «esto se tiene que acabar». Para muchos de los asistentes, estas palabras supusieron la aprobación tácita de la represalia violenta. Aquella misma noche, sin la autorización de la dirección falangista, una escuadra comandada por el jefe de objetivos realizó un tiroteo desde un coche a un grupo de socialistas con el que se acabó con la vida de la socialista Juanita Rico.[471] Con este asesinato, los milicianos de Falange dieron el último paso en la asimilación de la violencia.

A pesar del rechazo inicial de Primo de Rivera al empleo de la violencia, el ideal de violencia fascista pasó a formar parte de la militancia de Falange, posibilitando así, que la Primera Línea deviniera un instrumento con el que llevar a cabo las acciones violentas contra sus enemigos.[472] Los falangistas, motivados según ellos mismos por su religiosidad y su consideración hacia el adversario, argumentaban que la violencia debía ser empleada únicamente para responder las agresiones recibidas.[473] Como señaló Primo de Rivera en una carta escrita a Francisco Bravo,

> la violencia ha de ser caballeresca, eficaz y no rebasar el límite necesario. Nosotros teníamos aquellas semanas primeras de demostrar a las gentes que no éramos una banda asalariada, propensa a eliminar a sus adversarios a tiros. Yo hablé de la dialéctica de los puños y de las pistolas, no pensando en las emboscadas callejeras donde cayeron nuestros mejores muchachos de la primera hora, sino en la conquista del Estado y en la defensa de la Patria. Pero cuando fueron ensangrentándose las calles de Madrid con aquellos jóvenes, niños más bien, que salían a vender "F.E" inermes y valerosos, comprendí que no tendríamos más remedio que defendernos a toda costa.[474]

En esta misma línea, como le dijo Primo de Rivera al periodista estadounidense Jay Allen en la entrevista realizada en la prisión de Alicante el 3 de octubre de 1936, «Mis muchachos habrán podido matar, pero después de haber sido atacados».[475]

---

[470] "En el monte de El Pardo", *ABC* (Madrid), 12 de junio de 1934, p. 17-18; "En los montes de El Pardo", *El Sol*, 12 de junio de 1934, p. 2; "Presente", *F.E.*, n. 13, 05 julio de 1934, p. 13; y PAREJO, J.A., *"*De puños y pistolas...", pp. 136-137.
[471] "En la calle de Eloy Gonzalo, unos desconocidos, entre los que se hallaba una mujer, tirotean a un grupo de excursionistas", *La Nación*, 11 de junio de 1934, p. 3; "En la calle de Eloy Gonzalo", *El Sol*, 12 de junio de 1934, p. 2; XIMÉNEZ DE SANDOVAL, F., *José Antonio*…, p. 221; y PAREJO, J.A., *"*De puños y pistolas…", pp. 136-137.
[472] PAREJO, J.A., *"*De puños y pistolas…", p. 137.
[473] "Oración por los muertos de la Falange", *F.E.*, 22 de febrero de 1934, p. 9; PÉREZ DE CABO, J., *¡Arriba España!*..., p. 40; ANSALDO, J.A., *¿Para qué…?*..., p. 74; y DE ASÍS DE LA VEGA GONZALO, F., *Aniquilar la Falange. Cronología persecutoria del Nacionalsindicalismo*, Ediciones Tarfe, Oviedo, 1991, p. 49.
[474] BRAVO MARTÍNEZ, F., *José Antonio*…, p. 20.
[475] Ibid. p. 56.

Algunas de las acciones violentas perpetradas por los milicianos del partido para *responder* a las agresiones recibidas fueron, por ejemplo, el asalto de los locales de la FUE en la Universidad de Sevilla y del Instituto de la misma ciudad en enero de 1934 por parte de las escuadras lideradas por los falangistas Perales, Pérez Blázquez y Saro como venganza por el ataque perpetrado contra el estudiante falangista Manuel Baselga;[476] la irrupción en el local del partido socialista en la calle madrileña de Malasaña el 3 de julio de 1934 como respuesta a la agresión contra el falangista Manuel Groizard dos días antes;[477] o el asesinato del activista de IR Andrés Casaux en San Sebastián en septiembre de 1935 para vengar la muerte del falangista Manuel Carrión el 9 de agosto anterior.[478]

La realidad era, sin embargo, que las acciones violentas perpetradas por los milicianos de Falange iban mucho más allá de la mera respuesta. Muchas veces eran simplemente punitivas, aunque se ampararan bajo todo tipo de excusas. Así, por ejemplo, para *castigar* a los autores del incendio de la parroquia de Renedo en abril de 1935, los falangistas quemaron la casa del pueblo de Renedo;[479] o, para *escarmentar* a los anarquistas que acabaron con la vida del falangista Manuel Morales Villarrubia, los milicianos de Falange arremetieron contra varios izquierdistas en Málaga el 28 de enero de 1936.[480] Igualmente, los escuadristas perpetraron acciones violentas para *advertir* a sus adversarios. Este fue el caso del asalto del centro socialista de Cuatro Caminos (Madrid) por las constantes agresiones que sufrían los repartidores de *F.E.* en aquella barriada.[481] Los falangistas no denunciaron los ataques recibidos porque preferían tomarse la «justicia por su mano».[482] Así lo puso de manifiesto el falangista Lluch F. Valls, quien señaló que «Aquí no se denuncia a nadie; se saldan las cuentas sin necesidad de Juzgados».[483] Ahora bien, aunque Primo de Rivera no ordenara explícitamente a sus escuadristas cometer acciones violentas, tampoco las condenaba, lo que indica que las autorizaba con su silencio. No obstante, el líder falangista vetó algunos planes para atentar contra dirigentes políticos, como el urdido contra el

[476] DÁVILA, S. y PEMARTÍN, J., *Hacia la historia de la Falange*…, p. 57.
[477] GIL PECHARROMÁN, J., *José Antonio Primo de Rivera*…, p. 283.
[478] ÁLVAREZ PUGA, E., *Historia de la Falange*…, p. 27; y JEREZ RIESCO, J.L., *Eduardo Ezquer. "El rebelde indómito de la Falange"*, Ediciones Fides, Torredembarra, 2019, p. 70.
[479] GARCÍA VENERO, M., *Falange en la guerra de España*…, p. 73; e Íd., *Testimonio de Manuel Hedilla*…, pp. 57-58.
[480] PERMARTÍN, J., *Almanaque de la Primera Guardia*, Editora Nacional, Madrid, 1945.
[481] JEREZ RIESCO, J.L., *Historia gráfica de la Falange*, San Sebastián de los Reyes, Actas, 2018, p. 191.
[482] MELEIRO, F., *Anecdotario de la Falange de Orense*…, p. 54; y NÚÑEZ SEIXAS, X.M., "El fascismo en Galicia….", p. 153.
[483] LLUCH F. VALLS, F., *Semilla azul*…, p. 75.

socialista Indalecio Prieto a finales de junio de 1934, y acciones de extrema violencia, como el plan para volar la casa del pueblo de Madrid.[484]

Los falangistas argumentaban que su sentido de profunda religiosidad y humildad, ya descrito anteriormente, se plasmaba en una cierta consideración hacia el adversario; así, por ejemplo, explicaban que algunas muertes derivadas de acciones suyas, como la del socialista Manuel Durán el 12 de mayo de 1935 en Don Benito[485] o la del cenetista Antonio Guitin el 3 de julio de 1935 en el muelle de La Coruña,[486] eran resultado de «desgraciados» accidentes, consecuencia del clima de confusión provocado por las continuas reyertas callejeras; y defendían que, a diferencia de los activistas de las organizaciones de izquierda y de los sindicatos obreros, que solo atacaban «brutalmente» por la espalda, ellos únicamente respondían a los ataques recibidos. Además, sostenían que su lucha no era contra la persona, sino que era contra las «ideas nocivas» que representaba el oponente.[487]

En este sentido, defendían que la violencia nunca debía ser empleada «como instrumento de opresión», ni su uso debía estar motivado por «impulsos negativos», sino que se debía recurrir a ella solo como último recurso, puesto que, para los falangistas, la violencia podía ser lícita cuando se empleara por un ideal que la justificara.[488] Sin embargo, y a pesar de toda esta retórica, las acciones violentas perpetradas por los milicianos de Falange no se correspondían con las de un partido que buscaba acabar con el orden vigente para construir una nueva sociedad, sino, más bien, con los de una organización de matones y delincuentes que promovían alborotos con el único fin de alterar el orden público. Ello se ejemplifica con los falangistas que, mientras regresaban de la concentración en el aeródromo de Estremera el 4 de junio de 1934 dando gritos de viva el *fascio*, se enfrentaron a unos izquierdistas en Carabanchel Alto (Madrid);[489] con los milicianos que promovieron unos disturbios en los que destruyeron el rótulo de la casa del pueblo de Miajadas (Cáceres) el 16 de junio del mismo año para sustituirlo por un retrato de Alfonso XIII;[490] con el falangista Antonio Recuero Castro quien, durante la revolución de octubre de 1934, iba por las calles de Madrid expresando su deseo de cortar el cuello a todos los individuos con ideas

---

[484] GIL PECHARROMÁN, J., *José Antonio Primo de Rivera*…, pp. 281-282; y PEÑALBA, M., *Falange Española*…, p. 141.
[485] JEREZ RIESCO, J.L., *La Falange en la cuna de los conquistadores*…, p. 501.
[486] "Un fascista mata a tiros a un afiliado de la CNT", *Heraldo de Madrid*, 4 de julio de 1935, p. 16.
[487] HILLERS de LUQUE, S., *Ética y estilo falangistas*, S.l.: s.n., Madrid, 1974, p. 239.
[488] XIMÉNEZ DE SANDOVAL, F., *José Antonio*…, p. 144; PEMARTÍN, J., *Teoría de la Falange*, Editora Nacional, Madrid, 1942, pp. 31-32; y PRIMO DE RIVERA, J.A., *Obras*…, p. 93.
[489] "Los jóvenes fascistas de la JONS, capitaneados por Primo de Rivera, realizan una parada y las autoridades no se enteran", *Heraldo de Madrid*, 5 de junio de 1934, p. 8.
[490] "Fascistas detenidos por promover disturbios", *La Vanguardia*, 17 de junio de 1934, p. 24.

izquierdistas;[491] o con los activistas de Falange que se enfrentaron a varios socialistas y republicanos en la calle bilbaína de San Francisco el 17 de junio de 1935 después de provocarlos con un «viva el fascio» y que sus oponentes respondieran con vivas a la República.[492]

Actos como estos no siempre eran acciones puntuales, sino que, en numerosas ocasiones, eran hechos cometidos repetidamente. Este fue el caso del falangista José Rodríguez, quien continuamente exhibía sus ideas políticas en su puesto de trabajo en la casa Garaje Renault;[493] del falangista Blas Cobo Poyatos, quien agredió en más de una ocasión a trabajadores de la localidad de Rus (Jaén) con una porra de hierro;[494] o de los falangistas Jesús Rojas Raya, Bernabé Rojas Raya y Martín López Sanjuan, quienes provocaron constantemente a los transeúntes de la calle Torres (Jaén).[495]

En esta misma línea, los falangistas cometieron agresiones contra individuos por militar en una organización de izquierda o republicana. Así sucedió, por ejemplo, con los milicianos de la Falange de Oviedo que dispararon contra los miembros de Acción Republicana que repartían panfletos en el paseo del Parque del 23 de mayo de 1935[496] o con los escuadristas que agredieron al director del periódico republicano *El Luchador* el 15 de septiembre de 1935.[497] De la misma manera, no dudaron en arremeter contra personas que no militaban en ninguna organización política. Este fue el caso de los escuadristas que repartieron hojas en la plaza de Topete de Cádiz el 28 de enero de 1936, quienes, al ver que muchas personas rechazaron sus panfletos, hicieron algunos disparos hiriendo a un transeúnte apellidado Jiménez Rodríguez.[498] Estas agresiones dieron lugar a una espiral de violencia callejera que dejó un creciente número de heridos y muertos, contribuyendo así al deterioro del orden público.

En resumen, las acciones violentas, difundidas siempre como operaciones de represalia ante las provocaciones de los izquierdistas, permitieron colocar a los militantes de Falange en algo que superaba una simple mística del riesgo. Igualmente, la violencia falangista no respondía a la actitud inicial de una Falange elitista, en la que Primo de Rivera salía al paso de la exigencia realizada desde la prensa monárquica y derechista de responder las agresiones de los izquierdistas. Tampoco era producto de

[491] AHN, FC-CAUSA_GENERAL, 376, Exp.37.
[492] "Un fascista dispara sobre un grupo de republicanos", *El Sol*, 18 de junio de 1935, p. 3.
[493] AHN, FC-CAUSA_GENERAL, 361, Exp.22.
[494] CDMH, PS-MADRID, 1988, 2.
[495] AHN, FC-CAUSA_GENERAL, 142, Exp.15.
[496] "Unos fascistas disparan en la calle sobre un grupo de republicanos", *Heraldo de Madrid*, 24 de mayo de 1935, p. 12.
[497] GONZÁLEZ CALLEJA, E., *Cifras cruentas*…, p. 252.
[498] "Un grupo de fascistas hiere a un transeúnte y el público quiere lincharlos", *El Sol*, 21 de enero de 1936, p. 5.

las reflexiones hechas por un Ledesma Ramos más familiarizado con la función de la violencia que no fuera mero pistolerismo, sino con el carácter mismo del movimiento fascista como partido-milicia.[499] En definitiva, la violencia falangista no respondía a una sistematización revolucionaria ni tampoco a la actitud inicial de los líderes del partido, que fueron cambiando de posición con el paso del tiempo.

3.2.2. Lucha para ocupar el espacio público

La ocupación del espacio público era la principal causa de enfrentamiento entre los activistas de las distintas organizaciones políticas. Muchos combates callejeros se originaron cuando los activistas de Falange repartían la prensa del partido, como sucedió, por ejemplo, en la barriada madrileña de Cuatro Caminos y en la calle María de Guzmán en Madrid en la mañana del 7 de julio de 1934;[500] en el barrio de Cuatro Caminos el 29 de agosto del mismo año;[501] o en la calle Mayor de Palencia el 10 de abril de 1935.[502] En las universidades también se originaron choques como consecuencia del reparto de la prensa, como la pelea del 9 de abril de 1935 entre los integrantes del SEU y los milicianos de la Primera Línea con los miembros de la FUE durante la venta de *Arriba* en la Facultad de Medicina, en la Ciudad Universitaria y en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central.[503] Estos enfrentamientos se originaron porque la venta del periódico pasó a ser una manifestación y un acto provocativo en el que los jóvenes voceadores anunciaban a gritos no solo el periódico, sino también sus ideales.

Resulta muy significativo el relato que hacían los falangistas cuando narraban las dificultades para repartir su prensa, pues, como manifestaban, salir a la calle a vender su periódico era un desafío mortal.[504] Señalaban que se veían con la obligación de hacerlo por las dificultades de su imprenta y su comercio causadas por el boicot de los impresores afiliados en los sindicatos de izquierda.[505] Y proclamaban que su sentido de sacrificio desinteresado, ya analizado anteriormente, hizo que el falangista estuviera dispuesto a cualquier cosa, incluso en las peores condiciones posibles. Así lo enfatizó el jefe provincial de la Falange de las Baleares, Alfonso de Zayas, al afirmar que «el valor y la decisión de los camisas azules supieron contener y reprimir todo intento

---

499 GALLEGO, F., *El Evangelio fascista*…, pp. 258-259.
500 "Agresión sangrienta contra los repartidores de un periódico fascista", *ABC* (Madrid), 8 de julio de 1934, p. 27; y "La venta del semanario fascista "F.E. provoca graves incidentes en los Cuatro Caminos", *El Sol*, 8 de julio de 1934, p. 4.
501 "En los Cuatro Caminos se registró ayer una colisión entre comunistas y fascistas", *ABC* (Madrid), 30 de agosto de 1934, p. 22.
502 "Fascistas y socialistas, a palos", *El Sol*, 11 de abril de 1935, p. 3.
503 "La venta de una revista de carácter fascista da lugar a incidentes", *El Sol*, 10 de abril de 1935, p. 3.
504 JEREZ RIESCO, J.L., *José Antonio*…, p. 83.
505 "Cómo hizo *F.E.* su primera salida", *F.E.*, 11 de enero de 1934, pp. 6-7; y BRAVO MARTÍNEZ, F., *José Antonio*…, p. 19.

avasallador de los perturbadores elementos republicanosocialistas. Nada impidió llevar adelante nuestros nobles propósitos».[506]

Los milicianos de Primera Línea, por su parte, también arremetieron contra los repartidores de prensa de las organizaciones de izquierda como sucedió, por ejemplo, en la calle madrileña de Fuencarral el 14 de enero de 1936, cuando varios escuadristas agredieron a los repartidores de *Mundo Obrero*;[507] o en Málaga el 28 de enero de 1936, cuando el falangista Eduardo San Martín Peña increpó a Francisco Olalla Ramos por vender prensa izquierdista.[508] Los milicianos de Falange también impidieron la distribución de los periódicos de los partidos izquierdistas. Este fue el caso de varios escuadristas de Orense que, en mayo de 1936, abordaron las camionetas con la prensa del día para llevarse los diarios de las organizaciones de izquierda y arrojarlos al río Miño.[509]

A pesar de que estos choques eran comunes por toda la geografía española, la gran mayoría de ellos tuvo lugar en Madrid. Ante las batallas originadas a raíz del reparto de la prensa partidista en la capital del país, los comerciantes establecidos en la Puerta del Sol dirigieron al gobernador civil una instancia para que se adoptaran las medidas necesarias para evitar los perjuicios que ocasionaban el estacionamiento de estos vendedores ambulantes.[510] Ello conllevó que los tenientes de alcalde de Madrid se reunieran el 22 de marzo de 1934 para acordar las prevenciones necesarias con el fin de impedir la venta de la prensa ambulante en las calles céntricas de la ciudad.[511] Así, en julio de 1934, se decretó que los únicos que podían vender los periódicos y las revistas eran aquellos que ejercían tal industria, sin que, en ningún caso, la venta de la prensa pudiera constituir ninguna manifestación política. Para ello, se ordenó que el título y el pregón del periódico serían la llamada de atención del lector y nunca un banderín de combate entre grupos opuestos.[512]

El reparto de propaganda era otro motivo de confrontación. Este fue el caso de la agresión del 21 de octubre de 1935, cuando unos miembros de la Primera Línea de la Falange de Alicante golpearon a un ciudadano que rompió un panfleto falangista.[513] A

---

[506] DE ZAYAS, A., *Historia de la Vieja Guardia de Baleares*…, p. 16.
[507] "Anoche los fascistas promovieron dos ruidosos incidentes y produjeron heridas a un transeúnte que tiró al suelo una hoja subversiva", *Heraldo de Madrid*, 15 de enero de 1936, p. 11.
[508] "La muerte de un vendedor de periódicos", *El Sol*, 30 de enero de 1936, p. 5.
[509] MONTES AGUDO, G., *Vieja Guardia*…, pp. 121-122.
[510] "Los vendedores ambulantes no podrán ofrecer sus mercancías en la Puerta del Sol", *Heraldo de Madrid*, 15 de febrero de 1934, p. 2.
[511] "Se prohibirá la venta ambulante en la Puerta del Sol y calles céntricas", *El Sol*, 23 de marzo de 1934, p. 4.
[512] "La venta ambulante de periódicos", *ABC* (Madrid), 10 de julio de 1934, p. 25.
[513] GONZÁLEZ CALLEJA, E., *Cifras cruentas*…, p. 252.

su vez, se originaron choques, como sucedió, por ejemplo, en Manacor el 18 de enero de 1936, cuando los milicianos de la Falange de Baleares que acudieron a dicha ciudad para repartir la propaganda del partido se enfrentaron a los izquierdistas de la localidad que intentaban evitar que los primeros repartieran sus panfletos;[514] o en la calle cordobesa de Gondomar el 21 de enero del mismo año, cuando los milicianos del partido se pelearon con unos socialistas que pegaban pasquines.[515]

Otra herramienta propagandística que tenían los falangistas para ocupar el espacio público y, así, mostrar su capacidad de convocatoria, consistía en la celebración de mítines. De este modo, los falangistas exhibían sus símbolos y emblemas, y daban a conocer sus postulados para diferenciarse de los demás grupos de la derecha reaccionaria. Ahora bien, para proteger sus actos, los escuadristas de Primera Línea se colocaron estratégicamente en el escenario y en el patio de butacas, patrullaron por el local y vigilaron las entradas con la finalidad de evitar que sus adversarios pudieran acceder al recinto e impidieran la celebración del acto. No obstante, la mayoría de los enfrentamientos tenían lugar en la salida de los mítines como sucedió, por ejemplo, en el teatro Calderón de Valladolid el 4 de marzo de 1934;[516] o en la Plaza de Toros del pueblo Mota de Cuervo (Cuenca) el 30 de abril de 1935.[517]

Aunque la Falange de antes de la guerra se caracterizaba por su escasa militancia, los falangistas presumían que siempre había una gran asistencia en sus actos gracias a su capacidad de movilización. Esto se debía a que en ellos acudían activistas provenientes de las poblaciones próximas a la localidad en la que se celebraba el mitin. Así, por ejemplo, los escuadristas de Madrid, Sevilla, Badajoz, Salamanca, Zalamea la Real (Huelva), Montijo (Badajoz), Mérida y de otros lugares de la provincia de Cáceres asistieron a la concentración de la capital cacereña del 8 de febrero de 1934;[518] los milicianos de Madrid, Burgos Salamanca, Palencia, Asturias, León, Santander y Bilbao acudieron al mitin del teatro Calderón de Valladolid del 4 de marzo de 1934;[519] o los escuadristas de Cuenca, Ciudad Real y Toledo asistieron al acto de la Plaza de Toros de Mora de Cuervo (Cuenca) del 6 de junio de 1935.[520] Los falangistas que residían

[514] DE ZAYAS, A., *Historia de la Vieja Guardia de Baleares*…, p. 36.
[515] "Colisión entre fascistas y socialistas en Córdoba", *Heraldo de Madrid*, 22 de enero de 1936, p. 13.
[516] "Colisiones, cargas y disparos al terminar un mitin fascista en Valladolid", *Heraldo de Aragón*, 6 de marzo de 1934, p. 10; "Continuación del grandioso acto de Valladolid", *F.E.*, 8 de marzo de 1934, pp. 8-9; "En el teatro Calderón, de Valladolid, celebra un vigoroso acto de afirmación la Falange Española de las JONS", *La Nación*, 5 de marzo de 1934, pp. 6-7; y "Graves desórdenes en Valladolid", *La Vanguardia*, 6 de marzo de 1934, p. 28.
[517] JEREZ RIESCO, J.L., *Falange imperial*…, pp. 153-161.
[518] "Cáceres", *F.E.*, 8 de febrero de 1934, pp. 6-7.
[519] "En el teatro Calderón, de Valladolid, celebra un vigoroso acto de afirmación la Falange Española de las JONS", *La Nación*, 5 de marzo de 1934, p. 6; "Reseña del mitin de ayer", *Libertad*, 5 de marzo de 1934, p. 4; y "Valladolid", *F.E.*, 8 de marzo de 1934, p. 6.
[520] "Mitin en Mota de Cuervo", *Arriba*, 6 de junio de 1935, p. 3.

fuera de la población, junto con los milicianos de la localidad en la que se celebraba el mitin, protegían el acto y a los oradores, como sucedió, por ejemplo, con los escuadristas que custodiaron a Primo de Rivera a la salida del mitin celebrado en Villagarcía (Orense) el 17 de mayo de 1935.[521]

Los falangistas también organizaron expediciones para celebrar actos en diferentes localidades en un mismo día con el objeto de mostrar su capacidad de movilización y la constante actividad del partido. Así, por ejemplo, después del mitin en el Teatro Nuevo de Zamora a finales de abril de 1935, aquella misma tarde hicieron otro en el teatro de la localidad zamorana de Toro y, una vez terminado este, celebraron uno más en Puebla de Sanabria (Zamora).[522] La prensa del partido tuvo un papel fundamental en la difusión del acto gracias a las fotos y a la descripción detallada del mismo, así como del contenido de los discursos de sus oradores para amplificar su dimensión movilizadora, adoctrinadora y cohesionadora.[523]

En estas concentraciones se podía respirar un ambiente militar gracias a la presencia de los milicianos que estaban en formación, a las banderas y estandartes de la organización, a los discursos cargados con referencias bélicas, así como a la lista con los nombres de los activistas fallecidos escritos en oro detrás de la tribuna del orador. Como puede verse, había una admiración por los elementos militares que se tradujo en la imitación de simbologías y rituales revestidos de un novedoso misticismo. A ello hay que sumarle un componente religioso que se mezcló con esta mística combatiente, lo que dio lugar a la construcción de una religión política que escenificaba la estética falangista, y que permitió presentar el programa del partido como un ideario sagrado por el que valía la pena morir.[524] Como es bien sabido, el fascismo era un movimiento en el que los símbolos que rodeaban los discursos de los oradores eran un elemento capital para estimular los componentes irracionales y emocionales de los asistentes.[525]

A su vez, al líder de la organización se le atribuía una imagen mesiánica, alimentada esta por su soledad y aislamiento respecto a las masas.[526] Como recordó el falangista Dionisio Ridruejo, cuando conoció personalmente a Primo de Rivera, a quien solo había visto en las concentraciones del partido, quedó sorprendido al conocer su

[521] MELEIRO, F., *Anecdotario de la Falange de Orense*…, p. 30.
[522] "Mitin de Toro", *Arriba*, 25 de abril de 1935, pp. 1-3.
[523] NAVARRO NAVARRO, J., "La calle rojinegra. Anarcosindicalismo, rituales de movilización y símbolos en el espacio público (1931-1936)", *Pasado y Memoria*, n.º 13 (2014), p. 161.
[524] GONZÁLEZ CALLEJA, E., "The symbolism of violence during the Second Republic in Spain, 1931-1936" en EALHAM, C. y RICHARDS, M. (eds.), *The Splintering of Spain Cultural History*…, pp. 36.
[525] MOSSE, G.L., *La nacionalización de las masas*…, p. 23.
[526] REICHARDT, S., "Violence and Community…", pp. 281-282; e Íd., "Fascist Communities of Action and Violence: A Praxeological Approach", en IOARDACHI, C. y KALLIS, A. (eds.), *Beyond the Fascist Century*…, p. 58.

«dimensión humana al verlo vestido con un traje de franela gris y con una timidez en su mirada».[527] Gracias a estos actos, el líder fascista podía relacionarse con sus seguidores y reafirmar sus atributos extraordinarios, mientras garantizaba la confianza de sus adeptos y atraía la atención de los potenciales objetivos para que se unieran al partido.

Los participantes y los asistentes pasaron a formar parte de una comunidad ritualizada en la que sus miembros perdían su individualismo para estar sometidos a una disciplina y al servicio de un fin superior. Su propósito consistía en la adhesión espiritual de los asistentes al movimiento y a su jefe, cohesionar y reafirmar la identidad interna (con la construcción y consolidación de una identidad de grupo y del sentimiento de pertenencia de sus miembros a una familia social y política) para consolidar su compromiso con el movimiento, dar a conocer los postulados del partido, diferenciar su ideario del programa de las organizaciones de la derecha reaccionaria y hacer visible la fuerza del movimiento.[528] En definitiva, en las concentraciones fascistas se realizaba una confección idealizada de un grupo orgánico fuertemente cohesionado y sobriamente delineado por la creatividad y el tesón de un líder excepcional y único a través de poderosos lazos emotivos y espirituales.[529]

Los falangistas también celebraron rituales fúnebres para recordar a los camaradas caídos como, por ejemplo, el entierro por el alma de Matías Montero en el convento de los Sagrados Corazones de Madrid el 10 de febrero de 1934;[530] o la misa en la iglesia de El Santo Ángel el 26 de mayo de 1935 en honor a la memoria de Manuel García Míguez, muerto en Aznalcázar el 30 de abril de 1935.[531] En estos actos se desarrollaba una sofisticada liturgia funeraria nutrida por el cruce de elementos religiosos y políticos que elevaron al miliciano muerto a la categoría de mártir. El funeral comenzaba con un sermón del capellán seguido por los discursos de los dirigentes del partido en el que empleaban referencias bélicas como «guardia sin fin», «presente» y «puesto», entre otras. Al terminar el acto, los escuadristas desfilaban ante el cadáver de su camarada. Así pues, como en las concentraciones, en los entierros se podía respirar un ambiente militar gracias a la presencia de símbolos, estandartes y banderas del partido, a los discursos de los oradores cargados con referencias bélicas y a los milicianos que estaban en formación y desfilaban ante el camarada caído tras la finalización del funeral.

---

[527] RIDRUEJO, D., *Casi unas memorias*, Península, Barcelona, 2007, p. 145; y MARTÍNEZ DE BEDOYA, J., *Memorias desde mi aldea*, Ámbito Ediciones, Madrid, 1996, p. 145.
[528] NAVARRO NAVARRO, J., "La calle rojinegra…", pp. 145, 159 y 167-168.
[529] GALLEGO, F., *Ramiro Ledesma Ramos y el fascismo español*…, pp. 247-248; y COBO ROMERO, F., "El franquismo y los imaginarios míticos del fascismo europeo de entreguerras", *Ayer*, n.º 71 (2008), p. 122.
[530] "Matías Montero ¡Presente!", *F.E.*, 22 de febrero de 1934, p. 8.
[531] "Manuel García Míguez ¡Presente!", *Arriba*, 6 de junio de 1935, p. 4.

La muerte era un hecho propagandístico, cuya función consistía en inaugurar un espacio funerario destinado a legitimar la propia violencia, haciendo de ella una forma de hacer política.[532] Dicho esto, el sacrificio desinteresado por la Patria defendido por los falangistas y la aceptación de la muerte como un deber para con la nación, así como un acto de servicio, generaron un culto a la muerte en el que miliciano fallecido recibía un tratamiento falsificado con la intención de no estropear su esplendor y su belleza ante la realidad. Así, por ejemplo, en su discurso en el entierro de Matías Montero, Primo de Rivera expuso que este era un activista completamente entregado a la *causa* que se limitaba a salir a la calle a cumplir con su deber, aun siendo consciente de que posiblemente ello lo llevaría a la tumba por haber sido amenazado de muerte por sus enemigos.[533] En esta misma línea, en el entierro del falangista Ángel Montesinos, Primo de Rivera señaló su humildad y entrega a la causa.[534] En definitiva, el partido capitalizó el culto del escuadrista caído a través de toda la parafernalia de oraciones, gestos y gritos diseñados para recordar a sus muertos.

Había un componente sacrificial en la violencia que hizo que los falangistas concibieran la muerte como un acto de servicio más, lo que los llevó a no adoptar actitudes especiales ante los caídos y a continuar la lucha en su puesto.[535] Igualmente, el fallecimiento del miliciano durante el cumplimiento de su misión no quedaba en el olvido, puesto que su sacrificio fue utilizado como modelo para que los vivos siguieran su ejemplo. Ello se ejemplificó durante el sepelio del falangista José García Vara, cuando Primo de Rivera dijo que «todos podemos aún saludar ante la tumba con el brazo en alto, sabemos seguir tu ejemplo magnífico por cumplir nuestra misión».[536] Así pues, los falangistas militaron en una organización en la que no se descansaba ni después de la muerte, porque los caídos seguían prestando servicio animando a los vivos a continuar la lucha y a cumplir su misión con alegría.[537]

Los falangistas también mitificaban la muerte del escuadrista durante el cumplimiento de su deber presentándola como una acción bella y heroica. Esta visión se contrapone a la «muerte burguesa» en la cama y entre sollozos, concebida esta como penosa.[538] En este sentido, el falangista caído en combate era descrito con un rostro

---

[532] GALLEGO, F., *Ramiro Ledesma Ramos y el fascismo español*…, p. 191; y GÓNZALEZ CALLEJA, E., *Contrarrevolucionarios*…, p. 206.
[533] "Matías Montero ¡Presente!", *F.E.*, 22 de febrero de 1934, p. 8.
[534] "Palabras de José Antonio Primo de Rivera en el entierro de Ángel Montesinos", *F.E.*, 12 de abril de 1934, p. 6.
[535] "Puntos", *F.E.*, 1 de febrero de 1934, p. 6; "La muerte es un acto de servicio", *F.E.*, 1 de febrero de 1934, p. 10; y "No Importa", *Arriba*, 21 de noviembre de 1935, p. 6.
[536] PRIMO DE RIVERA, J.A., *Obras*…, p. 513.
[537] "En la Falange no se descansa", *Haz*, 14 de febrero de 1936, p. 6.
[538] GARCÍA SERRANO, R., *Eugenio o proclamación de la primavera*…, p. 9.

sereno y casi sonriente por haber muerto «heroicamente» durante el cumplimiento de su misión.[539] Además, los activistas que estaban a punto de morir eran representados con alegría y serenidad como sucedió, por ejemplo, con el escuadrista Juan Pérez Almeida, de quien se dijo que, yaciendo malherido en el hospital de Salamanca a finales de enero de 1935, saludaba «con el brazo en alto» desde la cama a los camaradas que iban a visitarle.[540]

Asimismo, como ya se ha comentado, los falangistas formaron parte de un mundo en el que la camaradería pasó a ser el centro de su vida. La mejor forma en la que los milicianos de Falange podían estrechar lazos con sus correligionarios era participando en marchas campestres, como la del 3 de junio de 1934 en el aeródromo de Estremera[541] o la del 7 del mismo mes bajo el puente de Millares (Castellón).[542] Estas concentraciones constituían unos rituales movilizadores en los que se expresaba una salida al espacio público, pero que, a diferencia de los mítines, no implicaban grandes concentraciones de militantes.[543] En este sentido, las marchas campestres eran auténticas manifestaciones en las que los escuadristas cantaban canciones, se ejercitaban físicamente y se instruían en el combate bajo la vigilancia de sus jefes de escuadra, como el falangista Díaz Aguado, quien supervisó la instrucción de los milicianos de San Fernando (Cádiz) el 27 de octubre de 1935.[544]

Estas concentraciones tenían lugar en sitios aislados, en las afueras de ciudades, como Manacor o Montealegre (Orense),[545] en propiedades rústicas de los militantes más ricos del partido, como las tierras del falangista Lorenzo Ciar en Vallgornera del Rey (Mallorca),[546] y en zonas forestales de la provincia, como el campo de la Rubia (Valladolid),[547] porque, para los falangistas, en el medio rural se encontraba la esencia de España, mientras que la ciudad era percibida como el lugar donde estaban las mentiras, los errores y los vicios «antiespañoles» que «degradan» la «Patria». Dicho

---

[539] XIMÉNEZ DE SANDOVAL, F., *Camisa Azul*…, p. 33; y GRACIA, J., "Fascismo y literatura o el esquema de una inmadurez" en GALLEGO, F. y MORENTE F. (eds.), *Fascismo en España*…, pp. 126-127.
[540] "Juan Pérez Almeida ¡Presente!", *Arriba*, 2 de febrero de 1935, p. 5.
[541] "Los jóvenes fascistas de la JONS, capitaneados por Primo de Rivera, realizan una parada y las autoridades no se enteran", *Heraldo de Madrid*, 5 de junio de 1934, p. 8; LEDESMA RAMOS, R., *¿Fascismo en España?*..., p. 68; MONTES AGUDO, G., *Vieja Guardia*…, p. 244; BRAVO MARTÍNEZ, F., *Historia de Falange Española de las JONS*…, p. 20; XIMÉNEZ DE SANDOVAL, F., *José Antonio*…, pp. 211-219; ANSALDO, J.A., *¿Para qué…?*..., p. 74; PEMARTÍN, J., *José Antonio*…, p. 17; ARRARÁS, J., *Historia de la Segunda República española*…, p. 320; JATO, D., *La Rebelión de los estudiantes*…, p. 178; RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J.L., *La extrema derecha española*…, p. 154; JEREZ RIESCO, J.L., *El Madrid de la Falange*…, p. 434; e Íd., *Historia gráfica de la Falange*…, p. 194-196.
[542] "La actividad de los fascistas", *La Vanguardia*, 8 de junio de 1934, p. 24.
[543] NAVARRO NAVARRO, J., "La calle rojinegra…", p. 166.
[544] MONTES AGUDO, G., *Vieja Guardia*…, p. 243.
[545] MELEIRO, F., *Anecdotario de la Falange de Orense*…, p. 20; DE ZAYAS, A., *Historia de la Vieja Guardia de Baleares*…, p. 41; y NÚÑEZ SEIXAS, X.M., "El fascismo en Galicia…", p. 153.
[546] DE ZAYAS, A., *Historia de la Vieja Guardia de Baleares*…, p. 42.
[547] MINGUEZ GOYANES, J.L., *Onésimo Redondo. 1905-1936*, Editorial San Martín, Madrid, 1990, p. 65.

esto, motivados por su voluntad de sacrificio y su impasibilidad ya comentados, los falangistas señalaban que preferían la vida dura y «sana» de los campesinos en lugar de la vida «fácil y cómoda» de la urbe.[548]

Estas marchas deportivas se realizaron prácticamente cada domingo para fortalecer físicamente a los milicianos y duplicar su eficacia en el combate, difundir el espíritu falangista, fomentar la masculinidad y promover valores, como la disciplina o la obediencia, con el objetivo de tener una juventud con un «cuerpo y una mente sana».[549] Como recordó Alfonso de Zayas, en estas marchas se podía respirar «cierto aire deportivo» que «nos permitía una mayor desenvoltura de movimiento y acción».[550] Igualmente, los activistas podían socializar y establecer vínculos de camaradería con chicos de su misma edad, y con unas mismas inquietudes y esperanzas; mientras que los que residían en la ciudad se habituaban al campo, y los que vivían en la llanura adquirían un sentimiento de «hermandad y confianza» con los militantes que vivían en la urbe.[551] Por lo tanto, los falangistas que participaron en estas concentraciones entrenaron el cuerpo y, a su vez, fomentaron un espíritu colectivo que les permitió desembarazarse de impurezas y de hábitos considerados perniciosos, como la vagancia o la comodidad.[552]

Los milicianos de Falange también protagonizaron altercados con los activistas de las organizaciones de izquierda que realizaban marchas campestres, como sucedió, por ejemplo, en El Pardo el 10 de junio de 1934.[553] Estos choques eran vividos como un deporte y un juego excitante, lo que motivó a los escuadristas falangistas a buscar el enfrentamiento con el adversario. Ello puede evidenciarse, por ejemplo, en la novela de Rafael García Serrano, *Eugenio o la proclamación de la primavera*, cuando el protagonista, Eugenio, comenta que «Alguien ha logrado alcanzar la nariz chata de "pelusa de melocotón". Si no fuere porque sangra estúpidamente me creería en pleno deporte».[554]

---

[548] MARTÍNEZ DE BEDOYA, J., "Miremos hacia el campo", *Libertad*, 16 de abril de 1934, p. 2.
[549] VINCENT, M., "La reafirmación de la masculinidad…", pp. 141-144; y MARCO, J., *Paraísos en el infierno*…, p. 75.
[550] DE ZAYAS, A., *Historia de la Vieja Guardia de Baleares*…, p. 16.
[551] "Marchas deportivas", *Libertad*, 16 de abril de 1934, p. 1; "Las marchas deportivas de las JONS", *Libertad*, 23 de abril de 1934, p. 1; MINGUEZ GOYANES, J.L., *Onésimo Redondo*…, p. 65; y PURCET GREGORI, A., *La reacció dels estudiants*…, p. 387.
[552] CARBAJOSA, M. y CARBAJOSA, P., *La corte literaria de José Antonio. La primera generación cultural de la Falange*, Crítica, Barcelona, 2003, p. 112; y VINCENT, M., "La reafirmación de la masculinidad…", p. 141.
[553] "En el monte de El Pardo", *ABC* (Madrid), 12 de junio de 1934, p. 17-18; "Entro dos grupos de excursionistas de opuesta significación política surge un choque y resulta un joven muerto y varios heridos", *El Sol*, 12 de junio de 1934, p. 2; y "Presente", *F.E.*, n. 13, 05 julio de 1934, p. 13.
[554] GARCÍA SERRANO, R., *Eugenio o proclamación de la primavera*…, p. 68.

Para entender la identidad que el fascismo español construyó antes de la guerra, es necesario atender a la definición que se hizo del adversario. En este sentido, el enemigo era identificado para diferenciarlo del *yo* y del *nosotros*. Ello se realizó por medio de calificativos que criminalizaban al izquierdista y lo presentaban como un cobarde que no se atrevía a atacar de frente porque, según los falangistas, tenía miedo a enfrentarse a ellos directamente. Por otra parte, resulta muy significativo el relato que hacían los activistas de Falange cuando narraban la proximidad de los choques con el adversario, de quien se decía que era superior en número y que tenía el apoyo de las fuerzas policiales. Estos aspectos se repetían mucho, quizás, con la voluntad de hacer aún más glorioso el combate y resaltar el carácter épico de la militancia falangista.

Igualmente, para dotar de un carácter heroico su activismo, se puede ver en sus escritos que los falangistas, a diferencia del *rojo*, mostraban una valentía rayana a la arrogancia, en la que señalaban que no huían del combate, sino que lo buscaban allá donde el enemigo era más fuerte, es decir, en los barrios y municipios con una fuerte presencia de los partidos de izquierda y de los sindicatos obreros. Dicho esto, los escuadristas repartieron la prensa falangista y organizaron mítines en estas localidades y barriadas para, así, plasmar en hechos sus pretensiones de ganar adeptos entre las masas de izquierdas,[555] competir con el marxismo para atraer a sus filas a un mismo público obrero, explicar su doctrina, demostrar su coraje e intimidar a sus adversarios.

Cabe subrayar la presencia de milicianos de fuera de la localidad en los enfrentamientos en los barrios y municipios *rojos*. Este fue el caso de los escuadristas de la Falange de Zalamea de la Serena (Badajoz) que acudieron a la población extremeña de Don Benito a inicios de 1934 para colaborar con los pocos activistas del partido de la localidad en la protección de los vendedores de *F.E*.[556] De los falangistas sevillanos Pablo Gutiérrez Tagua, Juan Pérez Vázquez, Adrián Iruzta y Paulino Barro, quienes se trasladaron a Aznalcóllar (Sevilla) el 29 de abril de 1935 para vender el sexto número de *Arriba*, pero que no pudieron repartirlo porque fueron agredidos por los izquierdistas de la localidad. Al día siguiente, de la capital hispalense salieron 21 milicianos armados con pistolas y porras para vender el semanario en Aznalcóllar. Mientras voceaban el periódico, tuvo lugar un enfrentamiento que terminó con la intervención de la Guardia Civil y la huida de los falangistas del pueblo.[557] O de los

[555] THOMÀS, J. M., *José Antonio*…, p. 176.
[556] JEREZ RIESCO, J.L., *La Falange en la cuna de los conquistadores*…, p. 284; e Íd., *Eduardo Ezquer*…, p. 53.
[557] DÁVILA, S. y PEMARTÍN, J., *Hacia la historia de la Falange*…, pp. 94-96; MONTES AGUDO, G., *Vieja Guardia*…, pp. 105-106; XIMÉNEZ DE SANDOVAL, F., *José Antonio*…, pp. 322-325; JATO, D., *La Rebelión de los estudiantes*…, pp. 226; JEREZ RIESCO, J.L., *Elegidos para la gloria*…, pp. 96-103; y PURCET GREGORI, A., *La reacció dels estudiants*…, p. 622.

milicianos de la Falange de Baleares que se trasladaron a la ciudad de Manacor el 18 de enero de 1936 para repartir propaganda por las calles con el fin de anunciar la celebración de un acto en el teatro Principal al día siguiente.[558]

De la misma manera que los milicianos de Falange repartieron la prensa del partido en municipios y barrios *rojos*, los falangistas también celebraron mítines en estas localidades y barriadas, como en el Frontón Betis de Sevilla el diciembre de 1935,[559] en Carballino (Orense) a finales de 1935[560] o en Manacor el 19 de enero de 1936.[561] Estas concentraciones tenían un carácter subliminalmente violento, porque los activistas de Falange buscaban intimidar al adversario por medio de una ocupación simbólica del espacio público allá donde este era más fuerte.[562] Así pues, estas celebraciones permitían a los falangistas mostrar su capacidad de convocatoria, tener una mayor presencia en la calle y dar a conocer sus postulados a los potenciales *objetivos* para que se unieran al partido.[563]

Por su parte, los izquierdistas querían evitar que Falange se consolidara en *su territorio* porque percibían que la venta de la prensa, el reparto de propaganda y la celebración de mítines eran una amenaza y un intento de intimidación que tenía como objetivo final la ocupación simbólica del espacio público.[564] En todo caso, los choques entre los activistas de las organizaciones de izquierda y los milicianos de Falange estaban motivados por la voluntad de hacerse con el control del espacio público y expulsar a sus oponentes de este. Ello pone de manifiesto la importancia que tenían la prensa, la propaganda y los mítines como órganos de difusión de información, en los que los líderes falangistas crearon un vínculo vital con los afiliados, los simpatizantes y los curiosos.

Otra manera de demostrar su valentía atacando allá donde el enemigo era más fuerte era con la irrupción violenta en actos organizados por los miembros de los partidos y sindicatos rivales como, por ejemplo, en la transmisión de películas y documentales en el Cine Flor el 4 de junio de 1934[565] o en la exposición de dibujos antifascistas en El

---

[558] DE ZAYAS, A., *Historia de la Vieja Guardia de Baleares*…, p. 36.
[559] "Falange Española de las JONS en Andalucía", *Arriba*, 26 de diciembre de 1935, pp. 2-3.
[560] MELEIRO, F., *Anecdotario de la Falange de Orense*…, pp. 59-60.
[561] DE ZAYAS, A., *Historia de la Vieja Guardia de Baleares*…, p. 36.
[562] GONZÁLEZ CALLEJA, E., "La violencia política y la crisis de la democracia republicana…. http://hispanianova.rediris.es/general/articulo/003/art003.htm [Última consulta: 11 de mayo de 2023]
[563] CRUZ, R., *En el nombre del pueblo*…, p. 94.
[564] GONZÁLEZ CALLEJA, E., "La violencia política y la crisis de la democracia republicana…" http://hispanianova.rediris.es/general/articulo/003/art003.htm [Ultima consulta: 11 de mayo de 2023]; e Íd., "The symbolism of violence during the Second Republic in Spain, 1931-1936" en EALHAM, C. y RICHARDS, M. (eds.), *The Splintering of Spain Cultural History*…, p. 28.
[565] JATO, D., *La Rebelión de los estudiantes*…, p. 233; ÁLVAREZ PUGA, E., *Historia de la Falange*…, p. 27; JEREZ RIESCO, J.L., *Elegidos para la gloria*…, p. 185; e Íd., *Historia gráfica de la Falange*…, p. 205.

Ateneo de Madrid a inicios de agosto de 1934.[566] Los milicianos de Falange, armados con porras o pistolas, también arremetieron violentamente en los mítines celebrados por sus enemigos. Este fue el caso de la incursión en la concentración organizada por Izquierda Republicana (IR) en los jardines de El Relleno de La Coruña en mayo de 1934[567] o del lanzamiento de una bomba en el mitin celebrado en Renedo (Santander) por IR el 8 de septiembre de 1935.[568]

Los falangistas también irrumpieron violentamente en las sedes de partidos de izquierda y de sindicatos obreros destrozando el mobiliario y causando desperfectos, como en el local de IR de Madrid el 3 de abril de 1935[569] o en el Círculo Republicano de Valladolid el 2 de diciembre del mismo año,[570] y sustrayendo fotos de dirigentes, como el retrato de Azaña del local de la FUE de la Universidad de Servilla que apareció boca abajo en la fuente del Arenal,[571] muebles y banderas, como varias sillas y la bandera del Centro Galleguista de Orense a inicios de 1934,[572] para exhibirlas como trofeos, así como listas de militantes, como sucedió con los escuadristas que se llevaron los ficheros de la sede de IR de La Coruña.[573] Igualmente, los milicianos de Falange asaltaron talleres de periódicos editados por los partidos y sindicatos rivales, como el boletín republicano *El Luchador* en Alicante el 5 de febrero de 1935.[574] De la misma manera, los falangistas irrumpieron frecuentemente en locales frecuentados por los activistas de las organizaciones de izquierda, como la taberna de Maerilla en Sevilla, que era concurrida por los comunistas de la ciudad, o los bares del barrio sevillano de la Macarena, que eran frecuentados por los anarquistas de la capital hispalense.[575]

A su vez, los escuadristas de Falange hicieron guardia en las sedes del partido para proteger el local de los ataques del enemigo, como sucedió, por ejemplo, con las acometidas del 11 de junio de 1934 y del 23 del mismo mes en la sede de la calle Marqués de Riscal (Madrid),[576] o con el asalto del local del partido en Oviedo el 12 de

---

[566] "El Ateneo, asaltado por un grupo de fascistas", *Heraldo de Madrid*, 9 de agosto de 1934, p. 13.
[567] JEREZ RIESCO, J.L., *Los Hijos del trueno*…, p. 283.
[568] "En Renedo, durante un mitin de izquierda, tres individuos de Falange Española arrojan una bomba y resultan heridos", *Heraldo de Madrid*, 9 de septiembre de 1935, p. 7; y "En un mitin celebrado en Renedo tres individuos arrojan una bomba y resultan heridos", *La Nación*, 9 de septiembre de 1935, p. 7.
[569] "Los jóvenes fascistas están muy inquietos", *El Sol*, 4 de abril de 1935, p. 4.
[570] "El asalto al Círculo Republicano de Valladolid", *Heraldo de Madrid*, 7 de diciembre 1935, p. 16; BRAVO MARTÍNEZ, F., *Historia de Falange Española de las JONS*…, p. 60; y JEREZ RIESCO, J.L., *Los Hijos del trueno*…, p. 401.
[571] DÁVILA, S. y PEMARTÍN, J., *Hacia la historia de la Falange*…, p. 93.
[572] MELEIRO, F., *Anecdotario de la Falange de Orense*…, pp. 17-18.
[573] JEREZ RIESCO, J.L., *Los Hijos del trueno*…, p. 401.
[574] GONZÁLEZ CALLEJA, E., *Cifras cruentas*…, p. 252.
[575] DÁVILA, S. y PEMARTÍN, J., *Hacia la historia de la Falange*…, p. 92; y JEREZ RIESCO, J.L., *Elegidos para la gloria*…, p. 144.
[576] JEREZ RIESCO, J.L., *El Madrid de la Falange*…, pp. 132-138.

junio de 1935.[577] Frecuentemente, estos milicianos protagonizaron enfrentamientos con los asaltantes, como ocurrió, por ejemplo, con el tiroteo del 7 de febrero de 1936 entre los escuadristas que protegían el local del partido en Vigo y los sindicalistas que intentaron irrumpir en él.[578]

Algunos escuadristas de Falange tenían heridas o morían como consecuencia de estos enfrentamientos. Este fue el caso del falangista Fernando Cienfuegos, quien falleció el 9 de febrero de 1934 durante la venta del semanario *F.E.* en Gijón;[579] de los falangistas Eduardo Rivas y Jerónimo Pérez de la Rosa, quienes fueron asesinados el 6 de noviembre de 1935 mientras colgaban pasquines por las calles de Sevilla;[580] o de tres falangistas que resultaron heridos el 7 de febrero de 1936 mientras protegían el local del partido en Vigo.[581] Entre las filas de las organizaciones de izquierda también hubo bajas como, por ejemplo, los cinco heridos y el fallecido entre los socialistas que se enfrentaron a los milicianos de Falange en Aznalcóllar el 30 de abril de 1934;[582] o el comunista Joaquín de Grado Escalona, quien murió el 29 de agosto de 1934.[583] A ello hay que sumarle la muerte accidental de peatones que no pertenecían a ninguna de las organizaciones enfrentadas como, por ejemplo, el barrendero Eleuterio López, quien cayó muerto en el tiroteo del local de la calle Marqués de Riscal el 3 de noviembre de 1934;[584] o un transeúnte no identificado que falleció en el tiroteo de la sede de Falange de Vigo el 7 de febrero de 1936.[585]

En un primer momento, cuando se fundó Falange a finales de 1933, por regla general, estos enfrentamientos no tenían consecuencias graves para los contendientes de ambos bandos, ya que la mayoría solo sufrieron heridas leves. Ahora bien, con el

---

[577] "En el centro de FE de Oviedo estalló anoche un potente explosivo", *Heraldo de Madrid*, 13 de junio de 1935, p. 6; y JEREZ RIESCO, J.L., *Historia gráfica de la Falange*…, p. 324.
[578] "Asalto a Falange Española en Vigo. Un muerto y varios heridos", *ABC* (Madrid), 8 de febrero de 1936, p. 31; "Se intenta un asalto al centro de Falange Española y se origina un tiroteo", *El Sol*, 8 de febrero de 1936, p. 5; y "En Vigo fue asaltado el local de Falange Española y se produjo una colisión, en la que murió un hombre y sufrieron heridas varios más", *Heraldo de Madrid*, 8 de febrero de 1936, p. 15.
[579] "En Gijón es agredido un joven que había vendido el semanario "F.E.", *La Nación*, 10 de febrero de 1934, p. 4.
[580] DÁVILA, S. y PEMARTÍN, J., *Hacia la historia de la Falange*…, p. 102; y BRAVO MARTÍNEZ, F., *Historia de Falange Española de las JONS*…, p. 60.
[581] "Asalto a Falange Española en Vigo. Un muerto y varios heridos", *ABC* (Madrid), 08 de febrero de 1936, p. 31; "Se intenta un asalto al centro de Falange Española y se origina un tiroteo", *El Sol*, 08 de febrero de 1936, p. 5; y "En Vigo fue asaltado el local de Falange Española y se produjo una colisión, en la que murió un hombre y sufrieron heridas varios más", *Heraldo de Madrid*, 08 de febrero de 1936, p. 15.
[582] DÁVILA, S. y PEMARTÍN, J., *Hacia la historia de la Falange*…, pp. 94-96; MONTES AGUDO, G., *Vieja Guardia*…, pp. 105-106; XIMÉNEZ DE SANDOVAL, F., *José Antonio*…, pp. 322-325; JATO, D., *La Rebelión de los estudiantes*…, p. 226; JEREZ RIESCO, J.L., *Elegidos para la gloria*…, pp. 96-103; y PURCET GREGORI, A., *La reacció dels estudiants*…, p. 622.
[583] "El crimen de anoche en los Cuatro Caminos", *Heraldo de Madrid*, 30 de agosto de 1934, p. 12.
[584] JEREZ RIESCO, J.L., *El Madrid de la Falange*…, p. 139.
[585] "Se intenta un asalto al centro de Falange Española y se origina un tiroteo", *El Sol*, 08 de febrero de 1936, p. 5; y "En Vigo fue asaltado el local de Falange Española y se produjo una colisión, en la que murió un hombre y sufrieron heridas varios más", *Heraldo de Madrid*, 08 de febrero de 1936, p. 15.

paso de los meses, la intensidad de estos choques se incrementó, lo que provocó un aumento del número de heridos y muertos. En lo referente a la cifra de víctimas mortales en estas acciones durante el segundo bienio, y a diferencia de lo que defendían los dirigentes y los milicianos de Falange en sus memorias, predominaron las muertes de militantes de los partidos de izquierda (49,8%) -sin tener en cuenta las víctimas de octubre de 1934- sobre los de la derecha (13,25%). Falange era la organización que, junto al anarcosindicalismo -con 73 muertes en sus filas y 80 víctimas provocadas-, se cobró más víctimas mortales (44) que las que sufrió (41). Los falangistas murieron, principalmente, como resultado de atentados por causas políticas y en enfrentamientos espontáneos con los afiliados de grupos políticos rivales, mientras que los muertos de izquierda eran consecuencia de los enfrentamientos con la fuerza pública y, en menor medida, de atentados y represalias de naturaleza sociopolítica de los grupos de la derecha.[586] Toda esta violencia, con el deterioro del orden público que generó, favoreció la aparición de un estado de alarma entre la población, que temía ser víctima de algún altercado. Una sensación de peligro que fue exagerada por los partidos de la derecha para erosionar la propia democracia republicana.

Con el fin de mantener el orden público, se aprobaron una serie de decretos, como el del 28 de agosto de 1934 para prohibir que los menores de edad militaran en una organización política sin ajustarse a unas determinadas normas. Se ratificó que los menores de 16 años no podían pertenecer a asociaciones políticas, y que solo podrían solicitar su ingreso en ellas aquellos menores de 23 años que tuvieran el consentimiento paterno o el de un tutor.[587] La aprobación de esta resolución estaba motivada por la elevada presencia de menores de edad entre los autores y las víctimas de estas agresiones. Esto se debía a que la juventud estaba movilizada permanentemente para defender, si fuera necesario, las ideas de la organización política a la que pertenecían hasta la muerte. Ello hizo que los padres temieran que sus hijos pudieran involucrarse en esta violencia político-social.[588] Se llegó a afirmar que los menores de edad que militaban en organizaciones extremistas, como Falange, estaban manipulados para que arriesgaran sus vidas por un ideal político. Como respuesta a este decreto, muchos de

[586] GONZÁLEZ CALLEJA, E., *Cifras cruentas*…, pp. 193-194

[587] "El decreto sobre la delincuencia infantil", *ABC* (Madrid), 29 de agosto de 1934, pp. 23-24.

[588] A raíz de la detención de varios jóvenes falangistas por el hallazgo de armas y explosivos en los locales de Falange el 8 de julio de 1934, los padres de estos chicos acudieron al ministerio de gobernación para pedir medidas que impidieran que sus hijos se pudieran involucrar en la violencia político-social de estos meses. "Los padres españoles protestan ante el ministro de la Gobernación de que Falange Española perturbe insensatamente la imaginación de sus hijos menores de edad", *Heraldo de Madrid*, 11 de julio de 1934, p. 9; "El decreto sobre la delincuencia infantil", *ABC* (Madrid), 29 de agosto de 1934, p. 23; y "Los menores y la política", *El Sol*, 29 de agosto de1934, p. 4.

estos jóvenes activistas continuaron su militancia en el partido fascista y en sus milicias inscribiéndose en el SEU.[589]

Igualmente, el ministerio de gobernación aprobó una serie de medidas coactivas contra los grupos paramilitares como, por ejemplo, el decreto de marzo de 1934 para prohibir los saludos fascista y comunista por la calle, o la resolución del 5 de junio del mismo año para impedir la exhibición de banderas, estandartes y enseñas con fines de lucha político-social, y sancionar el uso de prendas de vestir de las distintas formaciones milicianas. Las autoridades también prohibieron la celebración de actos que encubrían manifestaciones políticas y cualquier otro acto que supusiera una agresión a la República o una incitación al desorden.[590] Pese a no tener autorización, los falangistas siguieron celebrando concentraciones como, por ejemplo, la del aeródromo de Estremera el 3 de junio de 1934;[591] la de la carretera de Aranjuez la semana siguiente;[592] o la del teatro de Oviedo en mayo de 1935.[593] Como se ha visto a lo largo de estas páginas, estos decretos no impidieron que los milicianos de Falange continuaran con su activismo ni pusieron fin a los continuos enfrentamientos entre los activistas de las distintas organizaciones rivales.

La aprobación de estos decretos estaba acompañada por la intervención de las fuerzas policiales y militares para acabar con los enfrentamientos protagonizados por los activistas de las distintas tendencias políticas.[594] Su actuación se caracterizaba por una gran brutalidad que se debía, en buena medida, a la precariedad de medios, lo que hizo que los integrantes de las fuerzas del orden utilizaran armas largas para dispersar a los activistas que protagonizaban estas peleas. Asimismo, cabe resaltar que la falta de una preparación técnica adecuada de los policías y de los militares iba acompañada por una precaria movilidad de efectivos. Así pues, los integrantes de las fuerzas del orden no estaban acostumbrados a la lucha callejera ni a las labores de prevención, lo que hizo que la represión se convirtiera en la fórmula más habitual de la intervención

---

589 GONZÁLEZ CALLEJA, E., "Los pistoleros azules…" http://www.sbhac.net/Republica/Introduccion/Conspira/Falangistas.htm [Última consulta: 10 de mayo de 2023]

590 GONZÁLEZ CALLEJA, E., *Cifras cruentas*…, p. 200.

591 "Los jóvenes fascistas de la JONS, capitaneados por Primo de Rivera, realizan una parada y las autoridades no se enteran", *Heraldo de Madrid*, 5 de junio de 1934, p. 8; LEDESMA RAMOS, R., *¿Fascismo en España?*..., p. 68; MONTES AGUDO, G., *Vieja Guardia*…, p. 244; BRAVO MARTÍNEZ, F., *Historia de Falange Española de las JONS*…, p. 20; XIMÉNEZ DE SANDOVAL, F., *José Antonio*…, pp. 211-219; ANSALDO, J.A., *¿Para qué…?*..., p. 74; PEMARTÍN, J., *José Antonio*…, p. 17; ARRARÁS, J., *Historia de la Segunda República española*…, p. 320; JATO, D., *La Rebelión de los estudiantes*…, p. 178; RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J.L., *La extrema derecha española*…, p. 154; JEREZ RIESCO, J.L., *El Madrid de la Falange*…, p. 434; e Íd., *Historia gráfica de la Falange*…, pp. 194-196.

592 AHN, FC-AUDIENCIA_T_MADRID_CRIMINAL, 169, Exp.14.

593 "Mitin en Oviedo", *Arriba*, 30 de mayo de 1935, pp. 3-4.

594 Así, por ejemplo, la concentración en el aeródromo madrileño de Estremera el 3 de junio de 1934 y el mitin celebrado en Salamanca el 7 de abril de 1935 terminaron con la intervención de la Guardia Civil porque los falangistas no tenían la autorización para celebrar estos actos.

policial. Ello comportó que el principal perpetrador de víctimas fueran las propias fuerzas del Estado, causantes del fallecimiento de 259 personas (el 40% del total de víctimas) durante el segundo bienio -sin tener en cuenta las muertes de la revolución de octubre de 1934.[595] Esta elevada cifra de víctimas mortales era consecuencia de la concepción militarizada del orden público que estaba arraigada profundamente entre los dirigentes de estos cuerpos. Esto se debía, entre otras cosas, a que los cargos de máxima responsabilidad estaban ocupados por militares africanistas, como el futuro dirigente de la División Azul, el teniente coronel Agustín Muñoz Grandes.

También cabe destacar una despreocupación de los milicianos de Falange que rayaba el gamberrismo. Esto los llevó a realizar acciones de carácter propagandístico que, como las pintadas en edificios y caminos con emblemas falangistas, eran presentadas como una broma hacia sus oponentes. Este fue el caso de los escuadristas que hicieron inscripciones en el asfalto de una de las carreteras que atravesaban la población segoviana de Sepúlveda en abril de 1934 en la que se podía leer: «¡Viva España!» «¡Viva F.E. de las J.O.N.S.!»;[596] o de los milicianos que hicieron pintadas en numerosos edificios situados en las calles céntricas de Ciudad Real el 29 de noviembre de 1935.[597] Asimismo, el izado de la bandera de Falange en casas del pueblo, como en la de Madrid el 7 de febrero de 1934,[598] en edificios gubernamentales, como en el balcón del gobierno civil de Orense en mayo de 1936,[599] o en sitios públicos, como la torre de Bujaco (Cáceres) la tarde del 2 de abril de 1934[600] o en la fuente de los jardines de Campogrande de Valladolid el 16 de agosto del mismo año,[601] también eran presentados como una broma hacia sus adversarios.

Los milicianos que colgaban pasquines también reemplazaron los panfletos enganchados por los activistas de las organizaciones rivales por los suyos. Así sucedió, por ejemplo, en la noche del 21 de enero de 1936, cuando los falangistas de Barbantes (Orense) sustituyeron los carteles pegados por los socialistas por manifiestos y pasquines de Falange.[602] Normalmente estos actos tenían lugar por la noche, porque

---

595 GONZÁLEZ CALLEJA, E., *Cifras cruentas*…, p. 198.
596 "Falange Española de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista", *F.E.*, 19 de abril de 1934, p. 7.
597 "Letreros fascistas. Multa", *La Vanguardia*, 30 de noviembre de 1935, p. 27.
598 "En la Casa del Pueblo colocaron una bandera roja con inscripciones fascistas", *Heraldo de Aragón*, 7 de febrero de 1934, p. 9; ARRARÁS, J., *Historia de la Segunda República española*…, p. 312; y THOMÀS, J. M., *José Antonio*…, p. 177.
599 MONTES AGUDO, G., *Vieja Guardia*…, p. 123.
600 "En la torre de Bujaco, de Cáceres aparece una bandera de la F.E.", *ABC* (Madrid), 3 de abril de 1934, p. 19; y JEREZ RIESCO, J.L., *La Falange en la cuna de los conquistadores*…, p. 255.
601 "Una bandera fascista", *La Vanguardia*, 17 de agosto de 1934, p. 19; y ARRARÁS, J., *Historia de la Segunda República española (segundo volumen)*, Editora Nacional, Madrid, 1956-1968, p. 318;
602 MELEIRO, F., *Anecdotario de la Falange de Orense*…, p. 72.

los encargados de colgar los carteles consideraban que, gracias a la oscuridad, tenían menos posibilidades de ser descubiertos.

Este gamberrismo también llevó a los falangistas a sabotear actos celebrados por los izquierdistas y los republicanos. Este fue el caso del evento de inicios de 1935 con motivo de la visita de Margarita Nelken para presidir la inauguración de unas obras en las instalaciones de acometida de agua en Don Benito. Al llegar, la diputada socialista se encontró el sitio decorado con la inscripción «F.E.», escrita con letras monumentales. Igualmente, al ascender la bandera republicana, los asistentes pudieron leer la misma inscripción en su centro.[603] En resumen, tanto la colocación de la bandera de Falange en locales de las organizaciones rivales, en casas del pueblo y en sedes del gobierno, como los panfletos colgados y las pintadas con los lemas del partido tenían el objetivo de popularizar sus lemas, conseguir una mayor repercusión mediática y tener una mayor presencia en el espacio público.

Como se ha visto en estas páginas, los falangistas consideraban que antes del 18 de julio de 1936 luchaban en una guerra con un frente, a veces invisible, en el que, de repente, aparecía un izquierdista escondido en una esquina. Para ellos, este campo de batalla recorría la universidad, el taller, la calle, el hospital, las sedes del partido y sus propios hogares.[604] Así, como consecuencia de esta "guerra", los falangistas señalaban que todos tenían heridas, conocían la cama de operaciones y habían recorrido el camino al cementerio para acompañar a un camarada caído en combate.[605] En definitiva, la violencia impregnó todos los eventos de la organización y sus símbolos, así como la vida de sus activistas.

3.2.3. Colaboración y *lucha en solitario* contra la revolución

El discurso falangista iba contra todos, desde los partidos de izquierda y las fuerzas de la derecha, hasta el orden legal establecido, simbolizado este por una presidencia de la República y un gobierno integrado por representantes del centro y la derecha. Los falangistas señalaban que estaban solos en la lucha contra la revolución y que, además, estaban sometidos a una persecución gubernamental que podía apreciarse por las constantes detenciones y multas impuestas a los militantes del partido, así como por la censura de su prensa y los registros en sus sedes.[606] También

[603] MONTES AGUDO, G., *Vieja Guardia*…, pp. 93-94; JEREZ RIESCO, J.L., *La Falange en la cuna de los conquistadores*…, pp. 305-306; e Íd., *Eduardo Ezquer*…, p. 77.
[604] "Asistencia al frente", *Fotos*, 3 de abril de 1937, pp. 2-3.
[605] XIMÉNEZ DE SANDOVAL, F., *Camisa Azul*…, pp. 23-24.
[606] Samuel ROS: "El sufragio en la calle", *F.E.*, 8 de marzo de 1934, p. 4; DÁVILA, S. y PEMARTÍN, J., *Hacia la historia de la Falange*…, p. 81; MONTES AGUDO, G., *Vieja Guardia*…, p. 93; y JEREZ RIESCO, J.L., *Los Hijos del trueno*…, p. 390.

denunciaban que el gobierno estorbaba cualquier manifestación ideológica y «deslucía» sus actos enviando «tarde» los permisos para su celebración.[607] Igualmente, como señaló Felipe Ximénez de Sandoval en su novela *Camisa Azul*, los izquierdistas tenían el consentimiento de las fuerzas policiales para llevar pistolas, mientras que los falangistas debían tener las suyas escondidas.[608] Es más, se quejaban de que, en caso de ser descubiertos, eran arrestados por tenencia ilícita de armas.[609]

Los falangistas también sostenían que las agresiones cometidas por los izquierdistas, como el ataque perpetrado por unos comunistas contra el falangista Jesús Álvarez Barón el 9 de marzo de 1936, contaban con la colaboración de los miembros de las fuerzas del orden.[610] Esta situación fue denunciada por Primo de Rivera en su discurso en el Parlamento en la sesión del 8 de noviembre de 1935 tras la muerte de los falangistas Eduardo Rivas y Jerónimo Martínez de la Rosa unos días antes, cuando señaló la «complicidad criminal» de las fuerzas del orden con los izquierdistas que «siempre inician las agresiones».[611] En esta misma línea, los falangistas denunciaban que la policía auxiliaba a los activistas de las organizaciones de izquierda. Así, por ejemplo, en relación con la salida del mitin celebrado en el teatro Calderón de Valladolid el 4 de marzo de 1934, Francisco Bravo comentó que

> durante más de dos horas Valladolid vivió, los balcones cerrados, en la calle dos masas contendientes que por primera vez se reconocían y una fuerza pública que atacaba más bien a los agredidos que a los agresores.[612]

Así pues, según los activistas de Falange, esta connivencia con las autoridades y la policía motivaba a los izquierdistas a cometer acciones más violentas y «provocativas».[613]

Los falangistas también denunciaban que las autoridades no perseguían a los autores de las agresiones, sino que los únicos que eran detenidos eran los activistas de Falange por haberse defendido, como sucedió, por ejemplo, con el jefe provincial de Don Benito, Eduardo Ezquer, quien fue arrestado el 7 de marzo de 1935 por haberse enfrentado a unos izquierdistas durante la venta de *Arriba*.[614] Así pues, como

---

[607] DÁVILA, S. y PEMARTÍN, J., *Hacia la historia de la Falange*…, pp. 81-82.
[608] XIMÉNEZ DE SANDOVAL, F., *Camisa Azul*…, p. 23.
[609] JEREZ RIESCO, J.L., *José Antonio*…, p. 95.
[610] CORDOBA, C., "Los primeros Caídos en la historia del Nacionalsindicalismo…" http://www.maalla.es/Libros/Los%20primeros%20Cados%20en%20la%20historia%20del%20NS.pdf [Última consulta: 20 de abril de 2023] Según los falangistas, después de que Jesús Álvarez Barón consiguiera escapar de los agresores, fue rematado por un guardia de Asalto.
[611] "Palabras del Jefe nacional en el Parlamento", *Arriba*, 14 de noviembre de 1935, p. 1.
[612] BRAVO MARTÍNEZ, F., *Historia de Falange Española de las JONS*…, p. 11.
[613] XIMÉNEZ DE SANDOVAL, F., *Camisa Azul*…, p. 23.
[614] JEREZ RIESCO, J.L., *La Falange en la cuna de los conquistadores*…, p. 289; e Íd., *José Antonio*.., p. 101.

manifestaban en sus publicaciones, cada acción realizada para protegerse les costaba una temporada en la cárcel, mientras que sus adversarios quedaban en libertad. Sin embargo, con la arrogancia e impasibilidad que acostumbraban a mostrar, los falangistas señalaban que su ánimo no decaía, porque consideraban la cárcel como un acto de servicio.[615] Esta arrogancia e impasibilidad también se puede apreciar en estrofas como la siguiente:

Nos meten a todos presos
y nos llevan en camión,
por el cabrón de Gil Robles
que manda en Gobernación.

A partir de febrero de 1936 la letra era la misma, pero cambiando Gil Robles por Casares Quiroga.[616]

Estas dificultades permitían a los falangistas transmitir una imagen heroica y épica de su activismo por realizarse en unas circunstancias totalmente adversas. Motivados por su voluntad de sacrificio desinteresado, desde el mismo momento en el que se daban de alta en Falange, los escuadristas del partido insistían en su renuncia a llevar una vida fácil y cómoda para seguir un camino difícil.[617] Como dijo Primo de Rivera,

> Nosotros hemos elegido, a sabiendas, la vía más dura, y con todas sus dificultades, con todos sus sacrificios, hemos sabido alumbrar […] una de las venas heroicas que aún quedaban bajo la tierra de España. […] Y queremos que la dificultad siga hasta el final y después del final; que la vida nos sea difícil antes del triunfo y después del triunfo. […] Pues bien: nosotros, que ya hemos llevado el camino del Paraíso las vidas de nuestros mejores, queremos un Paraíso difícil, erecto, impecable; un Paraíso donde no se descanse nunca y que tenga, junto a las jambas de las puertas, ángeles con espadas.[618]

Esta *persecución* ayudó a los falangistas a explicar su escaso número de afiliados; señalando que los primeros activistas eran pocos, pero decididos, porque los «débiles» no se atrevían a ingresar en Falange. En caso de hacerlo, sostenían que la mayoría «acaban por irse en buena hora» eliminando cualquier rastro de su activismo en el partido; mientras que unos pocos mantenían el contacto cotizando en la organización.[619]

---

615 "La prisión es un acto de servicio", *F.E.*, 13 de julio de 1934, p. 5.
616 GARCÍA SERRANO, R., *La gran esperanza*…, p. 74.
617 MONTES AGUDO, G., *Vieja Guardia*…, pp. 189-190.
618 PRIMO DE RIVERA, J.A., *Obras*…, p. 570.
619 "Dificultad", *Arriba*, 16 de mayo de 1934, p. 1; y DÁVILA, S. y PEMARTÍN, J., *Hacia la historia de la Falange*…, p. 89.

A pesar de su discurso victimista, cabe destacar la indulgencia hacia los falangistas detenidos por parte de los jueces, que, en ocasiones, les aplicaban penas menores o los absolvían de los cargos.[620] A ello hay que sumarle la connivencia con algunos miembros de las fuerzas policiales. Esto se debía, en buena parte, a que algunos de los integrantes de las fuerzas del orden estaban afiliados en Falange, como el guardia civil José Caraballo Reina, quien intervino en la venta y en la protección de los vendedores de *F.E*. en Sevilla.[621] También había agentes del orden que simpatizaban abiertamente con Falange. Este fue el caso de varios guardias civiles de Jaén que, junto con los falangistas Jesús Rojas Raya, Bernabé Rojas Raya y Martín López Sanjuan, provocaban constantemente a los transeúntes de la calle jienense de Torres.[622] A pesar de esta connivencia con las fuerzas del orden, los escuadristas de la Primera Línea también protagonizaron enfrentamientos con las fuerzas policiales como sucedió, por ejemplo, en Miajas (Cáceres) el 16 de junio de 1934[623] o en los jardines de Murillo en Sevilla el 13 de marzo de 1935.[624]

Los falangistas también señalaban que estaban solos y desamparados en la lucha contra la revolución por el aislamiento al que estaban sometidos por parte de las organizaciones de la derecha,[625] de quienes se decía que solo se preocupaban por mantener sus privilegios. Para acentuar su soledad en la lucha contra la revolución, los falangistas criticaban que los derechistas entorpecían su movimiento mediante el silencio de sus actividades y la falsificación de sus acciones para, así, difamarlos y presentarlos como unos delincuentes y pistoleros con la intención de ocultar su egoísmo y su vanidad.[626]

No obstante, los milicianos de Falange colaboraron con los activistas de las organizaciones de la derecha reaccionaria para enfrentarse al enemigo. Esta cooperación tuvo lugar, principalmente, en la Universidad, donde los miembros del SEU colaboraron con los integrantes de sindicatos estudiantiles, como la Agrupación de Estudiantes Tradicionalistas (AET), u organizaciones juveniles, como la JAP. Así sucedió, por ejemplo, con los afiliados del SEU y los estudiantes de la AET que irrumpieron violentamente en la Facultad de Medicina de la Universidad Central el 25 de

620 CRUZ, R., *En el nombre del pueblo*…, p. 140.
621 DÁVILA, S. y PEMARTÍN, J., *Hacia la historia de la Falange*…, pp. 66 y 92-93.
622 AHN, FC-CAUSA_GENERAL, 142, Exp.15.
623 "Fascistas detenidos por promover disturbios", *La Vanguardia*, 17 de junio de 1934, p. 24.
624 "Un grupo de jóvenes fascistas se tirotea con las fuerzas de Asalto", *Heraldo de Madrid*, 14 de marzo de 1935, p. 7.
625 "Falange Española no ha concertado pacto electoral alguno", *ABC* (Madrid), 12 de febrero de 1936, p. 21.
626 CRUZAT, A., "El frente antifalangista", *Arriba*, 12 de diciembre de 1935, p. 2; y "Justificación de la violencia", *No Importa*, 2 de junio de 1936, p. 1.

enero de 1934;[627] o con los seuístas y los miembros de la JAP que rompieron la huelga general de protesta contra la asamblea convocada en Madrid por el Institut Agrícola Català de Sant Isidre el 8 de septiembre de 1934.[628]

Esta alianza iba más allá del ámbito universitario, pues los milicianos de la Primera Línea también colaboraron con los integrantes de los demás grupos de la derecha como sucedió, por ejemplo, en Orense, donde los falangistas cooperaban asiduamente con los japistas y los tradicionalistas en las peleas callejeras con los izquierdistas.[629] Pese a las diferencias y desacuerdos entre los distintos grupos que integraban el espacio contrarrevolucionario y la voluntad de los falangistas de mantener una imagen diferenciada respecto a los partidos de la derecha reaccionaria, estos, motivados por los intereses que tenían en común, como la defensa del orden social o el rechazo a la democracia y al marxismo, colaboraron para combatir a sus enemigos comunes -los izquierdistas, los republicanos y los nacionalistas catalanes y vascos. Así pues, la experiencia de lucha con los demás partidos de la derecha creó unos lazos sólidos y, asimismo, sirvieron como precedente de la cooperación que se daría durante la guerra.

Con frecuencia, en caso de huelga, los milicianos de Falange, así como los activistas de los demás partidos de la derecha reaccionaria, también actuaron como tropa auxiliar del ejército y de la policía para ejercer funciones de guardia cívica con el objeto de mantener el orden y enfrentarse a los huelguistas. El mejor ejemplo de esta cooperación se puede ver durante la revolución de octubre de 1934, cuando Primo de Rivera le ofreció al ministro de gobernación, Eloy Vaquero, la colaboración de sus milicianos con las fuerzas del orden.[630]

Durante la revolución de octubre de 1934, los milicianos de Falange patrullaron por las calles de ciudades, como Santander o Toledo,[631] y se encargaron de la vigilancia de edificios públicos y gubernamentales, como sucedió, por ejemplo, con el falangista Emilio Oliver Fernández, quien, junto con algunos miembros de RE de Barcelona, protegió la Delegación del Estado en la ciudad condal;[632] con varios escuadristas asturianos que defendieron el Centro Católico Minero de la población asturiana de

[627] JATO, D., *La Rebelión de los estudiantes*…, pp. 140-141.
[628] BAÉZ PÉREZ DE TUDELA, J.M., ”El ruido de las nueces…”, pp. 140-141.
[629] NÚÑEZ SEIXAS, X.M., “El fascismo en Galicia...”, pp. 166-168.
[630] MONTES AGUDO, G., *Vieja Guardia*…, pp. 227-230; XIMÉNEZ DE SANDOVAL, F., *José Antonio*…, pp. 246-248; y ÁLVAREZ PUGA, E., *Historia de la Falange*…, p. 30-
[631] GARCÍA VENERO, M., *Falange en la guerra de España*…, p. 53; y JEREZ RIESCO, J.L., *Falange imperial*…, 1998, p. 121.
[632] JEREZ RIESCO, J.L., *Barras y flechas*…, pp. 446-447.

Moreda;[633] con los activistas que hicieron guardia en los edificios públicos de Gijón;[634] o con los falangistas que custodiaron las sedes gubernamentales de Oviedo.[635] Asimismo, los militantes del partido fascista guarnecieron lugares de culto, como el convento de Aranjuez o los monasterios de Toledo.[636]

Los falangistas también auxiliaron a los soldados y a los miembros de las fuerzas del orden en el combate con los revolucionarios. Ello se ejemplificó con los escuadristas de la Primera Línea de la Falange de Gijón Tomás Innerarity y Mariano Suárez, quienes se desplazaron al crucero *Libertad* para entregar a su comandante las órdenes que debía seguir;[637] con los milicianos de la Falange de León que guiaron a los convoyes militares que salían de León con dirección a Campomanes;[638] o con el jefe local de Torrelavega (Santander), Francisco Díaz Nerco, quien escoltó varias camionetas por orden de un sargento del Instituto Armado.[639] Igualmente, los milicianos de Falange intervinieron en el combate con los revolucionarios. Este fue el caso de los falangistas de la Primera Línea de Arija (Burgos), quienes protagonizaron, junto a la Guardia Civil, un tiroteo con los huelguistas;[640] de varios escuadristas que lucharon con los revolucionarios en Torrelavega (Cantabria);[641] o de los milicianos que se enfrentaron a los huelguistas para defender el Centro Católico Minero de la población asturiana de Moreda.[642] Ello comportó que algunos falangistas, como José Montes o Álvaro Germán,

---

633 CORDOBA, C., "Los primeros Caídos en la historia del Nacionalsindicalismo…" http://www.maalla.es/Libros/Los%20primeros%20Cados%20en%20la%20historia%20del%20NS.pdf [Última consulta: 20 de abril de 2023]

634 "La actuación de Falange Española de las «JONS» en los pasados sucesos revolucionarios", *La Nación*, 31 de octubre de 1934, p. 9; "Ha sido concedida la Cruz del Mérito Naval a Tomás Innerarity y Mariano Suárez Pola", *Arriba*, 4 de abril de 1935, p. 2; y MONTES AGUDO, G., *Vieja Guardia*…, p. 232; y JEREZ RIESCO, J.L., *Elegidos para la gloria*…, p. 70.

635 "La actuación de Falange Española de las «JONS» en los pasados sucesos revolucionarios", *La Nación*, 31 de octubre de 1934, p. 9.

636 AHN, FC-CAUSA_GENERAL,184, Exp.32; y JEREZ RIESCO, J.L., *Falange imperial*…, p. 121.

637 "La actuación de Falange Española de las «JONS» en los pasados sucesos revolucionarios", *La Nación*, 31 de octubre de 1934, p. 9; "Ha sido concedida la Cruz del Mérito Naval a Tomás Innerarity y Mariano Suárez Pola", *Arriba*, 4 de abril de 1935, p. 2; MONTES AGUDO, G., *Vieja Guardia*…, p. 232; y JEREZ RIESCO, J.L., *Elegidos para la gloria*…, p. 70.

638 "La actuación de Falange Española de las «JONS» en los pasados sucesos revolucionarios", *La Nación*, 31 de octubre de 1934, p. 9; "Siete de octubre", *Arriba*, 4 de abril de 1935, p. 3; y MONTES AGUDO, G., *Vieja Guardia*…, p. 232.

639 CORDOBA, C., "Los primeros Caídos en la historia del Nacionalsindicalismo…" http://www.maalla.es/Libros/Los%20primeros%20Cados%20en%20la%20historia%20del%20NS.pdf [Última consulta: 20 de abril de 2023]

640 "La actuación de Falange Española de las «JONS» en los pasados sucesos revolucionarios", *La Nación*, 31 de octubre de 1934, p. 9; y BRAVO MARTÍNEZ, F., *Historia de Falange Española de las JONS*…, pp. 32-33.

641 MONTES AGUDO, G., *Vieja Guardia*…, p. 233; y BRAVO MARTÍNEZ, F., *Historia de Falange Española de las JONS*…, p. 32.

642 MONTES AGUDO, G., *Vieja Guardia*…, p. 232; XIMÉNEZ DE SANDOVAL, F., *José Antonio*…, p. 255; y CORDOBA, C., "Los primeros Caídos en la historia del Nacionalsindicalismo…" http://www.maalla.es/Libros/Los%20primeros%20Cados%20en%20la%20historia%20del%20NS.pdf [Última consulta: 20 de abril de 2023]

murieran enfrentándose a los manifestantes.[643] A ello hay que sumarle que los escuadristas de la Primera Línea intervinieron en la captura de huelguistas, como ocurrió, por ejemplo, con el falangista Hilario Astorgui Basterrechea, quien ofreció su camioneta a la Guardia Civil y cooperó con la Benemérita para perseguir a los manifestantes.[644]

A su vez, con el objetivo de garantizar el funcionamiento de los servicios esenciales y el abastecimiento de ciudades y pueblos, los milicianos de Segunda Línea con conocimientos técnicos de electricidad, mecánica y carpintería, entre otros, como el falangista Antonio Peña Llopis, quien prestó servicio como mecánico en Madrid,[645] ocuparon las vacantes dejadas por los huelguistas en sus puestos de trabajo, abastecieron de víveres las poblaciones, como en Gijón,[646] mantuvieron el funcionamiento del transporte público, de los suministros de agua, gas y electricidad, y de las comunicaciones, como en Vigo o en Santander,[647] y aseguraron el funcionamiento de centrales eléctricas, de estaciones y de bancos, como en Bilbao.[648] De este modo, se garantizó que todos los milicianos, tanto los de la Primera como los de la Segunda Línea, contribuyeran al mantenimiento del orden público en la medida de sus capacidades.

Otros casos de colaboración con las autoridades y con los activistas de las demás organizaciones de la derecha tuvieron lugar, por ejemplo, en San Antón (Palma de Mallorca), donde los escuadristas de Falange custodiaron el paso de la procesión del 17 de enero de 1935;[649] o en Orense, donde los milicianos de Primera Línea hicieron guardia en templos y se mezclaron con los penitentes y con los portadores de tronos en las procesiones celebradas durante la semana santa de 1935.[650]

Las estrategias particulares de la derecha, desde la desactivación legal de la República (CEDA), la restauración de la monarquía (RE), el derrocamiento del régimen republicano mediante una insurrección armada (CT), hasta la lucha callejera (Falange),

---

643 "Francisco Díaz ¡Presente!", *Arriba*, 18 de abril de 1935, p. 2; "Cuadro de honor", *Arriba*, 7 de noviembre de 1935, p. 3; y CORDOBA, C., "Los primeros Caídos en la historia del Nacionalsindicalismo…" http://www.maalla.es/Libros/Los%20primeros%20Cados%20en%20la%20historia%20del%20NS.pdf [Última consulta: 20 de abril de 2023]

644 CDMH, TPE18-1.

645 AHN, FC-CAUSA_GENERAL, 215, Exp.24.

646 "La actuación de Falange Española de las «JONS» en los pasados sucesos revolucionarios", *La Nación*, 31 de octubre de 1934, p. 9; "Ha sido concedida la Cruz del Mérito Naval a Tomás Innerarity y Mariano Suárez Pola", *Arriba*, 4 de abril de 1935, p. 2; MONTES AGUDO, G., *Vieja Guardia*…, p. 232; y JEREZ RIESCO, J.L., *Elegidos para la gloria*…, p. 70.

647 "La actuación de Falange Española de las «JONS» en los pasados sucesos revolucionarios", *La Nación*, 31 de octubre de 1934, p. 9; y GARCÍA VENERO, M., *Falange en la guerra de España*…, p. 53.

648 "La actuación de Falange Española de las «JONS» en los pasados sucesos revolucionarios", *La Nación*, 31 de octubre de 1934, p. 9.

649 JEREZ RIESCO, J.L., *Historia gráfica de la Falange*…, p. 247.

650 LLUCH F. VALLS, F., *Semilla azul*…, pp. 91-92.

fueron sacrificadas para dar apoyo a los resortes coercitivos del Estado en la lucha contra el marxismo y el *separatismo*, mientras que sus activistas realizaron funciones de guardia cívica para auxiliar al ejército y la policía. A su vez, estos grupos dejaron claro que esta cooperación era meramente circunstancial, puesto que, para ellos, como sucedió con los *Freikorps* en Alemania o con el batallón Prónay en Hungría, el principal objetivo era acabar con la República. Así pues, estas organizaciones se vieron obligadas a mantener una actitud de semilealtad hacia el régimen republicano que se tradujo en una colaboración para limitar los estragos de las huelgas y mantener el orden público.

Por lo tanto, a pesar de su discurso de lucha en solitario contra la revolución, los falangistas colaboraron con los activistas de las organizaciones de la derecha reaccionaria y, en algunos casos, con los miembros de las fuerzas del orden afines a Falange en la lucha contra el enemigo político. Igualmente, los escuadristas del partido fascista cooperaron con las fuerzas policiales para limitar los estragos de las huelgas y manifestaciones, y evitar que los activistas de las organizaciones de izquierda y de los sindicatos obreros sabotearan actos religiosos y militares.

Ahora bien, a pesar de esta colaboración, Primo de Rivera radicalizó su discurso entre finales de 1934 y 1935, acentuó su lenguaje laico y se alejó de la monarquía y de sus patrocinadores acusando a los partidos de la derecha de ser entidades caducas, conservadoras y egoístas para diferenciarse de los mismos y crear un espacio propio con la finalidad de tener la exclusividad del fascismo en España y, así, no perder credibilidad ante las masas. En cambio, en algunas interpretaciones, esta radicalización del lenguaje y del estilo falangista se debió a una evolución del pensamiento de Primo de Rivera.[651] Como resultado de esta radicalización, los alfonsinos adoptaron una posición más crítica hacia el partido fascista y le retiraron su ayuda económica a finales de marzo de 1935.

A ello hay que sumarle el fracaso de las negociaciones con los alfonsinos para que FE de las JONS concurriera a las elecciones de febrero de 1936 integrado en el Bloque Nacional. Ello se debió a las exigencias de Primo de Rivera para garantizar la incorporación de Falange, pues este puso como condición la obtención de entre 25 y 30 puestos en las listas conjuntas. En caso de que sus peticiones no fueran aceptadas, expresó que los falangistas se presentarían a las elecciones en solitario. Como puede verse, el número de plazas exigidas para FE de las JONS era muy elevado en comparación a su fuerza real.

[651] SAZ CAMPOS, I., *Fascismo y franquismo*, PUV, Valencia, 2004, pp. 54-55.

A pesar de las conversaciones, Primo de Rivera, celoso de la independencia de Falange, defensor de su programa y temeroso de que Calvo Sotelo ocupara el espacio político que propugnaba liderar, no vio con buenos ojos integrarse en una amalgama contrarrevolucionaria, porque consideraba que su proyecto no podría realizarse dentro de un espacio dominado por la derecha monárquica. Por esta razón, Primo de Rivera marcó distancias con el Bloque Nacional. Por su parte, Ledesma Ramos, firme partidario de la alianza contrarrevolucionaria, comprendía que el fascismo solo podía crecer si se convertía en el centro de gravedad de una movilización de los sectores de la extrema derecha para, así, organizar una resistencia y una ofensiva contra la República por medio de un proyecto de integración social alrededor del fascismo.[652] Por lo tanto, a diferencia de Primo de Rivera, Ledesma Ramos era partidario de establecer alianzas con las demás fuerzas contrarrevolucionarias para combatir la revolución. Esta desavenencia fue una de las razones fundamentales de su salida del partido.

Así pues, con el fracaso de las negociaciones para incorporarse en el Bloque Nacional y el retiro del apoyo económico de los alfonsinos, FE de las JONS se encontró en una posición de ostracismo político, lo que comportó que el partido fascista se confirmara como una organización minoritaria con un estrecho margen de expansión. Además, esta exclusión de Falange fue acompañada de una desbandada de parte de sus miembros que fueron atraídos por las organizaciones que conformaban el Bloque Nacional. En realidad, estos individuos pudieron adherirse al Bloque Nacional sin renunciar al fascismo debido a que su manifiesto era homologable a cualquier programa fascista.[653]

3.3. Primavera de 1936: crecimiento de la militancia, violencia y terrorismo falangista

A pesar de que FE de las JONS acudió en solitario a las elecciones del 16 de febrero de 1936, sus escuadristas colaboraron con los partidos de la derecha reaccionaria como sucedió, por ejemplo, en San Fernando (Cádiz), donde el falangista Manuel Rojas Sánchez presidió una mesa de las derechas de la localidad;[654] o en La Palma, donde algunos activistas figuraron en la lista de interventores de la Unión de

[652] GALLEGO, F., *Ramiro Ledesma Ramos y el fascismo español*…, pp. 293 y 302; THOMÀS, J. M., *Lo que fue la Falange*…, p. 44; GONZÁLEZ CALLEJA, E., *Contrarrevolucionarios*…, p. 241; GALLEGO, F., *El Evangelio fascista*…, pp. 273, 324 y 364; GALLEGO, F., "El proceso constituyente del fascismo español: 1933-1935. Revisión de algunos malentendidos" en BALLARÍN, M., CUCALÓN, D. y LEDESMA, J.L. (eds.), *La Segunda República en la encrucijada*…, pp. 214-217; THOMÀS, J. M., *Los fascismos españoles*…, pp. 104-106; y THOMÀS, J. M., *José Antonio. Realidad y mito*…, pp. 193-203.
[653] PURCET GREGORI, A., *La reacció dels estudiants*…, p. 597.
[654] AHN, FC-CAUSA_GENERAL, 361, Exp.60.

Derechas de la localidad.[655] Muchas de estas acciones se caracterizaron por el matonismo de los activistas de Falange, como fue el caso de los falangistas Jesús Rojas Raya, Bernabé Rojas Raya y Martín López Sanjuan que, junto a algunos guardias civiles, actuaron como matones de los caciques en el pueblo de Torres (Jaén);[656] o del falangista Tomás Hernández Lázaro, quien coaccionó a los trabajadores para que votaran las candidaturas de derechas.[657]

Los milicianos de Falange también repartieron octavillas en las calles. Sin embargo, en la mayoría de las veces, estas labores propagandísticas iban acompañadas de choques con los miembros de las organizaciones rivales como sucedió, por ejemplo, en la calle cordobesa de Gondomar el 22 de enero, cuando un grupo de falangistas que repartía panfletos se enfrentó a unos socialistas que fijaban pasquines;[658] o en Ronda (Málaga) el 14 de febrero, cuando varios afiliados de Falange que distribuían octavillas se pelearon con los socialistas que las rompían.[659]

Para los falangistas, la lucha electoral era un escenario más para enfrentarse al adversario y conquistar el poder. Así puede apreciarse en los discursos de los dirigentes del partido. Por ejemplo, en su alocución en el Cine Europa de Madrid el 2 de febrero de 1936, Ruiz de Alda comentó que la contienda electoral

> no tiene para nosotros la finalidad de obtener actas de diputados, sino la de combatir, hacernos buenos soldados, endurecernos en la batalla. En suma, para nosotros esta contienda electoral es un gran campo de maniobras donde poder afirmar y disciplinar nuestros instrumentos, donde poder formar los cuadros de mando para conseguir nuestro fin, que es la conquista del poder.[660]

También manifestó que estaban «desde luego dispuestos a utilizar nuestras fuerzas para conquistar el Poder, bien sea en las elecciones, en el Parlamento o en la calle, por medios legales o ilegales, por medios revolucionarios».[661] En esta misma línea, en el mismo acto, el secretario general del partido, Raimundo Fernández-Cuesta, señaló que Falange debía aprovechar la lucha electoral sin claudicar de su programa y estar «dispuesta a utilizar sus fuerzas por todos los medios legales e ilegales para la conquista del Poder».[662]

---

[655] GONZÁLEZ VÁZQUEZ, S., "El origen de Falange Española en la Palma (1933-1936)", *Revista de Estudios Generales de la Isla de La Palma*, n.º 2 (2006), p. 127.
[656] AHN, FC-CAUSA_GENERAL,142, Exp.15.
[657] AHN, FC-CAUSA_GENERAL,210, Exp.13.
[658] "Socialistas y fascistas se acometen a tiros", *El Sol*, 22 de enero de 1936, p. 8.
[659] "Grupos de diversas ideologías vienen a las manos", *ABC* (Madrid), 15 de febrero de 1936, p. 39.
[660] RUIZ DE ALDA, J., *Obra completa*…, p. 75.
[661] Ibid., p. 79.
[662] "Falange Española, en los cines Europa y Padilla", *ABC* (Madrid), 4 de febrero de 1936, pp. 23-24.

A pesar del intenso activismo de sus milicianos, Falange solo consiguió 46.466 votos, apenas algo más del 0,5% del total, lo que da idea de la exigua fuerza real y debilidad del partido fascista español, que, sin embargo, tenía una capacidad de influencia social y política que iba más allá de su pequeño círculo de votantes. El resultado electoral desalentó a Primo de Rivera, quien, pese a ello, hizo una lectura optimista del resultado para disimular su frustración y no desmoralizar a sus afiliados. Señaló que la escasez de votos se debía a que, fundamentalmente, dos tercios de la militancia de la organización no tenía edad para votar y a que los falangistas solo presentaron candidatos en nueve provincias. A ello, añadió que, a diferencia de los partidos de la derecha, ellos no perdieron las elecciones, pues su objetivo principal al participar en los comicios no era ganarlos porque, para el líder falangista, el parlamentarismo solo era una herramienta más para acabar con la democracia.

Primo de Rivera también pidió cautela a sus milicianos y que evitaran las «provocaciones» de sus enemigos, ya que, para el jefe nacional, cualquier incidente en el que se involucraran podría ser utilizado por el gobierno para adoptar medidas represivas contra ellos. A pesar de las agresiones contra algunos militantes del partido, como el asesinato de Antonio Corpas en Sevilla el 20 de febrero de 1936 o la muerte de Antonio Díaz Molina en Málaga seis días después,[663] Primo de Rivera se resistió a autorizar las represalias. Sin embargo, para guardarse las espaldas, reforzar los efectivos de la milicia y prepararse para una posible lucha en un futuro inmediato, ordenó que los miembros del SEU se incorporaran a la Primera Línea el 1 de marzo. Sin embargo, esta estrategia de contención fue breve e inútil a causa de la actuación del gobierno, que consideraba que la República debía ser defendida de sus enemigos con determinación, desarmando a los grupos de la derecha antirrepublicana para prevenir toda violencia por parte de estos. Ello comportó el registro de la sede de Falange en Madrid el 26 de febrero y la suspensión de *Arriba* el 5 de marzo.

Según los falangistas, en libros publicados tras la guerra, a ello había que sumarle los altercados ocasionados por los activistas de los partidos de izquierda y de los sindicatos obreros, quienes salieron a la calle para exigir la libertad inmediata de los individuos encarcelados por su participación en la revolución de octubre de 1934 sin esperar a la aprobación de la amnistía. Los falangistas se ofrecieron a las autoridades para colaborar con las fuerzas policiales con el objeto de acabar con los desórdenes y mantener el orden. Este fue el caso de los militantes de Falange en Palma de Mallorca, quienes se presentaron con esa intención ante el director de seguridad. A pesar de que

[663] NORLING, E., *La Falange obrera*…, pp. 27-28.

este no aceptó su colaboración, algunos escuadristas hicieron guardia en conventos de la capital mallorquina, como la iglesia de San Jerónimo, donde los manifestantes vaciaron un bidón de gasolina en su interior y le prendieron fuego el 21 de febrero de 1936, quemando así la puerta y los primeros bancos hasta que el incendio fue sofocado por los falangistas Antonio Vilella y Tomás Roldán.[664]

En esta misma línea, también recordaban que los manifestantes arremetieron contra las sedes de las organizaciones antirrepublicanas, como los centros de la Falange de El Ferrol o de La Línea de la Concepción (Cádiz) el 20 de febrero.[665] En algunas ocasiones, los manifestantes no pudieron asaltar los locales del partido fascista porque estaban defendidos por sus milicianos, como sucedió, por ejemplo, en Renedo el 18 de febrero, cuando los 15 escuadristas que hacían guardia en el centro de Falange dispararon a los manifestantes que se acercaban;[666] en Palma de Mallorca el 19 de febrero, cuando los falangistas que defendían el local del partido abrieron fuego contra los asaltantes;[667] o en Murcia el 19 de febrero, cuando los activistas que protegían la sede de la organización se enfrentaron a los manifestantes.[668]

Estos altercados, así como las expectativas de cambio con el triunfo del Frente Popular eran percibidas como una amenaza por parte de los sectores conservadores de la sociedad, quienes aún tenían en mente los desórdenes ocasionados por la revolución de octubre de 1934. Estos consideraban que el enemigo solo podía ser vencido con las armas. Así pues, movidos por su rechazo al sistema parlamentario y al pluralismo político, centenares de jóvenes de familias conservadoras se afiliaron a Falange, porque estimaban que solo se podía acabar con el régimen republicano y combatir la revolución por medio de la fuerza;[669] mientras que, muchos otros, se dieron de alta atraídos por la acción paramilitar violenta como forma de lucha contra el movimiento obrero. Ello hizo que la mayoría de los nuevos miembros ingresara en la Primera Línea, como se ve en las cifras de activistas de la ciudad de Sevilla (el 65,6%) y de los que residían en los pueblos de la misma provincia (68%) que dieron ese paso.[670] Así pues, Falange y, principalmente, la Primera Línea, se beneficiaron de la afluencia a sus filas de miles de

---

[664] DE ZAYAS, A., *Historia de la Vieja Guardia de Baleares*…, p. 41.
[665] JATO, D., *La Rebelión de los estudiantes*…, p. 286.
[666] GARCÍA VENERO, M., *Falange en la guerra de España*…, p. 99; e Íd., *Testimonio de Manuel Hedilla*…, p. 64.
[667] DE ZAYAS, A., *Historia de la Vieja Guardia de Baleares*…, p. 41.
[668] JATO, D., *La Rebelión de los estudiantes*…, p. 286.
[669] GALLEGO, F., "Fascismo y fascistización. La crisis de 1934 y la definición política del período de entreguerras" en ANDREASSI, A. y MARTÍN RAMOS, J.L. (eds.), *De un octubre a otro*…, pp. 340-341; e Íd., "Nacionalsindicalismo y contrarrevolución (1931-1936). La relevancia del fascismo en la Segunda República Española" en MORENTE, F., POMÉS J. y PUIGSECH, J. (eds.), *La rabia y la idea*…, p. 202.
[670] PAREJO FERNÁNDEZ, J.A., *Las piezas perdidas de la Falange*…, pp. 52-53; e Íd., "La mutación falangista (1934-1936)" en ÁLVAREZ TARDÍO, M. y DEL REY, F. (eds.), *El laberinto republicano*…, p. 239.

jóvenes radicalizados que buscaban una rápida y expeditiva vía de acción contra el Frente Popular.

El crecimiento de la militancia falangista estaba acompañado por la aparición de nuevos grupos de las JONS en aquellas localidades en las que hasta la fecha no existía una Falange local, como en los pueblos sevillanos de Lora de Estepa (fundada el 10 de marzo), Cazalla de la Sierra (organizada a inicios de abril), La Campa (creada el 1 de mayo) o Montellano (instituida durante el mes de mayo). En esta misma línea, en aquellos municipios en los que ya existía un centro de Falange, el número de afiliados se incrementó, como ocurrió en la provincia de Jaén -la cifra ascendió de los 6.000 militantes en enero de 1936 a los 11.000 miembros el 18 de julio-, o en los pueblos sevillanos de Estepa -pasó de los seis afiliados en 1935 a 101 el 19 de julio de 1936-, Marchena -antes de los comicios de febrero tenía 88 militantes y en julio llegó a los 120 miembros-, Alanís de la Sierra -se pasó de los siete activistas antes de febrero de 1936 a los 14 en julio- o El Rubio -la cifra ascendió de los siete falangistas antes de los comicios a los 34 en julio.[671]

Entre los nuevos miembros cabe destacar la presencia de antiguos miembros de la JAP descontentos con la táctica posibilista promovida por Gil Robles. Así, de los 225.000 afiliados con los que contaba esta organización antes de las elecciones de febrero de 1936, entre 10.000 y 15.000 (5%) se afiliaron a Falange durante la primavera de 1936.[672] Ahora bien, la mayoría de los nuevos afiliados no tenían antecedentes políticos. Así, por ejemplo, en la Falange de Estepa, el 70,8% de los nuevos miembros no había militado antes en ningún partido político, mientras que el 9% lo había hecho en una organización derechista -el 15,1% en Acción Popular, el 0,5% en la JAP, el 1,4% en la CT y el 0,2% en RE.[673]

Este crecimiento de Falange estaba acompañado por la desaparición de la JAP como fuerza política de importancia debido a que la CEDA no estaba en el gobierno. Esto hizo que los japistas no fueran capaces de reanudar la lucha desde la oposición, porque su táctica no resultaba efectiva desde fuera del gobierno, pues la continua descalificación del adversario, la fastuosidad de sus concentraciones y la proclamación

---

671 LAZO DÍAZ, A. y PAREJO FERNÁNDEZ, J.A., "La militancia falangista en el suroeste español…", pp. 240-241; Íd., "La mutación falangista (1934-1936)" en ÁLVAREZ TARDÍO, M. y DEL REY, F. (eds.), *El laberinto republicano. La democracia española y sus enemigos (1931-1936)*, RBA, Barcelona, 2012, pp. 236-237; Íd., "Falangistas en Marchena. Estudio sociológico de un pasado desconocido (1934-1942)", *Actas de las IX Jornadas sobre historia de Marchena. Marchena en el siglo XX (2)*, 2005, p.15; e Íd., *Señoritos, jornaleros y falangistas*…, pp. 85-86.

672 BÁEZ PÉREZ DE TUDELA, J.M., "Movilización juvenil y radicalización verbalista…", p. 102; Íd., "El ruido de las nueces…", p. 143 ; y GONZÁLEZ CALLEJA, E., "Camisas de fuerza…", p. 74.

673 PAREJO, J.A., "La mutación falangista (1934-1936)" en ÁLVAREZ TARDÍO, M. y DEL REY, F. (eds.), *El laberinto republicano*…, pp. 237-238.

de los puntos de su programa eran actividades que solo tenían sentido si se realizaban desde el poder.[674] Además, al no estar organizada para la lucha callejera, la JAP carecía de una herramienta que, desde la oposición, podía dar sentido a sus propuestas de destrucción del marxismo por la vía armada: la milicia.

También cabe destacar la presencia de jóvenes oficiales del ejército que se dieron de alta en FE de las JONS por ver el partido fascista como la única organización que tenía la capacidad para dotar de sentido político a una conspiración militar. Así, por ejemplo, cerca del 40% de los oficiales jóvenes destinados en Sevilla estaban afiliados en Falange en julio de 1936.[675] A ello hay que sumarle la presencia de individuos con un pasado oscuro que estaban relacionados con el mundo de la delincuencia.[676] Como puede verse por el perfil de la mayoría de estos nuevos milicianos, Falange no era muy selectiva con los antecedentes de los nuevos escuadristas.

Dicho esto, los nuevos afiliados se dieron de alta en Falange porque consideraban que el partido fascista aportaba aquello que las organizaciones de la derecha reaccionaria no podían ofrecer: medios extrapolíticos para acabar con el régimen republicano. Como ya se ha comentado, en la España de los años treinta había una impregnación y una admiración por el fascismo por parte de las organizaciones de la derecha reaccionaria, que hicieron un esfuerzo por emular sus métodos para, según ellos, expresar con una mayor lealtad las tradiciones culturales españolas. Ello dificultó que, hasta febrero de 1936, FE de las JONS atrajera a aquellos individuos que, aun simpatizando con el fascismo, pudieran ver sus inquietudes y aspiraciones asumidas por las organizaciones derechistas en las que ya militaban antes de la fundación de Falange.[677] Este aumento de la militancia falangista muestra hasta qué punto las masas respondían a los cambios en la cultura política de los españoles, así como la forma en la que el fascismo pasó a definir un espacio mucho más amplio del que correspondía estrictamente al partido fascista.[678]

Este proceso de fascistización reprodujo la frustración de las expectativas de la derecha conservadora y ofreció un campo de acción inesperado, aunque no imprevisible, para la afirmación del partido fascista al alterar, en el marco de la acción armada contra el régimen republicano, no solo las condiciones del asalto a la República,

---

[674] BÁEZ PÉREZ DE TUDELA, J.M., “Movilización juvenil y radicalización verbalista…”, p. 102; e Íd., ”El ruido de las nueces…”, p. 143.
[675] LAZO DÍAZ, A., *Historias falangistas del sur de España*…, pp. 200-201.
[676] PURCET GREGORI, A., *La reacció dels estudiants*…, p. 693.
[677] GALLEGO, F., “Nacionalsindicalismo y contrarrevolución (1931-1936). La relevancia del fascismo en la Segunda República Española” en MORENTE, F., POMÉS J. y PUIGSECH, J. (eds.), *La rabia y la idea*…, p. 184.
[678] GALLEGO, F., “La realidad y el deseo. Ramiro Ledesma Ramos en la genealogía del franquismo” en Íd. y MORENTE, F. (eds.), *Fascismo en España*…, pp. 440-441.

sino las de la formación del movimiento insurreccional y las del Nuevo Estado que tendrían lugar durante la guerra. La peculiar evolución de la crisis política española produjo un resultado muy diferente al que cabría esperar de los distintos frentes abiertos por la ofensiva de la extrema derecha. Así, lo que habría de ser una estrategia de la tensión armada en acciones de violencia sistemática, se convirtió en una movilización de los recursos institucionales, de los espacios de sociabilidad y de los medios de comunicación y de formación pública de la derecha, que actuaron como portavoces preparatorios de una violencia sistemática.[679]

A pesar del incremento de la militancia, la mayoría de los nuevos afiliados desconocía los principios del ideario del partido, lo que comportó que los líderes de Falange temieran que se desnaturalizaran sus postulados y que se confundieran con los de las demás organizaciones derechistas. Para evitarlo, Primo de Rivera ordenó que los jefes territoriales y provinciales debían «mantener la línea ideológica y política»; que los nuevos militantes debían desoír todo requerimiento para tomar parte en conspiraciones, alianzas y proyectos de golpe de estado; y que los puestos de responsabilidad debían ser ejercidos solo por aquellos que llevaran más de cuatro meses militando en Falange y hubieran «acreditado» su completa «compenetración con su estilo y doctrina».[680]

Ahora bien, a pesar de las instrucciones de prudencia y contención de Primo de Rivera, los escuadristas del partido protagonizaron desórdenes públicos como sucedió, por ejemplo, con seis activistas que *armaron escándalo* por las calles de Noja (Santander) el 10 de marzo;[681] o con los falangistas Vicente Urtia Gómez, Pablo Pedraza Mooser y Miguel Primo de Rivera que lanzaron gritos provocativos y amenazadores mientras disparaban al aire en la calle de Alcalá (Madrid) el 15 de marzo.[682] Asimismo, los milicianos respondieron algunos ataques cometidos contra sus camaradas como sucedió, por ejemplo, con los escuadristas que dispararon contra el diputado socialista y catedrático de la Facultad de Derecho de Madrid, Luis Jiménez de Asúa, el 12 de marzo en el que murió su escolta, el agente Jesús Gisbert, como represalia por la agresión del afiliado del SEU de la misma facultad, Juan José Olano, unos días antes.[683]

---

679 GONZÁLEZ CALLEJA, E., *Contrarrevolucionarios*…, pp. 310-329; y GALLEGO, F., *El Evangelio fascista*…, pp. 411-412.
680 BRAVO MARTÍNEZ, F., *Historia de Falange Española de las JONS*…, pp. 67-68; ÁLVAREZ PUGA, E., *Historia de la Falange*…, pp. 45-46; GARCÍA VENERO, M., *Historia de la Unificación*…, pp. 33-34; y PRIMO DE RIVERA, J.A., *Obras*…, pp. 892-893.
681 "Afiliados a las JONS, detenidos", *ABC* (Madrid), 11 de marzo de 1936, p. 27.
682 AHN, FC-AUDIENCIA_T_MADRID_CRIMINAL, 169, Exp.10.
683 "Un agente de policía muerto en atentado", *ABC* (Madrid), 13 de marzo de 1936, p. 32; "Del atentado en el que resultó víctima el agente señor Gisbert", *ABC* (Madrid), 19 de marzo de 1936, p. 22; *El Debate*, 19 de marzo de 1936, p. 5; "El atentado contra el señor Jiménez de Asúa", *El Debate*, 24 de marzo de 1936,

De este modo, la violencia falangista dio un salto cualitativo, pasando así, de la agresión y el enfrentamiento con el adversario político, al atentado contra dirigentes de las organizaciones rivales y miembros relevantes de la administración por ser considerados los principales responsables de la persecución desatada contra ellos.[684]

Este atentado fue el acto más resonante de la Primera Línea hasta la fecha, y el que comportó unas consecuencias más duras para Falange, como fue la detención de Primo de Rivera por tenencia ilícita de armas y el arresto de la junta directiva del partido y de gran parte de los jefes de milicias de toda España, así como la prohibición de FE de las JONS el 14 de marzo por realizar *actividades violentas*. A raíz de su ilegalización, las fuerzas del orden registraron las sedes del partido, como la de Granada el 18 de marzo,[685] y domicilios de algunos militantes, como el de varios milicianos de la Falange de Murcia el 16 de marzo[686] o el de Antonio Escartín Ayala en la calle Blasco de Garay de Madrid el 17 de marzo,[687] y, asimismo, detuvieron a activistas que se reunieron clandestinamente, como sucedió con varios falangistas de Valladolid el 11 de mayo.[688] Debido a la percepción de hostigamiento por parte de las autoridades, los activistas de Falange señalaban que la ilegalización de FE de las JONS era la consecuencia final de la persecución desatada contra el partido fascista desde su nacimiento, en la que, primero, se clausuraron sus lugares de reunión, después, se encarceló a los dirigentes de la organización y a los mandos de las milicias, y, finalmente, se persiguió hasta el último activista hasta convertir a Falange en un grupo inoperante.[689]

Como consecuencia de ello, los falangistas estimaban que no había soluciones pacíficas porque el gobierno les había declarado la guerra. Como señaló Ruiz de Alda,

> YA NO HAY SOLUCIONES PACÍFICAS. La guerra ha sido declarada y ha sido el Gobierno el primero en proclamarse beligerante. […] Estamos en guerra. […] El Gobierno no pierde su tiempo en matar moscas: se da prisa en aniquilar todo aquello que pueda constituir una defensa de la civilización española y de la permanencia histórica de la Patria: el Ejército, la Armada, la Guardia Civil… y la Falange. […] No somos nosotros quienes han elegido la violencia. Es la ley de guerra la que la impone. Los asesinatos, los incendios, las tropelías no partieron de nosotros. Ahora,

p. 4; "Detenciones en Francia", *El Debate*, 25 de marzo de 1936, p. 2; y "Atentado contra el diputado socialista señor Jiménez de Asúa", *La Vanguardia*, 13 de marzo de 1936, p. 21.

[684] El atentado contra Jiménez de Asúa se justificó como una venganza propiciada por la muerte de unos falangistas en el pueblo de Almoradiel (Toledo), la agresión a los obreros que trabajaban en la plaza de toros vieja de Madrid y el asesinato de dos estudiantes del SEU en la calle madrileña Alberto Aguilera. GALLEGO CORTÉS, A., *Diario de un falangista de primera línea*…, p. 69.

[685] "Registros domiciliarios y detención de fascistas en Granada", *ABC* (Madrid), 19 de marzo de 1936, p. 21.

[686] "Detenciones de fascistas. Registros domiciliarios", *La Vanguardia*, 17 de marzo de 1936, p. 34.

[687] "Hallazgos de armas", *El Debate*, 18 de marzo de 1936, p. 3.

[688] "Detención de falangistas", *ABC* (Madrid), 12 de mayo de 1936, p. 34.

[689] GALLEGO CORTÉS, A., *Diario de un falangista de primera línea*…, p. 63.

> eso sí […] nuestro empuje combatiente, nuestra santa violencia, fue el primer dique con que tropezó la violencia criminal de los hombres de Octubre. […] ¡Bien haya esta violencia, esta guerra, en la que no sólo defendemos la existencia de la Falange, ganada a precio de las mejores vidas, sino la existencia misma de España, asaltada por sus enemigos![690]

A pesar de la *persecución* desatada contra ellos, en sus memorias se puede apreciar arrogancia, pues señalaban que, conscientes de que empezaban «tiempos de sacrificio», aceptaron la situación con serenidad.[691] Esta lectura de persecución constituyó la verdadera prueba de fuego mediante la cual los falangistas sellaron su deuda de sangre con el partido.[692] Dicho esto, la Primera Línea fue reorganizada clandestinamente con el objeto de prepararse para la lucha, mejorar su eficacia y facilitar la comunicación entre la autoridad central y los líderes provinciales. Desde la cárcel, Primo de Rivera redactó unas instrucciones dirigidas a los mandos territoriales en las que se establecía que Falange se organizaría en células subversivas, se sustituiría a los dirigentes encarcelados y se realizaría el encuadramiento por distritos y zonas.[693] Así, por ejemplo, la Falange de Barcelona dividió la ciudad en tres sectores, uno para cada centuria, al tiempo que redujo los integrantes de sus escuadras de once a cinco miembros para que cada unidad tuviera una mayor movilidad.[694] A su vez, para mantener la comunicación entre los jefes y sus hombres, los líderes del partido procuraron que sus unidades milicianas estuvieran compuestas por escuadristas que estuvieran unidos por lazos de familiaridad o de vecindad.[695]

Además, para evitar el desmantelamiento de su sección paramilitar, los arrestos de los dirigentes de la Primera Línea iban seguidos del nombramiento de otros líderes para ocupar sus puestos después de que estos hubieran sido elegidos por los jefes provinciales que aún quedaban en libertad. Así, por ejemplo, tras la detención del comandante de la milicia, Agustín Aznar, y del dirigente de la Primera Línea de Madrid, Gerardo González Sampedro, en el mes de marzo, los falangistas Juan Ponce de León y José García Noblejas fueron designados para ocupar sus puestos en la comandancia de la milicia y en la dirección de la Primera Línea madrileña, respectivamente.[696] Como consecuencia de los constantes arrestos, la Primera Línea no tuvo ningún lugarteniente estable.

---

690 RUIZ DE ALDA, J., *Obra completa*…, pp. 263-264.
691 MONTES AGUDO, G., *Vieja Guardia*…, p. 296; y DE ZAYAS, A., *Historia de la Vieja Guardia de Baleares*…, p. 41.
692 BARRERA LÓPEZ, B., "Los méritos de la fascista…", p. 19.
693 GIL PECHARROMÁN, J., *José Antonio Primo de Rivera*…, pp. 459-460.
694 THOMÀS, J. M., *Feixistes!*..., p. 114; y JEREZ RIESCO, J.L., *Barras y flechas*…, p. 646.
695 PURCET GREGORI, A., *La reacció dels estudiants*…, pp.722-723.
696 GARCÍA VENERO, M., *Falange en la guerra de España*…, p. 132.

Como sucedió con la sección paramilitar, Primo de Rivera ordenó que el SEU se organizara en células o *grupos especiales* integrados por estudiantes de la misma disciplina para agilizar su movilización. Sus miembros tenían el cometido de cumplir las labores más importantes: reestablecer su aparato paramilitar y reactivar el contacto entre los dirigentes y los milicianos. Para evitar que los activistas del SEU fueran detenidos y procesados, estos debían negar cualquier relación con el partido. De esta manera, el sindicato estudiantil asumió la responsabilidad del activismo de Falange durante este periodo y se convirtió en el eje vertebral de las milicias, lo que comportó que sus miembros se desviaran de la conflictividad estudiantil hacia la delincuencia política.[697] Aunque los falangistas señalaban que se adaptaron rápidamente a la situación gracias a que se mantenían «en su sitio» y recomponían sus cuadros a raíz de las constantes detenciones,[698] la organización estaba permanentemente mermada de efectivos y con problemas de comunicación entre los milicianos y sus jefes.

A pesar de estas dificultades, entre marzo y julio de 1936, los miembros de la Primera Línea incrementaron sus acciones violentas en forma de atentados contra figuras políticas relevantes, quienes, según ellos, encarnaban las instituciones republicanas, como el magistrado Manuel Pedregal, quien fue asesinado en el paseo de Luchana de Madrid el 13 de abril por ser el instructor del sumario del atentado contra Jiménez de Asúa.[699] También acabaron con la vida de oficiales de las fuerzas del orden, como el instructor de las milicias socialistas y miembro de la Unión Militar Republicana Antifascista, el capitán de Ingenieros Carlos Faraudo, quien murió el 9 de mayo en la cama de operaciones tras haber sido disparado en la calle madrileña de Lista;[700] o el teniente de asalto José Castillo, quien falleció el 12 de julio en la calle de Augusto Figueroa de Madrid por haber comandado las fuerzas de Asalto que dispararon a los activistas armados que formaban parte de la comitiva fúnebre del alférez de la Guardia Civil Anastasio de los Reyes el 17 de abril, que terminó con varios asistentes heridos y la muerte del sobrino de Primo de Rivera, Andrés Sáenz de Heredia.[701] Los milicianos de Falange también protagonizaron acciones violentas, como el tiroteo de la casa de Largo Caballero el 15 de marzo o la colocación de una bomba en el domicilio republicano y masón Eduardo Ortega y Gasset el 7 de abril.[702] A diferencia del bienio anterior, los

[697] GÓNZALEZ CALLEJA, E., *Contrarrevolucionarios*…, pp. 313-314.
[698] "Justificación de la violencia", *No Importa*, 2 de junio de 1936, p. 1; y "No pueden con nosotros", *No Importa*, 6 de junio de 1936, p. 2.
[699] "Anoche fue muerto a tiros el magistrado del supremo, don Manuel Pedregal", *ABC* (Madrid), 14 de abril de 1936, p. 27.
[700] "Detención de los supuestos autores de la muerte del capitán Faraudo", *ABC* (Madrid), 12 de mayo de 1936, p. 41; y "Se detiene a seis fascistas como presuntos autores de la muerte del Sr. Faraudo", *El Sol*, 12 de mayo de 1936, p. 7.
[701] "Atentado contra un teniente de Asalto", *ABC* (Madrid), 14 de julio de 1936, p. 27.
[702] XIMÉNEZ DE SANDOVAL, F., *José Antonio*…, pp. 500-505.

falangistas contemplaban que la represalia contra los «autores directos» no era suficiente, sino que era necesario «castigar» a los «inductores» que, desde una «atmosfera de total impunidad», «estimulaban su asesinato desde las columnas de los periódicos mientras quedaban al margen viviendo con todos los lujos».[703]

Igualmente, la radicalización de las praxis violentas de Falange puede verse con la elaboración de listas negras publicadas en el periódico clandestino *No Importa*, donde se dio a conocer el nombre de los objetivos a batir como, por ejemplo, el presidente de la sección de la Audiencia provincial de Madrid, Ramón Enrique Cadórniga, por haber presidido el tribunal que condenó a Primo de Rivera a cinco meses de prisión; o el diputado a Cortes por Cáceres por el Frente Popular, Luis Romero Solano, por haber contribuido en la detención del jefe de Falange de Extremadura, José Luna.[704] Por su parte, algunos milicianos, como Apolonio Benegas, también elaboraron sus propias listas negras.[705] Ahora bien, cabe destacar que la mayoría de estas acciones se realizaron, al menos en parte, fuera del control de la dirección del partido por la dificultad en la comunicación entre los líderes encarcelados y sus milicianos. Sin embargo, Primo de Rivera, desde prisión, prohibió algunos asesinatos, como el del dirigente socialista Francisco Largo Caballero mientras visitaba a su esposa en el hospital.[706] Esto pone de manifiesto que la elaboración de las listas con los nombres de los objetivos a batir, la no prohibición de los ataques y la falta de una condena de los atentados tenían el consentimiento, al menos implícito, de Primo de Rivera. Por lo tanto, la violencia política se acentuó hasta desembocar en un terrorismo sistemático y desestabilizador que polarizó a la opinión pública y sirvió como denuncia de la impotencia del régimen republicano, así como de justificación de su relevo por un gobierno autoritario tras haber realizado una *revolución preventiva* mediante una sublevación militar.

La ilegalización del partido y la *persecución* desatada contra ellos hicieron que los falangistas consideraran legítimo tomarse la justicia por su mano. Como sucedió durante el bienio anterior, los milicianos de la Primera Línea respondieron a los ataques previos para vengar las agresiones cometidas contra sus correligionarios, lo que hizo que se generara un efecto espiral en el que los escuadristas de Falange atacaron a los autores de la acometida o a sus compañeros.[707] Así, por ejemplo, como protesta por la detención de la junta política de FE de las JONS, los miembros del SEU de la

[703] GALLEGO CORTÉS, A., *Diario de un falangista de primera línea*…, p. 69.
[704] "Listas negras", *No Importa*, 6 de junio de 1936, p. 2.
[705] AHN, FC-CAUSA_GENERAL,184, Exp.32.
[706] GIL PECHARROMÁN, J., *José Antonio Primo de Rivera*…, p. 468.
[707] CRUZ, R., "Júbilo, enfrentamiento y violencia en la movilización de 1936", *Conversación sobre la historia*, 2023.https://conversacionsobrehistoria.info/2023/05/20/jubilo-enfrentamiento-y-violencia-en-la-movilizacion-de-1936/ [Última consulta: 9 de junio de 2023]

Universidad de Madrid promovieron un escándalo en la ciudad el 16 de marzo;[708] como respuesta por el asesinato del falangista José Olavarrieta Ortega el 5 de mayo de 1936, los milicianos de la Primera Línea agredieron a dos socialistas en el pueblo de El Astillero (Santander) y a dos comunistas de Santander;[709] como replica por la muerte de un falangista en el Bar Pekín de Madrid en la noche del 23 de mayo, los escuadristas de Falange irrumpieron en una taberna de la calle Cartagena de la misma ciudad dos días después e hirieron a cuatro comunistas;[710] o como venganza por la muerte de tres falangistas el 2 de julio en un bar de la calle Torrijos de Madrid, esa misma noche, varios escuadristas dispararon desde un coche contra un grupo de izquierdistas que salía de la casa del pueblo provocando dos muertos.[711] Apelando a su sentido de profunda religiosidad y humanidad, los falangistas justificaban que ellos no habían elegido la violencia, sino que era la propia ley de guerra la que imponía su uso.[712]

Los miembros de la Primera Línea también protagonizaron enfrentamientos espontáneos como, por ejemplo, el choque del 17 de abril con un grupo de republicanos en Oviedo;[713] el tiroteo del 21 de abril con varios socialistas en la localidad vallisoletana de Olmedo;[714] o la pelea del 23 del mismo mes con un grupo de comunistas en la población albacetense de Los Alejos.[715] Estos choques no obedecían a ninguna lógica debido a que la violencia se podía manifestar en cualquier momento, ya fuera a raíz de un cruce de saludos o durante el reparto de propaganda. En realidad, los escuadristas de la Primera Línea promovieron altercados continuos, como fue el caso del falangista Jaime Martínez Gutiérrez, quien protagonizó varias trifulcas con los miembros de las juventudes antifascistas de Portugalete.[716] En todo caso, cabe destacar que los enfrentamientos citados no terminaron con más de cinco víctimas mortales entre los integrantes de ambos bandos. Ahora bien, no hace falta insistir en que estas acciones no tenían nada que ver con las afirmaciones iniciales de los líderes falangistas sobre el uso de la violencia como defensa y como acción preventiva contra el enemigo político.

Madrid se convirtió en el principal escenario de la violencia política porque era la ciudad en la que se encontraban los principales órganos de poder del país.

---

[708] PURCET GREGORI, A., *La reacció dels estudiants*…, pp. 720-721.
[709] GARCÍA VENERO, M., *Falange en la guerra de España*…, p. 154; y GÓNZALEZ CALLEJA, E., *Contrarrevolucionarios*…, p. 324.
[710] "Un falangista muerto y vengado", *No Importa*, 6 de junio de 1936, p. 2; y GÓNZALEZ CALLEJA, E., *Contrarrevolucionarios*…, p. 324.
[711] CORNIERO SUÁREZ, A., *Diario de un rebelde*…, p. 174.
[712] "Justificación de la violencia", *No Importa*, 2 de junio de 1936, p. 1.
[713] "Detenciones de fascistas en provincias", *El Sol*, 18 de abril de 1936, p. 4.
[714] BRAVO MARTÍNEZ, F., *Historia de Falange Española de las JONS*…, p. 50.
[715] Ibid., p. 50; y MINGUEZ GOYANES, J.L., *Onésimo Redondo*…, p. 91.
[716] CDMH, TPE10-7.

En la capital del estado tuvieron lugar el 12,7% del total de muertes de estos meses.[717] Falange ocupa el primer puesto como partido con mayor número de víctimas (67) y de responsable de muertes (64),[718] lo que dice mucho acerca de la trayectoria violenta escogida por este partido desde finales de febrero hasta inicios de julio. Sus victimarios eran, preferentemente, socialistas y comunistas, porque eran los más movilizados en sentido antifascista. En comparación con FE de las JONS, el resto de las organizaciones de la derecha tenían una escasa participación en los actos de violencia letal: cuatro carlistas, cuatro alfonsinos y 14 cedistas están entre las víctimas, pero solo un carlista y dos cedistas están entre los responsables de las muertes.[719]

Por otra parte, los integrantes de la Primera Línea siguieron con su tradicional labor de llenar las calles con inscripciones, lemas y símbolos falangistas, como sucedió en Palma de Mallorca en el mes de mayo[720] o en Girona el mes siguiente,[721] y colocaron carteles con las insignias del partido, como en la fuente de la plaza en el pueblo de Daganzo de Arriba (Madrid) en mayo[722] o en la chimenea de una fábrica en la localidad de Ejea de los Caballeros (Zaragoza) el 2 de julio.[723] También irrumpieron con gritos en actos celebrados por los partidos de izquierda, como en el baile organizado por los socialistas en la localidad de Casas de Ves (Albacete) el 13 de junio.[724] Como ya se ha señalado, el objetivo de todas estas acciones era ocupar el espacio público y tener una mayor incidencia en la vida política.

Ante todo ello, las fuerzas del orden intensificaron la represión sobre los milicianos de Falange, incrementando así las detenciones de estos. Este fue el caso de dos escuadristas de Ronda el 31 de marzo por haber repartido octavillas de Falange;[725] del falangista Lisardo Ruiz el 12 de mayo por haber distribuido hojas de propaganda en Almadén (Ciudad Real);[726] o de dos milicianos de Cangas de Morrazo (Pontevedra) el 13 de julio por haber proferido frases escandalosas.[727] Los arrestos constantes de milicianos hicieron que, con el transcurso de las semanas, muchos de ellos se

[717] GONZÁLEZ CALLEJA, E., "La necro-lógica de la violencia socio-política…", p. 45; e Íd., *Cifras cruentas*…, p. 280.
[718] GONZÁLEZ CALLEJA, E., "La necro-lógica de la violencia socio-política…", pp. 47-48; Íd., *Cifras cruentas*…, pp. 286-287 y 306; y THOMÀS, J. M., *José Antonio*…, p. 262.
[719] GONZÁLEZ CALLEJA, E., *Cifras cruentas*…, p. 287.
[720] JEREZ RIESCO, J.L., *Historia gráfica de la Falange*…, pp. 432-433.
[721] JEREZ RIESCO, J.L., *Barras y flechas*…, p. 565.
[722] CDMH, PS-MADRID, 405, 23.
[723] JEREZ RIESCO, J.L., *La Falange en tierra de dragones*…, p. 492.
[724] SEPÚLVEDA LOSA, R.M., "La primavera conflictiva de 1936 en Albacete", *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 2 (2003), pp. 41-42.
[725] "Clausura de Centros falangistas y detención de significados elementos directivos", *ABC* (Madrid), 1 de abril de 1936, p. 19.
[726] "Un detenido en Almadén por repartir propaganda fascista", *La Vanguardia*, 13 de mayo de 1936, p. 24.
[727] "Detención de dos miembros de Falange Española en Cangas de Mozarro", *ABC* (Madrid), 14 de julio de 1936, p. 20.

reencontraran con sus camaradas en la cárcel, facilitando así una cierta reorganización del partido en las prisiones. Según González Calleja, en julio de 1936 había unos 2.000 falangistas encarcelados por todo el país.[728]

En las memorias escritas en los años siguientes, los falangistas manifestaban frecuentemente arrogancia y despreocupación al señalar que, a pesar de las numerosas detenciones sufridas, su ánimo no decaía porque la cárcel era un simple acto de servicio. Es más, algunos escuadristas bromeaban con que la prisión era la nueva sede de Falange.[729] En esta misma línea, Rafael Garcerán dijo que, para los milicianos de Madrid, pasar por la cárcel era un premio, porque allí se encontraban con Primo de Rivera rodeado de sus «mejores».[730] No obstante, a causa de su carácter "revolucionario" y de su voluntad de enfrentarse al enemigo, los falangistas encontraban que la vida en prisión era agobiante porque estaban lejos de la acción en la calle. Así lo transmitió Primo de Rivera en un escrito dirigido a la Primera Línea de Madrid, donde manifestó su angustia por tener que «alejarme físicamente de nuestros peligros, de nuestros afanes».[731] A pesar de ello, los milicianos encerrados protagonizaron incidentes, como el del 2 de mayo, en el que los falangistas persiguieron a los izquierdistas que intentaron boicotear un acto organizado por Onésimo Redondo en la cárcel de Valladolid.[732] A su vez, los presos mantenían el contacto con los camaradas que estaban en libertad gracias a sus familiares y amigos, así como a las integrantes de la SF, quienes actuaron como enlaces para transmitir las órdenes.

Los activistas presos se entretenían jugando a cartas y a fútbol, cantando, paseando y hablando, entre otras actividades. También se ejercitaban físicamente y recibían formación cultural por parte de los dirigentes del partido. Este fue el caso de los falangistas de la Modelo de Madrid, quienes se levantaban temprano para asistir a misa a las ocho de la mañana en la capilla de la prisión, mientras que por la tarde hacían deporte y estudiaban;[733] de los activistas de la cárcel de Valladolid, quienes se ejercitaban físicamente por la mañana y leían por la tarde;[734] o de los milicianos

[728] GÓNZALEZ CALLEJA, E., *Contrarrevolucionarios*…, p. 326.
[729] JATO, D., *La Rebelión de los estudiantes*…, pp. 289-290.
[730] GARCERÁN, R., *Falange: Desde febrero de 1936 al gobierno nacional*, Harvard College, 1980, p. 7.
[731] PRIMO DE RIVERA, J.A., *Obras*…, p. 945.
[732] MINGUEZ GOYANES, J.L., *Onésimo Redondo*…, p. 86; y TOMASONI, M., *El Caudillo olvidado. Vida, obra y pensamiento de Onésimo Redondo (19'5-1936)*, Comares, Granada, 2017, p. 138.
[733] PEMARTÍN, J., *José Antonio*…, p. 21; VALDÉS LARRAÑAGA, M., *De la Falange al Movimiento (1936-1952)*, Fundación Nacional Francisco Franco, Madrid, 1994, p. 9; JEREZ RIESCO, J.L., *Elegidos para la gloria*…, p. 112; e Íd., *Historia gráfica de la Falange*…, pp. 420-421.
[734] MINGUEZ GOYANES, J.L., *Onésimo Redondo*…, p. 85.

encarcelados en el fuerte de San Carlos (Palma de Mallorca), quienes hacían gimnasia y se dedicaban a la lectura.[735]

En resumen, el triunfo electoral del Frente Popular estuvo acompañado por un incremento de la militancia en Falange gracias a que muchos individuos, decepcionados con la estrategia posibilista del principal partido de la derecha, la CEDA, se dieron de alta movidos por su deseo de acabar por medio de las armas con la República y con el movimiento obrero organizado. Igualmente, los falangistas protagonizaron enfrentamientos con los activistas de las organizaciones rivales. Ahora bien, a diferencia del bienio anterior, se produjo un salto cualitativo en la violencia, cuando los escuadristas de la Primera Línea pasaron a atentar contra dirigentes políticos y oficiales de las fuerzas del orden, lo que llevó a la ilegalización de la organización y a la detención de su cúpula dirigente a mediados de marzo de 1936, así como a la necesaria reorganización clandestina del partido. Como resultado de su ilegalización, la Falange de la primavera de 1936 se caracterizó por los problemas de comunicación entre los milicianos y sus jefes, así como por la escasez de escuadristas a raíz de las constantes detenciones.

3.4. Vía conspirativa de Falange

Como ya se ha comentado, a causa de su incapacidad para acabar con la República y reinstaurar la Monarquía, los alfonsinos financiaron la *Conquista del Estado*, primero, y las JONS y FE, después. Debido a la debilidad de estos dos últimos grupos, presionaron a sus dirigentes para que se unieran en una misma entidad política. Así, con el nacimiento de FE de las JONS entre febrero y marzo de 1934, se introdujo un vector en su estrategia conspirativa que consistía en el *uso* del partido fascista como *su* brazo armado, cuyos activistas deberían desestabilizar el régimen republicano por medio de la lucha callejera. Por esta razón, algunos militares monárquicos, como el comandante de Infantería Luis Arredondo, el teniente general Ricardo Rada o el aviador Juan Antonio Ansaldo, instruyeron militarmente a los milicianos del partido fascista en las tácticas de lucha organizada. El momento culminante de esta colaboración tuvo lugar el 20 de agosto de 1934 con la firma del pacto entre Primo de Rivera y Antonio Goicoechea para apoyar económicamente a Falange y potenciar su aparato paramilitar. Sin embargo, los alfonsinos pusieron fin a su financiación en 1935 debido a la radicalización del discurso de Primo de Rivera, así como a su voluntad de desmarcarse

[735] DE ZAYAS, A., *Historia de la Vieja Guardia de Baleares*…, p. 57; y JEREZ RIESCO, J.L., *Historia gráfica de la Falange*…, pp. 432-433.

de sus patrocinadores. Ello hizo que los falangistas debieran buscar nuevas fuentes de ingreso, lo que los llevó a establecer contactos con Italia.

Aunque al principio renunciara a la violencia inmediata, Primo de Rivera nunca dudó de la vía golpista para conquistar el poder. Es más, era consciente de la necesidad de un derramamiento de sangre para ello.[736] Con el fin de preparar a los milicianos del partido para la lucha contra el enemigo y la conquista del poder por la vía armada, Primo de Rivera modificó la táctica de Falange inclinándose por una inmersión en los medios castrenses. Esto se debió a su convicción de que una guerra civil era la única respuesta a las tensiones generadas por los enfrentamientos con sus oponentes.[737] Ahora bien, consciente de la incapacidad de sus milicias para desafiar al Estado y conquistar el poder en solitario, Primo de Rivera, al considerarlo como el último defensor de la patria, depositó sus esperanzas en el ejército. Eso sí, defendía que Falange debería tener la primacía ideológica en el nuevo Estado. Como puede verse en la *Carta a un militar español* escrita en noviembre de 1934, Primo de Rivera declaró que el destino de España estaba en manos del ejército y que, este, junto a las milicias falangistas, debería movilizarse para «salvar a España» de la amenaza del peligro comunista.[738] En este escrito se revela la percepción de Primo de Rivera sobre la debilidad de las escuadras de Falange.

Igualmente, para la toma del poder, Primo de Rivera perfiló diferentes proyectos golpistas con el protagonismo de los milicianos del partido y el apoyo imprescindible de las fuerzas armadas. Así, en la reunión del 16 de junio de 1935 en el Parador de Gredos (Ávila), se acordó que la única salida para evitar la revolución marxista sería precipitar una insurrección que actuara como aldabonazo para los derechistas y, sobre todo, para el ejército. Primo de Rivera explicó a los miembros de la Junta Política su plan de alzamiento que consistió en que los milicianos de la Primera Línea, junto con numerosos oficiales del ejército que simpatizaran con sus ideas, realizarían una especie de *Marcha sobre Roma* para hacerse con el control de Madrid y constituir el Estado nacionalsindicalista. Para el jefe nacional de Falange, la clave residía en la actitud que podrían adoptar los militares, mientras que los grupos políticos deberían apoyar un frente insurreccional. Sin embargo, este proyecto no se realizó porque los responsables de la UME lo consideraron inviable, vieron la imposibilidad de su éxito y, además, no estuvieron dispuestos a sumarse a una sublevación encabezada por Falange.

---

[736] PURCET GREGORI, A., *La reacció dels estudiants*…, p. 368.
[737] RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J.L., *Historia de Falange Española de las JONS*…, p. 199; y PEÑALBA, M., *Falange Española*…, pp. 165-166.
[738] XIMÉNEZ DE SANDOVAL, F., *José Antonio*…, pp. 513-516; y PRIMO DE RIVERA, J.A., *Obras*…, p. 321.

Inmediatamente después de la reunión en el Parador de Gredos, Primo de Rivera, quien parecía que tenía que justificar la subvención recibida del gobierno italiano, envió un informe a Roma bajo el título «La situación política actual», en el que señaló que, si se produjera una crisis gubernamental, y si esta derivara en la disolución de las Cortes o en una persistente debilidad del ejecutivo, este sería el momento preciso para el triunfo de un movimiento fascista.[739]

Un segundo intento insurreccional habría sido decidido en una reunión de la Junta Política del 27 de diciembre de 1935. El plan consistió en una sublevación en Toledo, donde los milicianos de esta ciudad y los de la Primera Línea madrileña, junto con los cadetes de la Academia de Infantería, protagonizarían una sublevación antes de que se celebraran las elecciones de febrero de 1936 para evitar un posible triunfo del Frente Popular.[740] Sin embargo, como el proyecto de junio de 1935, este plan insurreccional fue irrealizable por la debilidad de Falange y la poca predisposición de las fuerzas armadas para participar en un golpe de estado liderado por los falangistas. Así pues, estos intentos fallidos fueron jalones sucesivos de la perdida de autonomía de una Falange cada vez más vinculada a la conspiración castrense.[741]

Como puede verse, Primo de Rivera concebía el ejército como un instrumento que compensaba la debilidad de sus milicias, así como un brazo subversivo susceptible de ser manejado de acuerdo a los postulados ideológicos de Falange. En sus proyectos insurreccionales, el jefe nacional defendía el carácter de partido de FE de las JONS, su proyecto revolucionario, en el que la milicia debería ponerse en primer término en los días de la sublevación, al servicio de la mejor disciplina y organización del ejército, y con una propuesta en la que el rescate de España de las garras de la revolución y de la disgregación separatista pudiera presentarse como un objetivo común. Podía apuntarse que las condiciones de lucha mejorarían la capacidad de negociación de los falangistas con los diferentes grupos golpistas, hasta el punto de hacer a Falange la principal fuerza que dispusiera de una concepción de la política más congruente con el escenario de un asalto armado al poder.[742]

Ahora bien, con el triunfo del Frente Popular se reactivaron tramas conspirativas aletargadas durante el segundo bienio de una derecha antidemocrática que no estaba

[739] THOMÀS, J. M., *Lo que fue la Falange*…, pp. 56-57; RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J.L., *Historia de Falange Española de las JONS*…, pp. 200-201; y GONZÁLEZ CALLEJA, E., *Contrarrevolucionarios*…, p. 280.
[740] AZNAR, M., *Historia militar de la Guerra Civil en España* (volumen 1)…, pp. 15-16; y THOMÀS, J. M., *José Antonio*…, p. 240.
[741] GONZÁLEZ CALLEJA, E., *Contrarrevolucionarios*…, pp. 361-362.
[742] GALLEGO, F., *El Evangelio fascista*…, p. 429.

dispuesta a tolerar la restauración de las leyes aprobadas durante el primer bienio,[743] lo que conllevó a que las organizaciones de la derecha reaccionaria se echaran en brazos de la intervención militar después de que su último intento para estructurar una alternativa de masas, que le hubiese permitido acceder al poder por la vía legal, fracasara. A su vez, centenares de derechistas descontentos con la vía posibilista liderada por Gil Robles se unieron al partido fascista español, que pasó a ser considerado uno de los principales baluartes defensivos de un conservadurismo que, cada vez, se alejaba más de los métodos democráticos para conquistar el poder. En esta coyuntura, la posición de un partido-milicia como FE de las JONS adquirió una mayor relevancia debido a la incapacidad de las derechas de movilizar las masas, mientras que Falange era percibida como la única organización política capaz de poner fin al avance del *izquierdismo revolucionario*. Ello comportó que los dirigentes de los partidos de la derecha reaccionaria tuvieran en cuenta al partido fascista como aliado en el combate contra la revolución.

Asimismo, las organizaciones derechistas colaboraron con el partido fascista, como lo ejemplifica la inclusión de Primo de Rivera en la lista de las derechas para la repetición de los comicios en Cuenca en el mes de marzo de 1936; los líderes derechistas que, como los cedistas Ramón Serrano Suñer, Bermúdez Cañete o el conde de Mayalde, cooperaron con el partido fascista sin militar en el mismo, porque consideraban que, así, serían más útiles para la causa;[744] o el traslado en avión a Francia de los autores del atentado contra Jiménez de Asúa el 12 de marzo de 1936 por parte del aviador monárquico Juan Antonio Ansaldo por petición de Miguel Primo de Rivera.[745] Los falangistas también colaboraron con los caciques como sucedió, por ejemplo, en la localidad madrileña de Daganzo, donde los escuadristas de Madrid llegaron el 2 de mayo para *meter en cintura* a los huelguistas.[746] Así pues, la importancia de esta relación no solo se debía a una cooperación entre las organizaciones de la derecha y los caciques con el partido fascista, sino que, también expresó una síntesis ideológica y política de visiones culturales que pretendían, a la vez, preservar el tradicionalismo y derrotar a la revolución.[747] Para los sectores conservadores de la

[743] PUELL DE LA VILLA, F., "La trama militar de la conspiración" en VIÑAS, A. (ed.), *Los mitos del 18 de julio*, Crítica, Barcelona, 2013 p. 66.
[744] PURCET GREGORI, A., *La reacció dels estudiants*…, p. 711.
[745] ANSALDO, J.A., *¿Para qué…?*..., pp. 115-118; y THOMÁS, J. M., *José Antonio. Realidad y mito*…, p. 260
[746] CDMH, PS-MADRID, 405, 23.
[747] GALLEGO, F., "Fascistization and fascism: Spanish dynamics in a European process", *International Journal of Iberian Studies*, vol. 25, n.º 3 (2012), p. 168.

sociedad, el objetivo de esta colaboración era que Falange se convirtiera en la fuerza de choque de la reacción.

Como ya se ha comentado, los milicianos de Falange se enfrentaron a sus adversarios en la calle y en la Universidad, y atentaron contra dirigentes de las organizaciones rivales, así como contra miembros relevantes de la administración y oficiales de las fuerzas del orden. Para denunciar la alteración del orden público, la prensa derechista más radical aireó una serie de estadísticas de rigor y veracidad dudosos, al mismo tiempo que culpabilizó al gobierno de ser el máximo responsable del deterioro de la autoridad gubernativa a nivel estatal. Mientras tanto, líderes de los partidos de la derecha reaccionaria, como Gil Robles o Calvo Sotelo, utilizaron el Parlamento como altavoz para difundir discursos incendiarios con el objeto de crear un clima político de terror e inquietud entre la sociedad, y generar una situación de alarma para deslegitimar el gobierno y atacar a las izquierdas acusándolas de ser las responsables del desorden público. Así pues, las acciones violentas cometidas por los miembros de la Primera Línea estaban dentro de una estrategia conspirativa que consistía en crear un ambiente de crispación y de polarización de la opinión pública, a la vez que la prensa y los dirigentes derechistas denunciaban la impotencia del gobierno con la finalidad de justificar un golpe de estado que permitiera *restablecer* el orden público.[748]

De forma simultánea a la actividad desestabilizadora emprendida desde el triunfo electoral del Frente Popular, Primo de Rivera inició los tanteos para proceder a una insurrección militar, primero en solitario, y después como colaborador secundario. El 12 de marzo, el jefe nacional de Falange se reunió con el general Franco en casa del padre de Serrano Suñer para informarle sobre sus efectivos en Madrid, mientras que Franco se mostró evasivo, divagatorio y cauteloso, se entretuvo con consideraciones secundarias relacionadas con el armamento y aconsejó al jefe falangista que siguiera en contacto con el coronel Yagüe, militar africanista afiliado a Falange desde inicios de la primavera de 1936. El 19 de marzo, Primo de Rivera envió un mensaje al agregado aéreo de la embajada italiana para concertar una entrevista de su hermano Miguel con Mussolini con el objeto de recabar ayuda para la insurrección falangista, pero la petición fue rechazada debido a la pobre opinión del embajador Pedrazzi de una Falange sumida en la clandestinidad y al deseo de Mussolini de no inmiscuirse, por el momento, en los asuntos españoles.[749] A finales de marzo, hombres de confianza, como Manuel Hedilla,

[748] GÓNZALEZ CALLEJA, E., *Contrarrevolucionarios*…, p. 313.
[749] SAZ CAMPOS, I., *Mussolini contra la II República*, Alfons el Magnànim, Valencia, 1986, pp. 164-165; y GONZÁLEZ CALLEJA, E., *Contrarrevolucionarios*…, p. 362.

Manuel Mateo, José Sáinz o Rafael Garcerán, recibieron instrucciones de Primo de Rivera para transmitir órdenes por todo el territorio nacional, mientras que el coronel Emilio Alvargonzález, coordinador de provincias de Falange, realizó un importante papel de enlace con oficiales conjurados. Desde entonces, los contactos de Falange con la junta de generales fueron permanentes, a pesar de la reticencia de Primo de Rivera a participar como fuerza secundaria en una insurrección protagonizada por el ejército.

El 4 de mayo, Primo de Rivera escribió la *Carta a los militares de España* en la que pidió al ejército que, como salvaguarda de la patria, se sublevara contra el gobierno. En su escrito, el jefe falangista presentó a Falange como el partido que hacía un llamamiento a la intervención militar, renunciando a cualquier acción independiente, pero procurando que el generalato no entregara el poder a la derecha parlamentaria. Esta circular no solo era un llamamiento a los militares, sino que, también, era una orden dictada a la organización sobre la manera en la que debía realizarse la colaboración. También se mostró la irritación que iba apoderándose de Primo de Rivera, quien temía la postergación de Falange, y la suya propia, en el golpe de estado. Si la carta parecía recobrar el ánimo independiente de FE de las JONS, puede considerarse como lo que realmente era en aquellos momentos: un intento de poner bajo presión política a los conspiradores, evidenciando su nula disposición a reducir las milicias del partido a la función de guardia cívica. Aunque el deseo de asumir la dirección del Estado era algo a lo que Primo de Rivera no podía aspirar sensatamente, en este escrito se detecta un esfuerzo por presentar un proyecto político en el seno de un movimiento de regeneración nacional ambicioso, que no debería conformarse con una mera rectificación de rumbo o con una dictadura provisional.[750]

El recelo de Primo de Rivera a participar en un golpe de estado no protagonizado por Falange se debía al temor de que los falangistas fueran *utilizados* por las fuerzas de la derecha contrarrevolucionaria en los preparativos golpistas, o encuadrados en sus organizaciones aprovechando la descoordinación falangista causada por la clandestinidad. Para evitarlo, el 5 de junio, Primo de Rivera ordenó que los mandos provinciales no llegaran a ningún acuerdo con las fuerzas de la derecha sin tener su consentimiento.[751] En esta misma línea, en un artículo del 20 de junio con el título “Aviso a los madrugadores: la Falange no es una fuerza cipaya”, publicado en *No Importa*, Primo de Rivera afirmó que los derechistas estaban dispuestos a olvidar «nuestros miles de presos, nuestros trabajos en la adversidad, nuestros esfuerzos por tallar una conciencia cristiana y exacta», e interesados en «poner a sus órdenes ingenuos

[750] GALLEGO, F., *El Evangelio fascista*…, pp. 427-429.
[751] “Justificación de la violencia”, *No Importa*, 6 de junio de 1936, p. 1.

combatientes».[752] Finalmente, acuciado por las presiones de los militares, de algunas personalidades de la extrema derecha y de un importante sector de su partido, Primo de Rivera aceptó tomar parte en el complot después de comprender que no participar en la insurrección militar de este podría suponer la definitiva desaparición de Falange como grupo político organizado.

El proceso conspirativo se aceleró con las reuniones entre los jefes de Falange que aún estaban en libertad y los militares conjurados. Como los partidos de la derecha reaccionaria, su participación en la trama conspirativa estaba motivada por la imposibilidad de movilizar a la población y organizar un instrumento paramilitar propio que les permitiera hacerse con el poder en solitario. Aunque la mayoría de los dirigentes de los partidos de la extrema derecha eran partidarios de recurrir al ejército, cada uno de ellos, y en función de sus propios planes para configurar un nuevo gobierno, tenía ideas distintas sobre el papel que deberían tener las fuerzas armadas en la sublevación. Así, los carlistas argumentaban que los militares deberían auxiliar su propio modelo insurreccional; los alfonsinos defendían una intervención del ejército para dar un primer paso hacia la restauración monárquica incluyendo la transformación de la República en un régimen autoritario; Gil Robles consideraba que el ejército era el último recurso al que recurrir para realizar una política gubernamental antirreformista; mientras que, como ya se ha comentado, Primo de Rivera era partidario de que el ejército participara en un golpe de estado protagonizado por la Primera Línea de Falange y que, una vez triunfara la sublevación, los falangistas deberían ser la base del futuro gobierno. Todos estos planes hicieron que las negociaciones con los militares conjurados no fueran fáciles.

Por su parte, aunque nunca habían aceptado que ninguna fuerza política se metiera en sus asuntos, los militares conjurados vieron con buenos ojos que las organizaciones antirrepublicanas participaran en el golpe de estado en una posición subordinada. Esto se debió a que, desde el principio, se desechó la vía del pronunciamiento tradicional que ya había fracasado en el golpe del general José Sanjurjo en agosto de 1932. Por esta razón, los líderes de la conspiración estimaban que deberían contar con el apoyo de las fuerzas políticas afines para movilizar a las masas y garantizar el éxito de la rebelión. Ello pone de manifiesto que los partidos antirrepublicanos quedaron subordinados al ejército y pusieron a su disposición sus redes de influencias, así como su arraigo social con el objetivo último de consolidar un proyecto antidemocrático capaz de cohesionar a las distintas fuerzas políticas contrarrevolucionarias. Asimismo, los militares conjurados consideraban que, una vez

[752] Reproducido por RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J.L., *Historia de Falange Española de las JONS*…, pp. 222-223; y THOMÀS, J. M., *José Antonio. Realidad y mito*…, pp. 285-286.

que el ejército saliera a la calle, con el apoyo de las organizaciones políticas, sería más fácil crear una sensación de apoyo popular a la sublevación, mientras que los activistas de estas fuerzas colaboraran con los soldados en el mantenimiento del orden sometiendo los posibles núcleos de resistencia. De la misma manera, los militares pretendían que los dirigentes de los partidos que, como RE, no tenían una sección paramilitar o una organización juvenil apoyaran económicamente la insurrección armada y aportaran su experiencia en los cargos administrativos que se nombrarían tras el triunfo de la acción militar.

La situación de ilegalidad de FE de las JONS, el encarcelamiento de buena parte de su cúpula dirigente y de la mayoría de los jefes provinciales, así como de muchos de sus activistas, complicaron las relaciones con los militares conjurados. También resultó difícil establecer cuál sería la fuerza real de las unidades paramilitares de Falange en aquel momento, debido a las grandes contradicciones entre los testimonios existentes. Por ejemplo, Rafael Garcerán aseguró a Mola que FE de las JONS disponía de 4.000 efectivos; sin embargo, el jefe provincial de Navarra, José Andino, ofreció a Mola 6.000 hombres movilizables en cuatro horas.[753]

A pesar de las dificultades, las relaciones entre los dirigentes falangistas y militares fueron más frecuentes a partir de junio, momento en el que algunos jefes de Falange pasaron a formar parte del conjunto de los elementos civiles comprometidos con la sublevación. Por su parte, Primo de Rivera, desde la cárcel, mantenía el contacto con los conspiradores gracias a sus hombres de confianza que estaban en libertad, como su hermano Miguel o su pasante, Rafael Garcerán. También cabe destacar la importancia de Yagüe, quien actuó como enlace con la UME. A su vez, los activistas que no se encontraban en prisión celebraron reuniones clandestinas en domicilios privados, como el del falangista Benjamín Ruiz en Ortuella (Vizcaya),[754] en locales del sindicato estudiantil, como el del SEU de Orense,[755] y en lugares poco concurridos, como la playa de Portugalete.[756] Ahora bien, a causa de las dificultades en la comunicación con los dirigentes del partido, como sucedió con los milicianos de la Primera Línea de Sevilla,

[753] PAYNE, S., *Falange*…, p. 96 considera que la cifra aportada por Andino es muy exagerada; GARCÍA VENERO, M., *Falange en la Guerra de España*…, p. 137 dice que FE podía aportar 3.000 hombres a inicios de julio; y GONZÁLEZ CALLEJA, E., "Camisas de fuerza…", p. 76 considera que la cifra más plausible es la que aportó Rafael Garcerán.
[754] CDMH, TPE12-2.
[755] NÚÑEZ SEIXAS, X.M., "El fascismo en Galicia…", p. 171.
[756] CDMH, TPE10-7. Para preparar la sublevación en Vizcaya, los falangistas de Portugalete celebraron varias reuniones con los carlistas de Sestao (Vizcaya) en la playa de Portugalete.

en muchas ocasiones, las instrucciones que recibieron los escuadristas procedían directamente de los militares golpistas y no de los propios dirigentes del partido.[757]

En todo caso, su participación en la conspiración fue muy activa, aunque limitada. Para compensar sus limitaciones, los falangistas introdujeron armas de contrabando, buscaron donativos para comprar armas,[758] y adaptaron lugares, como la playa de Sopelana (Vizcaya),[759] como campos de tiro para instruirse en secreto en el manejo de las armas de fuego. Asimismo, los milicianos que estaban en la cárcel también se ejercitaron militarmente a escondidas de los guardias como si hicieran gimnasia.[760] Mientras tanto, algunos oficiales comprometidos con la rebelión, no solo proporcionaron armamento, sino que, también adiestraron militarmente a los escuadristas de Falange.[761] Todo ello evidenció que las milicias falangistas no estaban tan bien pertrechadas como la otra organización paramilitar que tendría un gran crecimiento durante las primeras semanas de las hostilidades, el Requeté.

Para que los integrantes de la Primera Línea se prepararan para la sublevación, Primo de Rivera redactó una serie de circulares, como la del 24 de junio, en la que autorizó a los mandos provinciales que, siempre y cuando Falange pudiera mantener su autonomía y la de sus milicias, pactaran con los militares los términos de su intervención en la sublevación. En esta misma línea, cinco días más tarde, redactó otra circular en la que ordenó que los falangistas debieran ponerse a las órdenes de Mola. Para ello, el jefe nacional ordenó que cada líder provincial debería entenderse exclusivamente con la máxima autoridad militar de la conspiración en su territorio. En relación con el armamento de sus milicianos, el jefe territorial del partido debería concertar con la autoridad militar de la zona todo lo relativo a ello, señalándose con precisión el lugar al que debería dirigirse cada unidad. A su vez, con el objeto de mantener la autonomía del partido y de sus milicias, Primo de Rivera ordenó que los miembros de la Primera Línea deberían intervenir uniformados con sus distintivos bajo la orden de sus mandos naturales y, mientras que el jefe militar y el dirigente provincial falangista lo consideraran

---

[757] ÁLVAREZ REY, L. y ORTIZ VILLALBA, J., "Falange en Sevilla (1933-1936)" en RUIZ-MANJÓN CABEZA, O. y GÓMEZ OLIVER, M. (eds.), *Los nuevos historiadores ante la guerra civil*…, p. 202.
[758] DE ZAYAS, A., *Historia de la Vieja Guardia de Baleares*…, pp. 70; y GARCÍA VENERO, M., *Falange en la guerra de España*…, pp. 124-125.
[759] CDMH, TPE10-7.
[760] PEMARTÍN, J., *José Antonio*…, p. 21; DE ZAYAS, A., *Historia de la Vieja Guardia de Baleares*…, 1955, p. 57; MINGUEZ GOYANES, J.L., *Onésimo Redondo*…, p. 85; VALDÉS LARRAÑAGA, M., *De la Falange al Movimiento*…, p. 9; JEREZ RIESCO, J.L., *Elegidos para la gloria*…, p. 112; e Íd., *Historia gráfica de la Falange*…, pp. 420-421 y 432-433.
[761] CDMH, TPE10-7. En las reuniones celebradas en la playa de Portugalete se acordó que los milicianos de la Falange de Vizcaya que participaran en la sublevación serían armados en el momento en el que acudieran en el cuartel de la Guardia Civil; GARCÍA VENERO, M., *Falange en la guerra de España*…, p. 126 pone el ejemplo del militar retirado por la Ley Azaña, el artillero Rafael Herreros de Tejada y Azcona, quien se encargó de adiestrar a los milicianos de la Primera Línea de la Falange de Logroño en el campo de Tiro Nacional de la misma ciudad.

oportuno, parte de la fuerza de Falange -nunca superior a la tercera parte de los militantes de la Primera Línea- podría ser puesta a disposición de los jefes militares para engrosar las unidades bajo sus órdenes.[762] Sin embargo, aunque Primo de Rivera pretendía mantener una cierta independencia de FE de las JONS, con estas órdenes, en realidad se consumó la subordinación del partido fascista y de sus milicias al ejército.

La impaciencia de Primo de Rivera se incrementó con el transcurso de las semanas a raíz de los continuos aplazamientos del golpe de estado. Las razones de ello eran variadas: la detención de algunos militares implicados en la trama; los obstáculos que surgieron por el traslado de oficiales sospechosos de estar implicados en la conspiración en lugares alejados de los grandes centros de poder -por ejemplo, Franco fue destinado a Canarias, Mola a Navarra o Manuel Goded a Baleares- con el objeto de que no pudieran realizar ninguna revuelta exitosa contra el gobierno; así como las dificultades que surgieron en las negociaciones de los jefes militares conjurados con los líderes de las distintas organizaciones políticas -especialmente con los carlistas. Para los conspiradores, el asesinato de Calvo Sotelo el 13 de julio era una oportunidad magnífica para justificar una intervención inmediata del ejército con el apoyo de los partidos de la derecha reaccionaria, lo que hizo que estos priorizaran cerrar los últimos compromisos insurreccionales. Por su parte, Primo de Rivera comunicó a Mola que, si los militares no se sublevaran en unos días, la Primera Línea de Falange lo haría por su cuenta. Esto indica que al dirigente falangista solo le importaba que la insurrección militar no se demorara más y que el ejército se sublevara a cualquier precio.

En resumen, la intervención de FE de las JONS en la trama golpista y de sus milicias en los planes insurreccionales se caracterizó por la casi permanente indecisión de Primo de Rivera entre la reivindicación de la independencia de Falange respecto a las derechas antirrepublicanas, y su puesta al servicio como organización terrorista subordinada a las mismas a pesar de sus dudas iniciales sobre el uso de la violencia. El dilema se zanjó con la decisión final de participar en un golpe de estado como fuerza subordinada al ejército.

[762] PRIMO DE RIVERA, J.A., *Obras*…, pp. 947-948.

4. Golpe de estado

Tras la sublevación de la guarnición de Melilla contra el gobierno del Frente Popular en la tarde del 17 de julio de 1936, parte de los regimientos militares de la península también se rebelaron durante los días posteriores. A diferencia de los pronunciamientos del siglo XIX, de la insurrección del general Miguel Primo de Rivera el 13 de septiembre de 1923 y del fallido golpe de estado del general José Sanjurjo el 10 de agosto de 1932, la sublevación de julio de 1936 se caracterizó por la participación de los sectores más politizados de la sociedad movilizados, en su mayoría, en las milicias de partido, como la Primera Línea de Falange o el Requeté. La colaboración de los activistas de dichas unidades paramilitares, junto al apoyo económico de algunas organizaciones, como RE o la CEDA, puso de manifiesto que dichos partidos, dada su incapacidad para movilizar a la población para acabar con la República, recurrieron al ejército para ello en un momento de *crisis*. En definitiva, su participación en la trama conspirativa y en el golpe de estado simbolizaba el fracaso de la estrategia accidentalista promovida por Gil Robles, que consistió en bloquear las reformas republicanas sin salirse de los límites de la legalidad; en cambio, para los falangistas, los carlistas y los alfonsinos, representaba la satisfacción de su compromiso de acabar con el régimen republicano por cualquier vía posible.

Buena parte de los ciudadanos que secundaron el golpe de estado pertenecían a los sectores conservadores de la sociedad. Estos valoraban que su forma de vida y su posición en la comunidad estaban amenazados por las transformaciones sociales y políticas impulsadas por el gobierno republicano. Movidos por sus posturas contrarias al parlamentarismo, al pluralismo político y a los derechos individuales y colectivos, muchos de ellos se inscribieron, principalmente, en la Primera Línea de Falange tras el triunfo electoral del Frente Popular en febrero de 1936 con la intención de combatir al gobierno con las armas y *reconducir* los efectos provocados por la política de masas en un sentido autoritario, antidemocrático y antiizquierdista.[763] A ello hay que sumarle el temor a una revolución realizada por las *hordas rojas al servicio de Moscú*. Para dichos ciudadanos, un gobierno del Frente Popular significaba la disolución de las formas de distinción social y de género, así como la eliminación de las fronteras entre lo sagrado y lo profano.[764] Consideraban que dicho gobierno pretendía destruir la nación, acabar con la tradición, desnaturalizar la *esencia española* y convertir España en un satélite de la URSS. Para evitarlo, argumentaban que la reconstrucción nacional debía hacerse por

[763] COBO ROMERO, F., "El franquismo y los imaginarios míticos del fascismo europeo…", pp. 125 y 135.
[764] GÓMEZ NOGALES, P., *"*Ese sangriento carnaval. Experiencia y narración de la revolución social en la España sublevada (1936-1939)*"*, *Revista Universitaria de Historia Militar*, vol. 2, n.º 4, 2013, p. 52.

medio de la lucha armada, pues, estimaban que, con el golpe de estado, estaban ante la última oportunidad para asegurar su estilo de vida. Por lo tanto, los sectores conservadores de la sociedad movilizados en las milicias de Falange, o en una de las otras organizaciones de la derecha reaccionaria, consideraban que la insurrección les proporcionaba una gran ocasión para ajustar cuentas con los *enemigos de la patria*, es decir, el *separatismo* catalán y vasco, el liberalismo y el comunismo.

Cuando se sumaron a la conspiración, los dirigentes de los partidos del espacio contrarrevolucionario accedieron a supeditarse a los militares conjurados, aceptando, además, que sus secciones paramilitares intervinieran como unidades de choque a las órdenes de los oficiales del ejército. Pese a ello, los líderes de dichas organizaciones tenían ideas distintas sobre el tipo de Estado que se debería fundar una vez que triunfara el pronunciamiento. Así, los alfonsinos pretendían establecer un régimen monárquico que siguiera las líneas de un Estado totalitario, los carlistas tenían como objetivo la restauración de la Monarquía tradicional bajo el reinado del pretendiente Alfonso Carlos de Borbón, Gil Robles buscaba convertir la República en un Estado corporativo y, por su parte, los falangistas querían sustituir el régimen republicano por un Estado plenamente fascista y totalitario. Sin embargo, la colaboración de dichos grupos fue posible por los puntos que tenían en común, como el rechazo a la democracia, la defensa del orden social dentro de una comunidad nacional sin lucha de clases y la construcción de un Estado autoritario. A ello hay que sumarle el nacionalismo que actuaba como elemento homogeneizador,[765] puesto que la defensa de la patria era un elemento indispensable para los dirigentes de estas organizaciones políticas. Así pues, en el momento que aceptaron subordinarse a los planes del ejército, los proyectos de dichos partidos quedaron supeditados a la máquina totalizadora que se impuso desde la jerarquía militar;[766] haciendo así, que su principal objetivo pasara a ser el triunfo del golpe de estado. No obstante, los líderes de estos partidos tenían la esperanza de hacer prevalecer sus ideales y su programa en el momento del triunfo.

La sublevación tenía un componente puramente castrense, lo que hizo que la hegemonía del poder militar fuera incontestable. Ello se reafirmó con la creación de la Junta de Defensa Nacional (JDN) el 24 de julio de 1936. Dicha junta estaba compuesta por siete miembros: el general de división Andrés Saliquet, los generales de brigada Emilio Mola, Miguel Ponte y Fidel Dávila, y los coroneles del cuerpo del estado mayor

[765] NÚÑEZ SEIXAS, X.M., *¡Fuera el invasor!*..., p. 186; e Íd., "Ni rota ni roja: el peligro separatista y la invocación a la nación en el golpe de Estado de julio de 1936" en VIÑAS, A. (ed.), *Los mitos del 18 de julio*…, p. 263.
[766] GIL BRACERO, R., "Conspiración y sublevación en Granada" en RUIZ-MANJÓN CABEZA, O. y GÓMEZ OLIVER, M. (eds.), *Los nuevos historiadores ante la guerra civil*…, pp. 331-332.

del ejército Federico Montaner y Fernando Moreno, presididos por el general de división Miguel Cabanellas. Como se puede apreciar, sus puestos estaban ocupados, exclusivamente, por militares, lo que conllevó que ninguna organización política estuviera representada. De esta manera, se anunció lo que serían las grandes líneas de la evolución política de la zona rebelde: un gobierno «sin política», con los militares como elemento decisivo y con un mayor protagonismo de las fuerzas políticas mejor situadas ante la nueva coyuntura, los tradicionalistas y, especialmente, los falangistas.[767]

Los militares conjurados consideraban que la presencia de los milicianos de Falange, de la CT y de las demás organizaciones de la derecha reaccionaria era necesaria para convertir la sublevación en un *plebiscito armado*.[768] Igualmente, su intervención fue aprovechada como un recurso propagandístico que permitió a los golpistas transmitir la imagen de que el pronunciamiento contaba con un amplio respaldo de la sociedad. A ello hay que sumarle que los oficiales rebeldes pudieron expandir sus redes de influencia más allá de los cuarteles.[769] Ahora bien, para garantizar la participación de las tendencias políticas más variadas dentro del campo contrarrevolucionario, los jefes de la conspiración fueron muy ambiguos en lo referente al significado del golpe de estado. Además, no llegaron a ningún acuerdo en lo referido a la organización del Estado resultante, dejándose así, su definición política para el momento del triunfo. Para ello, los máximos responsables de la conspiración rechazaron identificarse con programas de partido concretos, porque estimaban que el pronunciamiento estaba ajeno a cualquier ideario político.

Este presunto apoliticismo estaba motivado, por una parte, por las diferencias ideológicas entre la oficialidad del ejército, ya que, por ejemplo, el general de brigada Emilio Mola, los generales de división Manuel Goded, Miguel Cabanellas, y Gonzalo Queipo de Llano, eran de tendencia republicana; en cambio, varios oficiales, como el general de brigada Miguel Ponte o el teniente coronel Valentín Galarza, eran afectos a la Monarquía. Por otra, los militares conjurados buscaron sumar el máximo número de apoyos políticos sin importar su programa político. Así pues, para garantizar el *apoliticismo* del pronunciamiento, los golpistas pretendían imponer un régimen autoritario temporal que no fuera fascista ni monárquico, ni que supusiera una ruptura completa con la República, puesto que su principal objetivo era acabar con el gobierno. Ello posibilitaría, según los golpistas, el restablecimiento del orden público, al mismo

[767] SAZ CAMPOS, I., "Política en zona nacionalista: la configuración de un régimen", *Ayer* n.º 50 (2003), p. 67.
[768] FERNÁNDEZ PRIETO, L. i ARTIAGA REGO, A., "Introducción. Soldados para el frente: más allá de los alféreces provisionales y los comisarios políticos", *Ayer*, n.º 111 (2018), p. 19.
[769] CIFUENTES CHUECA, J. y MANUELA PONS, P., *El asalto a la República. Los orígenes del franquismo en Zaragoza (1936-1939)*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1995, p. 29.

tiempo que se evitaría la revolución por medios extraconstitucionales. De esta manera, los militares conjurados buscaron la conquista rápida del poder con el fin de *poner las cosas en su sitio*.

Para garantizar la indefinición ideológica del golpe de estado, los militares rebeldes tampoco usaron ningún símbolo que estuviera identificado con ninguna corriente política determinada. Ello comportó que no hubiera un contenido partidista concreto, ya que, según la *Norma de Ejecución* redactada por Emilio Mola, se estableció la «prohibición de todo género de manifestaciones de tipo político que pudiera quitar al movimiento el carácter de neutralidad absoluta que lo motiva».[770] No obstante, varios oficiales proclamaron su adhesión a la República en el momento del triunfo de la sublevación en algunas localidades. Este fue el caso de Queipo de Llano, quien declaró en Sevilla que el pronunciamiento era «netamente republicano, de lealtad absoluta y decidida al régimen» porque buscaba «restablecer el orden y acabar con los agravios cometidos al mismo tiempo que se pretende salvar a España de la revolución y asegurar la paz».[771] En cambio, tras el éxito del golpe de estado en Salamanca, los escuadristas de Falange izaron la bandera del partido en el ayuntamiento de la ciudad; mientras que, por su parte, los militares hicieron lo mismo con la bandera rojigualda en algunos consistorios, como en el de Pamplona o en el de Quinto de Ebro (Zaragoza), tras haber proclamado el estado de guerra,[772] o en los cabildos de Canarias a mediados de agosto.[773] Ciertamente, hubo una confusión con los símbolos durante las primeras semanas, ya que, como recordó el falangista barcelonés García Teresa, cuando salió a la calle, no sabía exactamente cuál era *su* bandera.[774] Para evitar este desconcierto, la JDN estableció la bandera rojigualda en todo el territorio controlado el 30 de agosto de 1936 sin hacer la menor alusión al régimen monárquico.[775]

Además, los rebeldes omitieron toda referencia religiosa para evitar cualquier relación con la Iglesia. Ello se puede apreciar con la publicación del bando de guerra. En dicho comunicado no se apelaba a la religión como razón de la sublevación, sino que solo se hacía referencia a la represión del separatismo y del comunismo, así como a la defensa de la unidad de España. Dicha omisión se debía a la voluntad de establecer

---

[770] Reproducido por ALÍA MIRANDA, F., *Julio de 1936*…, p. 100.
[771] "El pensamiento y el propósito del general Queipo de Llano", *ABC* (Sevilla), 22 de julio de 1936, p. 1; "El triunfo del alzamiento español", *ABC* (Sevilla), 26 de julio de 1936, p. 4; y "En defensa de nuestros hogares", *ABC* (Sevilla), 26 de julio de 1936, p. 5.
[772] CDMH, PS-ARAGÓN, 136,45.
[773] "El movimiento fascista en Canarias", *La Vanguardia*, 19 de septiembre de 1936, p. 12.
[774] CAMINO, J. (director), *La vieja memoria* (película documental), productora Profilmes, 1979. https://www.documaniatv.com/historia/la-vieja-memoria-video_fb95f9b9b.html (minuto 46)
[775] BJDN, 30 de agosto de 1936, n. 77, p. 3; y "Se ha restablecido en España la bandera roja y gualda", *Heraldo de Aragón*, 30 de agosto de 1936, p. 1.

un régimen en el que hubiera una separación del Estado y la Iglesia. La única excepción fueron los carlistas, quienes colaboraron con los militares rebeldes para luchar por *Dios y el Rey*. Por esta razón, cuando el pronunciamiento triunfó en Pamplona, la diputación de Navarra derogó las leyes y las normas *anticlericales* aprobadas entre 1931 y 1936.[776] Aunque los golpistas no se sublevaron en nombre de la Iglesia, algunos miembros de la jerarquía eclesiástica colaboraron con los militares conjurados para *restablecer el orden*, porque muchos sacerdotes deseaban una intervención del ejército que pusiera fin al estado de *caos* en el que se encontraba el país.[777] Así pues, en julio de 1936 nos encontramos con que la jerarquía católica de España estaba dispuesta a bendecir el uso de las armas contra un gobierno legítimo como lo era el del Frente Popular.

Aunque estimaban que la religión era un elemento necesario de la tradición, muchos voluntarios opinaban que el catolicismo no era el motivo central de la sublevación, pues consideraban que la nación era lo primero y lo más importante. A pesar de las diferencias entre las distintas organizaciones políticas que secundaron el pronunciamiento militar, la fe era un elemento de unión y de construcción del espacio contrarrevolucionario. A diferencia de los demás partidos de la derecha reaccionaria, FE de las JONS no era una organización clerical, puesto que su objetivo no era la constitución de un Estado confesional, sino que defendía la separación entre el Estado y la Iglesia. Por esta razón, Falange no se presentaba como una organización católica, sino como un movimiento que no quería afirmar la confesionalidad entendida como una entrega prioritaria a la defensa de los intereses de la Iglesia. Además, los falangistas se diferenciaron de partidos, como la CEDA o la CT, que se caracterizaban por su voluntad de convertirse en portavoces de la Iglesia y por tener una *militancia cristiana*. En todo caso, la defensa de la religión por parte de FE de las JONS se debió, por una parte, a su indiscutible catolicismo, y, por otra, a su pertenencia a un movimiento general europeo como lo era el fascismo, que defendía que cada pueblo debía rescatar su tradición.[778] Por ello, se considera que el cristianismo era una especificidad del fascismo español porque los falangistas estimaban que el catolicismo era la esencia de la nación.[779]

---

[776] CRUZ, R., "Old symbols, new meanings: mobilising the rebellion in the summer of 1936" en EALHAM, C. y RICHARDS, M. (eds.), *The Splintering of Spain Cultural History and the Spanish Civil War. 1936-1939*, Cambridge University Press, Cambridge, 2005, p. 171.
[777] RAGUER, H., *La pólvora y el incienso*…, p. 84; e Íd., "«España ha dejado de ser católica». La Iglesia y el «Alzamiento»" en VIÑAS, A. (ed.), *Los mitos del 18 de julio*…, pp. 254-255.
[778] GALLEGO, F., *El Evangelio fascista*…, p. 471.
[779] MORENTE, F., "Rafael Sánchez Mazas y la esencia católica del fascismo español", en RUIZ CARNICER, M.A. (ed.), *Falange*..., pp. 109-141.

A dicho “apoliticismo” hay que añadirle la falta de planes políticos perfectamente configurados, como se evidenció tras el fracaso -o éxito- parcial del golpe de estado y, sobre todo, tras la muerte del general José Sanjurjo. A consecuencia de ello, la constante improvisación fue un elemento que determinó la configuración del nuevo Estado. Por esta razón, la constitución de la JDN se caracterizó por su provisionalidad, puesto que no se planteó establecer ningún régimen definitivo que estuviera presidido por dicha junta por el convencimiento de que el control de Madrid se conseguiría en poco tiempo. Pese a su naturaleza transitoria, la JDN promulgó órdenes y decretos, e hizo nombramientos, como el de Mola, el de Queipo de Llano y el de Franco como comandantes del Ejército del Norte, del Ejército del Sur y del Ejército de África, respectivamente.[780] De la misma manera, el establecimiento de la Junta Técnica del Estado el 3 de octubre de 1936, constituida por Franco tras su nombramiento como jefe del gobierno de la zona rebelde, también correspondía a dicha improvisación, porque se consideraba que Franco dejaría el poder en el momento que los sublevados se hicieran con el control de todo el país. Así, la constitución de la JDN, primero, y de la Junta Técnica del Estado, después, no tenía nada que ver con los planes iniciales de Mola,[781] quien preveía establecer una dictadura temporal con un directorio presidido por el capitán general José Sanjurjo e integrado por cinco generales, cuyas labores serían, entre otras, mantener las conquistas hechas por los obreros, suspender la Constitución y disolver las Cortes con el fin de asumir todos los poderes y, con el tiempo, celebrar nuevas elecciones para elegir un nuevo gobierno.

4.1. Participación falangista en la sublevación

Durante los días previos a la sublevación, los milicianos de Falange tenían la orden de acudir a los cuarteles para ponerse a disposición de los responsables de la conspiración. Mientras esperaban las órdenes para personarse en las dependencias del ejército o de la Guardia Civil, o bien, en las sedes de los partidos que secundaban el golpe de estado en los pueblos que no disponían de cuarteles militares, los escuadristas se concentraron en casa de algún camarada o de sus jefes, como fue el caso de los falangistas madrileños Gonzalo Pascual Villagroy o Ramón Rosalez Gómez, o el de varios milicianos de Málaga.[782] Asimismo, los activistas de Falange también se reunieron en puntos considerados estratégicos. Así sucedió, por ejemplo, con los milicianos de Cádiz que se personaron en el casino de la ciudad;[783] con varios escuadristas de Málaga

[780] CASTRO L., *Capital de la cruzada*…, p. 101.
[781] TUSELL, J., “La evolución política en la zona sublevada” en JULIÁ, S. (ed.), *República y guerra en España (1931-1939)*, Espasa, Madrid, 2006, pp. 364-366.
[782] AHN, FC-CAUSA_GENERAL,1515, Exp.4.
[783] ARRARÁS, J., *Historia de la Cruzada española* (volumen 3)…, pp. 232-233.

que acudieron a los domicilios de sus jefes;[784] con los activistas de la Primera Línea de Jaén que se reunieron en los puntos designados en las proximidades del cuartel de la Guardia Civil;[785] o con los milicianos de Burgos que se concentraron en distintos puntos de la ciudad o en algunos pueblos colindantes.[786] Por su parte, unos 30 escuadristas de Toledo se reunieron en las buhardillas de los locales de la zona de Zocodover cedidos por el presidente de Acción Popular (AP) de la ciudad. Cuando recibieron la orden del teniente general José Moscardó, los activistas se personaron en el alcázar. Al no producirse la insurrección, los milicianos fueron enviados a casa al día siguiente, no sin antes haber establecido varios puntos para concentrarse, como la droguería de la familia Miedes, el bar Toledo o el Café Suizo. Ya en sus domicilios o en la residencia de algún militante, los escuadristas esperaron las órdenes para acudir de nuevo al alcázar.[787]

Los falangistas se personaron en las dependencias militares en el momento que recibieron la orden. Así, unos 180 milicianos de la Falange madrileña acudieron al Cuartel de la Montaña y otros al del paseo María Cristina de la misma ciudad; 10 hombres de la escuadra comandada por el falangista Teófilo Hernández Rodríguez asistieron al servicio de Avión de Lamiaco (Vizcaya);[788] los milicianos de la Primera Línea de Sevilla acudieron al cuartel de Infantería de la localidad;[789] medio centenar de miembros de la Falange de Oviedo acudió al cuartel de la Guardia de Asalto;[790] o unos 60 milicianos de Toledo se presentaron en el alcázar.[791] De la misma manera, los falangistas de Barcelona se personaron en los distintos cuarteles de la ciudad. Entre ellos, cabe destacar el poco menos de un centenar de escuadristas que fueron al cuartel de Pedralbes, los que accedieron al de San Andrés, los que se presentaron en el de las Atarazanas o los que se personaron en el regimiento de Caballería de Montesa.[792] Como recordó el falangista barcelonés García Teresa, una vez que llegaron a las dependencias militares, los activistas de Falange y los de las demás organizaciones que secundaban

[784] LLUCH F. VALLS, F., *Semilla azul*…, 1939, p. 126; y ARRARÁS, J., *Historia de la Cruzada española* (volumen 6)…, 1940, p. 60.
[785] ARRARÁS, J., *Historia de la Cruzada española* (volumen 6)…, p. 121.
[786] GARCÍA VENERO. M., *Testimonio de Manuel Hedilla*…, p. 175.
[787] JEREZ RIESCO, J.L., *Falange imperial*…, p. 225.
[788] CDMH, TPE22-2.
[789] FERNÁNDEZ-COPPEL, J., *Queipo de Llano: memorias de la guerra civil*, La esfera de los libros, Madrid, 2008, pp. 50; y ÁLVAREZ REY, L. y ORTIZ VILLALBA, J., Falange en Sevilla (1933-1936)" en RUIZ-MANJÓN CABEZA, O. y GÓMEZ OLIVER, M. (eds.), *Los nuevos historiadores ante la guerra civil*…, p. 204.
[790] AZNAR, M., *Historia militar de la Guerra Civil en España* (Volumen 1)…, p. 177.
[791] ARRARÁS, J., *Historia de la Cruzada española (volumen 5)*…, p. 125; GARCÍA VENERO, M., *Madrid. Julio 1936*, Ediciones Tebas, Madrid, 1973, pp. 445-446; JEREZ RIESCO, J.L., *Falange imperial*…, p. 235; y ALÍA MIRANDA, F., "Conspiración y alzamiento: principales modelos en Castilla-La Mancha" en Íd. y DEL VALLE CALZADO, A.R. (eds.), *La Guerra Civil en Castilla-La Mancha 70 años después*, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 2008, p. 339.
[792] "El movimiento subversivo en Barcelona", La Vanguardia, 22 de julio de 1936, pp. 1; y JEREZ RIESCO, J.L., *Barras y flechas*… (Volumen 2), pp. 114, 124-125 y 181-196.

el golpe de estado tenían la orden de vestir la guerrera del ejército.[793] De este modo, el uniforme militar homogeneizó a los milicianos de distinta tendencia política, al mismo tiempo que los subordinó a la autoridad castrense. Aunque no disponían de suficientes uniformes, varios activistas vistieron la camisa azul o el atuendo de su organización, mientras que otros solo llevaron un brazalete con la insignia del partido. Una vez uniformados, los militantes de las organizaciones que secundaban el golpe de estado fueron distribuidos entre las distintas unidades concentradas en los cuarteles, a la vez que fueron armados e instruidos en el manejo de las armas de fuego. Así pues, gracias a la presencia de los activistas de la Primera Línea de Falange y los de las demás organizaciones políticas se completaron los destacamentos concentrados en los cuarteles.

Cabe destacar que la participación de los milicianos de Falange en la sublevación fue más bien escasa, ya que, por ejemplo, de los 1.500 escuadristas sevillanos que ofreció el falangista José García Carranza -apodado *Pepe el Algabeño*- a Queipo de Llano, no se presentaron más de 20 hombres a la División.[794] De la misma manera, solo acudieron 180 miembros de la Primera Línea de Madrid al Cuartel de la Montaña, solo se movilizaron 30 activistas en Ciudad Real,[795] o bien, solo el 20% de la militancia de la Falange de Barcelona se personó en los cuarteles de la ciudad.[796] Las razones de ello se debían, principalmente, a la mala organización del partido fascista a raíz de la situación de ilegalidad y clandestinidad en la que se encontraba a partir de la segunda semana de marzo de 1936, lo que comportó que muchos escuadristas no tuvieran contacto directo con sus jefes tras el encarcelamiento de la cúpula dirigente, de buena parte de los líderes de las milicias y de parte de la militancia. A raíz de ello, FE de las JONS no tenía una autoridad central, lo que conllevó que la comandancia de la sección miliciana recayera en los dirigentes provinciales en libertad que ocupaban cargos de segunda fila en el liderazgo del partido. En definitiva, la Falange de los meses previos al golpe de estado -y durante este- se caracterizaba por la fragmentación de su autoridad y por las dificultades -o la imposibilidad- de comunicación entre los escuadristas y sus líderes. Por esta razón, las distintas unidades paramilitares actuaron de forma autónoma respecto a la autoridad central debido a que los milicianos debían adaptarse primero a la situación en el territorio.

---

[793] Camino, Jaime (director), *La vieja memoria*…, https://www.documaniatv.com/historia/la-vieja-memoria-video_fb95f9b9b.html (minuto 42)
[794] BLINKHORN, M., *Carlismo y contrarrevolución*…, p. 344; ÁLVAREZ REY, L. y ORTIZ VILLALBA, J., "Falange en Sevilla (1933-1936)" en RUIZ-MANJÓN CABEZA, O. y GÓMEZ OLIVER, M. (eds.), *Los nuevos historiadores ante la guerra civil*…, p. 204; y FRASER, R., *Recuérdalo tu y recuérdaselo a otros*…, p. 50.
[795] ARRARÁS, J., *Historia de la Cruzada española (volumen 5)*…, pp. 31 y 143-144.
[796] CRUZ, R., *En el nombre del pueblo*…, pp. 239-240.

Asimismo, muchos escuadristas no estaban informados sobre la sublevación. Ello conllevó que buena parte de la militancia no se presentara en los puntos acordados como, por ejemplo, el falangista madrileño José González Martínez, quien, ignorando las órdenes de concentrarse en la Cibeles para acudir después al cuartel de la Montaña, estaba jugando al billar con elementos de las juventudes católicas en la Iglesia de la Paloma el mismo día que tuvo lugar el asedio de dicho cuartel.[797] Ello hizo que numerosos falangistas, como Julio Bascones Pérez, tuvieran noticias del golpe de estado el mismo día que los regimientos de África se sublevaron,[798] o, como ocurrió con varios milicianos de la primera línea de Málaga, por medio del bando de guerra del líder de la conspiración en la ciudad.[799]

En esta misma línea, algunos de los activistas que no tenían conocimiento de la trama conspirativa se vieron sorprendidos mientras estaban de vacaciones fuera de su localidad de residencia. Esto sucedió, por ejemplo, con Emilio Benito, quien veraneaba en Las Navas del Marqués (Ávila);[800] con Arsenio Fernández, quien se encontraba en Portugal;[801] o con Arturo Gil-Santivanes Baselga, quien estaba de vacaciones en Ondarroa (Vizcaya).[802] Por su parte, otros militantes estaban fuera de su municipio de residencia, localizándose muchos de ellos en Madrid. Este fue el caso del falangista de la localidad cántabra de Torrelavega Antonio Payno Mendicouaque, o del sevillano Santiago Herrera Sánchez.[803]

Por otro lado, como ya se ha puesto de manifiesto, muchos escuadristas estaban encarcelados por haber protagonizado algún altercado durante las semanas o meses previos al golpe de estado como sucedió, por ejemplo, con Antonio Gil Figuero, quien fue detenido el 29 de mayo de 1936;[804] con Antonio Céspedes Martínez, quien fue apresado el 3 de julio de 1936;[805] o José Aranguren Hernández, quien fue encarcelado una semana más tarde.[806] Todo ello explica porque había una escasa presencia de falangistas en los cuarteles y en las primeras operaciones militares.

4.1.1. Falangistas en los territorios donde fracasó el golpe de estado

Los milicianos de la Primera Línea de Falange no solo se enfrentaron a los activistas de los partidos de izquierda y a los activistas de los sindicatos obreros, sino

[797] AHN, FC-CAUSA_GENERAL, 351, Exp.13.
[798] CDMH, TPE19-2.
[799] ARRARÁS, J., *Historia de la Cruzada española (volumen 6)*…, p. 60.
[800] AHN, FC-CAUSA_GENERAL, 357, Exp.7.
[801] AHN, FC-CAUSA_GENERAL,1515, Exp.2.
[802] CDMH, TPE5-1.
[803] AHN, FC-CAUSA_GENERAL,1515, Exp.4.
[804] AHN, FC-CAUSA_GENERAL,1523, Exp.47.
[805] AHN, FC-CAUSA_GENERAL,341, Exp.17.
[806] AHN, FC-CAUSA_GENERAL,1502, Exp.1.

que, también protagonizaron choques con los integrantes de las fuerzas policiales y con los soldados del ejército que se mantenían leales a la República en los lugares donde fracasó el golpe de estado. Este fue el caso de los escuadristas de Barcelona que, tras haber acudido a los distintos cuarteles de la ciudad, salieron a la calle junto con los soldados para converger en plaza Cataluña y, poder así, apoderarse de algunos de los principales centros oficiales de la ciudad, como el de la Telefónica. Entre las compañías con presencia de falangistas, el destacamento liderado por el comandante de infantería López Amor, por ejemplo, salió del cuartel de Pedralbes en dirección plaza Cataluña y se enfrentó a los miembros de los grupos armados que se oponían a la sublevación en la plaza de la Universidad, en las calles de la derecha del Ensanche dirección Urquinaona, alrededor de la consejería de gobernación y en las Ramblas. Una vez que el pelotón llegó a su objetivo, sus integrantes debieron atrincherarse en el Hotel Colón, en el Círculo del Ejército y de la Armada, y en los salones del restaurante *Maison Dorée*.[807] La columna comandada por el capitán López Belda, compuesta por soldados del regimiento de infantería Badajoz y por escuadristas dirigidos por el falangista Luys Santa Marina, llegó hasta la Puerta de la Paz y ocupó los edificios de las dependencias militares y de la capitanía tras haber protagonizado una escaramuza con las fuerzas contrarias al golpe de estado.[808] O las unidades que salieron del cuartel de Tarragona que, tras hacerse con el control de la plaza de España, avanzaron por el Paralelo hasta llegar a la plaza de la Universidad, donde sus miembros se enfrentaron a los guardias civiles y de Asalto, quienes estaban auxiliados por los milicianos de los partidos y sindicatos contrarios a la insurrección militar.[809]

En el caso de Madrid, los falangistas que acudieron al cuartel de la Montaña se atrincheraron y dispararon a los guardias de Asalto y a los milicianos de las organizaciones contrarias al golpe de estado que rodeaban la guarnición. Como lamentó el oficial Valentín Ferrando, la defensa se caracterizaba por la carencia de órdenes por parte de los oficiales del ejército, por la falta de disposición para organizar la defensa y por no preparar ninguna salida para *conquistar* la calle. Asimismo, se sorprendió de que los defensores ocupaban la posición que querían durante la lucha.[810] La razón de que los golpistas se atrincheraran se debió, fundamentalmente, a que Mola no contempló que los rebeldes se hicieran con el control de la ciudad inmediatamente. Por ello, pretendía que la guarnición de Madrid estuviera a la defensiva hasta la llegada de columnas procedentes de otras localidades para auxiliar a los sublevados en la capital.

[807] "El movimiento subversivo en Barcelona", La Vanguardia, 22 de julio de 1936, pp. 1-2; y FONTANA, J. M., *Los catalanes en la guerra de España*, Samarán, Madrid, 1951, p. 60.
[808] FONTANA, J. M., *Los catalanes en la guerra de España*…, p. 60.
[809] Ibid., pp. 60-61.
[810] AHN, FC-CAUSA_GENERAL,1515, Exp.2.

En esta misma línea, los milicianos de Falange que acudieron al cuartel del paseo María Cristina colocaron ametralladoras en la azotea de una casa de la misma calle y otras dos cerca de la plaza Mariano de Cavia con el fin de defender la guarnición.[811] Otro caso de atrincheramiento lo encontramos en el alcázar de Toledo. Una vez que los rebeldes fueron derrotados en la ciudad, la guarnición capitaneada por el general José Moscardó se encerró en el alcázar desde el 21 de julio de 1936 hasta el 27 de septiembre con 1.300 hombres, entre los cuales había 800 guardias civiles, 100 oficiales, varios voluntarios civiles -60 de FE de las JONS, 18 de AP, ocho de RE y cuatro tradicionalistas- y seis cadetes de la academia. A ellos hay que sumar, entre otras personas, a unas 550 mujeres y unos 50 niños, siendo la mayoría de ellos familiares de los defensores. También se encontraban algunos habitantes de Toledo que fueron tomados como rehenes, entre los que había que distinguir al gobernador civil y a su familia, así como a varios izquierdistas de la ciudad.[812]

Varios grupos de falangistas también protagonizaron choques aislados con los milicianos de los partidos y sindicatos que se oponían a la sublevación, así como con los integrantes de la Guardia Civil y de la Guardia de Asalto. Así sucedió, por ejemplo, en Madrid, donde varios escuadristas se enfrentaron a los miembros de las fuerzas del orden y a los activistas de las organizaciones contrarias al golpe de estado en plaza España; en Girona, donde varios milicianos se enfrentaron a los militantes de las organizaciones que se oponían a la sublevación; o en Ciudad Real, donde algunos militantes de Falange protagonizaron un choque armado con los izquierdistas en la Casa de los Cocheros.[813] Por otra parte, algunos falangistas no aceptaron la rendición a pesar de la derrota de las guarniciones rebeldes. Ello los llevó a protagonizar acciones aisladas con las fuerzas leales a la República y con los milicianos de los partidos y sindicatos contrarios al golpe de estado. Este fue el caso de un reducido número de escuadristas que acudieron al Cuartel de la Montaña, que, después de izarse la bandera blanca, dispararon a sus enemigos;[814] de los milicianos de la Falange de Barcelona, José M.ª Poblador, Santiago Martín Busutil y Mariano Urrea, quienes robaron una ambulancia de la Federación Anarquista Ibérica (FAI) llena de proyectiles, ametralladoras y bombas de mano para disparar a los individuos afines al Frente

[811] GARCÍA VENERO, M., *Madrid. Julio 1936*…, p. 406.
[812] "Los defensores del Alcázar", *La Falange: diario de la tarde*, 28 de septiembre de 1936, p. 2; AZNAR, M., *Historia militar de la Guerra Civil en España* (volumen 1)…, p. 149; GARCÍA VENERO, M., *Madrid. Julio 1936*…, pp. 445-446; THOMAS, H., *La Guerra Civil Española*…, p. 272; PRESTON, P., *El holocausto español. Odio y exterminio en la guerra civil y después,* Debate, Barcelona, 2011, p. 450; y SAGARRA, P., GONZÁLEZ, O. y MOLINA, L., *Grandes batallas de la Guerra Civil Española. 1936-1939. Los combates que marcaron el desarrollo del conflicto*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2016, p. 46.
[813] ARRARÁS, J., *Historia de la Cruzada española (volumen 5)*…, pp. 143-144.
[814] AHN, FC-CAUSA_GENERAL,1515, Exp.2.

Popular que se encontraran;[815] de los falangistas turolenses de Castelserás Cosme Gargallo y Sebastián Valero, quienes dispararon desde sus casas a los vecinos que se oponían a la sublevación;[816] o de un pequeño grupo de activistas de la Falange de Lleida que, una vez que las fuerzas leales a la República controlaron el centro de la ciudad, se atrincheraron en la terraza del edificio de la Casa Cros y dispararon a los partidarios del Frente Popular y a los guardias de Asalto.[817] En todo caso, dichas acciones no tuvieron ninguna conexión con la organización del golpe de estado, pues se trató de actos espontáneos sin premeditación alguna que tuvieron lugar una vez que la rebelión fue sofocada en la localidad.

Aquellas poblaciones que no disponían de guarnición militar, o que esta no participó en la conspiración, la dirección de la sublevación corrió a cargo, principalmente, de la Guardia Civil, cuyos efectivos contaron con el apoyo de los falangistas y de los miembros de los demás partidos de la derecha antirrepublicana de la localidad. Este fue el caso de varios municipios albaceteños, como Hellín, Villarrobledo o Almedina, o en la población ovetense de Beas.[818] Ahora bien, la sublevación tuvo un carácter predominantemente civil en aquellos pueblos, como Urda (Toledo), donde no había ninguna guarnición militar, o en localidades, como Ciudad Real, donde las fuerzas de seguridad no se posicionaron a favor del pronunciamiento militar. Ello comportó que fueran los activistas de Falange y los de los demás partidos de la derecha antirrepublicana los encargados de protagonizar el golpe de estado.

Los escuadristas de Falange -y sus aliados- de muchas localidades sin guarnición militar donde triunfó la insurrección fueron vencidos a los pocos días por los milicianos de las organizaciones contrarias al golpe de estado y por los miembros de las fuerzas leales a la República procedentes de las localidades más próximas. Así sucedió, por ejemplo, en Urda, donde los falangistas y sus aliados civiles cayeron derrotados ante los milicianos procedentes de las villas toledanas de Consuegra y de Villarrubia de los Ojos tres días después de hacerse con el control del pueblo;[819] de Castelseras (Teruel), donde los escuadristas de Falange dominaron la localidad hasta que, una semana más tarde, se vieron obligados a rendirse ante las fuerzas leales a la República

[815] JEREZ RIESCO, J.L., *Barras y flechas*… (Volumen 2), pp. 161-162.
[816] CDMH, PS-BARCELONA,397,12.
[817] FONTANA, J. M., *Los catalanes en la guerra de España*…, pp. 68-69.
[818] "Las fuerzas leales penetran victoriosas en Hellín", *La Vanguardia*, 29 de julio de 1936, p. 10; SEVILLANO CALERO, F., *La Guerra Civil en Albacete*…, pp. 46-47 y 53-54; DEL REY, F., *DEL REY, F., Retaguardia roja. Violencia y revolución en la guerra civil española,* Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2019, p. 51; y ESPINOSA MAESTRE, F., *La Guerra Civil en Huelva*…, pp. 169-170.
[819] CDMH, PS-BARCELONA,397,12; y ALÍA MIRANDA, F., "Conspiración y alzamiento: principales modelos en Castilla-La Mancha" en Íd. y DEL VALLE CALZADO, A.R. (eds.), *La Guerra Civil en Castilla-La Mancha 70 años después*…, pp. 331-341.

procedentes de varios municipios colindantes;[820] de Hellín, donde la Benemérita, los falangistas y los militantes de las demás organizaciones derechistas fueron vencidos por las unidades milicianas provenientes de Cartagena y de Murcia el 28 de julio;[821] o de Villarrobledo, donde los efectivos de la Guardia Civil y los activistas de la Primera Línea liderados por el falangista Jesús Ortiz cayeron derrotados por los milicianos originarios de Alcázar de San Juan, de Tomelloso, de Campo de Criptana, de Pedro Muñoz y de Socuéllamos.[822]

No se puede olvidar que en algunos municipios tuvo lugar un éxito momentáneo de los rebeldes, pero su triunfo duró pocas horas a raíz de la derrota de la guarnición militar en la capital de la provincia o en alguna ciudad importante cercana. Este fue el caso de Girona, donde el regimiento de la ciudad y los escuadristas de Falange se hicieron con el control de la urbe hasta que la guarnición militar de Barcelona cayó derrotada. El triunfo o el fracaso del pronunciamiento militar también dependió de su éxito o no en el resto de la provincia. Así, por ejemplo, tras dominar las localidades cántabras de Potes y Anievas, los milicianos de Falange debieron abandonar dichos pueblos a raíz de la derrota de la insurrección en el resto de la región.[823] En todo caso, el fracaso de la sublevación comportó que los falangistas debieran huir para no ser detenidos o asesinados.

Por otra parte, los falangistas de algunas poblaciones, como Tarragona, Jaén o Terrinches (Ciudad Real), no salieron a la calle porque las guarniciones o los cuerpos de seguridad encargados de liderar el pronunciamiento se mantuvieron leales al gobierno. Dichos escuadristas permanecieron expectantes a la espera de noticias y de directrices. Con la finalidad de tener conocimiento de la situación, algunos falangistas, como los de Piedrabuena (Ciudad Real), se limitaron a escuchar la radio y a estar atentos por si se presentaba la oportunidad de salir a la calle.[824] También aguardaron a que el golpe de estado triunfara en la capital o en algún pueblo colindante para sumarse al mismo, pero con la derrota del regimiento de la capital o la inactividad de los conspiradores de las localidades vecinas, los activistas de Falange optaron por no salir a la calle y, en algunos casos, entregarse a las autoridades antes de ser detenidos. En otras localidades, como Badajoz, la insurrección fracasó en el momento que la Guardia Civil garantizó su lealtad a la República y las masas salieron a la calle para combatir a los militares golpistas y a sus aliados civiles.

---

[820] CDMH, PS-BARCELONA,397,12.
[821] "Las fuerzas leales penetran victoriosas en Hellín", *La Vanguardia*, 29 de julio de 1936, p. 10.
[822] SEVILLANO CALERO, F., *La Guerra Civil en Albacete*…, pp. 46-47 y 53-54.
[823] GARCÍA VENERO. M., *Testimonio de Manuel Hedilla*…, p. 152.
[824] DEL REY, F., *Retaguardia roja*…, p. 46.

En los municipios donde fracasó la sublevación, los milicianos de los partidos que se oponían al golpe de estado no respetaron las propiedades de las entidades ni de los individuos que secundaron la sublevación militar. Así sucedió, por ejemplo, en Huelva, donde los miembros de las fuerzas contrarias a la insurrección militar asaltaron el patrimonio de la iglesia, los centros de reunión tradicionales de la derecha, así como los locales de varias organizaciones políticas contrarrevolucionarias, como FE de las JONS o AP.[825]

También hubo una réplica armada y violenta contra los militares rebeldes y sus aliados civiles, quienes fueron desarmados, y, en algunas ocasiones, fusilados en el mismo lugar en el que fueron detenidos. Así sucedió, por ejemplo, con numerosos miembros de la Primera Línea de la Falange madrileña atrincherados en el Cuartel de la Montaña, quienes, después de la derrota de la guarnición, fueron conducidos al comedor y sacados en grupos de cinco al patio para ser ejecutados.[826] En esta misma línea, algunos escuadristas, como Ezequiel Foz, Pedro Lorenzo,[827] Francisco López Moreno,[828] Francisco Martos o Carlos Huelín López,[829] fueron asesinados tras el fracaso del golpe de estado en sus respectivos municipios de residencia. Otros, por su parte, fueron encarcelados y pasados por las armas a los pocos días de ser capturados, como sucedió con varios escuadristas de la Primera Línea de Huelva, el *camisa vieja* Luís Reín Loring,[830] o el jefe de la Centuria Amarilla de Barcelona, José Noya.[831] A ello hay que sumarle que algunos falangistas detenidos antes del 18 de julio de 1936 también fueron fusilados. Este fue el caso de varios activistas de la Falange de Málaga que fueron ejecutados el 25 de agosto de 1936,[832] o de 30 presos políticos -entre los que cabe destacar a los falangistas Ruiz de Alda y Fernando Primo de Rivera- que fueron pasados por las armas el 23 de agosto de 1936. A pesar de esta oleada de homicidios, algunos activistas de FE de las JONS consiguieron salvar la vida gracias a las autoridades republicanas. Así sucedió, por ejemplo, con los falangistas y derechistas encerrados en la prisión provincial de Badajoz, quienes no fueron fusilados gracias a

[825] ESPINOSA MAESTRE, F., *La Guerra Civil en Huelva*…, p. 144.
[826] Algunos de los falangistas fusilados en el patio fueron Joaquín Briones González, Gonzalo Pascual Villagroy, Ramón Ruiz Casado, Ovidio Alonso Vallejo y Eusebio Rodríguez San victoriano. Por su parte, entre los escuadristas encarcelados estaban, por ejemplo, Antonio Payno Mendicouaque o Juan Fernández-Huidobro y Pineda. En cambio, otros milicianos de Falange que consiguieron escapar fueron, por ejemplo, Ángel Briones González, Cesáreo Tejedor Valcárcel o Luis López Berrocoso. AHN, FC-CAUSA_GENERAL,1515, Exp.4.
[827] CDMH, PS-BARCELONA, 397,12.
[828] JEREZ RIESCO, J.L., *La Falange imperial*…, p. 283.
[829] LLUCH F. VALLS, F., *Semilla azul*…, pp. 149-153.
[830] Ibid., p. 152.
[831] THOMÀS, J. M., *Feixistes!*..., p. 116; y JEREZ RIESCO, J.L., *Barras y flechas*… (Volumen 3), pp. 22-27.
[832] LLUCH F. VALLS, F., *Semilla azul*…, p. 205.

que el gobernador civil, Miguel Granados Ruiz, y el presidente del comité, Manuel Borrego Pérez, garantizaron personalmente sus vidas.[833]

Igualmente, muchos escuadristas fueron conducidos a la cárcel. Este fue el caso de Agustín Carande, quien fue detenido el 18 de julio de 1936; de Guillermo Jorge Pinto, quien fue apresado dos días después; o de Felipe Moreno Damián y de Enrique Sardiña Peigneuxh, quienes fueron encarcelados el 23 de julio de 1936.[834] Los milicianos de Falange de los municipios que no se sublevaron, como Tarragona o Jaén, también fueron apresados, sin diferencia de trato, por tanto, con los escuadristas que salieron a la calle para secundar el golpe de estado en sus respectivas localidades. Después de ser detenidos, muchos falangistas, como el jefe local de Almedina (Ciudad Real), Juan Heredia Antequera, fueron condenados a varios años de reclusión por incitación a la rebelión.[835] No obstante, numerosos milicianos de Falange serían liberados en los días y semanas posteriores después de que las tropas rebeldes conquistaran el municipio donde fracasó la insurrección militar como sucedió, por ejemplo, con el falangista Francisco Cornello, quien fue excarcelado después de que las tropas de Queipo de Llano entraran en la población sevillana de Cazalla de la Sierra a finales de julio de 1936.[836]

Por su parte, la vida de los activistas encarcelados con anterioridad al 18 de julio de 1936 cambió a raíz del fracaso del golpe militar. Para ellos, la transformación más significativa fue su incomunicación con el exterior, puesto que los guardias les prohibieron recibir visitas y salir al patio, y, además, les confiscaron las radios. Sin embargo, los falangistas siguieron la evolución de los hechos que ocurrían fuera de la prisión gracias al ingreso de nuevos detenidos.[837] Asimismo, los reclusos tenían la esperanza de que saldrían pronto de la cárcel porque confiaban en un triunfo rápido de las fuerzas rebeldes.[838]

A ello hay que sumarle que las celdas estaban abarrotadas y los reclusos tenían que dormir en el suelo; además, estaban hambrientos y mal alimentados, rodeados de suciedad y, muchos de ellos, enfermos.[839] Los falangistas, para combatir el aburrimiento

---

[833] ESPINOSA MAESTRE, F., "Julio de 1936. Golpe militar y plan de exterminio" en CASANOVA, J. (ed.), *Morir, matar, sobrevivir*…, p. 67.
[834] ESPINOSA MAESTRE, F., *La columna de la muerte*…, p. 67.
[835] El falangista Juan Heredia Antequera es condenado a 12 años de reclusión por excitación a la rebelión. DEL REY, F., *Retaguardia roja*…, p. 51.
[836] PAREJO FERNÁNDEZ, J.A., *La Falange en la Sierra Norte de Sevilla*…, pp. 178-179.
[837] VALDÉS LARRAÑAGA, M., *De la Falange al Movimiento*…, pp. 17-20; y FERNÁNDEZ-COPPEL, J., *Quiepo de Llano*…, pp. 17-20.
[838] ARSENIO DE IZAGA, G., *Los presos de Madrid*…, pp. 149-150 y 160-162.
[839] JUSTO, E. y GRILLO, E., *La Falange en las prisiones del Madrid rojo*, Sáenz de Jubera, Madrid, 1940, pp. 7-10.

durante la reclusión, jugaban al dominó y al ajedrez con fichas hechas por ellos mismos, mientras que otros pasaban el tiempo leyendo, rezando o contándose intimidades.[840] Todas estas penalidades compartidas hicieron que se establecieran vínculos de amistad entre ellos.[841]

Los activistas de Falange consideraban que su vida dependía del «capricho criminal de los rojos».[842] Con frecuencia se sentían impotentes porque preferían morir luchando en el campo de batalla y no ante un pelotón de fusilamiento. Los falangistas también estaban expectantes siempre que veían a los guardias por si los «vienen a buscar».[843] Cuando sabían que su nombre no estaba entre los que iban a ser *sacados* pensaban aliviados que «Por esta noche nos hemos librado».[844] Por su parte, algunos falangistas que iban a ser *paseados* mostraban su indiferencia ante la muerte teniendo un comportamiento desafiante con los guardias, como sucedió, por ejemplo, con un activista encerrado en la Modelo de Madrid que, al saber que sería conducido ante un pelotón de fusilamiento, dijo a quienes le fueron a buscar que «Me podéis fusilar, si eso es lo que pretendéis, pero a mí no me toca nadie».[845]

Para escapar de la detención y de su posible ejecución, muchos falangistas, como los hermanos Martínez Elorza, Prudencio Sanz,[846] Fernando García Teresa, José M.ª Fontana,[847] Waldo Fernández o Julián Fernández Molina,[848] huyeron de sus lugares de residencia o de la localidad donde se encontraban tras el fracaso del golpe de estado con el fin de pasarse al territorio controlado por los sublevados. Sin embargo, incluso destacados falangistas, como Roberto Basas o Luys Santa Marina, no pudieron escapar a la zona rebelde porque fueron detenidos por los milicianos de las organizaciones afines al Frente Popular o por los miembros de las fuerzas de seguridad.

Otros, en cambio, se alistaron en una unidad miliciana de los partidos de izquierda o de los sindicatos obreros con el objeto de desertar al llegar al frente y pasarse a la zona rebelde. Este fue el caso de Antonio Ruiz Rodríguez, quien se afilió al Sindicato de Sanidad (CNT);[849] de José González y de Juan Tébar Carrasco, quienes

---

[840] ARSENIO DE IZAGA, G., *Los presos de Madrid*…, pp. 56-58; y JUSTO, E. y GRILLO, E., *La Falange en las prisiones del Madrid rojo*…, p. 129.
[841] JUSTO, E. y GRILLO, E., *La Falange en las prisiones del Madrid rojo*…, p. 7.
[842] Ibid., p. 17.
[843] ARSENIO DE IZAGA, G., *Los presos de Madrid*…, pp. 72 y 172.
[844] JUSTO, E. y GRILLO, E., *La Falange en las prisiones del Madrid rojo*…, p. 18.
[845] VALDÉS LARRAÑAGA, M., *De la Falange al Movimiento*…, p. 31.
[846] CDMH, PS-BARCELONA, 507,44.
[847] THOMÀS, J. M., *José Mª Fontana Tarrats, biografia política d'un franquista català*, Edicions del Centre de Lectura, Reus, 1997, pp. 38-39; Íd., *Feixistes!*..., p. 116; JEREZ RIESCO, J.L., *Barras y flechas*… (Volumen 2), pp. 122-123 y 161; y JEREZ RIESCO, J.L., *Barras y flechas*… (Volumen 3), pp. 25-27.
[848] CDMH, PS-SERIE_MILITAR, 3008,27.
[849] AHN, FC-CAUSA_GENERAL, 361, Exp.10.

se unieron al Sindicato Único de Enseñanza (CNT);[850] o de Felipe Beaumont León, quien ingresó a las milicias Confederales después de haber estado escondido varios meses.[851] También hubo varios falangistas obligados a elegir entre ser fusilados o enrolarse en uno de los diferentes grupos armados que combatían a los rebeldes. Así sucedió, por ejemplo, con los escuadristas Manuel Escribano Escudero, Vicente Lucendo Sánchez o Luis Lucendo.[852] En el momento de desertar, la mayoría de los evadidos lo hacía en solitario, en parejas o en grupos muy reducidos para evitar las posibles delaciones de compañeros de su misma unidad. Aunque muchos desertores se llevaban sus armas consigo, normalmente se marchaban *con lo puesto* porque tenían que ir ligeros de equipaje para fugarse más fácilmente. Cuando llegaban a las posiciones controladas por los rebeldes, primero se les requisaba todo lo que llevaban, para después ser interrogados con el fin de conseguir información sobre las medidas defensivas del enemigo, los datos sobre las unidades que defendían el sector y su armamento, el estado de su moral, así como la calidad de la alimentación y de los servicios sanitarios.

Por otra parte, algunos milicianos de Falange que se escondieron durante meses se enrolaron a una unidad paramilitar después de que su quinta fuera llamada a filas. Este fue el caso de Antonio Gil Figuero, quien se alistó en el Batallón Joven Guardia en septiembre de 1936;[853] o de Emiliano Vélez Fernández, quien se unió a la Brigada Líster el 10 de marzo de 1937.[854] A diferencia de los escuadristas que se presentaron voluntarios con la intención de desertar y pasarse al bando sublevado, estos no estaban tan comprometidos con la causa rebelde, puesto que se alistaron con el objetivo de pasar desapercibidos y no ser víctimas de la violencia perpetrada por los grupos armados que operaban en los municipios donde fracasó el golpe militar.

Muchos falangistas no pudieron huir a la zona rebelde por la falta de medios económicos, o bien, porque no querían alejarse de sus familiares ni de su localidad de residencia. Por ello, algunos escuadristas se refugiaron en pisos francos, como el que funcionó en la Vía Layetana n.º 6 de Barcelona.[855] En cambio, muchos otros se escondieron en el domicilio de algún familiar o conocido, como Cecilio Benítez de Castro, quien se ocultó en casa de un pariente hasta que pudo huir a París unos meses más tarde; Carlos Trías Bertrán, quien se escondió hasta que pudo escapar a Italia en noviembre de 1936;[856] o Emilio Tirado Fernández, quien se refugió en el domicilio de su

[850] AHN, FC-AUDIENCIA_CRIMINAL_T_MADRID, 92, Exp.31.
[851] AHN, FC-CAUSA_GENERAL,1503, Exp.2.
[852] CDMH, PS-SERIE_MILITAR, 3008,11.
[853] AHN, FC-CAUSA_GENERAL,1523, Exp.47.
[854] AHN, FC-CAUSA_GENERAL,1503, Exp.2.
[855] JEREZ RIESCO, J.L., *Barras y flechas*… (Volumen 2), p. 162.
[856] THOMÀS, J. M., *Feixistes!*..., p. 116; y JEREZ RIESCO, J.L., *Barras y flechas*… (Volumen 3), pp. 22-23.

hermano político, Carlos Fernández de los Ríos Alonso, hasta mayo de 1937.[857] Por su parte, varios falangistas, como el barcelonés José Rivas, no pudieron esconderse en su casa por la vigilancia a la que estaban sometidas sus viviendas. A ello hay que añadir los milicianos que, como los madrileños Emilio Castro Moya o Leopoldo Panizo, se refugiaron en embajadas, como la de Finlandia o la de Rumanía, respectivamente.[858] Esto fue posible por la disposición de muchos embajadores para dar cobijo a perseguidos por las fuerzas contrarias al golpe de estado.

Con el tiempo, los falangistas enlazaron con redes de evasión y organizaron la Quinta Columna con el fin de realizar labores de sabotaje, espionaje y auxilio de los compañeros que querían pasarse a la zona rebelde. Como ejemplo de células falangistas, cabe destacar los grupos organizados en Madrid por el secretario general de FE de las JONS, Raimundo Fernández-Cuesta, y el primer líder del SEU, Manuel Valdés Larrañaga. Debido a su encarcelamiento, estos delegaron su representación política y directora en los falangistas Aruques, Panizo y Veglison. Las unidades más importantes que se estructuraron fueron la asociación Fernández-Golfín y la Organización Antonio. Muchos de sus integrantes, amparados por la impunidad que gozaban al estar acogidos al derecho de extraterritorialidad, se refugiaron en algunas embajadas desde donde pudieron coordinar mejor su actuación y transmitir información al jefe de la Junta de Mando Provisional (JMP) de FE de las JONS, Manuel Hedilla, y al jefe de las Milicias, Agustín Aznar, así como a los generales rebeldes de Burgos y Salamanca por medio de las emisoras de radio instaladas en los diferentes refugios. Esto fue posible por la colaboración de buena parte del personal de varias embajadas, como el agregado comercial de la delegación rumana, Henry Helfant, quienes usaron su inmunidad diplomática para auxiliar a los quintacolumnistas.[859]

Por su parte, tras el fracaso del pronunciamiento en la ciudad condal, los falangistas de Barcelona estaban desorganizados, puesto que, para la mayoría de ellos, su prioridad era esconderse y salvar la vida.[860] No fue hasta que transcurrieron unas semanas, que los escuadristas barceloneses organizaron, poco a poco, sus propios grupos y establecieron sus propias redes. De las distintas unidades, cabe destacar el grupo de Santa Marina y el de Mendoza-Cuevas que, en agosto de 1936, se fusionaron para dar lugar al nacimiento de la asociación Luis de Ocharán. Ahora bien, no todas las células quintacolumnistas estaban estructuradas por los dirigentes del partido, sino que,

[857] AHN, FC-CAUSA_GENERAL,1523, Exp.47.
[858] CDMH, PS-MADRID, 405, 23.
[859] PÍRIZ, C., *En zona roja*…, pp. 89-90.
[860] Entre los falangistas que se escondieron, cabe destacar a los barceloneses Roberto Bassas o Luis Fontes de Albornoz. THOMÀS, J. M., *¡Feixistes!*..., p. 116; y JEREZ RIESCO, J.L., *Barras y flechas*… (Volumen 3), pp. 22-27.

por su cuenta, algunos afiliados, como Fidel Osete San, también promovieron sus propias redes. En este sentido, la organización de la Quinta Columna tenía más a ver con el fracaso de la conquista del poder que con la irrupción de la violencia en la retaguardia republicana.[861] De esta manera, los falangistas se adaptaron a un nuevo escenario bélico no esperado que tuvo lugar tras el fracaso del control de todo el territorio.

Al principio, las células clandestinas no operaban como una sola organización estructurada, jerarquizada ni monolítica, sino que actuaban como un conjunto de grupos dispersos entre los que existían relaciones complejas y variables. Ello se debía, por una parte, a la rivalidad entre las distintas secciones a causa de un problema de legitimidad y de representatividad política porque cada entidad consideraba válida una autoridad distinta.[862] Por otra, hay que añadir la incapacidad de las distintas células para reorganizarse entre sí. Ello estaba motivado por las dificultades -o imposibilidad- de comunicación con los dirigentes del partido a causa de la ilegalización de FE de las JONS a partir de la segunda semana de marzo de 1936. A raíz de ello, se pueden apreciar elementos de continuidad con la Falange de la primavera de 1936, puesto que muchos escuadristas ya tenían experiencia en actuar en la clandestinidad. A ello hay que sumarle la desconfianza de los integrantes de dichas células ante los desconocidos que se presentaban como posibles aliados. Como recordó el falangista madrileño Emilio Pouget de Pont, a quien la sublevación sorprendió en Barcelona, intentó contactar con los grupos quintacolumnistas barceloneses, pero, en un primer momento, no consiguió establecer comunicación con las unidades de la capital catalana a causa del recelo que producía un recién llegado a quien no conocían de nada.[863] A pesar de los obstáculos señalados y de la competencia entre las distintas unidades clandestinas, las diferentes redes fueron adquiriendo paulatinamente mayor coordinación y efectividad gracias a que las diversas unidades consiguieron establecer (o restablecer) el contacto con el paso de las semanas.

Entre las labores realizadas por los quintacolumnistas, cabe destacar la captación de información relacionada con aspectos militares y estratégicos como, por ejemplo, las concentraciones o el movimiento de tropas,[864] así como los planos de aeródromos y fortificaciones, el emplazamiento de baterías antiaéreas o la situación de las industrias de guerra. En dichos informes también señalaron los objetivos que debían

[861] PÍRIZ, C., *En zona roja*…, pp. 321.
[862] Ibid., pp. 147-148.
[863] Ibid., p. 146.
[864] Así, por ejemplo, la célula organizada por Luis Fontes de Albornoz facilitaba información sobre las fuerzas comandadas por el anarquista Buenaventura Durruti. Ibid., p. 145.

ser bombardeados. De la misma manera, los grupos de Barcelona informaron sobre la entrada y la salida de embarcaciones del puerto, especificando también sus cargamentos.[865] Los quintacolumnistas transmitieron la información, principalmente, por medio de la radiofonía. También enviaron la documentación con los enlaces que cruzaban los distintos frentes y, en Madrid, a través de las evasiones orquestadas por algunas legaciones. Por otra parte, los falangistas también reclutaron personal militar y civil. Es más, se infiltraron en los cuadros directivos de los partidos de izquierda y de los sindicatos obreros para actuar como elementos provocadores con el fin de fomentar el derrotismo y la desorganización interior, y facilitar la gestión de instancias para los correligionarios que necesitaran algún salvoconducto. Igualmente, los quintacolumnistas llevaron a cabo una guerra psicológica propia de un conflicto irregular; así, los falangistas, como fue el caso de Antonio Bouthelier, hicieron todo lo posible por fomentar la discordia entre las distintas organizaciones del bando republicano. Además, los activistas de Falange crearon e instruyeron grupos de acción para cometer actos de sabotaje dentro de la retaguardia republicana y ayudar a sus correligionarios para que cruzaran de una zona a la otra.[866]

Hay que recordar que todos estos falangistas efectuaron sus operaciones en una zona en la que el gobierno perdió el monopolio de las armas. Ello comportó que surgieran diferentes poderes locales y regionales con una composición variable según la correlación de fuerzas en cada territorio. A raíz de ello, en varios municipios se organizaron comités de defensa liderados por los dirigentes de las organizaciones políticas contrarias a la sublevación. Estos comités sustituyeron a los antiguos ayuntamientos y mandaron en su territorio de forma autónoma respecto al gobierno central, que, al menos inicialmente, no consiguió imponer su autoridad sobre ellos. Esto no significa que dichos comités se hicieran con el control del poder estatal, sino que, más bien, supuso una suplantación parcial y temporal de dicho poder, ya que el gobierno republicano no se hundió completamente, sino que se constituyó como un poder más. A diferencia de las demás jurisdicciones que se establecieron en la retaguardia, las autoridades republicanas controlaban las unidades del ejército y de la policía que no se sumaron a la insurrección militar, así como una administración civil que gestionaba unos recursos económicos inaccesibles para cualquier organización política y sindical.[867] De este modo, la zona que no estaba controlada por los rebeldes se caracterizaba por una situación de soberanía múltiple a raíz de la competencia entre los distintos grupos armados entre sí que deseaban reemplazar el poder estatal. Sin embargo, con el

[865] THOMÀS, J. M., *Feixistes!*..., pp. 161-162; e Ibid., p. 145.
[866] CDMH, PS-BARCELONA,177,2; y PÍRIZ, C., *En zona roja*…, pp. 100-102.
[867] CRUZ, R., *En el nombre del pueblo*…, pp. 247-248.

transcurso de los primeros meses de la guerra, dicha dispersión de poderes se debilitó con relativa rapidez y se volvió a una hegemonía del gobierno.

La carencia de una autoridad central y la proliferación de diversos poderes locales y regionales comportó que en la mayoría de los municipios controlados por los comités de defensa se iniciara un proceso revolucionario violento. Los miembros de dichos comités estimaban que allá donde la República no había llegado con sus reformas, estas se podrían implementar por medio de la revolución. Así pues, el régimen republicano no solo se enfrentaba a una sublevación armada protagonizada por un sector del ejército y apoyada por una parte de la sociedad, sino que, también, debía hacer frente a organizaciones políticas que pretendían impulsar proyectos de una profunda reestructuración social y económica en la zona republicana. Se dio la paradoja, así, de que una insurrección que supuestamente obedecía a una estrategia de contrarrevolución preventiva desencadenara una revolución social real en una parte del territorio nacional.

4.1.2. Falangistas en los territorios donde triunfó el golpe de estado

Del mismo modo que sucedió en los municipios donde fracasó la insurrección militar, los milicianos de Falange que se presentaron en los cuarteles de las localidades donde triunfó el golpe de estado fueron armados, instruidos en el manejo de las armas y distribuidos entre los distintos pelotones. Así, subordinados a los oficiales del ejército, los falangistas salieron a la calle para hacerse con el control de los centros neurálgicos de cada ciudad y proclamar el estado de guerra, y, en caso de ser necesario, enfrentarse a los activistas de los partidos de izquierda y de los sindicatos obreros. Así sucedió, por ejemplo, con los escuadristas de la Primera Línea de Valladolid. Tras acudir a la guarnición la capital vallisoletana para ponerse a las órdenes del teniente general Andrés Saliquet, los falangistas protagonizaron varios tiroteos con los militantes de las organizaciones contrarias a la insurrección. Por su parte, tras personarse en el cuartel de Soria para recibir fusiles, municiones y correajes, los milicianos de Sevilla, junto con los soldados del ejército regular, tuvieron numerosos choques armados con los activistas de los partidos de izquierda y de los sindicatos obreros.

Los rebeldes no siempre se encontraron con una gran resistencia armada causada por la desorganización o a la precariedad del armamento del adversario. Este fue el caso de los militares de Teruel que, auxiliados por la Guardia Civil, por los falangistas y por otros voluntarios armados, salieron del cuartel para declarar el estado de guerra en la ciudad. En cambio, las fuerzas de seguridad se mantuvieron impasibles ante la sublevación militar en otras localidades, como en Granada, donde una sección

de artillería comandada por el capitán García Moreno, apoyada por un grupo de falangistas, penetró en el edificio sin encontrar resistencia alguna de los guardias de Asalto que vigilaban la entrada.

En otros lugares, como en las guarniciones de Vigo, La Coruña o Segovia, los militares se sublevaron sin la ayuda de los escuadristas del partido fascista. Pese a ello, los falangistas estuvieron expectantes y, una vez que los golpistas controlaron dichos municipios, colaboraron con ellos en el *mantenimiento del orden* y en la persecución de los individuos que se opusieron a la insurrección.[868] Dichos casos señalan que la sublevación tuvo un carácter predominantemente militar en las localidades con importantes contingentes militares, lo que comportó que los falangistas -y los voluntarios de las demás organizaciones políticas que secundaron el golpe de estado- de dichos municipios actuaran subordinados a la oficialidad del ejército.

En cambio, la dirección del pronunciamiento recayó en las fuerzas de seguridad en aquellos municipios que no disponían de ninguna guarnición del ejército. Ello comportó que los milicianos de Falange y los activistas de los demás partidos que secundaron la sublevación en dichas localidades quedaran subordinados a los mandos de la Guardia Civil. Así sucedió, por ejemplo, en Villarrobledo (Albacete), donde los guardias civiles, auxiliados por los falangistas de la ciudad dirigidos por Jesús Ortiz, protagonizaron varios choques armados con los obreros que se opusieron a la insurrección mientras se dirigían al ayuntamiento;[869] en los pueblos oscenses de Biscarrués, Loarre, Losanglis y Piedramorrera, donde la Benemérita estuvo apoyada por los miembros de Falange y por voluntarios de otras adscripciones políticas;[870] en las poblaciones cacereñas de Valdefuentes, Montánchez, Alcuésar, Aldea del Cano, Albalá y Torremocha, donde la Guardia Civil fue secundada por los falangistas locales;[871] o en Alcalá de los Gazules (Cádiz), donde la Guardia Civil, con el auxilio de los escuadristas de Falange, se hizo con el control del pueblo inmediatamente. En cambio, en varias villas, como Albalate del Arzobispo (Teruel) y en las aldeas oscenses de Almudévar, Ayerbe y Gurrea de Gállego, los guardias civiles y los falangistas necesitaron la ayuda de los militares provenientes de los pueblos más próximos para mantener el orden y

[868] QUIJANO, H., *Galicia mártir*…, pp. 23-24 y 135; RUIZ VILAPLANA, A., *Lo que han hecho en Galicia*…, pp. 37-38 y 183; y RIDRUEJO, D., *Casi unas memorias*…, pp. 158-159.
[869] SEVILLANO CALERO, F., *La Guerra Civil en Albacete*…, pp. 46-47 y 53-54.
[870] JEREZ RIESCO, J.L., *La Falange en tierra de dragones*…, p. 609; y SALOMÓN, P., "La defensa del orden social: fascismo y religión en Huesca" en CASANOVA, J. (ed.), *El pasado oculto*…, p. 129.
[871] CHAVES PALACIOS, J., *La represión en la provincia de Cáceres durante la Guerra Civil (1936-1939)*, Publicaciones de la Universidad de Extremadura, Cáceres, 1995, p. 35.

asegurar su control en dichos municipios.[872] Ello se debió a los pocos efectivos locales que tenían los sublevados para garantizar su dominio.

Una vez declarado el estado de guerra, los falangistas y los militantes de las demás organizaciones de la derecha antirrepublicana ocuparon los principales centros de poder, así como los edificios públicos más importantes. Este fue el caso de los milicianos de la Primera Línea de Valladolid que se apoderaron de Correos, Telégrafos, Teléfonos y de Radio Valladolid; de los falangistas y de los requetés que, junto con otros contingentes de voluntarios civiles, ocuparon el edificio de la Telefónica de Sevilla;[873] de los activistas de Falange que se hicieron con el control de las comunicaciones entre Sevilla y Cádiz;[874] de los milicianos de la Primera Línea de Granada que se apoderaron del aeródromo de Armilla;[875] o de los falangistas de Zaragoza que se apropiaron de Radio Aragón, de Correos y de Telégrafos.[876] Se pone de manifiesto que el objetivo de los sublevados no consistía solo en adueñarse de los principales centros de poder, como los ayuntamientos o los gobiernos civiles, sino que, también, buscaban controlar las comunicaciones para, así, aislar a los combatientes de los distintos grupos armados que se opusieron a la sublevación.

Los falangistas también ocuparon el espacio público para dar una mayor visibilidad a sus símbolos e insignias. Así, por ejemplo, los milicianos de Falange en Pamplona colocaron su bandera en varios locales públicos, como en el Café Suizo.[877] Igualmente, los militantes de FE de las JONS asaltaron las sedes de los partidos de izquierda y republicanos, así como los locales de los sindicatos obreros. Así, los escuadristas de Valladolid irrumpieron en la Casa del Pueblo y en el local de la CNT; los milicianos de la Primera Línea de Burgos se apropiaron del edificio del Gobierno Civil, de las sedes del Centro Republicano, del Partido Socialista Obrero Español (PSOE), del PCE, de la Unión General de Trabajadores (UGT), de la CNT y del Ateneo Popular de la localidad;[878] los escuadristas de Pamplona asaltaron la sede de IR en la plaza del Castillo; o los milicianos de la Falange de Mallorca ocuparon la mayoría de las casas

[872] JEREZ RIESCO, J.L., *La Falange en tierra de dragones*…, pp. 609 y 639-640.
[873] AROSTEGUI, J., *Por qué el 18 de julio*…, pp. 66-67.
[874] AZNAR, M., *Historia militar de la Guerra Civil en España* (Volumen 1)…, p. 66.
[875] ALÍA MIRANDA, F., "Conspiración y alzamiento: principales modelos en Castilla-La Mancha" en Íd. y DEL VALLE CALZADO, A.R. (eds.), *La Guerra Civil en Castilla-La Mancha 70 años después*…, pp. 342-347; y SEPÚLVEDA LOSA, R.M., "La conspiración y la sublevación militar de julio de 1936 en Albacete" en Íd. y DEL VALLE CALZADO, A.R. (eds.), *La Guerra Civil en Castilla-La Mancha 70 años después*…, pp. 378-385.
[876] JEREZ RIESCO, J.L., *La Falange en tierra de dragones*…, p. 516.
[877] GARCÍA SERRANO, R., *La fiel infantería*, Epublibre, Madrid, 1943, p. 65.
[878] SEVILLANO CALERO, F., *La Guerra Civil en Albacete*…, pp. 44-45.

del pueblo de la isla. Una vez que los falangistas se adueñaron de dichos locales, estos pasaron a ser sedes del partido fascista.

Los falangistas también asaltaron las imprentas de los periódicos afines a las organizaciones contrarias al pronunciamiento. Este fue el caso de los milicianos de Sevilla que irrumpieron en la sede de *El Liberal* para *incautar* dicho diario, o de los escuadristas de la Primera Línea de Pamplona que ocuparon la redacción de los talleres de *La Voz de Navarra*, donde unas semanas más tarde, se empezaría a editar el periódico falangista *Arriba España*. La irrupción en dichos establecimientos se caracterizaba por la brutalidad de los asaltantes; así, por ejemplo, los activistas de la Falange de Pamplona que entraron en la sede de IR eliminaron los carteles y los retratos de sus dirigentes arrojándolos por el balcón con el fin de *limpiar el local*. Habitualmente, los falangistas "justificaron" la ocupación de estos locales, diciendo que «Necesitamos esto, esto y esto» y, en el mejor de los casos, dando un vale a los propietarios que decía «Incautado por Falange Española de las JONS», como ocurrió en Sevilla.[879] Como ya se ha visto, dichos actos contra las propiedades de sus adversarios estaban arraigados en el repertorio de acción violenta presente en España durante los años de la República en paz. No obstante, a partir del 18 de julio de 1936, estas actuaciones presentaron la novedad de tener un carácter definitivo, de servir para incautar documentación que facilitara la posterior persecución y *castigo* del enemigo.

Igualmente, sin autorización expresa de las autoridades, pero toleradas por ellas, los falangistas asaltaron los domicilios de afiliados de los partidos afines al Frente Popular. Ello se ejemplifica con los escuadristas que irrumpieron en la vivienda de varios dirigentes y militantes de las organizaciones izquierdistas, republicanas y obreras de Vigo; o con los milicianos de la Falange de Sevilla que saquearon la casa de la familia del doctor Puelles el 21 de julio de 1936.[880] Los falangistas entendían que los simpatizantes y los afiliados de los partidos republicanos y de izquierdas, así como de los sindicatos obreros debían responder con sus bienes por los daños ocasionados a la nación por haber votado el Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936 y por haberse opuesto a la sublevación.

Asimismo, los milicianos de Falange irrumpieron en las prisiones con el fin de liberar a sus camaradas encarcelados. Así lo hicieron los miembros de la Primera Línea de Valladolid;[881] los escuadristas de Zaragoza que liberaron a sus compañeros y a su

[879] BAHAMONDE, A., *Un año con Queipo de Llano,* Editorial Renacimiento, Sevilla, 2005, p. 127.
[880] ORTIZ VILLALBA, J., *Sevilla. 1936*, s.n., s.l., 1997, pp. 224.
[881] ARRARÁS, J., *Historia de la Cruzada española (volumen 3)*…, p. 319; y ALÍA MIRANDA, F., *Julio de 1936*…, p. 360.

jefe provincial, Jesús Muro;[882] los falangistas de Salamanca que excarcelaron a sus correligionarios y a su jefe provincial, Francisco Bravo;[883] los milicianos de Córdoba que libertaron a los activistas de la Primera Línea detenidos;[884] o los militantes de la Falange de Albacete que irrumpieron en la cárcel para liberar a sus correligionarios.[885] La excarcelación de los dirigentes provinciales presos permitió a los falangistas mejorar su organización y, entre otras cosas, estructurar nuevas unidades paramilitares para enviarlas a combatir al frente. Este fue el caso de Onésimo Redondo, quien tenía la aprobación del general Andrés Saliquet para establecer su cuartel en la Academia de Caballería y, desde allí, organizar varios destacamentos de escuadristas con la misión de recorrer todos los rincones de la provincia y sofocar los diferentes núcleos de resistencia, como los de la posición del Alto del León (en el Puerto de Guadarrama; luego llamado "Alto de los Leones de Castilla" por el régimen franquista). También fue el caso de Vicente Couceiro, quien creó varias banderas que salieron de Valladolid para acudir al frente asturleonés.

Una vez que los sublevados proclamaron el estado de guerra, los milicianos de Primera Línea, repartidos entre las distintas unidades militares, participaron en la supresión de los focos de resistencia que proliferaron, principalmente, en los barrios obreros. Así sucedió, por ejemplo, en Sevilla, donde los escuadristas de Falange, distribuidos entre las tropas capitaneadas por el comandante Antonio Castejón, el capitán de asalto Daniel Lindo y el comandante Haro, se enfrentaron a obreros que construyeron barricadas en los barrios sevillanos de Triana, La Macarena, San Julián, San Marcos, San Bernardo y Santa Marina, y que solo contaban con un armamento muy precario, como algunas herramientas contundentes, escopetas de plomillos de un puesto de tiro al blanco situado en la plaza Palmarejo y unas pocas pistolas, siendo la mayoría de ellas, viejas e inservibles.[886] En esta misma línea, los activistas de la Primera Línea de Zaragoza colaboraron con los guardias de Asalto y con los soldados para reprimir los focos de resistencia en los barrios obreros zaragozanos de San José, San Pablo y Arrabal;[887] los falangistas de Granada participaron en las operaciones para someter la resistencia de los trabajadores del barrio granadino de Albaicín; o los casi 40

[882] "Los de Falange en Alcañiz", *Heraldo de Aragón*, 25 de julio de 1936, pp. 2-3; ARRARÁS, J., *Historia de la Cruzada española (volumen 4)*…, pp. 213-214; ALCALDE, Á., *Lazos de sangre*…, p. 42; y JEREZ RIESCO, J.L., *La Falange en tierra de dragones*…, pp. 517-518.
[883] GONZÁLEZ EGIDO, L., *Agonizar en Salamanca. Unamuno (julio-diciembre 1936)*, Alianza, Madrid, 1986, p. 44.
[884] LÓPEZ VILLATORO, F., *Los inicios del franquismo en Córdova*, Universidad de Córdova, Córdova, 2003, p. 66.
[885] ALÍA MIRANDA, F., "Conspiración y alzamiento: principales modelos en Castilla-La Mancha" en Íd. y DEL VALLE CALZADO, A.R. (eds.), *La Guerra Civil en Castilla-La Mancha 70 años después*…, p. 342.
[886] ORTIZ VILLALBA, J., *Sevilla. 1936*…, pp. 113-138.
[887] JEREZ RIESCO, J.L., *La Falange en tierra de dragones*…, p. 516.

escuadristas que rodearon el Ayuntamiento del municipio burgalés de Pancorbo el 19 de julio de 1936 protagonizaron un tiroteo con los miembros del consistorio del Frente Popular que se atrincheraron en el edificio.[888] Allí donde triunfó la sublevación militar, los golpistas contaron también con el apoyo de las fuerzas de seguridad para reprimir esos focos de resistencia y asegurar el control de la localidad.

Doblegada la resistencia, muchos de los vecinos que se habían enfrentado a los golpistas, o que parecían sospechosos de haberlo hecho, fueron pasados por las armas en el mismo momento de su rendición o unos días más tarde. Así, por ejemplo, tras haber aplastado la resistencia en los barrios sevillanos de Triana, La Macarena, San Julián, San Marcos, San Bernardo y Santa Marina, los falangistas perpetraron actos violentos contra los vecinos que habían empuñado las armas contra los rebeldes; una vez controlado el barrio granadino del Albaicín, los milicianos de Falange sacaron a varios izquierdistas de sus casas por la noche para fusilarlos en el cementerio;[889] los escuadristas de la Primera Línea orensana participaron, junto con los requetés y los guardias civiles, en las expediciones de *pacificación* de varios núcleos de resistencia armada esparcidos por la provincia de Orense durante los primeros días de la sublevación;[890] o los milicianos de la Primera Línea de la Falange de Cádiz guiaron a los regulares por la ciudad y colaboraron con ellos en el sometimiento de los distintos focos de resistencia.[891]

La represión también fue intensa en los municipios donde los soldados y los miembros de las fuerzas del orden, así como los activistas de las organizaciones afines al Frente Popular no habían ofrecido una fuerte resistencia a la insurrección militar o no se habían opuesto a ella, como sucedió, por ejemplo, en la población gaditana de Rota, donde los falangistas y los guardias civiles emprendieron una aniquilación sistemática de republicanos e izquierdistas locales.[892]

Como es sabido, la sublevación militar de 1936 iba acompañada por la caza y el asesinato indiscriminado del enemigo que, junto con una *limpieza política*, logró la paralización y el sometimiento del contrario por medio del terror, lo que, a su vez, garantizó el control del territorio. Con la sistemática desaparición física del adversario político, se pasó de una operación quirúrgica de urgencia, que inicialmente nadie creía que duraría más de unos pocos días o semanas, a una violencia estructural que buscaba

[888] CASTRO L., *La capital de la Cruzada*…, p. 14; y ALÍA MIRANDA, F., *Julio de 1936*…, p. 359.
[889] PRESTON, P., *La guerra civil española*…, p. 118.
[890] NÚÑEZ SEIXAS, X.M., "El fascismo es Galicia…", pp. 172-173.
[891] PRESTON, P., *El holocausto español*…, p. 198.
[892] Ibid., pp. 199-200.

paralizar y eliminar toda resistencia a la insurrección.[893] Ello fue posible porque el escenario que se originó tras el fracaso -o éxito- parcial del pronunciamiento militar ofrecía la oportunidad de implementar una radical depuración político-social, lo que facilitó la puesta en práctica del proyecto fascista de erigir una nueva comunidad nacional libre de individuos considerados perjudiciales. Desde un punto de vista conceptual, y siguiendo autores como Rodrigo o Leira Castiñeira, para referirse a todas estas actuaciones es preferible no utilizar el término represión, sino el de violencia política porque, en el momento en que se cometieron dichos actos, los perpetradores aún no estaban asentados en el poder.[894]

Los milicianos de Falange colaboraron activamente con los militares en todos los aspectos de esa atroz violencia, empezando por la detención de individuos que participaron en la lucha contra los golpistas. Este fue el caso de los falangistas de Cádiz; o de los activistas de la Primera Línea de Granada, quienes detuvieron a los guardias de Asalto que se mantenían leales a la República. Con el fin de desarticular las redes de apoyo y de colaboración existentes en la comunidad, por todas partes, los activistas de Falange encarcelaron a dirigentes de los sindicatos obreros y de los partidos de izquierda y republicanos. De la misma manera, los escuadristas también participaron en la detención de los máximos dirigentes de la política local y provincial, como el alcalde de La Coruña, Ángel Casal.[895]

En ocasiones, los falangistas se trasladaron a otra localidad para acabar con la vida de individuos que habían empuñado las armas contra los sublevados. Así sucedió, por ejemplo, con los milicianos de la Falange de Valladolid que llegaron a Salamanca el 23 de julio de 1936 para fusilar a los izquierdistas encarcelados en los campos de alrededor de la ciudad.[896] A pesar de que los verdugos no conocían a los objetivos que debían ser *represaliados*, los escuadristas de Falange pudieron identificarlos gracias a la denuncia de vecinos y de los caciques locales, así como a los archivos con los nombres de los miembros de los partidos afines al Frente Popular encontrados en los registros efectuados en los locales de dichas organizaciones. Para evitar ser identificados y, posteriormente, asesinados por los falangistas y por los voluntarios armados de las demás fuerzas armadas que secundaron el golpe de estado, en muchos

[893] LEDESMA, J.L., "Qué violencia para qué retaguardia o la república en guerra de 1936", *Ayer*, n.º 76 (2009), p. 94.
[894] RODRIGO, J., *Hasta la raíz*…, pp. 31 y ss. y 113; y LEIRA CASTIÑEIRA, F.J., *La socialización de los soldados del ejército sublevado*…, p. 77.
[895] CASANOVA, J., "Rebelión y revolución" en JULIÁ, S. (ed.), *Víctimas de la guerra civil*…, pp. 87-88; y GRANDÍO SEOANE, E., "Golpe de Estado y represión franquista en la provincia de A Coruña: «¿Qué pasa con Coruña?»" en DE JUANA, J. y PRADA, J. (eds.), *Lo que han hecho en Galicia*…, pp. 50-51.
[896] Ibid., pp. 272-275.

lugares, como en la localidad segoviana de Matabuena, los afiliados de los partidos de izquierda y de los sindicatos obreros quemaron sus ficheros.[897]

Asimismo, los milicianos de Falange trasladaron a la víctima a otra localidad para acabar con su vida. Este fue el caso del alcalde de Salamanca, Prieto Carrasco, y del presidente de la Federación Obrera de Salamanca, José Andrés Manso, quienes fueron fusilados en el término municipal de la localidad salmantina de La Orbada;[898] del cenetista cacereño Nicolás Benavente Vela, quien fue conducido al extrarradio de la población plasentina de Los Pinos para ser pasado por las armas; o de algunos vecinos de las localidades cacereñas de Malpartida y de Garganta de Olla, quienes fueron asesinados en el municipio de Oliva de Plasencia (Cáceres).[899]

Los falangistas también interrogaron y apalizaron a los detenidos en sus cuarteles para sacar información sobre sus correligionarios escondidos o una declaración sobre su implicación en la resistencia a la insurrección militar. Sin embargo, numerosos encarcelados fueron asesinados durante las semanas posteriores al golpe de estado como sucedió, por ejemplo, con varios vecinos de Belchite, como Mariano Enamorado, Manuel Navarro, Remigio Morella, Simón Pedro Juan y una hija de este, a finales de julio de 1936.[900]

La violencia que acompañó el golpe de estado se caracterizaba por su premeditación y su planificación. De ello dieron cuenta las primeras órdenes secretas dictadas por Mola en abril de 1936, en la que propuso recurrir a la violencia extrema para paralizar a los disidentes. En esa línea, Mola señaló lo que sigue en la *Instrucción Reservada n.º 1* cursada el 25 de mayo de 1936:

> Se tendrá en cuenta que la acción ha de ser en extremo violenta para reducir lo antes posible al enemigo, que es fuerte y bien organizado. Desde luego serán encarcelados todos los directivos de los partidos políticos, sociedades o sindicatos no afectos al movimiento, aplicándoles castigos ejemplares a dichos individuos para estrangular los movimientos de rebeldía o huelgas.

No hay duda, pues, de que los dirigentes de la conspiración eran plenamente conscientes de que el golpe de estado no sería incruento porque sabían que la sublevación no gozaría del apoyo de buena parte de la población. Además, estimaban que las masas populares no se mantendrían inactivas ante un golpe de estado protagonizado por el ejército. Ello obligó a los rebeldes a imponer su control lo más

[897] VEGA SOMBRÍA, S., *De la esperanza a la persecución*…, p. 84.
[898] GONZÁLEZ EGIDO, L., *Agonizar en Salamanca*…, pp. 56-57.
[899] CHAVES PALACIOS, J., *La represión en la provincia de Cáceres*…, pp. 106-108.
[900] CDMH, PS-ARAGÓN, 136,44.

rápidamente posible mediante un ejercicio brutal -pero racional y planificado- de violencia, cuyo fin consistía en paralizar cualquier oposición y, a más largo plazo, hacer posible la desaparición de todos aquellos sectores de la población que se identificaban con la República.[901] Por lo tanto, el terror era un requisito previo de la sublevación y un ejemplo del ejercicio de un poder totalitario premeditado y calculado.

La represión del enemigo fue posible porque el 18 de julio de 1936 se rompieron las cadenas de contención de la violencia que ya se encontraban bastante dañadas por la identificación del adversario y la lucha política de los meses y años anteriores. Así pues, con el fracaso -o triunfo- parcial de la sublevación se inició una pugna abierta para hacerse con el poder en todo el territorio nacional, en el que los militares rebeldes, así como los milicianos de los partidos que empuñaron las armas contra la República, no solo emplearon la violencia contra los soldados y los miembros de las fuerzas del orden que se mantenían leales al Frente Popular, sino también contra los activistas de las organizaciones que se oponían a la insurrección militar como instrumento preferencial para atajar las resistencias a la sublevación y construir los cimientos de lo que sería conocido como el Nuevo Estado en los territorios donde triunfó el golpe de estado.

A modo de síntesis, puede afirmarse que el éxito o el fracaso de la sublevación no dependía del predominio de las fuerzas políticas en la localidad con anterioridad al 18 de julio de 1936, puesto que los insurrectos fueron derrotados en algunos municipios donde predominaban las organizaciones derechistas, como fue el caso de Santander; y, en cambio, triunfaron en algunas poblaciones con predominio de los partidos de izquierda y de los sindicatos obreros, como Huelva o Zaragoza. Así, por ejemplo, en esta última ciudad, pese a la gran relevancia de la clase trabajadora antes de la insurrección militar -casi 20.000 personas estaban afiliadas a la CNT y 9.000 estaban inscritas en la UGT-,[902] los activistas de las organizaciones de izquierda fueron derrotados por los militares golpistas que contaron con el apoyo de las fuerzas de seguridad y de los militantes de los partidos de la derecha antirrepublicana -Falange (el 64% del voluntariado ciudadano), el Requeté (el 22%) y Acción Ciudadana (el 14%).[903] De este modo, la victoria o la derrota de los rebeldes estaba determinada, especialmente, por el auxilio de las fuerzas del orden a los militares conjurados y, en algunas localidades, como Zaragoza, hay que sumarle la indecisión de los gobernadores

[901] RODRIGO, J., *Cautivos. Campos de concentración en la España franquista, 1936-1947*, Crítica, Barcelona, 2005, p. 5; GIL ANDRÉS, C., "Vecinos contra vecinos….", pp. 118-119; y PRESTON, P., *El holocausto español*…, p. 253.
[902] ALCALDE, Á., *Lazos de sangre. Los apoyos sociales a la sublevación militar en Zaragoza. La Junta Recaudatoria Civil (1936-1939)*, Instituto Fernando el católico, Zaragoza, 2010, p. 40.
[903] CASAS DE LA VEGA, R., *Las Milicias Nacionales*…, pp. 76-78; y CIFUENTES CHUECA, J. y MANUELA PONS, P., *El asalto a la República*…, pp. 150-151.

civiles para repartir armas entre los trabajadores. Asimismo, en aquellos municipios donde triunfó el golpe de estado, como Sevilla, Valladolid o Pamplona, las guarniciones que declararon el estado de guerra estuvieron auxiliadas por las fuerzas de seguridad y por las milicias de partido. En cambio, allá donde fracasó la sublevación, como Madrid, Barcelona o Valencia, los rebeldes fueron derrotados por los soldados y los guardias civiles y de Asalto que se mantuvieron leales a las autoridades republicanas, así como por los activistas de las organizaciones izquierdistas y de los sindicatos obreros.

4.1.2.1. De la sublevación a la guerra civil. Las primeras operaciones militares: julio de 1936

Debido a su incapacidad para imponer el estado de guerra en la totalidad del territorio nacional, los oficiales del ejército rebelde eran conscientes de que el triunfo completo del golpe solo podía lograrse por medio de una guerra de conquista. Para ello, una vez controlada la situación en las capitales de provincia, como sucedió en Sevilla, Valladolid o Pamplona, los sublevados organizaron columnas basadas en el modelo que utilizó el ejército colonial en Marruecos para realizar un movimiento rápido hacia Madrid, someter los municipios donde fracasó la insurrección militar y, también, para defender las localidades controladas ante las posibles ofensivas por parte de los milicianos pertenecientes a los partidos y sindicatos obreros, y de los miembros de los distintos cuerpos armados leales a la República.

Para estructurar estas primeras columnas, los oficiales del ejército rebelde recurrieron a los civiles que salieron a la calle para participar en la sublevación movilizados en alguna de las distintas milicias de partido, como Falange o el Requeté, ya que los primeros destacamentos contaron con pocos soldados del ejército. Ello comportó que dichas unidades estuvieran integradas por una fuerza heterogénea de combatientes, un tercio de los cuales pertenecía a una milicia de las distintas organizaciones que secundaron el golpe de estado.[904] Cabe destacar la precariedad de los combatientes que integraban dichas unidades, ya que, como fue el caso de los falangistas de Álava, muchos de ellos carecían de uniforme militar y su equipo se reducía a fusiles y a unos pocos cartuchos; siendo muy infrecuente que dispusieran de ametralladoras y artillería.[905] Por otra parte, los partidos que colaboraban con los militares golpistas también organizaron sus propias fuerzas para auxiliar a los correligionarios que se encontraban en las localidades colindantes. Así, por ejemplo, tras el triunfo del pronunciamiento en Manacor, los activistas de la Falange en esa localidad organizaron una unidad que partió de la ciudad con el objetivo de socorrer a

[904] REIG TAPIA, A., *Violencia y terror. Estudios sobre la guerra civil española*, Akal, Madrid, 1990, p. 65.
[905] CARDONA, G., *Historia militar de una guerra civil*…, p. 68.

los camaradas que estaban en las poblaciones vecinas de Búrger, Selva, Caimari, Manacor del Valle y Consell.

Con el objetivo de consolidar la comunicación del sur peninsular con el norte de África y facilitar así, el paso del ejército colonial a la península, los sublevados conquistaron Huelva y su litoral que, tras la sublevación militar, quedó bajo control de los republicanos. Para ello, los rebeldes enviaron una columna mixta desde Sevilla integrada por soldados del ejército, falangistas y requetés liderados por el comandante Antonio Castejón. Tras la toma de Huelva el 28 de julio de 1936, los rebeldes consiguieron establecer las comunicaciones con el norte de África y garantizaron, de este modo, la conexión de los puertos del sur de Andalucía con la capital hispalense. Con el fin de guarnecer la posición y mantener las comunicaciones con el norte de África, los rebeldes destinaron una bandera de Falange de Sevilla. Todo ello posibilitó el desembarque en la península del ejército colonial, lo que hizo que la situación en el sur cambiara completamente y permitió a los sublevados organizar las primeras columnas comandadas por el teniente coronel Carlos Asensio Cabanillas, por el comandante Antonio Castejón y por el comandante Heliodoro Rolando de Tella Cantos para partir a inicios de agosto de 1936 desde la capital hispalense hacia Madrid dirección Extremadura.

Los falangistas también organizaron sus propios destacamentos para colaborar con los militares rebeldes en la conquista de los municipios donde los golpistas no pudieron proclamar el estado de guerra. Su misión era asegurar la retaguardia para, así, establecer nexos entre las distintas localidades andaluzas y consolidar el dominio de los sublevados en el sur peninsular. Este fue el caso de los falangistas de Huelva que, tras la toma de la ciudad el 28 de julio de 1936, crearon sus propias columnas y participaron en la ocupación de las aldeas onubenses de Corrales, La Redondela, Almonte y Cortelazor;[906] de los milicianos sevillanos que, tras el control de la situación en Sevilla, se unieron a los soldados de la guarnición de la ciudad para *liberar* las poblaciones de Alcalá de Guadaira, Cantillana, El Madroño, Utrera, Arahal, Morón de la Frontera y Paradas, a finales de julio de 1936;[907] o de los escuadristas de la 1ª Bandera de Granada que participaron en los combates para conquistar el pueblo granadino de Huétor Santillán el 28 de julio de 1936.[908] Los milicianos de Falange también operaron fuera de

[906] ESPINOSA MAESTRE, F., *La Guerra Civil en Huelva*…, pp. 109 y 154-254.
[907] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,8; "Información de la Falange", *ABC* (Sevilla), 23 de agosto de 1936, p. 12; "Información de la Falange", *ABC* (Sevilla), 25 de agosto de 1936, p. 14; PRESTON, P., *El holocausto español*…, p. 226; y RODRIGUEZ CENIZO, J.F., "Los primeros meses de la Guerra Civil en Paradas. La actuación de Falange Española de las JONS en Paradas" en NAVAJAS ZUBELDIA, C. e ITURRIAGA BARCO, D. (eds.), *Coetánea*, Universidad de La Rioja, Logroño, 2012, pp. 237-238.
[908] AGMAV, Milicias Nacionales, 5678,4.

su provincia de origen, como hicieron, por ejemplo, los falangistas canarios de Telde que participaron en la conquista de los pueblos sevillanos de Alcalá de Guadaira, Arahal, La Puebla de Cazalla y Morón de la Frontera a finales de julio de 1936;[909] o los escuadristas cacereños que intervinieron en la toma de la aldea badajocense de San Vicente de Alcántara el 26 de julio de 1936 tras haber protagonizado pequeñas escaramuzas con los defensores en la estación y en los caminos de acceso al pueblo.[910]

A su vez, en el norte peninsular, desde Pamplona, Mola organizó varias columnas integradas por soldados del ejército, miembros de las fuerzas de seguridad y milicianos de partido, siendo buena parte de ellos pertenecientes a Falange y al Requeté. Dichas unidades se caracterizaban por tener una mayor cantidad de activistas pertenecientes a la CT, lo que significaba que los escuadristas de Falange estaban en minoría respecto a los carlistas. La primera columna que se organizó fue la comandada por el coronel Francisco García-Escámez, que partió el 19 de julio de 1936 hacia Madrid con 1.000 hombres, siendo en su mayoría falangistas y requetés encuadrados en una y dos compañías, respectivamente.[911] Su objetivo era la toma de los pasos de Somosierra para participar, posteriormente, en la ofensiva sobre la capital del estado. Ahora bien, su primera misión era entrar en Guadalajara para auxiliar a los rebeldes de la ciudad que combatían con los milicianos de los partidos de izquierda y de los sindicatos obreros que provenían de Madrid. Antes de llegar a su primer destino, las fuerzas comandadas por García-Escámez entraron en los pueblos riojanos de Alfaro, Calahorra, Cervera del Río y Alhama,[912] y en Logroño el 20 de julio de 1936 después de que los regulares, auxiliados por los falangistas y los requetés, protagonizaran un tiroteo con grupos aislados de izquierdistas que les disparaban desde los tejados de los edificios. Tras la toma de la ciudad, los rebeldes detuvieron al comandante militar de la misma, el general Carrasco Amilibia, acusándolo de indecisión por no haberse sumado al pronunciamiento militar. Todo ello comportó que el objetivo inicial de la conquista de Guadalajara se fuera alejando cada vez más. Las fuerzas capitaneadas por García-Escámez prosiguieron la marcha hacia Soria, que fue conquistada el 21 de julio de 1936, y hacia los pasos de Somosierra, que fueron ocupados cuatro días más tarde, pero donde fueron frenados

[909] PRESTON, P., *El holocausto español*…, 2011, p. 217.
[910] ARRARÁS, J., *Historia de la Cruzada española (volumen 4)*…, pp. 175-176.
[911] Ibid., pp. 175-176; PONS PRADES, E., *Las escuadras de la muerte. La represión de los sublevados*, Flor de Viento, Barcelona, 2006; y UGARTE TELLERÍA, J., "El carlismo en la guerra del 36: la formación de un cuasi-estado nacional-corporativo y foral en la zona vasco-navarra", *Historia Contemporánea* n.º 38 (2011), pp. 56-57.
[912] "El trágico paso de los facciosos por la provincia de Logroño", *La Vanguardia*, 21 de agosto de 1936, p. 10.

por las fuerzas que se mantenían leales a la República, impidiendo así su llegada a Guadalajara.

Al mismo tiempo que las fuerzas comandadas por García-Escámez marchaban hacia Madrid, Mola organizó varias unidades para que avanzaran por diferentes puntos del norte peninsular con la misión de conquistar los municipios donde los rebeldes no pudieron proclamar el estado de guerra y, asimismo, auxiliar las guarniciones, como la de Zaragoza, que necesitaban refuerzos para luchar, no solo con los civiles contrarios a la rebelión militar, sino también con los soldados del ejército regular y con los miembros de las fuerzas de seguridad leales a la República. Así, por ejemplo, para *liberar* los municipios de Guipúzcoa tras el fracaso del golpe de estado en San Sebastián, Mola movilizó a unos 7.000 efectivos entre soldados, miembros de las fuerzas del orden, falangistas, requetés y otros voluntarios organizados en varias columnas integradas por entre unos 500 y 1.000 hombres. Dichas unidades estaban dirigidas por comandantes del ejército, como los oficiales José Solchaga y Rafael García Valiño, o los coroneles Antonio Ortiz de Zárate y Alfonso Beorlegui.[913] Dichas columnas protagonizaron varios enfrentamientos, como el de finales de julio de 1936 en el paso de Endarlaza (Vera de Bidasoa) entre las fuerzas comandadas por el teniente coronel Cayuela -integradas por soldados de los batallones América y Sicilia, 40 requetés y 30 falangistas- y los milicianos provenientes de Irún.[914]

Mola también ordenó que la columna liderada por el general Alejandro Utrilla partiera hacia Zaragoza el 23 de julio de 1936 para someter los focos de resistencia que se organizaron en la ciudad tras la sublevación y, poder así, garantizar el dominio de los rebeldes en la capital aragonesa. Una vez controlada la situación en el municipio, los falangistas que integraban las columnas que marchaban de Zaragoza se enfrentaron a sus enemigos en varios pueblos de la provincia, como Escatrón, donde las fuerzas pertenecientes a la columna Durruti lideradas por el comandante de artillería Pérez Farrás combatieron el 29 de julio de 1936 con un destacamento enviado desde Zaragoza e integrado por medio batallón de infantería, un centenar de falangistas y una sección de ametralladoras.[915] Asimismo, la 1ª Bandera de la Falange de Zaragoza intervino en varias ofensivas en diversos puntos del frente aragonés desde su constitución el 29 de julio de 1936, hasta que fue trasladada al pueblo oscense de

[913] SAGARRA, P., GONZÁLEZ, O. y MOLINA, L., *Grandes batallas de la Guerra Civil Española*…, p. 124.
[914] AZNAR, M., *Historia militar de la Guerra Civil en España* (volumen 1)…, p. 106.
[915] Ibid., p. 122.

Almudébar el 12 de agosto de 1936 para defender las diferentes posiciones que circundaban dicho municipio.[916]

En las demás provincias de Aragón se dio la misma situación. Así, una vez controlada la situación en Teruel, los milicianos de la Falange turolense que formaban parte de las distintas columnas proclamaron el estado de guerra en la mayoría de los pueblos del Valle del Jiloca. Con ello contribuyeron a que los golpistas se hicieran con el control de casi toda la comarca, a excepción de los municipios que estaban más allá de las sierras del Cucalón y de Fonfría.[917] De la misma manera, tras el triunfo de la insurrección militar en Huesca, los sublevados organizaron varias columnas con el fin de someter los municipios de la provincia y defenderlos ante las ofensivas enemigas, como fue el caso, por ejemplo, del ataque del 31 de julio de 1936 en Siétamo por parte de la columna dirigida por el comandante Ascaso. Tras su éxito en la acometida, los republicanos aseguraron sus posiciones en la localidad. No obstante, los rebeldes consiguieron recuperar el emplazamiento aquella misma tarde, y que los republicanos se replegaran hacia la localidad oscense de Angüés tras haber enviado una columna desde Huesca integrada por regulares, falangistas y requetés.[918]

El triunfo de los golpistas en Álava fue acompañado por un incremento de la militancia de las secciones paramilitares de las organizaciones que secundaron la sublevación militar, en especial del Requeté, lo que hizo que los falangistas alaveses, como los militantes de Falange en Navarra, estuvieran en minoría respecto a los carlistas de la región. Sin tener en cuenta su afiliación, los miembros de dichas unidades paramilitares partieron hacia el frente movilizados en una de las distintas unidades mixtas bajo las órdenes de oficiales del ejército. A su vez, los falangistas organizaron sus propios destacamentos para guarnecer los municipios controlados por los sublevados y, asimismo, someter los focos de resistencia existentes en la provincia tras el fracaso parcial del golpe de estado en varios municipios de la región. Así, por ejemplo, la 1ª Centuria de la Falange de Álava prestó servicios de seguridad en Vitoria hasta que fue trasladada al frente de Guadalajara el 25 de julio de 1936 para participar en las operaciones para conquistar la población guadalajareña de Sigüenza y, posteriormente, en las maniobras en el paso de Somosierra con el objeto de controlar los puertos de la montaña.[919]

[916] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,9.
[917] JEREZ RIESCO, J.L., *La Falange en tierra de dragones*…, p. 637.
[918] Ibid., pp. 614-615.
[919] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,2.

Por su parte, tras proclamar el estado de guerra en Valladolid, los falangistas de la ciudad, con la aprobación del general Andrés Saliquet, organizaron sus propias unidades paramilitares capitaneadas por sus líderes naturales, como la comandada por el jefe provincial de milicias de la Falange de Valladolid, José Antonio Girón de Velasco, que marchó hacia el Alto del León el 21 de julio de 1936. Después de partir hacia el frente, los escuadristas que integraban dichos destacamentos protagonizaron varios choques armados con los milicianos de las organizaciones contrarias al golpe de estado, como el del 24 de julio de 1936 con una columna de la FAI en el pueblo segoviano de Labajos que terminó con la muerte de Onésimo Redondo. Los falangistas de dichas unidades ocuparon varias poblaciones, como el municipio segoviano de Coca, con el objetivo de acabar con los focos de resistencia de la zona. Igualmente, bajo las órdenes del general Saliquet, se organizaron varias columnas integradas por soldados del ejército, miembros de las fuerzas de seguridad y milicianos de las organizaciones que secundaron la sublevación con el objetivo de tomar Madrid y someter los focos de resistencia que se encontraban en su camino hacia la capital del estado. Entre dichos destacamentos, cabe destacar, por ejemplo, el dirigido por el comandante Pedro Rivas, o el capitaneado por el coronel Serrador. Los falangistas que formaron parte de dichos destacamentos participaron en la toma de posiciones estratégicas para el asalto de la capital como, por ejemplo, el paso del Alto del León en la sierra del Guadarrama, el más importante de los pasos que comunicaban Madrid con la zona de Segovia y Ávila, y que se convirtió en uno de los símbolos de guerra para los rebeldes. Ahora bien, a diferencia de las que partieron de Pamplona y de Álava, las columnas que marcharon de Valladolid contaban con una mayoría de escuadristas de Falange.

Con la misión de controlar el paso del Alto del León, el 21 de julio de 1936 salió una columna mixta de Valladolid constituida por dos o tres centenares de regulares y falangistas bajo las órdenes del coronel Serrador.[920] Al día siguiente, el destacamento llegó a la posición de San Rafael y, al comenzar a ascender el puerto, sus integrantes se encontraron con que el Alto del León estaba controlado por un grupo de milicianos procedentes de Madrid bajo el mando del coronel Enrique del Castillo. Para tomar la posición, unos 80 escuadristas vallisoletanos comandados por el falangista José Antonio Girón de Velasco,[921] integrados en una columna mixta constituida por dos compañías de fusiles y una de ametralladoras del regimiento de San Quintín, participaron en el ataque sobre la loma del Copo, situada en el flanco derecho del Alto del León, con el objetivo de hacer una amplia curva ascensional para envolver la cumbre. A su vez, los

[920] AZNAR, M., *Historia militar de la Guerra Civil en España* (volumen 1)…, p. 102; y THOMAS, H., *La Guerra Civil Española* (volumen 1)…, p. 343.
[921] FERNÁNDEZ CUEVAS, V., *La gesta del Alto de los Leones*, Temas españoles, Madrid, 1952, p. 4.

escuadristas que formaban parte del grupo comandado por el capitán Argüelles intervinieron en la conquista de la posición de La Chavola en el flanco izquierdo del Alto del León, para después ascender por la pendiente y envolver el lado izquierdo; mientras que, por su parte, un tercer destacamento atacó por el centro.[922] Ello comportó que los milicianos madrileños tuvieran que replegarse hacia el campamento de Retamares tras cinco horas de lucha. Una vez controlada la posición, los sublevados fijaron una batería de cañones esa misma noche para asegurar el paso de las tropas hacia la capital. A continuación, los soldados, auxiliados por escuadristas de Falange, conquistaron el campamento de Retamares y destinaron varias unidades de FE de las JONS, como la liderada por el falangista Cándido Sáez, para guarnecer el emplazamiento y fortificarlo excavando nuevas trincheras.[923]

Para reforzar las fuerzas destacadas en el Alto del León el 22 de julio de 1936, Onésimo Redondo envió dos centurias desde Valladolid, con lo que se acumularon unos 1.400 falangistas para guarnecer la posición.[924] Por su parte, tras la derrota de los milicianos procedentes de Madrid bajo las órdenes del coronel Enrique del Castillo, los republicanos organizaron varias columnas integradas por soldados y miembros de las fuerzas del orden leales a la República, así como por activistas de los partidos de izquierda y de los sindicatos obreros. Con el objetivo de recuperar las posiciones perdidas, los republicanos realizaron un total de 12 ofensivas,[925] como el ataque sobre la loma del Copo el 23 de julio de 1936, en el que los escuadristas comandados por el falangista César Sanz que defendían el emplazamiento murieron durante el asalto de la colina. Desde el montículo contiguo, al oír el tiroteo, el falangista Luis González Vicent envió a sus hombres hacia el lugar del enfrentamiento para recuperar la posición.[926] Tras el fracaso de los diferentes ataques realizados por las fuerzas procedentes de Madrid, la batalla por el control de la posición del Alto del León terminó con los pasos principales de la sierra del Guadarrama controlados por el Ejército del Norte el 15 de agosto de 1936. Ahora bien, las columnas que salieron de Valladolid permanecieron en el puerto de Somosierra y en la sierra del Guadarrama sin que pudieran avanzar hasta Madrid debido a la resistencia de las fuerzas enemigas y a la escasez de armamento de las

[922] CUEVAS, M., "Del Alto de León a Retamares", *Arriba España*, 26 de noviembre de 1936, p. 6; "Del Alto de León a Retamares. La Falange", *Azul. Diario de Falange Española de las JONS* (Córdoba), 5 de enero de 1937, p. 6; y ARRARÁS, J., *Historia de la Cruzada española (volumen 3)*…, p. 353.
[923] CUEVAS, M., "Del Alto de León a Retamares", *Arriba España*, 26 de noviembre de 1936, p. 6; Íd., "Falange ante Madrid. Banderas victoriosas en Retamares", *Arriba España*, 29 de noviembre de 1936, p. 8.
[924] ARRARÁS, J., *Historia de la Cruzada española (volumen 3)*…, pp. 361-363; FERNÁNDEZ CUEVAS, V., *La gesta del Alto de los Leones*…, p. 16; y CASAS DE LA VEGA, R., *Las Milicias Nacionales*…, p. 233.
[925] AZNAR, M., *Historia militar de la Guerra Civil en España* (volumen 1)…, pp. 100-101.
[926] ARRARÁS, J., *Historia de la Cruzada española (volumen 3)*…, pp. 364-265; FERNÁNDEZ CUEVAS, V., *La gesta del Alto de los Leones*…, p. 19; y JATO, D., *La Rebelión de los estudiantes*…, pp. 324-325.

unidades del ejército rebelde, lo que comportó que se estabilizara la situación en dicho frente hasta casi el final de la guerra.

También por orden de Mola, el alférez Carlos Miralles Álvarez, afiliado a RE, organizó una columna mixta integrada por guardias civiles, falangistas y, fundamentalmente, por miembros de RE. Dicha columna partió de Burgos el 18 de julio de 1936 hacia la carretera de Madrid para ocupar los pasos del puerto de Somosierra, lo cual bloquearía el paso de las fuerzas enemigas de Madrid hacia Castilla, a la vez que permitiría el paso de las columnas provenientes de Navarra y Burgos que se dirigían a la capital.[927] Cuando llegaron al puerto de Somosierra, los miembros de la columna ocuparon el túnel del ferrocarril en la vertiente de Burgos, donde destinaron un pelotón, mientras que las demás fuerzas del destacamento marcharon hacia Burgos para equiparse y regresar a Somosierra. Durante su regreso a los puertos de la sierra de Guadarrama, los integrantes de la columna declararon el estado de guerra en los pueblos que encontraron y, además, protagonizaron varios enfrentamientos con los izquierdistas de varias localidades, como los de Aranda de Duero. Los integrantes de la columna no solo cortaron la carretera acumulando barriles de alquitrán y otros obstáculos, sino que, también sostuvieron numerosos enfrentamientos con el enemigo, consiguieron hacer varios prisioneros y establecieron las primeras posiciones defensivas en el mismo puerto. Una vez establecidos sus emplazamientos, Miralles Álvarez pidió refuerzos para defender la posición de la ofensiva iniciada por los batallones IV y V de Milicias, y por el grupo de Artillería bajo las órdenes del capitán Francisco Galán que, procedentes de Madrid, descendieron por la carretera madrileña de Cabrera en dirección a Buitrago. Dispuestos a contener el avance y conseguir tiempo para la llegada de las columnas procedentes de Navarra, Logroño y Burgos, el 22 de julio de 1936, las fuerzas lideradas por Miralles Álvarez se enfrentaron a la columna enemiga comandada por el capitán Francisco Galán en la carretera de Cabrera.[928]

De la misma manera, para reprimir los conatos de resistencia en varios pueblos burgaleses, como Lerma, el 19 de julio de 1936 partió una columna mixta desde Burgos integrada por guardias civiles y unos 70 escuadristas comandados por el jefe de milicias de la Falange de la provincia.[929] Los falangistas de Burgos también participaron en la conquista de algunas localidades de la región, como Villasante o Quintanilla de Sopeña. Una vez controlada la situación en dichos municipios, los oficiales del ejército destinaron varias unidades de falangistas para que se encargaran de guarnecer dichos pueblos

[927] ARRARÁS, J., *Historia de la cruzada española* (Volúmenes 2 y 3)…, pp. 401 y ss.; y CASTRO L., *Capital de la cruzada*…, p. 187.
[928] CASTRO L., *Capital de la cruzada*…, pp. 187-188.
[929] Ibid., p. 7.

ante las posibles ofensivas enemigas.[930] Igualmente, los escuadristas burgaleses defendieron la ciudad de Burgos tras el envío de varias columnas para la conquista de Madrid y de las localidades de la región que no estaban controladas por los golpistas y, también, aseguraron varias poblaciones cercanas al frente, como Merindades o Soncillos.[931] Los falangistas de Burgos participaron en la defensa de esta última localidad ante la acometida realizada por el enemigo el 29 de julio de 1936.[932] Y, por su parte, tras dominar la situación en Ávila, las autoridades rebeldes que gobernaban la ciudad organizaron varias columnas integradas por guardias civiles y escuadristas de Falange que se apoderaron de varias localidades abulenses, como Navalperal de Pinares el 21 de julio de 1936 o Las Navas del Marqués el día siguiente.

A diferencia de los casos analizados anteriormente, para la defensa de Oviedo ante el cerco de la ciudad por parte de las fuerzas enemigas, así como ante los bombardeos iniciados el 18 de julio de 1936 por la infantería republicana, y que se mantendrían hasta finales de octubre de 1936, el coronel Aranda hizo un llamamiento el 19 de julio de 1936 a los civiles con la intención de que se presentaran voluntarios en el cuartel de Santa Clara para facilitarles armamento y municiones. Con ello pretendía que los ciudadanos participaran en la defensa de la ciudad, ya sea en las filas del ejército o bien en una de las unidades paramilitares de las diferentes organizaciones que secundaron el golpe de estado.[933] Tras la llamada del coronel Aranda, 850 voluntarios acudieron al cuartel de Santa Clara, de los cuales, medio centenar formaban parte de las secciones milicianas de Falange.[934] Pese al asedio del enemigo, los falangistas ovetenses realizaron varias incursiones fuera de la ciudad como, por ejemplo, la del 31 de julio de 1936 en la Casa de Olivares, donde se entabló el primer gran combate del sitio que terminó con cuatro muertos, entre ellos el jefe de la Falange de Gijón, Enrique Cangas, y un total de 41 heridos entre las filas rebeldes.[935]

Tras proclamar el estado de guerra en las cuatro capitales provinciales de Galicia, los rebeldes estructuraron las primeras columnas con el fin de someter los focos de resistencia que se originaron en las distintas provincias gallegas. Este fue el caso de los sublevados de Lugo que, tras hacerse con el dominio de la ciudad, organizaron varias unidades como, por ejemplo, la formada por miembros de la Guardia Civil y falangistas lucenses con la misión de ocupar los municipios del suroeste de la provincia,

---

[930] Ibid., p. 194.
[931] Ibid., p. 30.
[932] Ibid., pp. 194-195.
[933] AZNAR, M., *Historia militar de la Guerra Civil en España* (volumen 1)…, p. 188.
[934] "Falange Española refuerza las columnas de Asturias", *Azul: Diario de Falange Española de las JONS* (Córdoba), 18 de octubre de 1936, p. 16; e Ibid., p. 188.
[935] SAGARRA, P., GONZÁLEZ, O. y MOLINA, L., *Grandes batallas de la Guerra Civil Española*…, p. 92.

como Monforte. En esta misma línea, otro destacamento integrado por guardias civiles, carabineros y milicianos de Falange marchó el 22 de julio de 1936 de Quiroga hacia San Clodio para someter a los obreros del pueblo que se oponían al pronunciamiento.[936] Por su parte, tras haber participado en la toma de la parroquia viguesa de Santa Cristina de Lavadores, los escuadristas de Vigo partieron hacia el municipio pontevedrés de Bayona con la misión de auxiliar a los guardias civiles de la ciudad que estaban sitiados por el enemigo.[937] A su vez, los rebeldes disponían de varias columnas para someter los focos de resistencia fuera de Galicia, principalmente, en el frente asturiano o en el leonés. Este fue el caso de la 1ª Centuria militarizada de Falange de La Coruña, que se organizó durante la segunda quincena de julio de 1936 para participar en la conquista de los pueblos leoneses de Villablino, de Fabero y de su cuenca minera, así como de la localidad asturiana de Tineo;[938] de la centuria de la Falange de Lugo que se dirigió al frente de Asturias y de la otra que marchó hacia el Alto del León;[939] o de los falangistas de las localidades orensanas de Castrelo de Miño y Ribadavia que organizaron una centuria para partir hacia el frente asturiano.[940]

A diferencia de las guerras civiles decimonónicas, el conflicto armado de 1936-1939 se inició con el tiro en la nuca y la represalia del contrario con la voluntad de terminar la conflagración con una victoria total sobre el enemigo, con su eliminación física o su exclusión de la comunidad de los *vencedores*.[941] Así pues, después de detener y acabar con la vida de los combatientes que se opusieron al avance de las fuerzas rebeldes tras la conquista de un territorio, los falangistas intervinieron en el arresto y ejecución de gobernadores civiles, de jefes militares leales a la República, de políticos afines al proyecto frentepopulista y de pensadores de izquierda con el objetivo de eliminar las cabezas del Frente Popular. Ello se ejemplifica con los milicianos de Falange que acabaron con la vida del gobernador civil de La Coruña, Francisco Pérez Carballos, el 24 de julio de 1936;[942] o con la del presidente de la Federación Obrera de Salamanca, José Andrés Manso, a finales de julio de 1936.[943]

A su vez, los falangistas asesinaron a afiliados de las organizaciones afines al Frente Popular, a vecinos que habían empuñado las armas contra las fuerzas rebeldes

[936] SOUTO BLANCO, M. J., "Golpe de Estado y represión franquista en la provincia de Lugo" en DE JUANA, J. y PRADA, J. (eds.), *Lo que han hecho en Galicia*…, pp. 69-73.
[937] GARCÍA VENERO, M., *Falange en la guerra de España*…, p. 149.
[938] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,3.
[939] GARCÍA VENERO. M., *Testimonio de Manuel Hedilla*…, p. 136.
[940] NÚÑEZ SEIXAS, X.M., "El fascismo en Galicia…", p. 173.
[941] RODRIGO, J., *Hasta la raíz*…, p. 66.
[942] CASANOVA, J., "Rebelión y revolución" en JULIÁ, S. (ed.), *Víctimas de la guerra civil*…, pp. 87-88; y GRANDÍO SEOANE, E., "Golpe de Estado y represión franquista en la provincia de A Coruña: «¿Qué pasa con Coruña?»" en DE JUANA, J. y PRADA, J. (eds.), *Lo que han hecho en Galicia*…, pp. 50-51.
[943] GONZÁLEZ EGIDO, L., *Agonizar en Salamanca*…, pp. 57.

y aquellos que eran sospechosos de ello. Así sucedió, por ejemplo, en Logroño, donde los milicianos de FalangeONS intervinieron en el fusilamiento de unos 2.000 residentes pocos días después de que los sublevados se hicieran con el control de la ciudad;[944] o en la población riojana de Cervera del Río Alhama, donde los escuadristas de Falange participaron en el asesinato de unos 60 izquierdistas y en el apaleamiento público de varias mujeres.[945] Igualmente, los falangistas fusilaron a personas lejos de su población de origen, como fue el caso de dos vecinos del municipio riojano de Uruñuela, Luis García Benito y Policarpo Sáenz Crespo, que fueron pasados por las armas en la localidad riojana de Cenicero a finales de julio de 1936.[946] Las matanzas fueron utilizadas no solo como arma de guerra para reprimir la resistencia al golpe de estado, sino, también, como arma política para destruir el pluralismo político en España por medio de la eliminación de izquierdistas, *separatistas* y masones, entre otros.[947]

Con el consentimiento de las autoridades, los falangistas organizaron pelotones para asesinar a izquierdistas, republicanos, obreros y campesinos que se opusieron a la sublevación, así como a individuos que eran sospechosos de ello alrededor de los municipios controlados. Así sucedió, por ejemplo, en Valladolid, donde los miembros del pelotón conocido como *Patrulla del Amanecer* ejecutaron a varios presos a primera hora de la mañana en las carreteras de las afueras de la ciudad. Un testigo afirmó que, cada día durante la segunda quincena de julio de 1936, fusilaban a 40 detenidos tras haberlos sacado de la cárcel y conducido en camiones hasta «un lugar determinado».[948] En Pamplona, donde los integrantes del grupo *Águila Negra* asesinaron a los *rojos* de la capital navarra a las afueras de la ciudad durante la noche. O en la provincia de Salamanca, donde los miembros de la escuadra capitaneada por el terrateniente y antiguo oficial del ejército Diego Martín Veloz pasaron por las armas a izquierdistas de distintas localidades salmantinas, como Cantalpino o El Pedroso de la Almuña.[949] Igualmente, los falangistas movilizados en unidades paramilitares organizadas por el ejército, como Los Caballeros de Santiago o Los Caballeros de La Coruña, intervinieron en la *pacificación* de las poblaciones controladas.

Los primeros pelotones de fusilamiento estaban integrados, mayoritariamente, por milicianos de Falange, pero pronto fueron sustituidos por combatientes del Ejército

[944] GIL ANDRÉS, C., "La zona gris de la España azul…", pp. 117-118.
[945] "El trágico paso de los facciosos por la provincia de Logroño", *La Vanguardia*, 21 de agosto de 1936, p. 10.
[946] GIL ANDRÉS, C., *Lejos del frente*…, pp. 161-169.
[947] FERNÁNDEZ PRIETO, L. y LEIRA CASTIÑEIRA, F. J., "Galicia, un golpe sin cuartel y una guerra sin trincheras" en FERNÁNDEZ PRIETO, L. y LEIRA CASTIÑEIRA, F. J. (eds.), *Galicia, un golpe sin cuartel*…, p. 40.
[948] THOMAS, H., *La Guerra Civil Española.* (volumen 1)…, pp. 287-288.
[949] PRESTON, P., *El holocausto español*…, p. 277.

de Marruecos porque estos últimos eran mejores tiradores y «no desperdician balas» para rematar a los heridos como los primeros.[950] Muchas de las víctimas de las primeras semanas que siguieron a la declaración del estado de guerra eran asesinadas sin formalidad jurídica alguna como consecuencia de la desaparición del aparato judicial vigente entre 1931 y 1936. Su lugar fue ocupado por la justicia castrense, que pasó a ser ordinaria en los lugares donde triunfó el golpe de estado, lo que significó que el órgano judicial quedó en manos de los militares golpistas. Esta cobertura *legal* fue utilizada por los rebeldes para garantizar la impunidad de los verdugos mediante la *legalización* de la ejecución de aquellos que se opusieron a la sublevación y al avance de las fuerzas rebeldes.

El bando de guerra fue utilizado como herramienta que actuaba al margen del derecho penal ordinario vigente hasta el 18 de julio de 1936 en los territorios donde triunfó el golpe de estado por medio de la ampliación de las competencias de la jurisdicción castrense y de la desaparición de la legalidad republicana. De este modo, las militares sublevados asumieron la representación del poder en los territorios que estaban bajo su control, lo que comportó que aquellos que se oponían a los golpistas fueran condenados por «adhesión», «auxilio», «provocación», «inducción» o «excitación» a la rebelión. En palabras de Serrano Suñer, lo que tuvo lugar en el territorio controlado por los sublevados a finales de julio de 1936 fue una *justicia al revés* en la que se enjuició con «rapidez y rigor» a los adheridos a la *rebelión*, es decir, aquellos que defendieron el orden constitucional por delitos de «rebelión» o de «auxilio de la rebelión». La subversión a la que aludieron los juzgados castrenses no era la rebelión militar de julio de 1936, sino que se referían a otra supuesta insurrección que era mucho más difusa, una en la que el Frente Popular habría puesto en marcha para acabar con el Estado, el orden, la tradición, la religión y las *buenas costumbres*.[951] Esta *justicia al revés* permitió a los rebeldes justificar el asesinato de izquierdistas e individuos que habían empuñado las armas contra los golpistas como un cumplimiento de la sentencia por haberse opuesto a la *legalidad*. Como se pone de manifiesto, la justicia actuó según las propias necesidades de los militares golpistas.[952]

Así pues, bajo control y dirección de la máxima autoridad militar de cada provincia, se puso en marcha un proceso represivo de los individuos considerados desafectos para garantizar el orden en los territorios controlados por los rebeldes. A ello

[950] BAHAMONDE, A., *Un año con Queipo de Llano*…, p. 164; SEVILLANO CALERO, F., *Exterminio. El terror con Franco*, Madrid, Oberon, 2004, p. 74; PRESTON, P., *El holocausto español*…, pp. 269-270; y BALFOUR, S., *Abrazo mortal*…, p. 445.
[951] RODRIGO, J., *Hasta la raíz*…, p. 94.
[952] ESPINOSA MAESTRE, F., *La Justicia de Queipo*…, pp. 303-304.

hay que sumarle que la violencia tenía una función paralizante y ejemplarizante de la disidencia, con la que se buscaba enviar un mensaje a los individuos de las poblaciones que estaban en poder del enemigo para comunicarles el destino que les aguardaba a aquellos que empuñaran las armas contra ellos. Ello pone de manifiesto que el empleo de la violencia no solo era una cuestión de orden público, sino también, una necesidad militar. En definitiva, el terror en la zona rebelde no era la expresión incontrolada de un orden que se vino abajo, sino la manifestación de un cálculo frío y deliberado de los militares rebeldes y de sus aliados civiles, pues, para ellos, la eliminación física del enemigo era necesaria para garantizar el control del territorio y hacer tabla rasa del pasado republicano extirpando el virus que alimentaba la *Anti-España*.[953]

La participación de los falangistas en las primeras operaciones militares y en la violencia muestra cómo los escuadristas de Falange intervinieron en la sublevación militar que, no obstante, no acabó con la República ni con la legalidad vigente en todo el país. Con el golpe de estado y el inicio de la guerra de columnas, con la feroz represión que los acompañó, los golpistas procuraron establecer su dominio sobre una parte del país, al mismo tiempo que iniciaron la construcción de un orden político *ex novo*, con un gobierno, con un aparato militar y con una burocracia característicos de un Estado consolidado que iba más allá de un Estado campamental.[954]

Como primer paso, muy coyuntural, los sublevados constituyeron la JDN el 24 de julio de 1936 presidida por el general de división Miguel Cabanellas. A pesar de la existencia de dicha junta, el inicio de la guerra se caracterizó por una fragmentación del mando que iba acompañada por la proliferación de unos *señores de la guerra* con un poder casi absoluto en sus feudos que, como Queipo de Llano en Andalucía, gozaban de una autonomía suficiente para aplicar las políticas que ellos mismos consideraban necesarias sin necesidad de tener la aprobación de la JDN. Ello fue posible por la dispersión geográfica y territorial en la que se encontraba el bando rebelde durante las primeras semanas de la guerra. En definitiva, tras el éxito -o el fracaso- parcial del golpe de estado se configuraron dos geografías en las que se establecieron más de *dos Españas* como consecuencia de las diversas realidades que había en los distintos municipios de ambas zonas durante las primeras semanas que siguieron a la insurrección militar. No obstante, con el inicio de la guerra de columnas y la consiguiente guerra total, la complejidad y la fragmentación de la sociedad española quedaron

[953] GIL ANDRÉS, C., “Vecinos contra vecinos…”, pp. 116.
[954] SAZ CAMPOS, I., “Política en zona nacionalista…”, p. 58.

reducidas a dos bandos enfrentados a muerte que se constituyeron en dos Estados o para-Estados con unas estructuras de gobierno y con unas fuerzas armadas propias.[955]

Por otra parte, a raíz del encarcelamiento o de la muerte de los principales líderes falangistas a partir de la segunda quincena de marzo de 1936, durante el golpe de estado o durante los primeros días del conflicto armado, la Falange de las primeras semanas de la guerra se caracterizaba por la carencia de un liderazgo sólido y de una cadena de mando centralizada, así como por la existencia de diferentes poderes regionales sostenidos por unos líderes provinciales escasamente coordinados a raíz de la comunicación casi inexistente entre los distintos territorios. Ello conllevó a la aparición de una *autonomía regional* de las unidades milicianas de Falange, determinada esta por la confusión inicial en los territorios controlados, la división de poder y la proliferación de dinámicas cantonalistas en las que los líderes provinciales establecieron alianzas sin tener la aprobación de la autoridad central del partido, al tiempo que se erigieron como dueños y señores de las unidades paramilitares que estaban bajo su mando.

Que los milicianos de las diferentes organizaciones políticas y sindicales salieran a la calle para auxiliar la rebelión militar o bien, para oponerse a los golpistas y, posteriormente, combatir en una guerra civil, indica claramente que estamos ante un proceso político y social en lugar de uno exclusivamente militar y da cuenta de la existencia de un profundo conflicto real en el seno de la sociedad.[956]

Como se ha puesto claramente de manifiesto en las páginas anteriores, la participación de las milicias de Falange en los días de la sublevación y en las semanas en las que se inició la guerra de columnas fue algo más que anecdótica. En algunos lugares, dicha intervención resultó decisiva para asegurar el triunfo del golpe de estado, extenderlo con éxito a localidades cercanas, defender y asegurar el control de las posiciones ganadas, y construir una zona *liberada* desde la que organizar las columnas que participarían en las operaciones para la conquista de capitales de provincia, e incluso de la propia capital del estado. También se ha dado cuenta en estas páginas de la gran actividad desplegada por los falangistas en casi todo el territorio nacional y, pese a la dificultad para establecer cuantitativamente la relevancia de su esfuerzo, no cabe duda de que, en lugares de significativa importancia, su aportación no puede ser ignorada. La sublevación de julio de 1936 fue esencialmente militar, pero, como ya se ha dicho, la aportación de las milicias (no solo falangistas) pone de manifiesto la

[955] JULIÁ, S., *Historias de las dos Españas*…, p. 288.
[956] UGARTE, J., "El voluntariado alavés en el ejército franquista. Estudio sociológico (1936-1939)" en de RUIZ-MANJÓN CABEZA, O. y GÓMEZ OLIVER, M. (eds.), *Los nuevos historiadores ante la guerra civil*…, pp. 55-56.

amplitud de la base política y social con la que contaban los militares rebeldes, y a la que no podrían ignorar en la situación que se abría tras lo que pensaban que sería un triunfo rápido en la guerra.

5. Falangistas en los frentes de guerra: 1936-1939

Los sublevados eran conscientes de que el triunfo del golpe de estado en una parte del territorio solo podía mantenerse por medio de una guerra de conquista de los territorios donde fracasó el golpe de estado. Por esta razón, los oficiales del ejército sublevado organizaron columnas integradas por regulares, legionarios, miembros de las fuerzas del orden y milicianos de las organizaciones políticas que secundaron la insurrección militar, como FE de las JONS o la CT, que marcharon a Madrid mientras ocupaban los municipios que encontraban a su paso, y otras para extender la sublevación a las localidades cercanas a las poblaciones *liberadas*, desde las que se organizaron las columnas que participaron en las operaciones para conquistar los municipios donde fracasó el golpe de estado, así como la propia capital del país. El avance de dichas unidades sobre el terreno se caracterizaba por su rápida movilidad durante las primeras semanas de la guerra gracias a los pocos efectivos que las integraban. A ello hay que sumarle que estas fuerzas apenas encontraron una resistencia organizada por parte de un enemigo bien equipado que impidiera su avance, pues los integrantes de dichas columnas se enfrentaron, fundamentalmente, a obreros y campesinos sin experiencia en el combate a campo abierto que empuñaban la primera arma que encontraban. Sin embargo, no fue hasta finales de octubre e inicios de noviembre de 1936 que los golpistas llegaron a las puertas de la capital del país, ya que la marcha no fue tan rápida ni firme como se preveía, porque los sublevados desviaron algunas de sus tropas varios kilómetros del camino a Madrid para socorrer las guarniciones sitiadas en frentes secundarios, como el de Toledo o el de Oviedo, lo que hizo que los combatientes de las milicias populares tuvieran más tiempo para equiparse y preparar la defensa de la capital del estado.

El fracaso del ataque frontal para entrar en Madrid supuso un revés para los sublevados. Franco ordenó que sus tropas realizaran varias acciones entre finales de noviembre de 1936 y mediados de marzo de 1937 para rodear la capital del país con la finalidad de aislarla del resto del territorio republicano y evitar que le llegaran suministros para que, así, los defensores no tuvieran recursos para sostener el combate. Tras el fracaso de dichas operaciones, Franco mantuvo sus fuerzas en el frente de Madrid y envió tropas al norte peninsular para hacerse con el control de los recursos industriales y mineros, apoderarse de las reservas de los republicanos y debilitar gradualmente sus fuerzas. De este modo, se pasó del entusiasmo triunfalista de los primeros meses, alimentado por la creencia de la corta duración de la guerra de columnas, al convencimiento de que la victoria tardaría más en llegar de lo que se había previsto con el inicio de la guerra moderna, en la que ambos bandos recurrieron a la movilización en

masa de la población y de los recursos disponibles. Cabe destacar que en esta fase de la guerra los dos bandos transformaron la capacidad estructural de sus contingentes por la necesidad de constituir un ejército de masas. A diferencia de la fase anterior del conflicto, ambos contendientes emplearon la aviación y los carros de combate, así como una artillería con una potencia de fuego sin parangón, lo que implicó que hubiera un elevado número de bajas respecto a la primera fase de la guerra.

5.1. Guerra de columnas: julio-noviembre de 1936

Una vez controlada la situación en las capitales de provincia, como en Sevilla, Valladolid, Pamplona o La Coruña, los rebeldes organizaron columnas integradas por soldados del ejército regular, legionarios y milicianos de partido para dirigirse a Madrid y proclamar el estado de guerra en los municipios que encontraban a su paso, y otras para guarnecer las posiciones más cercanas al frente y sofocar los núcleos de resistencia que se originaron en la retaguardia. Cabe destacar el avance meteórico de las tropas que se dirigían a la capital del estado durante las primeras semanas de la guerra, ya que, por ejemplo, las fuerzas que salieron de Sevilla a inicios de agosto de 1936 cubrieron 120 kilómetros en cuatro días. Sin embargo, no fue hasta inicios de noviembre de 1936 que las columnas rebeldes llegaron a las puertas de Madrid, lo que pone de manifiesto que el movimiento de estas fuerzas no era tan rápido ni firme como lo fue durante las primeras semanas del conflicto debido a causas diversas, como la escasez de municiones y de armamento, la presencia de nuevas unidades enemigas mejor equipadas e instruidas a medida que se acercaron a la capital del estado, la necesidad de no dejar ningún foco de resistencia en la retaguardia, y, sobre todo, la urgencia de emplear tropas en frentes secundarios, como el de Toledo o el de Oviedo, para solucionar una situación considerada apremiante. De este modo, se consagró una característica de la guerra civil: la supeditación de las operaciones militares más importantes a la necesidad de dar respuesta al adversario allá mismo donde este realizaba sus ofensivas.[957]

A causa de las divisiones en el seno del ejército ocasionadas por el golpe de estado, las columnas rebeldes contaron con una presencia importante de milicianos de las organizaciones políticas que lo secundaron. Los sublevados recurrieron a estos activistas para mantener el esfuerzo de guerra y completar los destacamentos que se dirigían a Madrid y los que combatían en los distintos frentes. Por esta razón, la movilización de los milicianos fue especialmente urgente en lugares, como Aragón, donde la situación era más comprometida. La incorporación de los milicianos al esfuerzo

[957] CARDONA, G., *Historia militar de una guerra civil*…, p. 81.

de guerra permitió a los golpistas contar con una fuerza auxiliar para combatir al enemigo y guarnecer las posiciones cercanas al frente, así como para acabar con la disidencia y mantener el *orden* en la retaguardia.

El voluntariado estaba compuesto por unos civiles con escasa o nula formación militar, pues la única experiencia que tenían la mayoría de ellos consistía en haber protagonizado reyertas callejeras con los activistas de las organizaciones de izquierda durante los años de la República en paz. Como recordó el falangista Ángel Alcázar de Velasco, la instrucción «de las milicias de Falange es […] inexistente».[958] En esta misma línea, el diplomático alemán en España durante la guerra civil, Wilhem von Faupel, opinó que la formación de los milicianos era «muy mala. La de las Milicias de Falange es, por decirlo de una vez, inexistente».[959] Por este motivo, los oficiales del ejército concebían las unidades milicianas como una fuerza de segunda clase. Para instruir a sus milicianos, los falangistas fundaron las academias militares de La Jarilla (Sevilla) y Pedro Llen (Salamanca), mientras que los carlistas hicieron lo mismo con la Real Academia de Alféreces del Requeté San Javier. Sin embargo, estas instituciones fueron un fracaso porque los mejores alumnos, atraídos por el mayor prestigio de los cursos impartidos por los militares, preferían acudir a los centros dirigidos por el ejército, pues estos ofrecían una formación más completa y más ventajas como, por ejemplo, la posibilidad de cobrar un salario superior cuando los graduados ocuparan un cargo en el ejército.

Aunque en un primer momento no contemplaban con buenos ojos el voluntariado miliciano por el temor a que las organizaciones políticas se constituyeran como un contrapoder, los militares estimaban que su intervención era relevante porque aportaban una importante masa de efectivos con la que atender a las más variadas necesidades bélicas en una coyuntura de incertidumbre en la que el triunfo no estaba asegurado.[960] La movilización de estos activistas resultó determinante para que la guerra no fuera un enfrentamiento tradicional entre dos ejércitos. Además, la contienda adquirió una notable dimensión popular que puso de manifiesto la existencia de diferentes proyectos políticos, pues los ciudadanos inscritos en las milicias eran testimonio de un profundo conflicto del que no dejaba fuera a ningún sector de la sociedad.[961]

La movilización de la población hizo que fuera inevitable que los civiles se convirtieran en un sujeto activo que debía involucrarse de una forma u otra en el

[958] ALCÁZAR DE VELASCO, Á., *Los siete días de Salamanca*, G. del Toro, Madrid, 1976, pp. 82-83.
[959] GARCÍA VENERO. M., *Testimonio de Manuel Hedilla*…, p. 412.
[960] AROSTEGUI J., "Sociedad y milicias en la Guerra Civil Española…", p. 1.
[961] Ibid., p. 3; ARTIAGA REGO, A., "Movilización rebelde en el verano de 1936. Galicia, ¿Una nueva Covadonga?" en FERNÁNDEZ PRIETO, L. e Íd. (eds.), *Otras miradas sobre el golpe, guerra y dictadura. Historia para un pasado incómodo*, Catarata, Madrid, 2014, p. 144; e Íd., "Voluntarios para un golpe…", pp. 25-27 y 144.

esfuerzo de guerra. Ello comportó que se revalorizara su papel tras el fracaso -o éxito- parcial de la sublevación y, sobre todo, tras la división del ejército.[962] Sin embargo, el voluntariado político fue un fenómeno de las primeras semanas a causa de la escasa presencia de voluntarios en las milicias de partido, pues solo intervinieron en el esfuerzo de guerra los activistas más politizados. Para garantizar la participación de la población en el conflicto, los rebeldes realizaron un reclutamiento forzoso, masivo y sostenido en el tiempo.[963] Ello hizo que no pocos individuos se inscribieran en una milicia política solo unas semanas antes de que su quinta fuera llamada a filas con la esperanza de recibir un trato más favorable. A raíz de ello, los rebeldes aprobaron varias medidas relativas a la movilización de los reclutas que servían en el frente en una unidad miliciana, como fue el caso del decreto del 22 de febrero de 1937 para establecer que los milicianos que combatieran en la vanguardia podrían continuar sirviendo en la misma durante un mes, y que deberán ingresar al cuerpo o centro de destino una vez transcurrido dicho periodo. Una disposición dictada cuatro días más tarde modificó dicha orden en el sentido de dispensar de su incorporación a filas a los reclutas que se encontraran en el frente como mínimo antes de un mes de la fecha del llamamiento para incorporarse a filas.[964] La aprobación de dichas resoluciones evidenciaba la dificultad de los rebeldes para integrar en el ejército a los milicianos que combatían en el frente antes de ser llamados a filas.

La intervención de la población en el esfuerzo bélico iba acompañada de una militarización de la sociedad que buscó la unión del ejército con el pueblo para lograr un mismo fin: la derrota definitiva del enemigo. Ello comportó que la situación bélica pusiera el acento en aquellos partidos que, como FE de las JONS o la CT, tuvieran una cultura militar y poseyeran la capacidad de encuadrar no solo a varones en condiciones para combatir en sus milicias, sino también a hombres que eran demasiado mayores para servir en el frente, así como a mujeres, niños y niñas en los servicios de retaguardia falangistas, como la Segunda Línea, la SF, el SEU o el Auxilio de Invierno, o carlistas, como las Margaritas o Frentes y Hospitales. Gracias a ello, FE de las JONS y la CT absorbieron una cantidad de militantes muy superior a los efectivos que tenían antes del 18 de julio de 1936. Hay que señalar que las modalidades de movilización fueron muy variadas y heterogéneas según la situación militar de cada localidad. Por ejemplo, en regiones como Burgos, Soria o Galicia, las campañas de reclutamiento del ejército

[962] PAREJO, J.A., "De puños y pistolas…", pp. 125-145; y LEIRA CASTIÑEIRA, F.J. y DOMÍNGUEZ-ALMANSA, A., "Reclutados para ganar…", p. 89.
[963] Ambos bandos realizaron una llamada a filas de los distintos reemplazos durante toda la guerra. En el caso del bando rebelde, esto se puede ver con la aprobación de decretos como, por ejemplo, el del 9 de agosto de 1936. (BJDN, n.º 28, 9 de agosto de 1936). FERNÁNDEZ PRIETO, L. y ARTIAGA REGO, A., "Introducción. Soldados para el frente…", pp. 19-21.
[964] PRADA RODRÍGUEZ, J., "Que jamás la sangre derramada…", pp. 424-425.

entorpecieron la labor proselitista de Falange;[965] en cambio, la organización falangista tuvo un mayor desarrollo en algunas provincias, como Aragón, debido a la debilidad del ejército en la zona y a su dificultad por cubrir un frente de amplias dimensiones.[966]

También resulta relevante la cultura política y la situación social imperante en cada región. Valga el ejemplo de Valladolid, donde había un predominio de la militancia de Falange derivado de la preponderancia del falangismo en la provincia respecto al carlismo. En cambio, la mayoría del voluntariado en Navarra y Álava prefería acudir a los cuarteles del Requeté porque el carlismo era allí la fuerza dominante. Muchos de los nuevos afiliados optaron por unirse a una u otra organización política movidos por los lazos de fidelidad y por las influencias personales generadas por los círculos locales de solidaridad, comunidad y sociabilidad que actuaban como elemento decisivo. A ello hay que sumarle la importancia de los lazos de parentesco; así, por ejemplo, el mallorquín Lorenzo Villalonga se unió a Falange por ser donde militaban muchos de sus amigos y conocidos.[967] Así sucedió también en la provincia de Álava, donde 466 individuos se alistaron en el Requeté, 80 se inscribieron en la Primera Línea de Falange y cuatro se unieron a la JAP porque tenían algún hermano que estaba afiliado en una de dichas organizaciones.[968] Estos lazos eran más importantes que las ideas políticas y las creencias -como la de una hipotética revolución- que podían generar un caldo de cultivo propicio que posibilitara la movilización del voluntariado para enfrentarse a los integrantes de las fuerzas de seguridad y del ejército que se mantenían leales a la República, así como a los activistas de las milicias populares.[969]

Ahora bien, algunos voluntarios, como el zaragozano Miguel Santos Rodríguez,[970] se presentaron en las sedes de Falange motivados por la voluntad de *defender España* y por el deseo de combatir al enemigo en el frente. Entre estos individuos también había menores de edad como, por ejemplo, Olegario Pérez, quien ingresó en la sección de ametralladoras de una Bandera de Cáceres a inicios de septiembre de 1936;[971] Sebastián Gómez García de Quiroz, quien se incorporó al 3r Batallón-Bandera de Cádiz el 11 de septiembre de 1936;[972] o Carlos Fernández Rojas,

---

[965] GONZÁLEZ CALLEJA, E., "Camisas de fuerza…", p. 77.
[966] En la provincia de Zaragoza había 3.133 falangistas (64% del voluntariado), 995 requetés (22%) y 655 milicianos de otras tendencias (14%); en la de Huesca había 2.044 falangistas (62%), 426 requetés (13%) y 796 de otras tendencias políticas (25%); y los milicianos de Falange de Teruel estaban encuadrados en 162 unidades y los requetés de la provincia en cuatro. En total había 6.481 falangistas, 1.815 requetés y 1.471 milicianos de otras tendencias. CASAS DE LA VEGA, R., *Las milicias nacionales*..., pp. 222-224.
[967] VILLALONGA, L., *Diario de guerra*, Pre-Textos, Valencia, 1997, pp. 11-12.
[968] RUIZ LLANO, G., *Álava. Una provincia en pie de guerra. Voluntariado y movilización durante la Guerra Civil*, Ediciones Beta III Milenio, Bilbao, 2016, p. 81.
[969] Ibid., pp. 72-73.
[970] GIL ANDRÉS, C., *Lejos del frente*…, pp. 125-126.
[971] AGMAV, Milicias Nacionales, 5699,14.
[972] AGA, 52/03717.

quien se presentó en el cuartel de la Falange de Zamora el 4 de octubre de 1936.[973] Estos, sin conocer la ideología falangista, se unieron a Falange por su trayectoria de enfrentamiento abierto con la República, por la implicación de los escuadristas falangistas en las peleas callejeras con los activistas de los partidos de izquierda y de los sindicatos obreros antes de la guerra, y por su retórica violenta sobre el combate heroico alimentada por una mística de la violencia y del heroísmo.[974]

En esta misma línea, cabe destacar la presencia de voluntarios extranjeros que cruzaron la frontera para luchar contra el comunismo.[975] Algunos se alistaron en las milicias de Falange por afinidad ideológica, puesto que muchos de ellos militaban en organizaciones políticas con unos postulados parecidos a los del partido fascista español, como sucedió, por ejemplo, con el noruego Per Imerslung, militante del Nasjonal Samling;[976] con los alemanes Lother Gudde Rendel o Wolfrang von Eynatten, miembros del NSDAP;[977] o con el belga Víctor van der Heyden, afiliado al Christus Rex.[978] Estos vieron la guerra civil como una extensión de las luchas políticas en las que estaban inmersos en sus países, lo que comportó que dejaran de apreciar la especificidad y la dimensión nacional del conflicto español para percibir que combatían en una guerra mundial contra el comunismo.[979] O dicho con las palabras del británico Peter Kemp, voluntario en el requeté y, posteriormente, en la Legión, si «los rojos triunfaban […], el comunismo dominaría en España, pasando después a Francia».[980]

El origen de estos voluntarios era muy heterogéneo. Entre los de origen alemán, por ejemplo, Ruth Possche, se inscribió en las milicias de la Falange de Valladolid;[981] o Johanes Reinhol Revvhagen ingresó en la 1ª Bandera de Cataluña.[982] También había austríacos, como el combatiente apellidado Selzer que prestó servicios de enlace movilizado en la Falange de Salamanca.[983] Procedentes del este de Europa, el húngaro

---

973 AGMAV, Milicias Nacionales, 5772,7.
974 DE LA COLINA, J. "¡Muertos heroicos de la Falange! ¡Presentes!, *Azul. Diario de Falange Española de las JONS* (Córdoba), 6 de octubre de 1936, p. 14; "El sentido del heroísmo", *Aquí estamos*, 21 de noviembre de 1936, p. 9; y "Falangistas de Canarias", *Amanecer* (Canarias), 12 de agosto de 1937, p. 1
975 KEENE, J., *Luchando por Franco*…, p. 294.
976 ALEGRE LORENZ, D., "Voluntariado de guerra en la Europa bajo la ocupación alemana; reclutamiento, motivaciones, *ethos* y experiencias" en ALEGRE, D., ALONSO, M. y RODRIGO, J. (eds.), *Europa desgarrada*…, p. 343.
977 DE MESA, J. L., *Los otros internacionales*…, pp. 155-156.
978 Ibid., p. 179.
979 Así, por ejemplo, cuando estaba en Burgos, Carl von Haartman recordó que la presencia de alemanes, italianos e irlandeses en la capital de la zona rebelde generó una confusión lingüística que hico que tuviera la sensación de que se libraba una guerra internacional, lo que se refuerza con el conocimiento de la presencia de franceses, rusos y escandinavos en el bando republicano. VON HAARTMAN, C., *En nordisk caballero i Francos armé*, Söderström, Helsinki, 1939, p. 17. KEENE, J., *Luchando por Franco*…, p. 14.
980 KEMP, P., *Legionario en España*…, p. 17.
981 AGMAV, Milicias Nacionales, 5646,8.
982 AGMAV, Milicias Nacionales, 5646,6.
983 AGMAV, Milicias Nacionales, 5776,8.

Peter Andreas, por ejemplo, formó parte de la 1ª Bandera de Navarra.[984] Entre los voluntarios de origen británico, Rupert Bellville, por ejemplo, ingresó en una unidad de la Falange de Jerez.[985] También había escandinavos, como los finlandeses Olavo Karpali o Leo Emil Sulamaa.[986] Igualmente, había voluntarios procedentes de Gibraltar, como José Wink Olivero, quien se alistó en Falange el 4 de septiembre de 1936.[987] Por su parte, fuera de Europa, cabe destacar a los de origen hispanoamericano, como al argentino Héctor Colmegna Machi,[988] al boliviano Arturo Reque Meruvia o al peruano Felipe Sassone;[989] así como algunos procedentes de África, como el egipcio Mohamed Ben Sarvet Abdelnavia.[990] Muchos de estos voluntarios, como el finlandés Carl von Haartman,[991] pudieron cruzar clandestinamente los Pirineos por la noche gracias a la existencia de grupos que facilitaban su paso. Sin embargo, no todos los combatientes extranjeros cruzaron la frontera. También había individuos que vivían en España antes del inicio de las hostilidades, como los alemanes Hans Joachim Lucke y Paul Klimkert que residían en Bilbao.[992]

Numerosos voluntarios eran o habían sido militares en su país como, por ejemplo, Carl von Haartman, quien combatió en la Gran Guerra y en la guerra civil finlandesa (27 de enero de 1918-15 de mayo de 1918) movilizado en la Guardia Blanca; o el teniente del ejército húngaro Peter Andreas.[993] Cabe destacar que algunos militares extranjeros, principalmente los de la *Wehrmacht*, ejercieron como instructores en las academias de oficiales y suboficiales. Este fue el caso del alemán Otto Preil Weitia, quien tenía la misión de encargarse de la organización militar de la Falange de Marruecos entre finales de julio y el 1 de octubre de 1936;[994] o de Carl von Haartman, quien fue nombrado instructor de la academia de Pedro Llen.[995] Ahora bien, muchos extranjeros eran jóvenes que desconocían lo que era la guerra, y que veían el conflicto español como la oportunidad de vivir aventuras y conocer un país extranjero, a su gente y su lengua.[996]

---

[984] DE MESA, J. L., *Los otros internacionales*…, p. 194.
[985] KEMP, P., *Legionario en España*, s.l., s.n., s.a., pp. 25-26; e Ibid., p. 213.
[986] DE MESA, J. L., *Los otros internacionales*…, p. 186.
[987] Ibid., p. 224.
[988] COLMEGNA, H., *Diario de un médico argentino en la guerra de España (1936-1939)*, Espasa-Calpe, 1941.
[989] DE MESA, J. L., *Los otros internacionales*…, p. 232-237.
[990] Ibid., p. 247.
[991] VON HAARTMAN, C., *En nordisk caballero i Francos armé*…, p. 7.
[992] DE MESA, J. L., *Los otros internacionales*…, pp. 155-156.
[993] Ibid., p. 194.
[994] Ibid., p. 139.
[995] VON HAARTMAN, C., *En nordisk caballero i Francos armé*…, pp. 25-27.
[996] KEMP, P., *Legionario en España*…, pp. 11-15.

Por su parte, no pocos españoles ingresaron en Falange motivados por lo que consideraban su deber en aquel momento. Este fue el caso de Prudencio Doreste, quien reflexionó sobre lo que

> me convirtió a mí, el hombre más pacífico de Canarias, en el más terrible de los guerreros. Es el hombre sin tacha y sin miedo. ¿Sería por impulsos de la indignación que me produjo el asesinato de Calvo Sotelo? ¿Intervendría en mi ánimo el noble gesto del General Franco? ¿Me arrastraría a ello mi sentimiento patriótico puesto en ebullición con la conducta de los mandarines del Frente Popular? No lo sé. Seguramente todo esto influyó para que, de la noche a la mañana, como vulgarmente se suele decir, me transformara de plumífero sin importancia, en hombre de armas tomar.[997]

En esta línea, otros, como Lorenzo Villalonga, se afiliaron a Falange para impedir el desmoronamiento y el caos del mundo conocido.[998]

En cambio, conscientes del valor de su potencial movilizador como garantía de futuras recompensas, las milicias de partido asumieron la tares como expresión de su pugna interna por la hegemonía del bando rebelde.[999] Así pues, algunos individuos, como Juan Serra Soler, se dieron de alta motivados por el interés de conseguir una posición ventajosa en el nuevo orden en construcción.[1000] Los *camisas viejas* criticaban que estos pretendían ser *héroes de guerra* sin saber lo que era hacer guardia o disparar desde un parapeto.[1001] También señalaban que no debía existir diferencia entre los *camisas viejas* y los *camisas nuevas*. Solo había que hacer una distinción entre los que «llevan la camisa por falangismo y los que son falangistas para llevarla». A estos «falsos» falangistas que ingresaron en el partido fascista para satisfacer su vanidad, o lograr ventajas materiales, era a los que había que «desenmascarar» y «hacerles sentir el peso de nuestro desprecio».[1002]

También había individuos que se afiliaron en una u otra organización movidos por las rivalidades personales. Este fue el caso de algunos caciques que, como el alavés Casimiro Lasheras,[1003] se dieron de alta en Falange para conservar su posición dominante en su localidad ante los caciques que se inscribieron en la CT. Por su parte, aquellos que residían en municipios con poca actividad política se alistaron en la primera

---

[997] DORESTE, P., *Ocho meses de campaña*…, p. 1.
[998] VILLALONGA, L., *Diario de guerra*…, p. 20.
[999] ARTIAGA REGO, A., "Voluntarios para un golpe…", p. 47.
[1000] AGA, 75/20647.
[1001] LLORDÉS BADÍA, J., *Al dejar el fusil. Memorias de un soldado raso en la guerra de España*, Ariel, Barcelona, 1968, p. 312.
[1002] "SERRANO, I., "Camisas viejas y camisas nuevas", *Azul* (Algeciras), p. 1.
[1003] RUIZ LLANO, G., *Álava*…, p. 102.

organización política que llegaba a la villa como sucedió, por ejemplo, con varios jóvenes de los pueblos de la comarca de la Cuadrilla de Montaña Alavesa que se incorporaron a la Primera Línea de Falange durante las primeras semanas de la guerra.[1004] Otros, en cambio, fueron coaccionados para que se alistaran en las milicias de una u otra organización, como fue el caso de varios jóvenes de las localidades alavesas de Fresneda, Espejo, Osma y Salinillas que fueron presionados para que ingresaran en FE de las JONS.[1005] Asimismo, algunos individuos fueron obligados a inscribirse a la Primera Línea de Falange para contrarrestar la influencia del carlismo en Navarra y Álava.[1006]

Falange y la CT fueron las organizaciones políticas que absorbieron la mayoría del voluntariado. Sin embargo, es imposible conocer el número exacto de nuevos afiliados que acudieron a los cuarteles de dichos partidos durante los primeros días de la guerra o tras la entrada de las tropas rebeldes en algunas localidades, como Aznalcázar o Alanís de la Sierra, a causa de la destrucción de la documentación de las delegaciones provinciales del Movimiento durante los años de la Transición. Pese a ello, hemos podido conocer el crecimiento de Falange en algunos pueblos sevillanos, como Paradas o Marchena, y badajocenses, como Higuera de Vargas, gracias a que algunos documentos se han conservado por el desorden que había en dichas delegaciones.[1007] El partido fascista emergió en aquellas localidades que no tenían ningún afiliado antes de la sublevación de julio de 1936 como, por ejemplo, en las villas sevillanas de Valencina de la Concepción -donde se llegó a los 61 miembros a finales de 1936- o en Benacazón -donde se alcanzó a los 295 inscritos a finales de agosto de 1936.[1008] Este también fue el caso de Vigo. El escritor Hernán Quijano rememoró que Falange no existía en la ciudad antes del 18 de julio de 1936 y señaló que los intentos de organizarla por parte de unos pocos *señoritos* de la localidad terminaron en fracaso, porque el falangismo era visto cómo una frívola diversión para los hijos de las familias acomodadas. A pesar de ello, recordó cómo los camisas azules inundaron las calles de Vigo y se apoderaron de la ciudad tras el triunfo de los sublevados en la localidad.[1009]

[1004] Ibid., p. 100.
[1005] UGARTE, J., "El voluntariado alavés en el ejército franquista. Estudio sociológico (1936-1939)" en de RUIZ-MANJÓN CABEZA, O. y GÓMEZ OLIVER, M. (eds.), *Los nuevos historiadores ante la guerra civil*…, p. 63; y RUIZ LLANO, G., *Álava*…, pp. 70-72.
[1006] Ibid., pp. 63-64.
[1007] LAZO DÍAZ, A. y PAREJO FERNÁNDEZ, J.A., "La militancia falangista en el suroeste español…", pp. 237-253; Ibid., *La Falange en la Sierra Norte*…; Ibid., *Las piezas perdidas de la Falange*…,; LAZO DÍAZ, A., *Historias falangistas del sur de España*…; y LAZO DÍAZ, A., *Retrato de fascismo rural en Sevilla*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 2017.
[1008] LAZO DÍAZ, A., *Retrato de fascismo rural en Sevilla*…, pp. 25-26.
[1009] QUIJANO, H., *Galicia mártir*…, pp. 23-24.

También hubo un incremento de la militancia en aquellas localidades que tenían pocos falangistas antes del golpe de estado. Este fue el caso de los pueblos sevillanos de Aznalcázar -donde se pasó de los 37 afiliados en febrero de 1936 a los 63 inscritos a finales de julio de 1936- o de Alanís de la Sierra -donde Falange multiplicó por más de diez las 21 inscripciones de antes del 18 de julio de 1936-, de la villa badajocense de Higuera de Vargas -que pasó de los tres falangistas de antes de la sublevación de julio de 1936 a los 23 miembros cuando las tropas rebeldes entraron en el pueblo el 26 de agosto de 1936 y a los 215 militantes diez días después,[1010] o de Vitoria y Llanada, donde el voluntariado de Falange constituyó el 30% a pesar de que el falangismo apenas existía en la provincia antes del golpe de estado de julio de 1936.[1011] Como recordó el que fuera secretario judicial de Burgos antes de que los sublevados controlaran la ciudad, Antonio Ruiz Vilaplana, la situación de Falange tras el triunfo de los golpistas en el municipio contrastaba con la de antes de la insurrección militar de julio de 1936, cuando el partido fascista no pasaba de ser un grupo apenas conocido, cuyos escasos militantes no tenían ni un local donde reunirse.[1012]

Muchos se dieron de alta en FE de las JONS inmediatamente después de que las tropas rebeldes entraran en sus municipios, como ocurrió, por ejemplo, en las aldeas sevillanas de Marchena -donde se presentó un vecino para tramitar su alta en Falange el mismo día que los sublevados conquistaron la localidad y dos residentes más al día siguiente-, Villaverde del Río -donde la Falange de dicho pueblo tramitó los diez primeros carnés durante los seis días siguientes a que los rebeldes ocuparan la población-, La Campana -donde cinco vecinos se dieron de alta después de que las tropas de Queipo de Llano entraran en la villa a inicios de agosto de 1936- o Cazalla de la Sierra -donde los hombres acudían diariamente a la sede de Falange después de que los golpistas conquistaran el municipio el 12 de agosto de 1936-; otro tanto ocurrió en la población badajocense de Higuera de Vargas -donde 20 hombres se inscribieron en FE de las JONS después de que las tropas rebeldes entraran en el pueblo el 26 de agosto de 1936.[1013]

[1010] LAZO DÍAZ, A. y PAREJO FERNÁNDEZ, J.A., "La militancia falangista en el suroeste español…", pp. 242-243; Íd., *La Falange en la Sierra Norte*…, p. 82; PAREJO FERNÁNDEZ, J.A., "Falangistas y Requetés…", pp. 3-4; LAZO DÍAZ, A., *Historias falangistas del sur de España*…, pp. 201-203; e Íd., *Retrato de fascismo rural en Sevilla*…, pp. 25-26.

[1011] UGARTE, J., "El voluntariado alavés en el ejército franquista. Estudio sociológico (1936-1939)" en de RUIZ-MANJÓN CABEZA, O. y GÓMEZ OLIVER, M. (eds.), *Los nuevos historiadores ante la guerra civil*…, pp. 63 y 69.

[1012] RUIZ VILAPLANA, A., *Doy fe… un año de actuación en la España nacionalista*, Espuela de Plata, Sevilla, 2012, pp. 74-75.

[1013] LAZO DÍAZ, A. y PAREJO FERNÁNDEZ, J.A., "La militancia falangista en el suroeste español…", pp. 242-243; PAREJO FERNÁNDEZ, J.A., *La Falange en la Sierra Norte*…, p. 82; Íd., "Falangistas y Requetés…", pp. 3-4; y LAZO DÍAZ, A., *Historias falangistas del sur de España*…, pp. 201-203.

Los carlistas asistían impotentes a la avalancha de afiliaciones en el partido fascista y al crecimiento de su sección paramilitar, pues el aluvión de nuevas inscripciones en FE de las JONS contrastaba con el escaso desarrollo de la CT en muchas localidades, como se puede apreciar, por ejemplo, en los municipios sevillanos de Marchena -donde 19 personas acudieron al centro de Falange entre el 20 de julio de 1936 (día en el que los sublevados entraron en la población) y el 31 del mismo mes, y 153 durante el mes siguiente, mientras que nadie se inscribió en el partido carlista-, Paradas -donde 93 vecinos se afiliaron en FE de las JONS en agosto de 1936 y ninguno a CT-, Villaverde del Río -donde 164 vecinos se inscribieron en el partido fascista y solo 14 se dieron de alta en la organización carlista-, o Lebrija -donde, en octubre de 1936, Falange tenía 355 nuevos miembros y la CT solo sumó 33 nuevos afiliados.[1014] Este incremento de la militancia también se reflejaba en las secciones paramilitares de ambas organizaciones, pues se pasó de los casi 8.000 escuadristas falangistas y de los 15.000-18.000 requetés de antes del 18 de julio de 1936 a los 37.000 milicianos de Falange y a los 20.000 requetés en octubre de 1936.[1015]

La preponderancia de Falange en la zona rebelde hizo que cambiara de lugar el centro de gravedad del espacio político de la derecha, en la medida de que los falangistas se impusieron al partido mayoritario de la derecha reaccionaria antes del 18 de julio de 1936, la CEDA. En efecto, aunque los cedistas adaptaron su organización juvenil para que actuara como un grupo paramilitar, ello no impidió su práctica desaparición de la escena política como sucedió con el *Zentrum* tras el ascenso al poder de los nazis en Alemania. Y es que, a pesar de que los activistas de su sección juvenil protagonizaron enfrentamientos con los izquierdistas durante los años de la República en paz, la CEDA estaba estructurada para participar solo en la política parlamentaria. Así pues, Falange pasó a ser la organización política dominante en la zona rebelde porque cumplía con los requisitos de una movilización general en un contexto de guerra: un cuerpo paramilitar propio con experiencia previa en el enfrentamiento callejero y una retórica sobre el combate heroico alimentada por una mística de la violencia, del heroísmo y de la juventud.

Durante las primeras semanas de la guerra tuvo lugar una radicalización del espacio contrarrevolucionario que se caracterizaba por la fascistización de sus integrantes, quienes pasaron a asumir como propia la propuesta de revolución nacional

[1014] PAREJO FERNÁNDEZ, J.A., "Falangistas en Marchena…", p. 38; Íd., "La Primera Línea de la Falange…", p. 214; Íd., *Señoritos, jornaleros y falangistas*…, pp. 94-95; Íd., "Falangistas y Requetés…", pp. 3-4; e Íd., *Las piezas perdidas de la Falange*…, p. 97.
[1015] CASAS DE LA VEGA, R., *Las milicias nacionales*..., pp. 22, 39 y 202; ELWOOD, S., *Historia de Falange Española*…, pp. 79-80; y PEÑALBA, M., *Falange Española*…, p. 202.

planteada por el fascismo.[1016] No obstante, dicho proceso empezó antes de la conquista del poder,[1017] más concretamente, durante los años de la República en paz con el financiamiento de grupos fascistas, como *La Conquista del Estado*, las JONS o FE, por parte de los monárquicos alfonsinos; con la influencia del fascismo en los discursos de dirigentes derechistas, como Gil Robles o José Calvo Sotelo;[1018] con la adopción de algunos elementos fascistas por parte de organizaciones derechistas, como las JAP;[1019] con la colaboración entre los activistas de los partidos de la derecha y los falangistas para enfrentarse a los izquierdistas en la calle; y con el trasvase de miembros de una organización a otra. La relación entre el fascismo y los elementos fascistizados no consistía solo en una disputa entre Falange y las demás organizaciones de la derecha reaccionaria para atraer a sus filas a una clientela con unos intereses y unos temores en común, sino que, se basaba, fundamentalmente, en una síntesis ideológica y política de distintas visiones culturales.[1020] Ello hizo que Falange se convirtiera en punto de referencia para amplios sectores de la clase media conservadora angustiados por la crisis política y social del momento gracias a su capacidad para asimilar las distintas corrientes políticas de la derecha reaccionaria que se sentían representadas por el fascismo.[1021]

Los postulados de Falange llegaron a un sector más amplio de la sociedad, porque el fascismo era capaz de integrar en su seno a las distintas corrientes políticas del espacio contrarrevolucionario gracias a su flexibilidad doctrinal y a los puntos que tenía en común con los demás partidos de la derecha reaccionaria, como el catolicismo o el anticomunismo. Ello hizo que los valores defendidos por los falangistas no entraran en contradicción con el núcleo fundamental de los discursos de los derechistas y que, además, fueran fácilmente asumibles por las clientelas de las organizaciones del espacio contrarrevolucionario, quienes estimaban que el fascismo representaba sus

---

[1016] GALLEGO, F., *El Evangelio fascista*…, p. 52.
[1017] SAZ CAMPOS, I., "Paradojas de la historia…", p. 168; y GALLEGO, F., "Fascistization and fascism…", pp. 163-165.
[1018] Este fue el caso de Gil Robles, quien manifestó en abril de 1934 que la CEDA era «un ejército de ciudadanos» porque era «la única fuerza eficaz para dar la batalla a la evolución» ("Alocución de Gil Robles", *el Debate*, 24 de abril de 1934, p. 6), y de Calvo Sotelo, quien se declaró «fascista» en su discurso durante la sesión del Parlamento del 16 de junio de 1936 (Diario de sesiones del Parlamento, 16 de junio de 1936).
[1019] Así, por ejemplo, los miembros de la JAP celebraron concentraciones muy parecidas a los mítines fascistas, como la del 22 de abril de 1934 en El Escorial, usaron el término *Jefe* para referirse a Gil Robles o elaboraron su programa conocido como los 19 Puntos.
[1020] GALLEGO, F., "Fascistization and fascism…", p. 168.
[1021] GALLEGO, F., "La formación de la cultura política del franquismo…". https://grupsderecerca.uab.cat/republicaidemocracia/sites/grupsderecerca.uab.cat.republicaidemocracia/files/P_GALLEGO.pdf [Última consulta: 21 de agosto de 2023]; Íd., "Construyendo el pasado. La identidad del 18 de julio y la reflexión sobre la historia moderna en los años cuarenta" en Íd. y MORENTE, F. (eds.), *Rebeldes y reaccionarios. Intelectuales, fascismo y derecha radical en Europa, 1914-1956*, El Viejo Topo, Mataró, 2011, pp. 281-337; y ALEGRE LORENZ, D., "El fascismo como experiencia interna somatizante: una propuesta de análisis del fascismo español a través del lenguaje" en RUIZ CARNICER, M.A. (ed.), *Falange*…, p. 42.

aspiraciones y combatía sus temores, como la revolución o el *separatismo*, al mismo tiempo que les otorgaba la posibilidad de acabar con la continuidad de la experiencia republicana, así como la modernización política, económica y cultural del país iniciada en 1931.[1022] De este modo, el partido fascista se convirtió en punto de encuentro de los activistas del campo contrarrevolucionario sin que estos se alistaran a otro grupo armado, o sin que estos constituyeran una coalición bajo la apariencia de una sola entidad. Por este motivo, Falange fue la organización política que mejor resolvió los desafíos de la época y la que mejor se adaptó a las circunstancias exigentes de una milicia en tiempo de guerra.

El aumento de la militancia falangista no obedecía solo a la capacidad de organizar una movilización violenta de masas y crear los medios de intimidación y de represión de sus enemigos, sino que, también necesitó de una dinámica de identificación propia que implicaba una política de exclusión de aquellos individuos que, como los *rojos* o los *separatistas*, quedaron fuera del nuevo orden que se pretendía construir.[1023] Sin embargo, también cabe destacar la presencia de algunos izquierdistas en Falange y en sus milicias que, como ejemplifica el caso de Teodoro Recuero,[1024] se dieron de alta para no ser víctimas de las represalias cometidas por los grupos armados que operaban en la retaguardia; o como los izquierdistas de la localidad alavesa de Salinillas de Buradón encarcelados antes de octubre de 1936,[1025] que fueron obligados a enrolarse en la Primera Línea. Asimismo, en ocasiones, una persona se alistó en Falange para responder a la presión ideológica de la comunidad, protegerse a sí mismo y a su familia ante posibles denuncias, y, si era posible, redimir su pasado.[1026]

Ahora bien, aunque los falangistas asesinaron a *rojos* de manera continuada por motivos políticos o por haberse resistido o no al avance de las tropas rebeldes, muchos obreros y campesinos optaron por alistarse en Falange atraídos por su discurso sobre la redención del enemigo y su incorporación al partido fascista sin «distinciones de clase».[1027] Por otra parte, muchos izquierdistas, cansados de las coacciones de los propietarios y de los terratenientes, y sometidos a un paro que iba en aumento en un contexto de crisis económica, se inscribieron en Falange atraídos por su discurso

[1022] GALLEGO, F., "Fascismo y fascistización. La crisis de 1934 y la definición política del período de entreguerras" en ANDREASSI, A. y MARTÍN RAMOS, J.L. (eds.), *De un octubre a otro*…, pp. 287-288.
[1023] GALLEGO, F., "El fascismo como problema o el fascismo sin problema" en COBO ROMERO, F. (ed.), *Fascismo y Modernismo*…, p. 84.
[1024] RECUERO, T., *Hasta Nóvgorod. Crónica de un viaje*, West Indies Publishing Company, Sevilla, 2021, pp. 37-39.
[1025] RUIZ LLANO, G., *Álava*…, p. 149.
[1026] GIL ANDRÉS, C., *Lejos del frente*…, p. 129.
[1027] "Obreros:", *La Falange: diario de la tarde*, n.º 64, 12 de noviembre de 1936, p. 1; CODESO, J.L., "¡Arriba España!", *Azul* (Algeciras), 25 de enero de 1937, p. 4; y ALCALÁ, C., *Manuel Hedilla. 235 días al frente de la Falange*, Sierra Norte Digital, Madrid, 2021, p. 95.

presuntamente revolucionario, antiburgués, anticapitalista e integrador en el que se defendía los intereses de los trabajadores y de los labradores, y se apelaba a la justicia social, así como a la revolución social y agraria para mejorar sus condiciones de vida y de trabajo.[1028]

Con la afiliación de obreros y campesinos, así como de individuos pertenecientes a las clases medias conservadoras y a las familias acomodadas, Falange se convirtió en un partido de masas integrado por un sector muy heterogéneo de la sociedad. Sin embargo, la mayoría de los nuevos reclutas pertenecía a la clase trabajadora. Así, por ejemplo, el 50,81% de la militancia de Falange en Sevilla antes de abril de 1937 eran obreros y campesinos;[1029] el 45% de la afiliación en los pueblos sevillanos de Cazalla de la Sierra y Alanís de la Sierra estaba constituida por trabajadores, jornaleros y asalariados;[1030] o la aldea sevillana de Paradas, donde la mayoría de los habitantes que se dieron de alta eran obreros con ocupaciones o actividades que se caracterizaban por la penuria económica.[1031] Como declaró Hedilla en una entrevista a un corresponsal de la agencia alemana *Deutsches Nachrichtenbüro* el 26 de septiembre de 1936, «la rica burguesía y la aristocracia han dado hasta ahora pocos fascistas. Los trabajadores intelectuales y manuales, los obreros, los artesanos, los campesinos, al contrario, afluyen compactos y entusiastas».[1032] A pesar de la inclusión de obreros y campesinos en sus filas, FE de las JONS no perdió su condición de fascista. Esta era una característica común de los partidos fascistas europeos; en los *Fasci di combattimento* poco antes de la marcha sobre Roma en octubre de 1922, el 49% de los activistas eran agricultores y trabajadores; y en las SA, poco antes de que Hitler fuera proclamado canciller el 30 de enero de 1933, el 55% de la militancia eran obreros y empleados.[1033]

A pesar de la presencia predominante de activistas de clase trabajadora, en las filas de FE de las JONS solo había un reducido número de afiliados con un pasado

---

[1028] "Voz de la Verdad. A los Obreros", *Arriba España*, 1 de agosto de 1936, p. 4; "¡Jóvenes obreros! ¡Jóvenes campesinos!", *La Falange: diario de la tarde*, 5 de septiembre de 1936, p. 3; "El Campesino español en la Falange", *Aquí estamos*, 12 de septiembre de 1936, p. 2; "Central Obrera Nacional Sindicalista. Obrero:", *Azul: Diario de Falange Española de las JONS* (Córdoba), n.º 9, 11 de octubre de 1936, p. 15; "El jefe de la Junta de Mando de FE-JONS Manuel Hedilla a los obreros y campesinos de la España roja", *Azul* (Córdoba), 30 de enero de 1937, pp. 6-7; "El jefe de la Junta de Mando de FE-JONS Manuel Hedilla a los obreros y campesinos de la España roja", *Azul* (Algeciras), 8 de febrero de 1937, pp. 5-6; y ALCALÁ, C., *Manuel Hedilla*…, p. 88.

[1029] La composición de la militancia falangista en Sevilla antes de abril de 1937 era la siguiente: jornaleros (33,76%), empleados (8,66%), obreros (8,39%), artesanos (12,72%), comerciantes (7,3%), labradores (9,26%), profesiones liberales (7,36%), funcionarios (4,44%), propietarios (1,23%), hortelanos (3,2%) y estudiantes (1,52%). PAREJO, FERNÁNDEZ, J.A., "Falangistas y Requetés…", p. 5.

[1030] PAREJO FERNÁNDEZ, J.A., *La Falange en la Sierra Norte*…, pp. 87-90.

[1031] RODRIGUEZ CENIZO, J.F., "Los primeros meses de la Guerra Civil en Paradas. La actuación de Falange Española de las JONS en Paradas" en NAVAJAS ZUBELDIA, C. e ITURRIAGA BARCO, D. (eds.), *Coetánea*…, pp. 243-244.

[1032] ALCALÁ, Á., *Manuel Hedilla*…, p. 48.

[1033] LAZO DÍAZ, A., *Historias falangistas del sur de España*…, p. 50.

izquierdista. Así, por ejemplo, poco más del 10% de los nuevos falangistas de Álava habían militado en alguna organización izquierdista antes de julio de 1936;[1034] el 9,16% de los nuevos miembros de Falange en Sevilla procedía de un partido de la izquierda (el 0,18% del PCE, el 1,55% del PSOE, el 0,78% de la CNT, el 2,14% de Unión Republicana (UR), el 1,09% de la UGT y el 0,05% del Partido Republicano Radical Socialista); o, entre los nuevos reclutas de las villas sevillanas de Aznalcázar y Valencina, solo el 15,4% habían estado afiliados en una organización izquierdista antes de que los golpistas entraran en dichos pueblos.[1035] Se evidencia la existencia de unos vasos comunicantes entre el activismo fascista y la militancia de las organizaciones de izquierda y de extrema izquierda, que se caracterizaba por el trasvase de miembros de estas últimas a las filas del fascismo. Por el contrario, entre los nuevos miembros de FE las JONS había muchos antiguos derechistas. Así, por ejemplo, el 33,4% de los nuevos falangistas sevillanos habían militado en algún partido de la derecha antes del triunfo de los golpistas en la ciudad,[1036] o el 28,57% de los nuevos militantes que ingresaron en Falange en el pueblo de Paradas estuvo afiliado en AP durante los años de la República en paz.[1037] Sin embargo, la mayoría de los nuevos activistas eran individuos que no habían militado en ninguna organización política antes del 18 de julio de 1936; así ocurrió, por ejemplo, en Sevilla, donde el 57,46% de los nuevos falangistas no tenía antecedentes políticos, o en Paradas, donde ese porcentaje era del 60,61%.[1038]

Ahora bien, la ambigüedad del discurso falangista permitió una doble interpretación de su proyecto; los militantes pertenecientes a las clases privilegiadas entendían que solo se pretendían realizar cambios superficiales, mientras que, por su parte, los activistas de origen más humilde lo interpretaban de una forma más radical.[1039] A causa de ello, se produjeron disputas entre falangistas de clase trabajadora y dirigentes pertenecientes a familias acomodadas. Así sucedió, por ejemplo, con unos escuadristas destinados al frente de Casares (Málaga) que acusaron a un dirigente de las milicias de irse a la retaguardia para almorzar y disfrutar de la siesta mientras sus subordinados permanecían en el frente sin comer ni dormir;[1040] con las denuncias contra el jefe local de la Falange de Cádiz, José Joaquín Lahera, el secretario general, Juan Ramón Cilleruelo, y contra otro jefe falangista, José M.ª Quintero, por sus frecuentes noches de orgía en cabarets y prostíbulos mientras sus hombres se jugaban la vida en

[1034] RUIZ LLANO, G., *Álava*…, pp. 98.
[1035] PAREJO FERNÁNDEZ, J.A., *Las piezas perdidas de la Falange*…, pp. 86-88; y LAZO DÍAZ, A., *Retrato de fascismo rural en Sevilla*…, p. 36.
[1036] PAREJO FERNÁNDEZ, J.A., *Las piezas perdidas de la Falange*…, pp. 87-88.
[1037] PAREJO FERNÁNDEZ, J.A., "Falangistas en Marchena….", p. 37.
[1038] Ibid., p. 37; e Íd., *Las piezas perdidas de la Falange*…, p. 88.
[1039] LAZO DÍAZ, A., *Historias falangistas del sur de España*…, pp.247-248.
[1040] Ibid., p. 229.

el frente;[1041] o con el jefe provincial de Sevilla, Pedro Gamero, quien montó en colera al enterarse de que varios responsables de las unidades de la Primera Línea sevillana abandonaron el frente para marcharse de vacaciones a la playa.[1042] Estos choques también enfrentaron a milicianos que procedían de familias ricas con dirigentes de clase trabajadora. Este fue el caso del jefe local de la Falange de Cádiz, mecánico de profesión, que el 15 de marzo de 1937 abofeteó a dos jóvenes escuadristas de familias acomodadas por negarse a ir al frente.[1043] En este sentido, aunque los *señoritos* que militaban en FE de las JONS vestían la misma camisa azul que los activistas que tenían un origen más humilde, estos últimos estimaban que los actos de indisciplina cometidos por los primeros eran equivalentes a los abusos que habían perpetrado desde siempre los individuos procedentes de las familias acomodadas.

En esta misma línea, algunos militantes de FE de las JONS también protagonizaron altercados con *señoritos* que no militaban en el partido. Este fue el caso del jefe local de la Falange de Huelva, quien impuso una multa de 25 pesetas a un notable del pueblo onubense de Cortegana por negarse a colaborar con el Auxilio de Invierno.[1044] Del jefe de FE de las JONS de la villa badajocense de Higuera de Vargas, veterinario de profesión, quien propuso expropiar entre un 20% y 50% de las tierras de los grandes propietarios del término para que pasaran a ser haciendas públicas y parcelas a repartir entre los yunteros y los jornaleros del municipio.[1045] De los dirigentes falangistas de varios pueblos sevillanos, como Palomares del Río, Almensilla, La Puebla del Río o Coria del Río, que obligaron a los propietarios a pagar a los trabajadores unos jornales muy superiores a los que les abonaban. Uno de esos terratenientes, Álvaro García Carranza -hermano del falangista Pepe el Algabeño-, se negó a ello, lo que hizo que el jefe local de Falange de Palomares del Río acudiera a la jefatura provincial y este a Queipo de Llano para que el latifundista fuera multado con 5.000 pesetas y estuviera obligado a entregar a sus jornaleros el doble de lo que había dejado de pagarles. No obstante, Queipo de Llano acabó levantando la multa y el jefe local de Falange de Palomares del Río fue presionado para que dimitiera.[1046] Ello puso de manifiesto que, por muy revolucionarios y sociales que se presentaran, los falangistas no podían hacer nada para acabar con los abusos a los trabajadores porque FE de las JONS solo era un

[1041] Ibid., p. 227.
[1042] Ibid., p. 229.
[1043] Ibid., p. 230.
[1044] LAZO DÍAZ, A. y PAREJO FERNÁNDEZ, J.A., "La militancia falangista en el suroeste español…", p. 251.
[1045] Ibid., p. 251.
[1046] Ibid., p. 252.

socio más de las organizaciones políticas que integraban las fuerzas contrarrevolucionarias que estaban subordinadas al ejército.

El ambiguo mensaje falangista y los altercados con miembros de las clases acomodadas generaron intranquilidad y desconfianza entre los partidos de la derecha tradicional porque veían a los activistas de Falange como los portadores de un pensamiento y de un proyecto contradictorio con su imaginario político. Es más, consideraban que su discurso tenía pocas diferencias con el mensaje de los *rojos* por sus continuas referencias a la reforma agraria y por sus constantes críticas al orden establecido. Los miembros de las organizaciones de la derecha tradicional valoraban que FE de las JONS era un elemento distorsionante y anómalo incrustado entre las fuerzas contrarrevolucionarias, porque estimaban que los falangistas buscaban la movilización de las masas sin importarles si estas provenían de la izquierda.[1047] Para hacer frente a la amenaza que suponía para ellos el crecimiento del partido fascista, los derechistas realizaron una campaña de descrédito en la que se acusaba a los nuevos militantes de Falange de izquierdistas que se alistaron en la Primera Línea para salvar la vida y de oportunistas que aspiraban a conseguir una posición influyente en el nuevo orden en construcción. Para ello emplearon términos y expresiones como, por ejemplo, «FAIlange», «camisa azul=salvavidas» o «nuestros rojos» para referirse al partido fascista y a sus milicianos.[1048]

El incremento de la militancia de Falange fue contemplado con desconfianza por parte de unos aliados a quienes el desarrollo del partido fascista no les importaba lo más mínimo antes de la sublevación de julio de 1936 porque, hasta ese momento, Falange era un grupo minoritario que no suponía ninguna amenaza para los objetivos de las organizaciones de la derecha tradicional. Ello cambió con el crecimiento del partido fascista durante los primeros meses de la guerra, lo que hizo que los derechistas vieran a los falangistas como unos competidores serios que no escondían su objetivo de monopolizar el Estado en el momento del triunfo.[1049] Sin embargo, el aumento masivo de la militancia falangista no supuso un cambio sustancial del *status* de FE de las JONS dentro de la jerarquía del bando rebelde porque, tanto el partido fascista, como su sección paramilitar, estaban subordinados a la autoridad del ejército.

Los militares también desconfiaron de FE de las JONS. Como declaró Queipo de Llano, «habrá que estar atento a tal agrupación que se presenta con el espíritu de

[1047] PAREJO FERNÁNDEZ, J.A., "La Primera Línea de la Falange…", p. 210; Íd., *La Falange en la Sierra Norte de Sevilla*…, pp. 131-132; y LAZO DÍAZ, A., *Historias falangistas del sur de España*…, pp. 25-26.
[1048] PAREJO FERNÁNDEZ, J.A., "La Primera Línea de la Falange…", pp. 217-218.
[1049] PEÑALBA, M., "Boinas rojas, camisas azules: las milicias *nacionales* en la guerra civil española" en MATTHEWS, J. (ed.), *España en guerra*…, pp. 70-72.

honradez y de patriotismo» por «tantas semejanzas» que podían observarse entre el falangismo y el socialismo.[1050] A ello hay que sumarle las disputas que se produjeron entre la oficialidad y los falangistas como, por ejemplo, la acaecida el 11 de octubre de 1936 con la detención de los milicianos de la Falange de Toledo que participaron en la defensa del alcázar por haber abandonado sus posiciones sin autorización para ir a Zaragoza tras ser llamados por el jefe provincial de Aragón, Jesús Muro, y *contagiar* «con su entusiasmo y sus vivencias a los falangistas aragoneses que combaten en el frente».[1051] Estos milicianos fueron excarcelados a los pocos días de ser detenidos. En su defensa, Hedilla expuso que los escuadristas que habían guarnecido las posiciones del alcázar eran ciudadanos que aceptaron la disciplina militar durante el asedio, pero que su compromiso terminó en el momento que se puso fin a este. Además, declaró que los falangistas estaban subordinados a los mandos del partido y no a la ley marcial ni a la disciplina castrense porque no formaban parte del ejército.[1052]

Otro caso tuvo lugar el 2 de febrero de 1937, cuando los dirigentes locales de Falange, sin la aprobación de Franco, difundieron en Burgos el discurso de José Antonio Primo de Rivera sobre las elecciones de febrero de 1936. Para garantizar su divulgación, los falangistas distribuyeron varios destacamentos con la intención de controlar los puntos estratégicos de la ciudad para impedir que las fuerzas policiales pudieran acceder a las calles en las que sus camaradas distribuían los impresos. Los miembros de Falange también realizaron la lectura radiofónica del discurso tras entrar en Radio Castilla equipados con cuerdas para atar a los trabajadores que se opusieran a ello. Como resultado, varios falangistas -entre los que cabe destacar a José Antonio Girón de Velasco, Dionisio Ridruejo, Antonio Tovar, Narciso García y a Javier Martínez de Bedoya- fueron detenidos y liberados a los pocos días, para luego, ser vigilados por el SIPM.[1053]

Aunque FE de las JONS se convirtió en la organización política más importante del bando rebelde, los *camisas viejas*, a pesar de ocupar los cargos de mayor responsabilidad, eran una minoría dentro del partido. Cabe destacar que buena parte de los voluntarios que se alistaron en FE de las JONS y se inscribieron en la Primera Línea desconocían la ideología falangista, pues lo que les llevó a darse de alta no era tanto el programa del partido fascista, sino su trayectoria de enfrentamiento abierto con el régimen republicano, así como la implicación de sus escuadristas en los combates

[1050] FERNÁNDEZ-COPPEL, J., *Queipo de Llano*…, pp. 76-77.
[1051] GARCÍA VENERO, M., *Testimonio de Manuel Hedilla*…, p. 243; y JEREZ RIESCO, J.L., *Falange imperial*…, p. 311.
[1052] JEREZ RIESCO, J.L., *Falange imperial*…, p. 313.
[1053] RIDRUEJO, D., *Casi unas memorias*…, pp. 197-198; y GARCÍA VENERO, M., *Testimonio de Manuel Hedilla*…, p. 381.

callejeros con los activistas de las organizaciones de izquierda y de los sindicatos obreros durante los años de la República en paz.[1054] Por otra parte, muchos de los nuevos miembros desobedecieron las órdenes de sus superiores, especialmente aquellas relacionadas con el intento de limitar los asesinatos en la retaguardia y en los territorios recién conquistados. Así pues, el crecimiento de la militancia falangista pasó a ser un factor de inestabilidad causado por el desconocimiento de la ideología del partido y por la indisciplina de la mayoría de los nuevos afiliados.[1055]

A ello hay que sumarle otro factor de inestabilidad que privó de autonomía y de claridad doctrinal a la organización falangista durante los primeros meses de la guerra: la imposibilidad de los principales jefes de Falange de liderar el partido por estar encarcelados en la zona republicana, como Primo de Rivera en Alicante o Raimundo Fernández-Cuesta en Madrid, por haber sido asesinados en una saca, como Julio Ruiz de Alda, o por haber caído en el frente, como Onésimo Redondo, durante las primeras semanas de las hostilidades. Ello hizo que en la Falange de los primeros meses de la guerra hubiera una carencia de un liderazgo sólido y de una cadena de mando centralizada, lo que comportó que hubiera distintos focos de poder provincial escasamente coordinados. Como consecuencia de ello, se originaron dinámicas cantonalistas por parte de unos líderes locales y regionales que comandaron como señores de la guerra las unidades paramilitares que estaban bajo su mando. También se generaron crecientes discrepancias internas entre los jefes provinciales que rivalizaron entre sí por conseguir parcelas de poder dentro del partido y por tener una mayor influencia en la orientación estratégica de la organización. Dicha situación era todo lo contrario al estado de la Falange de los años de la República en paz, cuando FE de las JONS contaba con pocos militantes y con un liderazgo fuerte y centralizado. Como señaló Rafael Garcerán,

> la Falange de la primera época, sin masas bastantes para acometer la revolución tenía una cabeza y una doctrina geniales. Desde Julio se dio el supuesto contrario; había agrupado una enorme cantidad de material humano, y en este trance decisivo, en plena guerra, se encontró sin su jefe y sin sus principales jerarcas.[1056]

Los dirigentes de la organización que estaban en la zona rebelde se reunieron el 2 de septiembre de 1936 para constituir la JMP y poner fin a esta situación. Dicho órgano estaba compuesto por Agustín Aznar, José Sainz, Jesús Muro, José Moreno, Francisco

[1054] AROSTEGUI J., "Sociedad y milicias en la Guerra Civil Española…", pp. 11-179; y GONZÁLEZ CALLEJA, E., "Experiencia en combate…", p. 46.
[1055] THOMÁS, J.M., *Lo que fue la Falange*…, p. 165; y PRADA RODRÍGUEZ, J., "Que jamás la sangre derramada…", p. 423.
[1056] GARCERÁN, R., *Falange*…, p. 10.

Bravo, Andrés Redondo y Manuel Hedilla, siendo este último designado jefe provisional de la misma porque los demás dirigentes creían que tendrían una fuerte influencia sobre él y podrían desplazarlo fácilmente de la dirección después de que Primo de Rivera fuera rescatado de la prisión de Alicante y se pusiera al frente de la organización. De esta manera, se reafirmó el carácter de improvisación que tomó Falange durante los primeros meses de la guerra. Por su parte, Hedilla, quien creía que fue elegido para que ejerciera el cargo con todas sus consecuencias, tenía como prioridad organizar nuevas banderas, reconstituir los órganos del partido de antes de su ilegalización en marzo de 1936 y nombrar nuevos líderes provinciales, como Dionisio Ridruejo como jefe de la Falange de Valladolid, para sustituir a los dirigentes encarcelados o muertos durante las primeras semanas de la guerra.[1057] Sin embargo, la jefatura de Hedilla se vio dificultada por la dispersión territorial de la organización y por la división que no tardó en hacerse patente entre sus partidarios y los *legitimistas*, quienes, aglutinados en torno a Pilar Primo de Rivera, se oponían a su liderazgo.

Durante las primeras semanas de la guerra, las milicias de los partidos que secundaron el golpe de estado disponían de una autonomía respecto de la jurisdicción del ejército de la que no volverían a disfrutar jamás. Los militares rebeldes buscaron someterlas a la autoridad castrense para poner fin a su autonomía y terminar con la rivalidad entre las organizaciones políticas, porque estimaban que la politización era un elemento perjudicial para el esfuerzo de guerra por la incidencia *negativa* que tenía sobre la disciplina de los combatientes.[1058] Para militarizar las milicias y que sus integrantes fueran simples soldados sujetos a la disciplina castrense, los sublevados organizaron batallones mixtos integrados por destacamentos del ejército regular y por milicias de partido. Así sucedió, por ejemplo, con el Batallón América, cuya primera compañía estaba formada por regulares, la segunda por falangistas y la tercera por requetés.[1059] A pesar de su incorporación en los batallones del ejército, los milicianos conservaron su identidad política porque mantenían sus denominaciones y, en muchos casos, su uniforme y sus emblemas.

Con la incorporación de las milicias en los batallones mixtos, los sublevados también querían solucionar sus carencias como, por ejemplo, la inexperiencia de sus mandos naturales en el combate. Como dicta el decreto del 7 de septiembre de 1936, había una necesidad de que el comando de las unidades milicianas recayera en aquellos que estuvieran «verdaderamente capacitados para su ejercicio». De este

[1057] MORENTE. F., *Dionisio Ridruejo*…, pp. 130-131.
[1058] AROSTEGUI J., “Sociedad y milicias en la Guerra Civil Española…”, p. 15.
[1059] AROSTEGUI, J., *Combatientes requetés*…, p. 352.

modo, se pretendía que las milicias de partido estuvieran dirigidas por militares profesionales y no por sus líderes naturales. Para suplir la carencia de mandos a causa de la división de las fuerzas armadas tras el golpe de estado, los rebeldes habilitaron a oficiales retirados siempre que acreditaran «condiciones de mando práctico» y hubieran demostrado «aptitudes y valor» en las operaciones realizadas.[1060] Ello comportó que algunas unidades de Falange estuvieran comandadas por militares retirados por la Ley Azaña de 1931, como los capitanes Alberto Antón Orejuela y Cesar Collado. Por su parte, el propio Manuel Hedilla, en su circular del 19 de septiembre de 1936, afirmó que, debido a las «enseñanzas de la campaña», era vital que «las unidades de Falange que sean destinadas al frente vayan mandadas y encuadradas por oficiales y jefes del Ejército» o por los «mandos naturales» de la organización en caso de que fueran militares.[1061]

Debido a la necesidad de ganar la guerra, la JDN, primero, y el llamado Cuartel General del Generalísimo (CGG), después, aplazaron el desarrollo de la actividad política para alejarse de todo partidismo porque estimaban que el carácter de símbolo de *unidad nacional* debía atribuírsele al ejército.[1062] Para evitar que las milicias de partido se convirtieran en un contrapoder, los golpistas buscaron supeditarlas a la autoridad castrense eliminando cualquier señal de autonomía política aprobando una serie de decretos como, por ejemplo, el del 4 de agosto de 1936 que prohibió «todo saludo que no sea el reglamentario» en el frente para acabar con las actuaciones políticas que significaran una inclinación a favor de determinadas ideologías;[1063] el del 25 de octubre de 1936 para restringir las «propagandas políticas» por medio de un control de todas aquellas celebraciones y manifestaciones que tuvieran un componente político;[1064] o el de noviembre de 1936 que reconoció los cargos desempeñados por el personal de milicias y su equiparación con los grados militares para que la autoridad miliciana recayera en los oficiales del ejército y, de esta manera, se bloquearan las aspiraciones de los mandos naturales de las organizaciones que secundaron la sublevación.[1065]

Finalmente, con la aprobación del decreto del 20 de diciembre de 1936 se culminó la militarización de las milicias. En dicha resolución se ordenó que los milicianos quedaran sujetos al Código de Justicia Militar, lo que comportó que las faltas que

[1060] BJDN, n.º 17, 9 de septiembre de 1936, pp. 1-2.
[1061] GARCÍA VENERO, M., *Historia de la Unificación*…, p. 50; e Íd., *Testimonio de Manuel Hedilla*…, p. 254.
[1062] PRADA RODRÍGUEZ, J., "Que jamás la sangre derramada…", (2002), p. 422.
[1063] LEIRA CASTIÑEIRA, F.J.; "Los «soldados de Franco». Entre la movilización ciudadana y el reclutamiento militar obligatorio, Galicia, 1936-1939", *Revista Universitaria de Historia Militar*, vol. 2 n.º 111 (2013), p. 25.
[1064] AROSTEGUI, J., *Combatientes requetés*…, p. 136.
[1065] PRADA RODRÍGUEZ, J., "Que jamás la sangre derramada…", p. 425.

cometieran fueran sometidas a las normas disciplinarias castrenses; que las unidades milicianas que combatían en el frente pasaran a estar comandadas por jefes u oficiales del ejército, y las patrullas que servían en la retaguardia quedaran subordinadas a la autoridad de la Guardia Civil; y, además, se prohibió que las milicias pudieran ser desmovilizadas sin la autorización expresa de la autoridad militar de la que dependían directamente.[1066] Como recordó el falangista de la 26ª centuria de Falange de Burgos, Domínguez Isla, se trató «de maniobrar para restar fuerza a Falange y al Requeté»,[1067] pues, de este modo, las secciones milicianas quedaron fuera de la jurisdicción de sus jefes naturales, pese a que conservaron su personalidad política con el mantenimiento de sus emblemas y denominaciones. Aunque las unidades paramilitares eran fuerzas militares prácticamente desde el inicio de las hostilidades,[1068] dicha resolución no estaba motivada por una necesidad militar, sino por el deseo del CGG de someterlas a la disciplina castrense. De este modo, se pone de manifiesto que los objetivos militares estaban relacionados con los políticos y que la finalidad del ejército no consistía solo en ganar la guerra, sino, también, en controlar y depurar la comunidad nacional a partir de la vigilancia y detención de aquellos que no se sometieran a su autoridad.[1069] Como respuesta a este decreto, la JMP propuso sin éxito que se reformara dicha resolución en enero de 1937 para evitar perder el control sobre sus milicias.[1070]

Aunque la subordinación de las milicias de partido a la autoridad del ejército se culminó con la aprobación del decreto del 20 de diciembre de 1936, a partir de enero de 1937 se continuaron dictando órdenes para mantenerlas bajo control y reprimir cualquier intento de independizarse de la jerarquía militar. Este fue el caso de la orden aprobada el 24 de enero de 1937 para designar al coronel José Monasterio inspector de milicias,[1071] o la del 28 del mismo mes para disponer que los milicianos que aspiraran a puestos de comandancia ingresaran en los centros preparatorios organizados por el ejército.[1072]

En definitiva, a diferencia del bando republicano que organizó su ejército a partir de las milicias populares, los sublevados, por medio de diferentes decretos, convirtieron

---

[1066] BOE, n.º 112, 22 de diciembre de 1936, p. 456; y "Las milicias y fuerzas auxiliares movilizadas quedan sujetas al Código de Justicia Militar", *Heraldo de Aragón*, 23 de diciembre de 1936, p. 7.
[1067] GARCÍA VENERO. M., *Testimonio de Manuel Hedilla*…, p. 334.
[1068] Así, por ejemplo, con el decreto del 9 de agosto de 1936, se ordenó que aquellos que insultaran o agredieran a todo militar o individuo perteneciente a las milicias serían «perseguidos en juicio sumarísimo» (BJDN, n.º 3, 30 de julio de 1936, p. 1); o con la orden del 23 de noviembre de 1936 que dictaminó que los beneficios que se concedían al personal del ejército, tanto en activo como en retirado, fueran extensivos a los que prestaban servicio en las milicias (BOE, n.º 38, 11 de noviembre de 1936, p. 4).
[1069] ALONSO IBARRA, M., *El ejército sublevado en la Guerra Civil Española*…", p. 442.
[1070] PEÑALBA, M., *Falange Española*…, pp. 203-204.
[1071] BOE, n.º 126, 24 de enero de 1937, p. 194.
[1072] BOE, n.º 130, 28 de enero de 1937, p. 244; y GARCÍA VENERO, M., *Testimonio de Manuel Hedilla*…, p. 345.

a los milicianos en soldados sujetos a la disciplina castrense y moldearon las unidades milicianas anulándolas políticamente y privándolas de sus rasgos esenciales, así como de toda su autonomía, para anexionarlas al ejército porque las contemplaban con desconfianza, en especial a las milicias de Falange por el gran crecimiento de su militancia durante las primeras semanas del conflicto, y por el temor de que se constituyeran como un contrapoder. De este modo, la JDN, primero, y el CGG, después, sometieron las milicias de partido (no solo las falangistas) a la autoridad castrense e intensificaron su control sobre ellas al mismo tiempo que pusieron fin a las distintas tentativas políticas, como la de Manuel Hedilla de transformar la Primera Línea en un instrumento al servicio de la revolución nacionalsindicalista.[1073] Este proceso culminó con la concentración de todo el poder militar en las manos de Franco, quedándole a este solo la conquista del poder político que residía en las organizaciones políticas hasta la aprobación del decreto de unificación política del 19 de abril de 1937.

5.1.1. Falangistas en el frente del sur

Los sublevados concebían el conflicto en el sur del país como una guerra irregular y antipartisana. Por este motivo, organizaron columnas para enfrentarse al enemigo y someter los focos de resistencia que se originaron en el sur peninsular y otras para dirigirse a Madrid, y conquistar los municipios que encontraban a su paso. Los combatientes de dichas unidades realizaron las mismas maniobras que había empleado el ejército colonial durante la campaña de Marruecos, porque los oficiales que las comandaban desconocían tácticas alternativas a las que habían aplicado en la guerra colonial. Así pues, cuando divisaban un destacamento enemigo, los integrantes de dichas columnas efectuaban una maniobra envolvente para evitar que los combatientes del bando contrario pudieran huir. Estas tácticas tuvieron éxito gracias a que el terreno se caracterizaba por no ser montañoso ni abrupto como en el norte peninsular, lo que facilitó que los capitanes de dichos destacamentos, acostumbrados a una guerra móvil en un frente amplio con batallas esporádicas en las que se buscaba rodear al enemigo para atacarlo desde diferentes ángulos,[1074] pudieran aplicar con éxito las estrategias que emplearon durante la campaña en Marruecos. La experiencia de la guerra colonial aportó una forma de combatir en un momento en el que era necesario la conquista rápida del territorio y de la capital del país para derrotar al enemigo y acabar la guerra.

[1073] PRADA RODRÍGUEZ, J., ""Ya somos todos uno". La unificación de las milicias en la retaguardia franquista: el caso orensano", *Segon Congrés Recerques Enfrontaments civils: Postguerres i reconstruccions*, Lleida, 10-12 de abril de 2002, pp. 1108-1109; e Íd., "Que jamás la sangre derramada…", p. 428.
[1074] BALFOUR, S., *Abrazo mortal*…, p. 443.

Los oficiales del ejército sublevado estaban acostumbrados a que sus tropas fueran superiores en número y en armamento a las unidades enemigas. Como sucedió en la campaña de Marruecos, dichos capitanes comandaban unas columnas que estaban mejor equipadas que las fuerzas del adversario, pues las milicias populares no disponían de carros de combate ni de artillería pesada y, asimismo, la mayoría de sus integrantes luchaba con la primera arma que encontraba. A ello hay que sumarle que buena parte de la oposición que encontraron durante su trayecto a Madrid estaba constituida por unos milicianos inexpertos en el combate armado, pues su única experiencia consistía en los enfrentamientos callejeros con los falangistas y con los activistas de los partidos de la derecha reaccionaria durante los años de la República en paz. Todo ello comportó que, por ejemplo, las columnas que salieron de Sevilla a inicios de agosto de 1936 ocuparan fácilmente las localidades que encontraron a su paso y avanzaran rápidamente hacia Madrid durante los primeros días de la marcha, pero, tras recorrer 120 kilómetros en dos días, el movimiento de las tropas se ralentizó cuando llegaron a Extremadura en la noche del 4 de agosto de 1936 y, sobre todo, tras la ocupación de Badajoz diez días después.

Después de que el Ejército de África desembarcara en el sur peninsular a finales de julio de 1936, Franco ordenó que se organizaran en Sevilla tres columnas al frente del teniente coronel Juan Yagüe para que se dirigieran a Madrid. La primera salió el 2 de agosto de 1936 bajo las órdenes del teniente coronel Carlos Asensio Cabanillas. Sus fuerzas se dirigieron a Extremadura sin encontrar resistencia por Andalucía. El día siguiente marchó la columna dirigida por el comandante Antonio Castejón, que se dirigió un poco más al este respecto a las fuerzas capitaneadas por Asensio. La tercera, comandada por el teniente coronel Heliodoro Rolando de Tella Cantos, partió el 8 de agosto de 1936 y avanzó rápidamente al encuentro de los otros dos destacamentos.[1075] En dichas unidades había legionarios, regulares y afiliados de las distintas organizaciones políticas que secundaron el golpe de estado, siendo la mayoría de ellos milicianos de la Primera Línea de Falange. Aunque su principal objetivo era la conquista de Madrid, rápidamente se desechó el itinerario más directo hacia la capital del estado y se optó por el trayecto de Extremadura que, a pesar de que las principales ciudades estaban controladas por los republicanos y los activistas de las milicias populares, era considerada una ruta menos vulnerable para un ataque enemigo desde la retaguardia porque su flanco izquierdo estaba delimitado por la frontera con Portugal.

[1075] SAGARRA, P., GONZÁLEZ, O. y MOLINA, L., *Grandes batallas de la Guerra Civil Española*…, pp. 67.

Las escasas unidades del ejército sublevado y las milicias de partido en el sur del país se localizaban en unos emplazamientos situados en ubicaciones clave que, normalmente, eran poblaciones más o menos importantes para, así, maximizar su capacidad de control sobre el territorio por medio de una continua actividad itinerante alrededor de sus bases de operaciones.[1076] Estas fuerzas tenían la misión de guarnecer los enclaves controlados e invadir las posiciones dominadas por el enemigo, mientras las columnas que partieron de la capital hispalense a inicios de agosto de 1936 se dirigían a Madrid. Los golpistas destinaron banderas integradas por falangistas sevillanos y por escuadristas de algunos municipios de la región, como Osuna o Morón de la Frontera, para recorrer la provincia de Sevilla y ocupar localidades, como Aznalcóllar, Abulada, Algámitas, Castillo de las Guardas, El Madroño, Nerva, Villanueva de Sanjuan, Los Corrales o Martín de la Jara, durante la segunda quincena de agosto de 1936;[1077] y guarnecer poblaciones cercanas al frente, como los pueblos de la Sierra.[1078] A ello hay que sumarle que los milicianos de Falange tenían la misión de proteger convoyes destinados a garantizar el abastecimiento de recursos en la retaguardia. Así sucedió, por ejemplo, con los escuadristas de El Pedroso que custodiaron dos vagones de carbón que se dirigían a la capital hispalense.[1079] También cabe destacar la presencia de falangistas de fuera de la provincia de Sevilla. Así sucedió, por ejemplo, con los milicianos del 1r Tercio de la Falange de Cádiz que participaron en la ocupación de los pueblos de Ubrique, Villamartín, Grazalema, Alcalá del Valle, Benahoma, Pruna San Juan y Algamitas en agosto de 1936;[1080] con los escuadristas de Cádiz que entraron en la villa de Algar el 7 de agosto de 1936;[1081] o con los falangistas canarios de Telde que conquistaron El Pedroso el 5 de agosto de 1936, Lora del Río tres días después y Cazalla de la Sierra el 12 del mismo mes.[1082]

Tras asegurar el paso de las tropas coloniales a la península con la conquista de Huelva y de su litoral, los falangistas fueron movilizados en las columnas que se organizaron en la capital onubense en agosto de 1936 para invadir las posiciones controladas por el enemigo. Este fue el caso de los escuadristas comandados por el teniente de la Guardia Civil Antonio Morillo Rodríguez y por el alférez Dominico Hernández que participaron en la ocupación de las localidades de El Andévalo, Valdelamusa, Cuerva de la Mora, La Juliana y Los Serpos a finales de agosto de 1936;

[1076] ALONSO IBARRA, M., *El ejército sublevado en la Guerra Civil Española*…, pp. 414-415.
[1077] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,8; "Información de la Falange", *ABC* (Sevilla), 23 de agosto de 1936, p. 12; e "Información de la Falange", *ABC* (Sevilla), 25 de agosto de 1936, p. 14.
[1078] "Fuerzas de Falange a los pueblos de la Sierra", *ABC* (Sevilla), 11 de agosto de 1936, p. 2.
[1079] "Información de la Falange", *ABC* (Sevilla), 23 de agosto de 1936, p. 12.
[1080] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,3.
[1081] "Los servicios de Falange", *ABC* (Sevilla), 8 de agosto de 1936, p. 2.
[1082] PRESTON, P., *El holocausto español*…, p. 217.

o de los milicianos movilizados en las unidades lideradas por el general de división Luis Redondo que intervinieron en la conquista de Río Tinto el 28 de agosto de 1936. Asimismo, los falangistas organizaron sus propias columnas para invadir las localidades controladas por el enemigo. Así sucedió, por ejemplo, con los escuadristas de Arroyomolinos que, junto con una unidad de la Guardia Civil, entraron en Cañaveral de León el 15 de septiembre de 1936.[1083] Igualmente, como sucedió en Sevilla, los sublevados destinaron en el frente de Huelva a milicianos de Falange de fuera de la provincia como, por ejemplo, a los falangistas sevillanos que conquistaron las aldeas de Nerva y Rio Tinto a finales de agosto de 1936.[1084]

Los falangistas cordobeses movilizados en las columnas que operaron en la provincia de Córdoba tenían la misión de proteger las localidades controladas de las acometidas de los combatientes de las milicias populares, como el ataque del 15 de agosto de 1936 sobre el municipio de Belalcázar por parte de los milicianos procedentes de Peñarroya-Pueblonuevo,[1085] y defender las posiciones en poder de los sublevados de las ofensivas enemigas, como el asalto del 1 de octubre de 1936 sobre la estación de ferrocarril del pueblo de Guadalcázar.[1086] Los falangistas también intervinieron en la conquista de municipios de la provincia. Este fue el caso de los milicianos comandados por el jefe provincial de Córdoba, Miguel Primo de Rivera, que, junto con los escuadristas de la bandera de la Falange de Écija liderada por el capitán Fernando Osuna, entraron en los pueblos de La Rambla, Santaella, Montalbán, Montemayor y Fernán-Núñez en la primera quincena de agosto de 1936;[1087] de los integrantes de la 7ª Bandera que participaron en el combate del 5 de septiembre de 1936 para tomar Cerro Muriano;[1088] de los escuadristas de la 5ª Centuria y de los milicianos de Hornachuelos que entraron en la aldea de San Calixto el 22 de octubre de 1936 sin encontrar resistencia tras haberse enfrentado a los miembros de las milicias populares que guarnecían las posiciones de la carretera que salía de la localidad;[1089] o de los milicianos

[1083] ESPINOSA MAESTRE, F., *La Guerra Civil en Huelva*…, pp. 154-200.
[1084] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,8; "Información de la Falange", *ABC* (Sevilla), 23 de agosto de 1936, pp. 12; "Información de la Falange", *ABC* (Sevilla), 25 de agosto de 1936, pp. 14; y PRESTON, P., *El holocausto español*…, p. 226.
[1085] "Las fuerzas de Falange auxiliadas por elementos de orden, hicieron una magnífica defensa del pueblo, atacado por fuerzas rojas mil veces superiores", *Azul: Diario de Falange Española de las JONS* (Córdoba), 18 de octubre de 1936, p. 18; y LÓPEZ VILLATORO, F., *Los inicios del franquismo en Córdova*…, p. 66.
[1086] "Un grupo de siete falangistas se defienden de un intento de ataque de los rojos, matando a 18 y deteniendo a 20", *ABC* (Sevilla), 2 de octubre de 1936, p. 22.
[1087] "Falange Española, al igual que lucha en los frentes, se ocupa de la reconstrucción de España, empezando por los pueblos", *ABC* (Sevilla), 18 de agosto de 1936, pp. 7-8.
[1088] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,4.
[1089] "Servicio de la Quinta Centuria de Falange Española de las JONS destacada en este pueblo", *Azul: Diario de Falange Española de las JONS* (Córdoba), 22 de octubre de 1936, p. 7.

de la 7ª Bandera que tomaron parte en los enfrentamientos del 24 de noviembre de 1936 para dominar Montoro y Villa del Rio.[1090]

Los rebeldes también destinaron en el frente cordobés a milicianos de Falange procedentes de otras provincias. Entre los falangistas sevillanos, los del 4º Batallón, por ejemplo, participaron en el levantamiento del asedio de Córdoba atacando las posiciones enemigas localizadas en Villaviciosa de Córdoba a inicios de agosto de 1936, en la ocupación de los pueblos de Espiel, Bélmez, Villaharta, Pozoblanco y Peñarroya-Pueblonuevo el mes siguiente, y en la toma de la aldea de Pueblonuevo del Terrible el 12 de octubre de 1936; los de la 3ª Bandera intervinieron en la ocupación de Peñarroya-Pueblonuevo en septiembre de 1936; los de la 1ª Bandera entraron en Fuenteovejuna en octubre de 1936;[1091] o los falangistas hispalenses conquistaron Obejo a inicios de noviembre de 1936 tras haber protagonizado un tiroteo con los defensores de dicho municipio.[1092] Los golpistas también destinaron banderas de Falange para defender posiciones estratégicas, como Cerro Muriano por parte de la Bandera Móvil desde mediados de septiembre hasta la primera mitad de octubre de 1936.[1093]

En esta misma línea, las unidades de la Falange de Huelva intervinieron en la conquista de varias localidades cordobesas entre finales de octubre e inicios de noviembre de 1936. Este fue el caso de la 2ª Bandera que participó en la ocupación de La Granjuela a inicios de diciembre de 1936, de Los Blázquez el 12 del mismo mes y de Membrillo Alto a finales de diciembre de 1936;[1094] o de la 1ª Bandera que invadió Valenzuela el 17 de diciembre de 1936 y Albendín dos días más tarde.[1095] Los falangistas también guarnecieron municipios cordobeses para *mantener el orden*. Así sucedió, por ejemplo, con los combatientes de la 2ª Centuria que protegieron Valsequillo desde mediados de noviembre de 1936 hasta el 1 de julio de 1937.[1096] Los golpistas también destinaron banderas de la Falange de Granada al frente cordobés. Este fue el caso de la 6ª y la 7ª Bandera que intervinieron en los enfrentamientos del 5 de septiembre de 1936 en Cerro Muriano y en los combates de finales de octubre de 1936 para controlar

[1090] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,4.
[1091] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,8.
[1092] "Una centuria de Falange se apodera del pueblo de Obejo, libertando a nueve detenidos, que estaban a punto de ser muertos por los rojos", *Azul: Diario de Falange Española de las JONS*, 13 de noviembre de 1936, p. 4.
[1093] "Marcha a Sevilla la bandera móvil de Falange que estuvo durante cuarenta días destacada en Cerro Muriano", *Azul. Diario de Falange Española de las JONS*, 15 de octubre de 1936, p. 6.
[1094] "Crónicas de guerra. De nuestro redactor, camarada Ortiz Villatoro", *Azul: Diario de Falange Española de las JONS* (Córdoba), 6 de noviembre de 1936, p. 5; y "Una operación brillante de los falangistas", *Azul: Diario de Falange Española de las JONS* (Córdoba), 31 de diciembre de 1936, p. 10.
[1095] ESPINOSA MAESTRE, F., *La Guerra Civil en Huelva*…, pp. 200-254.
[1096] ORTIZ VILLATORO, "Crónicas de guerra", *Azul: Diario de Falange Española de las JONS*, 6 de noviembre de 1936, p. 5; y ESPINOSA MAESTRE, F., *La Guerra Civil en Huelva*…, p. 109.

los municipios de Montoro y de Villa del Río.[1097] Igualmente, los sublevados enviaron a falangistas canarios a la provincia de Córdoba como, por ejemplo, los que tomaron parte en la ocupación de los municipios de Villafranca de Córdoba, Cañete de las Torres y Bujalance entre finales de noviembre y diciembre de 1936.[1098]

Aunque la capital malagueña se mantenía fiel a la legalidad republicana, esto no impidió que los falangistas que huyeron de Málaga tras el fracaso de la sublevación en la ciudad organizaran sus propias unidades milicianas. Este fue el caso de la 1ª Bandera de Málaga, que tenía la misión de guarnecer los enclaves estratégicos del sector de Antequera en noviembre de 1936 hasta que recibió la orden de finales de enero de 1937 de participar en la conquista de la capital malagueña.[1099] Igualmente, cabe destacar la presencia de milicianos de Falange de fuera de la provincia como, por ejemplo, los falangistas movilizados en las columnas lideradas por los comandantes Luis Redondo -una compañía de Falange de Sevilla-, Corrales Romero -dos centurias de Falange de Sevilla- y Salvador Arizón -dos centurias de Falange de Cádiz- que participaron en la ocupación de pueblos de la provincia, como Ronda el 18 de septiembre de 1936;[1100] o los miembros del 1r Tercio de Cádiz que realizaron incursiones en campo enemigo para conseguir provisiones, como grano o ganado, entraron en los municipios de Cortes, Algatosín, Benarrabé, Igualeja, Cartagima, Parauta y Juzcar entre noviembre y diciembre de 1936, y protegieron convoyes y líneas defensivas en el sector de Ronda desde el 22 de octubre de 1936 hasta el 31 del mismo mes.[1101]

Tras cubrir 120 kilómetros en dos días, las columnas comandadas por Carlos Asensio y Antonio Castejón llegaron a Extremadura en la noche del 4 de agosto de 1936. El primero destinó algunos falangistas y soldados para conquistar las aldeas badajocenses de Los Santos de Maimona el 5 de agosto de 1936 y de Zafra dos días más tarde, mientras el resto de la columna se dirigió a Mérida; y el segundo ordenó a varios milicianos de Falange que intervinieran en la ocupación de los pueblos badajocenses de Villagarcía de la Torre, Calzadilla de los Barros y Puebla de Sancho Pérez a inicios de agosto de 1936. Cuando llegaron a las puertas de Mérida el 10 de agosto de 1936, las columnas rebeldes se encontraron con una localidad defendida por un contingente de milicianos y guardias de Asalto que, parapetados en unas trincheras muy rudimentarias, estaban equipados con un armamento muy precario y apoyados por dos piezas de artillería. Los sublevados entraron en la ciudad tras pocas horas de lucha

[1097] AGMAV, Milicias Nacionales, 5678,4.
[1098] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,7.
[1099] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,5.
[1100] CASAS DE LA VEGA, R., *Las milicias nacionales*…, p. 202.
[1101] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,3.

y aseguraron el control de la localidad el día siguiente,[1102] consiguiendo así, unir las dos zonas, la norte y la sur, y establecer las comunicaciones entre ambos territorios. Por su parte, los republicanos enviaron tropas para recuperar el municipio, pero la ofensiva fue aplastada por un destacamento de la Legión auxiliado por un batallón y una escuadra de Falange comandados por el teniente coronel Rolando de Tella.[1103]

Las columnas comandadas por Yagüe prosiguieron su camino hacia Badajoz con unas fuerzas que llegaban a los 2.500 efectivos sin contar los numerosos falangistas, requetés y demás voluntarios que se habían incorporado durante el avance iniciado en Sevilla dos semanas antes.[1104] Los milicianos de Falange movilizados en dichas unidades entraron en los pueblos badajocenses de Lobón y Talavera la Real entre el 11 y 12 de agosto de 1936. Cuando los rebeldes llegaron a Badajoz el 13 de agosto de 1936, Yagüe desplegó sus unidades para acabar con los focos de resistencia ubicados en los barrios exteriores de la ciudad con la finalidad de rodear la localidad y prepararse para el asalto final que no tendría lugar hasta la madrugada del día siguiente. Los falangistas movilizados en la columna de Castejón intervinieron en el ataque del cuartel de Menacho, mientras que los combatientes de las fuerzas lideradas por Asensio asaltaron los emplazamientos entre el barrio de San Roque y la Puerta de la Trinidad.[1105] Una vez controladas dichas posiciones, los sublevados lanzaron el ataque principal por la Puerta de la Trinidad tras aprovechar una brecha defensiva en dicho punto. Los rebeldes se hicieron con el dominio de la capital badajocense a la caída de la tarde del 14 de agosto de 1936.[1106] La conquista de Badajoz comportó que los sublevados se hicieran con el control de la frontera con Portugal. Sin embargo, el envío de las fuerzas comandadas por Yagüe a Extremadura implicó que estas unidades se desviaran unos 60 kilómetros de la ruta hacia Madrid.

Tras hacerse con el control de Badajoz, los rebeldes organizaron columnas para conquistar los municipios y emplazamientos de la provincia controlados por el enemigo. Así, por ejemplo, los falangistas movilizados en dichas unidades atacaron las localidades de Olivenza el 17 de agosto de 1936, Higuera de Vargas el 29 del mismo mes, Segura de León el 14 de septiembre de 1936,[1107] Tamurejo el 12 de octubre de 1936 y Retamal el 26 de diciembre de 1936, y los enclaves de la estación de Guareña el 30 de septiembre de 1936 tras haber derrotado a los combatientes de las milicias

[1102] CARDONA, G., *Historia militar de una guerra civil*…, p. 34.
[1103] CASAS DE LA VEGA, R., *Las milicias nacionales*…, p. 211.
[1104] ESPINOSA MAESTRE, F., *La columna de la muerte*…, pp. 76-77 y 85-89; y PRESTON, P., *El holocausto español*…, p. 430.
[1105] CASAS DE LA VEGA, R., *Las milicias nacionales*…, p. 211.
[1106] Ibid., p. 211; y CARDONA, G., *Historia militar de una guerra civil*…, p. 34.
[1107] ESPINOSA MAESTRE, F., *La columna de la muerte*…, pp. 150-183.

populares que defendían la posición.[1108] A ello hay que sumarle la presencia de milicianos de Falange de fuera de la provincia como, por ejemplo, los falangistas sevillanos que, tras siete horas de lucha, ocuparon Azuaga el 24 de septiembre de 1936;[1109] los de la 7ª Bandera de Sevilla que entraron en Almendralejo y en Villafranca en septiembre de 1936;[1110] o los de la Falange de Cáceres que ocuparon el municipio de Almendral a finales de septiembre de 1936.[1111]

Tras imponer el estado de guerra en Cáceres en julio de 1936, los falangistas de la ciudad fueron movilizados en las columnas que salieron de la localidad para someter los focos de resistencia de la provincia. Este fue el caso de los milicianos de Falange que participaron en la conquista de municipios de Navalmoral de la Mata, Espera, Ubrique, Villamartín, Grazalema, Alcalá del Valle, San Pablo de Buceite y Benamahoma, en agosto de 1936.[1112] Entre los falangistas de fuera de la provincia, los miembros de la Primera Línea de la Falange de Toledo, por ejemplo, se apoderaron del castillo de Belvis de Monroy y entraron en los pueblos de Olivenza y de Navalmoral de la Mata en agosto de 1936.[1113] Los sublevados también destinaron varias unidades de Falange para guarnecer las posiciones de dicho frente. Este fue el caso de la 2ª Bandera de Cáceres que protegió el Monasterio de Guadalupe en agosto de 1936; o de la 3ª Bandera de Cáceres que aseguró los enclaves de los pueblos de Miajadas y de Madrigalejo ese mismo mes.[1114]

Una vez controlada la situación en Badajoz, las fuerzas capitaneadas por Yagüe se dirigieron a Talavera de la Reina escoltadas por patrullas de guardias civiles y falangistas que protegían la columna de los ataques enemigos, como la acometida de las fuerzas comandadas por el general Riquelme con el apoyo de la columna del capitán Uribarry contra el destacamento dirigido por el teniente coronel Carlos Asensio en Medellín (Badajoz) y en los montes de Guadalupe (Cáceres) durante la segunda quincena de agosto para así, cortar las comunicaciones de los rebeldes. Los republicanos no consiguieron contener el avance de los sublevados. Después de haber entrado en la provincia de Toledo a finales de agosto de 1936, los falangistas movilizados en las fuerzas comandadas por el teniente coronel Rolando de Tella participaron en la ocupación de las localidades de Oropesa y de Torralba de Oropesa,

[1108] AGMAV, Milicias Nacionales, 5656,2.
[1109] ESPINOSA MAESTRE, F., *La columna de la muerte*…, pp. 199-202.
[1110] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,8.
[1111] "La Falange de Cáceres en el frente", *La Falange: diario de la tarde*, 2 de octubre de 1936, p. 3.
[1112] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,3; "La Falange de Cáceres en el Frente", *La Falange: diario de la tarde*, 28 de septiembre de 1936, p. 3; y CARDONA, G., *Historia militar de una guerra civil*…, p. 34.
[1113] JEREZ RIESCO, J.L., *La Falange imperial*…, p. 308.
[1114] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,3.

los escuadristas de Falange de la columna del general Antonio Castejón intervinieron en la invasión del pueblo toledano de Valdeverdeja, mientras que los falangistas que estaban bajo las órdenes del teniente coronel Carlos Asensio Cabanillas tomaron parte en la conquista del municipio toledano de El Puente del Arzobispo.

Los rebeldes entraron en Talavera de la Reina el 3 de septiembre de 1936. Para asegurar el control de la ciudad mientras las columnas comandadas por Yagüe proseguían su marcha hacia Madrid, los sublevados disponían de banderas de Falange como la 2ª Bandera de Cáceres que, por ejemplo, rechazó el asalto del 16 de septiembre de 1936, la 1ª Bandera de Tenerife y la 1ª Bandera de Las Palmas que defendieron el municipio de la acometida del 28 del mismo mes, o la 2ª y la 7ª Bandera de Sevilla que protegieron la población de la ofensiva del 24 de noviembre de 1936.[1115] Los milicianos de Falange también intervinieron en la ocupación de pueblos cercanos a Talavera de la Reina, como Santa Olalla o Maqueda, a mediados de septiembre de 1936,[1116] y guarnecieron posiciones estratégicas, como Valdehigueras, los campos de aviación de Talavera de la Reina o los emplazamientos ubicados sobre el río Tajo.[1117] Ahora bien, la marcha de las unidades lideradas por Yagüe se ralentizó después de la conquista de Talavera de la Reina, pues dichas fuerzas tardaron 23 días en llegar a su siguiente destino, Toledo. Esto se debió al incremento de la capacidad bélica de las milicias populares y de las unidades militares que se mantenían leales a la República, a la mayor resistencia ofrecida por dichas fuerzas con la construcción de las primeras líneas de trincheras y fortificaciones, y a la facilidad de enviar más efectivos y municiones al frente gracias al acortamiento de las líneas interiores.[1118]

Mientras esperaban la llegada de las tropas del Ejército de África, los militares y activistas de las organizaciones que secundaron el golpe de estado en Toledo se atrincheraron en el alcázar el 21 de julio de 1936 hasta la llegada de las unidades lideradas por el general de brigada José Enrique Varela -quien sustituyó a Yagüe al mando del Ejército de África el 24 de septiembre de 1936- a la ciudad el 26 de septiembre de 1936. Los falangistas parapetados en el alcázar se enfrentaron a los miembros de las milicias populares y a los guardias de asalto que se mantenían leales a la República para defender las posiciones atacadas, como la Puerta de Hierro o la Puerta de Santiago, y participaron en razias, como la del 3 de agosto de 1936 o la del

[1115] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,3, 5658,7 y 5658,8.
[1116] DEL REAL, L., "Los falangistas canarios dejan bien puesto el nombre de su tierra", *Hoy*, 17 de septiembre de 1936, pp. 13.
[1117] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,7.
[1118] RUIZ ALONSO, J. M.ª, *La Guerra Civil en la provincia de Toledo. Utopía, conflicto y poder en el sur del Tajo (1936-39)*, Biblioteca Añil, Ciudad Real, 2004, pp. 306-307.

12 del mismo mes, para conseguir alimentos.[1119] Después de que los golpistas entraran en la ciudad el 26 de septiembre de 1936 y levantaran el sitio del alcázar el día siguiente, los escuadristas que estuvieron atrincherados organizaron la Centuria Alcázar-Villaescusa a inicios de octubre de 1936 y se incorporaron a la columna liderada por el comandante Antonio Castejón.[1120]

Una vez controlada la situación en Toledo, las columnas comandadas por Varela prosiguieron la marcha hasta llegar a las puertas de Madrid a finales de octubre de 1936. Al tiempo que las tropas del Ejército de África se dirigían a la capital del estado, los milicianos de Falange auxiliaron a los militares para garantizar el orden en Toledo y conquistar las municipios de la provincia controlados por los republicanos. Este fue el caso de los falangistas de Tenerife que entraron en San Martín de Valdeiglesias el 9 de octubre de 1936;[1121] de los activistas canarios que ocuparon los municipios de Hormigos, Gerindote, La Puebla, Rielves y Santa Cruz de Retamar a mediados de octubre de 1936;[1122] o de los falangistas de la 7ª Bandera de Sevilla que *liberaron* el valle de Santo Domingo, Santa Olalla y Maqueda en noviembre de 1936.[1123]

Los sublevados también disponían de unidades de Falange para guarnecer los municipios de Toledo. Este fue el caso de la 2ª y la 4ª Centuria de Cáceres que defendieron la localidad de El Real de San Vicente del ataque realizado por los combatientes de las milicias populares a finales de septiembre de 1936;[1124] de la bandera de Marruecos que guarneció el municipio de Vargas de la ofensiva del 11 y 13 de octubre de 1936;[1125] de la 7ª Bandera de Sevilla que participó en la defensa de los pueblos de Abad de Santo Domingo, Santa Olalla y Maqueda entre noviembre y diciembre de 1936;[1126] o de la 3ª Bandera de Cáceres que guarneció los enclaves del margen derecho del río Tajo en la zona de la Sagra hasta diciembre de 1936.[1127]

Tras el fracaso del golpe de estado en algunas regiones del sur peninsular, los militantes más politizados de los sindicatos obreros y agrícolas asaltaron las propiedades de los grandes terratenientes para *confiscarlas* y distribuir entre los

[1119] ARRARÁS, J., *Historia de la Cruzada española (volumen 7)*…, pp. 147-149 y 165; y JEREZ RIESCO, J.L., *La Falange imperial*…, pp. 238-248.
[1120] CORNIERO SUÁREZ, A., *Diario de un rebelde*…, pp. 211-212.
[1121] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,7.
[1122] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,5; y MILLARES CANTERO, S., "Los falangistas canarios en el frente de Toledo: de idealistas convencidos a asesinos en masa" en ALÍA MIRANDA, F. y DEL VALLE CALZADO, A.R. (eds.), *La Guerra Civil en Castilla-La Mancha 70 años después*…, p. 492.
[1123] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,8.
[1124] "La Falange de Cáceres en el frente", *La Falange: diario de la tarde*, 2 de octubre de 1936, p. 3.
[1125] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,5.
[1126] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,8.
[1127] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,3.

campesinos de la zona los alimentos que encontraron en sus almacenes.[1128] De este modo, dichos activistas buscaban mejorar las condiciones de vida de los agricultores y transformar la estructura económica tradicional, pues estimaban que las reformas aprobadas entre 1931 y 1936 eran insuficientes. Por su parte, los terratenientes apoyaron a los militares rebeldes para conservar la estructura tradicional del campo, derogar las reformas agrarias aprobadas por los gobiernos de izquierda durante los años de la República en paz y recuperar las propiedades ocupadas por los campesinos. Relacionado con ello, algunos latifundistas recuperaron sus tierras gracias a los militares que vencieron al enemigo como sucedió, por ejemplo, con la finca de La Pagana tras haber derrotado a los combatientes de las milicias populares en el municipio gaditano de Alcalá de los Gazules a mediados de agosto de 1936.[1129] En cambio, otras propiedades fueron *liberadas* por columnas lideradas por caciques, como Ramón de Carranza o Manuel de Mora-Figueroa, e integradas, fundamentalmente, por jóvenes que militaban en organizaciones de extrema derecha, como FE de las JONS o la CT, por trabajadores afiliados en sindicatos católicos, así como por hijos de propietarios rurales, como el heredero del duque de Medinaceli, Rafael Medina Vilallonga.

Entre las columnas organizadas por los terratenientes del sur, la liderada por el segundo hijo de los marqueses de Tamarón, el teniente de navío Manuel de Mora-Figueroa, por ejemplo, operó alrededor de Jerez de la Frontera y al nordeste de Cádiz, donde tomó parte en la conquista de aldeas, como Alcalá del Valle, Espera, Grazalema, San Pablo de Buceite o Ubrique. También invadió pueblos sevillanos, como Pruna, y villas malagueñas, como Cortes de la Frontera, Jimena de Líbar, Algatocín, Benarrabá o Gaucín.[1130] La columna organizada por Ramón de Carranza ocupó municipios sevillanos, como El Pedroso, Cazalla, El Aljarafe, Camas, Valencina de la Concepción, Aznalcázar, Castilleja de la Cuesta o Pilas, aldeas onubenses, como Hinojos, Bollullos Par del Condado o Rociana del Condado, y poblaciones de Ciudad Real, como Villamanrique. La unidad liderada por el falangista José García Carranza recorrió los caminos rurales de Sevilla para *expulsar* a los braceros que se habían apoderado de las tierras de su familia. O los jóvenes de la familia Camino vistieron la camisa azul para *liberar* su propia finca en la aldea sevillana de La Jarilla para cederla a finales de 1936 a FE de las JONS como centro de formación de oficiales de la milicia falangista. Una vez recuperadas sus propiedades, los líderes de dichas unidades destinaron tropas para *liberar* las haciendas de sus conocidos como sucedió, por ejemplo, con el subjefe de la columna Carranza, Rafael Media, quien dirigió sus fuerzas para recuperar las tierras de

[1128] PRESTON, P., *La guerra civil española*…, p. 115.
[1129] "Finca que se devuelve a su propietario", *ABC* (Sevilla), 17 de agosto de 1936, p. 17.
[1130] AGMAV, ES, 1255,58, a. 18, l. 1, c. 58 y PRESTON, P., *El holocausto español*…, pp. 200-201.

unos amigos en el pueblo sevillano de Benacazón.[1131] El itinerario de dichos destacamentos estaba dictado por la localización de las propiedades de sus comandantes y no por las necesidades de la guerra.

5.1.2. Falangistas en el frente del norte

Cuando establecieron su dominio en algunas capitales de provincia del norte peninsular, como Pamplona, Valladolid o La Coruña, los sublevados organizaron columnas para dirigirse a Madrid y conquistar las localidades que encontraban a su paso, y otras para ocupar los municipios donde fracasó el golpe de estado y controlar los puntos estratégicos del norte peninsular. La columna liderada por el coronel Alfonso Beorlegui salió de Pamplona a finales de julio de 1936 hacia San Sebastián con una fuerza de 2.000 hombres integrada por legionarios, guardias civiles, falangistas y carlistas.[1132] Los milicianos de Falange movilizados en dicha columna intervinieron en la conquista del monte San Marcial (Irún) el 26 de agosto de 1936 y en la ofensiva sobre Irún iniciada el día siguiente.[1133] La caída de la ciudad el 5 de septiembre de 1936 supuso un duro golpe para los republicanos, ya que, de esta forma, se cerró toda comunicación terrestre con Francia y la zona del norte quedó más aislada de lo que ya se encontraba después del golpe de estado de julio de 1936. También facilitó la conquista de San Sebastián el 12 de septiembre de 1936 por la ausencia de defensas naturales.

Tras controlar la capital guipuzcoana, los rebeldes disponían de unidades de Falange para conquistar las localidades que estaban en poder del enemigo y someter los focos de resistencia que había en la provincia. Este fue el caso de la 2ª Centuria de Álava que ocupó las villas guipuzcoanas de Escoriaza, Arechavaleta, Mondragón y Anguiozar entre septiembre y octubre de 1936.[1134] Sin embargo, el movimiento de las columnas rebeldes en el norte se ralentizó ante la creciente resistencia de los republicanos y nacionalistas vascos. Por este motivo, Mola ordenó detener todo avance por la provincia el 12 de octubre de 1936. Tras suspender la marcha por Guipúzcoa, los sublevados destinaron varias unidades de Falange para defender posiciones estratégicas como sucedió, por ejemplo, con la 7ª y la 10ª Centuria de San Sebastián que guarnecieron el emplazamiento de San Cristóbal durante la primera mitad de

[1131] LAZO DÍAZ, A., *Historias falangistas del sur de España*…, pp. 172-173; e Íd., *Retrato de fascismo rural en Sevilla*…, pp. 12-14.
[1132] AZNAR, M., *Historia militar de la Guerra Civil en España* (volumen 1)..., p. 111.
[1133] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,9.
[1134] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,9.

diciembre de 1936 para evitar que la localidad guipuzcoana de Mondragón cayera en poder del enemigo.[1135]

Los milicianos de Falange también intervinieron en la defensa de los emplazamientos de Porto Cristo (Mallorca) y Aragón atacados por las columnas de milicianos que salieron de Cataluña en agosto de 1936. Con el objetivo de ocupar Mallorca, en la madrugada del 16 de agosto de 1936 desembarcó en Porto Cristo una expedición comandada por el capitán Alberto Bayo que consiguió avanzar unos 12 kilómetros hacia el interior de la isla. Los rebeldes iniciaron la contraofensiva el 1 de septiembre de 1936 con una fuerza constituida por soldados de la guarnición militar, carabineros, guardias civiles, voluntarios de Falange de varios municipios de la isla, como Palma, Artá, Petro, Villafranca o San Lorenzo,[1136] y aviones italianos que consiguieron imponerse a la fuerza expedicionaria catalana y mantenerla bloqueada en el territorio que habían ocupado durante los primeros días de la ofensiva. Las unidades comandadas por el coronel Alberto Bayo fueron incapaces de hacer frente al contraataque golpista y, bajo el acoso permanente del enemigo por tierra y aire, se retiraron precipitadamente a los barcos y abandonaron la isla el 4 de septiembre de 1936 dejando atrás a decenas de hombres y numeroso material bélico.

A causa de la incapacidad de cubrir un frente amplio sin líneas de defensa definidas con los escasos reclutas de que disponían, los sublevados organizaron en Aragón columnas para hacer frente a las milicias populares que salieron de Cataluña a partir de agosto de 1936. Para guarnecer los emplazamientos de la provincia de Zaragoza, los rebeldes disponían de 10 centurias de Falange en la zona que abarcaba desde Alcubierre hasta el Ebro, de ocho centurias en el sector Ebro-carretera de Calatayud y de cinco centurias desde el valle del Jiloca con Caminreal y Calamocha hasta La Molina.[1137] Dichos falangistas tenían la misión de guarnecer localidades atacadas por el enemigo, como los de la 2ª Bandera de Aragón que rechazaron las acometidas del 19 y 20 de agosto de 1936 sobre Belchite o los de la 5ª Bandera de Aragón que defendieron Quinto de Ebro de la ofensiva del 12 y 17 de octubre de 1936,[1138] y protegieron posiciones estratégicas, como los emplazamientos del municipio de Azuara del ataque del 26 de diciembre de 1936 para apoderarse de la localidad y cortar las comunicaciones de los sublevados entre Zaragoza y Belchite.[1139] Para

[1135] HECHEVARRÍA, J., "Heroísmo de nuestras centurias de Falange", *Arriba España*, 17 de diciembre de 1936, p. 6; y SALAZAR, P., "La Falange en Mondragón", *Arriba España*, 18 de diciembre de 1936, p. 2.
[1136] ARRARÁS, J., *Historia de la Cruzada española (volumen 4)*…, pp. 277-285.
[1137] CASAS DE LA VEGA, R., *Las milicias nacionales*…, p. 223.
[1138] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,9.
[1139] "Un vigoroso ataque de las milicias de Falange", *Azul: Diario de Falange Española de las JONS* (Córdoba), 26 de diciembre de 1936, p. 11.

guarnecer las posiciones de Huesca, los golpistas disponían de siete centurias de Falange en la capital de la provincia, de cuatro centurias en el tramo entre Jaca y Ayerbe, y de ocho centurias en el sector Ayerbe-Zuera.[1140] Estas unidades defendieron algunos municipios oscenses agredidos, como la 1ª Bandera de Aragón que protegió Almúdevar del ataque de mediados de agosto de 1936.[1141] Los milicianos de Falange también fueron enviados a diferentes puntos del frente para socorrer a sus camaradas. Este fue el caso de los falangistas de la Legión Gallega que auxiliaron a sus correligionarios que combatían en Estrecho Quinto.[1142] Los sublevados organizaron 12 compañías de Falange para guarnecer los municipios de la provincia de Teruel,[1143] como Torre los Negros o Villanueva del Rebollar.[1144]

Los rebeldes también destinaron unidades de Falange para conquistar las posiciones y localidades aragonesas controladas por el enemigo. Este fue el caso de la 1ª Bandera de Aragón que tomó parte en las operaciones del 16 de agosto de 1936 para controlar Almudévar y en el combate del 28 del mismo mes para apoderarse de las canteras de dicha localidad; de la 2ª Bandera de Aragón que participó en el ataque de Belchite en agosto de 1936, de los enclaves de Mojón de Lobo el 21 del mismo mes y de las lomas de Bualar y del Santuario del Pueyo el 6 de diciembre de 1936; de la 5ª Bandera de Aragón que ocupó la posición de Casa de Baselga (Quinto de Ebro) el 9 de septiembre de 1936; o de la 7ª Bandera de Aragón que entró en las poblaciones zaragozanas de Calabazares, Leciñena y Alcubierre en octubre de 1936.[1145] El estado mayor de Aragón también organizó una pequeña columna mixta conocida como Brigada Móvil para auxiliar a las fuerzas rebeldes que combatían en cualquier punto del frente aragonés. Esta unidad estaba integrada por una bandera de la Legión y otra de Mehal-la de Tetuán, por guardias de Asalto, y por una bandera de Falange.[1146] A pesar de pequeñas variaciones territoriales ocasionadas por algunas operaciones militares, el frente aragonés se estabilizó durante el invierno de 1936 y 1937 hasta el combate por Belchite entre el 24 de agosto y el 6 de septiembre de 1937 y, sobre todo, hasta la batalla de Teruel entre el 15 de diciembre de 1937 y el 22 de febrero de 1938.

Galicia no se constituyó como frente de guerra porque los rebeldes se hicieron con el control de las cuatro provincias gallegas a los pocos días del golpe de estado.

[1140] CASAS DE LA VEGA, R., *Las milicias nacionales*…, p. 222.
[1141] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,9.
[1142] CASAS DE LA VEHA. R., *Las milicias nacionales*…, p. 222.
[1143] Ibid., p. 224.
[1144] MARTÍNEZ BARRADO J.A., *Cómo se creó una bandera de Falange*, La Académica, Zaragoza, 1939, p. 65.
[1145] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,9.
[1146] AZNAR, M., *Historia militar de la Guerra Civil en España* (volumen 1)…, p. 241.

Ello permitió a los sublevados destinar columnas para combatir en otros frentes del norte peninsular. Entre las unidades de la Falange gallega movilizadas en dichas fuerzas, la 1ª Bandera Legionaria Gallega, por ejemplo, partió de La Coruña hacia Guipúzcoa el 30 de agosto de 1936 para participar en la conquista de municipios, como Andosín el 4 de octubre de 1936 o Urnieta dos días después, y emplazamientos, como el fuerte Oriamendi el 13 de septiembre de 1936, así como en la protección de posiciones estratégicas, como Monte Cónico, Santa Bárbara o los enclaves que rodeaban la población de Hernani. Dicha unidad fue trasladada al frente de Huesca en septiembre de 1936 para invadir localidades, como el pueblo de Tiers en septiembre de 1936, y posiciones, como los enclaves de Torre la Piedra y Cierzos Altos el 19 de septiembre de 1936, así como para guarnecer emplazamientos, como Estrecho Quinto en octubre de 1936, y poblaciones sitiadas, como Huesca de la acometida de finales de octubre de 1936.[1147] Los integrantes de la 1ª Centuria militarizada de La Coruña entraron en la localidad leonesa de Villablino en agosto de 1936 y conquistaron la cuenca minera de Fabero en agosto de 1936.[1148] Los falangistas de la 1ª Centuria militarizada de La Coruña y los que marcharon de Lugo durante la segunda quincena de julio de 1936,[1149] por ejemplo, fueron trasladados a la provincia de Asturias para intervenir en el levantamiento del asedio de Oviedo el 17 de octubre de 1936, en la ocupación de municipios, como Tineo el 17 de octubre de 1936,[1150] y en las operaciones para controlar posiciones estratégicas, como la carretera que comunica Santiago de Compostela con la capital asturiana.[1151]

Mientras esperaban refuerzos para levantar el asedio de Oviedo, los sublevados, bajo las órdenes del coronel Antonio Aranda, defendían la ciudad que estaba rodeada desde la proclamación del estado de guerra en la localidad el 19 de julio de 1936, hasta que las columnas rebeldes entraron en Asturias y controlaron el litoral cantábrico el 17 de octubre de 1936. Para guarnecer la capital asturiana, los golpistas contaban con el apoyo de 856 voluntarios civiles, siendo la mayoría de ellos activistas de Falange. Estos, distribuidos entre el Batallón Ladreda -organizado a inicios de agosto de 1936- y la *Harka* -constituida a principios de septiembre de 1936-, participaron en varias ofensivas, como el ataque del 15 de septiembre de 1936 sobre la carretera que comunicaba Oviedo con San Sebastián o la acometida del 23 del mismo mes sobre la loma de Abuli, así como en la defensa de puntos estratégicos, como la misma loma de Abuli desde finales

[1147] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,3.
[1148] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,3.
[1149] GARCÍA VENERO. M., *Testimonio de Manuel Hedilla*…, p. 136.
[1150] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,3.
[1151] "Nuestras Tropas han ocupado Navalmoral de Pinares, San Martín de Valdeiglesias y Sigüenza", *Azul. Diario de Falange Española de las JONS*, 9 de octubre de 1936, p. 12.

de septiembre hasta el 7 de octubre de 1936, el sector de Buenavista durante los bombardeos del 10 y 12 del mismo mes, o la posición de la calle Uria el 14 de octubre de 1936 para expulsar a los combatientes republicanos que consiguieron romper la línea defensiva y penetrar en la ciudad por dicho punto.[1152] El desgaste de los defensores fue descomunal, ya que, por ejemplo, al final del asedio, solo quedaron 16 falangistas ilesos de los 160 escuadristas movilizados en la *Harka* durante los primeros días de septiembre de 1936.[1153]

Los rebeldes también disponían de milicianos de Falange para guarnecer los municipios y emplazamientos cercanos al frente. Este fue el caso de los falangistas de la 1ª Bandera de León que intervinieron en la defensa de las poblaciones leonesas de Soto de Sajambre, Oseja de Sajambre y La Uña desde agosto de 1936 hasta el 25 de septiembre del año siguiente;[1154] o de los militantes de la Falange de Burgos que, junto con los regulares y los guardias civiles, así como con los requetés y los activistas de la JAP del municipio burgalés de Cilleruelo de Abajo, rechazaron la ofensiva republicana del 20 de noviembre de 1936 sobre dicha localidad.[1155] Los milicianos de Falange también auxiliaron a los soldados que necesitaron refuerzos. Así sucedió, por ejemplo, con los falangistas leoneses movilizados en las fuerzas comandadas por el capitán Losada que operaron en los diferentes puntos de la provincia de León débilmente guarnecidos, como los enclaves de Torre de Santa Marina localizados en la cuenca minera de Fabero.[1156]

Los milicianos de Falange también participaron en la conquista de posiciones estratégicas y de localidades de Castilla controladas por el enemigo. Así sucedió, por ejemplo, con los falangistas de la 2ª Centuria de Salamanca que entraron en el pueblo avilés de Peguerinos a finales de agosto de 1936, conquistaron la posición de Cueva Valiente en el frente de Guadarrama sobre la localidad segoviana de San Rafael el 30 del mismo mes y ocuparon el municipio segoviano de Cabeza de Renales el 10 de septiembre de 1936;[1157] o con los de la 5ª y 6ª Centuria de Salamanca que, junto con los falangistas de Burgos, entraron en la villa avilesa de Navalmoral de Pinares el 8 de octubre de 1936.[1158] Por su parte, las unidades de Falange que marcharon a Madrid conquistaron posiciones, como Cueva Valiente el 30 de agosto de 1936 por parte de la

[1152] AZNAR, M., *Historia militar de la Guerra Civil en España* (volumen 1)…, p. 200.
[1153] Ibid., p. 200.
[1154] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,4.
[1155] CASTRO L., *Capital de la cruzada*…, pp. 194-195.
[1156] ARRARÁS, J., *Historia de la Cruzada española (volumen 4)*…, p. 145.
[1157] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,7.
[1158] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,7; y "Nuestras Tropas han ocupado Navalmoral de Pinares, San Martín de Valdeiglesias y Sigüenza", *Azul. Diario de Falange Española de las JONS*, 9 de octubre de 1936, p. 12.

3ª Centuria de Salamanca,[1159] y poblaciones, como la localidad avilesa de Navalcruz el 3 de septiembre de 1936 por parte de la 4ª Centuria de Salamanca o la villa avilesa de Navalmoral de Pinares el 8 de octubre de 1936 por parte de la 8ª Centuria de Salamanca y de los milicianos de Burgos.[1160] En esta misma línea, los falangistas catalanes evadidos de la zona republicana movilizados en la 1ª Centuria Catalana Virgen de Montserrat participaron en la conquista de las localidades burgalesas de Montecillo de Montija, Herbosa, Villarcayo, Quintana de los Prados, Medina de Pomar, Espinosa de los Monteros y Ahedo de las Pueblas mientras se dirigían a Madrid.[1161]

Cuando llegaron a la provincia de Madrid, los falangistas movilizados en las columnas que se dirigían a la capital del estado participaron en operaciones para conquistar emplazamientos estratégicos para asegurar el paso de las tropas procedentes del sur y del norte peninsular. Así sucedió, por ejemplo, con los integrantes de la 7ª Bandera de Sevilla que ocuparon las poblaciones madrileñas de Getafe, Villaverde Alto y Villaverde Bajo;[1162] con los combatientes de la 4ª Centuria de Salamanca que intervinieron en el ataque de Robledo de Chavela a mediados de octubre de 1936 y de Colmenar del Arroyo y Navalagamella el 8 de noviembre de 1936;[1163] o con los miembros de la 2ª Bandera de Sevilla y con los activistas de Valladolid que entraron en Boadilla del Monte en la primera quincena de noviembre de 1936.[1164] Los sublevados también destinaron unidades de Falange para guarnecer enclaves estratégicos. Este fue el caso de la 2ª Bandera de Sevilla que defendió Alcorcón y la plaza de Torrejón de Velasco,[1165] de la 1ª y la 4ª Bandera de Castilla que protegieron el campamento de Retamares,[1166] o de la 2ª Centuria catalana que guarneció las poblaciones de San Martín de Valdeiglesias, Villanueva de la Cañada y Chapinería.[1167]

Con el rápido avance de sus columnas, los rebeldes consideraban que la victoria estaba próxima. Así se desprende de los anuncios de la celebración de misas y actos para festejar el triunfo como el publicado, por ejemplo, el 26 de agosto en el *Heraldo de*

[1159] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,7.
[1160] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,7; y "Nuestras Tropas han ocupado Navalmoral de Pinares, San Martín de Valdeiglesias y Sigüenza", *Azul. Diario de Falange Española de las JONS*, 9 de octubre de 1936, p. 12.
[1161] FONTANA, J. M., *Los catalanes en la guerra de España*…, pp. 239-242; y GARCÍA VENERO. M., *Testimonio de Manuel Hedilla*…, pp. 260-261.
[1162] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,8.
[1163] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,7.
[1164] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,8; "En los combates de Boadilla, los falangistas demostraron su ímpetu y arrojo", *Azul: Diario de Falange Española de las JONS* (Córdoba), 19 de diciembre de 1936, p. 6.
[1165] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,8.
[1166] AGMAV, Milicias Nacionales 8864,4; CUEVAS, M., "Del Alto de León a Retamares", *Arriba España*, 26 de noviembre de 1936, p. 6; CUEVAS, M., "De el Alto de León a Retamares. La Falange", *Unidad*, 1 de diciembre de 1936, p. 2; "De el Alto de León a Retamares. La Falange", *Azul: Diario de Falange Española de las JONS* (Córdoba), 5 de enero de 1937, p. 6; y JEREZ RIESCO, J.L., *Historia gráfica de la Falange*…, p. 525.
[1167] JEREZ RIESCO, J.L., *Barras y flechas*…, p. 54.

Aragón para comunicar que las centurias de Falange desfilarían «muy pronto» por las calles de Madrid;[1168] o el del 4 de noviembre en el periódico falangista *Azul. Diario de Falange Española de las JONS* (Córdoba) para anunciar la celebración de una misa de campaña en Córdoba después de que las tropas rebeldes entraran en la capital del estado.[1169] Asimismo, se difundió la noticia de que en la retaguardia republicana se hablaba de una inminente rendición de Madrid.[1170] Por su parte, la Junta Técnica del Estado aprobó diferentes disposiciones como, por ejemplo, la de inicios de noviembre de 1936 para prohibir el acceso a la capital a toda persona que no formara parte de las unidades designadas, y establecer que aquellos que pertenecieran a otros sectores necesitarían un permiso especial expedido por la jefatura del estado mayor del Ejército del Norte para entrar en Madrid. También se ordenó que los periodistas que se encontraran en posesión de un salvoconducto del CGG necesitarían una autorización especial. Y se declaró que toda persona que no poseyera el documento se estimaría, en principio, como espía y sería trasladado a Toledo para ser puesto a disposición de la autoridad militar.[1171]

Ya en las puertas de Madrid, los sublevados organizaron cuatro columnas a las órdenes de los tenientes generales Carlos Asensio Cabanillas y Fernando Barrón, del comandante Antonio Castejón y del teniente coronel Heliodoro Rolando de Tella que contaban con el apoyo de la aviación para bombardear el casco urbano y sus alrededores, y de una compañía de guardias civiles y otra de falangistas para hacer las primeras detenciones sobre el terreno con el objetivo de asegurar el territorio.[1172] La ofensiva principal del 8 de noviembre de 1936 corrió a cargo de las columnas capitaneadas por Antonio Castejón y Carlos Asensio Cabanillas que partieron de Campamento para penetrar en la ciudad por la Casa de Campo, pero no consiguieron su objetivo por la fuerte resistencia de los defensores. El ataque secundario fue realizado por las columnas comandadas por Fernando Barrón y Heliodoro Rolando de Tella que salieron desde Carabanchel Alto y Villaverde Alto, respectivamente, para atacar y fijar el frente, y cruzar el río Manzanares por el sector del Puente Nuevo y el Puente de los Franceses. Sin embargo, estas fuerzas no pudieron pasar la orilla del

---

[1168] "Orden a la Falange de Madrid: resistir unos pocos días más", *Heraldo de Aragón*, 26 de agosto de 1936, p. 5.
[1169] "En Madrid se celebrará una solemne Misa de campaña a la entrada de las tropas", *Azul. Diario de Falange Española de las JONS* (Córdoba), 4 de noviembre de 1936, p. 9.
[1170] "Para el día en que nuestras tropas entren en Madrid", *Azul. Diario de Falange Española de las JONS* (Córdoba), 4 de noviembre de 1936, p. 7; "Es inminente la entrada del Ejército azul en Madrid", *Azul. Diario de Falange Española de las JONS* (Córdoba), 5 de noviembre de 1936, p. 10; y "Los rojos madrileños temen que hoy se apoderen de Madrid las tropas nacionales", *Azul. Diario de Falange Española de las JONS* (Córdoba), 25 de noviembre de 1936, p. 9.
[1171] "Disposiciones del Gobierno de Burgos ante la inminente toma de Madrid", *Azul. Diario de Falange Española de las JONS* (Córdoba), 5 de noviembre de 1936, p. 9.
[1172] CARDONA, G., *Historia militar de una guerra civil*…, pp. 94-95.

Manzanares por la defensa de los guardias de Asalto que guarnecían la posición a las órdenes del comandante Romero, quien ordenó la voladura del Puente Nuevo.[1173] Los asaltos de las tropas atacantes consistían en ejecutar, primero, un ataque frontal muy agresivo apoyado por la artillería pesada, y luego, realizar una maniobra envolvente por los flancos. Uno de los hechos decisivos del asalto de la capital estuvo determinado por el golpe de suerte que tuvieron los defensores: el día anterior del inicio de la ofensiva, las tropas republicanas encontraron un extenso documento en el que estaban redactados los planes para entrar en Madrid sobre el cadáver de un oficial del ejército rebelde dentro de un carro de combate italiano localizado en la Casa de Campo. Gracias a ello, el general Vicente Rojo sabía de antemano los movimientos de las fuerzas de Franco, lo que le permitió destinar la mayoría de sus tropas en los puntos críticos.

Aunque se preveía que el asalto final corriera a cargo de las tropas mejor equipadas y más experimentadas, los sublevados destinaron unidades de Falange para que participaran en las operaciones para entrar en Madrid tras el fracaso de la ofensiva del 8 de noviembre de 1936. Este fue el caso de la 1ª Bandera de las Palmas, que fue enviada a Carabanchel Bajo el 10 de noviembre de 1936 y a la Casa de Campo el día siguiente para auxiliar a los soldados que combatían para asegurar su dominio en dichos enclaves;[1174] de la 4ª Bandera de Sevilla, que intervino en los enfrentamientos del 17 de noviembre de 1936 para controlar la barriada de Cuatro Vientos; o de la 2ª Bandera de Sevilla, que tomó parte en los combates del 23 de noviembre de 1936 para ocupar la Casa de Campo y la Ciudad Universitaria.[1175]

Hasta que llegaron a Madrid, las columnas del ejército sublevado avanzaron sin encontrar una fuerte resistencia por la experiencia de los oficiales que las lideraban en el combate a campo abierto en contraposición a la inexperiencia de los comandantes de las milicias populares, y por su superioridad en hombres y en armamento respecto al enemigo. Sin embargo, cuando llegaron a las puertas de la capital del estado, los golpistas se encontraron por primera vez con un oponente pertrechado con un equipamiento comparable al suyo. A ello hay que sumarle que los defensores estaban favorecidos por las características del terreno, lo que hizo que no necesitaran realizar muchas maniobras. Por este motivo, las tácticas empleadas hasta noviembre de 1936 resultaron ineficaces para entrar en la capital, porque las tropas del ejército sublevado

[1173] Ibid., pp. 94-95; y SAGARRA, P., GONZÁLEZ, O. y MOLINA, L., *Grandes batallas de la Guerra Civil Española*…, pp. 103-112.
[1174] AGMAV, Milicias Nacionales 5678,4; DEL REAL, L., "Crónica telegráfica de nuestro enviado especial", *Hoy*, 11 de noviembre de 1936, p. 12; y MILLARES CANTERO, S., "Los falangistas canarios en el frente de Toledo: de idealistas convencidos a asesinos en masa" en ALÍA MIRANDA, F. y DEL VALLE CALZADO, A.R. (eds.), *La Guerra Civil en Castilla-La Mancha 70 años después*…, p. 493.
[1175] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,8.

no estaban preparadas para librar un conflicto urbano y sus oficiales desconocían los mecanismos esenciales de la guerra moderna. Esto se debió a que el ejército español nunca había intervenido en un conflicto moderno como lo fue la primera guerra mundial, lo que comportó que la única experiencia en la mayoría de sus comandantes se redujera al conocimiento de tácticas empleadas en campañas sin grandes operaciones contra un enemigo inferior en armamento e instrucción como sucedió en las guerras carlistas y en los conflictos coloniales en Marruecos.[1176] Por su parte, aunque superaron su estado de indefensión inicial y consiguieron repeler la ofensiva sobre la capital del país, los republicanos aún estaban muy lejos de constituir una organización guerrera eficiente.

Como se ha puesto de manifiesto en este capítulo, la intervención de las milicias de Falange en las operaciones militares en el frente fue algo más que anecdótica, ya que, al principio de la guerra, cuando se estimaba que el conflicto sería de corta duración con la conquista rápida de la capital del estado, la presencia de los falangistas resultó decisiva para completar las columnas que se dirigían a Madrid y las que operaban en los diferentes frentes para asegurar la zona *liberada*, desde la que organizaron las columnas que participaron en el ataque a las posiciones controladas por el enemigo.

5.2. Milicianos de Falange en la guerra total: 1937-1939

El fracaso de las tropas de Franco en su intento de entrar en Madrid en noviembre de 1936 evidenció la necesidad de un cambio de estrategia en la forma de conducir el conflicto armado, pues los métodos empleados hasta el momento no eran efectivos para este nuevo escenario de guerra moderna en el que ambos bandos debieron adaptar las tácticas que habían utilizado en los combates librados entre finales de julio y mediados de noviembre de 1936, y aplicar estrategias basadas en el manejo de carros de combate, aviación, armas automáticas y artillería con una potencia de fuego y una capacidad destructiva sin parangón para bombardear los nudos de comunicación y los centros logísticos del enemigo, así como las posiciones del adversario con el fin de acabar con el mayor número de vidas de la forma más rápida.

El contacto con la aviación y los blindados significó un impacto terrorífico para los combatientes. Cuando estos vieron los carros de combate por primera vez, quedaron aterrorizados por el ruido ensordecedor de sus motores y por su tamaño. Como recordó el noruego Per Imerslund, uno se sentía pequeño, desvalido y abandonado ante los acorazados.[1177] Igualmente, los combatientes tenían pánico de la aviación enemiga. Los falangistas señalaban que, cuando se acercaba un avión, se arrastraban nerviosos por

[1176] CARDONA, G., *Historia militar de una guerra civil*…, pp. 101-114.
[1177] GONZÁLEZ CAMPO, M., *Un voluntario noruego en la guerra civil española*…, p. 161.

el suelo y se agazapaban en las trincheras con la boca abierta y los ojos vueltos hacia el aeroplano para esperar, en medio de una espera tensa y nerviosa, a que pasara el ataque.[1178] A pesar de que esta realidad se hizo más conocida con el paso del tiempo, los carros de combate y la aviación enemiga continuaron ejerciendo un efecto paralizador sobre los combatientes.[1179]

Otro elemento clave de la guerra moderna era la construcción de fortificaciones que permitieron cubrir una mayor extensión del frente, coordinar esfuerzos defensivos y evitar una exposición excesiva de la tropa ante el fuego del enemigo.[1180] De este modo, se pasó de una guerra de movimientos a otra de naturaleza más estática, acompañada esta por un incremento del número de bajas respecto a las operaciones militares de la fase anterior de la contienda. Como consecuencia del empleo de blindados y de la aviación, así como de la construcción de fortificaciones, la muerte tenía un carácter industrializado que hizo que se negara el carácter singular de las bajas en combate.[1181]

Gracias al poder destructivo de la tecnología, desapareció, al menos en parte, el carácter heroico de la guerra, lo que comportó que las ansias de aventura se vieran truncadas a favor de una experiencia aburrida, monótona y sin emoción. También había una tensión física y psicológica que no solo remitió a los momentos de enfrentamiento, sino también a la rutina diaria del combatiente, pues las guardias y las esperas en la trinchera pasaron a ocupar buena parte del tiempo de vida del miliciano. Asimismo, los vigías estaban expuestos a las balas del enemigo y al clima, lo que obligaba a los guardias a adoptar posturas muy incómodas para resguardarse.[1182] Como recordó Prudencio Doreste, los centinelas estaban

> sometidos al constante nerviosismo que produce el saberse en inmediato peligro. Las noches en los puestos eran terribles. De una parte, el aire helado del Guadarrama nos dejaba ateridos, de otra, el roce de la hojarasca a impulso del viento, el canto lento y desagradable del mochuelo, el montar el cerrojo de su fusil por un compañero y el sin fin de misteriosos ruidos que se producen en la noche, todo ello rodeado de impenetrable obscuridad, era algo que nos ponía los pelos de punta.[1183]

[1178] GARCÍA SERRANO, R., *La fiel infantería*…, pp. 111-112 y 181-182; y CORNIERO SUÁREZ, A., *Diario de un rebelde*…, p. 274.
[1179] ALONSO IBARRA, M., *El ejército sublevado en la Guerra Civil Española*…, p. 197.
[1180] ALEGRE LORENZ, D, *La batalla de Teruel*…, pp. 226-227; y BALDISSARA, L., "Guerra absoluta y guerra total, guerra civil y guerrilla. Genealogías de las guerras del siglo XX" en ALEGRE, D. ALONSO M. y RODRIGO, J. (eds.), *Europa desgarrada*…, p. 63.
[1181] ALONSO IBARRA, M., *El ejército sublevado en la Guerra Civil Española*…, p. 225.
[1182] TORRIJO BERGES, S., *Mis memorias de la guerra*, M. Serrano, Zaragoza, 1939, pp. 175-176.
[1183] DORESTE, P., *Ocho meses de campaña*…, p. 70.

Así pues, la continua exposición al estrés de la contienda propia de una guerra moderna, la monotonía de la vida en el frente y los breves periodos de descanso facilitaron la proliferación de la desilusión y del desinterés, así como de los traumas.[1184]

La guerra planteó un reto logístico y organizativo ingente que forzó hasta el límite los ejércitos de ambos bandos. Para satisfacer las necesidades de unas fuerzas armadas que combatían en un conflicto moderno como lo era la guerra civil española, los dos bandos integraron en la organización del Estado todos los ámbitos de la vida pública, transformaron la estructura de sus contingentes y movilizaron todos los recursos humanos y materiales disponibles con el fin de conseguir una victoria total y la destrucción definitiva del enemigo. De este modo, ambos bandos constituyeron un ejército de masas integrado por miles de hombres que confluyeron en el frente equipados con grandes cantidades de armamento y actuaron de forma coordinada sobre escenarios reducidos.[1185] Asimismo, era necesario tener un control absoluto de todas las fuerzas movilizadas para garantizar su máxima efectividad. Por lo tanto, se pasó de unas columnas que luchaban con unas milicias improvisadas a un enfrentamiento entre dos ejércitos que contaban con un considerable apoyo de la artillería, de los carros de combate y de la aviación.

La guerra estaba acompañada por un proceso de adaptación y de aprendizaje largo y costoso, pues, conforme avanzaba el conflicto y devino total, también se acrecentaron los problemas y los retos a los que dar respuesta, como la falta de personal y material suficiente para combatir en garantías.[1186] En definitiva, la guerra moderna y la construcción del ejército de masas llevó a una voluntad de adaptación continuada de los procedimientos operativos por cuestiones de pura necesidad, pues el empleo de los nuevos mecanismos de guerra comportó que se transformara la forma en la que se entendía el campo de batalla.[1187]

Sin embargo, había una falta de instrucción de los combatientes y de los mandos de los ejércitos de ambos bandos para combatir en una guerra moderna. Ello comportó que se hiciera un uso deficiente de los medios tecnológicos, que las malas prácticas fueran recurrentes en el establecimiento de las posiciones en los frentes, que las tropas tuvieran dificultades para coordinarse entre sí y que la estructura de los servicios no pudiera atender las necesidades de unos ejércitos tan grandes por las condiciones

[1184] ALONSO IBARRA, M., *El ejército sublevado en la Guerra Civil Española*…, pp. 230-235.
[1185] ALEGRE LORENZ, D, *La batalla de Teruel*…, pp. 166-167; y BALDISSARA, L., "Guerra absoluta y guerra total, guerra civil y guerrilla. Genealogías de las guerras del siglo XX" en ALEGRE, D. ALONSO M. y RODRIGO, J. (eds.), *Europa desgarrada*…, p. 56-57.
[1186] ALEGRE LORENZ, D, *La batalla de Teruel*…, pp. 217-250; y ALONSO IBARRA, M., *El ejército sublevado en la Guerra Civil Española*…, 2019, p. 72.
[1187] ALONSO IBARRA, M., *El ejército sublevado en la Guerra Civil Española*…, p. 197.

climáticas y las dificultades del terreno, así como por la calidad de carreteras y caminos. Para compensar sus carencias, ambos bandos emplearon una cantidad masiva de material humano que tuvo como resultado una elevada cifra de bajas,[1188] lo que comportó la necesidad de suplir una elevada cantidad de hombres y someter a una fuerte *disciplina* a los combatientes que desobedecieran las órdenes.[1189]

A ello hay que sumarle el conservadurismo de los oficiales del bando rebelde que no querían asumir el riesgo de sufrir un alto número de heridos y muertos que implicara jugarse su prestigio o su cargo.[1190] En esta misma línea, el CGG era incapaz de explotar las situaciones favorables en el campo de batalla por la necesidad de tener un máximo control y seguridad en el avance de sus fuerzas. Esto se puede apreciar, sobre todo, cuando los soldados republicanos se retiraban y los franquistas se limitaban a ocupar los objetivos marcados y a no perseguir al enemigo hasta derrotarlo por completo,[1191] permitiendo así, que los combatientes del EPR pudieran reorganizarse y contraatacar para recuperar las posiciones perdidas.

Esta nueva forma de concebir la guerra hizo que Franco renunciara al ataque frontal sobre Madrid el 23 de noviembre de 1936 porque estimaba que no se podía derrotar al enemigo en una batalla definitiva. Por este motivo, concentró sus tropas al noroeste de la capital del estado para realizar varias maniobras envolventes sin éxito entre finales de noviembre de 1936 e inicios de enero de 1937 con el objetivo de cortar la carretera que comunicaba con La Coruña, aislar Madrid del resto de la zona republicana y entrar en la ciudad por ese punto. Entre las fuerzas que intervinieron en dichas operaciones, la 4ª Bandera de la Falange de Sevilla, por ejemplo, conquistó Boadilla del Monte el 17 de diciembre de 1936.[1192] Posteriormente, Franco intentó cortar la carretera que comunicaba Madrid con Valencia, porque era la vía por donde llegaban la mayoría de suministros a la capital. Ello condujo a la batalla del 6 al 27 de febrero de 1937 para controlar las posiciones del río Jarama. Entre las unidades destinadas por el CGG había banderas de Falange como, por ejemplo, la Bandera de Marruecos, que ocupó el caserío de Gozque Bajo el 11 de febrero de 1937 tras protagonizar un duro combate con los defensores y tuvo la misión de proteger el paso del río Jarama para que las fuerzas comandadas por el coronel Carlos Asensio Cabanillas pudieran cruzar el río.[1193] Por su parte, las fuerzas italianas del *Corpo Truppe Volontaire* (CTV), apoyadas

[1188] Ibid., pp. 72-73.
[1189] Ibid., p. 186.
[1190] ALEGRE LORENZ, D, *La batalla de Teruel*…, pp. 224-225.
[1191] ALONSO IBARRA, M., *El ejército sublevado en la Guerra Civil Española*…, pp. 76 y 201-202.
[1192] GARCÍA-OLALLA CRESPO, A., " La 4ª Bandera de FE en el frente de Madrid", *F.E.* (Sevilla), 18 de enero de 1937, p. 3.
[1193] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,5.

por otras unidades del ejército rebelde, realizaron un último intento de cercar Madrid por el norte que desembocó en la batalla de Guadalajara entre el 8 y el 23 de marzo de 1937.

Tras el revés de las diferentes operaciones para aislar Madrid del resto de la zona republicana, Franco decidió aplazar la ocupación de la capital del estado, pero mantuvo sus fuerzas en las posiciones más avanzadas con la intención de efectuar una batalla de desgaste en la que los defensores terminaran agotados y sin recursos para sostener el combate. Ello condujo a la construcción de un laberinto de trincheras y de alambres que apenas se modificó hasta que las tropas franquistas entraron en Madrid el 28 de marzo de 1939. Franco, consciente de que la guerra solo se podía ganar apoderándose de los recursos del enemigo para acabar con su capacidad bélica, decidió llevar la guerra al norte peninsular a finales de marzo de 1937 para conquistar la franja cantábrica que permanecía fiel a la República, pero que estaba aislada por tierra del resto de la zona republicana, y controlar los importantes recursos mineros e industriales del norte (el acero y las industrias químicas de Vizcaya, el hierro del País Vasco y el carbón de Asturias).

Para conquistar Vizcaya y la capital, Bilbao, así como su centro industrial, las tropas de Franco iniciaron el avance por la provincia el 31 de marzo de 1937 desde las posiciones alcanzadas en octubre de 1936. Entre los destacamentos destinados a Vizcaya había varias unidades de Falange como, por ejemplo, la 1ª Centuria de Navarra que atacó varios emplazamientos localizados entre el valle de Orduña y Durango, y ocupó los puertos de Barasal y de Urquiola, así como sus lomas colindantes a inicios de abril de 1937;[1194] la 2ª Bandera de La Coruña que intervino en las operaciones para controlar los enclaves de Truende, Urquiamendi, Jaya, Sollube, Arrieta y Fruniz entre finales de abril y mayo de 1937;[1195] o la 2ª Centuria de Álava que se enfrentó a las tropas del EPR hasta llegar a Valmaseda en junio de 1937.[1196] El avance de las fuerzas de Franco -y de los falangistas que formaban parte de ellas- estaba acompañado por el uso táctico de bombardeos aéreos. Por su parte, para frenar el avance de los sublevados y defender Bilbao, los republicanos fortificaron nuevas posiciones y realizaron ajustes en su sistema de fortificación conocido como el Cinturón de Hierro. A pesar de ello, los franquistas entraron en Bilbao el 19 de junio de 1937 y acabaron con los últimos focos republicanos en el resto de la provincia hasta que se dio por terminada la campaña de

[1194] "La primera Centuria de Falange de Navarra ha sido propuesta para la Medalla Militar por el heroísmo que ha demostrado en los asaltos a las alturas", *Unidad*, 7 de abril de 1937, p. 1; y "Los falangistas se distinguen por su bravura en las acciones en el Norte", *Azul* (Córdoba), 8 de abril de 1937, p. 7.
[1195] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,3.
[1196] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,9.

Vizcaya el 1 de julio de 1937. Una vez controlada la región, el CGG preparó sus tropas para continuar la ofensiva sobre Santander de forma inmediata, pero el ataque republicano sobre Brunete iniciado el 6 de julio de 1937 hizo que Franco detuviera las operaciones en el norte para trasladar refuerzos a la zona centro y lanzar una contraofensiva con el objetivo de recuperar las posiciones ocupadas por el EPR.

Con el objetivo de disminuir la presión ejercida por las fuerzas de Franco sobre Madrid y aliviar la situación en el frente del norte, los republicanos iniciaron la ofensiva sobre Brunete la noche del 5 de julio de 1937. Después de que los primeros destacamentos del EPR penetraran las líneas enemigas, la aviación y la artillería bombardearon las posiciones franquistas el amanecer del día siguiente para que las fuerzas comandadas por el general Enrique Líster rodearan Brunete y cogieran por sorpresa a la guarnición de la ciudad -integrada por regulares, carlistas y falangistas, como los de la 5ª Bandera de Castilla o los del 1r Batallón de Canarias-,[1197] que acabó por rendirse el mediodía del 6 de julio de 1937. A pesar del éxito inicial de la ofensiva, el progreso de las divisiones republicanas por los flancos quedó estancado al toparse con una feroz resistencia de los defensores. Así sucedió, por ejemplo, con los combatientes de la 46ª División que penetraron por el extremo occidental y se apoderaron de Vértice Llano, pero se detuvieron en Quijorna porque no pudieron vencer a los falangistas –auxiliados por un Batallón del Regimiento de Infantería de Toledo n.º 26 y por el Tabor Ifni-Sahara al mando del comandante Mariano Alonso- que protegían el municipio;[1198] o con los miembros de la 15ª División que tenían la misión de acabar con la resistencia en Villanueva de la Cañada, pero la guarnición de la ciudad -con una importante presencia de falangistas de Sevilla que contaba con el apoyo de varias piezas de artillería- resistió los ataques hasta el 7 de julio de 1937.[1199]

La contraofensiva franquista sobre Brunete comenzó el amanecer del 18 de julio de 1937 con un potente fuego de artillería y de aviación sobre las líneas republicanas, mientras las tropas rebeldes, entre las que había algunas unidades de Falange, como la 9ª Centuria de Salamanca,[1200] la 2ª Centuria de Álava[1201] o la 1ª Bandera de Navarra,[1202] avanzaron hasta que consiguieron romper definitivamente las defensas enemigas y entrar en la ciudad al atardecer del 25 de julio de 1937. Ambos bandos

[1197] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,7; "Actuación del primer batallón expedicionario de Canarias", *Amanecer* (Canarias), 10 de octubre de 1937, p. 3; y AZNAR, M., *Historia militar de la Guerra Civil en España* (volumen 2)…, p. 96.
[1198] SAGARRA, P., GONZÁLEZ, O. y MOLINA, L., *Grandes batallas de la Guerra Civil Española*…, p. 225.
[1199] AZNAR, M., *Historia militar de la Guerra Civil en España* (volumen 2)…, p. 97; y SAGARRA, P., GONZÁLEZ, O. y MOLINA, L., *Grandes batallas de la Guerra Civil Española*…, p. 226.
[1200] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,7.
[1201] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,9.
[1202] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,6.

sufrieron un elevado número de bajas por un objetivo de escasa importancia militar como Brunete. No obstante, como señala Hugh Thomas, para Franco, este tipo de operaciones solían ser victorias con un valor más político que militar.[1203] Por su parte, los republicanos no lograron establecer su dominio en la ciudad y solo consiguieron retrasar un mes la ofensiva franquista sobre Santander.

Tras derrotar al EPR en Brunete, los franquistas comenzaron las operaciones en la provincia de Santander el 14 de agosto de 1937 bombardeando las posiciones republicanas que guarnecían el nudo ferroviario del municipio cántabro de Mataporquera, mientras las tropas de Franco, constituidas por regulares, italianos del CTV, carlistas y falangistas, como los de la 1ª Bandera de Vizcaya o los de la 2ª Centuria de Álava,[1204] ocuparon los emplazamientos ubicados entre Pico Valdecebollas y Cuesta Labra, así como los enclaves de la sierra de Híjar para avanzar hacia Reinosa y poder amenazar las principales vías de comunicación del enemigo. Después de asegurar la bolsa de Reinosa, los franquistas entraron en Santander el mediodía del 26 de agosto de 1937 y se apoderaron de los municipios y enclaves que estaban en poder del enemigo hasta que toda la provincia quedó bajo control de las fuerzas de Franco a mediados de septiembre de 1937.

Durante el avance de las tropas franquistas por el norte, el alto mando republicano lanzó una ofensiva sobre Zaragoza el 24 de agosto de 1937 para aliviar la presión militar del EPR en el cantábrico que, en aquellos momentos, estaba luchando para defender Santander. Sin embargo, a diferencia de la batalla de Brunete, Franco no detuvo la campaña del norte para destinar fuerzas al frente aragonés. Los republicanos atacaron simultáneamente varios puntos ubicados entre las localidades zaragozanas de Zuera y Belchite. Las unidades del EPR que marchaban por el norte consiguieron cortar la carretera de Huesca y conquistar Villamayor de Gallego tras un intenso fuego con los falangistas de la 2ª Compañía Móvil que defendían el municipio.[1205] Las tropas que avanzaban por el sur invadieron las posiciones de Mediana y Puebla de Albortón el 24 de agosto de 1937, y entraron en Codo un día y medio después de vencer a la guarnición de la localidad –integrada por falangistas de la 2ª Bandera de Aragón, requetés aragoneses y los del Tercio catalán Virgen de Montserrat- tras haberla sometido a un intenso fuego de fusilería, ametralladoras y baterías.[1206] De este modo, los republicanos

[1203] THOMAS, H., *La Guerra Civil Española*…, pp. 770-771.
[1204] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,2; y AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,9.
[1205] AGMAV, Cuerpo Ejército de Aragón, 1316,24, a. 19, l. 19, cp. 24.
[1206] AGMAV, Cuerpo Ejército de Aragón, 1316,27, a. 19, l. 19, cp. 27; y SAGARRA, P., GONZÁLEZ, O. y MOLINA, L., *Grandes batallas de la Guerra Civil Española*…, pp. 262-263.

cerraron completamente el cerco alrededor de Belchite y evitaron que las tropas que guarnecían la ciudad pudieran participar en la defensa de la capital aragonesa.

Mientras tanto, varias unidades del EPR se dirigían a Zaragoza en la madrugada del 24 de agosto de 1937. Aunque se aproximaron a pocos kilómetros de la capital aragonesa, dichas fuerzas no lograron lanzar un ataque sobre la ciudad. Ante la pérdida de impulso de la ofensiva sobre Zaragoza, la población de Belchite, completamente rodeada desde el 26 de agosto de 1937, pasó a ser un objetivo más asequible para subir la moral de los soldados del EPR. Los republicanos encontraron que la ciudad estaba defendida por las fuerzas comandadas por el teniente coronel Enrique Sanmartín, entre las que se encontraban los falangistas de la 2ª Bandera de Aragón que protegían la estación de Azuara.[1207] Con el inicio de la ofensiva sobre Belchite el 28 de agosto de 1937, los franquistas defendieron la localidad desde los parapetos de extramuros. Al no poder resistir el fuego de la artillería enemiga, las tropas de Franco se replegaron al interior del municipio el 4 de septiembre, lo que conllevó el inicio de los enfrentamientos en el casco urbano hasta que la ciudad estuvo completamente controlada por los combatientes del EPR dos días después. El ataque republicano ocasionó gran cantidad de bajas entre los defensores debido a la dureza del asedio, pues al fuego de la artillería y de la aviación, había que sumarle el corte de agua, así como la falta de comida y suministros médicos que empezó a notarse a medida que la intensidad de la ofensiva aumentó.

Para romper el asedio de Belchite, los franquistas enviaron refuerzos aéreos y destacamentos procedentes del frente del centro para contener los últimos coletazos de la ofensiva republicana. En dichas unidades había falangistas como, por ejemplo, los que ocuparon la ermita de Villamayor de Gallego y las lomas de Pallaruela el 30 de agosto de 1937,[1208] o los miembros de la 9ª Bandera de Aragón que intervinieron en el fallido asalto de inicios de septiembre de 1937 sobre el monte Calvario.[1209] Las tropas de Franco consiguieron romper el sitio sobre Zuera y reconquistar varios territorios ocupados por el enemigo, pero no consiguieron auxiliar a los sitiados porque los soldados del EPR entraron en Belchite el 6 de septiembre de 1937. Poco después, las divisiones comandadas por Líster y Modesto, apoyadas por varias brigadas internacionales, emprendieron una acción al sur de la región sobre la capital aragonesa, pero su avance quedó estancado en las llanuras de Fuentes de Ebro que estaban defendidas por las tropas franquistas, entre las que se encontraba la 4ª Bandera de la

[1207] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,9; AGMAV, Cuerpo Ejército de Aragón, 1316,27, a. 19, l. 19, cp. 27; y SAGARRA, P., GONZÁLEZ, O. y MOLINA, L., *Grandes batallas de la Guerra Civil Española*…, p. 265.
[1208] AGMAV, Cuerpo Ejército de Aragón, 1316,20, a. 19, l. 19, cp. 20.
[1209] AGMAV, Cuerpo Ejército de Aragón, 1316,30, a. 19, l. 19, cp. 30.

Falange de Aragón.[1210] El frente aragonés parecía estar apaciguado hasta el inicio de la ofensiva republicana sobre Teruel el 15 de diciembre de 1937. El resultado de la campaña sobre Zaragoza fue que los republicanos no consiguieron conquistar la capital aragonesa ni frenar el avance de los sublevados por el cantábrico, puesto que estos entraron en Santander el 26 de agosto de 1937. De este modo, con la caída de Bilbao y del Cinturón de Hierro, primero, y de la provincia de Santander, después, en el frente norte solo quedó Asturias en poder de la República.

Las fuerzas de Franco iniciaron la ofensiva final sobre Asturias el 1 de septiembre de 1937, antes de la finalización de las operaciones en el cantábrico el 17 del mismo mes. El CGG preveía que la conquista de Asturias sería fácil por la destrucción casi total del EPR en Cantabria, pero los franquistas encontraron una feroz resistencia de los soldados del ejército republicano que se apoyaron en la geografía de la zona. Entre las fuerzas de Franco había banderas de Falange como, por ejemplo, la 3ª Bandera de Palencia que conquistó la posición del Pico Benzúa (Los Carriles) el 3 de septiembre de 1937, la 2ª Bandera de Palencia que ocupó el emplazamiento de Espinama-Picos de Europa seis días después, la 4ª Bandera de Palencia que participó en las operaciones del 9 de septiembre de 1937 para dominar los Picos de las Calaveras (Covadonga),[1211] o la 1ª Bandera de León que invadió los enclaves montañosos de Peña Pileñes, Los Panes, Puerto Ventaniella, El Picón y el Pico de Maciédome, así como los emplazamientos de Pendones en septiembre de 1937.[1212] Los franquistas avanzaron por Asturias hasta que conquistaron Gijón el 20 de octubre de 1937. Entre las primeras unidades que entraron en la localidad había banderas de Falange, como la 2ª Bandera de Álava.[1213] La derrota de los republicanos en Asturias se explica por la elevada moral de las fuerzas de Franco en contraposición a la desmoralización de los soldados del EPR tras el derrumbe del frente cantábrico a mediados de septiembre de 1937 y, sobre todo, tras la caída de Bilbao y del Cinturón de Hierro a inicios de julio de 1937. A ello hay que sumarle la superioridad numérica y armamentística de los franquistas, quienes contaban con un amplio uso de la artillería y de la aviación italiana y alemana.

Tras la caída del frente asturiano, Franco envió a Asturias varios destacamentos -con una importante presencia de banderas de Falange- para guarnecer los emplazamientos de la provincia. Este fue el caso de la 1ª Bandera de León que hizo guardia en diferentes enclaves asturianos o de la 2ª Bandera de Oviedo que protegió la

[1210] AZNAR, M., *Historia militar de la Guerra Civil en España* (volumen 2)…, pp. 154-155.
[1211] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,6.
[1212] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,4.
[1213] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,9.

posición de San Cristóbal (Avilés).[1214] Los falangistas también realizaron labores de *limpieza* como sucedió, por ejemplo, con los integrantes de la 1ª Bandera de León[1215] o con los miembros de la 1ª Bandera de La Coruña.[1216] Igualmente, el CGG disponía de banderas de Falange para perseguir a los soldados republicanos que permanecían escondidos en los montes asturianos y cántabros negándose a capitular, manteniendo el combate con las tropas de Franco para evitar posibles ofensivas de los franquistas en otros frentes. Así sucedió, por ejemplo, con la 1ª, la 4ª y la 5ª Bandera de Oviedo que rastrearon las montañas de Asturias para capturar a los combatientes del EPR que se ocultaban ahí.[1217]

La conquista de Gijón el 20 de octubre de 1937 y la derrota de los últimos reductos del EPR significaron la caída del frente del norte y que los franquistas se adueñaran de las fábricas de armamento, así como de las minas que hasta este momento habían estado en poder de la República. De este modo, la balanza de la guerra se desniveló claramente a favor del bando franquista, que incrementó su capacidad armamentística al mismo tiempo que debilitó la del enemigo, controló toda la franja cantábrica e incorporó en su territorio a un millón y medio de habitantes,[1218] incluidos muchos prisioneros de guerra que fueron enviados a campos de concentración y otros que fueron enrolados como obreros en la industria, o movilizados en las tropas de reserva del ejército franquista. Tras la invasión de la franja cantábrica, Franco pudo trasladar sus fuerzas al centro peninsular y concentrar el esfuerzo bélico allí.

Después de que las tropas de Franco conquistaran el norte peninsular, el CGG planeó un ataque definitivo sobre Madrid para diciembre de 1937. Como hicieron para aliviar la presión militar en el frente del norte con las ofensivas sobre Brunete y Zaragoza en julio y agosto de 1937, respectivamente, los republicanos lanzaron un ataque sobre Teruel, que estaba parcialmente rodeada por las tropas del EPR. Las fuerzas comandadas por el general Enrique Líster se infiltraron tras las líneas enemigas en la madrugada del 16 de diciembre de 1937 y llegaron hasta Concud tras derrotar a los defensores de varios emplazamientos, como a los falangistas de la 8ª y 12ª Bandera de Zaragoza que guarnecían los enclaves de Llanos de Caudé y Villarquemado.[1219] Mientras tanto, las unidades lideradas por el teniente coronel Pedro Martínez Cantón ocuparon El Campillo y avanzaron hacia San Blas. De esta manera, los republicanos consiguieron sellar el cerco sobre Teruel el 18 de diciembre de 1937. Por su parte, las

[1214] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,4; y AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,6
[1215] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,4.
[1216] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,3.
[1217] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,6.
[1218] THOMAS, H., *La Guerra Civil Española*…, p. 789.
[1219] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,9; y ALEGRE LORENZ, D, *La batalla de Teruel*…, p. 97.

tropas franquistas realizaron sin éxito varias operaciones para romper el asedio de la capital turolense como, por ejemplo, la del 18 de diciembre de 1937 por parte de los falangistas de la 2ª Bandera de León que, junto con los combatientes del 1r Batallón de Carros y los de la Compañía de la Calavera, intentaron tomar la cota 1.149 (Cerro Gordo).[1220]

Las franquistas iniciaron la contraofensiva el 29 de diciembre de 1937 para romper el sitio sobre Teruel y socorrer la guarnición de la ciudad atacando las posiciones del sector este y oeste. Entre dichos destacamentos había unidades de Falange, como la 1ª Bandera de León o la 5ª Bandera de Castilla.[1221] A pesar del empleo masivo de artillería, el avance de las tropas de Franco durante el primer día fue muy reducido, lo que hizo que los franquistas no consiguieran ocupar la mayoría de los objetivos establecidos por el CGG como sucedió, por ejemplo, con los falangistas de la 5ª Bandera de Castilla que no pudieron entrar en Concud.[1222] Las fuerzas de Varela y Aranda, con el apoyo de la artillería y la aviación, consiguieron avanzar el 30 de diciembre de 1937 y ocupar posiciones, como los enclaves ubicados en las localidades de El Campillo y San Blas por parte de los falangistas de la 1ª Bandera de León,[1223] hasta que la marcha se detuvo el 31 de diciembre de 1937 a causa del temporal. A pesar de la ventisca, los franquistas acometieron contra los emplazamientos controlados por los republicanos, como fue el caso de los falangistas de la 3ª Bandera de Palencia que atacaron La Muela el 1 y 2 de enero de 1938.[1224]

Mientras tanto, las tropas republicanas que llegaron a las puertas de Teruel el 19 de diciembre de 1937 se encontraron con una gran resistencia de la guarnición de la ciudad -integrada por pocos soldados de tropa, por varios carlistas y por los falangistas de la 8ª, 12ª y 13ª Bandera de Zaragoza-[1225] comandada por el coronel Domingo Rey d'Harcourt. Los defensores se enfrentaron al enemigo fuera de la localidad durante los primeros días de la ofensiva. Al no poder contener el ataque de los combatientes del EPR a causa de la superioridad armamentística y numérica de estos, los franquistas se replegaron al interior de Teruel para concentrar los esfuerzos defensivos ahí. La irrupción de las fuerzas republicanas en las calles de la capital turolense por la zona alta y por el Arrabal el 22 de diciembre de 1937 supuso el inicio de los combates callejeros, en los que ambos bandos emplearon un intenso fuego de artillería. Tras varios días de

[1220] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,4; y ALEGRE LORENZ, D, *La batalla de Teruel*…, p. 104.
[1221] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,4; y AZNAR, M., *Historia militar de la Guerra Civil en España* (volumen 2)…, p. 188.
[1222] AZNAR, M., *Historia militar de la Guerra Civil en España* (volumen 2)…, p. 188.
[1223] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,4.
[1224] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,6.
[1225] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,9; y ALEGRE LORENZ, D, *La batalla de Teruel*…, p. 370.

enfrentamientos en las calles de Teruel solo quedaron dos focos de resistencia localizados en la comandancia militar y en el seminario que aguantaron hasta el 8 de enero de 1938.

Franco destinó refuerzos procedentes de otros frentes para recuperar Teruel. Entre dichas unidades había varias banderas de Falange como, por ejemplo, la 1ª Bandera de Bilbao que conquistó Celadas el 17 de enero de 1938 y las posiciones de Pedrizas dos días después; la 4ª Bandera de Palencia que tomó parte en el combate del 18 de enero de 1938 para dominar los emplazamientos de El Muletón;[1226] la 1ª Bandera de Galicia que participó en la ofensiva de mediados de enero de 1938 sobre Celadas;[1227] o la 2ª Bandera de León que ocupó los enclaves de Cerro Simón, Cerro Miguel y Masía del Chantre entre el 17 y el 20 de enero de 1938.[1228] Por otra parte, planeada para el 3 de febrero de 1938, pero aplazada dos días a causa de la niebla, los franquistas iniciaron una operación envolvente por el norte de Teruel con la misión de romper la bolsa republicana por el río Alfambra. Entre dichas fuerzas había varias unidades de Falange como, por ejemplo, la 2ª Centuria de Álava que tomó parte en los combates en el sector de Sierra Palomera[1229] o la 3ª Bandera de León que intervino en la ocupación de las cotas 1220 y 1263, del cerro de Tres Mojones y de los pueblos de Perales del Alfambra, Villalba Alta y Orrios.[1230] Las tropas de Franco avanzaron hasta que el 8 de febrero de 1938 consiguieron expandir sus líneas por el río Alfambra.

Las tropas de Franco continuaron la marcha hacia Teruel enfrentándose a unos soldados del EPR agotados por los combates librados en medio de un crudo invierno, como fue el de finales de diciembre de 1937 e inicios de enero de 1938. La batalla para reconquistar la capital turolense comenzó el 17 de febrero de 1938 con un cerco del municipio por el norte y por el sur. Entre dichas unidades había varias banderas de Falange, como la 8ª, la 11ª y la 12ª Bandera de Zaragoza, entre otras.[1231] A pesar de que los soldados del EPR lanzaron fuertes contraataques para detener el avance franquista, estos no pudieron evitar que Teruel quedara totalmente cercada el 21 de febrero de 1938 y que las tropas de Franco entraran en el municipio el día siguiente. El combate por la capital turolense se convirtió en una batalla de desgaste por los intensos días de enfrentamientos, en los que ambos bandos consumieron elevadas cantidades de recursos y hombres. Aunque no tuviera ningún valor militar, abandonar Teruel suponía un desprestigio político para Franco. Como señala David Alegre, esto se debió

[1226] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,6.
[1227] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,3.
[1228] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,4.
[1229] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,9.
[1230] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,4.
[1231] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,9.

a que una guerra civil no se rige por las mismas lógicas que un conflicto convencional entre dos países, siendo clave en el primer caso la lucha por el prestigio, la legitimidad, la imposición y el mantenimiento del poder sobre cada kilómetro cuadrado. Esto ayuda a entender la respuesta de Franco a la ofensiva republicana sobre Teruel, así como la de Brunete o Belchite, donde la falta de una réplica podría ser vista como un posible síntoma de debilidad y de indiferencia por parte de Franco del destino de una parte del territorio nacional y de aquellos que lo habitaban.[1232]

Los franquistas tenían vía libre para dirigirse al Mediterráneo tras la derrota de las tropas republicanas en Teruel. Por este motivo, Franco decidió posponer el ataque sobre Madrid planeado para diciembre de 1937, y lanzar un ataque para conquistar las restantes posiciones del Bajo Aragón controladas por los soldados del EPR y dirigirse al Mediterráneo. Los sublevados iniciaron la ofensiva el 9 de marzo de 1938 empleando masivamente el fuego de artillería y la aviación, lo que hizo que, en pocas semanas, el frente aragonés terminara por derrumbarse. Entre las fuerzas que marchaban por el Bajo Aragón había unidades de Falange, como la 2ª Centuria de Álava, que conquistó la localidad de Vivel del Río Martín el 9 de marzo de 1938;[1233] la 4ª Bandera de Palencia, que ocupó las posiciones inmediatas a la sierra de Gúdar el 16 de marzo de 1938;[1234] la 8ª Bandera de Zaragoza, que se apoderó del emplazamiento de Rebollar y *liberó* el pueblo de Valdecuenca a finales de marzo de 1938;[1235] o la 2ª Bandera de León, que participó en la conquista de La Ginebrosa el 29 de marzo de 1938 y entró en la villa de Alcorisa el día siguiente.[1236]

Las tropas de Franco también marchaban por la provincia de Lérida para dirigirse al Mediterráneo. Entre ellas, había unidades de Falange como, por ejemplo, la 11ª Bandera de Aragón, que ocupó Almenar el 4 de marzo de 1938;[1237] la 6ª Bandera de Zaragoza, que avanzó hasta el río Segre y conquistó el pueblo de Camarasa a inicios de abril de 1938;[1238] la 1ª Bandera de Palencia, que cruzó el puente sobre el río Segre e invadió las cotas a la izquierda de la villa de La Granja de Escarpe el 4 de abril;[1239] o la 4ª Bandera de Zaragoza, que entró en Balaguer 6 de abril de 1938 tras protagonizar un duro combate con la guarnición de la ciudad.[1240] Tras marchar por el Bajo Aragón y

[1232] ALEGRE LORENZ, D, *La batalla de Teruel*…, pp. 131-132.
[1233] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,9.
[1234] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,6.
[1235] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,9.
[1236] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,4.
[1237] AGMAV, Milicias Nacionales, 5656,2.
[1238] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,9.
[1239] AGMAV, Milicias Nacionales, 5656,2.
[1240] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,9.

por Lérida, los franquistas llegaron al Mediterráneo por Vinaroz el 15 de abril de 1938, con lo que la República quedó dividida en dos.

Después de alcanzar el Mediterráneo, Franco dirigió sus tropas al Levante para conquistar Valencia. Su plan consistía en converger sobre Sagunto avanzado por la costa desde Vinaroz y por el interior desde Teruel. El CGG destinó unidades de Falange como la 1ª Bandera de Palencia, que, por ejemplo, ocupó Puerto Palomas y entró en la población castellonense de Caudiel el 20 de julio de 1938 tras protagonizar varios tiroteos con la guarnición de la ciudad;[1241] la 2ª Bandera de Palencia, que participó en los combates del 22 de julio de 1938 en el sector Fegis-Torax (Castellón de la Plana); la 1ª y la 4ª Bandera de Navarra, que tomaron parte en la ofensiva de la segunda quincena de julio de 1938 sobre la sierra de Espadán; o la 4ª Bandera de Oviedo, que marchó por la provincia de Castellón ocupando los municipios de Burriana, Nules y Villavieja en julio de 1938.[1242] A pesar del avance de sus tropas por el Levante, Franco decidió aplazar la invasión de Valencia a causa del inicio de la ofensiva republicana sobre el río Ebro el 25 de julio de 1938.

Para distraer las fuerzas del ejército franquista que marchaban a Valencia y aliviar la situación del EPR en el Levante, los republicanos lanzaron una ofensiva por sorpresa el 25 de julio de 1938 sobre las posiciones defendidas por los rebeldes en el margen derecho del río Ebro. Ante la dificultad de contener el avance de las tropas del EPR, Franco ordenó el traslado de divisiones procedentes de otros sectores, especialmente del frente de Levante. Entre dichos destacamentos, había unidades de Falange como la 2ª Centuria de Álava, que, por ejemplo, tomó parte en las operaciones sobre la sierra de Pándols el 26 de julio de 1938, la 7ª Bandera de Zaragoza, que defendió el sector del Bajo Segre a finales de julio de 1938,[1243] la 3ª Bandera de León, que intervino en los combates del 27 de julio de 1938 para hacerse con el control del cerro de los Avellanos y de la cota 503, o la 2ª Bandera de León, que participó en los enfrentamientos de finales de julio de 1938 para dominar el Castillo de Artana.[1244]

El éxito inicial de la ofensiva republicana estaba acompañado por un incremento de los fallos técnicos y de los problemas logísticos que hacían que las unidades del EPR tuvieran dificultades de aprovisionamiento y complicaciones para cruzar el río. A ello hay que sumarle que las tropas de Franco se atrincheraron y ofrecieron una fuerte resistencia; que la aviación sublevada efectuó ataques masivos sobre los pontones y

[1241] AGMAV, Milicias Nacionales, 5656,3.
[1242] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,6.
[1243] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,9.
[1244] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,4.

los medios empleados por los soldados del EPR para cruzar el río; y que la apertura de las compuertas de los embalses de Tremp y Camarasa por parte de los franquistas provocó una gran crecida del río que arrastró hombres, camiones y pasarelas. Todo ello comportó que la ofensiva republicana se estancara a principios de agosto de 1938 en un frente que se extendía desde Fayón hasta Cherta, pero con un saliente en el extremo oriental ubicado entre Villalba de los Arcos y Gandesa, donde los franquistas resistieron los ataques republicanos. Entre los defensores de este último sector había unidades de Falange como, por ejemplo, la 2ª Bandera de León, que protegió la localidad de Prat de Compte de las acometidas de finales de julio de 1938;[1245] o las banderas de Asturias, Galicia, León y Palencia, que rechazaron los ataques enemigos del 27 y 29 de julio de 1938 sobre el municipio tarraconense de Bot y participaron en las operaciones de finales de julio e inicios de agosto de 1938 para controlar los enclaves ubicados sobre el río Canaleta con el objetivo de proteger la carretera que comunicaba las localidades de Prat de Compte y Cherta.[1246]

Los franquistas iniciaron la contraofensiva general el 6 de agosto de 1938 por todo el sector del Ebro con el objetivo de desalojar a los soldados del EPR de los enclaves conquistados tras el inicio de la ofensiva. Los falangistas movilizados en las fuerzas enviadas por Franco intervinieron en varios combates como, por ejemplo, los de agosto de 1938 en el sector de Villalba de los Arcos por parte de los miembros de la Bandera de Soria.[1247] Ambos bandos protagonizaron enfrentamientos con un elevado número de bajas y con una fuerte pérdida de material sin que las líneas del frente variaran significativamente. A causa del desgaste de sus tropas, Franco decidió suspender temporalmente las operaciones a mediados de septiembre de 1938, para retomarlas a finales del mismo mes tras destinar varias divisiones del ejército y algunas banderas de Falange como, por ejemplo, la 1ª Bandera de Valencia, que intervino en las acciones de finales de septiembre de 1938 para controlar las poblaciones de Burriana, Godall, Amposta, Ulldecona y Alcanar, y rechazó la ofensiva republicana del 2 de octubre de 1938 sobre el sector de Costa en el frente de Nules.[1248]

Las fuerzas de Franco comenzaron la contraofensiva final el 30 de octubre de 1938 por el paso ubicado al norte de la sierra de Cavalls. Entre las diferentes unidades de Falange que intervinieron en dichas operaciones, la 3ª Bandera de Castilla-Burgos, por ejemplo, conquistó los enclaves del cerro San Marcos y de la Ermita a primeras

[1245] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,4.
[1246] AGMAV, Milicias Nacionales, 5656,3; y AZNAR, M., *Historia militar de la Guerra Civil en España* (volumen 3)…, p. 117.
[1247] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,8.
[1248] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,9; y FONTANA, J. M., *Los catalanes en la guerra de España*…, p. 261.

horas de la tarde del 31 de octubre de 1938;[1249] la 3ª Bandera de León ocupó dos cotas en las estribaciones de sierra Caballa entre el 3 y el 16 de noviembre de 1938;[1250] o la 1ª Bandera de Oviedo entró en varias poblaciones del sector de la Pobla de Malasuca, como La Fatarella, Flix, Ascó o Mora de Ebro, en la primera quincena de noviembre de 1938.[1251] Las tropas de Franco avanzaban por el Ebro hasta que el 16 de noviembre de 1938 recompusieron la línea defensiva que las fuerzas republicanas atravesaron con el inicio de la ofensiva en julio de 1938. Ello supuso una derrota decisiva para la República, ya que, el EPR, diezmado tras varios meses de combates encarnizados, no tenía posibilidades de victoria frente a un ejército franquista mejor pertrechado y con más efectivos a su disposición.

Tras la derrota del EPR en el Ebro, el CGG preparó el camino para la conquista del nordeste peninsular. Las tropas de Franco comenzaron el avance por Cataluña el 23 de diciembre de 1938. Entre dichas unidades había falangistas como, por ejemplo, los de la 2ª Centuria de Álava, que ocuparon los emplazamientos de Santa Ventosa (Tarragona) y Vértice Cantarlosoa (Tarragona) a finales de diciembre de 1938; los de la 7ª Bandera de Zaragoza, que conquistaron la cabeza del puente de Balaguer (Lleida) el 28 de diciembre de 1938;[1252] o los de la 2ª Bandera de Oviedo, que, tras cruzar el río Segre, participaron en los combates de finales de diciembre de 1938 para controlar la posición de El Merengue (Lleida).[1253] Aunque las fuerzas de Franco encontraron una fuerte resistencia durante las dos primeras semanas, su avance fue prácticamente imparable a partir de enero de 1939 hasta que llegaron a los Pirineos el 10 de febrero de 1939 y controlaron todos los pasos fronterizos con Francia. Entre las unidades de Falange que marcharon por Cataluña a partir de enero de 1939, la 3ª Bandera de Palencia, por ejemplo, intervino en la ocupación de Artesa de Segre (Lleida) el 4 de enero de 1939;[1254] la 3ª Bandera de León conquistó los enclaves de Pico Torta y Monchart el 13 de enero de 1939, y se apoderó de varios municipios leridanos, como Agramunt, Santa Fe de Montseny o Pujol, y barceloneses, como Sant Joan de Vilatorrada, a inicios de febrero de 1939;[1255] o la 2ª Bandera de Oviedo entró en Figueras (Girona) el 8 de febrero de 1939.[1256] Ante el avance imparable de los franquistas por Cataluña, el gobierno de la República y miles de sus partidarios marcharon al exilio cruzando la frontera con Francia entre finales de enero e inicios de febrero de 1937. Una

[1249] SAGARRA, P., GONZÁLEZ, O. y MOLINA, L., *Grandes batallas de la Guerra Civil Española*…, p. 377.
[1250] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,4.
[1251] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,6.
[1252] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,9.
[1253] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,6.
[1254] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,6.
[1255] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,4.
[1256] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,6.

vez conquistado el nordeste peninsular, el CGG destinó varias banderas de Falange para guarnecer algunas localidades, como los municipios barceloneses de Martorell y Hospitalet de Llobregat por parte de la 1ª Bandera de Oviedo.[1257]

Tras la conquista de Cataluña, el territorio republicano quedó reducido a las regiones del centro y sureste peninsular. El presidente del gobierno, Juan Negrín, acompañado de algunos ministros, regresó de Toulouse el 10 de febrero de 1939 para reactivar el conflicto en el último reducto de la zona republicana, lo que hizo que se desatara un choque entre los partidarios de seguir la guerra y los que se oponían a ello. Estos últimos, liderados por el coronel Segismundo Casado, quien, convencido de que sería más fácil poner fin a la contienda con la firma de un acuerdo con Franco, lideró una conspiración político-militar el 5 de marzo de 1939 contra el gobierno de la República. Con el apoyo de la quinta columna que estaba en contacto con el CGG, los simpatizantes de Casado se apoderaron de los puntos neurálgicos de Madrid. Una vez que los golpistas controlaron la ciudad, Casado anunció la formación de un Consejo Nacional de Defensa presidido por el general Miaja para negociar la paz con Franco, pero este se negó a llegar a ningún acuerdo porque solo aceptaba una rendición del EPR sin condiciones. Así pues, cuando los franquistas -entre los que había varias banderas de Falange, como la 1ª Bandera de Tenerife o la Bandera de Marruecos-[1258] entraron en la capital del estado el 28 de marzo de 1939, lo hicieron en una ciudad controlada por los quintacolumnistas.

Después de entrar en Madrid, las tropas de Franco conquistaron el centro-sur peninsular sin encontrar oposición de los soldados del EPR. Entre los falangistas que participaron en dichas operaciones, los de la 7ª Bandera de Castilla, por ejemplo, se apoderaron de los pueblos de Valdemorillo, Galapagar, Colmenarejos y Torrelodones el 28 de marzo de 1939;[1259] los de la 1ª Bandera de Valencia entraron en Nules y Valencia el día siguiente; o los de la 1ª Bandera de Zaragoza ocuparon Valencia y el pueblo de Oliva el 30 de marzo de 1939.[1260] Tras conquistar los últimos reductos republicanos, el 1 de abril de 1939 se redactó el último parte que comunicaba el final de la guerra.

5.2.1. Falangistas en los frentes secundarios

Como ya se ha comentado, tras el revés de los franquistas en Madrid y de las operaciones para rodear la capital del estado con el objetivo de aislarla del resto del

[1257] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,6.
[1258] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,5; AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,7; y AZNAR, M., *Historia militar de la Guerra Civil en España* (volumen 3)…, p. 188.
[1259] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,7.
[1260] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,9.

territorio republicano, el CGG destinó tropas -entre las que había unidades de Falange- para combatir en campañas, como la del norte, y enfrentarse a los soldados del EPR allá donde estos realizaron su ofensiva, como en Belchite, en Brunete o en el río Ebro, al mismo tiempo que las fuerzas de Franco realizaban una presión sobre Madrid que quedó limitada a un asedio que no cesó en ningún momento hasta que el ejército franquista entró en la ciudad el 28 de marzo de 1939. Dicho esto, el CGG destinó unidades en la provincia de Madrid para mantener el cerco sobre la capital del país, controlar las posiciones estratégicas que abastecían el frente y cortar las vías de comunicación de la ciudad con las demás zonas controladas por la República. Entre los falangistas que participaron en dichas operaciones, los activistas de la Falange de Canarias, por ejemplo, defendieron las posiciones de La Casa, La Iglesia y La Torrecilla desde el 1 de enero hasta el 30 de abril de 1937;[1261] los de la 9ª Centuria de Salamanca participaron en las operaciones del 4 de abril de 1937 para controlar Fresnedillas de la Oliva; los de la 1ª Bandera de Tenerife resistieron el ataque del 6 de mayo de 1937 sobre la posición de Cerro Águila y combatieron en la Casa de Campo entre el 20 de junio y el 7 de julio de 1937; o los de la 7ª Bandera de Castilla rechazaron la ofensiva republicana del 5 de junio de 1937 sobre San Ildefonso y conquistaron el Puerto del Reventón (sierra del Guadarrama) ese mismo mes.[1262]

El CGG también disponía de unidades de Falange para auxiliar a los soldados que combatían en los frentes secundarios, como el de Málaga, el de Córdoba, el de Jaén, el de Badajoz o el de León. Así, entre los falangistas destinados a la provincia de Málaga antes de la conquista de la capital malagueña el 8 de febrero de 1937, los activistas de La Rota, por ejemplo, intervinieron en la ocupación de Estepona el 14 de enero de 1937.[1263] Para la conquista de Málaga, el CGG destinó a la 1ª y a la 2ª Bandera de Falange de Málaga para auxiliar a los italianos del CTV y a los soldados del ejército franquista que participaron en las operaciones entre el 3 y el 8 de febrero de 1937.[1264] Tras controlar la ciudad, el alto mando franquista organizó nuevos destacamentos, como la 3ª Bandera de la Falange de Málaga,[1265] para guarnecer la capital malagueña y, asimismo, dispuso de falangistas para defender los enclaves controlados, como los de la 1ª Bandera de Málaga y los de la 3ª Bandera de Sevilla que guarnecieron los emplazamientos del sector de Antequera,[1266] y conquistar las posiciones en poder de

[1261] "Actuación del primer batallón expedicionario de Canarias", *Amanecer* (Canarias), 9 de octubre de 1937, p. 2.
[1262] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,7.
[1263] "En la conquista de Estepona se distinguió el heroísmo de los falangistas", *Azul* (Córdoba), 15 de enero de 1937, p. 9.
[1264] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,5.
[1265] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,5.
[1266] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,5; y AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,8.

los republicanos como sucedió, por ejemplo, con los de la 2ª Bandera de Granada, que ocuparon los pueblos de Alfernate, Alfarnatejo y Colmenar el 4 de febrero de 1937; con los de la 2ª Bandera de Huelva, que entraron en las aldeas de Alfernate, Alfarnetejo y Colmenar el 4 de febrero de 1937;[1267] o con los de la 3ª Bandera de Sevilla, que conquistaron Villanueva del Rosario en febrero de 1937.[1268]

El alto mando franquista también disponía de unidades de Falange para defender las posiciones del frente de Córdoba. Este fue el caso de la 1ª Bandera de Huelva, que participó en los combates del 19 de enero de 1937 para proteger Villaharta;[1269] del 5º Batallón de Córdoba, que reforzó los enclaves de Puente de Hierro, La Campiñuela y La Porrilla desde inicios de abril hasta mediados de mayo de 1937;[1270] de la 1ª Bandera de Málaga, que rechazó el ataque del 5 de abril de 1938 sobre la posición de Mano de Hierro;[1271] o del 2º Batallón de Tenerife, que defendió las posiciones de La Patuda de la acometida del 5 de enero de 1939.[1272] Igualmente, los falangistas destinados al frente de Córdoba intervinieron en operaciones para conquistar las posiciones controladas por los republicanos como, por ejemplo, los emplazamientos del sector de Fuenteovejuna, los municipios de La Granjuela y Los Blázquez, así como el enclave de Los Castillejos en mayo de 1938 por parte de los miembros de la 7ª Bandera de Sevilla; o la localidad de Belalcázar en agosto de 1938 por parte de los falangistas del Escuadrón de Caballería Fernando Primo de Rivera.[1273]

Los falangistas también protagonizaron enfrentamientos con los soldados del EPR en la provincia de Granada. Este fue el caso de los combatientes de la 6ª Bandera de Granada y de la 6ª Bandera de Huelva, que intervinieron en la batalla del 24 de febrero de 1937 para controlar la posición de Albergues (Sierra Nevada) y en las escaramuzas del 29 de agosto de 1937 sobre Órgiva; de los integrantes de la 5ª Bandera de Granada, que participaron en las operaciones del 23 de abril de 1937 sobre la sierra de Lujar y del 29 de agosto de 1937 sobre Órgiva; o de los miembros de la 1ª Bandera de Granada, que tomaron parte en el combate del 30 de junio de 1937 para controlar los enclaves localizados alrededor del municipio de Cogollos Vega y en las operaciones del 15 de enero de 1938 sobre Pinos Puente.[1274]

[1267] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,4.
[1268] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,8.
[1269] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,4.
[1270] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,3.
[1271] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,5.
[1272] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,7.
[1273] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,8.
[1274] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,4.

En el frente de Jaén, la 5ª y la 6ª Bandera de la Falange de Sevilla, por ejemplo, tomaron parte en los enfrentamientos del 29 de marzo de 1938 para dominar las posiciones del sector de Valenzuela, como la villa de Higuera de Calatrava y los enclaves cercanos a dicha localidad.[1275] Igualmente, los falangistas tenían la misión de guarnecer los emplazamientos controlados por los franquistas. Este fue el caso de los combatientes de la 1ª y la 4ª Bandera de Huelva, que defendieron los enclaves de Haza de la Sierra de la acometida del 4 de abril de 1938 y la Cota 410 del ataque del 13 de junio de 1938; de los miembros de la Bandera Virgen de la Cabeza, que rechazaron la ofensiva sobre La Guzmana de Ronda a inicios de enero de 1939;[1276] o de los integrantes de la 1ª Bandera de Sevilla, que guarnecieron las posiciones en el sector de Lopera en enero de 1939.[1277]

Entre las unidades de Falange destinadas al frente de Badajoz, la 5ª Bandera de Sevilla, por ejemplo, rechazó los ataques de finales de junio de 1938 sobre las lomas del Helechal;[1278] la 5ª Bandera de Badajoz defendió las posiciones del sector del Campillo de Llerena y los enclaves de las minas de Miraflores (Castuera) en agosto de 1938; o la 1ª y la 4ª Bandera de Badajoz resistieron la ofensiva republicana de agosto de 1938 sobre el río Zújar.[1279] Igualmente, los falangistas intervinieron en la conquista de posiciones controladas por los republicanos. Este fue el caso de los miembros de la 2ª Bandera de Sevilla, que ocuparon los emplazamientos de Casa del Río (Peraleda del Zaucejo) a finales de enero de 1938;[1280] de los combatientes de la 3ª Bandera de Málaga, que participaron en la invasión del Valle de la Serena entre junio y julio de 1938;[1281] de los integrantes de la 1ª, 2ª, 4ª y 5ª Bandera de Badajoz, que tomaron parte en la *liberación* de la bolsa de la Serena en julio de 1938;[1282] o de los componentes de la 3ª Bandera de Cáceres, que entraron en Casas de Don Pedro en agosto de 1938.[1283]

El CGG también disponía de unidades de Falange para hacerse con el control de las regiones del frente del norte. Así sucedió, por ejemplo, en Ávila, donde la 9ª y la 10ª Bandera de Castilla defendieron las posiciones del sector de Las Navas del Marqués en 1937.[1284] En León, donde la 2ª Bandera de Oviedo conquistó el Puerto de San Isidro, Felegrinas, Torneo, Campo de Caso, Soco-Valles, Abantro, Tanes y Gamonal en octubre

[1275] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,8.
[1276] AGMAV, Milicias Nacionales, 5678,4.
[1277] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,8.
[1278] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,8.
[1279] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,2.
[1280] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,8.
[1281] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,5.
[1282] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,2.
[1283] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,3.
[1284] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,2.

de 1937; la 5ª Bandera de Oviedo ocupó los enclaves de Soto de Sajambre y Puerto Ventanielles entre septiembre de 1937 y noviembre de 1938;[1285] o la 1ª Centuria de Salamanca entró en los pueblos de Oblanca, Caldas de Luna, Vega de Robledo y Robledo de Caldas el 18 de septiembre de 1938.[1286] En Burgos, donde la 1ª Bandera de Bilbao tomó parte en el combate del 5 de mayo de 1937 para hacerse con el control del municipio de Bricias.[1287] O, en Segovia, donde el Grupo de Zapadores de FET y de las JONS realizó trabajos de fortificación y construcción de barracones en el frente de La Granja desde finales de mayo hasta noviembre de 1937.[1288]

En esta misma línea, el CGG destinó tropas para combatir en el frente asturiano antes del inicio de la ofensiva final sobre Asturias el 1 de septiembre de 1937. Entre ellas había unidades de Falange como, por ejemplo, la 1ª Bandera de La Coruña, que guarneció los emplazamientos de las localidades de Genestoso (Cangas de Narcea) y Cornellana (Salas) entre marzo y abril de 1937;[1289] la 1ª Bandera de Asturias, que rechazó los ataques de inicios de agosto de 1937 sobre los enclaves del tramo de Genestoso y ocupó los municipios de Morilles, Malvedo, Quintana y Ferredal a finales del mismo mes; o la 2ª Bandera de Oviedo, que guarneció las posiciones de La Linar y La Mata (Grado) en agosto de 1937.[1290]

Después de que las tropas de Franco entraran en Madrid el 28 de marzo de 1939, el CGG disponía de unidades de Falange para que intervinieran en la conquista de los últimos reductos republicanos. Este fue el caso de la 4ª Bandera de Granada y de la 4ª Bandera de Huelva, que, destinadas en el sector de Montefrío (Granada), ocuparon los emplazamientos de Vértice y Ayoso el 28 de marzo de 1939, así como la meseta de Cornicebra el día siguiente; de la 3ª Bandera de León, que conquistó los objetivos entre Toledo y la población ciudadrealeña de Almagro entre el 27 de marzo y el 1 de abril de 1939;[1291] o de la 7ª Bandera de Castilla, que entró en las localidades madrileñas de Valdemorillo, Galapagar, Colmenarejo y Torrelodones el 28 de marzo de 1939.[1292] Los falangistas también tenían la orden de guarnecer las posiciones controladas. Así sucedió, por ejemplo, con los miembros del 2º Batallón de Córdoba, que hicieron guardia en el pueblo cordobés de Valenzuela; o con los integrantes de 8ª Bandera de Zaragoza, que protegieron los enclaves del sector de Albarracín.[1293] Una

[1285] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,6.
[1286] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,7.
[1287] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,6.
[1288] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,7.
[1289] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,3.
[1290] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,6.
[1291] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,4.
[1292] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,7.
[1293] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,3; y AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,9.

vez finalizada la guerra, el CGG destinó banderas de Falange para perseguir a los combatientes del EPR que se escondieron en las montañas para continuar el combate por medio de una guerra de guerrillas contra el régimen franquista que tendría una gran actividad en Asturias y Cantabria entre finales de octubre de 1937 y 1948 (1952 en Asturias). Así pues, para enfrentarse a los guerrilleros, el CGG disponía, por ejemplo, de la 3ª Bandera de Oviedo, que se encargó de capturar a los *rojos* huidos por los montes asturianos.[1294]

En estas páginas se ha dado cuenta de la participación de las milicias de Falange en las operaciones para entrar en Madrid y en las acciones para rodear la capital del estado entre finales de noviembre de 1936 y marzo de 1937 con la intención de aislarla del resto de la zona republicana y agotar los recursos de los defensores para así, facilitar la conquista de la ciudad. Tras el revés de los franquistas en Madrid, Franco consideraba que la guerra no podía terminarse con una batalla definitiva, lo que hizo que se pasara de un conflicto que en un principio se estimaba que sería breve a uno con una duración indeterminada. Por este motivo, dirigió sus tropas al norte del país con la finalidad de controlar los importantes recursos mineros e industriales de la zona. Asimismo, el alto mando republicano realizó ofensivas en otros lugares de la península con el objeto de que los franquistas trasladaran fuerzas a dichos frentes y, así, aliviar la situación del EPR en las zonas más comprometidas. Como se ha comentado, las banderas y centurias de Falange combatieron en una guerra moderna que se caracterizaba por el empleo de carros de combate, aviación, armas automáticas y artillería con una potencia de fuego y una capacidad destructiva sin parangón que hizo que hubiera una elevada cifra de bajas en ambos bandos.

La acumulación de evidencias mostradas en estas páginas sobre la participación de las banderas falangistas en los combates en todos los frentes, de los principales y de los secundarios, y en todo tipo de acciones militares, no deja lugar a la duda sobre el importante papel que las milicias falangistas, incorporadas a la estructura del ejército, tuvieron en el conjunto de la guerra, y no solo, como a veces se ha indicado, en los primeros momentos de la misma, cuando podía parecer que, antes que un conflicto de larga duración, lo que se estaba desarrollando sería un enfrentamiento de pocas semanas o meses de duración.

[1294] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,6.

5.3. Experiencia de guerra del miliciano de Falange

La guerra de columnas y la guerra total tenían toda una serie de características particulares que incidieron en la experiencia del falangista de Primera Línea; la vida en las trincheras y el campo de batalla propiciaron una serie de vivencias personales que configuraron la forma en que cada miliciano sintió el conflicto. Antes de llegar al campo de batalla, la mayoría de milicianos de Falange desconocía lo que era la guerra. Su única experiencia consistía en haber protagonizado enfrentamientos callejeros con los activistas de las organizaciones de izquierda durante los años de la República en paz. Así pues, muchos falangistas descubrieron la realidad de la guerra al ver los primeros muertos y heridos antes de llegar al frente, lo que hizo que empalidecieran, se asustaran y tuvieran claro que esos eran sus últimos momentos en un ambiente pacífico.[1295] Además, muchos quedaron desolados al contemplar por primera vez el paisaje de guerra. Como relató Prudencio Doreste,

> Nuestros ojos han venido contemplando cuadros de guerra, pero, ahora, estos tienen características más realistas, más del momento. ¡Aviones derribados […] casas destruidas y campos devastados! […] Todo nos sobrecoge. ¡Bien se ve que somos bisoños!.[1296]

En esta misma línea, Fernando Fernández de Córdoba quedó afligido al ver los cascos de los obuses sin explotar y los caminos llenos de esqueletos de camiones y coches, de restos de aviación, de edificios destruidos y de árboles maltrechos.[1297]

A ello hay que sumarle el ya comentado miedo de los milicianos ante los carros de combate y la aviación enemiga. Como recordó Alejandro Corniero, la primera vez que vio un avión tenía más expectación y curiosidad que temor, pero, a medida que se acercó, esta curiosidad se transformó en miedo.[1298] A su vez, con el paso del tiempo, este pánico se convirtió en odio hacia los pilotos. Ello se ejemplifica en la novela de Rafael García Serrano, *La fiel infantería*, cuando un miliciano manifiesta lo siguiente:

> Quisiera que un día cayera un cerdo de esos cerca de mí: vosotros sabéis que nunca he querido fusilar. Desde hoy no deseo más cosa que coger a un aviador para tirarle yo también, pero de cerca; quiero verle temblar como temblaban los heridos…[1299]

[1295] GONZÁLEZ CAMPO, M., *Un voluntario noruego en la guerra civil española*, SND Editores, Madrid, 2020, pp. 122-123.
[1296] DORESTE, P., *Ocho meses de campaña*…, p. 19.
[1297] FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, F., *Memorias de un soldado-locutor. La guerra que yo he vivido y la guerra que yo he encontrado*, Ediciones Españolas, Madrid, 1939, p. 80.
[1298] CORNIERO SUÁREZ, A., *Diario de un rebelde*…, p. 188.
[1299] GARCÍA SERRANO, R., *La fiel infantería*…, pp. 182-183.

El sentido de masculinidad analizado anteriormente hizo que los falangistas señalaran en sus escritos que el miedo y el temor de los primeros momentos dejó paso a un sentimiento de familiaridad con los aviones, con los carros de combate y con el estruendo de las bombas al estallar, haciendo así que la calma y la paz se convirtieran en «cosas extrañas». En este sentido, los milicianos que estaban de permiso en la retaguardia comprobaron que esta se había convertido en un lugar extraño y desconocido, porque la paz y el silencio no encajaban con su «organismo acostumbrado al ruido ensordecedor del frente».[1300] También manifestaban que, tras acostumbrarse a la vida de las trincheras y «mirar la muerte a los ojos», el miedo de los primeros momentos desapareció, lo que comportó que se sintieran más seguros gracias a una *calma guerrera* que se apoderó de ellos.[1301] De esta forma, el miliciano de Falange sufrió una transformación de su mundo y se volvió insensible a la guerra. Esto último puede verse, por ejemplo, en el momento en el que se hablaba de bajas para referirse a los muertos.[1302]

Debido al rápido avance de las columnas hacia Madrid, los falangistas estaban convencidos de que podrían entrar en la ciudad en cualquier momento, y que la victoria no tardaría en llegar.[1303] A raíz de ello, algunos combatientes hicieron voto de castidad hasta la conquista de la capital del estado,[1304] mientras que otros decidieron no afeitarse, como fue el caso de un falangista canario llamado Gregorio.[1305] En cambio, la euforia inicial desapareció para dar lugar a la desmoralización y al cansancio físico y psíquico tras el fracaso de la conquista de Madrid y el inicio de una guerra total de duración indeterminada. Ello se aprecia bien en el testimonio de Alejandro Corniero, quien recordó que primero se decía «¡Para Santiago, en Madrid!», después, «¡Las vivas de Nochevieja en la Puerta del Sol!», y más tarde, «Callar es la manera de acertar».[1306] Así pues, la emoción y la alegría del principio de las hostilidades dejaron paso al miedo, a la inseguridad y al cansancio.

Aunque no perdieron su fe en la victoria, los milicianos de Falange pasaron a preocuparse más por cuestiones humanas, como el frío, los piojos, el hambre o el deseo

[1300] CUEVAS, M., "Reflexiones de un milicianos", *F.E.* (Sevilla), 3 de marzo de 1937, p. 1; y GONZÁLEZ CAMPO, M., *Un voluntario noruego en la guerra civil española*…, p. 167.
[1301] GONZÁLEZ CAMPO, M., *Un voluntario noruego en la guerra civil española*…, pp. 123-124.
[1302] Ibid., p. 151.
[1303] GARCÍA SERRANO, R., *La fiel infantería*…, p. 52.
[1304] Ibid., p. 189; e GARCÍA SERRANO, R., *La gran esperanza*, Planeta, Barcelona, 1983, pp. 86-87.
[1305] Véase nota de pie de la foto de *Hoy*, 15 de octubre de 1936, p. 1; GARCÍA SERRANO, R., *La fiel infantería*…, p. 188; e id., *Diccionario para un macuto*…, pp. 138 y 240-250.
[1306] CORNIERO SUÁREZ, A., *Diario de un rebelde*…, p. 273.

de ver a sus familiares.[1307] Las bajas temperaturas y la sensación térmica de frío eran las mayores preocupaciones de los falangistas. Estos consideraban que el frío era el peor enemigo al que debían hacer frente porque, a diferencia del soldado republicano, no podían hacerlo con las armas.[1308] Otra dificultad que debían afrontar era la alimentación. Esta era muy limitada, pues se basaba en productos básicos como arroz, garbanzos o alubias, y en alimentos fríos como sardinas o pan, y, de vez en cuando, podían comer productos de *lujo*, como chocolate o café. Esta dieta hizo que muchos falangistas, como Alejandro Corniero, descubrieran que se podía sobrevivir comiendo solo latas de atún, chorizo, chocolate y pan.[1309] A ello hay que sumarle la falta de higiene. Los combatientes, cuando se alistaron, no esperaban carecer de agua para limpiarse. Como recordó Teodoro Recuero, lo que «no figuraba en nuestro primitivo programa de inconveniencias, fue la falta de agua. ¡Para beber, gracias al vino! ¡Para bañarnos y asearnos, ni una gota!».[1310] Todo ello produjo desánimo, desesperación e, incluso, depresión, lo que hizo que algunos combatientes de Falange intentaran quitarse la vida, no pocas veces con éxito.

La exposición a los elementos atmosféricos, la mala alimentación y la falta de higiene también llevó a la proliferación de enfermedades como el paludismo, la gripe o la sarna. Según los falangistas, estos padecimientos eran más mortales que toda la metralla enemiga.[1311] Igualmente, la falta de reconocimiento médico de los combatientes facilitó la proliferación de enfermedades, como sucedió con numerosos miembros de una bandera de Falange de Segovia que fueron diagnosticados de sarna el 20 de julio de 1938.[1312] Con la finalidad de frenar el aumento de enfermedades entre la tropa, el CGG aprobó normas higiénicas como, por ejemplo, la del 16 de enero de 1937 que prohibió llevar el pelo largo y ordenó el frecuente lavado de ropa, pasar una detenida revista cada 10 días, enviar a los combatientes que tuvieran piojos a la estación de despiojamiento más próxima y vigilar las fuentes de contagio de enfermedades venéreas.[1313] A pesar de las numerosas disposiciones, muchas camas de los hospitales fueron ocupadas por combatientes enfermos.

[1307] LEIRA CASTIÑEIRA, F.J., "Movilización militar y experiencia de guerra civil. Las actitudes sociales de los soldados del ejército sublevado" en FERNÁNDEZ PRIETO, L. y ARTIAGA, A. (eds.), *Otras miradas sobre el golpe, guerra y dictadura*…, pp. 168-170.
[1308] ARELLANO IGEA, J. M.ª, "El frío es el peor enemigo para nuestros combatientes", *Unidad* 14 de diciembre de 1936, p. 1.
[1309] CORNIERO SUÁREZ, A., *Diario de un rebelde*…, p. 190.
[1310] DORESTE, P., *Ocho meses de campaña*…, p. 34.
[1311] "¡¡Frío!!" *Unidad*, 13 de octubre de 1936, p. 2.
[1312] AGMAV, Milicias Nacionales, 5722,2.
[1313] AGMAV, ZN, 12ª División, 1557, 19, a. 15, l. 2, cp. 19.

Los milicianos que combatían en el frente también añoraban su tierra y a sus familiares que permanecían en la retaguardia. Así lo recordó Prudencio Doreste, quien dijo que

> Pensamos en nuestros familiares. En los días risueños de nuestras islas. En los ratos alegres y amargos que en ellas pasamos. En toda nuestra vida, desde niños. En las caricias de nuestras madres. En las promesas solemnes de nuestras novias encariñadas…[1314]

La nostalgia era aún mayor en fechas importantes. Como señaló el mismo Prudencio Doreste, el «recuerdo de otras Pascuas felices, pasadas en mi tierra al lado de los míos, era algo que me obsesionaba con dolorosa tenacidad».[1315] Así pues, para evadirse momentáneamente de la realidad, buscar confort y mantener el contacto con sus familiares, los milicianos les escribieron cartas. Igualmente, los combatientes estaban preocupados por sus parientes. Este desasosiego fue mayor en los falangistas más pobres, quienes temían que sus familiares no tuvieran los recursos necesarios para subsistir. Para que ello no afectara a su capacidad de combate, se concedieron subsidios a las familias de los soldados y milicianos más pobres y con menos recursos.

La prolongación de la guerra hizo que hubiera una mayor comprensión hacia el enemigo, quien pasó a ser visto por los propios milicianos con la misma condición de combatiente que ellos al descubrir que compartían las mismas penalidades. Ello comportó que, en algunos casos, a causa de la proximidad de las trincheras en los frentes más tranquilos, los falangistas confraternizaran con los soldados del EPR, intercambiaran productos, como licor o tabaco, y prensa, y pidieran noticias sobre los familiares que estaban en zona republicana. Como recordó Per Imerslund, un día que les faltaba tabaco y que los *rojos* no tenían vino, tres hombres de cada bando se encontraron en tierra de nadie para realizar un intercambio después de que cesara el fuego. Tras el canje, los combatientes de ambos bandos mantuvieron una conversación animada que disipó muchos malentendidos creados por la propaganda. Antes de volver cada uno a su trinchera, llegaron a un acuerdo por el que no se dispararían hasta que hubiera órdenes expresas para ello. Ello hizo que no hubiera disparos durante tres días. Antes de abrir fuego se avisó a los soldados del EPR diciéndoles lo siguiente: «Dentro de tres minutos abriremos fuego. Dentro de diez minutos no responderemos de vuestra vida».[1316] De este modo, los falangistas comprobaron de primera mano que se enfrentaban a hombres que sufrían las mismas penalidades que ellos y olvidaban,

[1314] DORESTE, P., *Ocho meses de campaña*…, p. 19.
[1315] Ibid., p. 73.
[1316] GONZÁLEZ CAMPO, M., *Un voluntario noruego en la guerra civil española*…, pp. 171-174.

aunque fuera temporalmente, su condición de enemigos irreconciliables. La confraternización con el enemigo suponía una contradicción absoluta con la imagen construida del enemigo y con el carácter que se le quiso imprimir a la guerra, lo que hizo que la oficialidad intentara impedir que sus hombres intimaran con los soldados del EPR.

El alargamiento del conflicto y el incremento de las penalidades también hizo que hubiera un mayor rechazo hacia la guerra, lo que se tradujo en un aumento de las deserciones.[1317] Numerosos milicianos abandonaron el frente para irse a casa, como sucedió, por ejemplo, con varios falangistas del 7º Cuerpo de Ejército de Sevilla.[1318] También había combatientes que aprovecharon que estaban de permiso en la retaguardia para no reincorporarse en su unidad. Este fue el caso del miembro de la 1ª Centuria de Cáceres, Juan Núñez Marcos, quien se marchó de permiso el 27 de julio de 1937 a Granja de Granadilla (Cáceres); o de los milicianos de la Centuria Cruz de Hierro de Valladolid Francisco Caballero Guerra, Paulino Fernández de la Fuente y Esteban Sanz Sanz, quienes se marcharon de permiso el 1 de julio de 1937 a las localidades vallisoletanas de Alaejos, Fombellida de Esgueva y Olmedo, respectivamente.[1319] En cambio, otros aprovecharon que recibían el alta del hospital para no presentarse en su unidad correspondiente, como el falangista de la bandera de Marruecos Mohamed Ben Soliman Sarguini el 9 de enero de 1939.[1320] Igualmente, había milicianos que volvían a desertar después de haberlo hecho al quedar decepcionados después de haber visto que la guerra era la misma en ambos bandos. Así sucedió, por ejemplo, con Rafael Sánchez Botella, quien se pasó a la zona rebelde por Celadas (Teruel) y se alistó en Falange a inicios de 1937, pero volvió a desertar por el mismo frente en junio de 1938.[1321]

Numerosos izquierdistas que combatían en las milicias de Falange desertaron tras haber mostrado una actitud ejemplar para no quedar expuestos a las represalias por sus antecedentes políticos. Así sucedió, por ejemplo, con Fidel Magallón Redrado, quien se pasó al bando republicano por el sector de Zuera (Zaragoza) el 9 de mayo de 1937;[1322] con José Seano Echegoyen, quien desertó por la sierra de Alcubierre el 7 de junio de 1937;[1323] o con Ángel Llop Gracia, quien abandonó su posición en el frente localizado entre la población zaragozana de Leciñena y la sierra de Alcubierre el 12 de

[1317] LEIRA CASTIÑEIRA, F.J., "Movilización militar y experiencia de guerra civil. Las actitudes sociales de los soldados del ejército sublevado" en FERNÁNDEZ PRIETO, L. y ARTIAGA, A. (eds.), *Otras miradas sobre el golpe, guerra y dictadura*…, pp. 168-170.
[1318] AGMAV, Milicias Nacionales, 5699,14.
[1319] AGMAV, Milicias Nacionales, 5699,14.
[1320] AGMAV, Milicias Nacionales, 5699,16.
[1321] CORRAL, P., *Desertores*…, p. 56.
[1322] Ibid., p. 214.
[1323] Ibid., pp. 214-215.

agosto de 1937.[1324] Por su parte, entre los desertores con un pasado considerado sospechoso, también había combatientes procedentes de batallones de trabajadores como, por ejemplo, José Araixa Molina, quien se pasó a la zona republicana el 25 de enero de 1939 tras su incorporación en el 5º Batallón-Bandera de Sevilla a inicios de ese mismo mes.[1325]

Las deserciones tenían lugar, sobre todo, durante la noche como ocurrió, por ejemplo, con el falangista de la 4ª Bandera de Cáceres Armando Yetta Álvarez, quien se fugó de su posición en el emplazamiento de Galapagar a finales de diciembre de 1938.[1326] La mayoría de desertores, como los falangistas de la 1ª Bandera de Aragón Vicente Ruso Salieto y Julio Ocaña Martín,[1327] se marchaban con lo puesto porque los combatientes estaban constantemente vigilados.

No obstante, muchos falangistas no consiguieron escapar porque fueron descubiertos. Así sucedió, por ejemplo, con el miliciano del Batallón-Bandera de Canarias n.º 2 Antonio Clavijo Bonilla, quien fue detenido a finales de enero de 1939; o con el falangista de la Bandera de Marruecos Bennur Ben Kaddur, quien fue capturado a mediados de febrero de 1939.[1328] La deserción era considerada un delito de traición que merecía ser castigado con penas de cuatro años de cárcel -12 si la fuga se hacía con armamento-, con un recargo del servicio militar con cuatro años -si el combatiente estaba pocos días más de permiso de los reglamentarios- o con la ejecución del desertor ante sus compañeros como medida ejemplarizante.[1329] Sin embargo, algunos comandantes, como los de la 2ª, 3ª y 4ª Bandera de Cáceres,[1330] no castigaron a los milicianos que no se reincorporaron en su unidad tras haber concluido su permiso o que se quedaron en casa tras haber recibido el alta del hospital.

Para acabar con las deserciones, el CGG obstaculizó la concesión de salvoconductos y solo concedió permisos de 15 días como máximo -y en algunos casos por más tiempo- a combatientes que eran de *absoluta garantía* con la finalidad de dificultar la circulación de posibles fugados entre las provincias de la retaguardia; ordenó la vigilancia de los combatientes con antecedentes *sospechosos* como sucedió, por ejemplo, con varios falangistas de la 21ª División dependiente del Ejército Sur, quienes, por orden de su jefe, el coronel Eduardo Cañizares, espiaron a los mineros de Riotinto

[1324] Ibid., pp. 247-248.
[1325] AGMAV, Milicias Nacionales, 5699,16.
[1326] AGMAV, Milicias Nacionales, 5699,16.
[1327] AGMAV, Milicias Nacionales, 5699,15.
[1328] AGMAV, Milicias Nacionales, 5699,16.
[1329] LEIRA CASTIÑEIRA, F.J., “La identidad política del ejército sublevado…”, p. 13.
[1330] AGMAV, Milicias Nacionales, 5699,14.

encuadrados en su unidad;[1331] mandó que los centinelas dispararan a matar a los que intentaran fugarse; y estableció que las guardias fueran realizadas en parejas, generalmente compuestas por un veterano y un recluta, con el objeto de evitar que los centinelas aprovecharan la situación para abandonar su posición. A su vez, los rebeldes buscaron que el enemigo se pasara a sus filas por medio de mensajes como el siguiente: «¡Oíd marxistas! Si tan bien estáis ahí y tantas cosas tenéis, ¿por qué se pasan vuestros hombres a nuestras líneas?».[1332]

Entre los combatientes había varios mecanismos para refugiarse y escapar de la realidad de la guerra. El consumo de alcohol y tabaco hizo más llevaderas las penalidades de los combatientes. Las bebidas destiladas se convirtieron en el producto predilecto por su alta graduación. El alcohol permitía al miliciano desconectar de la realidad del frente, reducir el impacto de memorias traumáticas, paliar dolores físicos, ayudar a dormir y a entrar en calor, e infundir moral y coraje para luchar en una guerra moderna caracterizada por la mecanización y la sobreestimulación de los sentidos de unos combatientes amenazados constantemente por la furia de la aviación, de los blindados y de los bombardeos.[1333] La importancia de las bebidas alcohólicas se puede apreciar, por ejemplo, en el libro de García Serrano, *Diccionario para un macuto*, donde un soldado le dice al alférez Ridán lo siguiente:

> Sin los generales Domeneq [coñac] y González Byass [vino], sin los cañonazos de este benemérito anís de "La Dolores", ¡cómo hubiésemos ganado las batallas? No dudo que Franco, cuando termine la guerra, concederá la Laureada colectiva a la ciudad de Jerez. No habrá condecoración más merecida.[1334]

Cabe destacar que la oficialidad del bando rebelde repartía bebidas alcohólicas entre la tropa, especialmente coñac y aguardiente, cuando había algo que celebrar, cuando hacía mucho frío o cuando los combatientes tenían que avanzar para conquistar una posición. Algunos milicianos bebieron por primera vez cuando estuvieron en el frente. Como puede verse en la novela *La fiel infantería*, un falangista llamado Matías, que nunca había probado el alcohol, comenta que «No he sabido hasta hoy lo que es esto de beber; en el frente […] el beber es a veces una necesidad. Aquí [en un café] es un placer».[1335] Sin embargo, el consumo abusivo de bebidas alcohólicas comportó un incremento del alcoholismo entre la tropa. Así lo recordó Prudencio Doreste:

[1331] CORRAL, P., *Desertores*…, pp. 233-234,
[1332] MARTÍNEZ BARRADO J.A., *Cómo se creó una bandera de Falange*…, p. 90.
[1333] MARCO, J., *Paraísos en el infierno*…, pp. 129-130.
[1334] GARCÍA SERRANO, R., *Diccionario para un macuto*…, p. 216.
[1335] GARCÍA SERRANO, R., *La fiel infantería*, Epublibre…, pp. 270-271.

> Desagradables, en el sentido de que se nos prohibió la salida del cuartel. Pero esto no fue lo peor, sino que se declaró la ley seca. No había cantina allí dentro, ni nadie tenía vestigios de cosa bebestible que no fuera agua. ¡Claro que el agua no interesaba! […] La situación se hizo insoportable. Sin embargo, durante cinco días la soportamos. ¡Estoy seguro que, de haber continuado, no hubiese sido yo solo el que hubiera muerto de rabia![1336]

Como consecuencia de ello, surgieron problemas relacionados con la falta de disciplina, pues algunos falangistas se emborracharon tanto que eran incapaces de levantarse para combatir o, si lo hacían, no estaban en condiciones de hacerlo.

Por su parte, el tabaco ayudaba a calmar los nervios, reducía el hambre y aliviaba el estrés. A pesar de que los cigarrillos eran delgados y de mala calidad, los combatientes estaban obsesionados por conseguir tabaco, pues la falta de cigarros podía provocar desasosiego y problemas de disciplina, así como reducir la moral de la tropa y su capacidad de combate.

Otra vía de escape de las penurias de la guerra que tenían los milicianos de Falange eran los permisos en la retaguardia para visitar a sus familiares, satisfacer sus necesidades de higiene, descansar y divertirse, entre otras. De este modo, los falangistas de Primera Línea desconectaban y olvidaban, aunque fuera temporalmente, la guerra y sus miserias.[1337]

Asimismo, los milicianos que estaban de permiso fueron de fiesta a cabarets, donde podían gastarse el salario de dos meses en una noche, aliviar sus necesidades sexuales y evadirse de la realidad de la guerra. Aunque eran relativamente tolerantes con la prostitución, porque eran conscientes del deseo de los combatientes de tener relaciones sexuales con regularidad, las autoridades no fomentaron esta práctica abiertamente porque querían que se desarrollara de la forma más discreta posible. No obstante, la prostitución comportó que numerosos milicianos padecieran enfermedades de transmisión sexual. Las prostitutas eran consideradas las principales culpables de su difusión, mientras que los hombres que solicitaban sus servicios quedaban absueltos de toda responsabilidad.[1338] Por su parte, las autoridades intentaban limitar el impacto de estas enfermedades aprobando medidas como, por ejemplo, la orden de agosto de 1938

[1336] DORESTE, P., *Ocho meses de campaña*…, p. 21.
[1337] ALCALDE, Á., *Los excombatientes franquistas*…, pp. 61-62.
[1338] MATTHEWS, J., *Reluctant Warriors*…, p. 133; e Id., "Los soldados de a pie de las dos Españas: el servicio militar obligatorio en la guerra civil española" en Íd. (ed.), *España en guerra*…, p. 107.

para que los prostíbulos y las prostitutas se sometieran a un control higiénico periódicamente.[1339]

Igualmente, entre los milicianos de la Primera Línea se gestó una camaradería y una lealtad del grupo primario que actuó como refugio de las penalidades de la guerra. Así pues, los lazos construidos entre compañeros de armas cohesionaron a los combatientes gracias a que, prácticamente todos, soportaron las mismas penalidades.[1340] Las experiencias de sufrimiento compartidas también generaron un compañerismo y una hermandad que, junto con el uniforme y el sacrificio, se superpusieron a las diferencias ideológicas, culturales y de clase.[1341] De este modo, en grupos como Falange o el Requeté, cuyos miembros tenían unas relaciones de camaradería que se basaban, fundamentalmente, en la afinidad ideológica, las amistades que surgieron en la guerra estaban por encima de todo, incluso del ideario político que pasaba a un segundo plano. Por lo tanto, como resultado del derramamiento de sangre por una misma causa y de la convivencia diaria en la trinchera, entre los milicianos de Falange surgió un sentimiento de camaradería que les permitió refugiarse del sufrimiento de la guerra y mantener su moral, así como su capacidad de combate.

También aparecieron espacios de sociabilidad que reforzaron los lazos de camaradería del grupo en los que los combatientes se confiaban sus temores y sus sentimientos, hablaban de sus novias a sus compañeros y les leían las cartas que se escribían con ellas.[1342] La solidaridad entre los milicianos también se puede apreciar con el reparto de alimentos y tabaco recibidos entre sus compañeros. Así pues, sin una experiencia de sufrimiento, de dolor y de exposición ante la muerte en el campo de batalla, no se podía entrar a formar parte de la comunidad combatiente.

En sus publicaciones, los falangistas decían que este sentimiento de camaradería les hacía ver que luchaban rodeados de camaradas, quienes eran contemplados como hermanos.[1343] Análogamente, su unidad era vista como una familia unida por las penurias y los peligros, así como por las emociones de la lucha en las trincheras.[1344] También señalaban que los oficiales debían comportarse como padres, cuya función consistía en consolar y asistir moralmente a sus hombres para mantener

[1339] AGMA, CGG, a. 37, l. 3, c.9, d.3/34; ABELLA, R., *La vida cotidiana durante la Guerra Civil*…, pp. 245 y 294; y MATTHEWS, J., *Reluctant Warriors*…, p. 203.
[1340] MATTHEWS, J., *Reluctant Warriors*…, pp. 103-104; y ALONSO IBARRA, M., *El ejército sublevado en la Guerra Civil Española*…, p. 259.
[1341] NÚÑEZ SEIXAS, X.M., *¡Fuera el invasor!*..., pp. 218-219; y ALONSO IBARRA, M., *El ejército sublevado en la Guerra Civil Española*…, pp. 244-245.
[1342] GARCÍA SERRANO, R., *La fiel infantería*…, pp. 227-228.
[1343] SANTANA RIVERO, G., "Carta de un falangista canario en el frente de Toledo", *Hoy*, 10 de octubre de 1936, p. 3.
[1344] "Acerca de la hermandad en la Falange", *Aquí estamos*, 5 de diciembre de 1936, p. 8.

su moral combativa, forjar unos lazos de complicidad y minimizar los posibles actos de disidencia. De este modo, los vínculos del miliciano con sus figuras referentes de autoridad constituyó otra estrategia de supervivencia psicológica.[1345]

En todo caso, la camaradería dotó a los combatientes de una identidad que resultaba imposible comprender para aquellos que no habían vivido la misma experiencia de guerra que ellos. De este modo, la comunidad del combatiente se convirtió en un grupo estrecho que pasó a ser, prácticamente, la única socialización del miliciano, lo que comportó que el falangista de Primera Línea tuviera una relación más profunda con otros combatientes que con los individuos de la retaguardia que, según ellos, no entendían sus penalidades. Por esta razón, los milicianos que estaban de permiso en la retaguardia preferían pasar el tiempo con otros combatientes. Esta incomprensión también los llevó a protagonizar altercados con los individuos que no habían luchado en el frente en los que, casi siempre, el alcohol era el catalizador porque, normalmente, las peleas tenían lugar en cafeterías y bares.

Dicho esto, los falangistas que luchaban en el frente contemplaban la retaguardia como una amenaza que ponía en riesgo la obra del combatiente en el campo de batalla, pues todo aquello que estaba a su espalda configuraba una dimensión negativa, de forma que la retaguardia era entendida como un espacio de disolución, siempre relacionado con la idea de la "puñalada por la espalda" nacida en Alemania después del final de la primera guerra mundial.[1346] Como consecuencia de ello, los falangistas plantearon una clara diferenciación entre los que luchaban y se sacrificaban en el campo de batalla, lo que constituía para ellos la verdadera esencia del ser español, y aquellos «cobardes» y «traidores» que permanecían en la retaguardia para divertirse y satisfacer sus intereses *egoístas*, lo que contrastaba con la revolución y la construcción del nuevo orden propugnados por el fascismo. En este sentido, entre los falangistas se originó un desprecio hacia estos últimos. Así, por ejemplo, Arvelo Padrón dijo que

> ni si quiera ante el generoso desprendimiento de nuestra juventud, es capaz de reaccionar esta egoísta retaguardia, que todo lo ve a través del cristal de sus particulares conveniencias, sin acordarse, sin pensar siquiera, que en el incierto vivir de la vanguardia, han caído y caen muchas vidas de las cuales una sola vale más -señores egoístas, que disfrutáis sin derecho una tranquilidad que os han entregado los que luchan y mueren-, que vuestros caprichos, vuestras comodidades y vuestras riquezas; y aún más que vuestra vida misma, porque no habéis sabido, o mejor, no

[1345] ALONSO IBARRA, M., *El ejército sublevado en la Guerra Civil Española*…, pp. 218 y 249-253.
[1346] ALEGRE LORENZ, D., ""Coser y desgarrar, conservar y arrojar". Visiones del enemigo y estrategias de supervivencia psíquica en la División Azul", *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 34 (2012), p. 136.

> habéis querido […] haceros dignos de vivir entre los que han llegado a comprender el sentido de la hora histórica que vivimos.[1347]

En esta misma línea, cuando estaba de permiso, Per Imerslund le comentó a un camarada lo siguiente: «Mira aquel bello y dulce muchacho. O mira a ese tipo de ahí. Seguro que es demasiado valioso como para sacrificarlo todo por la patria en la línea de fuego».[1348]

Los falangistas también reprochaban a quienes permanecían en la retaguardia haberse olvidado «por completo» de sus obligaciones para con la Patria: atender las necesidades de los combatientes que luchaban en las trincheras «sin que nadie [buscara] su conveniencia ni su comodidad».[1349] Así lo señaló Francisco Javier Centurión con las siguientes palabras:

> Con esa justicia del combate, os digo, respetables señores de la retaguardia […] que, hasta la fecha, los camaradas de la primera línea sufren una pena de agrio descontento: la ciudad […] no responde a la voz unida de los frentes. […] La vida debe ser lucha para todos. Lucha y sacrificio. Que si a los camaradas que tutean, en una incierta cotidianeidad, a la muerte, se nos ha dejado como exclusiva la promesa de los buenos luceros, no es justo, no es justo que la ciudad […] encienda fuegos artificiales de diversión y holgorio, mientras allá, se lucha y se muere.[1350]

A ello hay que sumarle que, según los falangistas, las ambiciones, las envidias, los egoísmos y los vicios de los individuos que permanecían en la retaguardia impidieron que las desigualdades de clase, los caciquismos y las viejas rivalidades desaparecieran como, en su percepción, sí sucedió en el frente, donde los combatientes de los distintos grupos políticos dejaron atrás sus diferencias para unirse en la lucha contra el enemigo.[1351] En definitiva, las rivalidades motivadas por los intereses *egoístas* y el descuido de las necesidades de los combatientes que luchaban en las trincheras hizo que los falangistas consideraran que la retaguardia se había *aburguesado*, la despreciaran y la contemplaran como un espacio decadente. Esto último puede verse en las memorias de Francisco Javier Centurión, quien dijo que las localidades que

[1347] ARVELO PADRON, L., "Vanguardia y retaguardia", *Amanecer* (Canarias), 10 de agosto de 1937, p. 1.
[1348] GONZÁLEZ CAMPO, M., *Un voluntario noruego en la guerra civil española*…, p. 134.
[1349] "Rasgos de los combatientes", *Amanecer* (Zaragoza), 2 de junio de 1937, p. 1; FERNÁNDEZ, A., "La voz de las trincheras. Lo que necesitan los combatientes" *Amanecer* (Canarias), 5 de agosto de 1937, p. 1; y ARVELO PADRON, L., "Vanguardia y retaguardia", *Amanecer* (Canarias), 10 de agosto de 1937, p. 1.
[1350] CENTURIÓN, F.J., *Ardiente voz de guerra*…, pp. 38-39.
[1351] "Como mueren los falangistas en el frente", *Aquí estamos*, 12 de diciembre de 1936, pp. 6-8; "Como mueren los falangistas en el frente", *Arriba España*, 13 de diciembre de 1936, p. 1; MONTOYA, J., "Espíritu y camaradería de la Falange en el frente", *Amanecer* (Zaragoza), 11 de enero de 1937, p. 8; y TORRIJO BERGES, S., *Mis memorias de la guerra*…, pp. 109-111.

estaban lejos del frente olían «a podrido, a viejo, a canas engomadas, a trastos inútiles».[1352]

A pesar de este rechazo de la retaguardia y de los individuos que permanecían en ella, los milicianos que estaban de permiso intimaron con los vecinos de las localidades de la retaguardia, especialmente con chicas jóvenes con las que, en muchos casos, se enamoraron o entablaron una bonita amistad, como sucedió, por ejemplo, con Prudencio Doreste, quien sentía un gran aprecio por una enfermera llamada Carmen durante su estancia en Navalcarnero.[1353] Los falangistas salían de fiesta con sus amigas y, en algunas ocasiones, mantenían relaciones íntimas con ellas. El mismo Prudencio Doreste rememoró que

> Con ellas pasamos tardes deliciosas. Al principio de cada juerga las tratábamos con cómica galantería. Las invitábamos a bailar haciendo inclinaciones versallescas. Hubo quien de nosotros […] en un momento de entusiasmo, besó a su compañera en el hocico […] ¡Parecían comprender el papel que estaban desempeñando? ¡Cómo que coqueteaban y todo![1354]

Sin embargo, el consumo de grandes cantidades de alcohol comportó que, en ocasiones, los milicianos tuvieran un comportamiento grosero con sus amigas. Así lo señaló Prudencio Doreste, quien recordó que, «cuando los vapores del vino se nos subían a la cabeza, las cosas cambiaban mucho. Nos volvíamos hasta groseros. Ya no tratábamos a nuestras compañeras galantemente, como al principio».[1355]

La amistad con sus amigas no desapareció después del traslado del miliciano gracias a que mantenían el contacto por carta. Por su parte, aquellos que no tenían una mujer a la que escribir solicitaron una madrina de guerra. Ello les permitía flirtear a distancia sin ningún compromiso con mujeres que nunca habían visto para no caer en la tristeza al pensar en sus familiares que estaban en la retaguardia, desahogar sus penas y aliviar el aburrimiento. Como puede verse, las cartas con las mujeres tenían un gran valor psicológico para los hombres que luchaban en el frente.

El sentido de sacrificio desinteresado comentado ya en páginas anteriores también se aplicaba a la mujer. Se consideraba que esta tenía la misión de honrar y sacrificarse por la patria. En sus memorias, Salvador Torrijo Berges señaló que la mejor manera de hacerlo era casándose con un combatiente o un mutilado, a los que calificaba

[1352] CENTURIÓN, F.J., *Ardiente voz de guerra*…, p. 48.
[1353] DORESTE, P., *Ocho meses de campaña*…, pp. 114-115.
[1354] Ibid., p. 23.
[1355] Ibid., p. 23.

como «oro legítimo».[1356] Por su parte, se sostenía que la madre del falangista debía hacer una «donación total y desinteresada» por la patria, criar a sus hijos «sin pensar en el momento de darlos» y prepararlos para cumplir su misión para con la patria. Como el combatiente falangista, todo ello debía hacerse con abnegación e impasibilidad.[1357] También señalaban que su dolor se vería «compensado» al saber que su hijo sacrificaba su vida por la «Patria». Para los falangistas, la madre del miliciano muerto podría estar orgullosa de su hijo por haber caído «valientemente» luchando por la patria.[1358] En las publicaciones falangistas se puede ver el lugar que reservaba el fascismo a la mujer, quien debía estar subordinada al hombre y recluida en el hogar para educar a sus hijos y entregarlos para que combatieran por la patria.

La camaradería era vivida como una expresión de masculinidad que se reforzaba con los roles identitarios y valores propios del bando rebelde.[1359] El fascismo quiso construir un modelo de masculinidad combatiente en el que las virtudes militares, el comportamiento viril y una moral agresiva y sacrificial se impusieran sobre el refinamiento táctico y la racionalización. Así pues, el falangista no podía mostrar un comportamiento que no se encuadrara dentro de la masculinidad normativa, definida esta sobre cualidades y atributos como la disciplina, la impasibilidad y el autocontrol. En este sentido, el miliciano debía despreciar la muerte, mantenerse impávido frente al peligro, controlar sus pasiones y deseos, y mantener una alegre indiferencia combativa durante el cumplimiento de su misión a pesar de las dificultades.[1360]

Otra característica de la masculinidad fascista consistía en una valentía rayana a la temeridad. Los falangistas señalaban que no vacilaban y solicitaban ocupar las posiciones más peligrosas, como sucedió, por ejemplo, con los activistas atrincherados en el alcázar de Toledo, quienes se presentaron voluntarios para defender los puntos más atacados y realizar expediciones para conseguir provisiones.[1361] También subrayaban que el miliciano de Falange tenía un sentido de servicio y de sacrificio desinteresado que hacía que estuviera dispuesto a cualquier cosa, incluso en las peores condiciones, puesto que, como señaló Prudencio Doreste, era «suficiente pensar que todo sacrificio era por la Patria y por el Generalísimo Franco, para que me considerara

[1356] TORRIJO BERGES, S., *Mis memorias de la guerra*…, pp. 192-193; y ALONSO IBARRA, M., "Excombatientes. Un análisis del fascismo español a través de las memorias de los soldados de Falange" en ORTEGA LÓPEZ, T.M. y DEL ARCO BLANCO, M.A. (eds.), *Claves del mundo contemporáneo*…, p. 8.
[1357] "Madres falangistas", *Unidad*, 19 de septiembre de 1936, p. 1.; y MORALES, M. P., "La hora de las madres", *Amanecer* (Zaragoza), 11 de noviembre de 1937, p. 8.
[1358] "Cartas de la guerra", *La Falange: diario de la tarde*, 30 de noviembre de 1936, p. 3.
[1359] ALCALDE, Á., *Los excombatientes franquistas*…, p. 66.
[1360] VINCENT, M., "La reafirmación de la masculinidad en la cruzada franquista…", pp. 138-140 y 144.
[1361] MONTES AGUDO, G., *Vieja Guardia*…, 1939, p. 190; y JEREZ RIESCO, J.L., *Falange imperial*…, pp. 243-249.

con espíritu suficiente para soportar, con satisfacción y orgullo, las mayores inconveniencias».[1362] En esta misma línea, como comentó Rafael García Serrano en su novela, *La gran esperanza*, los falangistas tenían un sentido heroico de la vida que hizo que el miliciano prefiriera morir en el campo de batalla antes que ser hecho prisionero.[1363]

Los falangistas también mostraban pasión por el combate y las experiencias de guerra. Este fue el caso de un miliciano que, cuando estaba de permiso en la localidad turolense de Castillejos a finales de diciembre de 1936, estaba «febril y embriagado en la cruzada», contagiaba su entusiasmo y propagaba «su calor y su encendido lirismo» a toda la población mientras narraba su experiencia en el frente a los vecinos del municipio.[1364] Esta pasión también se aprecia cuando los falangistas hablaban de sus caídos. Como se dijo en un texto publicado el 6 de octubre de 1936 en el periódico *Azul* (Córdoba) y titulado "¡Muertos heroicos de la Falange!...¡Presentes!", los falangistas muertos, quienes cayeron «bajo las balas enemigas, que, al herirles, premiaron rendidas su heroísmo, cubriendo sus cuerpos de excelsas y ricas insignias gloriosas, hechas con los vivos y rojos rubíes de su propia sangre», (…) ya no volvieron, porque la muerte se enamoró de su bravura» y «los quiso para ella».[1365]

Igualmente, el cuerpo herido o mutilado simbolizaba y personificaba la masculinidad del miliciano de Falange, su virilidad y su resistencia varonil. También era una prueba de su adhesión a la *causa* y de que se había enfrentado al enemigo en el campo de batalla. Por esta razón, el combatiente mutilado lucía sus heridas como insignias que demostraban su experiencia de guerra. En cambio, las lesiones que no eran visibles, es decir, los trastornos psicológicos, no tenían el mismo valor simbólico, porque los problemas mentales se asociaban con una pérdida del autocontrol, de las pasiones y de la impasibilidad que caracterizaban la masculinidad fascista.[1366]

El alcohol y el tabaco también constituían signos de virilidad del combatiente fascista. El mayor indicio de masculinidad consistía en que el falangista debía ser capaz de mantener la disciplina, el espíritu de combate, la sobriedad y el autocontrol tras ingerir grandes cantidades de alcohol.[1367] Fumar era otra práctica varonil que estaba arraigada

[1362] DORESTE, P., *Ocho meses de campaña*…, p. 2; y ALONSO IBARRA, M., "Excombatientes. Un análisis del fascismo español a través de las memorias de los soldados de Falange" en ORTEGA LÓPEZ, T.M. y DEL ARCO BLANCO, M.A. (eds.), *Claves del mundo contemporáneo*…, p. 6.
[1363] GARCÍA SERRANO, R., *La gran esperanza*…, p. 75.
[1364] "Falangistas de Aragón", *Amanecer* (Zaragoza), 1 de enero de 1937, p. 12.
[1365] "¡Muertos heroicos de Falange!... ¡Presentes!", *Azul: Diario de Falange Española de las JONS* (Córdoba), 6 de junio de 1936, p. 14.
[1366] VINCENT, M., "La reafirmación de la masculinidad en la cruzada franquista…", pp. 145-146; y WRIGHT, S., "Los mutilados de Franco…", p. 84.
[1367] MARCO, J., *Paraísos en el infierno*…, pp. 76-77, 111 y 116.

en la masculinidad española, en la que el simple gesto de ofrecer un cigarro formaba parte del ritual de socialización masculina.[1368] En cambio, el consumo no terapéutico de drogas, como la cocaína o la morfina, era tabú, lo que comportó que las autoridades rebeldes no siguieran la tendencia general de la guerra moderna de convertirse en los principales proveedores de sustancias psicoactivas. Esto estaba motivado por su discurso moral alrededor de una masculinidad contraria al consumo de drogas atribuidas a bohemios, *aristócratas decadentes*, afeminados, homosexuales y prostitutas.[1369]

Ahora bien, el sentido de humildad y de sacrificio desinteresado de los falangistas ya analizado estaba intrínsecamente relacionado con una concepción determinada de la religión, interpretada esta de una manera muy similar al cristianismo primitivo en el que predominó el carácter humilde y sacrificado, acorde con el modelo de revolución social que se decía querer implantar. En este sentido, los falangistas se veían a sí mismos como monjes-soldados que debían luchar sin alardear de valor, acometer sus empresas con alegría y combatir en el anonimato sin hacer ostentación de su valentía, pues consideraban que su coraje se pondría de manifiesto en el momento preciso.[1370]

Los falangistas querían implementar un concepto de revolución que consistía en la humildad y el sacrificio desinteresado, haciendo que el miliciano estuviera dispuesto a cualquier cosa, hasta dar su vida por la causa. Todo ello se haría con la mayor de las emociones y alegrías, incluso en las peores condiciones. Los fascistas presentaban el poder de la muerte como el complemento de un positivo «poder de vida»,[1371] lo que hizo que el falangista no tuviera miedo de la muerte y la aceptara porque, como ya se ha comentado, la contemplaba como un acto de servicio. Por esta razón, el miliciano muerto en el campo de batalla era presentado con alegría y un rostro sonriente tras haber caído luchando en su puesto. Ello se ejemplifica con el fallecimiento del falangista José García Carranza, quien, poco antes de haber muerto en el campo de batalla, manifestó lo siguiente: «no me importa, pues me la he jugado muchas veces a cara o cruz». Dicho esto, se dijo que su fallecimiento no fue una sorpresa para sus correligionarios, quienes eran conscientes de que esperaba la muerte desde que comenzaron «sus luchas por salvar a España» y que «los dos andaban buscándose hasta que se encontraron».[1372]

[1368] Ibid., pp. 194-207.
[1369] Ibid., pp. 321-322.
[1370] "Normas de conducta a los militantes", *Solidaridad Nacional*, 23 de marzo de 1939, p. 4.
[1371] REICHARDT, S., "Fascist Communities of Action and Violence: A Praxeological Approach", en IOARDACHI, C. y KALLIS, A. (eds.), *Beyond the Fascist Century*…, p. 56.
[1372] "Vida y muerte de Pepe El Algabeño", *Fotos*, 25 de febrero de 1937, pp. 7-8.

Este sentido de la muerte fue interiorizado por los falangistas y constituía una de sus principales señas de identidad, haciendo así que el sacrificio del combatiente ejerciera de modelo a seguir para futuras generaciones. Así, por ejemplo, después del fallecimiento de José García Carranza a finales de diciembre de 1936, en un artículo publicado en el periódico *Azul. Diario de Falange Española de las JONS* (Córdoba) se dijo que su «actuación estimulará a los hombres que por Falange y por España, saben y deben ofrendar lo que tú has dado, la vida».[1373] La voluntad de sacrifico, así como la aceptación de la muerte como un deber para con la nación asumieron un lugar primado en la construcción de la nueva España y generaron un culto a la muerte que tendría su reflejo en la comunidad del dolor y de los caídos en la posguerra.

Como ya se ha comentado, los fascistas se veían con la presión y la obligación de responder a lo que se esperaba de ellos dentro del ideal de masculinidad dominante en la cultura fascista. En este sentido, el combatiente que mostrara debilidad o miedo, o que no se comportara como esperaban sus superiores, era señalado como homosexual o afeminado, se ponía en duda su virilidad y pasaba a ser considerado un individuo inservible para el proyecto de construcción de la nueva comunidad.[1374] Así pues, la derrota, la huida, el miedo y la duda ante una situación de riesgo se tradujeron en una deshonra para el miliciano y en una pérdida de su hombría. Sin embargo, a pesar de la virilidad del combatiente fascista, en ocasiones, los falangistas huyeron del combate como sucedió, por ejemplo, en la batalla por la posición de Codo (Belchite) el 26 de agosto de 1937, cuando el jefe de la Falange de Belchite, José Calvete Asensio, al ver que estaban a punto de ser derrotados, ordenó a sus hombres que se quitaran la camisa azul, tiraran el arma y se camuflaran entre los civiles.[1375]

Para resaltar la masculinidad del miliciano de Falange, este era presentado como un héroe que personificaba la fuerza y la virtuosidad. En contraposición, los falangistas cuestionaban la virilidad del combatiente republicano, quien era exhibido como un individuo débil, vicioso y afeminado.[1376] En este sentido, señalaban que el *rojo* era un cobarde que tenía miedo de la muerte. Ello se ejemplificó con los combatientes republicanos que perdían un combate, momento en el que se decía que huían en masa y sin orden llevados por el pánico mientras suplicaban que no los mataran; o con los soldados del EPR que, según los falangistas, se autolesionaban para poder volver a la retaguardia y presumir de su herida en las terrazas de los cafés.[1377] Además, con la

[1373] "José García (Algabeño) ¡Presente!", *Azul. Diario de Falange Española de las JONS* (Córdoba), 31 de diciembre de 1936, p. 6.
[1374] VINCENT, M., "La reafirmación de la masculinidad en la cruzada franquista…", p. 136.
[1375] AGMAV, Cuerpo Ejército de Aragón, 1316,27, a. 19, l. 19, cp. 27.
[1376] LEIRA CASTIÑEIRA, F. J., *Los nadies de la guerra de España*, Akal, Madrid, 2022, p. 264.
[1377] XIMÉNEZ DE SANDOVAL, F., *Camisa Azul*…, p. 194.

voluntad de hacer más glorioso el combate, los falangistas repetían mucho en sus escritos que el enemigo era superior en número y que estaba mejor pertrechado, lo que le incitó a arremeter con gran potencia de fuego contra sus posiciones, y resaltaban que compensaban su inferioridad numérica y armamentística con su astucia y valentía.

En definitiva, según los rasgos identitarios del fascismo español, el combatiente fascista no podía mostrar miedo ni debilidad, sino que debía dominar sus nervios y mantenerse impasible porque la realidad amenazaba con arrastrarle, lo que sería su perdición. Por esta razón, el fascista se proveyó de una coraza externa compuesta por diversas capas que lo protegían del miedo y del dolor, y que, igualmente, le servían como medio de escapar de sí mismo (de los deseos y emociones que portaba en su interior) para evitar su desbordamiento a manos de sus impulsos emocionales y de las amenazas externas de disolución: las penurias de la guerra, el miedo y la muerte. En este sentido, el fascista hizo una constante huida hacia delante con el fin de hacer más aprehensible el mundo, somatizarse de los acontecimientos que le rodeaban y construir espacios externos para poder desenvolverse con seguridad y evitar el peligro de disolución causado por las penurias y los peligros de la guerra.[1378]

Así pues, el fascista tenía miedo de sí mismo, así como de sus propios sentimientos y temores por el simple hecho de que lo amenazaban con disolver la rigidez necesaria para cumplir con su deber y garantizar su propia supervivencia.[1379] La conservación de la unidad y la rigidez eran dos obsesiones recurrentes en el fascismo,[1380] puesto que estos elementos se mostraban como la única forma de enfrentarse a la realidad y no verse arrastrados por la misma. El combatiente fascista puso en marcha potentes mecanismos que, como las retóricas sobre la camaradería, el combate heroico, la masculinidad o la muerte gloriosa en el campo de batalla, aportaron instrumentos ideológicos para controlar las emociones y los impulsos internos, evitar la disolución y la pérdida de su capacidad de combate, y reforzar esa armadura que precisaba de refuerzos constantes. Como consecuencia de ello, el miliciano de Falange

[1378] THEWELEIT, K., *Male Fantasies, Volume I: Women, Flood, Bodies, History*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 2007, p. 42; ALEGRE LORENZ, D., "Coser y desgarrar, conservar y arrojar"…", pp. 128-129 y 136; Íd., "El fascismo como experiencia interna somatizante: una propuesta de análisis del fascismo español a través del lenguaje" en RUIZ CARNICER, M.A. (ed.), *Falange*…, p. 27; y ALONSO IBARRA, M., "Excombatientes. Un análisis del fascismo español a través de las memorias de los soldados de Falange" en ORTEGA LÓPEZ, T.M. y DEL ARCO BLANCO, M.A. (eds.), *Claves del mundo contemporáneo*…, p. 17.

[1379] ALEGRE LORENZ, D., ""Coser y desgarrar, conservar y arrojar"…", p. 135.

[1380] Ibid., p. 128; y ALONSO IBARRA, M., "Excombatientes. Un análisis del fascismo español a través de las memorias de los soldados de Falange" en ORTEGA LÓPEZ, T.M. y DEL ARCO BLANCO, M.A. (eds.), *Claves del mundo contemporáneo*…, p. 18.

perdió el sentido real de la guerra, lo que hizo que solo quedara su significado simbólico.[1381]

En resumen, como se ha puesto de manifiesto en estas páginas, a pesar de que muchos milicianos de Falange vivieron su experiencia de guerra traumáticamente y fueron presa del pánico y del miedo, los discursos sobre la camaradería, la virilidad, el heroísmo y el sacrificio desinteresado, así como el culto a los caídos, *disfrazaron* la dura realidad del conflicto y cohesionaron la tropa para evitar que el falangista se dejara llevar por sus emociones y fuera presa del pánico. De este modo, el combatiente fascista se construyó una armadura que le permitió mantener la unidad con sus compañeros y la rigidez frente a los peligros, las penurias y los horrores de la guerra.

[1381] GRACIA, J., "Fascismo y literatura o el esquema de una inmadurez" en GALLEGO, F. y MORENTE F. (eds.), *Fascismo en España*…, p. 126; GONZÁLEZ CUEVAS, P.C., "La trayectoria de un recién llegado. El fracaso del fascismo español" en DEL REY, F. (ed.), *Palabras como puños*…, p. 482; ALEGRE LORENZ, D., ""Coser y desgarrar, conservar y arrojar"…", p. 136; e Íd., "El fascismo como experiencia interna somatizante: una propuesta de análisis del fascismo español a través del lenguaje" en RUIZ CARNICER, M.A. (ed.), *Falange*…, p. 27.

6. Retaguardia: violencia y funciones parapoliciales

El fracaso de la sublevación en buena parte del territorio peninsular y el inicio de la guerra de columnas en verano de 1936 obligó a los rebeldes a modificar sus previsiones iniciales de un triunfo rápido del golpe de estado para conseguir una pronta victoria en el campo de batalla. El alto mando tenía la necesidad de tener un control absoluto de la retaguardia con el fin de evitar la formación de grupos disidentes, mientras que las columnas se dirigían a la capital del estado para proclamar el estado de guerra, pues se consideraba que las acciones de los oponentes en las poblaciones ocupadas dificultarían el avance de las tropas de primera línea al tener que desviar fuerzas destinadas al frente hacia la retaguardia para reprimir la disidencia. Los militares y sus aliados civiles emplearon la violencia para acabar con sus oponentes en los municipios ocupados con el objeto de garantizar su dominio en los mismos, a la vez que las columnas avanzaban hacia su principal objetivo: Madrid. Ello evidenció que el frente y la retaguardia no eran compartimentos aislados, sino que eran dos esferas que estaban interrelacionadas entre sí, pues lo que pasaba en esta última afectaba al campo de batalla, y lo que ocurría en las trincheras repercutía en la población.[1382]

La represión hizo que la retaguardia se convirtiera en un escenario en el que se transformaron las relaciones humanas y en el que las diferencias entre beligerantes y no beligerantes desaparecieron sin dejar espacio para la indiferencia o la pasividad. Ello generó una sensación de amenaza y de incertidumbre que no dejó más salida al individuo que convertirse en víctima o en perpetrador que debía mostrar en público su adhesión a la *causa* participando activamente en el esfuerzo de guerra en el frente o en la retaguardia, o colaborando con los servicios de asistencia. Como puede verse, la comunidad estaba sometida a un régimen de violencia sistemática en la que el terror sumió a los vencidos en la desesperación y en el desamparo porque quedaron a merced de sus verdugos y no tenían una autoridad a la que recurrir. La violencia eliminó, de hecho, la distinción entre combatientes y población no beligerante, lo que hizo que los civiles se transformaran en contendientes y, en consecuencia, estos pasaran a ser un objetivo bélico de primer orden. Por lo tanto, los ciudadanos pasaron a ser las principales víctimas de las persecuciones, de las torturas, de las vejaciones y de los asesinatos perpetrados por los miembros de los grupos armados de la retaguardia.

La salvaguarda de la retaguardia era una necesidad ineludible para atender las necesidades bélicas. Para garantizar el mantenimiento del orden en las localidades ocupadas, las unidades milicianas de las diferentes organizaciones políticas que

[1382] RODRIGO, J., “Presentación. Retaguardia…”, pp. 15-16.

secundaron la insurrección militar asumieron la consideración de fuerza armada. El alto mando organizó las milicias de segunda línea reclutando a hombres que, comandados por sargentos y oficiales retirados por la Ley Azaña, eran demasiado mayores para combatir en el frente. Así, la JDN, primero, y el CGG, después, movilizaron a varones de entre 30 y 60 años para restablecer los servicios indispensables, como el abastecimiento de la población o la reconstrucción de las infraestructuras y de las redes de comunicación, con la finalidad de garantizar la vida en las ciudades y pueblos de la retaguardia, y suplir la falta de trabajadores especializados que habían sido detenidos o pasados por las armas. Para ello, el alto mando rebelde precisó que los milicianos de segunda línea tuvieran experiencia y conocimientos técnicos como, por ejemplo, de electricidad, de carpintería, de albañilería y de mecánica, entre otros. De este modo, se garantizó que todos los varones contribuyeran al esfuerzo de guerra en la medida de sus capacidades.

Los milicianos de segunda línea también realizaron funciones parapoliciales junto con los miembros de la fuerza pública para garantizar el orden en el interior de las poblaciones, así como en su extrarradio. Para ello, el alto mando disponía de unidades milicianas para realizar patrullas en ciudades y pueblos, hacer guardia en cárceles y en campos de concentración, custodiar edificios y centros públicos, patrullar caminos y vías de ferrocarril, vigilar zonas fronterizas para evitar el contrabando y realizar batidas para perseguir a los desertores del ejército rebelde y a los combatientes del EPR escondidos en el monte. Al mismo tiempo, los milicianos de segunda línea colaboraron con los soldados y los miembros de las fuerzas del orden en la lucha contra los combatientes republicanos que se escondían en los montes para continuar la lucha después de que los sublevados conquistaran un territorio. Todas estas labores ayudaron a transmitir una imagen de orden y de normalización de la vida en las poblaciones ocupadas mientras los soldados y los milicianos de las organizaciones políticas que secundaron el golpe de estado luchaban en el frente.

Aunque no influyeron directamente en las operaciones militares del campo de batalla, la intervención de las milicias de segunda línea en el esfuerzo de guerra tuvo un efecto beneficioso en el combate en el frente, puesto que la caza del enemigo y las acciones parapoliciales en la retaguardia tenían la misma importancia que las operaciones militares en la primera línea porque permitieron desembarazar de los cometidos en las poblaciones ocupadas a las fuerzas destinadas en la vanguardia, haciendo que estos pudieran centrarse en la lucha con el enemigo en las trincheras.

6.1. Violencia y *limpieza* política de la retaguardia

En julio de 1936 se cruzó un punto de no retorno en el que la violencia pasó a ser el principal canal de comunicación de la retaguardia por su centralidad en las relaciones sociales.[1383] Ello hizo que las barreras que impedían el desarrollo de procesos de violencia masiva desaparecieran para dar lugar a una represión sin precedentes contra la población no combatiente que, en contexto de paz, estaría penada y condenada éticamente por la sociedad. Así pues, los actos violentos perpetrados por los integrantes de los grupos armados de la retaguardia se convirtieron en hechos habituales justificados cómo acciones inevitables que tuvieron lugar en tiempo de guerra. La normalización del terror estaba acompañada por un estado de emergencia que favoreció las condiciones propicias para la represión y la eliminación física del enemigo.[1384] Por este motivo, incitadas por el miedo, por el deseo de reconocimiento o por la venganza, las disputas y las diferencias de carácter político o religioso vigentes durante los años anteriores pasaron a ser excusas justificadas para la denuncia, el encarcelamiento, la vejación y el asesinato del vecino o del familiar. Por lo tanto, las agresiones contra los civiles no fueron la causa de la guerra, sino, que fueron la consecuencia más inmediata de su estallido.[1385]

Las acciones represivas y las matanzas perpetradas en las poblaciones de la retaguardia o en las localidades recién conquistadas fueron realizadas, en su mayoría, desde el inicio de la guerra de columnas en verano de 1936 hasta el fracaso del asalto de Madrid a mediados de noviembre del mismo año. Sin embargo, es difícil conocer el número exacto de víctimas debido a la destrucción de la documentación referida por parte de las autoridades franquistas durante los años de la Transición, a los registros falsos de muertes, al entierro del fusilado en una fosa común o en una tumba improvisada, y a la falta de listas de fallecidos. Como puede verse, la violencia de este periodo es *invisible* administrativamente porque solo una parte de las víctimas fueron inscritas en los registros civiles.[1386] A pesar de ello, hay investigaciones que aportan cifras aproximadas del número de muertes en la retaguardia rebelde. Así, por ejemplo, Javier Rodrigo señala que, de las 66.000 víctimas que hubo en toda la guerra en la retaguardia sublevada, unas 58.000 personas fueron asesinadas durante los primeros

[1383] RODRIGO, J., *Hasta la raíz*…, p. 33; Íd., ""Our Fatherland was Full of Weeds". Violence during the Spanish Civil War and the Franco Dictatorship" en BAUMEISTER, M. y SCHÜLER-SPRINGORUM, S. (eds.), *"If you tolerate this*…", p. 137; Íd., "Violencia y fascistización en la España sublevada" en MORENTE, F. (ed.), *España en la crisis europea de entreguerras*…, pp. 80-81; e Íd., "Fascism and Violence in Spain: a comparative update", *International Journal of Iberian Studies*, vol. 25, n.º 3 (2012), pp. 188-189.
[1384] GALLEGO, F., "Fascistization and fascism…", p. 169.
[1385] LEDESMA, J.L., "Qué violencia para qué retaguardia…", p. 89.
[1386] RUIZ ALONSO, J. M.ª, *La Guerra Civil en la provincia de Toledo*…, p. 335.

meses de las hostilidades.[1387] En esta línea, Julián Casanova subraya que el 70% del total de los fallecidos en el territorio controlado por los golpistas tuvo lugar entre julio y agosto de 1936.[1388] Estas cifras evidencian que la violencia estaba concentrada en el tiempo y en el espacio.

Los civiles pasaron a ser los principales objetivos de la violencia debido a la penetración de la guerra en la sociedad, lo que implicó una eliminación de la distinción entre lo militar y lo civil, así como entre combatientes y no combatientes.[1389] Por esta razón, la guerra civil española fue una guerra contra el civil[1390] en la que los no beligerantes fueron asimilados como un objetivo militar más para conseguir la victoria.

El empleo de la violencia apuntaló la realidad de la sublevación: la escasez de medios y el poco número de combatientes disponibles para luchar en todos los frentes.[1391] Debido a la concepción del conflicto como una guerra antipartisana, los sublevados tenían la necesidad de desarticular las redes sociales existentes antes de julio de 1936 y forzar la colaboración más o menos entusiasta de la población para, así, tener un control absoluto de la retaguardia. El alto mando rebelde contemplaba con temor aquello que se encontraba en la espalda del combatiente de primera línea a causa de la imagen de la retaguardia como espacio de disolución, tal como sucedió también en la Alemania de la posguerra, tras la derrota de 1918, con la aparición del mito de la puñalada por la espalda.[1392] Por esta razón, los integrantes de los grupos armados emplearon un terror paralizante y ejemplificador, con la comisión de todo tipo de actos violentos contra el enemigo, que fue torturado, humillado, asesinado y su cadáver exhibido o abandonado a la intemperie para que pudiera ser encontrado fácilmente por sus vecinos. De este modo, los sublevados evitaron que los opositores cometieran actos que desestabilizaran el orden en la retaguardia y que dificultaran el avance de las columnas. Así, por ejemplo, como justificación de los asesinatos cometidos en Badajoz a mediados de agosto de 1936, Yagüe le comentó al periodista del *New York Herald Tribune*, John T. Whitaker, que

---

[1387] RODRIGO, J., *Hasta la raíz*…, p. 43; Íd., "A este lado del bisturí. Guerra, fascistización y cultura falangista" en RUIZ CARNICER, M.A. (ed.), *Falange*…, p. 156; e Íd., "La España de 1936 y las guerras Civiles europeas (1917-1949)" en Íd. (ed.), *Políticas de la violencia*…, pp. 150 y 185.
[1388] CASANOVA, J., "Rebelión y revolución" en JULIÁ, S. (ed.), *Víctimas de la guerra civil*…, p. 64; e Íd., "Guerra de exterminio, paz incivil…", p. 581.
[1389] AROSTEGUI, J., GONZÁLEZ CALLEJA, E. y SOUTO, S., "La violencia política en la España del siglo XX…", p. 79; y RODRIGO, J., "Violencia y fascistización en la España sublevada" en MORENTE, F. (ed.), *España en la crisis europea de entreguerras*…, pp. 88-89.
[1390] RODRIGO, J., "Violencia y fascistización en la España sublevada" en MORENTE, F. (ed.), *España en la crisis europea de entreguerras*…, p. 88; e Íd., "Guerra al civil. La España de 1936 y las guerras Civiles europeas (1917-1949)" en Íd. (ed.), *Políticas de la violencia*…, p. 167.
[1391] ALONSO IBARRA, M., *El ejército sublevado en la Guerra Civil Española*…, p. 423.
[1392] ALEGRE LORENZ, D., ""Coser y desgarrar, conservar y arrojar…", p. 136.

> ¡Naturalmente que los hemos fusilado! ¿Qué se podría esperar? ¿Pensaban que me llevaría conmigo a cuatro mil rojos mientras mi columna avanzaba luchando contra reloj? ¿Debería dejarlos en libertad a mis espaldas, permitiéndoles que hicieran nuevamente de Badajoz una ciudad roja?[1393]

La identificación y el asesinato del enemigo necesitó de la previa construcción de unas culturas políticas destinadas a la distinción del adversario y a la aceptación de la violencia contra el mismo. Los sublevados practicaron una política violenta que se caracterizaba por su carácter indiscriminado, por su función preventiva y por la orientación ideológica de la víctima. Ello estuvo alimentado por el atentado contra autoridades, contra soldados que se encontraban de permiso en la retaguardia y contra milicianos de segunda línea. Aunque solo una reducida parte de la población cometió dichas acciones, durante las primeras semanas de las hostilidades hubo explosiones de violencia extrema contra la población no combatiente por la imposibilidad de distinguir entre los autores y los civiles que no tenían nada que ver debido a la dificultad de identificar al enemigo en un momento en el que los disidentes, los partidarios de la *causa* y los *tibios* convivían en un mismo territorio.

Los sublevados buscaron la homogeneidad del territorio nacional por medio de una guerra de conquista y la eliminación de los integrantes de los diferentes grupos que, según ellos, movidos por sus intereses egoístas, querían acabar con la nación. Así pues, la necesidad militar y el requisito de realizar una *limpieza* política de la retaguardia no podían separarse, porque la especificidad de los sujetos que conformaban el colectivo sobre el que recayó la represión estaba dentro de un esquema de identificación en el que no se puede explicar la violencia en términos exclusivamente militares sin atender a los objetivos políticos.[1394] Como señaló el falangista Dionisio Ridruejo, en una guerra civil, el combate contra el enemigo no solo tiene lugar en las trincheras, sino que, también se libra en la retaguardia, pues, para él, la guerra era una operación de extirpación de todas las fuerzas políticas «que habían patrocinado y sostenido la República y representaban corrientes sociales avanzadas o simples movimientos de opinión democrática y liberal». Además, sostenía la necesidad de una represión preventiva de los individuos considerados sospechosos con la finalidad de mantener la seguridad del territorio porque es una herramienta más efectiva que la vigilancia.[1395]

Las agresiones contra la población no combatiente no eran una novedad de la guerra civil. Los soldados ya cometieron actos violentos contra los civiles en Marruecos

[1393] Reproducido en PONS PRADES, E., *Las escuadras de la muerte*…, pp. 65-66.
[1394] CRUZ, R., *En el nombre del pueblo*…, p. 320.
[1395] RIDRUEJO, D., *Escrito en España*, G. Del Toro, Madrid, 1976, pp. 16-17 y 117-121; GIL ANDRÉS, C., "Vecinos contra vecinos…", pp. 113-114; e Íd., "La zona gris de la España azul…", p. 134.

durante la campaña colonial motivados por la dureza de los enfrentamientos con las cabilas. Las agresiones fueron perpetradas, principalmente, por los legionarios, quienes se caracterizaban por su exaltación de la muerte en combate y por la violencia contra el oponente. Las ideas de la Legión fueron aceptadas por una parte cada vez mayor de la oficialidad y de los soldados a raíz del desastre de Anual entre el 22 de julio y el 9 de agosto de 1921, favoreciendo así, que el uso de la violencia extrema contra la población no combatiente, el asesinato y la tortura del enemigo vencido no estuvieran mal vistos por los soldados ni por los civiles en la península. Con todo, tras el verano de 1921, el pensamiento africanista acentuó su percepción negativa de los políticos, a los que consideraba los máximos responsables de la derrota en Anual por su corrupción e ineficacia, lo que no les había impedido, para evadir sus propias culpas, abrir procesos judiciales, casi exclusivamente, contra militares.[1396]

Durante los años de la República en paz, la obsesión por la amenaza soviética hizo que se fusionara la imagen del *enemigo moro* con la del *rojo*.[1397] El temor al comunismo llegó a su cénit durante estos años, en especial, con la revolución de octubre de 1934, lo que acarreó que el marxista fuera visto como un enemigo peor que el rifeño que no solo debía ser derrotado, sino que, también debía ser sometido y eliminado. Con el inicio de las hostilidades en el verano de 1936, nos encontramos con un bando encabezado por lo más destacado de la oficialidad africanista que, por una parte, movilizó a los soldados del Ejército de África para luchar en la península y, por otra, reclutó a miles de civiles para combatir en el ejército o en las milicias. Mientras que en la campaña colonial se hizo una guerra contra el moro, en el conflicto bélico de 1936-1939 se libró un combate contra el comunista y contra el proletariado. Este último fue valorado por los sublevados como los legionarios contemplaron a los marroquíes en la campaña de Marruecos, es decir, como una raza inferior que debía ser subyugada mediante la violencia.[1398] Así pues, el comportamiento atroz contra la población no combatiente durante la guerra colonial se reflejó en la represión de los individuos capturados tras la conquista de un municipio por empuñar las armas contra los rebeldes, o por haber tenido una participación activa en la política de los años de la República en paz.[1399]

[1396] IGLESIAS AMORÍN, A., "La cultura africanista en el Ejército español (1909-1975)", *Pasado y memoria*, n.º 15 (2016), pp. 105-110.
[1397] Ibid., p. 110.
[1398] PRESTON, P., *El holocausto español*…, pp. 194-195; BALFOUR, S., *Abrazo mortal*…, pp. 433-434; y CAZORLA, A., "Franco: la violencia y la simplificación de España", *Revista Universitaria de Historia Militar*, vol. 7, n.º 13 (2018), p. 28.
[1399] PRESTON, P., "Los esclavos, las alcantarillas y el capitán Aguilera. Racismo, colonialismo y machismo en la mentalidad del cuerpo de oficiales nacionales" en MUÑOZ, J, LEDESMA, J.L. y RODRIGO, J. (eds.),

La participación de las milicias de partido y de las fuerzas del orden en la represión era producto de una mentalidad militarista subyacente a una concepción del orden público basada en la imposición de la ley por medio del terror.[1400] Sin embargo, el africanismo no explica por sí solo la violencia contra la población no combatiente, puesto que los individuos movilizados en las milicias de las organizaciones que secundaron el golpe de estado que formaron parte de los pelotones de fusilamiento y perpetraron actos violentos contra civiles no eran militares. Ahora bien, a pesar de que el alto mando empleó los mismos mecanismos utilizados en Marruecos para someter a la población no beligerante, la violencia ejecutada por los milicianos tenía menos que ver con la acción de las tropas coloniales que con el modelo de violencia que proporcionaron los fascistas españoles en la construcción ideológica del Nuevo Estado. Así pues, Falange se convirtió en el instrumento adecuado para el nacimiento del nuevo régimen de acuerdo a las necesidades militares de los rebeldes y al requisito de eliminar a los elementos *indeseables* y *perjudiciales* de la sociedad por parte del fascismo.

Cabe destacar que los civiles movilizados en las milicias de los partidos que secundaron la sublevación estaban influenciados por una propaganda y unos discursos que hicieron una representación caricaturizada y cómica del enemigo, quien era denigrado y deshumanizado por medio del empleo de formas diabólicas, infrahumanas y simiescas que contrastaban con las formas bellas y esterilizadas con las que se representaba a los combatientes del bando rebelde; de ese modo se le arrebató la condición de español, presentándolo como un traidor que colaboraba con las fuerzas extranjeras con la intención de destruir la patria. Para resaltar el contenido esencial del renacimiento nacional y facilitar la aceptación de la violencia contra el enemigo connacional, se denunció la presencia de extranjeros -siendo la mayoría de ellos rusos, franceses y moros de la Argelia francesa- entre las filas enemigas con la intención de presentar la guerra civil española como un conflicto que se libraba en territorio nacional para defender la sociedad occidental, pues se sostenía que lo que ocurría en España repercutiría en el porvenir del mundo. Así, por ejemplo, en un escrito del 16 de diciembre de 1936 publicado en *Arriba España* se señaló que la guerra

> no se trata de una simple lucha entre súbditos de un país; media Europa se traslada a nuestro suelo para liquidar viejas cuentas. España es hoy algo más que una nación; es Europa y el Mundo.[1401]

Culturas y políticas de la violencia…, p. 201; Íd., *El holocausto español*…, p. 437; e IGLESIAS AMORÍN, A., "La cultura africanista en el Ejército español…", pp. 115-116.

[1400] GONZÁLEZ CALLEJA, E., "Experiencia en combate…", p. 43.

[1401] MARTÍNEZ BANDE, J., "Extranjeros en España", *Arriba España*, 16 de diciembre de 1936, p. 1.

Igualmente, por medio de la difusión de fotografías y de relatos manipulados, los *rojos* eran presentados como delincuentes que cometían crímenes y asesinaban «brutalmente» a *personas de orden* sin importarles el perfil de sus víctimas, porque agredían y acababan con la vida de hombres, mujeres y niños por igual. Así, por ejemplo, se dijo que en Lora del Río más de cien personas cayeron «bajo las balas de los rojos», y que «fusilaban por turno a familias enteras» entre finales de julio y los primeros días de agosto de 1936;[1402] o se expuso que los izquierdistas cordobeses cometieron más de 80 asesinatos y saqueos en las poblaciones cordobesas de Dos Torres, Pedroche Villaralato, El Viso y Añora.[1403] En esta misma línea, para denunciar los atropellos cometidos en el municipio cordobés de Fuenteovejuna durante el *dominio rojo*, se dijo que 38 personas fueron

> asesinadas en circunstancias crueles por los marxistas de Fuenteovejuna, los cuales enterraron los cadáveres de sus víctimas en una zanja, habiendo sido dificilísima la identificación de aquellos por las bárbaras mutilaciones y atroces suplicios a que habían sido sometidos los desdichados antes de morir. Las mencionadas personas fueron sacadas de la cárcel, hambrientas y desnudas, siendo asesinadas después de sometérselas a numerosas vejaciones y castigos. Todos los cadáveres aparecen con la cabeza destrozada por los golpes de hacha, por culatazos de fusil. Las muñecas de los condenados se habían tronchado por haber sido atadas las manos a la espalda y haber cortado las carnes las ligaduras merced al movimiento de las camionetas que durante catorce kilómetros condujeron hasta el lugar del suplicio de los detenidos. El cuerpo de uno de ellos, don Aurelio Ortega, aparecía con veinte balazos, lo que revela la saña feroz de sus verdugos, estando otros cuerpos acribillados a puñaladas. […] Durante el trayecto hasta el lugar de la ejecución, los milicianos rojos trataron cruelmente a sus víctimas con las bayonetas. Algunos habían llegado ya con un brazo desprendido. Y, un joven de dieciséis años, Jacobo Gurón, que fue muerto con dos hermanos suyos, apareció con el cuerpo totalmente desarticulado.[1404]

También se dijo que los izquierdistas y los republicanos *cazaban* a mujeres de *orden* que estaban en la retaguardia republicana, como puede verse, por ejemplo, en la publicación del periódico falangista *Azul* de Córdoba del 21 de octubre de 1936, donde

[1402] "Las hordas marxistas han cometido numerosos crímenes en Lora del Río", *ABC* (Sevilla), 8 de agosto de 1936, p. 2.
[1403] "Noticias del Valle de Los Pedroches", *Azul*. *Diario de Falange Española de las JONS* (Córdoba), n.º 103, 1 de febrero de 1937, p. 7.
[1404] "Un episodio de la barbarie roja", *ABC* (Sevilla), 22 de diciembre de 1936, p. 9.

se explicó que los *rojos* se dedicaban a la «caza de mujeres» en el barrio de Salamanca (Madrid).[1405]

A ello hay que sumar las experiencias manipuladas de evadidos de la zona republicana, siendo muchos de ellos combatientes de las milicias populares o del EPR. Se dijo que estos se pasaron de bando motivados por el ofrecimiento de perdón de todo aquel que no «tenga nada pendiente con la Justicia, por la realización de actos vandálicos» antes o después del inicio de la guerra. Se señaló que estos, sin la certeza de que se cumpliera dicha promesa, preferían arriesgar la vida y pasarse de bando antes de ser víctimas de la violencia perpetrada por los *rojos*, y por no tener que soportar «el hambre y las calamidades que estaban pasando con los marxistas».[1406] Así, por ejemplo, según el testimonio de Damián Martínez, el comité de Valenzuela impuso «un régimen de terror que convirtió al pueblo, siempre tan tranquilo, en un verdadero infierno» para las personas de *orden* que eran perseguidas desde el primer momento, mientras que los integrantes de las milicias populares realizaban incautaciones y saqueos para disponer «libremente de vidas y haciendas», y quedarse con los mejores alimentos.[1407] En esta misma línea, según el testimonio de otro evadido, los *rojos* tenían a unas 250 personas encerradas en la iglesia de Castellar de Santiago (Ciudad Real) -de los cuales, 92 estaban muertos- y que, tras la derrota de una columna que salió de Ciudad Real hacia Miajadas, sus miembros fusilaron a varios individuos del municipio como represalia.[1408] La difusión de estos crímenes generó indignación y asentó el convencimiento entre la población de que había un enfrentamiento a muerte contra el marxismo en el que todo el mundo estaba obligado a participar.[1409]

Como puede apreciarse, según los rebeldes, en la retaguardia republicana todo era caos y anarquía, la justicia se administraba según *gustos locales* y se ejecutaba conforme a las preferencias de los jefes de los distintos grupos armados. Además, se enfatizó que los miembros de las milicias populares se enfrentaban entre ellos en los municipios de la retaguardia, como ocurrió, por ejemplo, en Barcelona a inicios de enero de 1937[1410] o en Valencia a primeros de febrero del mismo año.[1411] En contraposición,

---

[1405] "Los marxistas se dedican a la caza de mujeres", *Azul. Diario de Falange Española de las JONS* (Córdoba), 21 de octubre de 1936, p. 9.
[1406] "En nuestras filas se entregan a diario milicianos con armamento", *La Falange: diario de la tarde*, 24 de noviembre de 1936, p. 2.
[1407] "Bajo la dominación de la canalla roja", *Azul. Diario de Falange Española de las JONS* (Córdoba), 8 de octubre de 1936, p. 4.
[1408] "Completamente en serio. Horrores de los rojos", *La Ametralladora*, n.º 3, 1 de febrero de 1937, p. 8.
[1409] FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, F., *Memorias de un soldado-locutor*…, p. 60.
[1410] "Las luchas en Barcelona van en aumento", *Azul. Diario de Falange Española de las JONS* (Córdoba), 13 de febrero de 1937, p. 6.
[1411] "En Valencia, los que están al servicio de Rusia, se pelean diariamente", *Azul. Diario de Falange Española de las JONS* (Córdoba), 13 de febrero de 1937, p. 6.

el territorio controlado por los sublevados se caracterizaba por el orden, la unidad en el mando y la armonía entre los milicianos de los distintos grupos políticos que participaban en el esfuerzo de guerra.

La desvalorización del enemigo resultó de la objetivación científica de su patología social, que era considerada moralmente contagiosa. Se estimaba que la conducta del marxista era defecto de una personalidad psicópata y degenerada que estaba motivada por su complejo de inferioridad.[1412] De este modo, se estableció una relación entre sadismo y comunismo para presentar a los *rojos* como unos delincuentes que actuaban movidos por su condición patológica.[1413]

Además, los marxistas eran presentados como portadores de enfermedades. Así lo relató Prudencio Doreste, quien recordó que, cuando su unidad entró en Otero (Toledo), se vio obligado a «soportar todos los insectos desagradables de la Naturaleza, a respirar olores hediondos, a convivir con enormes ratas sarnosas que, por su condición antipática, parecían estar inoculadas del virus comunista».[1414] En esta misma línea, Ximénez de Sandoval señaló que los *rojos* eran unos «sin Patria y sin Dios. Los sin alma y sin luz […] unos bichos más asquerosos» que deben ser aplastados «como bichos».[1415] Dicho esto, la violencia era valorada como una necesidad quirúrgica para erradicar los miembros enfermos y salvar la nación «contaminada» por el marxismo y la «inmoralidad».[1416] Así pues, se estableció una relación entre la extirpación de la enfermedad de un cuerpo enfermo y la eliminación de los agentes considerados nocivos para la nación. Por lo tanto, la guerra era concebida como una operación quirúrgica que tenía como objetivo acabar con la *anti-España* y con todo lo que esta representaba para salvar el cuerpo nacional.

El empleo de esta metáfora tenía como objetivo presentar la guerra civil como un enfrentamiento a muerte entre las *dos Españas*, la *verdadera* y *auténtica* contra la que era considerada como la *anti-España*. Los combatientes de la primera eran presentados como los auténticos adalides de una empresa histórica de dimensiones épicas, empeñada en la eliminación de la segunda y en el asentamiento de las bases culturales, místicas y políticas sobre las que se realizaría la regeneración de la patria. Esta metáfora estaba acompañada por unos discursos que promovieron una violencia extrema contra el oponente, lo que conllevó que la guerra fuera concebida como el

[1412] SEVILLANO CALERO, F., *Rojos*…, pp. 87-88 y 179.
[1413] COBO ROMERO, F., "El franquismo y los imaginarios míticos del fascismo europeo…", pp. 137-139.
[1414] DORESTE, P., *Ocho meses de campaña*…, p. 30.
[1415] XIMÉNEZ DE SANDOVAL, F., *Camisa Azul*…, pp. 29-30.
[1416] "La violencia no es para nosotros un sistema", *Aquí estamos*, 31 de octubre de 1936, p. 11.

enfrentamiento final que acabaría definitivamente con un monstruoso enemigo -la *anti-España*- que amenazaba la nación.[1417]

Esta imagen de la *anti-España* comportó una división de la sociedad alimentada por el empleo de conceptos como "ellos" y "nosotros", con la voluntad de construir no solo identidades, sino, también, de cohesionar el grupo por medio de estereotipos culturales e ideas preconcebidas. Ello implicó una simplificación de las identidades complejas y a una desaparición de las posiciones moderadas.[1418] De este modo, los civiles movilizados en las milicias de los partidos que secundaron el golpe de estado entraron en una dinámica grupal en la que se empleó un discurso que dio sentido y significado a sus acciones violentas.[1419]

Los verdugos también recurrieron al humor para distanciarse de la brutalidad de sus actos como puede verse, por ejemplo, durante las primeras semanas de las hostilidades, con las referencias que hicieron a la aplicación de la reforma agraria ante los campesinos que fueron pasados por las armas por haber ocupado las fincas de los terratenientes del sur peninsular.[1420] Además, se fomentó el humor negro entre los soldados y los milicianos. Ello se ejemplifica en la novela de García Serrano, cuando, tras *cazar* a los presos fugados del fuerte de San Cristóbal en 1938, un jefe de Falange le dice a un subordinado que «Ya verás como luego se echa en falta un montón de aldeanos…» durante el recuento de los reclusos huidos y muertos.[1421]

La brutalidad de la guerra implicó la necesidad de proveer a los civiles movilizados en las milicias rebeldes de un aparato ideológico que dotara de sentido la muerte y el acto de matar, y que, al mismo tiempo, exaltara los ánimos e impulsara a los combatientes a luchar y a perpetrar acciones violentas contra el oponente.[1422] En definitiva, la deshumanización del enemigo, junto con el contacto diario con la muerte, no solo permitió a los verdugos anular la empatía hacia el contrario y romper las barreras morales para hacer su asesinato más *aceptable*, sino que, también, comportó una banalización de la violencia que tuvo como resultado que el empleo del terror contra un

---

[1417] FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, F., *Memorias de un soldado-locutor*…, p. 60; y JULIÁ, S., *Historias de las dos Españas*…, pp. 288-289.
[1418] NÚÑEZ SEIXAS, X.M., *¡Fuera el invasor!*..., pp. 11-12; SEVILLANO, F., *Rojos*…, pp. 19-21; y NÚÑEZ SEIXAS, X.M., Fighting for Spain? en BAUMEISTER, M. y SCHÜLER-SPRINGORUM, S. (eds.), *"If you tolerate this…"*, pp. 47-48.
[1419] ALONSO IBARRA, M., "*Vencer y convencer*. Una aproximación a la fascistización del combatiente sublevado y la construcción del consenso en la España franquista (1936-1939)" en COBO ROMERO, F. (ed.), *Fascismo y Modernismo*…, p. 115.
[1420] ABELLA, R., *La vida cotidiana durante la guerra civil*…, pp. 295-296; y MATTHEWS, J., *Reluctant Warriors*…, p. 115.
[1421] GARCÍA SERRANO, R., *La gran esperanza*…, pp. 58-59.
[1422] ALONSO, M., "*Vencer y convencer*. Una aproximación a la fascistización del combatiente sublevado y la construcción del consenso en la España franquista (1936-1939)" en COBO ROMERO, F. (ed.), *Fascismo y Modernismo*…, pp. 112-115 y 121.

enemigo percibido como una amenaza para la existencia de la nación pasara a ser considerado una acción heroica.[1423]

6.1.1. Violencia en caliente y construcción del nuevo orden: julio-noviembre de 1936

El fracaso de la insurrección militar y el inicio de la guerra de columnas en verano de 1936 obligó a los sublevados a modificar sus previsiones iniciales de un triunfo rápido del golpe de estado para conseguir una pronta victoria. Para tener un control absoluto de los territorios que estaban bajo su poder y evitar la formación de núcleos de resistencia que dificultaran el avance de las columnas que se dirigían a la capital del estado, los oficiales del ejército sublevado repartieron armas entre los milicianos de los partidos que secundaron la insurrección militar porque no disponían de suficientes hombres para distribuir en el frente y en la retaguardia en un momento de incertidumbre ocasionado por el inicio de una guerra asimétrica en la que los territorios y los frentes no estaban delimitados.

Con el consentimiento de la JDN, primero, y de la Junta Técnica del Estado, después, los milicianos de Falange -y los integrantes de las unidades paramilitares de los demás partidos que secundaron la sublevación- emplearon una violencia *preventiva* contra aquellos individuos que podrían suponer un peligro para el mantenimiento del orden. Por lo tanto, la relevancia de las milicias de las organizaciones políticas destinadas en la retaguardia no residía en su eficacia en las operaciones militares, sino en mantener el orden en las poblaciones ocupadas, y en posibilitar que los combatientes movilizados en la primera línea pudieran centrarse exclusivamente en el combate en las trincheras sin perder tiempo en la *limpieza* política de las localidades conquistadas.

La represión fue más intensa tras la ocupación de una localidad, momento en el que los disidentes no podían diferenciarse de los *tibios* ni de los individuos afines a la *causa* porque convivían en un mismo territorio. La violencia contra la población no combatiente puede considerarse un arma de las políticas de ocupación que tenía como objetivo convertir el territorio recién conquistado en una tierra de castigo para *purgar* y acabar con la *anti-España*.[1424] Así sucedió, por ejemplo, con los falangistas que

[1423] SAZ CAMPOS, I., *Fascismo y franquismo*…, pp. 192; RODRIGO, J., "Violencia y fascistización en la España sublevada" en MORENTE, F. (ed.), *España en la crisis europea de entreguerras*…, pp. 94-95; Íd., *Cruzada, paz, memoria*…, p. 17; LEIRA CASTIÑEIRA, F.J., "Movilización militar y experiencia de guerra civil. Las actitudes sociales de los soldados del ejército sublevado" en FERNÁNDEZ PRIETO, L. y ARTIAGA, A. (eds.), *Otras miradas sobre el golpe, guerra y dictadura*…, p. 156; y LEIRA CASTIÑEIRA, F.J., *Soldados de Franco*…, p. 249.

[1424] RODRIGO, J., *Hasta la raíz*…, pp. 86-91; y ALONSO IBARRA, M., "Combatir, ocupar, fusilar. La evolución de la violencia bélica de los sublevados en la guerra civil española (1936-1939)" en ALEGRE, D., ALONSO, M. y RODRIGO, J. (eds.), *Europa desgarrada*…, pp. 215-216.

asaltaron casas de labranza en diferentes aldeas próximas a Vigo entre finales de julio y principios de agosto de 1936;[1425] con los milicianos de Falange y los requetés de la columna Castejón que fusilaron a 100 vecinos del municipio badajocense de Los Santos de Maimona, y encarcelaron y apalizaron a varios residentes de la localidad a mediados de agosto de 1936 tras confiscarles sus bienes; con los legionarios, los regulares, los falangistas y los carlistas que violaron a varias mujeres y saquearon comercios y viviendas en Badajoz durante la segunda quincena de agosto de 1936;[1426] o con los milicianos de Falange que realizaron detenciones arbitrarias, extorsiones y violaciones, así como saqueos y robos en varias poblaciones localizadas entre Talavera de la Reina y Madrid, como La Mata, Domingo Pérez, Burujón, Cebolla, Alcabén, Cazalegas, Geridonte o Palomeque.[1427] Dichos actos pueden ser considerados como una continuación de las operaciones militares en las que los verdugos, quienes se sentían protegidos por un sentimiento de impunidad y de superioridad tras vencer al enemigo en el campo de batalla, podían descargar las tensiones del combate.[1428]

La violencia también actuó como elemento de cohesión de la tropa que permitió a los falangistas reforzar sus lazos de camaradería.[1429] La masculinidad actuó como estímulo para los milicianos de Falange a la hora de acabar con la vida del enemigo y cometer barbaridades contra este, puesto que, combatir en una guerra de columnas como la que tuvo lugar entre el verano y noviembre de 1936 se tradujo en realizar actos violentos contra el adversario en el campo de batalla o lejos del mismo.[1430] Esta masculinidad del combatiente hizo que los falangistas que se negaran a formar parte de un pelotón de fusilamiento fueran vistos por sus compañeros como afeminados y homosexuales. El alcohol fue otro catalizador que permitió a los milicianos del partido fascista cometer actos violentos contra el enemigo por su efecto desinhibidor, lo que facilitó que se abrieran las puertas de las expresiones más extremas de sadismo.[1431] Así lo recordó Antonio Bahamonde, quien comentó que los falangistas que integraban los primeros pelotones de fusilamiento en Sevilla estaban borrachos.[1432]

[1425] QUIJANO, H., *Galicia mártir*…, p. 24.
[1426] PRESTON, P., *El holocausto español*…, pp. 417 y 431-432.
[1427] ALONSO IBARRA, M., *El ejército sublevado en la Guerra Civil Española*…, p. 413.
[1428] RANZATO, G., "Guerra Civil y guerra total en el siglo XX", *Ayer*, n.º 55 (2004), pp. 130-148; LEDESMA, J.L., "«La santa ira popular» del 36: La violencia en guerra civil y revolución, entre cultura y política" en MUÑOZ, J, LEDESMA, J.L. y RODRIGO, J. (eds.), *Culturas y políticas de la violencia*…, pp. 153-154; GIL ANDRÉS, C., "Vecinos contra vecinos…", p. 118; y ALONSO IBARRA, M., "Combatir, ocupar, fusilar. La evolución de la violencia bélica de los sublevados en la guerra civil española (1936-1939)" en ALEGRE, D., ALONSO, M. y RODRIGO, J. (eds.), *Europa desgarrada*…, pp. 216-217.
[1429] ALCALDE, Á., *Los excombatientes franquistas*…, pp. 30-31.
[1430] LEIRA CASTIÑEIRA, F. J., *Los nadies de la guerra de España*…, pp. 275-276.
[1431] MARCO, J., *Paraísos en el infierno*…, p. 102.
[1432] BAHAMONDE, A., *Un año con Queipo de Llano*…, p. 164.

En cambio, algunos falangistas, como Teodoro Recuero, cuestionaban el asesinato del *rojo* al considerarlo que no se ajustaba al ideario del partido fascista ni a su discurso de integración del enemigo vencido.[1433] Es más, su fusilamiento era una experiencia traumática para muchos milicianos de Falange. Así, por ejemplo, José Llordés Badía estuvo deprimido y acongojado durante un par de días tras presenciar un fusilamiento por primera vez.[1434] En esta misma línea, antes de asistir a una ejecución, Pedro Laín Entralgo consideraba que el asesinato de un condenado era un acto terrible. A cuarenta años de distancia de esos hechos, ciertamente, relató que, tras presenciar un fusilamiento por primera vez, fue a la primera iglesia que encontró para confesarse. Aunque no disparó, Laín Entralgo manifestó que se sentía culpable y se preguntó lo siguiente:

> ¿Qué hubiera hecho yo, de no haber sido así? ¿Me habría negado a cumplir la orden de fuego, como en conciencia era mi deber? […] Pero con un fusil en la mano, bien que todavía inactivo, estaba sirviendo a una causa que […] mataba sin piedad a indefensos.[1435]

Muchas de estas acciones tenían lugar durante las primeras semanas de la guerra. En este momento, las milicias de partido disponían de una mayor autonomía propiciada por la división de poder y la confusión inicial en la retaguardia. Para subordinarlas a la autoridad castrense y acabar con su autonomía a la hora de cometer abusos, los sublevados aprobaron medidas como, por ejemplo, la dictaminada por el general Fidel Dávila el 9 de agosto de 1936 para impedir «que los individuos pertenecientes a las milicias practiquen detenciones ni registros domiciliarios» sin su autorización previa; o la orden de la JDN para permitir a los mandos de las divisiones orgánicas prohibir taxativamente las prácticas violentas sin el consentimiento de los comandantes de la unidad.[1436] La aprobación de dichas medidas tuvo lugar en un momento en el que los rebeldes veían la victoria más cerca. Sin embargo, ello chocaba con la realidad sobre el terreno porque, aunque algunos oficiales se aseguraron de que los soldados y los milicianos que estaban bajo sus órdenes siguieran las normas para respetar las vidas y las propiedades de los civiles, muchos comandantes eran reacios a aplicarlas por no perjudicar la moral de la tropa ni su capacidad de combate.[1437]

[1433] RECUERO, T., *Hasta Nóvgorod*…, pp. 40-41.
[1434] LLORDÉS BADÍA, J., *Al dejar el fusil*…, p. 52.
[1435] LAÍN ENTRALGO, P., *Descargo de conciencia (1930-1960)*, Alianza, Madrid, 1989, pp. 186-187.
[1436] CASTRO, L., *Capital de la cruzada*…, p. 227; y PRADA RODRÍGUEZ, J., *La España masacrada*…, pp. 149-150.
[1437] RODRIGO, J., *Hasta la raíz*…, pp. 86-91; y ALONSO IBARRA, M., "Combatir, ocupar, fusilar. La evolución de la violencia bélica de los sublevados en la guerra civil española (1936-1939)" en ALEGRE, D., ALONSO, M. y RODRIGO, J. (eds.), *Europa desgarrada*…, pp. 215-217 y 241-242.

Los saqueos de viviendas y negocios continuaron después de que las fuerzas de primera línea abandonaran la localidad para dirigirse a su siguiente objetivo. Muchos de estos actos eran perpetrados por milicianos de Falange. Así sucedió, por ejemplo, en la población sevillana de La Puebla del Río, donde los falangistas asaltaron la casa del político Blas Infante Pérez de Vargas el 2 de agosto de 1936;[1438] en Sevilla, donde los escuadristas de FE de las JONS irrumpieron en el domicilio del diputado a Cortes por la provincia de Sevilla, José González, y en el del dirigente de UR, Francisco de Labandera, en la noche del 10 de agosto de 1936;[1439] en Cádiz, donde los milicianos de Falange saquearon una relojería en la calle de La Pelota destruyéndola por completo y pasando por las armas a su dueño y a su familia -incluyendo a una niña de 15 años-;[1440] en la aldea badajocense de Torremayor, donde varios escuadristas de FE de las JONS irrumpieron en el domicilio del presidente del comité del Frente Popular, en el de su secretario y en el del presidente de la casa del pueblo de la localidad el 2 de septiembre de 1936 para realizar un registro y llevarse dinero y objetos de valor;[1441] o en Vigo, donde las patrullas de Falange registraron bibliotecas particulares para *limpiarlas* de libros *perniciosos*, como las obras de Benito Pérez Galdós o de Vicent Blasco Ibáñez, y arrojarlos a la hoguera.[1442] Los autores de los saqueos consideraban que los izquierdistas y los republicanos debían responder con sus bienes los daños ocasionados a la nación por haber votado al Frente Popular, por haberse opuesto a la sublevación o por haber empuñado las armas contra las tropas rebeldes.

Los milicianos de Falange también organizaron comisiones para “invitar” a los comerciantes y a los industriales a donar la máxima cantidad de dinero posible al partido fascista. En caso de no poder contribuir con la cantidad fijada, los falangistas decían frases como la siguiente: «Lo sentimos por usted; tendrá que figurar como desafecto al régimen nuevo. Esto le proporcionará un severo disgusto». Si solo podían aportar una cifra inferior a la fijada, como pasó con algunos vecinos de las villas de la comarca de Sarria (Lugo), expresaron, por ejemplo, que «Falange no pide calderilla ni ropa vieja».[1443] También obligaron y, en algunos casos, apalizaron a civiles para que les entregaran objetos de valor como sucedió, por ejemplo, en la localidad toledana de Torrijos, donde los milicianos de la Falange de Canarias coaccionaron a más de 80

[1438] ORTIZ VILLALBA, J., *Sevilla. 1936*…, pp. 279-281.
[1439] Ibid., pp. 211-213.
[1440] BAHAMONDE, A., *Un año con Queipo de Llano*…, p. 177.
[1441] ESPINOSA MAESTRE, F., *La justicia de Queipo*…, pp. 231-236; y PRESTON, P., *El holocausto español*…, p. 427.
[1442] RUIZ VILAPLANA, A., *Lo que han hecho en Galicia*…, pp. 128-129.
[1443] BAHAMONDE, A., *Un año con Queipo de Llano*…, p. 132; y SOUTO BLANCO, M. J., “Golpe de Estado y represión franquista en la provincia de Lugo” en DE JUANA, J. y PRADA, J. (eds.), *Lo que han hecho en Galicia*…, p. 95.

personas para que les entregaran sortijas de oro, monedas y objetos de valor; en Burujón (Toledo), donde los falangistas canarios de la segunda centuria maltrataron a los vecinos multados para que pagaran; o en la villa toledana de Gerindote, donde los escuadristas Manuel Araña y José García Ramírez apalizaron a varios residentes para recaudar dinero y oro.[1444] A ello hay que sumarle la agresión, la tortura y el asesinato de individuos que no podían entregar la cantidad fijada. Este fue el caso de los falangistas que maltrataron y robaron los relojes de 13 miembros de la Sociedad Obrera Socialista de la población toledana de Carrinches;[1445] o de los milicianos de Sevilla que condujeron a un comerciante de la calle sevillana de Sagasta a su cuartel en la plaza del Duque para obligarlo a ingerir aceite de ricino y raparle la cabeza por no poder pagar las 20 pesetas requeridas.[1446]

Los falangistas se apropiaron de todo lo que deseaban para enriquecerse a costa de las víctimas. Este fue el caso de los milicianos de la Falange de San Sebastián que se llevaron todo lo que querían del almacén en el que acumulaban los objetos *requisados* sin necesidad de una orden especial;[1447] o de los falangistas de Valladolid que asesinaron a un vecino del municipio vallisoletano de Laguna del Duero y registraron su cadáver para llevarse todo el dinero que tenía en el bolsillo y gastárselo en prostitutas.[1448]

Los milicianos de Falange -y de las demás organizaciones políticas que participaban en el esfuerzo de guerra- que llegaron a un municipio recién conquistado tenían la misión de detener a los soldados y a los integrantes de las fuerzas del orden que permanecían fieles a la República, así como a los miembros de las milicias populares escondidos en el monte o en el domicilio de algún pariente o conocido. Tras su destitución y su sustitución por una comisión gestora para tener una administración afecta, también arrestaron a los miembros del ayuntamiento. Posteriormente, encarcelaron a los principales dirigentes políticos, a los diputados a Cortes y provinciales, a la directiva de la casa del pueblo y a las personas más significativas de los partidos de izquierda y republicanos, y de los sindicatos obreros. Y, finalmente, apresaron a jornaleros, a trabajadores, a obreros y a empleados, así como a maestros,

[1444] AGA, 75/20645.
[1445] MILLARES CANTERO, A. y PAISER MEDINA, M., *Doctor Monasterio: (1909-1936): un joven isleño asesinado por falangistas*, Llibres de l'Anacrònica, Barcelona, 2016, pp. 266-269; y ESPINOSA MAESTRE, F., *1936. La columna camino de Madrid*…, p. 58.
[1446] BAHAMONDE, A., *Un año con Queipo de Llano*…, pp. 129-130.
[1447] GABARAIN, M., *Así asesina Falange. Una celda de condenados a muerte en un cuartelillo de Falange Española de San Sebastián*, Pampa, Buenos Aires, 1938, pp. 69-70.
[1448] VEGA SOMBRÍA, S., *De la esperanza a la persecución*…, p. 91.

a intelectuales y a personas de cierta relevancia cultural acusados de *envenenar a las masas*.

Como consecuencia de la gran cantidad de detenciones realizadas durante los primeros días tras el triunfo de la insurrección militar o tras la conquista de una localidad, los sublevados acondicionaron edificios que no estaban preparados para funcionar como cárceles con el fin de acoger a todos los presos como sucedió, por ejemplo, con el monasterio de la ciudad de Lugo;[1449] con tres locales situados en el convento del municipio cacereño de Cuacos de Yuste; con un castillo abandonado en Granadilla (Cáceres); o con varias escuelas de párvulos en Navalmoral de la Mata.[1450] Los milicianos de los partidos que secundaron la sublevación también adaptaron sus locales como cárceles por orden de las autoridades, como fue el caso de las sedes de Falange en los pueblos cordobeses de La Rambla, Santaella, Montalbán, Montemayor o Fernán-Núñez.[1451] El elevado volumen de arrestos llevó a un estado de sobreocupación de estos recintos en un periodo breve de tiempo que hizo que pronto estuvieran desbordados por la falta de espacio en las celdas. Esta situación no se prolongaría en el tiempo porque buena parte de los detenidos fueron trasladados progresivamente a la cárcel provincial respectiva, por lo que dichos calabozos tendrían, salvo en momentos puntuales, unas cifras relativamente bajas de reclusos. Como puede verse, esta primera etapa se caracterizó por el ingreso de los detenidos en las prisiones de partido y en los centros habilitados como cárceles.[1452]

Los falangistas apalizaron a los detenidos encerrados en sus sedes para conseguir información sobre izquierdistas y republicanos escondidos. En muchas ocasiones, los interrogados eran asesinados después de confesar. Así sucedió, por ejemplo, con varios vecinos de Segovia, como Pedro Natalías, José de Frutos, Maximino Murugán, Julián Dimas o Alejandro Arranz.[1453] Como recordó el médico donostiarra Manuel Gabarain, las sedes de Falange eran unas «verdaderas agencias de asesinatos, instrumento perfecto para el ejercicio del terror sistemáticamente decretado desde arriba».[1454] A ello hay que sumarle la tortura física, como la obligación a ingerir aceite de ricino o comer alimentos salados sin que el preso pudiera beber agua, y psicológica,

[1449] RODRÍGUEZ TEIJEIRO, D., "los espacios de reclusión en Galicia. Prisiones y campos de concentración" en DE JUANA, J. y PRADA, J. (eds.), *Lo que han hecho en Galicia*…, pp. 199-200.
[1450] CHAVEZ PALACIOS, J., "Franquismo: prisiones y prisioneros…", p. 36.
[1451] "Falange Española, al igual que lucha en los frentes, se ocupa de la reconstrucción de España, empezando por los pueblos", *ABC* (Sevilla), 18 de agosto de 1936, pp. 17-18.
[1452] RODRÍGUEZ TEIJEIRO, D., "Espacios de reclusión: cárceles, campos de concentración y explotación laboral" en FERNÁNDEZ PRIETO, L. y LEIRA CASTIÑEIRA, F.J., (eds.), *Galicia, un golpe sin cuartel, una guerra sin trincheras*…, pp. 210-216.
[1453] VEGA SOMBRÍA, S., *De la esperanza a la persecución*…, p. 95.
[1454] Ibid., p. 60

como los simulacros de fusilamiento o preguntar a sus compañeros a quién toca «darle el paseo» delante de los detenidos para que estos pudieran oírlo.[1455]

Los falangistas también fusilaron a detenidos por haber empuñado las armas contra las tropas rebeldes. Así sucedió, por ejemplo, en el pueblo ovetense de El Granado, donde los milicianos de FE de las JONS se llevaron a varios presos al cementerio de la aldea durante los primeros días de agosto de 1936 para acabar con sus vidas; en la villa ovetense de Palos de la Frontera, donde una escuadra de la Falange de Huelva desplazada a dicho municipio ejecutó a varios izquierdistas a inicios de agosto de 1936;[1456] en Badajoz, donde los falangistas participaron en el encarcelamiento de varias personas que empuñaron las armas contra las fuerzas comandadas por Yagüe tras sacarles la camisa para comprobar si tenían la señal de la culata del fusil en el hombro y en su fusilamiento en la plaza de toros de la ciudad a mediados de agosto de 1936;[1457] o en la villa badajocense de Azuaga, donde los milicianos de Falange detuvieron a varios izquierdistas de la localidad para fusilarlos.[1458]

Los arrestos y los fusilamientos continuaron después de que los combatientes movilizados en la primera línea abandonaran el municipio para proseguir la marcha hacia su siguiente objetivo. El alto mando destinó a milicianos de Falange y de las otras milicias rebeldes, así como a miembros de las fuerzas del orden, para detener y acabar con la vida de los individuos que pudieran suponer una amenaza para el avance de las tropas sublevadas. Así sucedió, por ejemplo, en la villa badajocense de Almendralejo, donde los falangistas, los requetés y los guardias civiles asesinaron a los izquierdistas de la localidad mientras las columnas de Asensio y Castejón marchaban a Badajoz; en la aldea badajocense de Guareña, donde los milicianos de Falange ejecutaron a 55 personas a inicios de octubre de 1936 mientras las fuerzas del Ejército de África se dirigían a Toledo;[1459] o en varios pueblos toledanos, como Maqueda o Santa Olalla, donde los falangistas canarios se encargaron de la *limpieza* política mientras las tropas comandadas por el general Enrique Varela marchaban a Madrid.[1460]

En ocasiones, a causa de la escasez de efectivos, los comandantes de las unidades que combatían en el frente solicitaron refuerzos para reprimir la disidencia y,

---

[1455] "Segovia, bajo el terror fascista", *El Sol*, 28 de octubre de 1936, p. 4; y GABARAIN, M., *Así asesina Falange*…, pp. 65-66.
[1456] ESPINOSA MAESTRE, F., *La columna de la muerte*…, pp. 33-34; y PRESTON, P., *El holocausto español*…, p. 219.
[1457] PRESTON, P., *El holocausto español*…, pp. 431-432; e Íd., *La guerra civil española*…, pp. 131-132.
[1458] ESPINOSA MAESTRE, F., *La columna de la muerte*…, pp. 201-202.
[1459] ALONSO IBARRA, M., *El ejército sublevado en la Guerra Civil Española*…, p. 411.
[1460] MILLARES CANTERO, S., "Los falangistas canarios en el frente de Toledo: de idealistas convencidos a asesinos en masa" en ALÍA MIRANDA, F. y DEL VALLE CALZADO, A.R. (eds.), *La Guerra Civil en Castilla-La Mancha 70 años después*…, p. 489.

así, poder avanzar hacia su siguiente objetivo. Este fue el caso del coronel Asensio, quien le pidió a Franco que le enviara unidades de falangistas y de carlistas para llevar a cabo la *depuración* de Almendralejo; o del comandante Castejón, quien solicitó a los jefes de Falange y del Requeté de Sevilla 20 milicianos de cada grupo para que realizaran registros, detenciones y persecuciones en varias villas badajocenses.[1461] De este modo, los sublevados garantizaron el control del territorio dejando una pequeña guarnición mientras que los integrantes de las columnas se dirigían a su siguiente objetivo.

La violencia en caliente no solo tenía una función paralizante de la disidencia, sino que, también tenía una finalidad ejemplarizante al enviar un mensaje a los individuos de las poblaciones ocupadas por el enemigo sobre el destino que les aguardaba a aquellos que empuñaran las armas contra las columnas rebeldes. Como declaró Franco en agosto de 1936, «la energía en el sostenimiento del orden estará en proporción a la magnitud de las resistencias que se ofrezcan».[1462] Estas palabras ayudan a explicar por qué la represión fue especialmente brutal en localidades, como Almendralejo, Badajoz o Guareña, donde los sublevados encontraron una fuerte oposición. No obstante, la violencia también fue intensa en municipios, como Logroño o Palos de la Frontera (Huelva), donde los militantes de las organizaciones afines al Frente Popular no ofrecieron resistencia al avance de los golpistas. Como puede verse, la marcha de las columnas rebeldes estaba acompañada por el terror y el asesinato impune de un número significativo de republicanos, izquierdistas, obreros y jornaleros, lo que hizo que el avance del ejército sublevado se realizara, en palabras de Roland Strunk, corresponsal del diario *Völkischer Beobachter* y del *Illustrierter Beobachter* (ambas, publicaciones nazis) «sobre montañas de cadáveres».[1463]

Esta violencia se caracterizaba por su carácter selectivo. Los primeros en ser detenidos y fusilados eran los individuos que ocupaban cargos de responsabilidad política, es decir, los dirigentes de los partidos republicanos y de izquierda que intentaron conseguir una transformación gradual de la sociedad, y los directivos de los sindicatos obreros que habían tenido un papel más activo en las negociaciones con la patronal. Así sucedió, por ejemplo, con el líder socialista Manuel Barrios y con otros significados hombres de la izquierda en Sevilla que fueron encarcelados y asesinados por los milicianos de Falange en la carretera sevillana de Carmona en la noche del 10 de agosto

[1461] ALONSO IBARRA, M., "Combatir, ocupar, fusilar. La evolución de la violencia bélica de los sublevados en la guerra civil española (1936-1939)" en ALEGRE, D., Id. y RODRIGO, J. (eds.), *Europa desgarrada*…, pp. 227-228.
[1462] PRADA RODRÍGUEZ, J., *La España masacrada*…, p. 115.
[1463] ESPINOSA MAESTRE, F., *1936*…, p. 55.

de 1936;[1464] con quien fuera el alcalde de Salamanca antes de la guerra, Castro Prieto Carrasco, por parte de un pelotón integrado por falangistas salmantinos en agosto de 1936;[1465] con el presidente del comité del Frente Popular de Torremayor (Badajoz), de su secretario y del presidente de la casa del pueblo de la localidad que fueron fusilados en el cementerio del municipio el 2 de septiembre de 1936 por una escuadra de Falange capitaneada por el alférez Victoriano de Aguilar Salguero;[1466] o con un grupo de dirigentes republicanos y sindicalistas canarios conocidos como los Diez del Dómine que fueron pasados por las armas por los falangistas de Canarias en el Puente de Hierro (cerca de Talavera de la Reina) a mediados de septiembre de 1936.[1467] Su eliminación física tenía como objetivo acabar con el *peligro* de las reivindicaciones de las organizaciones de trabajadores y destruir las relaciones y los vínculos familiares, sociales y de amistad existentes antes de la guerra. De esta forma, los golpistas acabaron con la tradición democrática en España eliminando el pasado parlamentario más reciente -la República- e, incluso, el más lejano -la herencia del siglo XIX y principios del XX.

Los falangistas no se limitaron a acabar con la vida de individuos que ejercían cargos de responsabilidad política, sino que, también asesinaron a militantes de partidos republicanos y de izquierda, así como a activistas de sindicatos obreros. Ello se ejemplificó con la detención de seis izquierdistas a inicios de agosto de 1936 en la aldea ovetense de La Redondela a inicios de agosto de 1936 y su fusilamiento en Isla Cristina pocos días después;[1468] con la ejecución de varios socialistas de la localidad riojana de Casalarreina en Soto de Buicio de Fuenmayor el 10 de agosto de 1936;[1469] con el asesinato de unos 1.000 militantes de las organizaciones del Frente Popular en Mérida a mediados de agosto de 1936;[1470] con la muerte de unos 100 miembros de IR en el

[1464] ORTIZ VILLALBA, J., *Sevilla. 1936*…, pp. 214-216.
[1465] GONZÁLEZ EGIDO, L., *Agonizar en Salamanca*…, p. 56; y CASANOVA, J., "Rebelión y revolución" en JULIÁ, S. (ed.), *Víctimas de la guerra civil*…, p. 97.
[1466] ESPINOSA MAESTRE, F., *La justicia de Queipo*…, pp. 231-236; y PRESTON, P., *El holocausto español*…, p. 427.
[1467] El grupo estaba integrado por Arturo Camino Velázquez (secretario del PCE en Canarias), Félix González Monzón (presidente del Sindicato de Empleados y Obreros de la empresa Coppa y dirigente de la Federación Obrera), Amadeo Hernández Hernández (dirigente de la Juventud Libertaria), Manuel Monasterio Mendoza (exsecretario y vocal de IR en Canarias expresidente de la Juventud de dicho partido, y cofundador y director técnico de la Mutualidad Obrera Médico Farmacéutica de Las Palmas de Gran Canaria), José Ochoa Alcázar (miembro del comité central del PCE y redactor de *Mundo Obrero*), Primitivo Pérez Pedraza (dirigente socialista y sindicalista, expresidente de la Federación Obrera, secretario general del Sindicato de Industrias Marítimas y exconcejal del ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria), José Sans Iraola (secretario de la Federación Obrera), José Suárez Cabral (secretario general de la Federación Canaria del PCE), Andrés Zamora Zorraquino (presidente de la Agrupación Socialista de Las Palmas de Gran Canaria) y Joaquín Masmano Pardo (dirigente del comité de Federación Provincial de Sindicatos Obreros de la isla). MILLARES CANTERO, A. y PAISER MEDINA, M., *Doctor Monasterio*…, pp. 212-241.
[1468] ESPINOSA MAESTRE, F., *La Guerra Civil en Huelva*…, p. 162.
[1469] GIL ANDRÉS, C., *Lejos del frente*…, pp. 168-169.
[1470] SEIDMAN, M., *La victoria nacional: la eficacia contrarrevolucionaria en la Guerra Civil,* Alianza Editorial, Madrid, 2012, p. 71.

municipio zaragozano de Quinto el 24 de agosto de 1936;[1471] o con el fusilamiento de varios afiliados en sindicatos obreros -siendo la mayoría de ellos de la CNT- y en partidos de izquierda, como IR o el PSOE, en La Coruña.[1472] Antes de ser arrestados, e incluso después de ello, la mayoría de los activistas de las organizaciones del Frente Popular no se preocupaban en exceso por su suerte porque consideraban que no habían cometido ningún delito. Por esta misma razón, algunos huidos decidieron regresar a casa pocos días después de que las tropas rebeldes se hicieran con el control del territorio.

En los escenarios donde hubo una conflictividad social de mayor intensidad, y donde más fuertemente se cuestionó el poder tradicional, el terror perpetrado por los integrantes de los distintos grupos armados de la retaguardia acabó con las aspiraciones políticas y sociales de cuantos se habían comprometido con el proyecto republicano. En este sentido, con el objeto de desarticular el movimiento obrero y poner fin a sus reivindicaciones, los milicianos de Falange acabaron con la vida de obreros y jornaleros que, durante los años de la República en paz, participaron en manifestaciones y huelgas que, a ojos de los militares golpistas y de sus aliados civiles, solo buscaban expandir el caos y acabar con el orden tradicional. Así, por ejemplo, los falangistas intervinieron en el asesinato de unos 6.000 trabajadores y campesinos de la provincia de Sevilla;[1473] de varios obreros y jornaleros en Toledo a finales de septiembre de 1936;[1474] de 416 personas en la región de La Almunia (Zaragoza); o de 488 individuos en la comarca zaragozana de Cinco Villas.[1475] Su eliminación física evidenció que los golpistas no tenían reparo en acabar con la vida de obreros y labradores en territorios, como Andalucía, Extremadura, Aragón o Galicia, donde los milicianos de Falange -y los miembros de los demás grupos que participaban en el esfuerzo de guerra- les dieron, con refinada crueldad, la *reforma agraria* que pidieron con sus reivindicaciones en los años anteriores, es decir, un trozo de tierra en el que eran enterrados después de ser asesinados. No obstante, ello cambió en el momento en el que la guerra de columnas pasó a ser un conflicto total que requería la máxima movilización de todos los recursos materiales y humanos, lo que comportó que el CGG intentara regular las ejecuciones

[1471] CDMH, PS-ARAGÓN, 136,45.
[1472] GRANDÍO SEOANE, E., "Golpe de Estado y represión franquista en la provincia de A Coruña: «¿Qué pasa con Coruña?»" en DE JUANA, J. y PRADA, J. (eds.), *Lo que han hecho en Galicia*…, pp. 54-55.
[1473] ESPINOSA MAESTRE, F., *La Justicia de Queipo*…, p. 295; y SEIDMAN, M., *La victoria nacional*…, p. 52.
[1474] RUIZ ALONSO, J. M.ª, *La Guerra Civil en la provincia de Toledo*…, pp. 349-350.
[1475] CIFUENTES CHUECA, J. y MANUELA PONS, P., *El asalto a la República*…, pp. 191-192.

con el fin de limitar el asesinato de trabajadores y campesinos en los territorios ocupados a partir de 1937.[1476]

Como se ha comentado en el capítulo anterior, los milicianos de Falange movilizados en las columnas lideradas por caciques o los hijos de estos, como Ramón de Carranza o Manuel de Mora-Figueroa, también se enfrentaron a los campesinos que invadieron las tierras de los terratenientes durante los primeros días del conflicto en los territorios del sur peninsular donde fracasó el golpe de estado. Tras derrotar a los campesinos y expulsarlos de las propiedades ocupadas, los falangistas participaron en la represión de dichos jornaleros. Su *castigo* era considerado no solo un acto de justicia, sino, también, un ejemplo de la determinación de los latifundistas por recuperar sus tierras y conservar sus privilegios. Las acciones violentas contra los campesinos estaban motivadas por un desprecio casi racista de los terratenientes hacia los trabajadores del campo, quienes eran contemplados como una propiedad que debía ser castigada por haberse rebelado contra sus dueños.[1477] Así, la represión se convirtió en un instrumento al servicio de las clases rurales tradicionalmente dominantes que buscaba doblegar la resistencia de los jornaleros y erradicar toda influencia de los partidos de izquierda y de los sindicatos obreros sobre estos.

En esta misma línea, los milicianos del partido fascista asesinaron a individuos que ejercían profesiones liberales, como el doctor Trujillo en la población segoviana de La Granja en agosto de 1936[1478] o el doctor Manuel Monasterio Mendoza cerca de Talavera de la Reina en septiembre de 1936,[1479] por ser contemplados como una amenaza para las antiguas formas de pensar y para el orden social tradicional por su compromiso con los proyectos republicanos y liberales. Es más, por simbolizar el cambio cultural, se consideraba que estos individuos eran cómplices de la revolución y los principales portadores de las ideas revolucionarias que *corrompían* y *envenenaban* el pueblo. A causa de ello, profesores, médicos, arquitectos, periodistas y abogados, entre otros, pasaron a ser un objetivo más de la violencia, como lo fueron los dirigentes y los militantes de las organizaciones republicanas e izquierdistas, y de los sindicatos obreros.

Igualmente, los milicianos de Falange detuvieron y acabaron con la vida de mujeres *independientes* con la finalidad de *castigar* su *desviación* de las normas y de

[1476] CASANOVA, J., "Guerra de exterminio, paz incivil…", p. 587; y RUIZ ALONSO, J. M.ª, *La Guerra Civil en la provincia de Toledo*…, pp. 349-350.
[1477] PRESTON, P., "Los esclavos, las alcantarillas y el capitán Aguilera. Racismo, colonialismo y machismo en la mentalidad del cuerpo de oficiales nacionales" en MUÑOZ, J, LEDESMA, J.L. y RODRIGO, J. (eds.), *Culturas y políticas de la violencia*…, pp. 198-202.
[1478] "Segovia, bajo el terror fascista", *El Sol*, 28 de octubre de 1936, p. 4.
[1479] MILLARES CANTERO, A. y PAISER MEDINA, M., *Doctor Monasterio*…, pp. 212-241.

los principios tradicionales, por salir de *su* lugar e *invadir* el espacio público que, en ese momento, estaba reservado a los hombres; por su participación en debates y en mítines de contenido político-social; y por reivindicar la equiparación de sus derechos con los de los hombres. Este fue el caso de la comunista Aurora Picornell y Femenies, conocida como *La Pasionaria mallorquina*, quien fue fusilada por un pelotón de Falange en enero de 1937 en el cementerio de la localidad mallorquina de Porreres.[1480] Ahora bien, no era imprescindible que las mujeres *represaliadas* fueran dirigentes políticas o sindicales, que militaran en un partido republicano o de izquierda, ni que estuvieran afiliadas en un sindicato obrero, pues, en ocasiones, bastaba con que fueran esposas de un *rojo* o tuvieran una vinculación difusa que se haya manifestado públicamente antes del inicio de las hostilidades para ser víctimas de las más diversas acusaciones, siendo buena parte de ellas, acreditadas a partir de rumores como sucedió, por ejemplo, con Pilar Espinosa, vecina de la localidad avilesa de Candeleda, por ser lectora del periódico *El Socialista*.[1481] Esta *desviación* hizo que se considerara lícito y necesario castigar a estas mujeres para *disciplinarlas* y *reintegrarlas* en la sociedad como mujeres *puras* y *libres* de ideas *subversivas*.[1482] Sin embargo, hubo muchas menos mujeres asesinadas que hombres porque su participación en la vida política hasta el inicio de las hostilidades había sido muy limitada.[1483]

Las dirigentes políticas eran presentadas como hombres para despojarlas de su feminidad. Así, por ejemplo, sobre Dolores Ibarruri -*La Pasionaria*- se dijo que, en realidad, era un «señor de luto» con barba y bigote, disfrazado de mujer con un vestido pasado de moda que «gana tres duros diarios por hacer el papel de "La Pasionaria"» y que fue contratado por unos mineros que necesitaban a una mujer para «decir picardías en los mítines».[1484] Por su parte, las milicianas eran contempladas como el máximo exponente de la degeneración femenina por salirse de los roles tradicionales, atentar contra la moral pública con el objeto de subvertir el orden natural y tradicional, y empuñar las armas para colaborar con los hombres en la lucha, lo que conllevó que, a menudo, se les atribuyera la máxima responsabilidad de unos crímenes que no cometieron. Como consecuencia, las milicianas fueron despojadas de su feminidad por medio de una

[1480] PRESTON, P., *El holocausto español*…, p. 302.
[1481] RODRIGO, J., *Hasta la raíz*…, pp. 72-73.
[1482] SEVILLANO CALERO, F., *Rojos*…, pp. 114-120; JOLY, M., "Violencias sexuales en la guerra española…", p. 95; GONZÁLEZ DURO, E., *Las rapadas*…, pp. 14-17, 42-43, 120 y 189; RODRIGO, J., *Cruzada, paz, memoria*…, p. 27; y PRADA RODRÍGUEZ, J., "Género y represión" en FERNÁNDEZ PRIETO, L. y LEIRA CASTIÑEIRA, F.J., (eds.), *Galicia, un golpe sin cuartel, una guerra sin trincheras*…, p. 204.
[1483] ESPINOSA MAESTRE, F., *La Guerra Civil en Huelva*…, p. 435; y GONZÁLEZ DURO, E., *Las rapadas*…, p. 58.
[1484] ""La Pasionaria" es un señor de luto, con barba y bigote, que gana tres duros diarios…", *La Ametralladora*, 23 de enero de 1938, p. 5.

representación que se pretendía humorística de la realidad al presentarlas como unos marimachos potencialmente peligrosos y políticamente subversivos, y al referirse a ellas como mujerzuelas, *tiorras* o prostitutas para criticar su forma de vestir y su comportamiento. Los sublevados ponían de manifiesto la degeneración femenina de las dirigentes políticas y de las milicianas para burlarse de la virilidad de los combatientes del EPR y de las milicias populares. Así, por ejemplo, en una viñeta de *La Ametralladora*, se puede ver una miliciana que le comenta a su superior lo siguiente: «Vengo a decirle que hoy no puedo venir a la guerra porque mi marido ha tenido un niño…».[1485]

Como medida de castigo ejemplarizante y disciplinario, los falangistas -y los miembros de los demás grupos armados- condujeron a muchas mujeres a sus cuarteles con la intención de cortarles el pelo y obligarlas a ingerir aceite de ricino para, después, exhibirlas ante la mirada expectante de toda la población. Con el rapado se perseguía desposeer a la mujer de sus elementos esenciales que confirmaban su estructura identitaria femenina por medio de una *deformación* de su cuerpo. De esta forma, la víctima llevaba la marca del *delito* por el que fue castigada: la exteriorización de sus simpatías republicanas y la oposición a los roles de género tradicionales. Aunque tenía un carácter temporal, sus efectos eran mucho más persistentes, continuados e inmanentes que su perdurabilidad externa, pues este *castigo* llevaba a la mujer a la vergüenza y a la autoculpabilidad. Mientras que, con la ingesta de aceite de ricino, se buscaba que las mujeres perdieran totalmente el dominio de su cuerpo y que se ensuciara delante del enemigo y ante la mirada expectante de los vecinos que presenciaban el *castigo*.

Tras raparlas y *purgarlas*, las mujeres eran forzadas a salir a la calle semidesnudas ante la mirada atenta de sus vecinos para degradarlas exhibiéndolas con un cuerpo sucio, impuro y pecaminoso.[1486] Así sucedió, por ejemplo, con 12 mujeres de Béjar (Salamanca) que fueron obligadas por los falangistas a desfilar por las calles de la población salmantina a finales de julio de 1936.[1487] Los verdugos buscaban la implicación del mayor número de individuos posible porque eran conscientes de que cuantas más personas se involucraran, más difícil sería echarse atrás. Por este motivo, los perpetradores deseaban una participación activa de la población como sucedió, por ejemplo, en la villa ovetense de La Palma del Condado, donde los falangistas sentaron a una mujer joven en una silla en la plaza del pueblo en agosto de 1936 para que los

[1485] "El mundo rojo, al revés", *La Ametralladora*, 25 de julio de 1937, p. 1.
[1486] JOLY, M., "Violencias sexuales en la guerra española…", pp. 97-105; y GONZÁLEZ DURO, E., *Las rapadas*…, pp. 61, 118 y 184.
[1487] PRESTON, P., *El holocausto español*…, p. 271; y GONZÁLEZ DURO, E., *Las rapadas*…, pp. 46-47.

espectadores la insultaran mientras un miembro del pelotón le cortaba el pelo.[1488] En ocasiones, los *castigos* públicos tenían un ambiente festivo por la presencia de bandas de música como ocurrió, por ejemplo, en el municipio burgalés de Aranda de Duero en agosto de 1936, cuando los falangistas pasearon a unas 30 mujeres rapadas y *purgadas* acompañadas por una orquesta.[1489] De este modo, la violencia contra las mujeres se convirtió en espectáculo.

Los verdugos buscaban provocar un sufrimiento físico externo y degradante de la víctima para purificar su cuerpo *corrompido* por las ideas democráticas y liberales. Las humillaciones públicas representaban un rito de tránsito que comenzaba con el rapado y la ingesta de aceite de ricino, y terminaba con la reeducación y la reincorporación de la víctima en la nueva comunidad, en la que las *rojas* y las que se oponían a los roles de género tradicionales no tenían cabida, o solo la tenían después de su arrepentimiento y de su expiación pública.[1490]

Además de ser *castigadas* y humilladas públicamente, muchas mujeres eran detenidas y violadas por milicianos de Falange en edificios acondicionados como prisiones como sucedió, por ejemplo, con la compañera de celda de Dulce del Moral en la cárcel habilitada en el cine Jauregui en Sevilla.[1491] También había reclusas que fueron asesinadas después de ser agredidas sexualmente como, por ejemplo, la viuda del que fuera gobernador civil de La Coruña antes de la guerra, Juana Capdevielle San Martín, quien, después de ser arrestada, fue violada por varios miembros de una escuadra de FE de las JONS y fusilada a inicios de agosto de 1936.[1492] Los falangistas también forzaron sexualmente y pasaron por las armas a mujeres que no estaban detenidas. Este fue el caso de los milicianos de Falange del municipio vallisoletano de Arroyo de la Encomienda que se llevaron a tres o cuatro mujeres para violarlas y cometer todo tipo de abusos antes de fusilarlas; o de los falangistas que trasladaron a la enfermera Antoñita Isbert Orozco del hospital de Alfaro (La Rioja) a una casa abandonada para agredirla sexualmente y acabar con su vida.[1493] La estructura de oportunidades generada tras el golpe de estado y el inicio de las hostilidades favoreció que hubiera

[1488] ESPINOSA MAESTRE, F., *La guerra civil en Huelva*…, pp. 437-438; y GONZÁLEZ DURO, E., *Las rapadas*…, p. 80.
[1489] GONZÁLEZ DURO, E., *Las rapadas*…, p. 44.
[1490] JOLY, M., "Violencias sexuales en la guerra española…", pp. 97-104; GONZÁLEZ DURO, E., *Las rapadas*…, p. 148; y PRADA RODRÍGUEZ, J., "Género y represión" en FERNÁNDEZ PRIETO, L. y LEIRA CASTIÑEIRA, F.J., (eds.), *Galicia, un golpe sin cuartel, una guerra sin trincheras*…, p. 202.
[1491] ORTIZ VILLALBA, J., *Sevilla. 1936*…, pp. 257-258.
[1492] CASANOVA, J., "Rebelión y revolución" en JULIÁ, S. (ed.), *Víctimas de la guerra civil*…, pp. 87-88; y PRESTON, P., *La guerra civil española*, , p. 216.
[1493] PONS PRADES, E., *Las escuadras de la muerte*…, pp. 81 y 110.

situaciones en las que los verdugos podían satisfacer sus instintos más bajos.[1494] A diferencia de los castigos públicos, las violaciones no se publicitaban más allá del reducido círculo de perpetradores, mientras que, por su parte, la víctima, en muchas ocasiones, guardaba silencio para evitar ser estigmatizada porque, en la sociedad española de los años treinta, la violación era un tabú social.[1495]

Actos como el rapado, la ingesta de aceite de ricino o la violación eran prácticas heterogéneas que afectaron a mujeres de distinta condición social, de varias edades y de diferentes compromisos políticos.[1496] El cuerpo femenino se constituyó como un campo de batalla en el que los verdugos no solo humillaban y desacreditaban al enemigo que no podía hacer nada para impedir las acciones violentas contra *su* mujer, sino que, también indicaban al oponente vencido quien era el dueño del cuerpo de su esposa, de su hija, de su hermana o de su madre. De este modo, las mujeres pasaron a ser un botín de guerra en el que los milicianos de Falange y los miembros de los demás grupos armados, encumbrados a una posición de poder tras derrotar al enemigo, aprovecharon la situación para apoderarse del cuerpo de la esposa, hija, hermana o madre del combatiente republicano con la intención de realizar toda clase de vejaciones.[1497]

Los milicianos de FE de las JONS también saquearon logias como sucedió, por ejemplo, en la localidad ovetense de Ayamonte, donde una escuadra de Falange irrumpió en la logia "Redención" para apropiarse de los objetos de valor e incautar toda la documentación con el fin de identificar a sus integrantes.[1498] Igualmente, los falangistas detuvieron y acabaron con la vida de masones, como Fermín de Zayas, quien fue fusilado en la carretera sevillana de Carmona en la madrugada del 11 de agosto de 1936.[1499] Cabe destacar que algunos detenidos militaban en organizaciones republicanas o de izquierda, como fue el caso de varios individuos de la provincia de Huelva que estaban inscritos en la Unión Republicana (UR) o en el PSOE, o en algún partido republicano derechista, como fue el caso de varias personas de la provincia de Huelva que estuvieron inscritos en el Partido Republicano Radical antes de enrolarse en FE de las JONS o en la Guardia Cívica.[1500] Estos, acusados de izquierdistas o de

[1494] PRADA RODRÍGUEZ, J., "Género y represión" en FERNÁNDEZ PRIETO, L. y LEIRA CASTIÑEIRA, F.J., (eds.), *Galicia, un golpe sin cuartel, una guerra sin trincheras*…, p. 205.
[1495] GONZÁLEZ DURO, E., *Las rapadas*…, p. 45.
[1496] Ibid., p. 37.
[1497] JOLY, M., "Violencias sexuales en la guerra española…", pp. 94-95; y PRADA RODRÍGUEZ, J., "Género y represión" en FERNÁNDEZ PRIETO, L. y LEIRA CASTIÑEIRA, F.J., (eds.), *Galicia, un golpe sin cuartel, una guerra sin trincheras*…, pp. 203-204.
[1498] ESPINOSA MAESTRE, F., *La Guerra Civil en Huelva*…, pp. 456-457.
[1499] ORTIZ VILLALBA, J., *Sevilla. 1936*…, p. 214.
[1500] ESPINOSA MAESTRE, F., *La Guerra Civil en Huelva*…, p. 453.

simpatizantes del Frente Popular por el simple hecho de pertenecer a una logia, vieron que estaban en peligro porque fueron acusados como izquierdistas y no como masones. La voluntad de los sublevados por represaliar a sus enemigos hizo que se pusiera en un mismo saco a los masones que estaban afiliados en una organización derechista y a los que militaban en un partido de izquierda o republicano.

Es muy significativo el relato que hacían los falangistas cuando narraban lo motivos que los llevaba a perpetrar actos violentos contra sus enemigos. Concebían el terror como una herramienta de castigo y de *limpieza* que tenía como objetivo *pacificar* el territorio y acabar con el caos y la anarquía reinante durante el *dominio rojo*, a la vez que *liberaban* la comunidad de los peligros y de la contaminación de la cultura y de la tradición española.[1501] Por todo ello, los falangistas consideraban que el asesinato del enemigo era por una causa justa: la defensa de España.

Además, por medio del terror, los sublevados buscaban la destrucción del entramado organizativo de la sociedad vigente para levantar un nuevo orden entendido como una unidad biológica e histórica integrada por individuos afines. Por esta razón, los falangistas -y los miembros de los demás grupos armados- se encargaron de la eliminación física de los elementos *extraños* y *perjudiciales* que podían suponer un peligro para el Nuevo Estado en un futuro. Para ello, el enemigo era identificado desde una triple perspectiva: a partir de su implicación en los conflictos políticos, sindicales y sociales en el pasado; de su oposición a la sublevación y al avance de las tropas del ejército insurgente en el presente; y de la amenaza que pudiera suponer para el nuevo régimen en el futuro.[1502] Por lo tanto, el terror en la zona rebelde no era la expresión incontrolada de un orden que se había venido abajo, sino que era la manifestación del nacimiento de uno nuevo y el producto de un cálculo frío y deliberado de los militares insurgentes y de sus aliados civiles.[1503]

Las razones, las pasiones y los odios que alimentaban la violencia de este periodo no surgieron de la nada, sino que eran consecuencia de una construcción previa de unas culturas políticas encaminadas a la definición y a la exclusión del otro fomentadas por las discusiones y las reyertas de carácter político, sindical, cultural o social que tuvieron lugar durante los años anteriores y, sobre todo, durante los últimos meses de la República en paz. Estos choques permitieron identificar al adversario, que pasó a ser definido como un enemigo que debía ser eliminado o *castigado* por canales

[1501] GRAHAM, H., *Breve historia de la guerra civil*…, pp. 50-51.
[1502] CRUZ, R., "Olor a pólvora y patria…" http://hispanianova.rediris.es/7/HISPANIANOVA-2007.pdf [Última consulta: 25 de agosto de 2023]; e Íd., "Las campañas rebeldes de aniquilación del enemigo…", pp. 79-82.
[1503] GIL ANDRÉS, C., "Vecinos contra vecinos…", p. 116.

extrajurídicos. Ello estaba facilitado por el escenario de enfrentamiento armado que se originó tras el fallido golpe de estado de julio de 1936, pues las guerras civiles son unos procesos complejos que están compuestos de elementos superpuestos que dependen del contexto de tensiones geopolíticas previas y de su combinación con las dinámicas regionales y nacionales del momento. Aunque se dio rienda suelta a unos comportamientos que, hasta mediados de julio de 1936, estaban limitados por el poder público y por la legalidad, con el inicio de las hostilidades se pueden apreciar unas líneas de continuidad entre los actos violentos y los conflictos previos y posteriores que señalan que la guerra no era una consecuencia de la violencia, sino que era la manifestación última de esta.[1504] A ello hay que sumarle que la paramilitarización de las fuerzas políticas, el pretorianismo del ejército, las retóricas bélicas, los discursos de exclusión, la seducción por los modelos políticos totalitarios y la fe en la capacidad regeneradora de la violencia experimentaron en la guerra una redefinición y una sobredimensión que alimentaron la represión desplegada en la retaguardia.[1505]

En definitiva, el inicio de las hostilidades estuvo acompañado por la desaparición de la capacidad coercitiva del Estado, lo que comportó que hubiera una ruptura de las barreras legales y una ausencia de las leyes represivas y de las dinámicas de control policial existentes en los años de la República en paz. Ello conllevó un cambio de los comportamientos individuales y de las relaciones entre ciudadanos, así como un aumento de las dimensiones mortíferas de las prácticas violentas, pasando, así, de las reyertas y de los enfrentamientos aislados a pequeña escala a las matanzas y a los excesos contra la población no combatiente en la retaguardia. La violencia no hizo tabla rasa con los repertorios preexistentes, sino que estos evolucionaron para adaptarse a la lucha, de forma que siempre estuvieran sujetos a la innovación y al cambio. De este modo, las formas organizativas, las estrategias y los comportamientos de los años anteriores se adaptaron a la lógica bélica y acabaron por consolidarse, o pasaron a ser residuales en la medida que las necesidades de la contienda iban dejando obsoletas las

[1504] REIG TAPIA, A., *Violencia y terror*…, p. 6; GONZÁLEZ CALLEJA, E., "La violencia política y la crisis de la democracia republicana…" http://hispanianova.rediris.es/general/articulo/003/art003.htm [Última consulta: 24 de agosto de 2023]; GONZÁLEZ CALLEJA, E., "La dialéctica de las pistolas. La violencia y la fragmentación del poder político durante la Segunda República" en MUÑOZ SORO, J, LEDESMA, J.L. y RODRIGO, J. (eds.), *Culturas y políticas de la violencia*…, p. 146; RODRIGO, J., "Violencia y fascistización en la España sublevada" en MORENTE, F. (ed.), *España en la crisis europea de entreguerras*…, p. 89; GÓMEZ NOGALES, P., "Ese sangriento carnaval…", p. 47; e RODRIGO, J., "Furia e Historia. Una aproximación a los relatos de las guerras civiles europeas (1919-49)", *Amnis*, n.º 14 (2015), https://journals.openedition.org/amnis/2295 [Última consulta: 25 de agosto de 2021]

[1505] ESPINOSA MAESTRE, F., "Julio de 1936. Golpe militar y plan de exterminio" en CASANOVA, J. (ed.), *Morir, matar, sobrevivir*…, pp. 116-117; GONZÁLEZ CALLEJA, E., "La dialéctica de las pistolas…", pp. 101-146; LEDESMA VERA, J.L., "Qué violencia para qué retaguardia…", pp. 89-90 y 100-101; GONZÁLEZ CALLEJA, E., "La "primavera trágica" de 1936 y la pendiente hacia la guerra civil" en VIÑAS, Á. (ed.), *Los mitos del 18 de julio*…, p. 228; RODRIGO, J., "La España de 1936 y las guerras Civiles europeas (1917-1949)" en Íd. (ed.), *Políticas de la violencia*…, pp. 167-168; RODRIGO, J. y ALEGRE, D., *Comunidades rotas*…, p. 180.

manifestaciones de la violencia política tal y como se entendían antes de la guerra.[1506] Además, los falangistas -y los miembros de los demás grupos armados- acabaron con la tradición democrática en España eliminando el pasado parlamentario más reciente -la República- e, incluso, el más lejano -la herencia del siglo XIX y principios del XX- por medio del derramamiento de sangre de los elementos *perjudiciales*, es decir, de los republicanos, de los izquierdistas, de las mujeres que participaban en política, de los masones y de los *separatistas* catalanes y vascos.

6.1.2. Asesinato como represalia y matonismo falangista

A pesar de la consideración hacia el enemigo que hizo que los falangistas sostuvieran que la violencia no era un capricho ni una provocación, sino que era una dolorosa «necesidad quirúrgica» para «extirpar» los miembros enfermos del cuerpo nacional dañados por el marxismo, el «capitalismo egoísta» y la «inmoralidad»,[1507] el asesinato de centenares de personas durante los primeros meses de las hostilidades estaba más relacionado con la marcha de la guerra que con la campaña de exterminio sistemático del enemigo. Así, por ejemplo, como respuesta a los bombardeos aéreos del 14 y 30 de agosto de 1936 sobre Segovia, los falangistas de la ciudad realizaron dos *sacas* a inicios de septiembre.[1508] A ello hay que sumarle el ajuste de cuentas por la muerte de dirigentes de FE de las JONS, como la de Onésimo Redondo el 24 de julio de 1936 en el pueblo segoviano de Labajos. Como *represalia*, los miembros de una escuadra de la Falange de Valladolid se trasladaron a dicha villa. Al no poder detener a los autores, un vecino de la localidad fue fusilado y varios obreros fueron trasladados a la capital vallisoletana, de los cuales, cinco fueron pasados por las armas en septiembre de 1936. En esta misma línea, para vengar la muerte de un falangista en el barrio sevillano de Triana durante los combates que tuvieron lugar en la capital hispalense entre el 20 y el 22 de julio de 1936, sus camaradas acabaron con la vida de 94 hombres que vivían cerca del lugar donde falleció su correligionario.[1509]

Movidos por la venganza, los milicianos de Falange perpetraron actos violentos contra personas que no destacaban por su activismo político ni sindical antes de la guerra. Este fue el caso de Abraham Muñoz Arconada, director de la prisión de Santiago de Compostela durante los meses previos al golpe de estado -momento en el que los falangistas eran continuamente encarcelados tras la ilegalización de FE de las JONS a mediados de marzo de 1936. Aunque su comportamiento con los escuadristas del

[1506] GONZÁLEZ CALLEJA, E., "Experiencia en combate…", pp. 39-40.
[1507] "La violencia no es para nosotros un sistema", *Aquí estamos*, 31 de octubre de 1936, p. 11; y "La violencia no es para nosotros un sistema", *La Falange: diario de la tarde*, 24 de septiembre de 1936, pp. 4.
[1508] VEGA SOMBRÍA, S., *De la esperanza a la persecución*…, pp. 76 y 99-101.
[1509] BAHAMONDE, A., *Un año con Queipo de Llano*…, p. 372.

partido detenidos no fue brutal ni despiadado, fue asesinado por ser un *servidor leal a la República*.[1510] El caso también de un izquierdista del municipio cacereño de Miajadas, apodado *El Cagón*, por haber protagonizado una reyerta antes de la guerra con un miembro de la familia González -destacada en la localidad por su identificación con Falange- que acabó con su muerte. A inicios de agosto de 1936, *El Cagón* fue detenido y conducido al mismo lugar donde murió el falangista unos años antes para fusilarlo.[1511] De Manuel Gabarain, quien fue arrestado en su escondite en el manicomio de San Sebastián por ser considerado el culpable de la detención de la hermana del jefe de FE de las JONS de la localidad.[1512] O de varios vecinos del municipio sevillano de Las Cabezas de San Juan por parte del falangista Jacinto Barragán Fernández, quien fue inducido por su padre y sus amigos.[1513] Ello evidencia que centenares de personas fueron encarceladas y pasadas por las armas a causa de rencillas personales con algún falangista, o con algún familiar o amigo de este durante los años de la República en paz.

A causa de la envidia, los falangistas también asesinaron a personas que no habían participado activamente en política antes del inicio de las hostilidades. Este fue el caso de los milicianos de la Falange de La Coruña que asesinaron al sastre Luis Huici -dueño del taller más reputado de la ciudad- en verano de 1936 a causa de la envidia de un miembro de dicha escuadra apellidado Casteleiro, quien también tenía una sastrería en el mismo municipio;[1514] de los escuadristas que saquearon una papelería especializada en la venta de plumas estilográficas localizada en la calle sevillana de Tetuán -donde el falangista Manuel Carmona también tenía su establecimiento- y detuvieron al propietario y a dos dependientes con el pretexto de que el primero era masón;[1515] o de los milicianos que acabaron con la vida de la vecina de la localidad avilesa de Candeleda, Valeriana Granada, a finales de 1936 con motivo de los celos de una vecina del pueblo de al lado, bien situada en los círculos de Falange, que consideraba que Valeriana le había *robado* el marido.[1516] La mayoría de las *represalias* tuvieron lugar en un momento en el que los impulsos vengativos estaban más encendidos y los verdugos tenían más facilidad para solucionar las rencillas personales de los años anteriores disfrazándolas de causas políticas.[1517] Ello evidencia que no era imprescindible que la víctima fuera un dirigente político o sindical, que militara en una

[1510] QUIJANO, H., *Galicia mártir*…, pp. 137-138; y RUIZ VILAPLANA, A., *Lo que han hecho en Galicia*…, pp. 187-189.
[1511] CHAVES PALACIOS, J., *La represión en la provincia de Cáceres*…, p. 162.
[1512] GABARAIN, M., *Así asesina Falange*…, p. 57.
[1513] AGA, 75/20647.
[1514] QUIJANO, H., *Galicia mártir*…, p. 135.
[1515] BAHAMONDE, A., *Un año con Queipo de Llano*…, p. 128.
[1516] RODRIGO, J., *Hasta la raíz*…, pp. 72-73.
[1517] RANZATO, G., *El eclipse de la democracia. La guerra civil española y sus orígenes, 1931-1939*, Siglo XXI, Madrid, 2006, p. 387.

organización de izquierda o republicana, ni que estuviera inscrita en un sindicato obrero, pues, a veces, una vinculación difusa era suficiente para hacer que una persona fuera acreedora de las más diversas acusaciones acreditadas, en buena parte, a partir de rumores.

Sin más razón que la fatalidad o el azar, los milicianos de Falange también asesinaron a individuos que no tenían ninguna significación política ni sindical, y que, tampoco, se habían distinguido por su compromiso con la República, no habían participado en los acontecimientos revolucionarios de los años anteriores, no se habían implicado en la lucha contra la sublevación ni habían empuñado las armas contra las tropas rebeldes. Este fue el caso de cinco vecinos del municipio segoviano de Navas de Oro en agosto de 1936 tras haber sido elegidos a dedo por sus verdugos;[1518] o de un militante de UR que no estaba previsto que fuera fusilado, pero que fue pasado por las armas en lugar de varios detenidos que salvaron la vida gracias a que eran conocidos de un miembro de la escuadra encargada de la ejecución.[1519]

Como sucedió en los años de la República en paz, los miembros de Falange perpetraron acciones que tenían más a ver con actividades de un grupo de matones que con actos de milicianos de una organización que pretendía construir un orden nuevo. Ello se ejemplificó con los falangistas que recorrieron las calles de Segovia y los diferentes pueblos de la provincia deteniendo y, como sucedió con el vecino de la localidad segoviana de Cuéllar, Félix Verdugo, acabando con la vida de los viandantes que no respondieran con el brazo en alto y sin entusiasmo al grito de «¡Arriba España!».[1520] A ello hay que sumarles las agresiones y los insultos a civiles que no se distinguían por su significación política ni por empuñar las armas contra los sublevados. Así pasó, por ejemplo, con los falangistas de Valladolid que se abalanzaron por la espalda de Francisco Ibáñez el 21 de septiembre de 1937 para quitarle el sombrero y mofarse de su defecto físico mientras paseaba por la calle vallisoletana de Santiago en dirección a la plaza mayor. Los insultos y las provocaciones continuaron el día siguiente cuando iba con su mujer al cuartel de FE de las JONS de la ciudad para denunciar los hechos.[1521] Los falangistas también promovieron escándalos en las poblaciones de la retaguardia. Este fue el caso del jefe local de la Falange de Ardales (Málaga), Juan Andrade Duarte, quien, estando borracho, protagonizó varios alborotos en diferentes establecimientos del municipio.[1522]

[1518] PRESTON, P., *El holocausto español*…, p. 284.
[1519] VEGA SOMBRÍA, S., *De la esperanza a la persecución*…, p. 69.
[1520] Ibid., pp. 238-239.
[1521] AGMAV, Milicias Nacionales, 5644,11.
[1522] AGA, 75/20646.

Igualmente, los falangistas hicieron simulacros de fusilamiento como, por ejemplo, el del vecino de Vigo Benito Lores Lago. Este, considerado un hombre pacífico de ideas conservadoras, fue detenido en agosto de 1936 por los integrantes de una escuadra de Falange que le pidieron que fuera con ellos «por si acaso». Una vez en el coche, fue interrogado hasta que llegaron a un lugar solitario. Cuando Benito Lores estaba delante del pelotón de fusilamiento, un miembro del grupo comentó que deberían buscar otro lugar porque no le gustaba el sitio escogido. De nuevo, obligaron a Lores Lago a entrar en el coche para dirigirse a un bosque donde se repitió la misma escena. Más tarde, los falangistas discutieron delante del detenido si deberían acabar con su vida o no y, finalmente, lo dejaron en la puerta de su casa advirtiéndole lo siguiente: «No; esta noche no te matamos; te mataremos otro día». Pocos meses después, Benito Lores murió como consecuencia de una afección cardíaca.[1523]

A causa de la brutalidad de los falangistas, muchos izquierdistas, republicanos y trabajadores preferían entregarse a la Guardia Civil porque estos, *a priori*, tenían un mayor respeto por la vida de sus enemigos. Así, por ejemplo, el maestro Domitilio de Pablos huyó de una escuadra de Falange que se presentó en su domicilio de verano en Montenuega (Burgos) en agosto de 1936 para entregarse a la Guardia Civil. Con la excusa de estar medio desnudo, pidió a los falangistas si podía vestirse antes de irse con ellos. Tras tener su consentimiento, de Pablos entró en casa y aprovechó para huir por detrás y personarse en el cuartel de la Guardia Civil.[1524]

En caso de no encontrar al *rojo*, los falangistas fueron a por su familia que quedó como rehén después de que el huido abandonara la localidad.[1525] Así sucedió, por ejemplo, en la población badajocense de La Nava de Santiago, donde los milicianos de Falange se presentaron en casa de un socialista. Al ver que había huido del pueblo, se llevaron al abuelo de 70 años para fusilarlo. Los miembros de la misma escuadra volvieron a los pocos días con la intención de asesinar a la abuela. Esta les suplicó que la dejaran vivir y que era de derechas, pero los falangistas le dijeron: «Ya lo sabemos, pero como no encontramos a su hijo ustedes deben pagar por él».[1526] O en el municipio pontevedrés de Cesantes, donde los milicianos de Falange pasaron por las armas a Julio Fráiz en la playa de la localidad porque su padre, Víctor Fráiz, se escondió en el monte. Víctor consideró que los falangistas estaban satisfechos con la muerte de Julio,

[1523] QUIJANO, H., *Galicia mártir*…, pp. 38-39; y RUIZ VILAPLANA, A., *Lo que han hecho en Galicia*…, pp. 56-58.
[1524] VEGA SOMBRÍA, S., *De la esperanza a la persecución*…, pp. 89-90.
[1525] RODRIGO, J., *Hasta la raíz*…, p. 74; y GONZÁLEZ DURO, E., *Las rapadas*…, p. 43.
[1526] PONS PRADES, E., *Las escuadras de la muerte*…, pp. 88-89.

pero vio que en poco tiempo detuvieron a su otro hijo. Temiendo que también acabaran con su vida, se entregó y fue fusilado el 15 de septiembre de 1937.[1527]

Muchas mujeres fueron víctimas de abusos perpetrados por los milicianos de Falange. Así sucedió, por ejemplo, con Gertrudis Natividad Alegre, quien denunció al falangista Francisco Blanco García de haberse hecho pasar por policía con el fin de divertirse con ella obligándola a recorrer las distintas calles llevándola cogida del brazo y forzarla a entrar en una taberna para que se tomara unas copas de vino con él, teniendo que pagar la denunciante porque Blanco García no llevaba dinero.[1528] Ahora bien, las esposas, las madres y las hijas de los huidos fueron las más acosadas por los milicianos de Falange, quienes querían *castigarlas* por considerar que no habían hecho nada para evitar la *nefasta* actuación política y social de sus hombres.[1529] En cambio, otras fueron torturadas para que delataran a su familiar huido. Este fue el caso de los falangistas que, tras la ocupación de Badajoz, obligaron a Ramona García Rey, de 11 años, a confesar donde se escondía su padre. Al no delatarlo, el 24 de septiembre de 1936 le raparon la cabeza con la excepción de un mechón de pelo adornado con un lazo con los colores de la bandera de FE de las JONS, la azotaron y la enterraron hasta el cuello en una tumba abierta expresamente en el cementerio de la localidad para que presenciara el fusilamiento de varias mujeres de la ciudad.[1530]

La angustia de las mujeres seguía tras la muerte de su marido. Muchas viudas fueron acosadas por los militantes de Falange y por los miembros de las demás organizaciones armadas de la retaguardia. Así sucedió, por ejemplo, con la esposa del doctor sevillano Jesús Martínez Martínez, Andrea Prieto, quien fue acosada por los falangistas tras el fusilamiento de su esposo el 28 de agosto de 1936. A raíz de la prohibición de manifestar su dolor en público, los milicianos de Falange también despojaron a las viudas de las prendas de luto como sucedió, por ejemplo, con Andrea Prieto un día de septiembre de 1936 mientras iba por una calle céntrica de Sevilla.[1531] A ello hay que sumarle los problemas económicos que sufrieron estas mujeres a causa de la confiscación de objetos de valor y, en ocasiones, de la *expropiación* de sus domicilios. Desamparadas porque no recibían ninguna asistencia por parte del Estado, estas debían recurrir a la ayuda de algún pariente.

[1527] QUIJANO, H., *Galicia mártir*…, pp. 35-36; y RUIZ VILAPLANA, A., *Lo que han hecho en Galicia*…, pp. 52-53.
[1528] AGA, 75/20648.
[1529] GONZÁLEZ DURO, E., *Las rapadas*…, p. 24.
[1530] PONS PRADES, E., *Las escuadras de la muerte*…, pp. 69-70.
[1531] ORTIZ VILLALBA, J., *Sevilla. 1936*…, pp. 272-273.

La mayoría de las ejecuciones de los primeros meses de la guerra carecían de proceso judicial, pues los milicianos de Falange asesinaban a sus víctimas *sin formación de causa*, sin posibilidad de defenderse y, en muchas ocasiones, sin que supieran el porqué de su fusilamiento. Los falangistas se presentaban en casa de la víctima para llevársela con la excusa de realizar un interrogatorio (*paseo*) o se personaban en la prisión con una orden verbal o con un oficio firmado por la autoridad competente para exigir el traslado o la libertad del recluso (*saca*). Este fue el caso de seis vecinos de Cenicero (Logroño) y de tres o cuatro de Fuenmayor (Logroño) que fueron pasados por las armas por los falangistas de la capital riojana en el pantano de La Grajera el 6 de agosto de 1936;[1532] o de varios izquierdistas de Segovia, como Maximino Maruguán, Jesús Hernández o Andrés de las Heras, que fueron fusilados en agosto de 1936 por una escuadra de Falange.[1533] Algunos presos fueron asesinados durante el trayecto, como sucedió, por ejemplo, con los escuadristas de Mallorca que acabaron con la vida de sus víctimas en un camino de tierra cerca de la carretera que conducía al cementerio de la capital mallorquina.[1534] De la misma manera, los detenidos que estaban encerrados en los locales de FE de las JONS también fueron sacados por la noche para eliminarlos. Para describir la velocidad a la que los falangistas *sacaban* a los reclusos de sus cuarteles, el abogado cordobés Luis Mérida recordó que las prisiones de los locales del partido fascista eran como

> un globo que se hinchase por la tarde y volviera a estar vacío a la mañana siguiente. Y eso no era más que una parte. A diario había ejecuciones en el cementerio y en las demás carreteras que salían de la ciudad. Podían matar a quien les diera en gana…[1535]

Las víctimas fueron separadas de sus familiares para siempre en el momento que fueron trasladadas fuera de su localidad de residencia, lo que conllevó que se alargara su angustia. Así sucedió, por ejemplo, con el albañil Miguel Rodríguez Ponche, quien fue detenido por una escuadra de Falange cerca del municipio ovetense de Lepe a inicios de agosto de 1936, y conducido a Isla Cristina para acabar con su vida el 12 del mismo mes;[1536] con 12 vecinos de Casalarreina (La Rioja) que fueron trasladados en camión por un grupo de falangistas hasta la población riojana de Buicio para

[1532] GIL ANDRÉS, C., *Lejos del frente*…, pp. 161-162; GIL ANDRÉS, C., "Vecinos contra vecinos…", pp. 119 y 161; y CRUZ, R., "Olor a pólvora y patria…" http://hispanianova.rediris.es/7/HISPANIANOVA-2007.pdf [Última consulta: 25 de agosto de 2023]
[1533] VEGA SOMBRÍA, S., *De la esperanza a la persecución*…, p. 89.
[1534] BERNANOS, G., *Los grandes cementerios bajo la luna*, Ediciones Siglo Veinte, Buenos Aires, 1964, pp. 95-96.
[1535] FRASER, R., *Recuérdalo tú y recuérdaselo a otros*…, p. 211.
[1536] ESPINOSA MAESTRE, F., *La Guerra Civil en Huelva*…, p. 162.

ejecutarlos;[1537] o con los individuos conocidos como los Diez del Dómine que fueron conducidos a Talavera de la Reina y pasados por las armas por un pelotón de milicianos de la Falange de Canarias en Puente de Hierro (río Tajo) a mediados de septiembre de 1936.[1538] De este modo, se garantizó un distanciamiento psicológico que facilitaba la comisión de las matanzas y, además, de diluyó una posible sensación de culpabilidad de los vecinos que intervinieron en la identificación de la víctima y de los milicianos que participaron en su detención.[1539]

En otros casos, eran los verdugos los que se trasladaban a otra localidad para fusilar a los detenidos. Así, por ejemplo, los falangistas de la población segoviana de Navas de Oro operaron en San Ildefonso;[1540] los de A Pobra do Caramiñal (La Coruña) intervinieron en Noia (La Coruña), mientras que los milicianos de este último municipio actuaron en el primero; los de Amoeiro (Orense) recorrieron más de 100 kilómetros para colaborar con sus correligionarios de A Gudiña (Orense) en los fusilamientos de los izquierdistas del pueblo;[1541] o los de Navalmoral de la Mata se trasladaron a Serrejón para detener y asesinar a los vecinos afines al Frente Popular.[1542] De esta forma, se extendió la violencia entre las poblaciones de la retaguardia, al mismo tiempo que los verdugos tenían un sentimiento de impunidad gracias a que se aseguraba su anonimato en lugares donde nadie los conocía.[1543] Sin embargo, ello también podía ser un inconveniente, porque los milicianos de Falange no conocían los objetivos que debían ser *represaliados*. Para identificarlos, los falangistas debían servirse de la colaboración local, como ocurrió en el municipio segoviano de Navas de Oro,[1544] lo que evidencia que contaban con el apoyo entusiasta de una parte de la sociedad. Los milicianos de Falange también utilizaron los libros de socios que encontraron en las sedes de las organizaciones del Frente Popular saqueadas como sucedió, por ejemplo, en el municipio cacereño de Valencia de Alcántara.[1545] Para evitar ser identificados, los militantes de los partidos contrarios a la insurrección militar quemaron los ficheros antes

[1537] GIL ANDRÉS, C., *Lejos del frente*…, pp. 168-169.
[1538] "Los primeros crímenes son cometidos con los obreros", *ABC* (Madrid), 8 de abril de 1937, p. 10; y MILLARES CANTERO, S., "Los falangistas canarios en el frente de Toledo: de idealistas convencidos a asesinos en masa" en ALÍA MIRANDA, F. y DEL VALLE CALZADO, A.R. (eds.), *La Guerra Civil en Castilla-La Mancha 70 años después*…, 2008, pp. 495-496.
[1539] GIL ANDRÉS, C., "La zona gris de la España azul…", p. 131.
[1540] VEGA SOMBRÍA, S., *De la esperanza a la persecución*…, p. 85.
[1541] PRADA RODRÍGUEZ, J., *La España masacrada*…, p. 138.
[1542] CHAVES PALACIOS, J., *La represión en la provincia de Cáceres*…, p. 174.
[1543] CIFUENTES J. y MALUENDA, P., "El ocaso de la República y los orígenes del nuevo orden en la provincia de Zaragoza" en CASANOVA, J. (ed.), *El pasado oculto*…, pp. 94-95; y CIFUENTES J. y MALUENDA, P., *El asalto a la República*…, pp. 183-184.
[1544] PRESTON, P., *El holocausto español*…, p. 284.
[1545] CHAVES PALACIOS, J., *La represión en la provincia de Cáceres*…, pp. 138-139.

de que las tropas del ejército rebelde entraran en la población como hicieron, por ejemplo, los izquierdistas de la villa segoviana de Matabuena.[1546]

Las víctimas eran asesinadas, normalmente, en sitios abiertos próximos a la población, como el cementerio, las carreteras cercanas al municipio o la orilla del río que pasaba por la localidad, seleccionados por su acústica para que sus habitantes pudieran oír los disparos y, poder extender así el terror entre los vecinos. Por esta razón, los falangistas de Vigo, por ejemplo, realizaron la mayoría de los fusilamientos en la carretera que comunicaba con Orense y en la que conectaba con los municipios pontevedreses de Valladares y Coruxo;[1547] los milicianos de Falange de Mallorca acabaron con la vida de los detenidos en el cementerio de la capital mallorquina;[1548] o los falangistas canarios asesinaron a los miembros de los Diez del Dómine en la orilla del río Tajo a la altura de Talavera de la Reina.[1549]

El cuerpo de la víctima era abandonado a la intemperie para que pudiera ser encontrarlo fácilmente. Así, por ejemplo, en Vigo, los milicianos de Falange dejaron los cuerpos en carreteras concurridas o en playas, como Samil, Canido, Panjón, Espiñeiro, Moaña, La Concheira o Cesantes;[1550] en el municipio riojano de Fuenmayor, los falangistas abandonaron los cadáveres en el campo;[1551] o en Talavera de la Reina, los pelotones de Falange arrojaron los cuerpos al río Tajo conscientes de que la corriente los arrastraría hacia la ciudad.[1552] La exhibición del cuerpo no solo provocó un efecto multiplicador de la violencia, sino que, también, causó un efecto paralizante.

Ahora bien, algunos fusilados quedaron malheridos y salvaron la vida gracias a que los verdugos los dieron por muertos. Este fue el caso de José Díez, quien sobrevivió a la ejecución en las tapias del cementerio de Segovia; o de los vecinos de las poblaciones segovianas de Cuéllar, Arcadio Muñoz, y de Real Sitio de San Ildefonso, Pedro Puentes, que consiguieron llegar a casa para recuperarse de las heridas ocasionadas por los disparos realizados por los falangistas encargados de la ejecución. Otros, sin embargo, quedaron a merced de una muerte lenta y agónica como sucedió, por ejemplo, con el vecino de la villa segoviana de Zarzuela del Monte, Cipriano Herrero,

---

[1546] VEGA SOMBRÍA, S., *De la esperanza a la persecución*…, p. 84.
[1547] QUIJANO, H., *Galicia mártir*…, pp. 29-32.
[1548] BERNANOS, G., *Los grandes cementerios bajo la luna*…, pp. 95-96.
[1549] MILLARES CANTERO, S., "Los falangistas canarios en el frente de Toledo: de idealistas convencidos a asesinos en masa" en ALÍA MIRANDA, F. y DEL VALLE CALZADO, A.R. (eds.), *La Guerra Civil en Castilla-La Mancha 70 años después*…, pp. 495-496.
[1550] QUIJANO, H., *Galicia mártir*…, pp. 29-32.
[1551] GIL ANDRÉS, C., *Lejos del frente*…, pp. 168-169.
[1552] MILLARES CANTERO, S., "Los falangistas canarios en el frente de Toledo: de idealistas convencidos a asesinos en masa" en ALÍA MIRANDA, F. y DEL VALLE CALZADO, A.R. (eds.), *La Guerra Civil en Castilla-La Mancha 70 años después*…, pp. 495-496.

quien murió después de que los integrantes de la escuadra de Falange encargada de la ejecución lo arrojaran por un barranco al creer que estaba muerto.[1553]

También había casos de individuos que consiguieron escapar de la ejecución en el último momento. Así sucedió, por ejemplo, con Alejandro de Frutos Yagüe, quien saltó la tapia del cementerio de Segovia; con Florencio del Rey y Julián Dimas Barrio (en distintas *sacas*), quienes salieron corriendo del vehículo que los transportaba en el lugar del fusilamiento en el Puente Oñez; con Donato Sanz Gutiérrez, quien escapó de sus captores con las esposas puestas y, con ellas, logró llegar a Madrid; o con un maestro de la villa segoviana de Fuenterrebollo y cinco miembros de la casa del pueblo del municipio segoviano de Samboal, quienes se salvaron mientras cavaban su propia fosa gracias a que alguien llegó a tiempo para ordenar que no se produjera la ejecución.[1554]

Los milicianos de Falange no solo fusilaron a sus víctimas en lugares apartados a la luz de la luna, sino que, también, realizaron ejecuciones públicas durante el día a la vista de todos los vecinos como medida ejemplarizante para toda la población. Este fue el caso de los falangistas que formaron parte del pelotón conocido como la Escuadra del Amanecer en el pueblo vallisoletano de Campo de San Isidro en agosto de 1936. Como recordó uno de sus integrantes, Pedro Juárez,

> nos ordenaron formar un cordón. Los espectadores se estaban acercando demasiado a los pelotones encargados de las ejecuciones públicas en el Campo. Teníamos que mantenerlos a una distancia de 200 metros por lo menos y nos dieron órdenes estrictas de que impidiéramos que entre los espectadores hubiese niños.[1555]

Los verdugos querían que la población asistiera a los fusilamientos públicos para garantizar la implicación del mayor número de individuos posibles, conscientes de que, cuantas más personas se involucraran, más difícil sería echarse atrás. Muchos de estos actos tenían un ambiente festivo gracias a la presencia de bandas de música y de paradas de comida. El farmacéutico Jesús Álvarez recordó con estas palabras a la gente que asistía a las ejecuciones públicas en Campo de San Isidro:

> no era una chusma analfabeta la que iba a ver el espectáculo. […] la gente se decía: "No olvidéis ir mañana…". Se trataba de gente de posición, hijos de familias distinguidas, hombres que habían recibido una educación, gente que se decía religiosa… No se trataba de un lumpenproletariado sin trabajo, sin educación ni bienestar como el del otro bando. […] Iban tantos a ver el "espectáculo", pues esto

[1553] VEGA SOMBRÍA, S., *De la esperanza a la persecución*…, pp. 97-98.
[1554] Ibid., p. 98.
[1555] FRASER, R., *Recuérdalo tú y recuérdaselo a otros*…, p. 219.

> era para ellos, que se instalaron puestos de churros y café para que pudieran comer y beber mientras miraban…[1556]

Ello pone de manifiesto que los verdugos buscaban someter la retaguardia combinando el terror, la muerte y el espectáculo.

Ahora bien, algunas personas salvaron la vida gracias a sus vínculos familiares, de amistad o de vecindad con algún falangista. Ello significa que la suerte de centenares de personas dependía, en muchas ocasiones, del interés de un miliciano, como fue el caso de algunos vecinos de la localidad segoviana de Nieva que no fueron ejecutados por ser conocidos de un miembro de la escuadra encargada de ello;[1557] o de algún dirigente de FE de las JONS, como Manuel Hedilla, quien intervino para salvar la vida del coronel de la Guardia Civil Villena y del periodista Manuel Aznar,[1558] o de los jefes locales de los municipios cacereños de Talaván y de Brozas que evitaron el fusilamiento de varios vecinos.[1559] Así pues, tras el inicio de las hostilidades, los falangistas, que en un contexto de paz hubieran sido ignorados, adquirieron un gran poder e influencia sobre la vida de miles de personas.

Las autoridades, como el alcalde de la villa cacereña de Valverde de Fresno, y curas, como el capellán de Valverde de Fresno o el sacerdote del municipio segoviano de Valleruela de Pedraza, también evitaron que los milicianos de Falange acabaran con la vida de algunos detenidos.[1560] En otros casos, fueron los propios vecinos quienes impidieron la ejecución del objetivo señalado por los falangistas. Así ocurrió, por ejemplo, en los valles de Fuentidueña, donde la población imposibilitó que los integrantes de la escuadra procedente de la localidad vallisoletana de Peñafiel pasaran por las armas al maestro del pueblo; en la villa segoviana de Fuente de Olmo de Fuentidueña, donde los residentes evitaron que los milicianos de Falange asesinaran a un vecino del municipio;[1561] o en las villas ovetenses de Almonte, Bollullos y Rociana, donde la población no permitió que los falangistas se llevaran a varios detenidos entre agosto y septiembre de 1936 para fusilarlos.[1562] De este modo, se conservaron los lazos de convivencia existentes antes del 18 de julio de 1936.

En todo caso, la intensidad de la ola represiva de los primeros meses de la guerra hizo que la violencia ejecutada por los milicianos de Falange no distinguiera entre

---

[1556] Ibid., p. 219.
[1557] VEGA SOMBRÍA, S., *De la esperanza a la persecución*…, p. 69.
[1558] MORALES, G., *Falangistas contra el Caudillo*, Sepha, Málaga, 2007, p. 39.
[1559] CHAVES PALACIOS, J., *La represión en la provincia de Cáceres*…, pp. 134-138.
[1560] Ibid., pp. 121-122; y VEGA SOMBRÍA, S., *De la esperanza a la persecución*…, p. 269.
[1561] VEGA SOMBRÍA, S., *De la esperanza a la persecución*…, p. 69.
[1562] ESPINOSA MAESTRE, F., *Contra el olvido. Historia y memoria de la guerra civil*, Crítica, Barcelona, 2006, pp. 21-25.

inocentes y culpables, entre menores de edad y ancianos, ni entre hombres y mujeres. El terror de estos meses no era resultado de una matanza general ni de una masacre indiscriminada, sino que era consecuencia de una selección de víctimas previamente identificadas a partir de las reyertas callejeras en los años de la República en paz, de envidias o rivalidades personales, o de la marcha de la guerra, así como del azar. A ello hay que sumarle que, en caso de no encontrar al *rojo*, se fue a por su familia. Una vez eliminado el objetivo, las penalidades no terminaron para los familiares, especialmente para las mujeres, quienes fueron acosadas. Igualmente, los falangistas realizaron actos que eran más propios de grupos de matones que de milicianos de una organización que quería construir un orden nuevo. En este sentido, los activistas de Falange acabaron con la vida de miles de personas en asesinatos extrajudiciales, así como en fusilamientos públicos ante sus vecinos.

6.1.3. Intento de limitar la violencia por parte de la dirección falangista, controlada por los militares y bendecida por los obispos

Por el coste político que pudiera suponer, los dirigentes de FE de las JONS no querían que la violencia perpetrada por los milicianos del partido generara un gran escándalo. Además, el terror indiscriminado contra personas de clase media, obreros y campesinos suponía una contradicción con la retórica falangista de integración del vencido y con la imagen de Falange como organización interclasista. Por este motivo, la JMP intentó limitar las acciones violentas por medio de circulares como, por ejemplo, las redactadas por Manuel Hedilla el 20 y el 29 de septiembre de 1936 con la finalidad de advertir a las jefaturas territoriales y provinciales sobre la necesidad de controlar los actos represivos para evitar el asesinato de «inocentes».[1563]

Las críticas a la violencia indiscriminada también se pueden apreciar en el discurso de Nochebuena de 1936 del jefe provisional de Falange. Hedilla señaló que los milicianos del partido deberían convertirse en garantía de los «injustamente perseguidos», y defendió que deberían oponerse al «procedimiento contra los humildes», tratar de un «modo cordial y generoso» a los campesinos y a los obreros, evitar saciar odios personales y no *castigar* ni humillar «a quien por hambre o desesperación haya votado a las izquierdas».[1564] Por su parte, algunos dirigentes provinciales mostraron su rechazo a la violencia indiscriminada perpetrada por los

[1563] JEREZ RIESCO, J.L., *La Falange del silencio. Escritos, discursos y publicaciones del II Jefe Nacional de Falange*, Barbarroja, Madrid, 1999, p. 58; y PRADA RODRÍGUEZ, J., *La España masacrada*…, p. 132.
[1564] "El discurso del Jefe de la Junta de Mando Provisional de Falange Española. Manuel Hedilla", *ABC* (Sevilla), 26 de diciembre de 1936, pp. 10-11; "El camarada Hedilla habla por Radio Salamanca", *Azul: Diario de Falange Española de las JONS* (Córdoba), 26 de diciembre de 1936, pp. 8-10; GARCÍA VENERO. M., *Testimonio de Manuel Hedilla*…, pp. 257-258; y ALCALÁ, Á., *Manuel Hedilla*…, pp. 85-86.

escuadristas del partido. Este fue el caso del jefe de Falange de Valladolid, Andrés Redondo, quien, al tener noticias de que varios milicianos cometieron excesos contra la población no combatiente, comentó que «no sólo los prohibí por medio de órdenes internas, sino que hice publicar, en la prensa vallisoletana, y divulgar por la radio, una severa advertencia dirigida a todos los que figuraban en la organización».[1565]

Para evitar que los milicianos saciaran sus odios y venganzas personales, los dirigentes locales y regionales de FE de las JONS emitieron órdenes como, por ejemplo, la del jefe provincial de milicias de Huelva para prohibir que sus subordinados tomaran parte en los fusilamientos argumentando que era una tarea que debía ser reservada a los militares.[1566] También se recurrió a la amenaza para disuadir a los milicianos de que abusaran de su posición de poder. Este fue el caso del jefe provincial de Burgos, quien declaró que los falangistas que participaran o incitaran a cometer *actos reprobables* serían castigados.[1567] En esta misma línea, como puede verse en la siguiente circular dirigida a los milicianos del partido,

> No olvides -se resalta- que tu información mientras no se demuestre lo contrario es artículo de fe, y que de tu dictamen depende el prestigio, el bienestar, la libertad, o quizás, la vida del sujeto informado. Si es trasunto fiel de la verdad, habrás cumplido con tu deber de patriota; si no lo es, al descubrirse su ligereza, o tu venganza, nuestra Organización que se asienta sobre la justicia estricta, volverá sobre ti su justa cólera y hará que se te imponga la sanción adecuada.[1568]

Algunos milicianos que infringieron las normas decretadas por la dirección del partido fueron castigados y, en ocasiones, fusilados ante un pelotón de Falange, como fue el caso del falangista apellidado García en el Pinar de Antequera (Valladolid).[1569] Asimismo, algunos dirigentes provinciales, como el jefe territorial de Navarra en agosto de 1936, fueron destituidos por no haber actuado con contundencia para evitar los actos violentos de los hombres que estaban bajo sus órdenes.[1570]

Sin embargo, los castigos contra los milicianos que cometieron excesos y contra los dirigentes que no actuaron con contundencia para evitarlos, así como los discursos para impedir que los escuadristas del partido perpetraran actos violentos, eran pura fachada, porque, en realidad, la dirigencia falangista hizo más bien poco por evitar la

[1565] GARCÍA VENERO. M., *Testimonio de Manuel Hedilla*…, p. 272.
[1566] PRADA RODRÍGUEZ, J., *La España masacrada*…, p. 133.
[1567] GARCÍA VENERO. M., *Testimonio de Manuel Hedilla*…, p. 287.
[1568] Reproducido en LAZO DÍAZ, A., *Retrato de fascismo rural en Sevilla*…, pp. 55-56.
[1569] GARCÍA VENERO. M., *Testimonio de Manuel Hedilla*…, p. 272.
[1570] MORALES, G., *Falangistas contra el Caudillo*…, p. 39.

violencia que practicaban sus milicianos, y no cuestionaron en ningún momento la práctica y los métodos empleados, ni se opusieron a la política represiva.

Igualmente, para justificar la presencia de falangistas entre los autores de las matanzas y de los excesos, los *camisas viejas* señalaban que estos eran perpetrados por *camisas nuevas* que se enrolaron en las milicias atraídos por el carácter violento con el que se identificaba al partido fascista. Así lo recordó el falangista Enrique R. Tajuelo, quien comentó que «Hedilla nos prohibió, absolutamente, que participáramos en tales cometidos. Los que luego intervinieron en represiones, eran gentes que se acababan de poner la camisa azul».[1571]

Asimismo, algunos falangistas protagonizaron tramas de corrupción como sucedió, por ejemplo, con el falangista Fernando Biviano de Guzmán, quien defraudó 5.000 liras destinadas a la compra de dos automóviles con fondos recaudados;[1572] con el jefe local y alcalde de Montoro (Córdoba), Serafín Aguilar-Tablada y Cobos, quien requisó objetos para venderlos en una subasta pública, pero, de común acuerdo, se repartió las ganancias con un postor que los compraba todos y los vendía después a precios abusivos; con el delegado local de la administración de Redondela, el falangista Joaquín Carabalda Feijoo, quien cometió irregularidades en las cuentas;[1573] o con el jefe de la segunda centuria de Falange de Canarias, Juan Millán Rodríguez, quien recaudó unas 17.000 pesetas procedentes de la suscripción nacional y de la recogida de oro en el pueblo toledano de Gerindote, de las cuales, solo 9.127,50 pesetas ingresaron en el banco.[1574]

El estado mayor y las autoridades civiles tenían conocimiento de los actos violentos y de los excesos perpetrados por los milicianos de Falange. Es más, en algunos casos, era la propia comandancia militar quien alentó a los falangistas y a los integrantes de los demás grupos armados a actuar con extrema dureza con el enemigo. Este fue el caso de Queipo de Llano, quien, desde Unión Radio de Sevilla, dio rienda suelta a la difusión del terror a través de la propaganda para incitar a «matar los *rojos* como perros» y a violar a sus mujeres porque, así, sabrían «lo que son hombres y no milicianos maricones».[1575] Los oficiales también ordenaron a los soldados y a los miembros de las fuerzas de seguridad cooperar con los falangistas en la *limpieza* de las poblaciones de la retaguardia como sucedió, por ejemplo, con Queipo de Llano, quien

[1571] GARCÍA VENERO. M., *Testimonio de Manuel Hedilla*…, p. 273.
[1572] AGA, 75/20648.
[1573] AGA, 75/20646.
[1574] AGA, 75/20645.
[1575] MONCADA LORÉN, M., "Queipo de Llano: terrorismo radiofónico al servicio de Franco", *National Geografic*, 3 de noviembre de 2022. https://www.nationalgeographic.es/historia/2018/06/queipo-de-llano-terrorismo-radiofonico-al-servicio-de-franco [Última consulta: 20 de marzo de 2024]

mandó a los guardias civiles colaborar con los milicianos de Falange en la captura de los elementos *desafectos* de Paradas y en las matanzas de *rojos* en dicha localidad.[1576] Así pues, a diferencia de los años de la República en paz, en los que no contaron con el apoyo del gobierno, los milicianos de falangistas, amparados y alentados por las autoridades y por la comandancia militar, perpetraron una violencia a gran escala contra civiles que residían en los territorios conquistados.

El alto mando militar era el máximo responsable de la represión. Este transmitía las órdenes a los encargados de las divisiones orgánicas, y estos hacían lo mismo con los comandantes de cada provincia, con los máximos dirigentes de los cuerpos de seguridad y con los jefes de milicias. Por lo tanto, el alto mando determinaba las líneas de la represión y modulaba su intensidad por medio de la publicación del bando de guerra en el momento en el que las tropas conquistaron un territorio para, así, dar cobertura legal a los fusilamientos y garantizar la impunidad de los verdugos siempre y cuando cumplieran con sus funciones represivas, no se saltaran la cadena de mando y no provocaran un gran escándalo. Ello comportó que, amparados por la jurisdicción, los falangistas y los miembros de los demás grupos armados consideraran que no cometían ningún crimen que pudiera enjuiciarse porque actuaban movidos por un objetivo superior.[1577] De este modo, la justicia y el derecho se convirtieron en arma política y en instrumento del terror.

Ahora bien, para limitar y regular los excesos, se aprobaron varias medidas como, por ejemplo, la del 11 de agosto de 1936 redactada por el general Mola para obligar a los integrantes de los grupos militarizados a cesar los actos violentos sobre los detenidos sin causa justificada;[1578] la de mediados de agosto de 1936 por parte de la autoridad militar de Navarra para condenar en juicio sumarísimo y castigar a los milicianos que realizaran detenciones sin ninguna orden escrita o perpetraran actos violentos contra la población no combatiente;[1579] o la del 18 de agosto de 1936 aprobada por la 5ª División Orgánica -que abarcaba las regiones de Aragón y Soria- para limitar el uso de aceite de ricino prohibiendo su venta en farmacias y droguerías de las cantidades que rebasaran la aplicación médica recomendada sin la autorización de la comandancia militar.[1580] Ahora bien, la violencia de naturaleza institucionalizada o normativizada coexistió con las detenciones arbitrarias, con los asesinatos

[1576] RODRIGUEZ CENIZO, J.F., "Los primeros meses de la Guerra Civil en Paradas. La actuación de Falange Española de las JONS en Paradas" en NAVAJAS ZUBELDIA, C. e ITURRIAGA BARCO, D. (eds.), *Coetánea*…, p. 245.
[1577] ESPINOSA MAESTRE, F., *La Justicia de Queipo*…, pp. 310-311.
[1578] CASTRO, L., *Capital de la cruzada*…, p. 227; y PRADA, J., *La España masacrada*…, pp. 149-150.
[1579] TUSELL, J., *Franco en la guerra civil. Una biografía política*, Tusquets, Barcelona, 1992, p. 69.
[1580] "El consume de aceite de ricino", *Heraldo de Aragón*, 19 de agosto de 1936, p. 4.

extrajudiciales, con las torturas, con las humillaciones públicas y con las violaciones. En resumen, se podría decir que la violencia *legal* estaba orientada hacia la opinión pública y sirvió para justificar la eliminación del enemigo.[1581]

Con el fracaso de la conquista de Madrid y la perspectiva de un conflicto de larga duración, Franco tenía la urgencia de dotar de legitimidad y de legalidad el proceso insurreccional, así como solucionar las nuevas necesidades originadas por la guerra moderna, como la movilización de todos los recursos humanos. En lo referente a esto último, aunque no se renunció a la violencia represiva, hubo una transición en la forma de hacer la guerra, en la que se pasó de la eliminación física del enemigo vencido a una campaña que no se guiaba por su desaparición, sino por su incorporación a la nueva sociedad para que participara en el esfuerzo de guerra, ya sea para combatir en el frente o para realizar funciones parapoliciales en la retaguardia, si aquel mostrara signos inequívocos de arrepentimiento tras haber pasado por la cárcel, por un campo de concentración o por un batallón de trabajadores. El sistema penitenciario y represivo se centralizó progresivamente desde el inicio de las hostilidades hasta que quedó en manos de la justicia militar, pues, a medida que transcurrieron los meses, la violencia se institucionalizó por medio de los tribunales militares y de las sentencias a reclusión o a muerte.[1582] A ello hay que sumarle el protagonismo de las milicias en la represión disminuyó a finales de 1936, porque la violencia en *caliente* y los asesinatos extrajudiciales fueron reemplazados por el *terror legal* de los consejos de guerra, de los juicios ante tribunales militares y de los pelotones de fusilamiento integrados exclusivamente por soldados.

La creación de un entramado penitenciario, la aparición de los primeros campos de concentración y de trabajo, así como la instauración de una administración de justicia, hizo que el ejercicio del terror tuviera una base jurídica y legal.[1583] De esta forma, se articuló un nuevo marco normativo y conductual en el que se redefinieron las prácticas violentas del régimen en construcción. El empleo de la violencia sufrió variaciones con el inicio de la guerra total, puesto que la represión en las regiones que cayeron en poder de las tropas de Franco a partir de 1937 se dejó en manos de quienes mejor sabían ejercerla, los aparatos jurídicos militares. Sin embargo, los juicios sumarísimos se

[1581] PRADA RODRÍGUEZ, J., "Memoria 'Da longa noite de pedra'. La represión franquista en Ourense (1936-1939)", *Historia Actual Online*, 2004, p. 132; Íd., "Golpe de Estado y represión franquista en la provincia de Ourense" en DE JUANA, J. e Íd. (eds.), *Lo que han hecho en Galicia*…, p. 120; y GRANDÍO SEOANE, E., "Golpe de Estado y represión franquista en la provincia de A Coruña: «¿Qué pasa con Coruña?»" en DE JUANA, J. e Íd., (eds.), *Lo que han hecho en Galicia*…, pp. 49-50.
[1582] CASANOVA, J., "Guerra de exterminio, paz incivil…", p. 582; SEVILLANO CALERO, F., *Exterminio*…, p. 157; y CRUZ, R., *En el nombre del pueblo*…, p. 328.
[1583] RODRIGO, J. y ALEGRE, D., *Comunidades rotas*…, p. 198.

convirtieron en farsas jurídicas sin atención alguna a los mínimos reglamentarios, pues se desarrollaron de forma rápida y expeditiva, con un solo defensor para grupos de incluso más de diez encausados a la vez, y con pocas posibilidades de ejercer una defensa efectiva porque las penas solían estar preestablecidas, con lo que la lectura de cargos, los turnos de acusaciones y defensas, y la lectura de sentencias eran un puro formalismo estético para limpiar la imagen del para-Estado franquista. Además, la mayor parte del *trabajo sucio* se había hecho entre verano y noviembre de 1936 en las localidades donde triunfó el golpe de estado o en los municipios conquistados durante esos meses por parte de los falangistas y los demás grupos que secundaron la sublevación, ya que, por ejemplo, apenas medio centenar de los casi 2.000 civiles asesinados en la provincia de La Rioja pasaron por un juicio sumarísimo y fueron condenados a muerte antes de ser fusilados.[1584] Ello nos indica que la mayoría de las víctimas de la represión eran resultado de ejecuciones extrajudiciales realizadas durante los primeros meses de las hostilidades.

El CGG aprobó tres normativas entre finales de 1936 y marzo de 1937 con la finalidad de conformar los nuevos marcos conductuales y de despliegue de la violencia sobre el terreno limitando los asesinatos en *caliente* y los saqueos, y respetando las propiedades de los civiles para, poder obtener así el máximo rendimiento de los recursos humanos y materiales del enemigo. Con la primera directiva aprobada a finales de diciembre de 1936 se pretendía crear un ambiente de orden y de control prohibiendo la entrada de todas las unidades en la localidad ocupada, pudiendo intervenir solo las tropas necesarias para ello. Con la instrucción del 28 de enero se buscaba conseguir un respeto de la propiedad privada en los municipios recién conquistados. Y, con la orden del 28 de marzo, se perseguía la normalización de las requisas y la fiscalización, en la medida de lo posible, de todos los recursos que pudieran ser útiles para el ejército evitando que cayeran en manos de otros organismos, como las milicias de partido, o que fueran objeto de la destrucción o del saqueo durante la ocupación.[1585] De este modo, el CGG pretendía que los soldados y los milicianos que entraran en una población recién conquistada actuaran con disciplina y orden con el fin de evitar el descrédito del *Movimiento Nacional*. Para garantizar su cumplimiento, Franco ordenó su difusión generalizada con la intención de que todos los combatientes conocieran su contenido y las sanciones a las que se enfrentaban en caso de desobedecerlas.

La aprobación de dichas órdenes y la configuración de los tribunales militares no supusieron el final de la violencia en caliente. Las ocupaciones territoriales en el marco

[1584] GIL ANDRÉS, C., "La zona gris de la España azul…", p. 136.
[1585] ALONSO IBARRA, M., *El ejército sublevado en la Guerra Civil Española*…, pp. 436-440.

de una guerra total como la española se acompañaron en mayor o menor grado de una violencia en caliente entre 1937 y 1939, puesto que los falangistas -así como los regulares, los legionarios y los miembros de las demás unidades paramilitares que participaban en el esfuerzo de guerra- perpetraron atrocidades como las que habían realizado durante la primera fase del conflicto bélico. A causa de la facilidad de actuación de grupos guerrilleros infiltrados, la mayoría de acciones violentas tenían lugar en localidades cercanas al frente y, sobre todo, en municipios recién conquistados, como fue el caso de Bilbao, donde los milicianos de Falange de Valladolid se dedicaron a la represión y al saqueo de comercios a finales de junio de 1937; o de Oviedo, donde los falangistas cometieron asesinatos sin juicio previo entre noviembre de 1937 y abril de 1938.[1586] De esta forma, se recrearon los hechos violentos que tuvieron lugar durante los primeros meses del conflicto.

La práctica inexistencia de guerra antipartisana en la retaguardia a partir de 1937 dio lugar a una campaña de ocupación y de desgaste en la que las fronteras entre contendientes estaban menos marcadas, lo que hizo que el temor a la existencia de un enemigo interno fuera mayor que en un conflicto internacional. Como consecuencia de ello, se mantuvo la persecución, la búsqueda y la eliminación del oponente. Ahora bien, aunque los asesinatos extrajudiciales continuaron, las prácticas represivas suelen ser menos intensas en las guerras convencionales que en los conflictos bélicos asimétricos e irregulares. A pesar de que las ejecuciones paralegales perpetradas a partir de 1937 tenían similitudes con los fusilamientos extrajudiciales realizados entre verano y noviembre de 1936, había una diferencia que justificó su consideración separada: la existencia de normas que contemplaban la muerte de los disidentes que empuñaron las armas para combatir a las tropas franquistas o que cometieron actos de sabotaje en la retaguardia.[1587]

Como se ha comentado en el capítulo anterior, era necesaria una centralización de todo el esfuerzo de guerra en una sola institución -el ejército- y el pleno dominio de la retaguardia para evitar enfrentamientos internos como los que tuvieron lugar en la zona republicana, concretamente, los sucesos de Barcelona entre el 3 y el 7 de mayo de 1937. Con la finalidad de restar poder a las fuerzas paramilitares y subordinarlas a la autoridad castrense, el alto mando aprobó resoluciones, como la del 7 de septiembre de 1936 para que las unidades milicianas estuvieran comandadas por oficiales del ejército en activo o retirados, o la del 20 de diciembre de 1936 para decretar la militarización de las milicias. Las medidas tomadas a partir de enero de 1937, como la del 24 de enero

[1586] PRESTON, P., *El holocausto español*…, pp. 574-585.
[1587] PRADA RODRÍGUEZ, J., "Memoria 'Da longa noite de pedra'…", p. 135.

para designar al coronel José Monasterio inspector de milicias, o la de cuatro días después para disponer que los milicianos que aspiraran a puestos en la comandancia ingresaran en los centros preparatorios del ejército, tenían como objetivo la consolidación del poder hegemónico de Franco y el debilitamiento de la capacidad militar de las demás fuerzas armadas, en especial, de las milicias de Falange y del requeté. Ello pone de manifiesto que los objetivos militares estaban relacionados con los fines políticos de Franco, y que la ambición de este no solo consistía en ganar la guerra, sino, también, en controlar y *depurar* la comunidad nacional por medio de la vigilancia y la detención de los que no se sometieran a su autoridad.[1588]

A pesar de la elevada cifra de asesinatos entre verano y mediados de noviembre de 1936 de personas que se enfrentaron a las columnas rebeldes, de republicanos, de izquierdistas, de trabajadores o de campesinos, así como de fusilamientos extrajudiciales de individuos que empuñaron las armas contra las tropas de Franco en los territorios recién conquistados a partir de 1937, los crímenes perpetrados por los falangistas, por los milicianos de los partidos que secundaron la sublevación y por el propio ejército sublevado no pueden considerarse un genocidio, como un sector de la historiografía sostiene.[1589] Aunque pasaron por las armas a miles de personas identificadas por su ideología o por pertenecer a un colectivo preseleccionado para su eliminación o *castigo*, los verdugos no mataron ni cometieron actos violentos contra la totalidad de los individuos identificados con dichos grupos. De hecho, muchos izquierdistas, republicanos, masones y nacionalistas catalanes, vascos y gallegos salvaron la vida porque se enrolaron en el ejército o se dieron de alta en Falange, o en uno de los demás partidos políticos que secundaron la sublevación, para combatir en el frente, realizar funciones parapoliciales en la retaguardia o desempeñar trabajos en los servicios sociales constituidos por dichas organizaciones. Por su parte, algunos individuos no fueron víctimas de la violencia desplegada por los milicianos de Falange gracias a que estuvieron protegidos por familiares, amigos o conocidos con capacidad de influir en la toma de decisiones.

Por alguna de las vías citadas, miles de *rojos* salvaron la vida como sucedió, por ejemplo, con el anarquista Teodoro Recuero, quien se dio de alta en FE de las JONS y se enroló en sus milicias porque, para decirlo con sus palabras,

[1588] ALONSO IBARRA, M., *El ejército sublevado en la Guerra Civil Española*…, pp. 441-442.
[1589] MORENO GÓMEZ, F., "Franco y los crímenes internacionales. Calificación histórica y jurídica sobre la catástrofe humanitaria causada por el Franquismo" en REIG TAPIA, A. y JOSEP SÁNCHEZ CERVELLÓ (eds.), *La Guerra Civil Española, 80 años después*…, pp. 70-77.

> nos entró un miedo tremendo […] nos seguían llegando malas noticias y más en lo concerniente a las nuevas detenciones en nuestro pueblo. Los que estaban en mi situación no las teníamos muy seguras, vivíamos con un miedo terrible constantemente por lo que, al fin, sin terminar de recoger todo el grano de la cosecha, abandoné el trabajo y me presenté en el ayuntamiento para alistarme en la Falange e ir al frente. No me quedaba otra solución, o se estaba con los sublevados o en contra.[1590]

Y como ocurrió también con otro izquierdista de La Rioja, quien posteriormente declaró que «nos tuvimos que apuntar todos a Falange, nos tuvimos que apuntar todos los que éramos republicanos o de izquierdas».[1591] Otros, en cambio, fueron obligados a combatir en la Primera Línea de Falange -o de algún otro partido que secundó la sublevación- como sucedió, por ejemplo, con varios izquierdistas de la localidad alavesa de Salinillas de Buradón encarcelados antes de octubre de 1936.[1592] De la misma manera, había militantes de partidos de izquierda o republicanos, y activistas de sindicatos obreros que se enrolaron en el ejército para evitar ser víctimas de la represión.

Igualmente, el alto mando aprobó decretos, como los de 9 de agosto o 28 de septiembre de 1936, para llamar a filas a los hombres capaces de empuñar un arma con la intención de que se incorporaran al ejército y tomaran parte en el esfuerzo de guerra.[1593] Ello no significaba que los *rojos* que se enrolaron en las fuerzas armadas no acabaran siendo víctimas de la represión, puesto que los servicios de información se encargaron de investigar sus antecedentes políticos. En caso de tener un historial *peligroso*, el recluta era arrestado y encerrado en la cárcel o en un campo de concentración, y, en algunos casos, ejecutado. El objetivo del alto mando consistía en movilizar a todos los varones capaces de empuñar un arma para combatir por la *causa* según sus capacidades y garantizar la normalización de la vida en las poblaciones de la retaguardia. A ello hay que sumarle el discurso de los dirigentes de las diferentes organizaciones políticas para conseguir la incorporación en las milicias de partido del mayor número de civiles posibles sin importar sus antecedentes políticos.

El bando franquista también empleó a detenidos en tareas de reconstrucción de infraestructuras militares y civiles, en trabajos en talleres y en industrias militarizadas, y en obras civiles. El CGG buscaba la recuperación del *rojo* estimado como *recuperable* por medio de su *reeducación* con el objeto de redimir sus *pecados ideológicos* mediante

[1590] RECUERO, T., *Hasta Nóvgorod*…, pp. 37-39.
[1591] Reproducido en GIL ANDRÉS, C., "La zona gris de la España azul…", p. 126.
[1592] RUIZ LLANO, G., *Álava*…, p. 149.
[1593] BJDN, 9 de agosto de 1936, n.º 5; y BJDN, 28 de septiembre de 1936, n.º 30.

el trabajo y, poder así, incorporarlo a la nueva sociedad.[1594] De este modo, el alto mando halló el vehículo propicio para ganar adeptos a la *causa* reconduciendo a los *descarriados* y a los *engañados* por la propaganda marxista. En una guerra total como fue el conflicto civil de 1936-1939, la aportación de mano de obra tenía una razón fundamentada en motivos bélicos: en una guerra de larga duración, tanto o más importante era un soldado disparando en el frente que un prisionero levantando puentes, excavando trincheras o acarreando víveres. Pero, a esas motivaciones, se une, además, el deseo de castigar y humillar al *rojo* vencido sometiéndolo a durísimas jornadas de trabajo.[1595] Como puede verse, la redención vino de la mano del trabajo forzoso que pasó a ser un mecanismo que garantizaba el derecho de los *rojos* y de los vencidos a permanecer en la comunidad de los vencedores redimiendo sus culpas. Por lo tanto, el trabajo forzoso era considerado un «pago justo y lógico» a la «verdadera» España que buscaba la reeducación y la expiación del *rojo* antes de su incorporación a la «comunidad de los vencedores».[1596]

Por su parte, la jerarquía eclesiástica no aprovechó su autoridad moral ni su unión con el poder militar para impedir la violencia. Es más, aunque sacerdotes, como el párroco de Los Santos de Maimona, Ezequiel Fernández Santana, o el padre Fernando Huidobro Polanco, intentaron evitar sin éxito los fusilamientos,[1597] vestidos con la camisa azul -o con el uniforme del ejército o con el de otras milicias de partido-, hubo curas que participaron directamente en las acciones represivas, como el capellán de la población burgalesa de La Prada o el sacerdote de la localidad segoviana de Santa Cecilia de San Ildefonso,[1598] o bendijeron matanzas, como el padre Ricardo Lorente que alabó los procedimientos empleados por los milicianos de Falange para *limpiar* el pueblo navarro de Mélida.[1599] Gracias a ello, la represión y los actos violentos perpetrados por los falangistas -y por los miembros de los demás grupos sublevados- estaban cubiertos de una *justicia cristiana* inexorable, piadosa y misericordiosa que alivió los complejos de culpabilidad de los verdugos, al mismo tiempo que legitimó la causa rebelde presentando el conflicto como una guerra de religión entre el Bien -el orden- y el Mal -el caos y la anarquía- y como una cruzada religiosa y patriótica contra la barbarie y el terror comunista, en la que los soldados y los milicianos de los partidos que participaban en el esfuerzo de guerra eran presentados como unos cruzados que no solo lucharon contra el enemigo en el campo de batalla para salvar la civilización cristiana, sino que, también,

[1594] RODRIGO, J., *Cautivos*…, pp. 128-141; y NÚÑEZ SEIXAS, X.M., *¡Fuera el invasor!*..., p. 271.
[1595] RODRIGO, J., *Hasta la raíz*…, p. 141.
[1596] Ibid., pp. 146-147.
[1597] PRESTON, P., *El holocausto español*…, pp. 417 y 453-454.
[1598] VEGA SOMBRÍA, S., *De la esperanza a la persecución*…, p. 267.
[1599] PONS PRADES, E., *Las escuadras de la muerte*…, p. 177.

acabaron con su vida para *castigarlo* por los crímenes cometidos contra los miembros del clero y contra las *personas de orden*.[1600]

Los capellanes castrenses movilizados en las unidades de Falange, como Salvador Torrijo Bergés, salieron de su parroquia para combatir «por Dios y por la Patria» y «salvar el alma de los combatientes».[1601] Estos capellanes tenían la misión de administrar la vida religiosa de los milicianos, animarlos y velar por su adhesión a la *causa* convenciéndolos de que su deber era matar y estar dispuestos a morir.[1602] Asimismo, ofrecieron apoyo espiritual, personal y psicológico a la tropa para elevar su moral combativa escuchando las penalidades, así como los sufrimientos de los milicianos que se confesaban para desahogarse en un ambiente en el que tal cosa resultaba difícil, porque la debilidad no estaba bien vista entre los combatientes. Los capellanes castrenses también visitaron a los heridos en los hospitales. Este fue el caso del padre Salvador Torrijos, quien asistió a los combatientes hospitalizados que habían participado en los enfrentamientos del frente de Belchite entre finales de agosto e inicios de septiembre de 1937. Torrijos recordó que los que tenían heridas leves le explicaban el encuentro con los *rojos*, mientras que los que estaban más graves le hablaban sobre su familia y se confesaban.[1603] Igualmente, concedieron la extremaunción a los moribundos y a los heridos más graves. Así, por ejemplo, el padre Torrijos le dio la extremaunción a un falangista que perdió el brazo derecho en la campaña del norte a causa de un trozo de metralla.[1604] Por lo tanto, los capellanes castrenses no solo dieron a la experiencia de guerra un sentido religioso, sino que, también, levantaron la moral y satisficieron las necesidades espirituales de la tropa.

Así pues, la presencia de capellanes en el ejército y en las milicias de partido dio un sentido religioso a la conflagración, puesto que, para la jerarquía eclesiástica, la guerra era una oportunidad de restaurar la moral y los valores políticos y católicos de la nación. Por su parte, los soldados, los falangistas y los combatientes de los demás grupos eran presentados como unos cruzados que luchaban a vida o muerte contra el Mal para, así, eliminar la parte enferma y corrupta de la sociedad con el objetivo de construir un nuevo orden cristiano y español libre de influencias *perjudiciales* y extranjerizantes, como el liberalismo o el marxismo. Ahora bien, como ya se ha

[1600] JULIÁ, S., *Historias de las dos Españas*…, p. 290; y ALONSO IBARRA, M., "Combatir, ocupar, fusilar. La evolución de la violencia bélica de los sublevados en la guerra civil española (1936-1939)" en ALEGRE, D., Íd. y RODRIGO, J. (eds.), *Europa desgarrada*…, pp. 234-235.
[1601] TORRIJO BERGES, S., *Mis memorias de la guerra*…, p. 29.
[1602] MATTHEWS, J., "Comisarios y capellanes en la Guerra Civil española, 1936-1939. Una mirada comparativa", *Ayer*, n.º 94 (2014), pp. 175-199.
[1603] TORRIJO BERGES, S., *Mis memorias de la guerra*…, pp. 37-38.
[1604] Ibid., pp. 189-191.

señalado, cuando la guerra de columnas pasó a ser un conflicto total que requería la máxima movilización de todos los recursos humanos, el CGG intentó limitar la represión para no eliminar a todos los trabajadores en los municipios ocupados a partir de 1937 y obtener la colaboración de los *tibios* y de los disidentes en el esfuerzo de guerra incorporándolos a la nueva sociedad. Así, para conseguir la integración de la parte *aprovechable* del enemigo, tanto la jerarquía eclesiástica, como el alto mando franquista y sus aliados civiles, emplearon términos como «reutilización», «reeducación», «recatolización» o «redención».[1605] De este modo, se recondujo a los *equivocados* y a los *engañados* por la propaganda marxista al seno *regenerador* de la Iglesia y del Nuevo Estado en construcción.

A modo de síntesis, puede afirmarse que, a pesar de la autonomía de los falangistas durante las primeras semanas de la guerra y de los intentos más o menos serios de los dirigentes de FE de las JONS de limitar los actos violentos perpetrados por sus milicianos por el coste político que pudiera suponer, la represión estaba incentivada y perfectamente controlada por el alto mando, y bendecida por la Iglesia, lo que evidencia unos niveles inauditos de complicidad. Por su parte, la implicación de las milicias de Falange y de los demás partidos que secundaron la sublevación disminuyó tras el fracaso del asalto de Madrid debido a la urgencia del alto mando franquista de dar respuesta a las necesidades originadas por la guerra moderna, lo que hizo que, aunque no se renunciara a la violencia represiva, hubiera una transición en la forma de combatir, en la que se pasó de la eliminación física del enemigo a una campaña que no se guiaba por su desaparición, sino por su incorporación en la nueva sociedad para que participara en el esfuerzo de guerra si mostraba signos inequívocos de arrepentimiento tras haber pasado por la cárcel o por un centro de internamiento. Además, con el objeto de redefinir las prácticas violentas para centralizar el esfuerzo represivo, el CGG articuló un nuevo marco jurídico y normativo. Así pues, a partir de finales de 1936, aunque se continuaron perpetrando asesinatos extrajudiciales, generalmente, en zonas recién conquistadas, el terror en caliente se convirtió paulatinamente en violencia estatal, reglada e institucionalizada, y formalmente controlada.

6.2. Milicianos de Segunda Línea en el mantenimiento del orden en la retaguardia

En un contexto en el que la salvaguarda de la retaguardia era una necesidad ineludible para atender las necesidades bélicas, las unidades milicianas de las diferentes organizaciones políticas que participaron en la insurrección militar asumieron

[1605] RODRIGO, J., *Cautivos*…, p. 6.

la consideración de fuerza armada para garantizar el mantenimiento del orden en las localidades ocupadas. El alto mando buscó que los hombres de entre 30 y 60 años capaces de empuñar un arma se dieran de alta en las milicias de segunda línea de uno de los partidos que secundaron la sublevación, o en uno de los grupos paramilitares organizados por el ejército, como Acción Ciudadana o los Caballeros de Santiago, para realizar funciones parapoliciales en las zonas ocupadas con la finalidad de garantizar el orden. Además, se deseaba suplir la carencia de mano de obra derivada del asesinato o el encarcelamiento de muchos trabajadores durante las primeras semanas del conflicto, de forma que se pudieran restablecer los servicios indispensables, como el abastecimiento de la población, la organización administrativa o el restablecimiento de las comunicaciones, con el fin de garantizar la vida en las ciudades y pueblos controlados. De esta forma, el alto mando consiguió suplir la falta de personal y garantizar que todos los varones contribuyeran al esfuerzo de guerra en la medida de sus capacidades.

El CGG destinó a milicianos de la Segunda Línea de Falange para garantizar el abastecimiento de la población y el restablecimiento de las comunicaciones de los municipios de la retaguardia como, por ejemplo, a los falangistas de Cáceres para esquilar el ganado y realizar otros trabajos agrarios en la capital cacereña y en las villas de la provincia;[1606] a numerosos escuadristas de Guadalajara para restaurar el servicio de correos en la localidad guadalajareña de Jadraque; a varios milicianos para realizar funciones de correo-enlace entre el municipio soriano de Barcones y el pueblo guadalajareño de Paredes de Sigüenza; o a los falangistas de Valladolid para encargarse del funcionamiento de los servicios de telégrafos, de teléfonos y de correos de la capital vallisoletana.[1607]

Los milicianos de Falange también tenían la misión de vigilar prisiones, edificios habilitados como tales y campos de concentración. Así sucedió, por ejemplo, con los falangistas que hicieron guardia en las diferentes cárceles de la provincia de Santander, como la de Santoña, la de Torrelavega o la de Liérganes; con los que vigilaron los centros de reclusión de la provincia de Salamanca;[1608] con los que auxiliaron a los centinelas de las prisiones del término de Toledo;[1609] con los que prestaron servicio de guardia exterior en los calabozos de la población soriana de Burgo de Osma;[1610] o con los que vigilaron el centro de reclusión de Ciudad Rodrigo.[1611] A ello hay que sumarle

[1606] AGMAV, Milicias Nacionales, 5706,5.
[1607] AGMAV, Milicias Nacionales, 5706,1.
[1608] AGMAV, Milicias Nacionales, 5705,15.
[1609] AGMAV, Milicias Nacionales, 5705,17.
[1610] AGMAV, Milicias Nacionales, 5706,1.
[1611] AGMAV, Milicias Nacionales, 5706,5.

que los milicianos de Falange también vigilaron a los reclusos encerrados en las celdas de los locales del partido fascista como, por ejemplo, los que hicieron guardia en el calabozo de la sede de Torrelavega; o con los que vigilaron la cárcel del local de Santoña.[1612]

Los falangistas también custodiaron el traslado de los detenidos. Este fue el caso de los milicianos que condujeron a varios encarcelados del pueblo gaditano de Algar al centro penitenciario de Cádiz;[1613] de los afiliados de la Falange asturiana que trasladaron a los detenidos a los campos de concentración de la provincia;[1614] o de los falangistas de Toledo que condujeron a los reclusos al campo de reclusión pertinente.[1615] Igualmente, los milicianos del partido fascista, como fue el caso de los falangistas destinados en Sigüenza en julio de 1938,[1616] custodiaron el traslado de prisioneros de guerra en la prisión o en el campo de concentración o de trabajo correspondiente.

El CGG también destinó a milicianos de la Segunda Línea de Falange para patrullar las calles de los municipios de la retaguardia con el objeto de garantizar la paz ciudadana y la tranquilidad pública en el interior de cada población y en su extrarradio. Este fue el caso de los falangistas que realizaron guardias nocturnas en Toledo y en las localidades de la provincia en octubre de 1936;[1617] de los que realizaron rondas en Salamanca junto con guardias civiles y de Asalto;[1618] o de los que patrullaron en la localidad segoviana de Zarzuela del Monte.[1619] Los escuadristas de Falange también custodiaron edificios públicos, como el ayuntamiento de Valladolid y el hospital militar de la ciudad,[1620] o los hospitales de Salamanca.[1621] Igualmente, el alto mando destinó a milicianos de Falange en los puestos de vigía para detectar el paso de aviones enemigos que se acercaban a los municipios de la retaguardia y dar la alarma en caso de ataque. Así sucedió, por ejemplo, con los falangistas de Sigüenza que estuvieron distribuidos entre la torre de la catedral y los cerros que dominaban la ciudad; con los activistas del partido fascista de la villa soriana de Ágreda que hicieron guardia desde la plaza mayor; o con los milicianos de Falange de la población soriana de Monteagudo de las Vicarías que vigilaron desde las inmediaciones de la estación de ferrocarril.[1622]

[1612] AGMAV, Milicias Nacionales, 5706,1.
[1613] "Los servicios de Falange", *ABC* (Sevilla), 8 de agosto de 1936, p. 2.
[1614] AGMAV, Milicias Nacionales, 5705,15.
[1615] AGMAV, Milicias Nacionales, 5705,17.
[1616] AGMAV, Milicias Nacionales, 5706,1.
[1617] AGMAV, Milicias Nacionales, 5705,15; y AGMAV, Milicias Nacionales, 5705,17.
[1618] AGMAV, Milicias Nacionales, 5706,1.
[1619] AGMAV, Milicias Nacionales, 5706,5.
[1620] PALOMARES IBÁÑEZ, J. M., *La guerra civil en la ciudad de Valladolid. Entusiasmo y represión en la "«capital del alzamiento"*, Ayuntamiento de Valladolid, Valladolid, 2001, p. 43.
[1621] AGMAV, Milicias Nacionales, 5706,5.
[1622] AGMAV, Milicias Nacionales, 5706,1.

La delación constituyó también una parte esencial de su misión de garantizar el orden en la retaguardia. Dicho esto, los falangistas colaboraron con los miembros de las fuerzas del orden en el espionaje y en la detención de individuos sospechosos de ser *rojos* y de aquellos que fomentaban la división en la retaguardia. Para cumplir con su cometido, los miembros de Falange vigilaban todo lo que pasaba en las localidades ocupadas y todo lo que se hablaba en los lugares de sociabilidad, como bares, tabernas o fondas. Los falangistas no solo informaban sobre sus vecinos, sino que también espiaban a los nuevos afiliados con un pasado *sospechoso* desde el mismo momento en el que se dieron de alta en el partido fascista e ingresaron en sus milicias. Para realizar este cometido, algunos responsables de sección y de pelotón emplearon a hombres de su confianza para vigilar la conducta de los milicianos de su unidad con un *pasado dudoso*. En caso de tener antecedentes *marxistas* considerados leves, eran enviados a combatir en el frente y sometidos a vigilancia, pero, si tenían un historial *grave*, eran detenidos, procesados y, en algunos casos, ejecutados. Así pues, ingresar en una milicia de segunda línea significó aceptar el papel de informador de todo aquello que acontecía en su entorno e informar de los vecinos sospechosos de oponerse al régimen en construcción.

El alto mando también destinó a milicianos de la Segunda Línea de Falange para patrullar los caminos y las vías próximas a las poblaciones de la retaguardia. Este fue el caso de los falangistas de Toledo que, en octubre de 1936, hicieron guardia en los cruces de las sendas del margen del río Tajo localizadas en la zona *liberada* y las que conectaban con los pueblos de la provincia;[1623] de los que patrullaron por la vía que comunicaba las localidades guadalajareñas de Molina de Checa y de Orea con el municipio turolense de Orihuela del Tremedal;[1624] o de los falangistas de Salamanca que, junto con los guardias civiles, vigilaron las carreteras y los puentes de la provincia en febrero de 1939.[1625]

Los falangistas también tenían la misión de proteger los nudos ferroviarios y vigilar a los pasajeros del ferrocarril con el fin de garantizar la conexión entre los diferentes municipios y evitar posibles actos de sabotaje. Así sucedió, por ejemplo, con los milicianos de Falange que vigilaron la vía férrea que comunicaba Salamanca con Puerto Béjar;[1626] con los que hicieron guardia en las líneas ferroviarias de la localidad cántabra de Cubas;[1627] con los que custodiaron la línea férrea en Toledo hasta julio de

[1623] AGMAV, Milicias Nacionales, 5708,10; AGMAV, Milicias Nacionales, 5705,15; y AGMAV, Milicias Nacionales, 5705,17.
[1624] AGMAV, Milicias Nacionales, 5706,1.
[1625] AGMAV, Milicias Nacionales, 5706,5.
[1626] AGMAV, Milicias Nacionales, 5705,15.
[1627] AGMAV, Milicias Nacionales, 5706,1; y AGMAV, Milicias Nacionales, 5706,5.

1937;[1628] o con los que realizaron patrullas nocturnas junto con los guardias civiles en la estación de Salamanca en febrero de 1939.[1629]

Asimismo, los milicianos de Falange colaboraron con los carabineros y con la marina en la vigilancia de puertos. Estos vigilaban los barcos que llegaban y salían de los muelles, así como a los pasajeros, a los tripulantes y al personal que hiciera cualquier clase de trabajo a bordo para evitar cualquier acto de sabotaje o infiltraciones por parte del enemigo. Así sucedió, por ejemplo, con los falangistas de Las Palmas que hicieron guardia en los puertos de la capital palmera; con los milicianos de Santander que vigilaron las costas del cantábrico;[1630] o con los falangistas de Santa Cruz de Tenerife que patrullaron el muelle de la ciudad entre finales de septiembre e inicios de octubre de 1937.[1631]

Ahora bien, cabe destacar que en las zonas fronterizas había una mayor concentración de emboscados que pretendían huir al extranjero o pasarse a la zona republicana, así como de guerrilleros que se introdujeron en la retaguardia rebelde. A raíz de ello, los vecinos de dichas localidades movilizados en la Segunda Línea de Falange -y en las milicias de las demás organizaciones políticas que empuñaron las armas contra la República- tenían la misión de auxiliar a los carabineros porque eran los que mejor conocían el terreno. Así sucedió, por ejemplo, con los falangistas que patrullaron los términos municipales de la provincia de Cáceres desde mediados de julio de 1936 hasta el 1 de diciembre de 1938 para vigilar la frontera con Portugal;[1632] con los miembros de la 26ª Bandera de Navarra que hicieron guardia en los puestos limítrofes con Francia;[1633] o con los milicianos de la Falange coruñesa y orensana que patrullaron la frontera con el norte del país luso.[1634]

En unión con los carabineros, los guardias civiles y los integrantes de las unidades paramilitares de las demás organizaciones políticas que secundaron la sublevación, los milicianos de la Segunda Línea de Falange que operaban en las zonas fronterizas realizaron registros para acabar con el contrabando. Así, por ejemplo, en la provincia de Orense, el grupo de Sabino Vázquez González se apoderó de dos encendedores y de 30.200 cartuchos de munición el 9 de marzo de 1938; o la unidad

[1628] AGMAV, Milicias Nacionales, 5708,10.
[1629] AGMAV, Milicias Nacionales, 5706,1; AGMAV, Milicias Nacionales, 5706,5; y AGMAV, Milicias Nacionales, 5714,1.
[1630] AGMAV, Milicias Nacionales, 5705,15.
[1631] SÁNCHEZ MACHÍN, R., "Servicios diarios", *Amanecer* (Canarias), 30 de septiembre de 1937, p. 3.
[1632] AGMAV, Milicias Nacionales, 5704,16; AGMAV, Milicias Nacionales, 5706,1; y AGMAV, Milicias Nacionales, 5706,5.
[1633] AGMAV, Milicias Nacionales, 5705,15; y "El servicio de vigilancia en la frontera", *Heraldo de Aragón*, 24 de febrero de 1937, p.7.
[1634] AGMAV, Milicias Nacionales, 5705,15; y AGMAV, Milicias Nacionales, 5706,6.

de José Torres Losada aprehendió 45 kilos de panes de centeno el 20 de septiembre de 1938, 10 panes de pedernal el 13 del mes siguiente y 6 panes, 5 kilos de azúcar de harina y 5 kilos de tocino el 24 de diciembre de 1938.[1635] En esta misma línea, en la localidad asturiana de Llanera, una escuadra de Falange encontró un fusil, dos rifles Lebel y 40 cartuchos en un registro efectuado el 17 de marzo de 1939.[1636]

Los falangistas de la Segunda Línea también participaron en batidas para detener a desertores del ejército franquista, así como a individuos y a combatientes republicanos escondidos o que pretendían fugarse al extranjero o pasarse a la zona republicana. Este fue el caso de los falangistas que detuvieron a un soldado del EPR fugado del batallón de trabajadores de la localidad turolense de Bello el 22 de marzo de 1938;[1637] de los escuadristas que participaron en la captura de ocho reclutas del ejército republicano escondidos en el montículo de La Morra (Cáceres) a mediados de octubre de 1938;[1638] de los milicianos que detuvieron a Jacinto Barrios Durón y a su cuñado el 7 de marzo de 1939 en la población salamantina de La Huerta cuando trataban de huir a la zona republicana escondidos en el maletero de un coche; o de los falangistas de la localidad asturiana de Vegadeo que, en la noche del 19 de marzo de 1939, registraron la casa de un desertor del ejército franquista que acabó con la muerte de este mientras intentaba escapar.[1639]

Igualmente, en las regiones donde triunfó el golpe de estado, como Galicia, y en los territorios conquistados entre verano y noviembre de 1936, como Extremadura, los falangistas participaron en batidas para *cazar* a izquierdistas y republicanos escondidos en el monte. Este fue el caso de los milicianos de Falange que recorrieron el término municipal de Logroño desde que la columna comandada por el coronel García-Escámez entró en la capital riojana el 20 de julio hasta mediados de octubre de 1936;[1640] de los falangistas que intervinieron en la captura de la vecina de Cáceres capital, Josefa Mogin Leirados, el 4 de agosto de 1936; o de los escuadristas de FE de las JONS que salieron de la localidad cordobesa de Cabra el 15 de agosto de 1936 y detuvieron a numerosos vecinos huidos de las villas cordobesas de Castro y Baena.[1641] Los individuos ocultos durante las primeras semanas de las hostilidades solo buscaban sobrevivir. Paulatinamente, estos se organizaron en grupos y establecieron las primeras redes de colaboradores y realizaron algunas acciones de escasa repercusión.

[1635] AGMAV, Milicias Nacionales, 5706,6.
[1636] AGMAV, Milicias Nacionales, 5706,7.
[1637] AGMAV, Milicias Nacionales, 5706,7.
[1638] AGMAV, Milicias Nacionales, 5704,16.
[1639] AGMAV, Milicias Nacionales, 5706,7.
[1640] GIL ANDRÉS, C., *Lejos del frente…"*, p. 150.
[1641] FERNÁNDEZ PASALODOS, A., *Hasta su total exterminio*…, pp. 40-43.

La conquista de nuevos territorios a partir de la primavera de 1937 y, en especial, después de la caída del frente del norte con la conquista de Asturias en octubre del mismo año, abrió un nuevo espacio de guerra irregular. El CGG destinó unidades de Falange para realizar batidas en montes y bosques con la finalidad de detener a izquierdistas y a republicanos escondidos, así como a guerrilleros. Así sucedió, por ejemplo, con los escuadristas de Santander que recorrieron los montes tras la caída del frente norte a finales de octubre de 1937;[1642] con los falangistas que realizaron batidas por los montes de la provincia de Zamora entre el 7 de octubre de 1938 y el 27 de diciembre de 1938;[1643] con los falangistas que capturaron al teniente del EPR Antonio Palacios Martínez en las inmediaciones de la localidad asturiana de Proaza; o con los milicianos que detuvieron al oficial del ejército republicano Evaristo Costales cerca del municipio gijonense de La Calzada.[1644] A diferencia de los arrestos de los primeros meses de las hostilidades, los falangistas entregaron a los detenidos a la autoridad competente en lugar de pasarlos por las armas sin juicio previo.

Los integrantes de las partidas también se enfrentaron a unos guerrilleros que tenían una escasa potencia de fuego, menos efectivos y una peor organización para realizar acciones relevantes. Entre los milicianos de Falange que formaban parte de las partidas, los falangistas de Huelva, por ejemplo, se enfrentaron a un grupo de republicanos cerca del municipio onubense de Membrillo Alto el 30 de diciembre de 1936;[1645] los escuadristas de Huelva auxiliaron a un destacamento de guardias civiles en el combate con una partida de izquierdistas cerca del municipio onubense de Niebla el 12 de febrero de 1937;[1646] los falangistas de Lugo protagonizaron un tiroteo con una banda de guerrilleros en un montículo ubicado en las inmediaciones de la localidad lucense de Ferreiros a finales de julio de 1937;[1647] o los falangistas del municipio asturiano de Turón se enfrentaron a una cuadrilla de soldados del EPR escondidos en la posición de Colldiella (Asturias) el 1 de marzo de 1939.[1648]

Los milicianos de Falange no solo combatieron contra los guerrilleros en montes y bosques, sino que también protagonizaron enfrentamientos con *rojos* infiltrados en poblaciones de la retaguardia, como sucedió, por ejemplo, en la localidad asturiana de Cabañaquinta el 18 de marzo de 1939. Vestidos con el uniforme de la Guardia Civil,

[1642] AGMAV, Milicias Nacionales, 5705,15.
[1643] AGMAV, Milicias Nacionales, 5706,6.
[1644] AGMAV, Milicias Nacionales, 5706,7.
[1645] "Una operación brillante de los falangistas", *Azul*. *Diario de Falange Española de las JONS* (Córdoba), 31 de diciembre de 1936, n.º 77, p. 10.
[1646] "Los falangistas realizan un buen servicio de policía en Niebla", *Azul*. *Diario de Falange Española de las JONS* (Córdoba), n.º 114, 13 de febrero de 1937, p. 7.
[1647] AGMAV, Milicias Nacionales, 5706,6.
[1648] AGMAV, Milicias Nacionales, 5706,7.

varios combatientes del EPR desarmaron, ataron y apalizaron a los integrantes de una patrulla de Falange. Más tarde, los guerrilleros se presentaron en casa del jefe de dicha escuadra, el falangista Rufino González, quien se negó a abrirles porque creía que eran partisanos disfrazados. Este se parapetó en su domicilio y se enfrentó a ellos hasta que huyeron de la villa después de que el falangista hiciera un llamamiento a sus vecinos desde el tejado de su casa para que acudieran en su auxilio.[1649] Asimismo, para impedir actos de sabotaje, el CGG organizó pequeñas unidades móviles, como fue el caso de los grupos integrados por falangistas de las localidades cacereñas de Zorita, Miajadas, Logrosán y Navalmoral de la Mata, que evitaran la colocación de bombas en varios puentes y carreteras de la provincia a finales de 1937.[1650]

Los miembros de las partidas no solo protagonizaron enfrentamientos directos con los partisanos, sino que, en algunas ocasiones, intentaron infiltrarse en las guerrillas como sucedió, por ejemplo, en octubre de 1938, cuando varios falangistas y guardias civiles se vistieron de campesinos para acabar con los partisanos que operaban en el Valle de la Serena (Badajoz).[1651] No obstante, estas operaciones tuvieron un éxito limitado porque los guerrilleros no tardaban en identificar a los miembros de las contrapartidas.

En la retaguardia tuvo lugar una guerra irregular en la que el escenario de operaciones se encontraba en los parajes recónditos de las sierras. Los guerrilleros se escondieron en bosques y montañas porque la configuración topográfica del terreno facilitaba su actividad. Los falangistas y los demás miembros de las partidas emplearon artillería y cargas explosivas para destruir pozos, cuevas y minas con la finalidad de desproveer a los partisanos de sus puntos de apoyo y mermar su capacidad operativa. Estas acciones ponen de manifiesto que la lucha contra la guerrilla era, sobre todo, una guerra contra el medio natural.[1652] El combate también era una contienda contra la España rural, en la que los milicianos de Falange -y los demás integrantes de las partidas- incendiaron los domicilios de los campesinos que colaboraban con los guerrilleros como sucedió, por ejemplo, en los contornos de Vigo en la primavera de 1937, cuando los falangistas quemaron las casas de los individuos que habían ayudado a los partisanos; o en Asturias en 1938, cuando los escuadristas de Falange destruyeron las cabañas de los vaqueros utilizadas por los guerrilleros para ocultarse.[1653]

[1649] AGMAV, Milicias Nacionales, 5706,7.
[1650] AGMAV, Milicias Nacionales, 5706,5.
[1651] FERNÁNDEZ PASALODOS, A., *Hasta su total exterminio*…, pp. 145-146.
[1652] Ibid., pp. 28 y 65.
[1653] Ibid., p. 103.

Ahora bien, los milicianos de Falange que realizaban funciones parapoliciales en la retaguardia y los que intervenían en el combate contra la guerrilla estaban, en muchas ocasiones, mal pertrechados porque el CGG destinó la mayor parte del armamento a las unidades que combatían en el frente, lo que implicó que las fuerzas de segunda línea carecieran de equipamiento militar para combatir al enemigo en la retaguardia. Así, por ejemplo, los falangistas de los municipios salmantinos de La Alberguería de Argañán, Aldea del Obispo, Fuentes de Oñoro, La Alameda de Gardón, Espeja, Alamedilla, Casillas de Flores, Navasfrías y de La Frejeneda solo disponían de algunas armas cortas y de pocas escopetas que fueron facilitadas por los carabineros. A pesar de la solicitud para la entrega de fusiles y de ametralladoras, a finales de marzo de 1939 su demanda aún no había sido tramitada.[1654] Los milicianos que patrullaban las calles de los municipios de la retaguardia y los que vigilaban caminos, vías ferroviarias, puertos y puestos fronterizos tampoco disponían de un armamento adecuado para cumplir con su deber. De ello dieron cuenta, por ejemplo, los falangistas que rondaron las calles de la localidad segoviana de Zarzuela del Monte equipados con escopetas sin cartuchos;[1655] o los milicianos de Falange que vigilaron la vía del ferrocarril de Salamanca en noviembre de 1938 armados con pocas escopetas para un trabajo que era necesario disponer, al menos, de 30 fusiles con un mínimo de 20 disparos cada uno.[1656]

Como los combatientes que luchaban en el frente, los milicianos de la Segunda Línea de Falange también murieron y cayeron heridos como resultado de los enfrentamientos directos con el enemigo o a causa de emboscadas perpetradas por los guerrilleros. Este fue el caso del falangista Juan Garcés, quien fue lastimado en el brazo izquierdo el 18 de enero de 1937 mientras perseguía a un grupo de fugitivos por los montes asturianos;[1657] de 22 milicianos que murieron y de 14 activistas que fueron heridos en Asturias desde la *liberación* de la provincia el 21 de octubre de 1937 hasta finales de junio de 1938;[1658] o de un escuadrista de Falange que murió el 28 de marzo de 1938 mientras hacía guardia en la carretera que conectaba las poblaciones oscenses de Jaca y Sabiñánigo.[1659]

En resumen, la salvaguarda de la retaguarda y la movilización de la población a favor de la causa rebelde fue una necesidad ineludible para atender las necesidades bélicas. Por esta razón, el alto mando apostó por el encuadramiento de los varones que no estaban en condiciones de combatir en el frente para que participaran en el esfuerzo

[1654] AGMAV, Milicias Nacionales, 5706,5.
[1655] AGMAV, Milicias Nacionales, 5706,5.
[1656] AGMAV, Milicias Nacionales, 5714,1.
[1657] AGMAV, Milicias Nacionales, 5706,1.
[1658] AGMAV, Milicias Nacionales, 5706,7.
[1659] AGMAV, Milicias Nacionales, 5706,1.

de guerra en la medida de sus capacidades y atraer el apoyo de los indiferentes, de los pasivos y de los no comprometidos con la *causa*. Así pues, el CGG, destinó a milicianos de la Segunda Línea de Falange -y de las demás organizaciones políticas que secundaron el golpe de estado- para reemplazar a los trabajadores que habían sido pasados por las armas o encarcelados durante las primeras semanas de las hostilidades con la finalidad de garantizar los servicios básicos y transmitir una imagen de normalización de la vida en la retaguardia. También actuaron como elementos auxiliares del ejército y de la Guardia Civil para realizar funciones de policía gubernativa asumiendo la consideración de fuerza armada a todos los efectos. En definitiva, gracias a los integrantes de las unidades paramilitares de segunda línea, los combatientes movilizados en el frente podían centrase exclusivamente en el combate con el enemigo en las trincheras.

7. Retaguardia como primera línea de combate político

La retaguardia se convirtió en un inmenso laboratorio de fascistización que requería de una victoria militar para garantizar la supervivencia del fascismo y la construcción del nuevo orden.[1660] El nacimiento de la dictadura franquista comenzó en las ciudades y pueblos de la retaguardia controlados por los golpistas, donde nuevos símbolos sustituyeron a los vigentes desde antes del 18 de julio de 1936 para *purificar* el espacio público de la experiencia laica y democrática de los años de la República, instaurar en su sitio los símbolos con los nombres de los nuevos héroes del bando rebelde y perpetuar la memoria colectiva de la guerra. Buena muestra de ello lo encontramos, por ejemplo, con el cambio de nombre de calles de personalidades del Frente Popular, como sucedió, por ejemplo, en la localidad cordobesa de Santaella, donde la calle Azaña pasó a llamarse José Antonio Primo de Rivera.[1661] A ello hay que sumarle la celebración de actos públicos y de ceremonias religiosas en las que los asistentes y los participantes estaban imbuidos de una corriente de vivencias espiritualizadas que reforzaron su convicción de pertenencia a la nueva comunidad nacional gracias a los símbolos políticos y religiosos que inundaban las calles.

Estos actos confluyeron en manifestaciones multitudinarias de fe religiosa y de ardor nacional en los que las formas sacralizadas del culto católico se fundieron con la exaltación de la patria, lo que comportó que se dificultara la distinción entre nación y religión. Por su parte, las autoridades militares y civiles, así como la jerarquía eclesiástica, aprovecharon la fuerza de estos rituales para representar un orden nuevo de jerarquías, en el que la religión actuaba como herramienta de ocupación del espacio público y como factor de unión entre los distintos grupos que empuñaban las armas contra la República.[1662] En definitiva, estas celebraciones se erigieron como episodios de fervor y de comunión entre la multitud entusiasta que asistía a la ceremonia, los soldados y los milicianos que participaban en ella, y las autoridades y los obispos que la presidían.

Aunque colaboraban en el frente para combatir al enemigo, las distintas fuerzas políticas que secundaron el golpe de estado competían en la retaguardia por imponer sus símbolos y su doctrina con el objetivo de convertirse en la principal organización del bando rebelde para, así, imponer su programa en el nuevo orden en construcción.

[1660] RODRIGO, J., "Presentación. Retaguardia…"; Íd., "Fascism and Violence in Spain…", pp. 188; y LEIRA CASTIÑEIRA, F.J., "Los «soldados de Franco»: experiencias, memorias e identidades complejas" en ALEGRE, D., ALONSO, M. e Íd. (eds.), *Europa desgarrada*…, p. 272.
[1661] "Falange Española, al igual que lucha en los frentes, se ocupa de la reconstrucción de España, empezando por los pueblos", *ABC* (Sevilla), 18 de agosto de 1936, pp. 17-18.
[1662] COBO ROMERO, F. y ORTEGA LÓPEZ, M.T., "Pensamiento mítico y energías movilizadoras…", p. 151.

Movidos por su rivalidad y sus diferencias ideológicas, las organizaciones de la derecha radical emprendieron una campaña de desprestigio contra los dirigentes y los milicianos de Falange, mientras que, por su parte, los falangistas acusaban a los primeros de imitar sus saludos, sus consignas y sus expresiones, y de ser unos oportunistas que solo buscaban satisfacer sus necesidades materiales. Ahora bien, la rivalidad era especialmente intensa entre los dos partidos más importantes del bando sublevado, FE de las JONS y la CT, ya que, aparte de realizar una campaña de desprestigio mutuo, los activistas de ambas organizaciones protagonizaron enfrentamientos que, en ocasiones, terminaban con heridos y muertos.

El frente y la retaguardia eran dos esferas conectadas no solo por el constante traslado de tropas, sino, también, porque la segunda llegó a ser de por sí una primera línea de combate caracterizada por las relaciones de poder y las luchas ideológicas en las que, en muchas ocasiones, participaban milicianos que acababan de volver del campo de batalla o que estaban destinados temporalmente en la segunda línea.[1663] A estos últimos les afectaba la lucha ideológica que tenía lugar en la retaguardia a pesar de que la experiencia de combatir en las trincheras, las necesidades derivadas del enfrentamiento armado en la vanguardia y la cooperación estrecha con los soldados y los integrantes de las unidades paramilitares de las demás organizaciones que secundaron el golpe de estado dejaron poco sitio para la política en el frente. Así pues, la retaguardia se constituyó como primera línea de guerra marcada por las relaciones de poder y las disputas entre los distintos partidos para conquistar espacios de poder dentro del nuevo orden en construcción.[1664]

Ahora bien, debido a la necesidad de neutralizar a las dos principales fuerzas políticas para afianzar su posición sobre ellas y preservar el orden y la unidad militar, Franco y sus aliados buscaron dotarse de una estructura política y de una organización de estado sobre la que basar el poder del primero. Así, aprovechando las desavenencias internas en FE de las JONS -entre *hedillistas* y *legitimistas*- y en la CT -entre *legitimistas* y *colaboracionistas*- originadas por el proceso de unificación y, sobre todo, por la pretensión de hacerse con el poder dentro del partido, Franco proclamó la fusión de todas las fuerzas políticas que participaban en el esfuerzo de guerra y de sus unidades milicianas en una sola entidad, FET y de las JONS, el 19 de abril de 1937, y erigió un

[1663] RODRIGO, J., "Presentación. Retaguardia…", p. 15; y PEÑALBA, M., "Boinas rojas, camisas azules: las milicias *nacionales* en la guerra civil española" en MATTHEWS, J. (ed.), *España en guerra*…, p. 76.
[1664] GALLEGO, F., *El Evangelio fascista*…, pp. 447-448; y RODRIGO, J., "Presentación. Retaguardia…", pp. 15-17 y 33.

nuevo régimen sobre bases acordes con los vientos totalitarios y corporativos de la Europa de los años treinta.

7.1. Ocupación del espacio público: concentraciones y actos públicos

Tras entrar en un municipio, los milicianos de Falange –los soldados, los legionarios y los miembros de las demás unidades paramilitares que secundaron la sublevación- desfilaron ante la población *entusiasta*, como sucedió, por ejemplo, en Logroño el 20 de julio de 1936;[1665] o en la localidad alavesa de Navalmoral de Pinares el 9 de septiembre de 1936.[1666] También participaron en actos para celebrar hechos importantes, como la *liberación* del alcázar de Toledo el 27 de septiembre de 1936,[1667] y protestar contra acciones de guerra perpetradas por los republicanos, como la manifestación del 24 de agosto de 1936 en Córdoba para condenar el ataque aéreo sobre la ciudad unos días antes.[1668] Estos actos tenían un aire castrense; los soldados y los milicianos desfilaban con paso marcial y en perfecta formación ante la bandera nacional, y la de las organizaciones políticas que empuñaban las armas contra la República, acompañados por bandas de música que interpretaban himnos militares, como la *Marcha Real*, y el de los partidos que secundaron el golpe de estado, como el *Cara al Sol* de FE de las JONS o el *Oriamendi* de la CT.

La retaguardia se convirtió en un espacio en el que, de manera continuada, los milicianos de la Primera y de la Segunda Línea de Falange, así como los miembros de las demás secciones del partido celebraron actos y realizaron desfiles con una gran presencia de símbolos falangistas con el principal objetivo de ocupar el espacio público. Ello se ejemplifica con los milicianos que marcharon por las calles de Las Palmas en la noche del 3 de septiembre de 1936;[1669] con los escuadristas que efectuaron una concentración en la localidad ovetense de la Rábida el 12 de octubre de 1936;[1670] con los activistas que desfilaron por las calles de Zaragoza el 16 del mismo mes para conmemorar las fiestas del Pilar;[1671] o con los falangistas que, después de salir de misa,

[1665] GIL ANDRÉS, C., *Lejos del frente*…, p. 88.
[1666] "Nuestras Tropas han ocupado Navalmoral de Pinares, San Martín de Valdeiglesias y Sigüenza", *Azul. Diario de Falange Española de las JONS*, n.º 7, 9 de octubre de 1936, p. 12.
[1667] "Al saberse en nuestra capital la noticia de la conquista de Toledo, se desbordó el entusiasmo formándose una manifestación que se dirigió al Cuartel General", *La Falange: diario de la tarde*, 28 de septiembre de 1936, p. 1.
[1668] "La manifestación patriótica de anoche. EL pueblo de Córdoba expresa sus sentimientos españolistas y su protesta ante la canalla marxista", *ABC* (Sevilla), 25 de agosto de 1938, p. 16.
[1669] "Al paso de Falange Española por las calles de Las Palmas", *Hoy*, 8 de septiembre de 1936, pp. 1 y 8.
[1670] "Una gran concentración de Falange en la Rábida", *Azul. Diario de Falange Española de las JONS* (Córdoba), n.º 7, 9 de octubre de 1936, p. 12.
[1671] "Por las calles de Zaragoza han desfilado cerca de 20.000 falangistas", *Azul. Diario de Falange Española de las JONS*, n.º 14, 17 de octubre de 1936, p. 11.

marcharon por las avenidas de Córdoba el 8 de noviembre de 1936 para dirigirse al cuartel de FE de las JONS en la ciudad.[1672]

La despedida de los falangistas que marchaban al frente era otro motivo de celebración. Estos desfilaban ante el jefe provincial del partido, las autoridades civiles y militares, y la jerarquía eclesiástica de la localidad, como sucedió, por ejemplo, con los milicianos de Las Palmas que embarcaron en el vapor *Dómine* a inicios de septiembre de 1936 para dirigirse a la península;[1673] o con los miembros de la primera centuria de la 6ª Bandera de Extremadura el 20 de enero de 1937 en el municipio cacereño de Arroyo del Puerco.[1674] La gran presencia de activistas de Falange en las calles de las poblaciones controladas por los rebeldes y la ocupación del espacio público con los símbolos del partido era posible por el incremento de la militancia de FE de las JONS durante las primeras semanas de la guerra, lo que hizo que el partido fascista español se convirtiera en una organización de masas capaz de movilizar un amplio sector de la sociedad y disponer de suficientes miembros para combatir en las trincheras, realizar funciones parapoliciales lejos del frente y participar en actos públicos en los municipios de la retaguardia.

Las celebraciones eran aprovechadas por el aparato de prensa del partido como instrumento de nacionalización con la finalidad de crear ciudadanos fieles a la ideología falangista que se dieran de alta en FE de las JONS y que se alistaran en sus milicias para combatir en el frente o realizar funciones parapoliciales en la retaguardia, o en una de las distintas secciones del partido, como el Auxilio de Invierno -o Auxilio Social después de quedar englobado dentro de la SF tras la unificación política de abril de 1937-, para realizar servicios de asistencia o de propaganda. Con el objetivo de garantizar la máxima asistencia, los falangistas publicitaban las celebraciones en la prensa del partido, y, en algunas ocasiones, los milicianos llamaban a la puerta de sus vecinos para informarles sobre la ceremonia como sucedió, por ejemplo, en San Sebastián el 27 de septiembre de 1936.[1675] La capacidad de llenar las calles e invadir el espacio público con sus símbolos y emblemas evidencia el control de la retaguardia por parte de los falangistas. Por lo tanto, la no asistencia al evento puede ser considerado una provocación o un acto de desafección que debía ser castigado.

Como en los desfiles y actos organizados por las autoridades militares y civiles, en estas celebraciones se respiraba un ambiente castrense; los milicianos ocupaban su

[1672] "Brillante desfile de Falange", *Azul*. *Diario de Falange Española de las JONS* (Córdoba), n.º33, 9 de noviembre de 1936, p. 13.
[1673] "Al paso de Falange Española por las calles de Las Palmas", *Hoy*, 8 de septiembre de 1936, pp. 1 y 8.
[1674] "Despedida de una Centuria", *La Falange: diario de la tarde*, n.º 121, 21 de enero de 1937, p. 2.
[1675] GABARAIN, M., *Así asesina Falange*…, pp. 48-49.

posición durante la ceremonia y marchaban en perfecta formación para transmitir una imagen gallarda de disciplina y de orden. Igualmente, los falangistas empleaban imágenes y símbolos investidos de un carácter casi sagrado que actuaban como agentes de purificación y resignificación del espacio público para transmitir un mayor arraigo identitario.[1676] Su función consistía en crear la atmósfera adecuada para activar las emociones y los impulsos inconscientes de los asistentes, mantener el espíritu de lucha y de sacrificio de los milicianos, manifestar el espíritu de comunidad a través de una mística nacional, cohesionar el grupo y proporcionarle una identidad para que sus miembros pudieran distinguirse de los integrantes de las demás organizaciones.[1677] La palabra hablada en los discursos de los oradores era otro elemento capital del culto fascista.[1678] Los actos fascistas se convirtieron en rituales de una nueva religión secular empapada de mitos y de una simbología que expresaban unos ideales estéticos que se vinculaban con el sentimiento de las masas.[1679] Todo ello hizo que los participantes, que por sí solos eran seres anónimos y "sin sentido", representaran el orden, la fuerza y el poder del movimiento al mismo tiempo que adquirían un significado como grupo tras perder su individualismo para pasar a formar parte de una comunidad ritualizada en la que sus miembros estaban imbuidos de una corriente de vivencias espiritualizadas.

Igualmente, la heterogeneidad y la diversidad de clase, así como las distintas tendencias políticas de los asistentes, desaparecieron por medio de construcciones simbólicas empleadas como mecanismos de integración social y de representación de realidades complejas destinadas a dar forma a la nación movilizada.[1680] Eso fue posible porque el fascismo disponía de mecanismos de diferente naturaleza que hicieron que, desde su punto de vista, y de acuerdo con sus intereses, los fascistas fueran los únicos capaces de garantizar el interés común de la comunidad nacional.[1681]

Oficiados por sacerdotes, los falangistas también asistieron a funerales por el alma de dirigentes del partido y de milicianos caídos en combate como, por ejemplo, el de Onésimo Redondo el 13 de agosto de 1936;[1682] el del falangista José García

[1676] RINA SIMÓN, C., "Rituales de pasión, muerte y resurrección. La religiosidad popular y la legitimidad sagrada del franquismo" en COBO ROMERO, F., HERNÁNDEZ BURGOS, C. y DEL ARCO BLANCO, M. (eds.), *Fascismo y modernismo*…, pp. 179-180.
[1677] LEIRA CASTIÑEIRA, F.J., *La socialización de los soldados del ejército sublevado*…, p. 216.
[1678] MOSSE, G.L., *La nacionalización de las masas*…, pp. 23-26.
[1679] Ibid., pp. 14, 66 y 100-101.
[1680] GALLEGO, F., "El fascismo como problema o el fascismo sin problema" en COBO ROMERO, F. (ed.), *Fascismo y Modernismo*…, p. 89.
[1681] ALEGRE LORENZ, D., "La idea de participación y democracia en el fascismo. Materiales para una visión comparada y maximalista", *Congreso Identidades fascistas. Fascistización y desfascistización en España*, Universitat Autònoma de Barcelona, 11 y 12 de abril de 2013, p. 44.
[1682] AGMAV, Milicias Nacionales, 5645,12.

Carranza en Sevilla el 1 de enero de 1937;[1683] el oficiado en la catedral de Cádiz el 9 de febrero de 1937;[1684] o el del jefe de FE de las JONS de Córdoba, Joaquín Torres Jiménez, el 17 de marzo de 1937.[1685] Como en los entierros celebrados antes de la guerra, los falangistas empleaban una sofisticada liturgia funeraria que se caracterizaba por un cruce de elementos religiosos con estandartes y distintivos de FE de las JONS con la intención de elevar al miliciano muerto a la categoría de símbolo. Sin embargo, a diferencia de los funerales que se celebraron durante los años de la República en paz, los sepelios cobraron un carácter más social, puesto que no solo asistía el círculo más íntimo del fallecido, sino que también acudían otros sectores de la sociedad que participaban en el esfuerzo de guerra y mostraban su adhesión a la causa. Ahora bien, en estos actos se glorificaba la muerte enmascarando la realidad devastadora de la guerra y convenciendo a los ciudadanos de que los sacrificios realizados no eran en vano. De este modo, se fortaleció el ideal por el que se luchaba y la identidad colectiva de la nación en torno al derramamiento de sangre.[1686]

Los milicianos de Falange movilizados en el frente también asistieron a misas por la memoria de los camaradas muertos en combate celebradas en altares improvisados en los que se colgaba un crucifijo y, en caso de tenerlo, un cuadro de la Purísima, como la del campamento de Retamares a finales de diciembre de 1936,[1687] y acudieron a misa después de tomar una posición, como la que tuvo lugar en el municipio zaragozano de Codo tras la conquista de la ciudad en marzo de 1938.[1688] Dichas ceremonias eran oficiadas por capellanes castrenses movilizados en banderas de FE de las JONS, como el padre Salazar en la 6ª Bandera del Tercio de Falange o el padre Salvador Torrijos en la 9ª Bandera de Zaragoza;[1689] estos capellanes, en sus mensajes y homilías, prometían la salvación y la gloria para reconfortar a los combatientes falangistas en momentos de máximo estrés y fortalecer su moral, y les ofrecían una explicación política y religiosa de la muerte de sus compañeros y de sus propios motivos para dar su vida por la causa.[1690] Además, las misas en el frente eran utilizadas por las

[1683] "Sevilla tributó un gran recibimiento al cadáver de José García Carranza (EL Algabeño)", *ABC* (Sevilla), 1 de enero de 1937, pp. 15-16.
[1684] "Funeral por los caídos de la Falange", *ABC* (Sevilla), 9 de febrero de 1937, p. 20.
[1685] "Entierro del cadáver del Jefe de Falange, camarada Joaquín Torres Jiménez", *Azul*. *Diario de Falange Española de las JONS* (Córdoba), n.º 141, 17 de marzo de 1937, p. 9.
[1686] DEL ARCO BLANCO, M. A., *Cruces de memoria y olvido*…, p. 67.
[1687] MARTÍNEZ BANDE, J.M., "Del frente. Misa de Campaña", *Arriba España*, 24 de diciembre de 1936, p. 1.
[1688] TORRIJO BERGES, S., *Mis memorias de la guerra*…, pp. 39-40.
[1689] CENTURIÓN, F.J., *Ardiente voz de guerra*…, p. 71; y TORRIJO BERGES, S., *Mis memorias de la guerra*…, p. 39.
[1690] DEL ARCO BLANCO, M. A., *Cruces de memoria y olvido*…, p. 61.

autoridades militares como herramienta de socialización católica e ideológica de acuerdo a los principios del nuevo orden en construcción.

Los camaradas del miliciano fallecido no adoptaron actitudes especiales porque consideraban que la muerte era un acto de servicio. Ello hizo que a los falangistas no les importara caer en el campo de batalla. Además, valoraban que la muerte reforzaba la camaradería entre los combatientes y animaba a los vivos a continuar la lucha hasta el final y a cumplir su misión con alegría como había hecho el miliciano que dio su vida por la patria. De este modo, los muertos se convirtieron en una parte integral de la camaradería que unía a los vivos y a los fallecidos, que pasaron a ser considerados mártires. Así pues, los falangistas aceptaron que caer en el campo de batalla estaba en armonía con la "vocación" del soldado. La muerte era el precio que debía pagar el miliciano de Falange para llegar a la gloria y ser inmortal en el imaginario falangista.[1691]

A su vez, los escuadristas de Falange asistieron a ceremonias religiosas en la retaguardia oficiadas por obispos como, por ejemplo, la del 10 de febrero de 1937 en la parroquia de la localidad gaditana de Sanlúcar de Barrameda por el alma del falangista Matías Montero, muerto en Madrid el 9 de febrero de 1934,[1692] la del 4 de marzo de 1937 en la iglesia de la Merced en Zaragoza para celebrar la Comunión Pascual,[1693] o la del 22 de agosto de 1938 por el alma de Fernando Primo de Rivera y de otros prisioneros que fueron fusilados en la cárcel Modelo de Madrid dos años antes.[1694] Igualmente, los falangistas participaron en bendiciones de banderas y centurias como sucedió, por ejemplo, en el pueblo zaragozano de Novallas el 1 de noviembre de 1936,[1695] en la localidad navarra de Olite el 5 de diciembre de 1936,[1696] o en la villa zaragozana de Mesones de Isuela el 24 de febrero de 1937.[1697] La presencia de los milicianos de Falange en estos actos religiosos pone de manifiesto que la propia religiosidad de los falangistas superaba la aconfesionalidad del partido.[1698]

Estas ceremonias eran episodios de fervor y de comunión con el nacionalsindicalismo en los que se podía apreciar una relación de plenitud entre el

---

[1691] TRAVERSO, E., *A sangre y fuego…,* pp. 142-143; y MOSSE, G. L., *Soldados caídos*…, pp. 114-116.
[1692] "Sufragios por las almas de unos falangistas muertos en el frente de batalla", *ABC* (Sevilla), 11 de febrero de 1937, p. 18.
[1693] TORRIJO BERGES, S., *Mis memorias de la guerra*…, p. 88.
[1694] AGMAV, Milicias Nacionales, 5654,16.
[1695] "Un acto emocionante de "Falange" en honor a los caídos", *Unidad*, n.º41, 2 de noviembre de 1936, p. 2.
[1696] "La Falange en Navarra. Bendición de una bandera en Olite", *Arriba España*, 6 de diciembre de 1936, p. 8.
[1697] "Bendición de la bandera de Falange en Mesones de Isuela", *Heraldo de Aragón*, 25 de febrero de 1937, p. 2.
[1698] ALONSO IBARRA, M., "Excombatientes. Un análisis del fascismo español a través de las memorias de los soldados de Falange" en ORTEGA LÓPEZ, T.M. y DEL ARCO BLANCO, M.A. (eds.), *Claves del mundo contemporáneo*…, p. 10.

fascismo y el catolicismo gracias a la fuerte presencia de banderas y estandartes de FE de las JONS, y de símbolos religiosos, así como de los obispos que los presidían. La escenificación pública de la religiosidad sufrió un proceso radical de militarización y de fascistización, porque fascistas eran los rituales ante las cruces de los caídos y los desfiles marciales que tenían lugar por todo el territorio controlado por los sublevados.[1699] De esta forma, el fascismo consiguió penetrar en la política y en la vida civil de la retaguardia, pues la presencia de símbolos falangistas y de milicianos de Falange que desfilaban por las calles de las poblaciones de la zona rebelde tuvo como resultado la creación de una atmósfera de comprensión y de simpatía hacia el fascismo.

Los falangistas se apropiaron de los rituales católicos y los resignificaron para que actuaran como mecanismos de construcción del consenso del nuevo régimen, en el que el cristianismo era considerado el elemento central de la españolidad. Ahora bien, aunque la sublevación no se hiciera en nombre de la religión, el culto católico se unió al discurso de los rebeldes a mediados de agosto de 1936 a pesar de ocupar una posición subordinada respecto a la defensa de España porque, en ese momento, la patria estaba por encima de todo, incluso de la religión. No fue hasta septiembre de 1936 que la nación y el catolicismo se fundieron en una relación tan imbricada que dificultaba establecer los límites entre religión y patria, haciendo así, que la primera pasara a ser una importante vía de nacionalización de una España que había perdido su *esencia católica*.[1700] De este modo, el culto católico y la nación pasaron a ser los principales elementos comunes del discurso de todos los sectores sociopolíticos que apoyaban a los militares rebeldes. En definitiva, gracias a la guerra, el alto mando y sus aliados civiles se acercaron a la religiosidad popular para apropiarse de los iconos identitarios de la comunidad y resignificarlos con el objeto de convertirlos en la representación y la legitimación del Nuevo Estado.

Por su parte, tanto los obispos que oficiaron ceremonias en la retaguardia, como los capellanes que marcharon al frente, le dieron un sentido religioso a la experiencia de guerra y, a su vez, ejercieron como correo de transmisión de la identidad fascista entre la tropa de acuerdo con los principios del nuevo orden en construcción. La religión también era utilizada como herramienta para legitimar la guerra ante la opinión internacional. Los sublevados presentaron el conflicto como una cruzada por la defensa de los fundamentos cristianos de la sociedad europea occidental que, en ese momento, estaba siendo amenazada por el comunismo, que simbolizaba la antítesis de la

[1699] PAREJO, J.A., "De puños y pistolas…", p. 131.
[1700] NÚÑEZ SEIXAS, X.M., *¡Fuera el invasor!*..., pp. 183-189 y 206; Íd., "Ni rota ni roja: el peligro separatista y la invocación a la nación en el golpe de Estado de julio de 1936" en VIÑAS, A. (ed.), *Los mitos del 18 de julio*…, p. 272; y ALONSO IBARRA, M., "Cruzados de la civilización cristiana…", p. 150.

civilización. Con «la intención de obtener la firma de los pocos obispos recalcitrantes, y también para que los obispos de todo el mundo, a los que la carta se dirigía, la hubieran recibido cuando la prensa la diera a conocer al gran público»,[1701] Franco le pidió al cardenal Gomá que redactara un escrito luego conocido como *Carta colectiva sobre la cruzada de liberación nacional*. Firmado el 1 de julio de 1937, pero divulgado el 10 del mes siguiente, a pesar del distanciamiento de la Santa Sede, el documento tuvo una gran resonancia internacional que hizo que llegaran a Burgos cartas de solidaridad de sacerdotes y de católicos de todo el mundo. Así, gracias a la religión, los franquistas disponían de una importante baza propagandística para presentarse como los perpetuadores de la tradición y los defensores de la civilización católica.

Así pues, en el momento que se tenían noticias de la destrucción de edificios religiosos, de la persecución y del asesinato de sacerdotes y de católicos en la zona republicana, los rebeldes encontraron otro argumento más para conseguir el apoyo de la Iglesia, legitimar la insurrección militar contra el gobierno del Frente Popular, presentar el conflicto armado contra la República como una cruzada y una guerra santa contra el Mal -el caos y el desorden- y el comunismo que aspiraba a *esclavizar* a la patria, y justificar la muerte de los *rojos* como una respuesta justa y necesaria para castigar sus crímenes.

Los sublevados también recurrieron a la historia como herramienta para hacer una conexión entre el presente y un pasado glorioso convenientemente mitificado y resignificado. Para ello, relacionaban la supuesta invasión comunista del presente con la de las tropas napoleónicas en 1808 y, a su vez, se identificaban a sí mismos con las fuerzas que se enfrentaron al ejército de Napoleón el 2 de mayo de aquel año con el fin de buscar paralelismos entre los *patriotas* de la guerra de 1808-1814 y los combatientes del bando sublevado que luchaban en el conflicto armado de 1936-1939.[1702] De este modo, los golpistas se presentaban como los herederos legítimos de anteriores triunfos históricos y militares españoles; y exponían que los españoles del bando contrario combatían contra España con la intención de acabar con su libertad y convertirla en un Estado satélite de la URSS.

Igualmente, presentaban el conflicto como una guerra de reconquista contra las *hordas asiáticas* para *liberar* palmo a palmo el país, para lo que se sirvieron de expresiones como la siguiente: «reincorporar otra porción del suelo de la Patria,

[1701] RAGUER, H., *La pólvora y el incienso*…, p. 151.
[1702] "El dos de mayo", *La Ametralladora*, 2 de mayo de 1937, p. 11.

liberando nuevos hijos que padecían bajo el látigo de Moscú».[1703] Expresiones similares se encuentran con frecuencia en el testimonio de milicianos de Falange. Este fue el caso de un falangista que, tras la ocupación de la capital cantábrica el 2 de septiembre de 1937, comentó que «Santander y su provincia ya era, otra vez, de España». En esta misma línea, tras la conquista de los últimos bastiones republicanos en el frente asturiano el 21 de octubre de 1937, el mismo falangista dijo que «Asturias será la nueva Numancia, la segunda Covadonga, el principio de la nueva reconquista».[1704]

El CGG era la institución que controlaba, canalizaba e instrumentalizaba la propaganda que recibían los combatientes; no obstante, durante las primeras semanas de las hostilidades había una multiplicidad de organismos que realizaban sus propias labores de propaganda al margen del control de las autoridades militares. Estos eran, principalmente, los partidos políticos que, como FE de las JONS o la CT, enviaron a sus milicianos a combatir en el frente. A diferencia de estos últimos, que enfatizaban aspectos concretos de sus movimientos de acuerdo con la naturaleza de sus propios proyectos políticos, el discurso de los militares conectaba más con cuestiones pragmáticas que afectaban directamente a la vida de los combatientes y a sus familiares con la finalidad de generar espacios de lealtad hacia el Nuevo Estado en construcción.[1705]

Asimismo, con la intención de garantizar la colaboración del obispado, el CGG aprobó decretos, como el del 6 de diciembre de 1936 para permitir la incorporación de capellanes castrenses en las divisiones orgánicas, o el del 22 de marzo de 1937 para declarar festivo los días de la Inmaculada, así como el jueves y el viernes santo; y otorgó protagonismo a la religión en la educación haciendo, por ejemplo, una revisión de los textos escolares para que no hubiera nada en contra del dogma ni de la moral cristiana.[1706] Por su parte, la jerarquía eclesiástica aprovechó los actos religiosos en las poblaciones de la retaguardia para *purificar* el espacio público de la experiencia laica, liberal y democrática de la República, y *recristianizar* la sociedad española.[1707] Asimismo, la Iglesia afianzó las bases de su poder e incrementó su presencia y su dominio ideológico en la comunidad. De este modo, la religión encontró una vía para penetrar en la sociedad y volver a ocupar el lugar primado que había disfrutado durante

[1703] "El bautismo de fuego de la Falange Cordobesa", *Azul. Diario de Falange Española de las JONS* (Córdoba), 13 de marzo de 1937, p. 10.
[1704] XAVIER, A. [REY-STOLLE, A.], *Fui soldado en 4 guerras*, Vasallo de Mumbert, Madrid, 1983, p. 98.
[1705] ALONSO IBARRA, M., *El ejército sublevado en la Guerra Civil Española*…, pp. 279-302.
[1706] RAGUER, H., *La pólvora y el incienso*…, pp. 90-93.
[1707] RINA SIMÓN, C., "Rituales de pasión, muerte y resurrección. La religiosidad popular y la legitimidad sagrada del franquismo" en COBO ROMERO, F., HERNÁNDEZ BURGOS, C. y DEL ARCO BLANCO, M. (eds.), *Fascismo y modernismo*…, pp. 176-178.

siglos tras haberlo perdido con la proclamación del estado aconfesional en la constitución republicana de 1931 y la aprobación de las primeras medidas secularizadoras ese mismo año, como la abolición de los subsidios al clero, la prohibición del ejercicio de la enseñanza a las órdenes religiosas o la instauración del matrimonio civil, la ley de divorcio y el entierro civil.

La fascistización de la sociedad fue posible gracias a la conexión entre la ideología fascista y el catolicismo. Este último se constituyó como uno de los elementos fundamentales de la construcción identitaria del Nuevo Estado, mientras que el primero encontró en la religión un vehículo de cohesión ideológica dado el carácter eminentemente cristiano de los militantes de los partidos de la derecha reaccionaria y de una parte de la población, lo que implicó que el fascismo español solo pudiera articularse en función de una retórica y de un aporte ideológico nuclear del catolicismo. Ello comportó que la fascistización del campo contrarrevolucionario solo pudiera realizarse alrededor de un punto central que se encontraba en FE de las JONS desde sus orígenes, y que permitió enfatizar a los falangistas, desde las primeras semanas de la guerra, que Falange era un movimiento fundamentalmente católico, y que ellos eran cruzados que combatían contra el comunismo internacional para defender la religión y la civilización occidental. La guerra propició que la síntesis entre ideología fascista y catolicismo alcanzara un grado de desarrollo que permeó por completo toda experiencia de socialización identitaria de los españoles con el nuevo régimen.[1708] Así pues, durante el enfrentamiento armado de 1936-1939, se sostenía en la zona sublevada la creencia en una España cristiana vertebrada en un proyecto colectivo, el fascista, que se erigió a partir del combate contra el enemigo común, el marxista.

A ello hay que sumarle el mito de la palingenesia nacional del proyecto fascista, en el que un presente en construcción entroncaba con un pasado glorioso que, para los falangistas, contenía la verdadera esencia de la nación española: la España de los Reyes Católicos y el Imperio Hispánico; y en la que la religión católica actuaba como elemento de unión entre una cosmovisión actualizada del pasado y la propia contemporaneidad. De este modo, se describió el tránsito de la nación desde una situación de irremediable postergación hacia una heroica redención palingenésica asentada sobre el triunfo de un revitalizador proyecto de refundación de la patria que exigía el aniquilamiento de los *egoísmos sectarios y partidistas*.[1709] De esta forma, la

[1708] GALLEGO, F., "Sobre héroes y tumbas. La Guerra Civil y el proceso constituyente del fascismo español", en MORENTE, F. (ed.), *España en la crisis europea de entreguerras*…, pp. 249-268; y ALONSO IBARRA, M., "Cruzados de la civilización cristiana…", pp. 133-138.
[1709] COBO ROMERO, F., "El franquismo y los imaginarios míticos del fascismo europeo…", pp. 122-123.

relación entre fascismo español y fe católica devino un factor esencial para el proyecto nacionalsindicalista y su propuesta de una síntesis entre tradición y revolución.

En definitiva, algunos elementos, como la muerte, el sacrifico voluntario y desinteresado, o un peculiar sentido de la religiosidad, eran rasgos identitarios del fascismo español. A su vez, algunos de estos componentes formaban parte de la identidad de la coalición de fuerzas políticas, militares y sociales que secundaron la sublevación. Sin embargo, este proceso de construcción identitaria se vio alterado en su configuración debido al fracaso del golpe de estado. De este modo, el inicio de la guerra total, la necesidad de movilización de todos los recursos humanos y la brutalidad de la contienda hicieron necesaria la construcción de un discurso identitario fuerte acorde con el proyecto que el marco propiciatorio de la propia guerra permitió implementar.[1710] La coincidencia entre elementos identitarios del fascismo español y del discurso de los sublevados vino dada por la integración y la importancia del primero en el segundo. Por lo tanto, la conexión entre la doctrina fascista y el culto católico hizo posible una fascistización de la sociedad, en la que el fascismo encontró en la religión un vehículo de cohesión ideológica gracias al carácter eminentemente cristiano de una parte de la sociedad, mientras que el catolicismo se constituyó como uno de los elementos fundamentales de la construcción identitaria del Nuevo Estado.

7.2. Lucha política en la retaguardia

Como ya se ha visto anteriormente, Falange fue la organización que tuvo un mayor crecimiento en los primeros meses de la guerra gracias a que fue el partido que mejor se adaptó a las condiciones del conflicto armado por su estructura de partido-milicia, por su trayectoria de enfrentamiento abierto con la República, por su discurso sobre la integración del vencido sin importar sus antecedentes políticos y por su culto a la violencia y a la muerte. El incremento de la militancia en FE de las JONS generó temor entre sus aliados que, por primera vez, vieron a los falangistas como unos serios competidores por imponer su proyecto político. Ello originó una rivalidad entre una Falange convertida en una organización de masas y una derecha reaccionaria que observaba al partido fascista como una anomalía inexplicable en la coalición que empuñaba las armas contra la República.

El recelo hacia FE de las JONS por parte de sus socios de la derecha reaccionaria también estaba alimentado por la actitud prepotente de sus dirigentes y

[1710] RODRIGO, J., "A este lado del bisturí. Guerra, fascistización y cultura falangista" en RUIZ CARNICER, M.A. (ed.), *Falange*…, pp. 143-167; y ALONSO IBARRA, M., "Excombatientes. Un análisis del fascismo español a través de las memorias de los soldados de Falange" en ORTEGA LÓPEZ, T.M. y DEL ARCO BLANCO, M.A. (eds.), *Claves del mundo contemporáneo*…, pp. 1-2.

escuadristas que, como criticaron los derechistas, los *miraban por encima del hombro*. Ello se ejemplifica con los milicianos de la Falange de Sevilla que desfilaron por la capital hispalense en marzo de 1937, y que, al pasar por delante del cuartel del requeté de la ciudad, se enfadaron y protestaron porque ningún carlista salió para rendirles honores.[1711] A ello hay que sumarle los abusos de poder por parte de algunos jefes que aprovecharon su posición para *requisar* coches de lujo o confiscar objetos de valor; así como las agresiones perpetradas por algunos activistas a milicianos de otras organizaciones como sucedió, por ejemplo, en Orense, donde un escuadrista apalizó a un miembro de los Caballeros de Santiago en enero de 1937 por no pertenecer a FE de las JONS.[1712] La actitud prepotente y los excesos cometidos por los falangistas estaban motivados, en buena parte, por un sentimiento de superioridad que comportaba que se sintieran imprescindibles por pertenecer a la organización política que aportaba más combatientes al esfuerzo de guerra gracias al incremento masivo de sus efectivos durante las primeras semanas de las hostilidades.

Todo ello generó animadversión hacia el partido fascista y sus milicianos. Así lo relató un falangista movilizado en la 5ª Bandera de la Legión que escribió a Hedilla para informarle sobre la animosidad contra FE de las JONS por parte de sus compañeros. En su carta manifestaba que estos cantaban el *Cara al sol* con «desprecio», cambiándole la letra, e insultaban continuamente a los milicianos de Falange y sus «principios». Se lamentaba de que los escasos falangistas que combatían en la Legión no podían hacer nada contra este hecho. Y concluía que se tendrían que lamentar incidentes en un futuro si la situación continuaba.[1713] De la misma manera, los afiliados de los partidos de la derecha reaccionaria cantaban tonadillas cambiando la letra del himno de FE de las JONS como la siguiente:

Cara al sol,
al sol que más calienta,
me puse el gorro antes de ayer.
Me hallará la muerte,
si me llega, sentado en el café.
Formaré junto a mis compañeros,
Para hacer desfiles postineros.
Impasible el ademán,
que a mí no me cazarán.
Si te dicen que caí,

[1711] PAREJO FERNÁNDEZ, J.A., *Las piezas perdidas de la Falange*…, pp. 74-75.
[1712] AGA, 51/18946.
[1713] AGA, 51/18946.

seguro que me escurrí.
¡Arriba, escuadras, a correr,
que las bombas empiezan a caer![1714]

Asimismo, los aparatos de propaganda de los partidos de la derecha reaccionaria emprendieron una campaña difamatoria contra FE de las JONS, en la que presentaban a sus dirigentes como malos patriotas y oportunistas que conspiraban a salvo en la retaguardia por imponer su modelo de Estado y que no dejaban de *molestar* a la población con sus protestas *impertinentes*; y a sus milicianos como unos cobardes que, cuando caían heridos en el frente, celebraban que estaban de suerte porque ello «facilita descanso, honor, gloria y un buen permiso a cambio de algún dolor, pero sin producir mutilaciones ni excesivas molestias».[1715] También los caracterizaban como *emboscados* que preferían quedarse a salvo en la retaguardia. Dicho término era utilizado para referirse a los *malos españoles* que, estando en condiciones de empuñar un arma para luchar en el frente, preferían quedarse en la retaguardia lejos de los peligros del campo de batalla. En esta misma línea, algunos militares criticaron la presencia de emboscados en FE de las JONS. Este fue el caso del voluntario en la Legión Extranjera, el galés Frank Thomas, quien señaló que los falangistas eran unos vagos y unos gorrones que «alardeaban acerca de cómo iban a gobernar España», pero que eran reacios a combatir por sus principios en las trincheras;[1716] o del general Alfredo Kindelán, quien puso de manifiesto en un escrito de título "Los matadores de José Antonio", que no llegó a publicarse por no tener la aprobación del CGG, que

> Se han creado… dentro de la Falange, dos castas en las que nunca pensó seguramente José Antonio: la de quienes solo sirven para disparar tiros, que es la de los dignos y los héroes, y la de la "Inteligencia"; ésta la forman los emboscados, los indignos. ¡Cuánto sofisma para justificar esta intolerable situación! Que no nos vengan los emboscados y sus "padrinos" con la cantinela de que no se puede exponer a la muerte a las pocas inteligencias cultivadas de que dispone el nuevo Estado. No vengan tampoco con que alguien ha de ocupar los cargos de dirección y responsabilidad. Tenemos hombres para ello entre los que ya pasaron de la edad militar.[1717]

La continua celebración de actos falangistas era utilizada por los aparatos propagandísticos de las fuerzas de la derecha tradicional y reaccionaria para presentar

[1714] GARCÍA SERRANO, R., *Diccionario para un macuto*…, pp. 236-241; GARCÍA SERRANO, R., *La gran esperanza*, Planeta, Barcelona, 1983, p. 79; VEGAS LATAPIÉ, E., *Los caminos del desengaño: memorias políticas*, Madrid, Tebas, 1967, pp. 59-60; PAREJO FERNÁNDEZ, J.A., "La Primera Línea de la Falange…", pp. 207-208; y LAZO DÍAZ, A., *Retrato de fascismo rural en Sevilla*…, p. 29.
[1715] GARCÍA SERRANO, R., *Diccionario para un macuto*…, p. 227.
[1716] KEENE, J., *Luchando por Franco*…, p. 160.
[1717] VEGAS LATAPIE, E., *Los caminos del desengaño*…, pp. 339-340.

a Falange como un partido de retaguardia y a sus milicianos como unos cobardes que solo realizaban concentraciones y desfiles con el único fin de estar lejos de los peligros del frente. Para potenciar la imagen de *partido exhibicionista* de FE de las JONS, los afiliados de las organizaciones de la derecha reaccionaria se preguntaban qué tiempo les quedaba a los escuadristas falangistas para combatir en las trincheras.[1718] La realidad, no obstante, era que, gracias a la oleada de inscripciones en el partido fascista y en su sección paramilitar durante las primeras semanas de las hostilidades, Falange disponía de suficientes milicianos para luchar en el campo de batalla, realizar funciones parapoliciales lejos del frente y participar en desfiles en las poblaciones de la retaguardia.

A pesar de que las organizaciones de la derecha definían a FE de las JONS como partido de retaguardia y lugar seguro para los cobardes que huían del combate en las trincheras, la mayoría de los nuevos afiliados se inscribieron en la Primera Línea. Así, por ejemplo, en Sevilla capital, el 65,9% de los nuevos miembros se enroló en la Primera Línea. En algunos pueblos de la provincia de Sevilla como, por ejemplo, Aznalcázar, FE de las JONS tuvo 152 hombres a finales de 1936, de los cuales 93 combatieron en el frente; o Cazalla de la Sierra, donde el 42,6% de los nuevos afiliados ingresó en la Primera Línea. En la provincia de Huelva, el 51,3% combatió en la Primera Línea. En Tenerife, el 74,8% del voluntariado marchó para luchar al frente. O en Tánger, donde el 71,4% de los falangistas estaban movilizados en la Primera Línea.[1719] Igualmente, cabe destacar que la estructura de las milicias de los años de la República en paz se mantenía tras el fracaso -o triunfo- parcial del golpe de estado, lo que significa que los nuevos milicianos podían elegir entre servir en la Primera o en la Segunda Línea. Sin embargo, no sería hasta mayo de 1937 que los escuadristas de entre 18 y 30 años deberían inscribirse obligatoriamente en la Primera Línea, mientras que los mayores de 30 años deberían hacerlo en la Segunda.

A ello hay que sumarle que, como los soldados y los combatientes de las demás organizaciones políticas, los falangistas también tenían bajas como consecuencia de los combates en el frente. Así, por ejemplo, de los 1.905 integrantes de la 1ª Bandera de Castilla, 188 fallecieron y 896 fueron heridos en los enfrentamientos del Jarama del 17 de febrero de 1937 y en los del Cerro del Águila del 8 al 14 de abril de 1937; de los 735 miembros de la Bandera Girón, 97 murieron y 147 cayeron heridos en los combates en

[1718] LAZO DÍAZ, A., *Retrato del fascismo rural en Sevilla*…, p. 30; y PAREJO FERNÁNDEZ, J.A., "La Primera Línea de la Falange…", p. 212.
[1719] PAREJO FERNÁNDEZ, J.A., *Las piezas perdidas de la Falange*…, pp. 282-288; Íd., *"*De puños y pistolas. Violencia falangista y violencias fascistas*", Ayer*, n.º 88 (2004), p. 141; Íd., "La Primera Línea de la Falange…", pp. 213-221; Íd., *La Falange en la Sierra Norte*…, p. 98; y LAZO DÍAZ, A., *Retrato de fascismo rural en Sevilla*…, pp. 30-33.

el Alto de los Leones, en los de Las Campanillas (frente de Málaga), en los del Puerto de Ventana (Asturias) y en los de las posiciones de El Chivo y La Cabra (frente de Guadarrama); o, de los 157 miembros de la 3ª Centuria de la 11ª Bandera de Castilla, 30 fallecieron y 17 cayeron heridos en los combates en Fresnedillas de la Oliva (frente de Madrid).[1720]

Por su parte, los falangistas manifestaban que no respondían a estas críticas porque valoraban que la mejor réplica era el sacrificio de sus escuadristas.[1721] También se presentaban como unos incomprendidos, señalando que los que no formaban parte de Falange no comprendían el espíritu de camaradería que imperaba en la organización, lo que llevó, por ejemplo, a que el empleo de algunas expresiones, como el término «camarada», y el tuteo con personas mayores fuera interpretado como falta de respeto y de modales. Así lo relató Lorenzo Villalonga, quien, después de volver del frente en agosto de 1937, escribió una carta a una vecina de 74 años de la localidad mallorquina de Benisalem en la que empleó el término «camarada» y la trató de «tú». Villalonga explicó que, como respuesta, el hijo de la vecina le devolvió la carta diciéndole que su madre no quería contestarle por el uso de la palabra «camarada».[1722]

Igualmente, denunciaban que los sectores de la derecha tradicional solo deseaban mantener sus privilegios, lo que resultaba incompatible con la revolución y la construcción del nuevo orden defendido por los fascistas. Los falangistas afirmaban que los dirigentes de las demás organizaciones de la derecha reaccionaria tenían «prisa» por «colocarse bien».[1723] Y recordaban que, antes del inicio de las hostilidades, los derechistas los «ofendían con sus claudicaciones ante la Patria ultrajada» y los «llamaban pistoleros» porque no cesaban «de combatir por el honor y los destinos totales de la hispanidad». También señalaban que, desde que FE de las JONS se había convertido en la principal organización de la retaguardia, los activistas de los partidos de la derecha reaccionaria imitaban sus saludos, sus lemas y sus expresiones, y plagiaban sus «voces de guerra». Con la finalidad de que las consignas del partido fascista no fueran «plagiadas ni despreciadas», los falangistas señalaban que la «camisa azul es solo nuestra y no está mancillada por nada», y, asimismo, hicieron un llamamiento a sus hombres para que no crearan «en lo que no es nuestro», subrayando que sus «voces y gritos tienen el olor sacrosanto de nuestros caídos».[1724] Así pues, el carácter supuestamente revolucionario de Falange se manifestaba en el combate que

[1720] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,9.
[1721] GARCÍA VENERO, M., *Testimonio de Manuel Hedilla*…, p. 180.
[1722] VILLALONGA, L., *Diario de guerra*…, p. 39.
[1723] MONTOYA, J., "Aviso. Paso a la Falange", *Arriba España*, 22 de diciembre de 1936, p. 1.
[1724] "Consignas de la Falange", *Arriba España*, 24 de diciembre de 1936, p. 6.

mantenía con el resto de las organizaciones de la derecha reaccionaria por la primacía de la idea de la verdadera España y de los verdaderos españoles.[1725]

La rivalidad resultaba especialmente intensa entre las dos principales organizaciones de la zona rebelde, FE de las JONS y la CT, a causa de sus diferencias ideológicas. Los falangistas se presentaban como la encarnación de lo nuevo; y defendían que su carácter revolucionario y social no se encontraba en el carlismo porque este era una encarnación de lo *viejo* y una representación del conservadurismo más *impresentable*. Es más, veían el tradicionalismo como un movimiento intransigente, *terco* y detestable, cuyas ideas sobre el corporativismo y la defensa de la monarquía no podían solucionar los problemas de España ni acabar con la lucha de clases.

Por su parte, los carlistas se presentaban como los verdaderos intérpretes de la tradición, al mismo tiempo que denunciaban la falta de esta en el fascismo. Sostenían que el tradicionalismo era un movimiento libre de *contaminaciones extranjeras* y criticaban que los falangistas importaban ideas del extranjero para afrontar los problemas nacionales, siendo así que, para los carlistas, España no necesitaba *soluciones* provenientes del extranjero porque el tradicionalismo era capaz de resolverlos. A ello hay que sumarle la valoración de que el sindicalismo de Falange era una *desviación marxista* que se apropió de expresiones parecidas a las del discurso socialista. Además, afirmaban su incompatibilidad con los falangistas debido al rechazo de estos a usar símbolos monárquicos y a su defensa de un Estado central que pondría en peligro el enfoque de un gobierno regionalista y foral. Todo ello hizo que al carlismo, fenómeno cultural arraigado en un concepto muy tradicionalista de España, le resultara muy difícil alinearse con FE de las JONS por su naturaleza fascista, modernizadora, centralizadora, extranjerizante y *pagana*. En definitiva, se estableció una rivalidad entre una tendencia política que se presentaba como la encarnación de la tradición y se consideraba esencialmente española (carlismo), y un movimiento que se autodefinía como moderno y revolucionario (falangismo).

La incompatibilidad ideológica entre FE de las JONS y la CT implicó que los milicianos de ambas organizaciones no vieran con buenos ojos la colaboración con los activistas del otro partido. Ello se puso de manifiesto en octavillas como, por ejemplo, la lanzada por las calles de Sevilla meses antes de que se decretara la unificación política de abril de 1937, en la que los falangistas declararon lo siguiente: «Falange con el Ejército. ¡Con los Carlistas nunca! Falange es un estilo Nuevo. ¡Camaradas! Arriba

[1725] ALONSO IBARRA, M., “Excombatientes. Un análisis del fascismo español a través de las memorias de los soldados de Falange” en ORTEGA LÓPEZ, T.M. y DEL ARCO BLANCO, M.A. (eds.), *Claves del mundo contemporáneo*…, pp. 4-5.

España una libre de los Carlistas».[1726] En ocasiones, las diferencias ideológicas desembocaron en reyertas entre los milicianos de Falange y los requetés que, en algunos casos, terminaban con muertos y heridos como sucedió, por ejemplo, en la pelea de mediados de diciembre de 1936 en la localidad navarra de Tafalla;[1727] en un desfile celebrado en Orense a mediados de enero de 1937, que terminó con el asesinato de un requeté a manos de un falangista;[1728] o en el choque del 9 de marzo de 1937 en Málaga, después de que el tercio de Nuestra Señora de la Victoria saliera de misa y desfilara por la avenida paralela al puerto donde se encontraron con fuerzas de Falange que les cerraron el paso.[1729]

Asimismo, la rivalidad entre falangistas y carlistas estaba motivada por la necesidad de movilizar el máximo número de individuos en sus filas con el objetivo de convertirse en la principal fuerza política del bando rebelde y garantizar el predominio de su ideario en el nuevo orden en construcción. Por esta misma razón, los dos partidos no tenían en cuenta la ideología ni la militancia previa de los nuevos afiliados, puesto que, tanto FE de las JONS como la CT, aceptaron a individuos con un pasado izquierdista, a personas sin antecedentes políticos y a gente que había estado afiliada en una organización derechista antes del 18 de julio de 1936. Como señala José Antonio Parejo, la teoría del paraguas protector como explicación del torrente de afiliaciones en FE de las JONS no sirve del todo para explicar por qué ese mismo crecimiento masivo de la militancia experimentado por el partido fascista español no tuvo lugar de la misma manera en el carlismo, que también se sublevó contra la República y realizó una campaña para movilizar a los españoles de todos los estratos sociales.[1730]

A raíz de ello, algunos dirigentes carlistas denunciaron la presencia de izquierdistas en Falange ante las autoridades. Este fue el caso del jefe del requeté Víctor Carcuno, quien envió un listado de nombres con los antecedentes, las actitudes personales y la *conducta religiosa* de 21 falangistas de La Rioja que se inscribieron a partir del 18 de julio de 1936, señalado que 10 de ellos habían militado en IR antes de la insurrección militar, cinco eran antiguos anarcosindicalistas, cuatro eran exsocialistas y dos eran sospechosos por su «actitud reservada». Por el contrario, aseguró, ninguno de los hombres que estaban bajo su mando tenía «antecedentes sospechosos».[1731]

[1726] PAREJO, FERNÁNDEZ, J.A., "Falangistas y Requetés…", p. 1.
[1727] "Falangistas y "requetés", frente a frente", *El Sol*, 19 de diciembre de 1936, p. 2.
[1728] AGA, 51/18946.
[1729] LAZO DÍAZ, A., *Historias falangistas del sur de España*…, pp. 257-259.
[1730] PAREJO FERNÁNDEZ, J.A., "De puños y pistolas…", pp. 138-139.
[1731] GIL ANDRÉS, C., *Lejos del frente*…, pp. 132-133.

La competencia por el reclutamiento hizo que los militantes de ambas organizaciones emprendieran una guerra de propaganda para inundar las calles de los municipios de la retaguardia con octavillas y símbolos de sus respectivos partidos. Como consecuencia de ello, los milicianos de Falange y los requetés protagonizaron refriegas esporádicas como, por ejemplo, la que tuvo lugar a mediados de diciembre de 1936 en Sevilla durante la celebración de la Inmaculada Concepción.[1732] A pesar de estos choques, no hubo peleas relevantes que trascendieran a toda la retaguardia. Por lo tanto, como sucedió con la campaña difamatoria que tuvo lugar entre falangistas y carlistas, estas reyertas eran un reflejo de la lucha política entre ambas organizaciones, así como de las diferencias ideológicas y de la supuesta incompatibilidad entre la revolución fascista defendida por los primeros y el tradicionalismo sostenido por los segundos.

A diferencia de lo que sucedió en el campo de batalla, los falangistas que combatían en el frente consideraban que las rivalidades existentes antes de la guerra con las demás organizaciones derechistas no desaparecieron en la retaguardia porque allí proliferaron las ambiciones, las discordias, las envidias y los vicios motivados por los «intereses egoístas de los débiles y pobres de espíritu» que huían de la lucha en las trincheras y que solo buscaban satisfacer sus intereses mientras que los «mejores morían en el campo de batalla».[1733]

7.3. Unificación política

El fracaso de la conquista de la capital del estado y el inicio de la guerra total se tradujeron en la necesidad militar de unificar todas las fuerzas políticas en una sola organización y subordinar todos los instrumentos -fuerzas armadas y poder político- a la figura de Franco, quien afirmó el 23 de abril de 1937 que los «españoles de buena voluntad» debían ser movilizados para servir a un ideal común: la salvación de la patria y del catolicismo.[1734] Su principal objetivo consistía en maximizar la unidad, la fuerza y la disciplina, y tener un control absoluto de los recursos materiales y humanos para combatir en un conflicto total. La necesidad de unificar todas las fuerzas políticas también estaba motivada por la percepción de Franco de que el poder político era una extensión de la estructura del mando militar. A ello hay que sumarle el criterio de influyentes personalidades y aliados, tanto españoles -como su cuñado, el diputado de

[1732] BLINKHORN, M., *Carlismo y contrarrevolución en España*…, p. 387.
[1733] "Rasgos de los combatientes", *Amanecer* (Zaragoza), 2 de junio de 1937, p. 1; y TORRIJO BERGES, S., *Mis memorias de la guerra*…, pp. 109-111.
[1734] "Necesidad y coyuntura de la unificación", *Azul*. *Diario de Falange Española de las JONS* (Córdoba), n.º 175, 23 de abril de 1937, p. 1

la CEDA Ramón Serrano Suñer, o su hermano, Ramón Franco- como extranjeros -la Italia fascista y la Alemania nazi.

Estos últimos apoyaban con las armas al líder que, según ellos, mejor podía garantizar la colaboración y la unión de las diferentes fuerzas políticas del campo contrarrevolucionario: Franco. Tanto italianos como alemanes deseaban que el Nuevo Estado tuviera una estructura de partido único. A diferencia de los nazis, los italianos planteaban su intervención en España como una forma de adquirir influencia sobre el nuevo Estado que saliera de la guerra más que en implantar un régimen fascista.[1735] La influencia del fascismo internacional sobre el bando sublevado en España fue posible porque aquel se constituyó como cultura política de primer orden en la Europa de los años treinta en un contexto que se caracterizaba por una crisis geopolítica, moral y económica; por la atracción que generaban las soluciones propuestas por el fascismo para solucionar los problemas de la época; y, además, por la existencia de una red que aseguraba las transferencias culturales y políticas de los distintos movimientos fascistas en Europa para garantizar la centralidad del fascismo en el nuevo orden que se pretendía erigir.[1736]

A su vez, el entorno español de Franco, para no repetir el mismo error de la dictadura del general Miguel Primo de Rivera de crear un partido político de la nada, buscaba fundar un régimen que no se identificara con el ejército, sino que estuviera enraizado en la sociedad civil y que se basara en el modelo de los estados fascistas europeos. Para ello, era necesario acabar con la diversidad política y subordinar todos los partidos del campo contrarrevolucionario a una única organización política que se constituyera como puente entre el Estado y la población. Por esta misma razón, la propuesta de Ramón Franco de crear un partido franquista inspirado en la UP primorriverista e integrado por las distintas organizaciones políticas del campo contrarrevolucionario bajo el liderazgo de su hermano no prosperó, mientras que sí tuvo éxito el proyecto defendido por Serrano Suñer de construir un partido único a partir de la única entidad política que, según él, disponía de un gran apoyo popular, es decir, FE de las JONS.

[1735] La creación del partido único era una apuesta del responsable de propaganda italiano, Guglielmo Danzi, la unión entre falangistas y carlistas fue propuesta por Roberto Farinacci, el corporativismo estaba influenciado por el ministro de asuntos exteriores, Galeazzo Ciano, el primer gobierno de Franco era una idea de Mussolini, las reformas en la educación impulsadas por Sainz Rodríguez eran una copia de la reforma de las leyes educativas de Emilio Gentile, y el Fuero del Trabajo estaba inspirado en la *Carta del Lavoro* italiana. RANZATO, G., *El eclipse de la democracia*…, p. 520-521; y RODRIGO, J, *La guerra fascista. Italia en la Guerra Civil española, 1936-1939*, Alianza, Madrid, pp. 177-218.
[1736] RODRIGO, J, *La guerra fascista*…, p. 217.

Conscientes de que no podían competir con la capacidad de movilización de los falangistas y de los carlistas tras haber perdido todo el capital político que tenían antes del inicio de las hostilidades, los monárquicos alfonsinos y los cedistas eran partidarios de la fusión política decretada desde arriba porque consideraban que *no tenían nada que perder y mucho que ganar*. Por su parte, al no disponer de combatientes suficientes para organizar sus propias milicias, los dirigentes de RE estimaban que la unificación representaba una gran oportunidad de recuperar el terreno perdido tras la transformación del escenario político con el inicio de la guerra. Gracias a que disponían de unos cuadros políticos experimentados y tenían relaciones privilegiadas con los militares, la fusión política suponía para los alfonsinos una mayor capacidad de incidencia en los cargos importantes del Nuevo Estado a la vez que se prevenían de las ansias totalitarias de FE de las JONS.[1737] En esta misma línea, Gil Robles defendía la unión de todas las fuerzas políticas en una sola entidad. Como puede verse en la carta que le escribió al marqués de la Vega de Anzo el 29 de octubre de 1936, el líder de la CEDA comentó que

> El momento actual exige la desaparición de todos, entiéndase bien, de <u>todos</u> los partidos, incluso de los que huyen de ese nombre. Cuando llegue ese instante venturoso, Acción Popular […] se enorgullecerá en dar las máximas facilidades […] ofreciendo incluso el sacrificio de su existencia colectiva cuando la unión sagrada de todos los demás.[1738]

La necesidad de crear un partido único también estaba alentada por la voluntad de preservar el orden y la unidad neutralizando las dos principales organizaciones políticas y afianzando su posición sobre estas, puesto que, para Franco y sus colaboradores, la situación interna de Falange y de la CT, así como la rivalidad y los conflictos entre sus milicianos, podrían desestabilizar el orden y la unidad de la retaguardia. Como señaló el futuro delegado de Prensa y Propaganda de FET de las JONS en la localidad orensana de Allariz, las milicias estaban más preocupadas por ocupar cargos políticos ventajosos para el futuro que por conquistar emplazamientos controlados por el enemigo en el campo de batalla.[1739] Asimismo, las relaciones entre los responsables provinciales del ejército y los de las milicias no eran especialmente fluidas, y particularmente en materia de reclutamiento. Ello se evidencia con muchas secciones locales de FE de las JONS y sus respectivas milicias de Segunda Línea que fueron organizadas apresuradamente por mandos militares para que el partido fascista

[1737] SAZ CAMPOS, I., *Fascismo y franquismo*…, p. 133.
[1738] Reproducido en VEGAS LATAPIE, E., *Los caminos del desengaño*…, p. 204; y PRADA RODRÍGUEZ, J., "Que jamás la sangre derramada…", p. 444.
[1739] PRADA RODRÍGUEZ, J., "Que jamás la sangre derramada…", p. 423.

tuviera mayor facilidad para atraer voluntarios que combatieran en el frente. No obstante, el peligro de que sus responsables pudieran utilizar esta capacidad de movilización para exigir determinadas contrapartidas hizo que los militares se resistieran a cederles la iniciativa.[1740]

Conscientes de que la unificación era un hecho inevitable, representantes de FE de las JONS y de la CT se reunieron con la intención de pactar una fusión política y ofrecerle a Franco un puesto más o menos simbólico porque creían que, de este modo, podrían mantener el control del partido único si llegaban a un acuerdo de unificación antes de que esta fuera decretada desde arriba. El primer encuentro tuvo lugar el 16 de febrero de 1937 en la localidad portuguesa de Insúa, donde los enviados de Falange, Pedro Gamero y José Luis Escario, autorizados por Hedilla, y Sancho Dávila, quien no tenía el consentimiento del jefe provisional falangista, se entrevistaron con los representantes de la CT presididos por el príncipe regente Javier de Borbón-Parma. Con el inicio de las negociaciones, se puede apreciar que los falangistas, conscientes de su superioridad numérica, pretendían absorber la CT y sus milicias. Por su parte, los carlistas formulaban que la unión debía realizarse sin la incorporación de un grupo al otro, y que el nombre del nuevo partido debería ser uno mixto de los dos o uno bien distinto. También había una incompatibilidad ideológica de base, en la que los falangistas defendían la proclamación de un régimen de partido único, mientras que los carlistas tenían como ideal establecer una sociedad corporativa sin partidos. A pesar de que no llegaron a ningún acuerdo trascendente, los representantes de ambas organizaciones aprobaron no admitir la intervención de terceros en las negociaciones, oponerse a la constitución de cualquier gobierno que no estuviera formado exclusivamente por representantes de los dos movimientos ni realizar alianzas con otros grupos mientras durara el diálogo.[1741]

La segunda reunión se celebró en Salamanca el 23 y 27 de febrero. En ella participaron el conde de Rodezno y José María Pemán por parte de la CT, y Julián Pemartín en representación de FE de las JONS. Los falangistas insistieron en la incorporación de la CT en Falange y propusieron la constitución de un triunvirato que tendría la plenitud de la autoridad delegada por el regente (Franco), con el cual, no obstante, se contaría después para designar a la persona que ocuparía el trono. A causa de las discrepancias entre falangistas y carlistas, en esta segunda reunión tampoco se llegó a ningún acuerdo aceptado por ambas partes. Como se pone de manifiesto, la

[1740] Ibid., pp. 423-424.
[1741] ÁLVAREZ PUGA, E., *Historia de la Falange*…, pp. 67-68; PAYNE, S.G., *Falange*…, pp. 162-165; TUSELL, J., *Franco en la guerra civil*…, pp. 106-108; y PEÑALBA, M., *Entre la boina roja y la camisa azul*…, pp. 38-40.

existencia de un objetivo y de un adversario común no fueron suficientes para garantizar el acuerdo y superar las divisiones entre ambas organizaciones.[1742]

Consciente de la inevitabilidad de la unificación política, Hedilla jugó a dos bandas. Por una parte, se esforzó por tener un buen entendimiento con Franco con el fin de conseguir una fusión favorable para el partido fascista y que esta se hiciera con una clara hegemonía falangista. Por otra, intentó conseguir la unión política con la CT antes de que esta fuera decretada desde arriba.[1743] En ocasión de un viaje al norte de España a inicios de abril de 1937, Hedilla se entrevistó en Villarreal de Álava con dos dirigentes carlistas contrarios al sector navarro, José María de Areilza y Lamamié de Clairac. El jefe falangista llegó a un acuerdo para que la fusión política se hiciera bajo la iniciativa de ambas organizaciones y que fuera «por lo menos temporalmente, para que Franco no tenga que alegar una circunstancia imperativa, de fuerza mayor».[1744] También se comprometió a no acepar ningún cargo en caso de que la unificación fuera decretada desde arriba.

Aprovechando las diferencias internas y la lucha abierta dentro de FE de las JONS -entre *legitimistas* y *hedillistas*- y de la CT -entre *colaboracionistas* y *legitimistas*- , Franco maniobró con las cúpulas dirigentes de ambas organizaciones con el objeto de establecer relaciones con los líderes partidarios de una posible unificación y, al mismo tiempo, reprimir cualquier actitud que desafiara su autoridad como sucedió, por ejemplo, con el jefe delegado de la CT, Manuel Fal Conde, en diciembre de 1936 en relación con la fundación de la academia militar carlista de San Javier. En este caso, Franco interpretó el discurso de Fal Conde como un golpe encubierto contra su liderazgo al mencionar la existencia de una autoridad *legítima* superior a la suya, la monarquía carlista.[1745] Aceptar tal cosa hubiera significado poner en duda su posición como jefe del estado al permitir la existencia de un poder alternativo que creara y regulara sus propias fuerzas armadas. El conflicto entre Franco y Fal Conde terminó con el triunfo del primero y el exilio del segundo en Lisboa. De esta forma desapareció la única tendencia dentro del tradicionalismo que podría instaurar una organización carlista independiente y oponerse a la unificación, así como al control absoluto de Franco.

El carlismo se encontraba dividido por las desavenencias entre la dirección nacional y los dirigentes navarros originadas por el deseo de ambas facciones de hacerse con el poder dentro del partido y, en buena medida, por sus diferentes

[1742] TUSELL, J., *Franco en la guerra civil*…, pp. 108-109; y PEÑALBA, M., *Entre la boina roja y la camisa azul*…, p. 25.
[1743] THOMÀS, J. M., *La Falange de Franco*…, p. 42; y MORENTE. F., *Dionisio Ridruejo*…, p. 142.
[1744] VEGAS LATAPIE, E., *Los caminos del desengaño*…, p. 206.
[1745] PEÑALBA, M., *Entre la boina roja y la camisa azul*…, pp. 30-31.

posiciones sobre la unificación política y la colaboración con Franco. Por una parte, los *colaboracionistas*, representados por la dirección navarra liderada por el conde de Rodezno, consideraban indispensable cooperar con Franco para tener capacidad de influir en el Nuevo Estado y poder, así, reinstaurar la monarquía tradicionalista en un futuro. Por otra, los *legitimistas*, liderados por Fal Conde y el príncipe regente Javier de Borbón-Parma, eran reticentes a la unificación porque la veían como un primer paso hacia la creación de un régimen de partido único de corte fascista contrario al modelo de Estado tradicionalista, lo que comportaría que el carlismo perdería su identidad y su autonomía. Además, mantenían que la restauración monárquica solo podía llegar si la CT se mantenía fiel a su ideario y a sus mandos. Por lo tanto, nos encontramos con un carlismo dividido entre la facción liderada por el jefe delegado de la CT y el príncipe regente, que representaba la política de reafirmación de la personalidad y la autonomía del carlismo, y el bando dirigido por el conde de Rodezno, partidario de la colaboración con Franco.

Por su parte, en FE de las JONS, el liderazgo provisional de Manuel Hedilla no era realmente aceptado por todos, lo que significaba la existencia de dos bandos que, como en la CT, pugnaban por hacerse con el poder para trazar la orientación estratégica del partido. Por una parte estaban los *legitimistas*, facción liderada por dirigentes próximos al jefe nacional de Falange, como su hermana Pilar, su primo lejano Sancho Dávila, su pasante Rafael Garcerán o Agustín Aznar, quien estaba comprometido con una prima suya. Se consideraban los herederos del legado de José Antonio Primo de Rivera y los depositarios de la *autenticidad* y de la esencia falangista. Su núcleo estaba constituido por falangistas sevillanos, leoneses, vallisoletanos y madrileños a los que la sublevación sorprendió fuera de Madrid o que consiguieron escapar de la capital del estado. Estos acusaron a Hedilla de querer entregar la Falange a Franco y se oponían a su liderazgo, sobre todo tras el inicio de una campaña de promoción de su figura política. Por otra, los *hedillistas*, facción liderada por el jefe nacional provisional de FE de las JONS. Hedilla tenía el apoyo de los falangistas de Burgos, Aragón, Guipúzcoa, Navarra, Álava, Logroño, Santander, Galicia, Zamora, Toledo y Cataluña. Además, se rodeó de una serie de colaboradores que, como Víctor de la Serna, José Antonio Serrallach Julià, Maximiano García Venero, Martín Almagro Bosch, José Luis Escario, Alfonso García Valdecasas o el capitán Chamorro, pusieron las bases de un culto a su personalidad para potenciar su figura y lo ayudaron en sus funciones políticas y administrativas. Igualmente, cabe destacar la presencia de *camisas nuevas* procedentes de organizaciones católicas y monárquicas que veían a Franco como el

potencial líder del Nuevo Estado. Estos querían orientar el partido fascista hacia posiciones de corte autoritario y corporativo, pero netamente conservador.

La muerte de José Antonio Primo de Rivera el 20 de noviembre de 1936 obligó a la JMP a replantearse su situación y a preparar el camino de una Falange sin su jefe nacional. Consciente de que ir a la unificación sin haber resuelto la cuestión del mando supremo en el partido colocaría a FE de las JONS en una posición de debilidad,[1746] Hedilla convocó a los dirigentes locales y provinciales el 15 de abril de 1937 para celebrar un consejo nacional extraordinario en Burgos diez días después con la intención de resolver el problema sucesorio y, asimismo, acabar con las tensiones existentes dentro del partido disolviendo la JMP y eligiendo un nuevo jefe nacional. Esa misma noche, Manuel Aznar, José Moreno, Jesús Muro, Sancho Dávila y Rafael Garcerán se reunieron para aprobar la destitución de Hedilla, la disolución de la JMP y la constitución de un nuevo triunvirato formado por Aznar, Dávila y Muro -en lugar de José Moreno que rechazó su puesto-, y de un secretariado general en la persona de Garcerán. El día siguiente se presentaron en el despacho de Hedilla en la sede de la jefatura del mando provisional en Salamanca para comunicarle su destitución y la formación del nuevo triunvirato.

Al recibir la notificación, Hedilla abandonó la sede de FE de las JONS acompañado por el jefe provincial de Toledo, José Sainz Nothnagel, para dirigirse al CGG con la intención de reunirse con Franco y conseguir su apoyo. Este le aseguró que no reconocería a nadie que no fuera él como líder de FE de las JONS y le ofreció fuerzas para sofocar la rebelión, a lo que el jefe falangista se negó. Hedilla se sentía amenazado porque consideraba que los *legitimistas* habían concentrado varias unidades de escuadristas sevillanos cerca de Salamanca y creía que pensaban movilizar la centuria de Madrid para su acuartelamiento en la capital salmantina donde, si fuera necesario, ocuparían violentamente los locales de la jefatura de Falange y acabarían con la vida de sus partidarios.[1747] Con el fin de recuperar el control de la JMP y garantizar su seguridad y la de sus hombres, Hedilla ordenó que las fuerzas comandadas por los jefes provinciales que le eran leales se presentaran en Salamanca.

Una vez que llegaron a la capital salmantina, los escuadristas comandados por los jefes fieles a Hedilla se encontraron con que las fuerzas del orden habían cerrado las vías de acceso a la ciudad, y que solo podían pasar si poseían un salvoconducto. El objetivo del CGG consistía en impedir que los milicianos de Falange entraran en

[1746] MORENTE. F., *Dionisio Ridruejo*…, p. 143.
[1747] SOUTHWORTH, H.R., *Antifalange*…, p. 224.

Salamanca para evitar que realizaran cualquier *movimiento peligroso*.[1748] Ello comportó que los falangistas tuvieran que entrar clandestinamente, como sucedió, por ejemplo, con los escuadristas de Toledo, que lo hicieron cruzando el río Tormes.[1749] A pesar de ello, como recordaron los falangistas Florentino y Paco Pombo, había una mayor presencia de milicianos de Falange que de costumbre en la capital de la *España liberada*,[1750] y en la ciudad se respiraba un ambiente de guerra civil entre *hedillistas* y *legitimistas*.

Por su parte, Hedilla envió a Alcázar de Velasco, a José María Alonso Goya y a José Antonio Serrallach a Pedro Llen para solicitar al instructor de la academia militar, el oficial finlandés Karl von Haartman, el envío a Salamanca de los cadetes recién graduados. Von Haartman les pidió una disposición firmada por Hedilla para responder a la petición. Serrallach y Alcázar de Velasco volvieron al domicilio del jefe provisional de Falange para buscar la orden. Cuando llegaron a su residencia, Hedilla llamó al oficial finlandés para conminarle a que armara inmediatamente a los cadetes y los enviara a Salamanca. La actitud de von Haartman hizo que Alcázar de Velasco sospechara que el oficial finlandés estaba aliado con Franco, quien, según él, estaba al corriente de todo lo que pasaba en FE de las JONS.[1751]

Una vez reunidos sus efectivos, el 16 de abril de 1937 Hedilla envió una pequeña expedición de milicianos al domicilio de Dávila porque confiaba en llegar a un acuerdo con él, y otra al de Garcerán por ser considerado el líder de los *legitimistas*. En cambio, no envió ninguna partida contra Aznar ni Moreno porque se encontraban en el cuartel de Falange que, en ese momento, estaba rodeado por dos compañías de la Guardia Civil.[1752] El primer grupo, comandado por el jefe de las milicias de La Montaña, José María Alonso Goya, quien se presentó voluntario para liderar el pelotón porque conocía bien a Dávila tras haber compartido celda en la cárcel Modelo de Madrid y refugio en la embajada cubana en la capital del estado, estaba integrado por los falangistas de Santander Daniel López Puertas, Fernando Ruiz de la Prada, Aureliano Gutiérrez Llano y Santiago Corral y Corpas. Como recordó el número dos de la expedición, López Puertas, el plan era que Goya hablaría con Dávila y, en caso de que este se negara a sus requerimientos, el primero lo apuntaría con la pistola para obligarle a irse con él; y,

[1748] VEGAS LATAPIE, E., *Los caminos del desengaño*…, p. 200.
[1749] GARCÍA VENERO. M., *Testimonio de Manuel Hedilla*…, pp. 466-467.
[1750] ALCÁZAR DE VELASCO, A., *Los 7 días en Salamanca*…, p. 126.
[1751] Ibid., pp. 174-184.
[1752] THOMÀS, J. M., *El gran golpe*…, p. 71.

si *hubiera lío*, él mismo entraría «bomba en mano» junto con Aurelio Gutiérrez y Santiago Corral y Corpas en la habitación.[1753]

Cuando el grupo llegó al domicilio de Dávila, este se sorprendió porque no esperaba un *ataque* esa misma noche. Antes de llamar, Goya mandó a sus hombres montar sus pistolas y coger dos bombas de mano cada uno como *medida de precaución*. Después, ordenó a Gutiérrez que se quedara en el rellano, a Ruiz de la Prada y a Corral en el zaguán, y a López Puertas en la antesala. Después de que sus hombres ocuparan sus posiciones, Goya entró en la habitación y habló con Dávila para pedirle que se fuera con él. Al negarse este, el jefe de las milicias de la Montaña lo apuntó con la pistola. Desde la entrada de la habitación contigua, el escolta de Dávila, Manuel Peral, mató a Goya de un tiro en la nuca. Alcázar de Velasco recordó en sus memorias que la muerte del jefe de milicias de La Montaña representaba «la imagen de la Falange muerta. Entendí entonces y más y mejor que […] el nacionalsindicalismo estaba también muerto».[1754] Al escuchar el disparo, los miembros de la expedición liderada por Goya entraron en la habitación y, al ver al falangista montañés en el suelo, López Puertas disparó a Peral que falleció el 20 de abril de 1937 a causa de las heridas. Siguió un tiroteo en el que López Puertas forcejeó con Dávila hasta que llegó la policía, que detuvo a este último y a sus escoltas.

A continuación, una expedición integrada por seis falangistas -tres pertenecientes al grupo de Goya (Ruiz de la Prada, Gutiérrez Llano y Corral y Corpas) y otros tres a una patrulla de vigilancia urbana- se dirigió a la residencia de Rafael Garcerán para detenerlo. Consciente de lo que había pasado en casa de Dávila, Garcerán disparó a los integrantes de la expedición desde la ventana para impedir que entraran en su casa, lo que condujo a un tiroteo que terminó con la intervención de la Guardia Civil y el arresto de todos los presentes.

Se ha discutido mucho sobre el carácter que tuvieron las visitas a Dávila y a Garcerán. En algunos casos se habla de un intento de poner fin a las disputas entre ambas facciones de forma pacífica.[1755] No obstante, se puede apreciar que Hedilla envió las expediciones con fines disciplinarios,[1756] porque, como se ha puesto de manifiesto, los milicianos del grupo liderado por Goya iban armados y tenían permiso de emplear la

[1753] ALCÁZAR DE VELASCO, A., *Los 7 días en Salamanca*…, pp. 228-230.
[1754] Ibid., p. 219.
[1755] GARCÍA VENERO, M., *Testimonio de Manuel Hedilla*…, pp. 466-467.
[1756] SOUTHWORTH, H.R., *Antifalange*…, pp. 220-221; y PEÑALBA, M., *Falange Española*…, pp. 220-221.

fuerza en caso de ser necesario, y, además, Hedilla, tras el arresto de Dávila, comentó que «las rebeliones en Falange se castigan».[1757]

Los hechos de Salamanca dejaron a FE de las JONS en una situación de debilidad interna, algo similar a lo que pasó en el campo carlista tras el exilio de Fal Conde. Como consecuencia de los hechos de la noche del 16 de abril, las fuerzas del orden detuvieron a falangistas de ambos bandos acusados de asesinato, incitación al desorden y agresiones. Por una parte, entre los *legitimistas*, Dávila y Garcerán fueron arrestados, procesados por *alteración del orden público con derivación de homicidio y lesiones*, y trasladados a la cárcel de Salamanca. Por otra, Aznar y Moreno, a pesar de no haber intervenido en los hechos de la noche del 16 de abril, fueron detenidos cinco días después, pero no fueron encausados y fueron puestos en libertad a los pocos días. De la misma manera, otros, como Antonio Luna -número dos de Garcerán y compañero de habitación de Dávila- o Juan Pérez Velázquez -el otro escolta de Dávila-, fueron encarcelados sin ser procesados. La mayoría de milicianos del bando *hedillista* fueron arrestados sin ser encausados y liberados, como los jefes de la centuria catalana, mientras que los cuatro falangistas santanderinos que acompañaron a Goya al domicilio de Dávila fueron detenidos y puestos en libertad pocos días después a pesar de haber sido encartados por *alteración del orden público con derivación de homicidio y lesiones*.[1758] Ahora bien, gracias a que Franco lo reconocía como jefe de FE de las JONS, Hedilla no acabó implicado en el procedimiento que la jurisdicción militar abrió a los falangistas que estaban involucrados en los hechos de la noche del 16 de abril.

Hedilla adelantó la celebración del consejo nacional para el 18 de abril de 1937 por la necesidad de hacer frente a los hechos de la noche del 16 e intentar devolver la calma al partido. Antes de la votación para nombrar al jefe nacional, se aprobó que el que saliera elegido ejercería el cargo hasta que Primo de Rivera o Raimundo Fernández-Cuesta fueran liberados de su cautiverio en la zona republicana y ocuparan el puesto.[1759] Hedilla fue elegido jefe nacional por 10 votos a favor. Tras su nombramiento, se dirigió al CGG para notificárselo personalmente a Franco, quien se mostró satisfecho con su designación como jefe nacional. Esa misma tarde había una manifestación delante del CGG en la que Franco compareció con Hedilla en el balcón, dando lugar así a una sensación de avenencia que no era real. Como recordó Alcázar de Velasco en sus memorias, esta imagen escenificaba una transmisión legal de

[1757] VEGAS LATAPIE., *Los caminos del desengaño*…, p. 194.
[1758] THOMÀS, J. M., *El gran golpe*…, pp. 111-112.
[1759] GARCÍA VENERO, M., *Historia de la Unificación*…, p. 98.

poderes, en la que Hedilla dimitió después de ser designado jefe nacional de FE de las JONS para ceder la jefatura del partido a Franco.[1760]

Aprovechando las divisiones internas en Falange y en la CT, y sin haber negociado antes con los dirigentes de ambas organizaciones, Franco anunció la unificación de las diferentes fuerzas políticas y la creación del partido único, FET y de las JONS, en un discurso el 19 de abril de 1937 retransmitido por Radio Nacional de Salamanca. Así pues, la muerte de los principales líderes de FE de las JONS, las luchas internas y las necesidades de la guerra hicieron que el partido fascista perdiera toda oportunidad de dirigir la construcción política del Nuevo Estado. La unificación no era una consecuencia aislada de los hechos de Salamanca, sino que era resultado de un proceso político previo que favoreció los proyectos de Franco.

El decreto de unificación fue, fundamentalmente, obra de Serrano Suñer. En él se aprobó que FE de las JONS y la CT «se integran bajo» la jefatura de Franco «en una sola entidad política de carácter nacional que de momento se denominará Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S.». También se manifestó que el partido sería una «organización intermedia entre la sociedad y el Estado», que «tiene la misión principal de comunicar al Estado el aliento del pueblo y de llevar a éste el pensamiento de aquél a través de las virtudes políticomorales de servicio, jerarquía y hermandad». En definitiva, se creó una organización que funcionó como enlace entre la sociedad y el Estado para garantizar una continuidad política y una adhesión entusiasta de la población española al régimen.[1761] En todo caso, la aprobación del decreto de unificación y la creación de FET y de las JONS comportó que los sublevados superaran su condición de “estado campamental” erigiendo un estado con una organización partidista equiparable a las de la Italia fascista y la Alemania nazi, todo lo cual puso fin al carácter de provisionalidad de los primeros meses de las hostilidades, motivada esta por lo que los rebeldes esperaban que sería una inmediata conquista de la capital del estado y la consiguiente derrota de la República.

Aunque las distintas tendencias políticas no desaparecieron, la unificación condujo al desmantelamiento del sistema partidista hasta entonces vigente y a la integración de todas las organizaciones antirrepublicanas en una nueva entidad franquista *aglutinadora* que seguía los modelos totalitarios europeos. De esta manera, y como era su propósito, Franco consiguió concentrar el mayor grado posible de poder en sus manos. Por otra parte, a pesar del predominio de los símbolos falangistas, del

[1760] ALCÁZAR DE VELASCO, A., *Los 7 días en Salamanca*…, p. 289.
[1761] GALLEGO, F., *El Evangelio fascista*…, p. 478.

ideario y del programa del partido fascista, así como de la reproducción de sus estructuras, Falange no absorbió a las demás organizaciones fusionadas, y mucho menos a los carlistas, como era su deseo inicial, pero sí que había una clara hegemonía falangista en el plano político, de hecho, solo contrarrestada por los militares.[1762] De este modo, tanto Falange como la CT perdieron su autonomía política en favor de un caudillo, Franco, al mismo tiempo que quedaron asimiladas a la nueva organización y sus propósitos pasaron a estar subordinados a los del Nuevo Estado. Así pues, lo que tuvo lugar fue un *golpe de estado a la inversa* en el que el jefe del estado (Franco) se *apoderó* de las principales organizaciones políticas (FE de las JONS y CT) e integró a los demás grupos de la derecha reaccionaria (CEDA y RE) en un solo partido (FET y de las JONS) para acomodarlos a sus propósitos.[1763]

En lo referente a las milicias, se aprobó que estas quedaron

> fundidas en una sola milicia nacional las de Falange Española y de Requetés, conservado sus emblemas y signos exteriores. A ellas se incorporan también, con los honores ganados en la guerra, las demás milicias combatientes. La milicia nacional es auxiliar del Ejército. El jefe del Estado es jefe supremo de la milicia. Será jefe directo un general del Ejército, con dos subjefes militares procedentes, respectivamente, de las milicias de Falange Española y de Requetés. Para mantener la pureza de su estilo, se nombrarán los asesores políticos de mando.[1764]

De este modo, las unidades milicianas de las organizaciones que empuñaban las armas contra la República quedaron sometidas a la jerarquía militar, lo que significó que el control de la nueva milicia unificada pasó a ser absoluto por parte de Franco y que los partidos políticos perdieron la jurisdicción sobre aquellas. A pesar de ello, los milicianos conservaban sus emblemas y sus símbolos, y mantenían sus respectivos cuarteles, lo que hizo que existieran tantos locales como los que había antes de la firma del decreto de unificación.

Con el fin de consolidar la fusión y eliminar las diferentes identidades políticas, el CGG aprobó medidas como, por ejemplo, la implantación de la camisa azul de Falange y la boina roja de los carlistas como uniforme de la milicia unificada; la adopción del saludo fascista como salutación nacional el 24 de abril de 1937; la repartición por

[1762] CHUECA RODRÍGUEZ, R.L. y MONTERO, J.R., "El fascismo en España…", p. 240; GALLEGO, F., *El evangelio fascista*…, pp. 477-479; THOMÀS, J. M., *Los fascismos españoles*…, pp. 160-161; y PEÑALBA, M., "Boinas rojas, camisas azules: las milicias *nacionales* en la guerra civil española" en MATTHEWS, J. (ed.), *España en guerra*…, p. 75.
[1763] RIDRUEJO, D., *Casi unas memorias*…, p. 225; SAZ CAMPOS, I., *Fascismo y franquismo*…, p. 145; y TUSELL, J., "La evolución política en la zona sublevada" en JULIÁ, S. (ed.), *República y guerra en España*…, pp. 393-394.
[1764] BOE, n.º 255, 19 de abril de 1937, p. 2; BOE, n.º 182, 20 de abril de 1937, pp. 1-2; y ÁLVAREZ PUGA, E., *Historia de la Falange*…, pp. 74-75.

igual de la representación en los comités provinciales entre FE de las JONS y la CT aprobada seis días después; o la orden del 8 de julio de 1937 para que falangistas y carlistas compartieran local en las poblaciones con menos de 10.000 habitantes.[1765] En esta misma línea, para afianzar el control castrense sobre las milicias, el CGG aprobó órdenes como, por ejemplo, la resolución del 11 de mayo de 1937 por la que se nombró al general de brigada José Monasterio jefe directo de la Milicia Nacional, a los coroneles Rada y Gazapo subjefes de esta, y al falangista Agustín Aznar y al carlista Jesús Elizalde asesores políticos del mando superior de la milicia; y, asimismo, se autorizó que el general jefe de la Milicia Nacional,

> oídos los Jefes provinciales del movimiento designará un Jefe Militar que desempeñará el cargo de Jefe provincial de la Milicia. Los Jefes provinciales del movimiento designarán un asesor político del Jefe Militar provincial. Los mandos subalternos de la Milicia Nacional, entendiéndose por tales los inferiores a Jefes de Centuria o agrupaciones similares, serán desempeñados por individuos pertenecientes a la Milicia Nacional, sean o no militares, que reúnan las disposiciones reglamentarias.[1766]

Un decreto de mayo de 1937 aprobó que todas las fuerzas que prestaran servicio de orden público en los pueblos y ciudades de la retaguardia quedaran afectas a la Milicia Nacional y dependientes de los jefes militares provinciales de la misma.[1767] Y los estatutos del 4 de agosto de 1937 señalaron que «el mando supremo de las Milicias lo encarna el Caudillo, quien delegará sus prerrogativas en un Jefe directo y responsable».[1768] En relación con los combatientes, un mes después de que se aprobara el decreto de unificación, se estableció que los milicianos que tuvieran entre 18 y 30 años deberían inscribirse obligatoriamente en la Primera Línea, mientras que los mayores de 30 años deberían hacer lo mismo en la Segunda. Así, quedaron atrás los tiempos en los que los afiliados podían elegir su destino.

A pesar de la absorción de las diferentes organizaciones políticas y su subordinación al liderazgo de Franco, la unificación fue bien recibida por los dirigentes de RE y de la CEDA. Ello se puede apreciar en las cartas y telegramas enviados al CGG para expresar su «leal adhesión» y «plena obediencia» a Franco, quien señaló que recibió 60.000 telegramas de agradecimiento y satisfacción.[1769] Entre los que lo felicitaron, estaban, por ejemplo, Antonio Goicoechea, el delegado regional de RE en

[1765] ELLWOOD, S., *Historia de Falange Española*…, pp. 109-110.
[1766] BOE, n.º 205, 13 de mayo de 1937, p. 2.
[1767] BOE, n.º 205, 13 de mayo de 1937, p. 2.
[1768] BOE, N.º 291, 7 de agosto de 1937, p. 2.
[1769] TUSELL, J., *Franco en la guerra civil*…, p. 133.

las vascongadas, Ramón Sierra, el delegado de la jefatura nacional de RE, Zunzunegui, el jefe de RE en Navarra o el jefe nacional de las JAP.[1770] Los líderes de los grupos de la derecha expresaron un entusiasmo por cuanto sus posibilidades de desempeñar un papel relevante en el Nuevo Estado por sí mismos resultaban no solo modestas, sino nulas.[1771] De la misma manera, líderes de la CT, como los miembros de la Junta Nacional Carlista, también manifestaron su adhesión a Franco.[1772] Igualmente, algunos militantes de FE de las JONS expresaron su alegría. Este fue el caso de un falangista que escribió a Hedilla el 20 de abril de 1937 para felicitarle por su «acertada determinación» en «unión del Generalísimo».[1773] A ello hay que sumarle la celebración *espontánea* de manifestaciones de adhesión en los municipios de la *España liberada* durante los días posteriores a la aprobación del decreto, como sucedió, por ejemplo, en Zaragoza, Granada, Córdoba, Melilla, Algeciras o La Línea de la Concepción (Cáceres) el 21 de abril de 1937;[1774] o en Segovia, Orense, Salamanca o Rota el 26 de abril de 1937.[1775]

No obstante, críticos con la unificación, numerosos falangistas se opusieron a ella. Este fue el caso de Alejandro Corniero Suárez, quien consideraba que la Falange de Primo de Rivera había muerto porque Franco no había calado en la «substancia falangista». También se lamentaba de que FE de las JONS se desvirtuó porque el «sentido de sobriedad y austeridad» habían cedido ante los «alojamientos suntuosos» y los «coches oficiales». Además, se preguntaba si los militantes de Falange serían capaces de mantenerse fieles al espíritu falangista ante el proceso de *impureza* que *corroía* al partido fascista.[1776] En esta misma línea, Emilio Lazarte Ronzart manifestó que

> yo he tenido algunos desengaños sobre lo que tenía que ser el desarrollo del movimiento y la nueva España, y como yo los engañados y defraudados son muchos miles, en nuestra zona ha pasado un símil de lo que ha pasado en la vuestra, solo te puedo decir que nuestra Falange, la de José Antonio, después de haber dado al ausente en holocausto, y lo mejor de los nuestros en la lucha cruenta

[1770] "Telegramas al Generalísimo", *ABC* (Sevilla), 21 de abril de 1937, p. 5; "El Generalísimo recibe miles de telegramas", *Azul*. *Diario de Falange Española de las JONS* (Córdoba), n.º 173, 21 de abril de 1937, p. 3; "El Generalísimo recibe miles de telegramas", *Azul*. *Diario de Falange Española de las JONS* (Córdoba), n.º 173, 21 de abril de 1937, p. 3; "Un telegrama del jefe nacional de Renovación Española", *ABC* (Sevilla), 22 de abril de 1937, p. 5; "Renovación Española de Navarra", *ABC* (Sevilla), 22 de abril de 1937, p. 5; y "La adhesión del jefe nacional de la Jap", *ABC* (Sevilla), 22 de abril de 1937, p. 5.
[1771] TUSELL, J., *Franco en la guerra civil*…, p. 134.
[1772] "La Junta Nacional Carlista de Guerra", *ABC* (Sevilla), 22 de abril de 1937, p. 5.
[1773] AGA, 51/18946.
[1774] "Manifestaciones de adhesión en Zaragoza", *ABC* (Sevilla), 22 de abril de 1937, p. 5; "En Granada", *ABC* (Sevilla), 22 de abril de 1937, p. 5; "El entusiasmo popular ante la fusión de las grandes Milicias Nacionales de Falange y Requetés", *Azul*. *Diario de Falange Española de las JONS* (Córdoba), n.º 173, pp. 1-2; "Imponente manifestación en Melilla", *F.E.* (Sevilla), n.º 231, 23 de abril de 1937, p.1; "En Algeciras", *ABC* (Sevilla), 22 de abril de 1937, p. 5; y "En la Línea", *ABC* (Sevilla), 22 de abril de 1937, p. 5.
[1775] "Continúan las manifestaciones en toda la España liberada", *ABC* (Sevilla) 27 de abril de 1937, p. 17.
[1776] CORNIERO SUÁREZ, A., *Diario de un rebelde*…, pp. 234-237.

> por la salvación de España, la Falange ha sido traicionada y suplantada por los peores enemigos que teníamos antes del movimiento, la CEDA, la Aristocracia, el Capitalismo y otras cosas peores que han suplantado nuestra dirección, y hoy estos elementos rigen los destinos de la patria. […] Tengo que decirte que lo que nosotros teníamos como Nacional Sindicalismo puro no existe, y que buena parte de los nuestros han sido comprendidos como traidores y rebeldes. […] No sé lo que habrán dicho por ahí de Manuel Hedilla, el único e indiscutible Jefe Nacional de la Falange, pero tengo que decirte que yo persona de confianza de él y que he ocupado un cargo, y por lo que también fui detenido, digo y afirmo ante el mundo, que todos los condenados son inocentes y víctimas de una farsa, porque no convenía que España fuese regida por Nacionalsindicalistas, ni que se impusiera una revolución nacional dirigida por un obrero, pues no convenía a los que durante siglos han regido los destinos de la nación y la han conducido por donde sus conveniencias les han dicho.[1777]

A ello hay que sumarle las protestas de *camisas viejas* motivadas por la aprobación de decretos como, por ejemplo, el del 30 de octubre de 1937, que estableció la obligatoriedad de todos los miembros de los ayuntamientos y de las diputaciones de estar afiliados en FET y de las JONS; en este caso, el descontento se produjo porque se estimaba que la reposición de viejos derechistas, así como de comerciantes y empresarios que ocuparon cargos relevantes durante la dictadura de Primo de Rivera, al frente del poder local era una traición a la revolución nacionalsindicalista y al Nuevo Estado.[1778]

Algunos activistas de Falange también participaron en manifestaciones en las poblaciones de la retaguardia para mostrar su descontento con la unificación, como la celebrada en Burgos el 12 de octubre de 1937, que terminó con la apertura de expedientes a 55 militantes del partido único, de los cuales 19 eran falangistas.[1779] A su vez, varios *camisas viejas* que asistían a actos públicos se negaron a realizar el saludo fascista cuando se interpretaba la *Marcha Real* y continuaban sentados para levantarse solo cuando sonaba el *Cara al Sol*.[1780] En esta misma línea, algunos milicianos, como los de la bandera de FET y de las JONS de Segovia, rechazaron desfilar cuando sonaba la *Marcha Real*.[1781] Otros, en cambio, decidieron no volver a vestir la camisa azul ni participar en actos públicos porque consideraban que los símbolos de Falange habían sido profanados. Este fue el caso de Alejandro Corniero Suárez, quien, tras la

[1777] CDMH, PS-MADRID,473,11.
[1778] CENARRO LAGUNAS, A., "Elites, Partido, Iglesia…", pp. 89-90.
[1779] CASTRO, L., *Capital de la cruzada*…, p. 116.
[1780] RIDRUEJO, D., *Casi unas memorias*…, p. 180.
[1781] AGMAV, Milicias Nacionales, 5647,12.

unificación, juró no volver a ponerse el uniforme falangista ni asistir a las celebraciones en las que se cantara el *Cara al Sol* y se levantara el brazo.[1782] Su decisión lo llevó a protagonizar incidentes como el que protagonizó el 11 de enero de 1939 al no cantar el himno falangista en el Cine Avenida de Burgos después de que terminara la película; al verlo, el médico Tomás Rodríguez lo increpó, a lo que Corniero Suárez le respondió que «yo ya corté mi cupo; lo hice bastantes veces hace algunos años, cuando pocos lo hacían y otros levantaban el puño».[1783]

Algunos *camisas viejas*, como José María Fontana, José Sainz Nothnagel o Vicente Cadenas, abandonaron la política temporalmente porque recibieron mal la unificación y les costaba aceptarla.[1784] Otros, en cambio, organizaron grupos clandestinos con el fin de agrupar a los falangistas que consideraban que se incumplieron las promesas de la revolución y la construcción del Estado nacionalsindicalista para reaparecer en el *momento oportuno*. Entre estas entidades cabe destacar la Falange Española Auténtica organizada por el *camisa vieja* Patricio González de Canales, que realizó actividades como, por ejemplo, la distribución de panfletos con el fin de llamar a los *verdaderos* falangistas para que se resistieran a la unificación.[1785] A ello hay que sumarle planes que quedaron en tentativas, como el ideado por el jefe provincial de San Sebastián, Aniceto Ruiz Castillejo, el capitán Chamorro, y los falangistas Lamberto de los Santos y Vicente Cadenas para apartar y ocultar fondos del partido y armas en previsión del paso a la clandestinidad, y retirar a los milicianos del frente con la intención de destinarlos en la resistencia armada que incluiría el asalto de gobiernos militares y civiles.[1786]

Por su parte, Manuel Hedilla rechazó el cargo de secretario político de FET y de las JONS por la presión de los *legitimistas* -sobre todo de Pilar Primo de Rivera- para que no aceptara el puesto y negociara con Franco la composición del secretariado político para aumentar la presencia de *camisas viejas*, pero también por su negativa a ser un simple vocal más en la dirección del partido porque consideraba que el cargo no estaba a la altura del que fuera jefe nacional del principal partido político antes de la fusión.[1787] Franco veía en la dimisión de Hedilla una deslegitimación de la unificación

[1782] CORNIERO SUÁREZ, A., *Diario de un rebelde*…, p. 244.
[1783] Ibid., pp. 350-351.
[1784] THOMÀS, J. M., *José Mª Fontana Tarrats*..., pp. 44-45.
[1785] MORENTE, F., "Hijos de un Dios menor. La Falange después de José Antonio" en GALLEGO, F. e Íd. (eds.), *Fascismo en España*…, pp. 230-231.
[1786] THOMÀS, J. M., "La unificación: coyuntura y proyecto de futuro" en RUIZ CARNICER, M.A. (ed.), *Falange*…, pp. 176-177; e Íd., *El gran golpe*…, p. 177-188.
[1787] THOMÁS, J.M., *Lo que fue la Falange*…, pp. 204-211; Íd., *La Falange de Franco*…, pp. 44-45; y MORENTE. F., *Dionisio Ridruejo*…, p. 146.

ante los falangistas, cosa que no estaba dispuesto a permitir.[1788] Por esta razón, el 25 de abril de 1937 ordenó la detención de Hedilla y la de algunos de sus partidarios, como Roberto Reyes Morales, y su traslado a la prisión de Salamanca. Hedilla fue acusado de resistirse a la fusión política con la intención de desplazar a Franco de la jefatura del Estado y de ser el principal culpable de los incidentes que tuvieron lugar en la noche del 16 de abril. El 5 de julio de 1937 se celebró un consejo de guerra en Salamanca que lo condenó a cadena perpetua y, poco después, otro que lo sentenció a muerte. La resolución puede ser considerada como una medida ejemplar orientada a mostrar que no importaba el papel de cualquier individuo en la sublevación y en la guerra, pues no había otro camino que el del partido unificado y la obediencia absoluta a Franco.[1789] Sin embargo, siguiendo los consejos de Pilar Primo de Rivera, de Serrano Suñer y del embajador alemán von Faupel, Franco conmutó la pena de muerte a Hedilla, que permaneció en prisión hasta su excarcelación en mayo de 1941, si bien, seguidamente, fue confinado en Mallorca hasta que en 1947 recobró la plena libertad. Hedilla no volvió a desempeñar rol político alguno en la dictadura franquista ni a integrarse en Falange, retirándose así de la vida política.

La dimisión de Hedilla implicaba que Franco tenía que reconstruir puentes con FE de las JONS para garantizar la captura del partido fascista. Para ello, el jefe del estado restableció el contacto con los *legitimistas*.[1790] Por su parte, la condena de Hedilla motivó a estos últimos a colaborar y respetar la jerarquía del Nuevo Estado a pesar de sus reticencias iniciales. También entendían que la situación de Falange no era de debilidad, sino todo lo contrario, porque consideraban que, cooperando con Franco, se abrían grandes perspectivas de futuro. Por esta razón, los *legitimistas* aceptaron colaborar a cambio de cargos políticos relevantes, como sucedió, por ejemplo, con Pilar Primo de Rivera, quien fue nombrada delegada nacional de la SF; con Agustín Aznar, quien fue designado asesor político nacional de las milicias; o con Sancho Dávila, quien fue proclamado inspector nacional de Andalucía. De este modo, Franco consiguió vincular a los *legitimistas*, quienes se habían opuesto a Hedilla por querer *entregarle* la Falange, con el régimen a cambio de cargos políticos destacados y de una vaga promesa de que, una vez terminada la guerra, se procedería a la implementación del Estado nacionalsindicalista.

Por su parte, la dirección navarra de la CT manifestó su fidelidad a Franco y aceptó la fusión política sin tener en cuenta la opinión de Fal Conde ni la del príncipe

[1788] SAZ CAMPOS, I., *Fascismo y franquismo*…, p. 145.
[1789] PEÑALBA, M., *Entre la boina roja y la camisa azul*…, p. 53.
[1790] SAZ CAMPOS, I., *Fascismo y franquismo*…, pp. 145-146.

regente Javier de Borbón-Parma. Estos últimos guardaron silencio tras la aprobación del decreto de unificación para que su actitud no pudiera ser interpretada como una rebelión, autorizaron a los carlistas a ocupar cargos en los distintos organismos del Nuevo Estado y les aconsejaron que, en la medida de lo posible, obedecieran y no se opusieran a la fusión con el fin de continuar la lucha y conseguir la victoria sin renunciar a sus principios y aspiraciones políticas. No sería hasta el final de la guerra que el príncipe regente mostró su descontento con la unificación en un escrito en el que manifestó que

> La causa de los sublevados se desvió en sus normas y realizaciones. Sin los carlistas no se pudiera haber llevado la guerra a buen término, pero luego se ha olvidado la aportación generosa de los carlistas y han visto cerrados sus círculos, incautados sus periódicos, desterrados sus dirigentes y detenidos muchos y muy destacados tradicionalistas sin más motivo que el de no haber renunciado a los ideales con los que fueron a la guerra. Al requerir y aceptar la participación del Requeté a la sublevación, no se les exigió que renunciaran a ninguno de sus ideales, como tampoco la Comunión exigió la aceptación íntegra de sus postulados. Terminada la guerra, los carlistas han de permanecer unidos y organizados bajo la disciplina de Fal Conde.[1791]

Los carlistas contrarios a la unificación criticaban que el programa del partido único y la ideología del Nuevo Estado no tenían nada que ver con el tradicionalismo, reprochaban que el juramento *impuesto* a los combatientes de las Milicias Nacionales era una *perturbación espiritual* porque estos juraban fidelidad a la patria por encima de Dios y, además, consideraban que se les había robado su identidad y que se faltó el respeto a sus símbolos, a sus tradiciones, a sus muertos, a sus antepasados y a su historia.[1792] En cambio, la única satisfacción que tenían consistía en ver elevado el catolicismo a la categoría de religión oficial del Estado, la eliminación de todo rastro de laicismo en la enseñanza y en otros ámbitos relevantes, así como la prohibición de cualquier otra actividad proselitista.

A pesar de ser integrada en el partido único, la CT continuó existiendo en las décadas siguientes, si bien, no de la misma manera en cómo la recordaban los viejos carlistas, puesto que el partido estaba controlado por Franco y los carlistas debían aceptar el uso de la simbología falangista. Ello hizo que algunos dirigentes renunciaran a sus cargos y se retiraran de la política activa, mientras que muchos otros se mantuvieron fieles al nuevo régimen. Por otra parte, varios disidentes comprometidos

---

[1791] CDMH, ARMERO,4,4,4.
[1792] PEÑALBA, M., *Entre la boina roja y la camisa azul*…, p. 69; e Íd., "Boinas rojas, camisas azules: las milicias *nacionales* en la guerra civil española" en MATTHEWS, J. (ed.), *España en guerra*…, p. 87.

con el tradicionalismo continuaron la lucha por sus viejas aspiraciones realizando actividades clandestinas centradas en la difusión de propaganda para crear mal ambiente dentro de FET y de las JONS y mantener viva la CT con el objetivo final de proclamar la monarquía tradicionalista.[1793] A pesar de la resistencia y del empeño por seguir manteniendo sus señas de identidad, el carlismo emprendió el camino hacia la marginalidad política hasta llegar a su completa desaparición.

En definitiva, la unificación no solo respondió a una necesidad política que pretendía unir todos los partidos en una sola organización, sino también militar, puesto que Franco y sus aliados buscaron subordinar todos los instrumentos -fuerzas armadas y poder político- a la figura del primero con el objetivo de garantizar una mayor unidad, fuerza y disciplina, y tener un control absoluto de todos los recursos materiales y humanos para combatir en una guerra total. Ello estaba motivado por la percepción de Franco de que el poder político era una extensión de la estructura de mando militar y por su interés de preservar el orden y la unidad militar neutralizando las dos principales organizaciones políticas y afianzar su posición sobre estas. Por esta razón, aprovechando las diferencias internas y la lucha abierta dentro de FE de las JONS y de la CT, Franco aprobó el decreto de unificación política el 19 de abril de 1937 sin haber negociado antes con los dirigentes de ambas organizaciones.

La aprobación del decreto de unificación conllevó al desmantelamiento del sistema de partidos hasta entonces vigente. Aunque las distintas tendencias políticas no desaparecieron, todas las organizaciones que empuñaban las armas contra la República quedaron integradas en una nueva entidad bajo la autoridad de Franco, que se constituyó como un organismo intermedio entre el Estado y la sociedad; mientras que las milicias de estas organizaciones quedaron sometidas a la jerarquía del partido único, lo que significa que Franco, quien ya tenía el mando de todas las fuerzas armadas desde la aprobación del decreto de militarización de las milicias el 20 de diciembre de 1936, pasó a tener el control absoluto de la nueva milicia unificada.

7.4. Fascismo y nacimiento del Movimiento Nacional

La unificación no implicó una simple fusión de las diferentes fuerzas políticas del campo contrarrevolucionario, sino que puso de manifiesto la derrota del carlismo en la batalla por la preeminencia política y el predominio del fascismo que actuó como aglutinante y base de FET y de las JONS. Ello se evidencia con el nacimiento del partido único, basado en la estructura de Falange, la adaptación de sus secciones como

[1793] PAREJO, FERNÁNDEZ, J.A., “Falangistas y Requetés…”, pp. 18-19; y PEÑALBA, M., *Entre la boina roja y la camisa azul*…, pp. 94-95.

organismos estatales y la adopción por el nuevo régimen de los 26 puntos del programa falangista -el punto 27, que se refería a la escasa predisposición al pacto con otras fuerzas excepto «en el empuje final por la conquista del Estado […] siempre que esté asegurado nuestro predominio», desapareció-. En este sentido, los puntos programáticos falangistas inspiraron una parte de las políticas franquistas, al menos, en los años cuarenta y cincuenta (y en algunos aspectos, durante toda la dictadura). Ahora bien, aunque se conservó su parafernalia, su estilo y su lenguaje, años más tarde, al analizar lo ocurrido durante la guerra, algunos falangistas criticaron que la revolución nacionalsindicalista había quedado pospuesta indefinidamente y que Falange pasó a ser una máquina de informes incrustada en la burocracia estatal.

La unificación de las distintas organizaciones contrarrevolucionarias que competían para hacerse con el dominio ideológico de la retaguardia del bando franquista fue posible gracias a la existencia de un espacio previamente fascistizado que desbordaba en mucho a FE de las JONS. El proceso de síntesis no puede entenderse sin el contenido ni las propuestas originarias del fascismo en un momento en el que la derecha antirrepublicana ya se encontraba en proceso de fascistización. Así pues, nos encontramos con un campo contrarrevolucionario constituido por Falange y los demás partidos de la derecha reaccionaria que participaban en el esfuerzo de guerra, que culminó con la construcción de un movimiento y de unas instituciones integradas por todos los actores de dicho espacio a pesar de la existencia previa de culturas y proyectos políticos heterogéneos. Eso fue posible porque el fascismo ofrecía un discurso versátil, oportunista y traductor de un mundo simbólico de realidades sociales muy diferentes que permitía asegurar la convivencia de los distintos integrantes del espacio contrarrevolucionario en FET y de las JONS tras su fusión en una misma entidad.[1794]

Además, el fascismo ofrecía un proyecto capaz de dar un sentido unitario a las distintas fuerzas antirrepublicanas a partir de los elementos que tenían en común: el rechazo de la democracia y del liberalismo; la derrota del enemigo en el campo de batalla; el nacionalismo como factor aglutinante gracias a que la idea de nación promulgada por el fascismo no comportaba diferencias importantes con los movimientos de la derecha reaccionaria que participaban en el esfuerzo de guerra; y la vinculación del catolicismo con la identidad española, lo que implicaba que la religión fuera un aspecto esencial en la singularidad del fascismo español y actuara como argamasa del espacio contrarrevolucionario jugando un papel socializador del discurso, de la ideología

[1794] GALLEGO, F., "Fascismo y fascistización. La crisis de 1934 y la definición política del período de entreguerras" en ANDREASSI, A. y MARTÍN RAMOS, J.L. (eds.), *De un octubre a otro*…, pp. 287-288; e Íd., "Sobre héroes y tumbas. La Guerra Civil y el proceso constituyente del fascismo español" en MORENTE, F. (ed.), *España en la crisis europea de entreguerras*…, pp. 252-253.

y de la identidad del nuevo régimen que resultó clave para su consolidación y la formación de un amplio consenso, lo que comportó que en España solo pudiera haber un fascismo católico.[1795] Así pues, la eclosión del fascismo español vino de la mano de una síntesis entre ideología y catolicismo que ejerció como nexo de unión y polo de convergencia en el proceso de fascistización de las derechas reaccionarias españolas.[1796] Como puede verse, el fascismo era el único movimiento capaz de aglutinar discursos, reclamar la unidad como mito para conquistar el poder, realizar una contrarrevolución dispuesta a cohesionar los diferentes grupos y ofrecer soluciones en un momento de crisis nacional irreversible presentándose como la *otra* revolución que buscaba romper con el viejo orden y construir uno nuevo.

Así pues, la flexibilidad doctrinal del fascismo permitió superar las diferencias entre los distintos grupos que conformaban el campo contrarrevolucionario. Estos pasaron a formar parte de una misma cultura política, en la que el fascismo actuaba como elemento aglutinador de las organizaciones de la derecha reaccionaria por medio de la *contaminación* del campo contrarrevolucionario del que FE de las JONS formaba parte, y en el que sus milicianos colaboraban con los activistas de las demás organizaciones que empuñaban las armas contra la República en la lucha contra la democracia, el *separatismo* y el marxismo. Como puede verse, el nacionalsindicalismo no se impuso a las demás culturas políticas contrarrevolucionarias, sino que las integró en una sola corriente sin que se alterara decisivamente la naturaleza del partido fascista. Por lo tanto, la fascistización transformó al propio partido fascista español en una organización que moderó su carácter aparentemente revolucionario, o, al menos, la formulación *revolucionaria* que planteaba al inicio, y que no había alcanzado aún su momento culminante.[1797]

Igualmente, el fascismo se presentaba como la opción más útil para representar la totalidad del espacio contrarrevolucionario, garantizar la movilización de las masas, definir los objetivos políticos del Nuevo Estado y acabar con el orden republicano con el

[1795] CHUECA RODRÍGUEZ, R.L. y MONTERO, J.R., "El fascismo en España…", pp. 241-242; y ALONSO IBARRA, M., "Excombatientes. Un análisis del fascismo español a través de las memorias de los soldados de Falange" en ORTEGA LÓPEZ, T.M. y DEL ARCO BLANCO, M.A. (eds.), *Claves del mundo contemporáneo*…, p. 12.

[1796] GALLEGO, F., *El evangelio fascista*…, pp. 447, 456 y 505-520; Íd., "Sobre héroes y tumbas. La Guerra Civil y el proceso constituyente del fascismo español" en MORENTE, F. (ed.), *España en la crisis europea de entreguerras*…, pp. 256-257; y ALONSO IBARRA, M., "Guerra Civil Española y contrarrevolución. El fascismo europeo bajo el signo de la santa cruz", *Ayer*, n.º 109 (2018), pp. 285-286.

[1797] GALLEGO, F., "La realidad y el deseo. Ramiro Ledesma Ramos en la genealogía del franquismo" en Íd. y MORENTE, F. (eds.), *Fascismo en España*…, pp. 272-282; Íd., "El proceso constituyente del fascismo español: 1933-1935. Revisión de algunos malentendidos" en BALLARÍN, M., CUCALÓN, D. y LEDESMA, J.L. (eds.), *La Segunda República en la encrucijada*…, p. 145; y ALONSO IBARRA, M., "Excombatientes. Un análisis del fascismo español a través de las memorias de los soldados de Falange" en ORTEGA LÓPEZ, T.M. y DEL ARCO BLANCO, M.A. (eds.), *Claves del mundo contemporáneo*…, p. 4.

fin de construir uno nuevo sobre unas bases nuevas que no tuvieran nada que ver con el sistema liberal. Así pues, la fascistización de la sociedad española solo podía tener lugar en un contexto de conflicto armado en el que se establecieron las condiciones necesarias para encuadrar en un solo discurso y en una sola disciplina a una masa social que antes del 19 de abril de 1937 militaba en una de las diferentes opciones políticas de la derecha reaccionaria.[1798] Como señala Ferran Gallego, el fascismo tardío de inicios de los años treinta llegó con puntualidad para realizar su labor histórica que consistía en establecer la congruencia entre la movilización y el proyecto político, en el que la reacción antirrepublicana pasó a formar parte del Nuevo Estado.[1799]

A diferencia de las experiencias fascistas europeas del periodo de entreguerras, en España hubo una movilización que buscaba satisfacer las necesidades derivadas de la guerra total y que podían aplicarse en este contexto: la extrema violencia y la complicidad masiva en su ejercicio, la realización concreta de una utopía comunitaria de exclusión radical y de integración depurada, la captación de masas disciplinadas en el proceso de conquista del poder y la mística unificadora de un combate por el resurgimiento de la patria en peligro. Ello hizo que el discurso fascista pudiera aplicarse en acontecimientos masivos en los que se mezclaron la energía depuradora y la voluntad de liquidar los factores de *disgregación* y *decadencia*.[1800]

Por lo tanto, el nacionalsindicalismo solo podía crecer en un contexto de radicalización contrarrevolucionaria en el que la violencia se convirtió en el elemento central de la vivencia real, concreta y cotidiana de las culturas e identidades políticas fascistas, siendo el fascismo el modo real, deseado y deliberado del que los falangistas decidieron dotarse para comprender el mundo e interactuar con sus aliados de la derecha reaccionaria y con sus adversarios.[1801] El nacionalsindicalismo ofrecía una concepción de la violencia y facilitaba su empleo como parte integral de un proyecto político que perseguía el nacimiento de una nueva sociedad concebida como una unidad biológica e histórica integrada por individuos afines. Como ya se ha comentado más arriba, la implantación de la nueva comunidad necesitaba de una previa destrucción del viejo orden, considerado inoperante y corrupto, y la eliminación y la exclusión de los

[1798] GALLEGO, F., "Sobre héroes y tumbas. La Guerra Civil y el proceso constituyente del fascismo español" en MORENTE, F. (ed.), *España en la crisis europea de entreguerras*…, pp. 256-257.
[1799] GALLEGO, F., *El Evangelio fascista*…, p. 444.
[1800] GALLEGO, F., "La formación de la cultura política del franquismo…" https://grupsderecerca.uab.cat/republicaidemocracia/sites/grupsderecerca.uab.cat.republicaidemocracia/files/P_GALLEGO.pdf [Última consulta: 27 de febrero de 2024]
[1801] RODRIGO, J., "Violencia y fascistización en la España sublevada", en MORENTE, F. (ed.), *España en la crisis europea de entreguerras*…, pp. 91-95; y ALEGRE LORENZ, D., "El fascismo como experiencia interna somatizante: una propuesta de análisis del fascismo español a través del lenguaje" en RUIZ CARNICER, M.A. (ed.), *Falange*…, p. 27.

diferentes colectivos que formaban parte de la *España diversa*, como los izquierdistas o los *separatistas*, empleando la violencia que actuaba como eje gravitacional para la purificación del cuerpo nacional.[1802] En definitiva, la guerra era el escenario propicio para el desarrollo del proyecto fascista español porque aceleró las dimensiones, los tiempos, las posibilidades y las formas de la violencia, que eran las condiciones necesarias para una fascistización de la sociedad hecha a base de la represión, la exclusión, la intimidación, la aceptación de la muerte y la *reeducación* política del enemigo.[1803]

Con todo, la fusión de las diferentes organizaciones antirrepublicanas en una misma entidad basada en la estructura de FE de las JONS y la adopción de su programa no implicó la completa desaparición de las distintas culturas y proyectos políticos que formaban parte del partido único.[1804] Motivadas por sus discrepancias y sus diferencias ideológicas, los integrantes de los diversos sectores políticos del campo contrarrevolucionario que ocuparon cargos de responsabilidad dentro del Nuevo Estado protagonizaron disputas efímeras durante los casi cuarenta años de dictadura por imponer su proyecto y marcar la orientación estratégica a seguir, lo que demuestra que la fusión en una única organización (FET y de las JONS) no implicó el monolitismo o la homogeneidad de la misma, sino su pluralidad interna como ocurrió, por otra parte, tanto en Italia como en Alemania, así como por regla general en todos los fascismos.

Asimismo, las diferencias entre falangistas y carlistas no desaparecieron con la publicación del decreto de unificación. De ello dieron cuenta los miembros de Falange que se resistieron a usar emblemas y símbolos carlistas, como fue el caso de varios dirigentes del partido fascista que se negaron a izar la bandera de la CT en sus cuarteles.[1805] O de los milicianos de Falange que boicotearon actos organizados por los requetés, como sucedió, por ejemplo, en Sigüenza, donde 150 de los 450 falangistas convocados no acudieron al homenaje del veterano carlista Severiano Andrés Flores celebrado el 22 de mayo de 1938 porque el falangista García Tabernero recomendó a

---

[1802] SAZ CAMPOS, I., *Fascismo y franquismo*…, p. 159; RODRIGO, J., "Fascism and Violence in Spain…", p. 187; Íd., "Sobre las ruinas del mundo. Guerra Civil y guerra total en Europa (1918-1949)" en ALEGRE, D., ALONSO, M. e Íd. (eds.), *Europa desgarrada*…, pp. 94-95; y CAZORLA, A., "Franco o la simplificación de España…", pp. 28-33.

[1803] GALLEGO, F., "Fascistization and fascism…", p. 170; RODRIGO, J., "Fascism and Violence in Spain…", p. 187; e Íd., "Violencia y fascistización en la España sublevada" en MORENTE, F. (ed.), *España en la crisis europea de entreguerras*…, p. 85.

[1804] GALLEGO, F., "La formación de la cultura política del franquismo…". https://grupsderecerca.uab.cat/republicaidemocracia/sites/grupsderecerca.uab.cat.republicaidemocracia/files/P_GALLEGO.pdf [Última consulta: 27 de febrero de 2024]; Íd., *El Evangelio fascista*…, pp. 458-459; Íd., "La realidad y el deseo. Ramiro Ledesma Ramos en la genealogía del franquismo" en Íd. y MORENTE, F. (eds.), *Fascismo en España*…, pp. 278-283; Íd., "Fascismo y fascistización. La crisis de 1934 y la definición política del período de entreguerras" en ANDREASSI, A. y MARTÍN RAMOS, J.L. (eds.), *De un octubre a otro*…, p. 299; e Íd., "Sobre héroes y tumbas. La Guerra Civil y el proceso constituyente del fascismo español" en MORENTE, F. (ed.), *España en la crisis europea de entreguerras*…, pp. 253-255.

[1805] AGMAV, Milicias Nacionales, 5708,13.

varios escuadristas de la Segunda Línea de la Falange de Sigüenza y a otros individuos con antecedentes izquierdistas no asistir al homenaje;[1806] en La Coruña, donde los milicianos desfilaron ante las autoridades sin cubrirse la cabeza con la boina roja reglamentaria y gritaron «Franco Falange y nada más»;[1807] o en Soria, donde la mayoría de los falangistas no acudió a la jura de bandera de sargentos carlistas celebrada el 14 de abril de 1939.[1808]

Por su parte, los carlistas no estaban dispuestos a consentir la eliminación de sus tradiciones ni de su identidad, ni a someterse a la autoridad política de un *recién llegado*, como consideraban a la Falange. Por esta razón, se negaron a realizar el saludo fascista, que pasó a ser la salutación nacional el 24 de abril de 1937, así como a usar los símbolos falangistas, como sucedió, por ejemplo, con un requeté de la localidad guipuzcoana de Tolosa que rehusó portar la insignia del Auxilio Social a menos que se cantaran los himnos carlistas y se colocaran sus banderas y retratos en los lugares donde, según él, deberían estar.[1809] Igualmente, realizaron pequeños actos de resistencia simbólica como, por ejemplo, el uso de papel sin sellar para no tener que utilizar el escudo de FET y de las JONS en sus comunicaciones.[1810] Todo ello hizo que los falangistas reprocharan a los carlistas su resistencia a la unificación.

Por su parte, el CGG intentó poner fin a esta situación aprobando órdenes como, por ejemplo, la del 2 de septiembre de 1939, que buscaba penalizar los actos realizados por quienes hacían «mofa o menosprecio de alguna de las prendas integrantes de nuestro uniforme, sancionando a los autores e instigadores como se merecen» porque

> la boina roja y la Camisa azul son prendas empapadas de la sangre de nuestros héroes y de nuestros mártires y que nadie, sin llevar su merecido puede menospreciar. Estas prendas son símbolos sagrados del Movimiento y hemos de tratar como a enemigos a quienes, olvidando altísimas razones, no tengan para ellas el respeto que les es debido. La Unificación no es un mito, es una realidad y hay que imponerla a los que solapadamente intenten obrar contra ella.[1811]

A causa de la actitud impositiva de los falangistas, los carlistas elevaron quejas a las autoridades militares y civiles para denunciar los comportamientos violentos y abusivos de los dirigentes y activistas de Falange. Así sucedió, por ejemplo, con la demanda contra el jefe falangista del municipio navarro de Arguedas por parte de la hija

[1806] AGMAV, Milicias Nacionales, 5706,3.
[1807] AGMAV, Milicias Nacionales, 5708,13.
[1808] AGMAV, Milicias Nacionales, 5706,5.
[1809] PEÑALBA, M., "Boinas rojas, camisas azules: las milicias *nacionales* en la guerra civil española" en MATTHEWS, J. (ed.), *España en guerra*…, pp. 85-86.
[1810] TOMÁS, J.M., *La Falange de Franco*…, p. 91.
[1811] AGMAV, Milicias Nacionales, 5773,8.

del requeté José Castilla Goñi, de 18 años, quien fue a la oficina de Falange con la intención de solicitar su baja de FET y de las JONS, lo que provocó el enfado del jefe falangista que la amenazó a punta de pistola por negarse a ingerir aceite de ricino para *castigar* su *deserción*.[1812]

En líneas generales, las tensiones entre falangistas y carlistas disminuyeron respecto a los meses previos a la fusión política, aunque se produjeron dos picos de mayor tensión: en 1937 -como consecuencia de la aprobación de las primeras normas relacionadas con la unificación- y en 1940 -año en el que el tradicionalismo clandestino era más activo.[1813] Como en las reyertas anteriores al 19 de abril de 1937, la mayoría de choques terminaron con detenidos, heridos y muertos en las filas de ambas organizaciones. Así sucedió, por ejemplo, en una pelea en mayo de 1937 en Sevilla;[1814] en los disturbios de julio de 1937 en la localidad navarra de Artazu;[1815] en el enfrentamiento de agosto de 1937 en Bilbao durante la ceremonia para *devolver* a la virgen de Begoña las joyas que habían saqueado los *rojos* después de que un carlista gritara «Viva el Rey» y un falangista respondiera «¡Arriba España!»;[1816] o en la reyerta de la madrugada del 11 de abril de 1938 en el municipio cacereño de Torremocha.[1817] Las autoridades abrieron expedientes a los milicianos que intervinieron en las reyertas y los multaron según su capacidad económica.

Para poner fin a los enfrentamientos entre falangistas y carlistas, el CGG redactó notas como, por ejemplo, la publicada el 26 de mayo de 193, con el título “Tratamiento”, en *El Faro de Ceuta* por parte de la Comisión Provincial de Integración de Ceuta para manifestar que

> se reitera a todos los Camaradas de ambas Organizaciones extinguidas en sus distintas Secciones que deben tratarse entre sí de Tú y llamarse Camaradas, absteniéndose de dar otro tratamiento tan poco en consonancia con el estilo de la Falange, tan poco en consecuencia con el nuevo Estado Nacionalsindicalista. Serán objeto de corrección disciplinaria, los que ofrecieren resistencia al cumplimiento de estas órdenes.[1818]

Además, la Secretaría General aprobó diferentes medidas entre abril de 1937 y 1939 como, por ejemplo, el castigo de los activistas que continuaran usando los

[1812] MARTÍNEZ LACABE, E., “La unión imposible: Carlistas y Falangistas en Navarra durante la Guerra Civil”, *Huarte de San Juan. Geografía e Historia*, n.º 1 (1994), p. 354.
[1813] PEÑALBA, M., *Entre la boina roja y la camisa azul*…, pp. 93-94.
[1814] “Falangistas y “requetés” dirimen sus odios a tiros en Sevilla”, *El Sol*, 4 de mayo de 1937, p. 2.
[1815] AGMAV, Milicias Nacionales, 5699,20.
[1816] AHN, DIVERSOS-JOSE_GIRAL,7, N.35.
[1817] AGMAV, Milicias Nacionales, 5647,19.
[1818] Reproducido en PAREJO, FERNÁNDEZ, J.A., “Falangistas y Requetés…”, p. 15.

membretes de sus respectivas entidades, la obligación de centralizar las oficinas de los dos partidos en un solo local y las milicias en un solo cuartel, o la prohibición de comunicarse con los líderes de sus antiguas organizaciones para recibir órdenes.[1819] El CGG dejó de emitir normas y directivas a partir de 1939 porque dio por terminada la integración de ambas organizaciones en FET y de las JONS.

Sin embargo, los choques entre falangistas y carlistas continuaron durante los primeros años de la posguerra, como sucedió, por ejemplo, en la basílica de Nuestra Señora de Begoña en el barrio bilbaíno de Begoña el 16 de agosto de 1942. A principios de agosto de 1942 los falangistas presenciaron cómo los asistentes al funeral por los requetés caídos en la guerra celebrado en la iglesia de San Vicente de Abando (Bilbao) gritaron contra Falange a la salida de la ceremonia. Un *camisa vieja* de la ciudad lo consideraba una provocación y pidió al vicesecretario de FET y de las JONS, el también *camisa vieja* José Luna Meléndez, que organizara una respuesta para la conmemoración carlista prevista para el 16 de agosto en la basílica de la Virgen de Begoña. Dos días antes de la celebración del acto, salieron de Valladolid el jefe del SEU de Vizcaya, Eduardo Berástegui, y el *camisa vieja* Hernando Calleja, y de San Sebastián, el falangista Juan José Domínguez Muño, todos ellos en dirección a Bilbao, adonde llegaron en la madrugada del 15 de agosto. Por la mañana del 16 de agosto los falangistas salieron en dos coches hacia el Santuario de Begoña. La misa en honor de los requetés muertos en la campaña, presidida por el ministro del ejército, el general Enrique Varela, comenzó a las 11:30 de la mañana. A la salida, algunos falangistas increparon a los asistentes que ocupaban la explanada frente a la puerta del santuario, mientras que otros lanzaron una bomba de mano contra el pórtico, que no estalló, y otra al centro de la multitud, que causó un centenar de heridos, siendo la mitad de ellos mujeres e hijos de requetés muertos en la guerra. Los autores fueron detenidos por los gudaris y uno de ellos, el *camisa vieja* Juan José Domínguez, fue condenado a muerte y fusilado el 1 de septiembre de 1942.[1820]

Aunque la guerra fue un espacio de oportunidad para el ascenso del fascismo, Falange se vio obligada a aceptar una heterogeneidad con la que no contaba en los años de la República en paz. No se produjo una conquista del poder por parte de FE de las JONS porque los falangistas no monopolizaron todos los cargos políticos del Nuevo Estado y, además, se marginó a parte de la dirección de Falange, más precisamente, al sector *hedillista*. Ello evidencia que el partido fascista era una pieza más del espacio contrarrevolucionario, que durante la guerra estaba hegemonizado por los militares. La

[1819] PEÑALBA, M., *Entre la boina roja y la camisa azul*…, pp. 67-68.
[1820] CDMH, ARMERO,4,4,7.

unificación, en definitiva, fue una operación política que terminó con la subordinación de FE de las JONS a los intereses del Nuevo Estado y de las élites tradicionales, algo que, por otra parte, no difería demasiado de lo ocurrido en otras experiencias fascistas, como la de la propia Italia.[1821]

Lo señalado se ejemplifica con la composición de los organismos gubernamentales del régimen, como la Junta Política -de los 10 miembros elegidos por Franco, seis eran falangistas y cuatro eran carlistas- y el Consejo Nacional del Movimiento -integrado por militares, un grupo reducido de monárquicos, así como una docena de miembros provenientes de la CT y una veintena de FE de las JONS-, así como con el primer gobierno constituido el 3 de enero de 1938 -conformado por los generales Francisco Gómez-Jordana, Fidel Dávila y Severiano Martínez Anido, los técnicos Juan Antonio Suances y Alfonso Peña Boeuf, el conde de Rodezno (CT), Andrés Amado (RE), Pedro Sainz Rodríguez (Acción Española), Ramon Serrano Suñer (CEDA), el *camisa vieja* Raimundo Fernández-Cuesta y el *camisa nueva* Pedro González-Bueno. Con el paso del tiempo, los cargos políticos del régimen se proveyeron con militantes que demostraban su compromiso con la dictadura por medio de la fidelidad y la sumisión a Franco.[1822] En definitiva, la presencia de representantes de las fuerzas de la derecha tradicional en los organismos gubernamentales era resultado del éxito de los derechistas en mantener un orden en el que estaban vigentes las antiguas relaciones de poder.

Parte de los falangistas se sentían traicionados por Franco, quien, según ellos, se había apropiado de su movimiento nombrando a personas de segunda o tercera fila, e, incluso, a militantes de base que no habían sido designados por consenso con la dirección de FE de las JONS, sino en función de sus preferencias y las de Serrano Suñer, para ocupar cargos de responsabilidad. Como señaló este último en sus memorias, con el fin de limitar las áreas de influencia del partido fascista, Franco nombró a falangistas favorables a la unificación y poco relevantes en la organización como, por ejemplo, a los capitanes Orbaneja y López Basa, falangistas *sin arraigo* que operaban «fuera de la disciplina de FE»; o a Giménez Caballero,[1823] quien, descontento con la estrategia marcada por Primo de Rivera, se había apartado de FE de las JONS en enero de 1935 y había defendido la unificación desde su llegada a la zona rebelde a principios de noviembre de 1936. Así pues, aunque se concedió poca importancia a la anterior

[1821] SAZ, I., *España contra España*…, p. 162; y GALLEGO, F., "Nacionalsindicalismo y contrarrevolución (1931-1936). La relevancia del fascismo en la Segunda República Española" en MORENTE, F., POMÉS J. y PUIGSECH, J. (eds.), *La rabia y la idea*…, pp. 179-180.
[1822] CENARRO LAGUNAS, A., *Cruzados y camisas azules*…, pp. 103-104; y PRADA RODRÍGUEZ, J., "Que jamás la sangre derramada…", p. 436.
[1823] SERRANO SÚÑER, R., *Entre el silencio y la propaganda*…, p. 173.

cúpula dirigente de Falange, los falangistas tenían una presencia importante en el gobierno y en los cargos provinciales (muchos gobernadores civiles, alcaldes, presidentes de diputación y dirigentes de sindicatos, entre otros, eran falangistas). Sin embargo, a pesar de que un partido marginal como la Falange de antes de la guerra acaparó tal poder durante décadas, la fusión política fue un golpe muy duro para algunos falangistas que no vieron cumplidas sus aspiraciones de tener el poder total.

Además, los falangistas estaban obligados a aceptar a Franco como nuevo líder. Aprovechando la ausencia y la imposibilidad de Primo de Rivera de ponerse al frente del partido, los propagandistas del régimen presentaron su relevo por Franco en el liderazgo de Falange como una cosa natural. Para transmitir la imagen de un remplazo natural y hacer de él un personaje casi divino, este último citaba continuamente textos y palabras del *Ausente* -Primo de Rivera-, y enaltecía su figura. Es más, se realizó una sutil transferencia de las virtudes del jefe falangista hacia Franco señalando a este último como el que mejor encarnaba sus valores. Ahora bien, difícilmente, Franco podía presentarse como el heredero natural de Primo de Rivera si el perfil que se mostraba de este era el de un revolucionario que estaba dispuesto a *desmontar* el capitalismo. Con el objetivo de que todos los representantes de las diferentes culturas políticas del espacio contrarrevolucionario se apiñaran alrededor de Franco, se tergiversó la trayectoria y el discurso del *Ausente* para presentarlo solo como un conservador partidario de construir un bloque contrarrevolucionario en colaboración con las demás fuerzas de la derecha reaccionaria frente a un Ramiro Ledesma Ramos revolucionario y maximalista.[1824]

En todo caso, la guerra permitió que la fascistización de todo el campo contrarrevolucionario culminara en la creación de un gran partido fascista (FET y de las JONS) que recogió íntegro el proyecto programático de la Falange de Primo de Rivera, aunque fue el contexto lo que obligó a aplicar otras políticas, especialmente desde el momento en el que la guerra mundial empezó a ir mal para las potencias del Eje. Sin embargo, los falangistas no monopolizaron los cargos de responsabilidad a pesar de que FE de las JONS era la organización política más importante de la *España liberada* antes de la unificación. Por otra parte, Falange, que pretendía conquistar el poder para instaurar el Estado nacionalsindicalista y totalitario, pasó a ser un partido-movimiento que tenía como función ser el armazón burocrático del régimen para garantizar el reclutamiento y el encuadramiento de la población, mientras que sus secciones se

[1824] GALLEGO, F., *Ramiro Ledesma Ramos y el fascismo español*…, pp. 302-305; MORENTE. F., *Dionisio Ridruejo*…, pp. 137-138; e Íd., "Hijos de un Dios menor. La Falange después de José Antonio" en GALLEGO, F. e Íd. (eds.), *Fascismo en España*…, p. 244.

convirtieron en organismos estatales.[1825] En definitiva, la unificación política y la creación de FET y de las JONS significó la constitución de un partido de masas que, como tal, iba mucho más allá de los ámbitos que cubría la Falange de los años republicanos.

Como se ha puesto de manifiesto en este apartado, el régimen franquista se implantó bajo la acción hegemónica de FE de las JONS que, tras convertirse en el principal partido de la retaguardia rebelde por ser la organización que mejor se adaptó a las circunstancias de la guerra gracias a su estructura de partido-milicia, actuó como precursor y diseñador del partido único, así como de la doctrina del Nuevo Estado. Dicho esto, el nacionalsindicalismo se constituyó como espacio legitimador de una mística militante y de un compromiso con la violencia, alimentó un nuevo tipo de caudillismo y actualizó las formas tradicionales de representación, lo que desembocó en que las distintas secciones del partido fascista español pasaran a ser instituciones estatales dedicadas al control y al encuadramiento de las masas como sucedió en Italia y en Alemania.[1826] La dictadura franquista tenía elementos comunes con los regímenes italiano y alemán como, por ejemplo, la abolición de la democracia liberal, la liquidación de todas las organizaciones izquierdistas y democráticas, el antimarxismo, una voluntad centralizadora o la figura de un líder carismático. Por lo tanto, nos encontramos con un régimen que era fascista en su origen, pero que, ante la previsible derrota del Eje en la guerra, aparentó dejar de serlo abandonando los elementos más vistosamente fascistas (saludo, rituales i ciertas expresiones, entre otros) y potenciando el elemento católico que, sin embargo, ya estaba fuertemente presente desde septiembre de 1936, en incluso antes, lo que comportó que la esencia de la dictadura cambiara poco en, al menos, las dos décadas posteriores a la guerra.[1827]

[1825] GALLEGO, F., "La formación de la cultura política del franquismo…". https://grupsderecerca.uab.cat/republicaidemocracia/sites/grupsderecerca.uab.cat.republicaidemocracia/files/P_GALLEGO.pdf [Última consulta 27/02/2024]; Íd., *El Evangelio fascista*…, p. 76; MORENTE, F., "Hijos de un Dios menor. La Falange después de José Antonio" en Íd. y MORENTE, F. (eds.), *Fascismo en España*…, p. 212; CASTRO, L., *Capital de la cruzada*…, pp. 116-119; Íd., "Fascistization and fascism…", p. 164; y RODRIGO, J, *La guerra fascista*…, p. 199.

[1826] GALLEGO, F., "Nacionalsindicalismo y contrarrevolución (1931-1936). La relevancia del fascismo en la Segunda República Española" en MORENTE, F., POMÉS J. y PUIGSECH, J. (eds.), *La rabia y la idea*…, p. 179.

[1827] GALLEGO, F., "¿Un puente demasiado lejano? Falange y franquismo en la fundación y en la agonía del régimen" en RUIZ CARNICER, M.A. (ed.), *Falange*…, p. 89.

8. Falangistas en la posguerra y su reincorporación en la España franquista

El final de las hostilidades el 1 de abril de 1939 no supuso la desmovilización de los combatientes franquistas. Para mantener el orden, los soldados y milicianos rondaron por calles de ciudades y pueblos; vigilaron caminos y vías próximas a las poblaciones; patrullaron por los puestos fronterizos; hicieron guardia en prisiones y campos de concentración; custodiaron el traslado de reclusos a la cárcel de la capital provincial correspondiente; y *cazaron* izquierdistas, republicanos, activistas de sindicatos obreros y soldados republicanos escondidos que no querían ser víctimas de la represión por su militancia política, por su intervención en manifestaciones o actos políticos antes del 18 de julio de 1936, por haberse opuesto a la sublevación o por su participación en la guerra.

A su vez, durante los primeros años de la posguerra, el combate contra el enemigo interno continuó en forma de enfrentamientos de baja intensidad contra los soldados republicanos escondidos en montes y bosques que se ocultaron con la intención de reorganizarse en pequeños grupos para luchar contra un régimen vengativo y represor, con una potencia de fuego superior y con más recursos. Por su parte, para acabar con la actividad partisana, las autoridades militares organizaron unidades móviles integradas por guardias civiles y policías armados auxiliados por voluntarios, siendo la mayoría de ellos falangistas que lucharon en el frente o que realizaron funciones parapoliciales en la retaguardia entre 1936 y 1939. Asimismo, la lucha contra el comunismo continuó a partir de junio de 1941 con el inicio de la invasión de la URSS el 22 de junio de 1941 por parte del ejército alemán. Para unirse a la *Wehrmacht* y combatir al marxismo, el régimen organizó la DVE el 24 de junio de 1941.

Por lo que hace a las milicias, tras finalizar las hostilidades, las autoridades franquistas aprobaron varias ordenanzas para desarticularlas hasta su completa disolución en junio de 1944 y, al mismo tiempo, a golpe de decreto, desmovilizaron gradual y paulatinamente de los soldados y milicianos. Los veteranos se reincorporaron a la vida civil como soldados victoriosos en una sociedad dividida entre vencedores y vencidos, y acosada por la miseria, la escasez y el paro.

Para afrontar el desafío de reintegrar a miles de veteranos en la sociedad de posguerra, los franquistas crearon instituciones, aprobaron medidas para garantizar un empleo a los excombatientes y a mutilados, y concedieron subsidios a los veteranos hasta que tuvieran un trabajo. La dictadura también concedió prebendas, como asientos

privilegiados en el teatro o en el transporte público, a los soldados y milicianos para transmitirles su *agradecimiento* por su sacrificio y entrega.

Al mismo tiempo, la España franquista mantuvo un grado muy fuerte de movilización cultural bélica durante los casi cuarenta años del régimen de Franco. Para ello, la dictadura trasladó a los tiempos de paz una mentalidad de guerra caracterizada por el recuerdo del conflicto, la demonización del enemigo y la exaltación de los sacrificios realizados.[1828] De este modo se construyó una cultura de la victoria. Sus símbolos más evidentes fueron las cruces para recordar a los caídos, así como la celebración de actos públicos y de conmemoraciones. A ello hay que sumarle la organización de asociaciones de veteranos para garantizar su movilización política y su adhesión al régimen.

8.1. Hasta la derrota total del *rojo*

8.1.1. Caza del *rojo* y mantenimiento del orden: abril-octubre de 1939

Después de que las tropas de Franco ocuparan los últimos territorios controlados por la República, miles de izquierdistas y republicanos que no pudieron cruzar la frontera se escondieron para no ser víctimas de la represión por su militancia, por haber participado en política antes de la guerra, por haber intervenido en manifestaciones o huelgas durante los años de la República en paz, por haber empuñado las armas contra los golpistas en julio de 1936, por haber combatido en el EPR o por haber perpetrado *crímenes* en la retaguardia republicana. Debido a la escasez de unidades del ejército y de destacamentos de la Guardia Civil en algunos territorios, desde el final de las hostilidades el 1 de abril hasta la disolución de las unidades paramilitares de primera línea entre el 30 de septiembre y mediados de octubre de 1939, la comandancia militar destinó a milicianos de FET y de las JONS para *cazar* a *rojos* escondidos, patrullar por ciudades y pueblos, vigilar caminos, hacer guardia en prisiones y campos de concentración y custodiar el traslado de detenidos.

Así pues, para capturar a los soldados del EPR ocultos en montañas y bosques, la comandancia militar disponía de milicianos de la Primera Línea de FET y de las JONS como, por ejemplo, a los de la 1ª Bandera de León, que capturaron a numerosos combatientes republicanos en las sierras de Asturias desde la caída del frente del norte el 21 de octubre de 1937 hasta el 15 de mayo de 1939, y en los montes de la provincia de León entre mediados de mayo y la primera quincena de octubre de 1939;[1829] a los de la 8ª y 9ª Bandera de Castilla, que *cazaron* a varios huidos en las montañas de Nava

[1828] HERNÁNDEZ BURGOS, C., "De la cultura de guerra a la cultura de la victoria…", pp. 124-125.
[1829] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,4.

(Asturias) entre el 2 y el 24 de julio de 1939; a los de la 10ª Bandera de Castilla, que detuvieron a numerosos soldados republicanos en el monte de Cangas de Narcea entre finales de julio y el 14 de septiembre de 1939;[1830] o a los de la 3ª Bandera de Galicia, que apresaron a varios combatientes del EPR en las montañas próximas a las localidades orensanas de La Rúa, Villamartín de Valdeorras, El Barco de Valdeorras y Sobradelo entre mediados de julio y el 1 de octubre de 1939.[1831]

Asimismo, los falangistas de la Primera Línea también tenían la misión de *cazar* a los *rojos* escondidos en ciudades y pueblos, como sucedió, por ejemplo, con los de la 1ª Bandera de Palencia, que detuvieron a varios vecinos de Valencia entre el 15 y el 20 de abril de 1939;[1832] con los de la 3ª Bandera de Burgos, que capturaron a numerosos izquierdistas de la localidad conquense de Monteagudo de las Salinas entre el 2 y el 6 de agosto de 1939;[1833] o con los de la 3ª Bandera de Málaga, que participaron en la *limpieza* de las provincias de Ciudad Real, Badajoz, Sevilla y Madrid (Ciudad Universitaria) entre abril y finales de septiembre de 1939.[1834]

Por su parte, los milicianos movilizados en la Segunda Línea también arrestaron a combatientes del EPR, a miembros de las milicias populares, a izquierdistas y a republicanos escondidos en las ciudades y pueblos que estuvieron en zona republicana hasta el final de las hostilidades. Así sucedió, por ejemplo, en Hospitalet de Llobregat (Barcelona), donde los milicianos de FET y de las JONS capturaron a Jesús González el 3 de junio de 1939 por haber empuñado las armas contra las tropas del cuartel de Atarazanas (Barcelona) en julio de 1936; al cenetista Alonso González el 5 de junio de 1939; al ugetista Fernando Bosch el 13 de junio de 1939; o a José Sola el 18 de junio de 1939 por su participación en la revolución de octubre de 1934. En Moncada y Reixac (Barcelona), donde los falangistas detuvieron a Enrique Badia, quien fue concejal del ayuntamiento de la ciudad durante el dominio *rojo* y directivo de la Unió de Rabassaires, y a Isabel Vázquez, quien se presentó voluntaria para combatir en una columna de la FAI en verano del 1936, el 12 de junio de 1939. En Sabadell, donde los milicianos de Falange arrestaron a Luis Pagés el 5 de junio de 1939 por haber sido miembro de Estat Català y comisario político del EPR.[1835] O en Valencia, donde los falangistas detuvieron a tres exagentes de la policía *roja* entre el 11 y 12 de julio de 1939.[1836]

[1830] AGMAV, Milicias Nacionales, 21216,4.
[1831] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,3.
[1832] AGMAV, Milicias Nacionales, 21216,4.
[1833] AGMAV, Milicias Nacionales, 5657,5.
[1834] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,5.
[1835] AGMAV, Milicias Nacionales, 5706,2.
[1836] AGMAV, Milicias Nacionales, 5705,15.

Para evitar que los *rojos* amenazaran el orden público, la comandancia militar destinó a milicianos de FET y de las JONS para patrullar por las calles de ciudades y pueblos, realizar rondas en los caminos más próximos a las poblaciones, vigilar puestos fronterizos y registrar cortijos y cuevas. En el sur peninsular, los miembros del 5º Batallón-Bandera de Córdoba, por ejemplo, guarnecieron la plaza de la capital cordobesa y la de los pueblos cordobeses de La Campiñuela y La Porrilla hasta el 16 de mayo de 1939;[1837] los de la Bandera Virgen de la Cabeza hicieron guardia en las localidades granadinas de Baza, Huéscar y Dúrcal hasta el 16 de julio de 1939, y patrullaron por las calles de las villas badajocenses de Don Benito y Zarza de Alanje entre agosto y septiembre de 1939;[1838] los de la 1ª Bandera de Málaga registraron los caseríos de la sierra de Marmolejo (Jaén) el 4 y 5 de julio de 1939; o los del 1º Batallón Bandera de Granada inspeccionaron los cortijos y cuevas ubicadas alrededor de las villas almerienses de Bayarque, Serón, Urrácal, Pozo de la Higuera, Macael, Suflí, Sierro, Bacares, Somontín y Olula del Río en julio de 1939.[1839]

En el norte peninsular, los falangistas de la 1ª Bandera de Vizcaya, por ejemplo, guarnecieron el pueblo de Saelices (Cuenca) entre abril y agosto de 1939 y la villa de Ainsa (Huesca) entre agosto y finales de septiembre de 1939;[1840] los de la 1ª y 9ª Bandera de Aragón patrullaron por el pirineo (sector de Jaca) desde el 11 de julio hasta el 30 de septiembre de 1939;[1841] los de la 1ª Bandera de Galicia guarnecieron Villanueva de Lorenzana (Lugo) entre el 21 de julio y finales de septiembre de 1939;[1842] o los de la 2ª Centuria de Álava vigilaron la playa de Algorta (Vizcaya) en julio de 1939 y las calles de Cartagena entre agosto y septiembre de 1939.[1843]

Asimismo, en los territorios controlados por la República hasta el final de las hostilidades, los falangistas de la 2ª Bandera de Oviedo, por ejemplo, patrullaron por las calles de las poblaciones barcelonesas de Hospitalet de Llobregat y Molins de Rey en julio de 1939;[1844] los integrantes de la bandera de Marruecos destinados en Madrid vigilaron el barrio de La Prosperidad entre el 8 de abril y el 10 de junio de 1939, y la barriada de El Goloso entre junio y mediados de julio de 1939; los miembros de la 5ª Bandera de Castilla realizaron controles en las carreteras y en las vías próximas a varios pueblos madrileños desde el 1 de julio hasta el 30 de septiembre de 1939;[1845] o los

[1837] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,3.
[1838] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,4.
[1839] AGMAV, Milicias Nacionales, 5657,1.
[1840] AGMAV, Milicias Nacionales, 5657,4; y AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,2.
[1841] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,9.
[1842] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,3.
[1843] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,9.
[1844] AGMAV, Milicias Nacionales, 5657,1.
[1845] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,5.

milicianos de la 3ª Bandera de Las Palmas guarnecieron la plaza de Alicante entre el 24 de junio y el 30 de septiembre de 1939.[1846]

Las autoridades militares también disponían de milicianos de FET y de las JONS para vigilar centros de reclusión, como los del 5º Batallón Bandera de Granada en la prisión de Purchena (Almería) en julio de 1939,[1847] los de la segunda línea de Valencia en la cárcel de Alberique (Valencia) en julio de 1939[1848] o los de la 2ª y 4ª Bandera de Badajoz en los calabozos de La Granjuela (Córdoba) en septiembre de 1939;[1849] y campos de concentración, como los del 5º Batallón Bandera de Granada en Tíjola (Almería) en julio de 1939,[1850] los del 1r Batallón Bandera de Córdoba en La Granjuela desde julio hasta el 1 de octubre de 1939[1851] o los de la 1ª Bandera de Badajoz en Castuera (Badajoz) entre finales de julio y el 30 de septiembre de 1939.[1852]

Además, los falangistas custodiaron el traslado de prisioneros a la capital provincial correspondiente. Este fue el caso de los milicianos de la segunda línea de Teruel que escoltaron a los detenidos de los pueblos turolenses de Alcorisa, Castellote y Mas de las Matas a la cárcel de Teruel entre abril y el 30 de septiembre de 1939;[1853] los de la 3ª Bandera de Granada que trasladaron a los reclusos de los municipios granadinos de Iznalloz y Colomera a la prisión de Granada en agosto de 1939;[1854] o los de la 8ª Bandera de Aragón que custodiaron el traslado de detenidos de la población turolense de Mora de Rubielos a Teruel en agosto de 1939.[1855]

Debido a la escasez de unidades del ejército y de destacamentos de la Guardia Civil en algunos territorios, las autoridades locales solicitaron el envío de milicianos de FET y de las JONS para realizar funciones parapoliciales y mantener el orden. Este fue el caso del jefe provincial de Valencia, quien requirió el traslado de falangistas en mayo de 1939 para vigilar prisiones y campos de concentración, hacer guardia en depósitos de municiones y gasolina, y acabar con los desórdenes originados por el enemigo que aún no había sido *castigado* por el «corto plazo de tiempo transcurrido desde que fue liberada la provincia». Del jefe provincial de Alicante, quien solicitó la presencia de 150 milicianos de FET y de las JONS en mayo de 1939 para poner fin a los robos perpetrados por los *rojos* y detener a los individuos que colgaban pasquines con

[1846] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,4.
[1847] AGMAV, Milicias Nacionales, 5657,1.
[1848] AGMAV, Milicias Nacionales, 5705,15.
[1849] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,2.
[1850] AGMAV, Milicias Nacionales, 5657,1.
[1851] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,3.
[1852] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,2.
[1853] AGMAV, Milicias Nacionales, 5660,8.
[1854] AGMAV, Milicias Nacionales, 5657,3.
[1855] AGMAV, Milicias Nacionales, 5657,5.

epígrafes injuriosos contra el régimen y contra Franco en las calles de la capital alicantina.[1856] O del jefe provincial de Toledo, quien requirió el envío de falangistas en marzo de 1940 para realizar servicios de vigilancia y acabar con los incidentes ocurridos en algunos pueblos de la provincia.[1857]

Por lo tanto, la derrota del EPR, la conquista de los últimos territorios controlados por la República y el final de las hostilidades el 1 de abril de 1939 no estaba seguida de la desmovilización de los milicianos de FET y de las JONS ni de su reincorporación a la vida civil. Debido a la falta de efectivos del ejército y de la Guardia Civil para garantizar el orden en todo el territorio nacional, la comandancia militar destinó a falangistas para vigilar caminos y puestos fronterizos, patrullar por las calles de ciudades y pueblos, hacer guardia en centros penitenciarios, custodiar el traslado de presos, y capturar a republicanos e izquierdistas escondidos, así como a los soldados republicanos ocultos en montes y bosques.

8.1.2. Falangistas contra la guerrilla: 1939-1952

Tras la derrota del EPR, centenares de soldados republicanos armados se escondieron en los montes para reorganizarse en la clandestinidad y continuar la lucha contra un régimen vengativo con unas fuerzas armadas con una mejor organización militar y con una potencia de fuego superior. Ello tuvo como consecuencia un cambio de las formas de hacer la guerra y de los espacios de combate, lo que significa que la contienda iniciada en verano de 1936 se transformó en un conflicto irregular en el que los frentes no estaban bien delimitados o, directamente, no existían, porque los límites naturales que separaban ambos bandos eran difusos y fluidos, lo que comportó que el frente estuviera por todos lados y no hubiera ninguna retaguardia.[1858] Así pues, la guerra civil se transformó en un conflicto irregular, lo que significa que, desde el punto de vista militar, la contienda pasó de ser un enfrentamiento convencional entre dos ejércitos a una guerra irregular en la que grupos de guerrilleros dispersos por el territorio, junto con una red invisible de civiles, desafiaron al Nuevo Estado; mientras que, desde una perspectiva geográfica, el escenario de las operaciones militares se desplazó de los campos de batalla a los parajes recónditos de las sierras.[1859]

[1856] AGMAV, Milicias Nacionales, 5705,15.
[1857] AGMAV, Milicias Nacionales, 5705,17.
[1858] MARCO, J., "De la guerra grande a la guerra chica. Guerra civil irregular y lógicas de la violencia contrainsurgente en España, 1939-1952" en RODRIGO, J. (ed.), *Posguerras civiles europeas*…, p. 26; y FERNÁNDEZ PASALODOS, A., *Hasta su total exterminio*…, p. 24.
[1859] MARCO, J., "Rethinking the Postwar Period in Spain…", pp. 494-495; RODRIGO, J., "Introducción. Cómo desmantelar una guerra civil: miradas comparadas sobre las posguerras civiles del siglo XX" en Íd. (ed.), *Posguerras civiles europeas*…, p. 14; MARCO, J., "De la guerra grande a la guerra chica. Guerra civil irregular y lógicas de la violencia contrainsurgente en España, 1939-1952" en Íd. (ed.), *Posguerras civiles europeas*…, pp. 25 y 29; ALONSO IBARRA, M., "Territorios en guerra. La contrainsurgencia franquista en

La guerra antipartisana era un enfrentamiento desigual en el que los integrantes de las partidas se enfrentaron a un enemigo que, a pesar de su escasa potencia de fuego y de su incapacidad de coordinarse para ejecutar operaciones de relevancia, tenía una gran capacidad de movilidad sobre el terreno que le permitió ser muy escurridizo y atacar desde cualquier sitio en cualquier momento. Por su parte, los miembros de las partidas tenían la orden de no hacer prisioneros porque, a diferencia de la guerra que tuvo lugar entre 1936 y 1939, se primaba la destrucción del enemigo.[1860] Por esta razón, los integrantes de las partidas emplearon armamento y bombas de alto calibre contra los partisanos, como sucedió, por ejemplo, en una cueva cerca del municipio malagueño de Alfarnate el 4 de agosto de 1945, cuando los miembros de una fuerza integrada por falangistas, guardias civiles y regulares colocaron una carga de explosivos para acabar con la vida de los guerrilleros atrincherados en su interior.[1861]

Asimismo, el combate contra la guerrilla era también una guerra contra el medio natural, en la que los miembros de las partidas emplearon artillería y cargas explosivas para destruir bosques, pozos, cuevas y minas con el objeto de tener una mejor visión del escenario, desproveer a los partisanos de sus puntos de apoyo y mermar su capacidad operativa. La destrucción del medio ambiente era una estrategia contrainsurgente calculada que ya se había empleado en la campaña colonial en Marruecos, donde toda ocupación territorial u operación contrainsurgente iba acompañada de una *limpieza* de la zona.[1862]

En 1942 hubo un cambio de estrategia en la lucha contra los partisanos. Las autoridades militares organizaron unidades de menor tamaño y mayor agilidad sobre el terreno para enfrentarse directamente a la guerrilla. Al mismo tiempo, los miembros de las contrapartidas intentaron introducirse en los territorios *afines* al enemigo e infiltrarse en los grupos guerrilleros, como fue el caso de algunos falangistas y guardias civiles destinados en los montes de Asturias,[1863] con la finalidad de desarticular las redes de apoyo de los partisanos y poder, así, mermar su capacidad de acción. Sin embargo, estas acciones tenían un éxito limitado porque los guerrilleros no tardaban en identificar a los integrantes de las contrapartidas.

La comandancia militar también organizó los servicios de espionaje con la intención de investigar a personas sospechosas de colaborar con la guerrilla: familiares

---

la frontera pirenaica" en Íd. (ed.), *Posguerras civiles europeas*…, p. 85; y FERNÁNDEZ PASALODOS, A., *Hasta su total exterminio*…, pp. 354-355.
[1860] FERNÁNDEZ PASALODOS, A., *Hasta su total exterminio*…, pp. 100-101.
[1861] Ibid., p. 108.
[1862] Ibid., pp. 101-102.
[1863] Ibid., p. 147.

de huidos y de fusilados, individuos que habían pasado por un centro de internamiento, así como personas que habían estado afiliadas en partidos de izquierda o republicanos, y antiguos activistas de sindicatos obreros. Los informantes observaban quién entraba y salía del domicilio del investigado, y abrían su correspondencia. También vigilaban todo lo que pasaba en las poblaciones y todo lo que se hablaba en los lugares de sociabilidad. Igualmente, elaboraban informes, como el hecho por los falangistas del municipio sevillano de Camas entre 1938 y diciembre de 1944. En el expediente conservado se concluye que, de los 313 vecinos investigados, 269 eran militantes de FET y de las JONS, mientras que 44 no tenían carnet del partido. También se puede ver el mayor o menor grado de *entusiasmo* con el Movimiento Nacional. El 60,8% de los investigados eran considerados desafectos por sus comentarios expresados sobre el régimen y por sus *actitudes* antes del 18 de julio de 1936; el 31,5% no participaron en política; mientras que el 7,7% de los informes estaban relacionados con la vida privada de los investigados, es decir, con sus *costumbres* sexuales.[1864] Así pues, los falangistas que formaban parte de los servicios de investigación aceptaron su papel de informadores de todo aquello que acontecía en su entorno y de espías que vigilaban a los vecinos sospechosos de oponerse al régimen.

El desplazamiento del escenario de operaciones de los campos de batalla a los parajes recónditos de las sierras facilitó que los miembros de las partidas emplearan la violencia contra la población de las zonas rurales. Estas acciones eran consentidas por las autoridades porque el régimen no podía aceptar la exposición de sus fuerzas a acciones de sabotaje ni que los integrantes de las partidas vivieran en una situación de inseguridad constante.[1865] Así pues, para acabar con la actividad partisana, los falangistas -y los demás integrantes de las contrapartidas- emplearon mecanismos de violencia ejemplarizante, racional e indiscriminada parecidos al terror del verano de 1936 contra los enlaces de la guerrilla y los sospechosos de serlo.[1866] Por lo tanto, la lucha antipartisana era una guerra sucia que afectó a miles de personas que vivían principalmente en la España rural.[1867]

Con el objetivo de desmoralizar a los guerrilleros y eliminar cualquier contacto posible entre las partidas y la población civil, los falangistas asesinaron a familiares de partisanos, como el de los padres y las hermanas de un guerrillero de la localidad asturiana de Grado por negarse a confesar donde se escondía su pariente.[1868] También

[1864] LAZO DÍAZ, A., *Retrato de fascismo rural en Sevilla*…, pp. 81-82.
[1865] BALDISSARA, L., "Guerra absoluta y guerra total, guerra civil y guerrilla. Genealogías de las guerras del siglo XX" en ALEGRE, D. ALONSO M. y RODRIGO, J. (eds.), *Europa desgarrada*…, p. 75.
[1866] ALONSO IBARRA, M., *El ejército sublevado en la Guerra Civil Española*…, p. 459.
[1867] FERNÁNDEZ PASALODOS, A., *Hasta su total exterminio*…, pp. 28 y 65.
[1868] Ibid., p. 63.

torturaron a familiares, amigos y vecinos de los partisanos, y humillaron a los enlaces y aquellos que eran sospechosos de serlo obligándoles a pasear desnudos ante sus vecinos llevando un cartel con mensajes denigrantes. Igualmente, los falangistas perpetraron actos violentos, como pisotear los cadáveres de los guerrilleros *capturados* y arrastrarlos en carruajes tirados por caballos hasta que quedaban destrozados, y exhibieron los cuerpos de los partisanos asesinados para extender el terror entre la población, poner fin al apoyo popular y acabar con los mitos construidos alrededor de la figura del partisano alimentados por su *invisibilidad*.[1869]

Los falangistas también participaron en el asesinato de civiles que habían colaborado con la guerrilla y de los sospechosos de ello tras aplicarles la ley de fugas. Este fue el caso de algunos vecinos de varias aldeas extremeñas que fueron conducidos por un pelotón de la Guardia Civil al Puente de Almaraz (Cáceres) y arrojados al río Tajo, mientras que los supervivientes que intentaban llegar a la orilla eran rematados por los falangistas.[1870] Como resultado de esta política represiva, las redes de colaboración se debilitaron a pesar de que, en algunos casos, hubo un incremento del apoyo de los partisanos por parte de la población, así como de algunos amigos y familiares de los represaliados que marcharon al monte para unirse a la guerrilla.

Los actos represivos perpetrados por los falangistas y los demás integrantes de las contrapartidas eran resultado de una acción de guerra que tenía como objetivo acabar con las comunidades señaladas como *eliminables* y construir un nuevo orden *limpio* de los colectivos percibidos como una amenaza para la patria. En España, estos eran los comunistas, los izquierdistas, los masones y los *separatistas*; mientras que, en el frente oriental de la segunda guerra mundial, lo eran los judíos que vivían en el teatro de operaciones.[1871] Así pues, el guerrillero era concebido como un individuo no nacional que debía ser eliminado, puesto que su existencia era una amenaza para la estabilidad del régimen y una evidencia de que el enemigo interno aún no había sido completamente derrotado. Por lo tanto, la figura del partisano tenía una connotación eminentemente política, pues la existencia de guerrilleros que empuñaban las armas contra el Estado podía interpretarse como un cuestionamiento de la propia dictadura.[1872]

[1869] MARCO, J., "Rethinking the Postwar Period in Spain…", pp. 594-505; e Íd., "De la guerra grande a la guerra chica. Guerra civil irregular y lógicas de la violencia contrainsurgente en España, 1939-1952" en RODRIGO, J. (ed.), *Posguerras civiles europeas*…, pp. 40-42.
[1870] SERRANO, S. *Maquis. Historia de la guerrilla antifranquista*, Booket, Barcelona, 2002, p. 91; y MARCO, J., "De la guerra grande a la guerra chica. Guerra civil irregular y lógicas de la violencia contrainsurgente en España, 1939-1952" en RODRIGO, J. (ed.), *Posguerras civiles europeas*…, p. 44.
[1871] FERNÁNDEZ PASALODOS, A., *Hasta su total exterminio*…, p. 31.
[1872] BALDISSARA, L., "Guerra absoluta y guerra total, guerra civil y guerrilla. Genealogías de las guerras del siglo XX" en ALEGRE, D. ALONSO M. y RODRIGO, J. (eds.), *Europa desgarrada*…, p. 78; y MARCO,

Igualmente, los falangistas emplearon el terror como herramienta de legítima defensa para responder a los actos violentos de unos enemigos *invisibles* que arremetían desde cualquier parte en cualquier momento. Los miembros de las partidas estimaban que la violencia era una retribución *merecida* por los atentados sufridos a manos de los guerrilleros, como fue el caso del asesinato del falangista Antonio Trasancos Cortiñas en el municipio lucense de Orol el 21 de julio de 1940 durante la celebración de la fiesta de Santo Moriño en la parroquia de Miñotos.[1873]

En todo caso, el empleo de la violencia, el mantenimiento del estado de guerra hasta 1948 (1952 en Asturias), la pervivencia del carácter militarizado del orden público, el uso a conveniencia de metodologías de naturaleza bélica, el empleo de la violencia extrajudicial con la aplicación de la ley de fugas y la aprobación de disposiciones para dar cobertura legal al empleo de medidas extremas en la persecución de los partisanos, pone de manifiesto que la guerra civil no terminó el 1 de abril de 1939, sino que esta continuó en forma de conflicto irregular hasta la derrota total de la guerrilla en 1952.[1874]

8.1.3. Lucha contra el comunismo en su guarida. Los falangistas de la DVE

Con el inicio de la invasión de la Unión Soviética el 22 de junio de 1941 por parte de la *Wehrmacht*, en la Europa ocupada o simpatizante del nuevo orden nazi, incluida España, se pusieron en marcha las conversaciones y las propuestas para crear unidades, como la DVE (que el 31 de julio de 1941 se convirtió en la División 250 de la *Wehrmacht*), la *Légion des volontaires français* o la División Wiking, con el objeto de participar en el combate contra el comunismo junto con el ejército alemán y sus aliados en el frente oriental.

Aunque abiertamente no deseaba participar como beligerante en la segunda guerra mundial, Franco autorizó la creación de un centro de reclutamiento para los voluntarios que quisieran ir a luchar al frente oriental. Así, a propuesta de Serrano Suñer, el 24 de junio de 1941 el consejo de ministros aprobó el envío de la DVE liderada por el capitán general Agustín Muñoz Grandes. Los militares quedaron a cargo de aportar los mandos superiores e intermedios, mientras que a FET y de las JONS le correspondió la movilización y el reclutamiento de la tropa. Así pues, la División Azul contaba con el respaldo de toda la maquinaria del Estado para su puesta en marcha. Contó inicialmente de 20.000 hombres, y en total pasaron por ella 40.000 combatientes.[1875] Los primeros

J., "De la guerra grande a la guerra chica. Guerra civil irregular y lógicas de la violencia contrainsurgente en España, 1939-1952" en RODRIGO, J. (ed.), *Posguerras civiles europeas*…, p. 91.

[1873] AGMAV, Milicias Nacionales, 5647,20.

[1874] ALONSO IBARRA, M., "Territorios en guerra. La contrainsurgencia franquista en la frontera pirenaica" en RODRIGO, J. (ed.), *Posguerras civiles europeas*…, p. 186.

[1875] RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J.L., *Historia de Falange Española de las JONS*…, p. 368.

contingentes partieron de la estación del Norte de Madrid el 14 de julio de 1941 y cruzaron la frontera francesa en vagones de ganado.

Las razones del régimen para organizar su propia unidad de voluntarios y participar en el conflicto contra la URSS no diferían de las del conjunto del fascismo europeo y de los países aliados del Tercer Reich: ganarse la simpatía de los alemanes, reivindicar un lugar dentro del futuro orden nazi, destruir el comunismo y defender la civilización europea. A ello hay que añadirle la necesidad y el deseo de Franco de devolverle a Alemania el favor por el decisivo apoyo material y militar prestado entre 1936 y 1939. Para ello, Franco veía en la División Azul la *solución adecuada* en un contexto de victorias alemanas en el campo de batalla y de debilidad militar y económica de España. Dado que Hitler no estaba dispuesto a aceptar las demandas territoriales y de ayuda económica a cambio de la entrada en la guerra del débil ejército español, la División Azul sirvió para expresar la beligerancia española en favor de los intereses de los nazis y estrechar lazos con Alemania.[1876]

El envío de unidades de voluntarios era un indicativo del nivel de apoyo que gozaba el nuevo orden nazi en Europa. La primera ola de combatientes estaba constituida por voluntarios motivados políticamente. Muchos de estos primeros reclutas eran jóvenes que militaban en organizaciones fascistas de todo el continente. Estos se veían con la presión y la obligación de responder a lo que se esperaba de ellos dentro del ideal de masculinidad dominante en la cultura fascista.[1877] Por esta razón, en la primera oleada de voluntarios en la DVE había una significativa presencia de líderes falangistas, como Dionisio Ridruejo, y, sobre todo, de milicianos de Falange que habían combatido en la guerra civil como, por ejemplo, el *camisa vieja* José Egea González, quien estuvo movilizado en la división comandada por el capitán de navío Manuel Mora Figueroa; Antonio Tovar Llorente, quien sirvió en el 2º Batallón de Castilla; o Carlos Fernández Rojas, quien combatió en la 3ª Centuria de Zamora, en la 9ª Bandera de Castilla y en la 5ª Bandera de Castilla.[1878] Estos querían demostrar que no eran unos cobardes ni unos emboscados como habían proclamado los órganos de prensa de los partidos de la derecha reaccionaria entre 1936 y 1937. También había falangistas que, como José Cerdán Sanchís o Julio López Gamazo, se presentaron voluntarios porque no habían podido *defender* la patria con «las armas en la mano» por haber estado encarcelados o escondidos en zona *roja* durante la guerra.[1879]

[1876] Ibid., p. 364.
[1877] ALEGRE LORENZ, D., *Colaboracionistas*…, pp. 149-150.
[1878] AGMAV, Milicias Nacionales, 5772,7.
[1879] AGMAV, Milicias Nacionales, 5772,8.

Entre los primeros voluntarios también había falangistas que, como Pablo Arredondo o Sixto Botella, eran hijos de militares profesionales. Estos encontraron en la DVE y la campaña en la Unión Soviética el escenario perfecto para afirmar su militancia política fascista basada en la acción directa sin renunciar al uso de las armas. Para ellos, su condición de voluntarios era una forma de hacerse dignos de la formación y de los valores que habían recibido, así como de la memoria de sus padres.[1880]

Como lógica interna del fascismo, había una huida constante hacia delante que, a menudo, condujo a la autodestrucción del individuo, así como del estado y la sociedad fascistas, precisamente por el recurso continuado a la violencia como principal instrumento canalizador de esos impulsos reprimidos. De ahí que la guerra fuera una dimensión fundamental de este fenómeno y una atalaya privilegiada para la comprensión de la lógica y de las dinámicas internas. El fascismo se sostenía sobre la promesa de una supuesta resolución a la crisis de la modernidad, que precisamente se basaba en la idea de una *revolución permanente* fundamentada en el recurso a la violencia. Esa necesidad constante de dinamismo llevó al fascismo a una perenne huida hacia delante, todo ello en la ilusión y necesidad de mantener una relación privilegiada con la historia que legitimara este fenómeno.[1881] Así pues, movidos por una necesidad constante de dinamismo, muchos voluntarios europeos, entre ellos los fascistas españoles, marcharon a combatir al comunismo en su *guarida*.

La mayoría de los falangistas que se alistaron en la División Azul no lo hicieron movidos por el deseo de combatir por la Alemania nazi, sino que se enrolaron motivados por la voluntad de acabar con el comunismo y defender la españolidad, la civilización europea y el catolicismo. Estos voluntarios estaban convencidos de que la campaña en el frente oriental era un enfrentamiento definitivo contra el comunismo en el que el fascismo se lo jugaba todo. Es más, consideraban que luchaban por una causa justa porque estimaban que la Unión Soviética era la responsable de las desgracias acontecidas en España desde 1931 y de todos los males del mundo. Así pues, los falangistas de la División Azul querían devolverle la visita a la URSS para acabar con el comunismo en su propia guarida después de su visita a España entre 1936 y 1939. Como recordó Adro Xavier, «España, empero, tenía una carta pendiente con Rusia. Rusia le habría hecho una visita; había que devolvérsela».[1882] En esta misma línea, Serrano Suñer declaró que «ellos vinieron, nosotros no seremos menos y allá

[1880] ALEGRE LORENZ, D., *Colaboracionistas*…, pp. 151-152.
[1881] PAXTON, R. O., *Anatomía del fascismo*, Ediciones Península, Barcelona, 2005, p. 175; RODRIGO, J., "Violencia y fascistización en la España sublevada" en MORENTE, F. (ed.), *España en la crisis europea de entreguerras*…, pp. 79-95; y ALEGRE LORENZ, D., ""Coser y desgarrar, conservar y arrojar…", p. 122.
[1882] XAVIER, A. [REY-STOLLE, A.], *Fui soldado en 4 guerras*…, p. 164.

iremos».[1883] De este modo, los combatientes de la División Azul deseaban culminar la victoria en la guerra civil con la derrota del comunismo en su propia *guarida*.[1884]

En cambio, no todos los falangistas se presentaron voluntarios animados por el deseo de acabar con el comunismo y defender la civilización europea y el catolicismo. Algunos, como Miguel Ezquerra, se enrolaron para *compensar* el apoyo de la Alemania nazi en la guerra civil española;[1885] mientras que otros, como Teodoro Recuero, se alistaron por necesidades económicas.[1886] También había *camisas nuevas* que querían limpiar su expediente por haber combatido en el EPR o en las milicias populares, o por haber militado en una organización izquierdista o republicana, o en un sindicato obrero. Este fue el caso de Emilio Cisca Maestre, quien se afilió en la CNT en julio de 1936, marchó voluntario a la marina *roja* hasta que fue arrestado en Cartagena y se alistó en las milicias de FET y de las JONS tras haber sido liberado; de José Arquero Pérez, quien ingresó en FE de las JONS a inicios de 1937 tras haber pertenecido al Ateneo Libertario, a la Sociedad de Albañiles "El Trabajo" y al Sindicato de Tracción Mecánica de la CNT; de Manuel Vázquez del Toro, quien estuvo afiliado en el PSOE y realizó actos de propaganda durante la *dominación roja* de Zafra (Badajoz) hasta que se encuadró en la 3ª Bandera de Falange tras la conquista de la localidad a inicios de agosto de 1936; o de José Hermosilla Castilla, quien era considerado desafecto por ser de «ideas izquierdistas» y por haber desertado.[1887] Igualmente, algunos *camisas nuevas*, como Alfredo Villar Alfageme, no habían pertenecido a ninguna organización política, y otros, como Emilio Gómez Dalmón, habían estado afiliados en un partido de derecha antes de la guerra.[1888] Como se desprende de todo lo anterior, la División Azul no dejaba de ser también una salida peligrosa para centenares de españoles sumidos en la pobreza, así como para hombres que aspiraban a redimir penas de cárcel o limpiar sus expedientes.

En las memorias de los combatientes de la División Azul se puede apreciar una conexión directa entre la guerra civil española y la campaña en la URSS para presentar esta última como una revancha contra los rusos que habían luchado *contra España* entre 1936 y 1939. Así, por ejemplo, el divisionario José María Sánchez Diana relacionó el terror perpetrado por los *rojos* durante la guerra civil española con los comportamientos violentos de algunos compañeros, como los del sargento Filiberto, de quien comentó que todos los prisioneros que cogía «se los carga. En España perdió a

[1883] Ibid., p. 166.
[1884] CABALLERO JURADO, C., *Morir en Rusia. La División Azul en la batalla de Krasny Bor*, Quiron Ediciones, Valladolid, 2011, p. 17.
[1885] EZQUERRA, M., *Berlín a vida o muerte*, García Hispán, s.l., 2008, p. 8.
[1886] RECUERO, T., *Hasta Novgorod*…, pp. 69-70.
[1887] AGMAV, Milicias Nacionales, 5774,8.
[1888] AGMAV, Milicias Nacionales, 5774,8.

su padre asesinado cuando en el pueblo se enteraron de que el hijo luchaba a las órdenes de Yagüe. No perdona».[1889]

En sus memorias, los falangistas también transmitían la dureza de la campaña del frente oriental ocasionada por las condiciones adversas del combate en la estepa rusa, lo que generaba un gran miedo entre los divisionarios debido al carácter inhóspito, salvaje y cambiante del terreno. Además, se puede apreciar que el soldado ruso se confundía con el paisaje, lo que originó el temor de que este pudiera asaltar sus posiciones en cualquier momento. Así pues, los combatientes de la División Azul estaban constantemente expuestos y rodeados de amenazas. Para poder sobrevivir y huir de su propio miedo, los divisionarios optaron por la violencia como modo de relacionarse con el entorno, como sucedió con los *Freikorps* que participaron en la campaña del Báltico o con los milicianos del *Black and Tans* que se enfrentaron al IRA en la guerra de independencia de Irlanda. Por lo tanto, las duras características de la estepa rusa, sumado a las bajas temperaturas, ocasionaron un elevado número de fallecidos. Algunos de los falangistas muertos en la campaña en la Unión Soviética fueron, por ejemplo, Manuel Rey Serrantes (enero de 1942), Antonio Rodríguez Muñoz (finales de enero de 1942), Victoriano Rollin Muñoz (inicios de febrero de 1942), Manuel Pulpe López (inicios de febrero de 1942) o Cecilio Rey Iglesias (octubre de 1942).[1890] Al final, de los 40.000 combatientes que pasaron por la División Azul, 5.000 perdieron la vida y un número superior volvieron heridos o mutilados.[1891]

Franco decretó la disolución de la DVE y el retorno de los combatientes a España de forma escalonada el 10 de octubre de 1943 a causa de las presiones de los Aliados. No obstante, numerosos miembros de la División Azul rechazaron volver a España para quedarse y combatir en el frente oriental hasta el final de la segunda guerra mundial enrolados en una división de la *Wehrmacht* (conocida como Legión Azul) constituida únicamente por españoles bajo el mando del coronel Antonio García Navarro. A ello hay que sumarle la orden de Franco de cerrar la frontera franco-española para todos los españoles que desearan cruzarla con el fin de alistarse en el ejército alemán. Sin embargo, ello no impidió que algunos voluntarios, como el falangista Miguel Ezquerra, cruzaran la frontera ilegalmente gracias a los grupos clandestinos que facilitaban el paso fronterizo por algunos puntos, como Guipúzcoa, Navarra, los pirineos aragoneses o Perpiñán.[1892]

[1889] SÁNCHEZ DIANA, J.M., *Cabeza de puente. Diario de un soldado de Hitler*, García Hispán Editor, Alicante, 1990, p. 112; y ALEGRE, D., “”Coser y desgarrar, conservar y arrojar…”, p. 125.
[1890] AGA, 52/04046.
[1891] RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J.L., *Historia de Falange Española de las JONS*…, p. 373.
[1892] EZQUERRA, M., *Berlín a vida o muerte*…, p. 11.

Como se ha visto en estas páginas, después de que las tropas de Franco conquistaran los últimos territorios el 1 de abril de 1939, los milicianos falangistas realizaron funciones parapoliciales para mantener el orden y *cazar* a los *rojos* escondidos hasta finales de septiembre e inicios de octubre de 1939, mientras que otros se presentaron voluntarios en las partidas para luchar contra la guerrilla entre 1939 y 1952 como hicieron los milicianos de Falange entre 1936 y 1939. Asimismo, numerosos falangistas se presentaron voluntarios para combatir en el frente oriental con la intención de *devolver* a los bolcheviques su *visita* a España y acabar con el comunismo en su *guarida*. En definitiva, a pesar de la derrota militar de la República y de la rendición del EPR, la lucha contra el *rojo* continuó hasta conseguir su derrota total.

8.2. Desarticulación de las milicias, desmovilización e incorporación del miliciano falangista en la España franquista

Aunque destinaron a milicianos de FET y de las JONS para realizar funciones parapoliciales en municipios, caminos, puestos fronterizos y montes con la intención de mantener el orden tras la rendición del EPR y la derrota militar de la República el 1 de abril de 1939, las autoridades militares consideraban que se podía prescindir de las unidades milicianas porque veían que estas habían perdido su utilidad como brazo armado en el combate contra los enemigos de la patria. Por esta razón, a golpe de decreto, la dictadura redujo su fuerza hasta su completa desaparición licenciando o destinando a sus miembros a unidades del ejército, como pasó con el *Freikorps* en Alemania o con los batallones Prónay y Osztenburg en Hungría; socavando su poder, como ocurrió con las SA tras el ascenso de Hitler al poder el 30 de enero de 1933; y convirtiendo las milicias en instrumentos de educación política y de movilización de la población, como sucedió con el *Kaitseliit* en Estonia o el *Aizsargi* en Letonia tras la expulsión del Ejército Rojo del Báltico.

Entre las medidas aprobadas, el 14 de septiembre de 1939, por ejemplo, se ordenó la disolución de las unidades paramilitares de Primera Línea y la incorporación de sus integrantes al ejército. Ello hizo que los combatientes de la 1ª Bandera de Sevilla, por ejemplo, fueran destinados al regimiento de infantería n.º 6 de guarnición en la capital hispalense;[1893] los milicianos de la 5ª Bandera de Castilla pasaran a formar parte del regimiento de artillería 47 de Medina del Campo;[1894] o los falangistas de la 1ª

[1893] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,8.
[1894] AGMAV, Milicias Nacionales, 21216,4.

Bandera de León fueran incorporados al regimiento de infantería n.º 31 y al regimiento de artillería n.º 27.[1895]

El 14 de septiembre de 1939 se dispuso que los reemplazos comprendidos entre 1937 y 1941 estuvieran obligados a darse de baja de la milicia y a incorporarse al ejército para «mantener en filas los hombres indispensables para cubrir sus plantillas sin restar brazos útiles a la restauración de la economía nacional», lo que obligó a «disponer del personal de los contingentes del Ejército que actualmente están sirviendo en las Unidades de Milicias». En dicha ley también se ordenó que todo el material de guerra fuera entregado a la autoridad correspondiente, quedando solamente en poder de los milicianos el armamento considerado indispensable.[1896]

El 2 de julio de 1940 se decretó que las milicias fueran reorganizadas para dejar de ser un organismo estructurado militarmente y pasaran a ser instituciones encargadas de la *educación del pueblo* con el fin de organizar la instrucción *posmilitar* de los ciudadanos y

> mantener tenso el espíritu combativo de la juventud española, dispuesta, en todo momento, a movilizarse al servicio de la Patria y a encuadrar la masa general de la Nación para la instrucción premilitar, el servicio de trabajo o para aquellos actos que el Caudillo decrete. Es, por tanto, función de la Milicia el educar e instruir a la juventud preparándola para su ingreso en las fuerzas armadas de la Nación: mantener la preparación y educación militar de los ciudadanos y organizar servicios especiales para complementar los de retaguardia en tiempo de guerra y realizar los de protección y defensa que les sean confiados.

Para cumplir con su cometido, la milicia fue organizada en cuatro secciones sometidas a la autoridad del ejército y al código de justicia militar: las fuerzas permanentes, que serían las encargadas de la instrucción *premilitar* de la juventud y del encuadramiento de los efectivos de primera línea; la milicia premilitar, que incluiría a los jóvenes afiliados desde los 18 años hasta la edad de ingreso en el ejército; la milicia de primera línea, que comprendería a los afiliados desde su licenciamiento del ejército hasta que alcanzaran la edad límite para el término del servicio militar y, en caso de movilización de su reemplazo, estos se incorporarían a las correspondientes unidades de los ejércitos de tierra, mar o aire; y la milicia de segunda línea, que estaría constituida por los militantes comprendidos entre la edad de terminar el servicio militar y los 55 años. También se decretó que la milicia universitaria estaría compuesta por jóvenes

[1895] AGMAV, Milicias Nacionales, 5658,4.
[1896] BOE, 16 de octubre de 1939, n.º 259, p. 5115; GONZÁLEZ CALLEJA, E., “Camisas de fuerza…”, p. 80; y SEVILLANO CALERO, F., *Exterminio*…, p. 178.

mayores de 18 años que cursaran sus estudios en universidades, escuelas técnicas o centros de enseñanza superior. Estos recibirían preparación *premilitar* y, terminada su formación y alcanzado el grado de «aptitud premilitar indispensable», ingresarían en el ejército como sargentos y podrían obtener el empleo de alférez de complemento a los cuatro meses de servicio.[1897]

Siguiendo los deseos de Franco, el ministro-secretario general de FET y de las JONS, el *camisa vieja* José Luis Arrese, ordenó la disolución definitiva de las unidades paramilitares con el decreto del 27 de junio de 1944. De este modo, la dictadura se aseguró que el ejército tendría el monopolio de las armas.

A su vez, entre mayo de 1939 y finales de 1941, la dictadura licenció a los soldados y milicianos que habían combatido en el frente, y a los que habían prestado servicio en la retaguardia. Para valorar el ritmo de la desmovilización de los combatientes franquistas es necesario compararla con la de los ejércitos que lucharon en el último conflicto de carácter moderno y total: la primera guerra mundial. Una desmovilización exitosamente rápida, aunque caótica y con graves consecuencias políticas, fue la del ejército alemán, que, tras la firma del armisticio del 11 de noviembre de 1918, desmovilizó a 1.500.000 soldados en apenas unas semanas. De los soldados del ejército italiano, que fueron licenciados sin una verdadera planificación previa, 1.400.000 soldados fueron reincorporados a la vida civil entre diciembre de 1918 y enero de 1919, llegando a los 2.000.000 de licenciados en marzo de 1919. La desmovilización de 5.000.000 de soldados del ejército francés que, a pesar de las interrupciones ocasionadas por problemas técnicos y por la situación política internacional, se realizó por grupos de edad entre noviembre de 1918 y septiembre de 1919.[1898] Por lo tanto, en comparación con el licenciamiento de los ejércitos alemán, italiano y francés que habían luchado en la Gran Guerra, la desmovilización de las fuerzas armadas que combatieron en la guerra civil española se realizó de forma lenta.

El ejército franquista, entre los que se incluía a los combatientes de las milicias de partido y las unidades paramilitares organizadas por los militares, contaba con un máximo de 1.000.000 de soldados en abril de 1939.[1899] La dictadura inició la desmovilización de los combatientes del ejército y de las milicias de manera progresiva

[1897] BOE, 8 de julio de 1940, n.º 190, pp. 4705-4707; AGA, 65,14161; SEVILLANO CALERO, F., *Exterminio*…, pp. 175-176; Íd., "La política del "combatismo" en el "Nuevo Estado"…", pp. 57-61; y LAZO DÍAZ, A., *Retrato de fascismo rural en Sevilla*…, pp. 121-122.
[1898] ALCALDE, Á., "Los orígenes de la Delegación Nacional de Excombatientes de FET-JONS…", pp. 179-180.
[1899] CARDONA, G., *El gigante descalzo. El ejército de Franco*, Aguilar, Madrid, pp. 23 y ss.; y ALCALDE, Á., "Los orígenes de la Delegación Nacional de Excombatientes de FET-JONS…", p. 180.

mediante decreto. Así, en abril de 1939, se ordenó el licenciamiento de los soldados y de los milicianos correspondientes a las quintas comprendidas entre 1927 y 1929.[1900]

A inicios de junio de 1939 se ordenó que

> Los voluntarios que se alistaron por el tiempo de duración de la campaña y pertenezcan a reemplazos posteriores al de 1941 pueden ser licenciados en igual forma que se dispuso para los voluntarios de la campaña pertenecientes a reemplazos anteriores a 1927

porque se consideraba que estos no podían permanecer en las milicias ni prestar servicio en sus filas por corresponder su encuadramiento al SEU.[1901] Así pues, en virtud de dicho decreto, algunos falangistas, como Lorenzo González Rico (voluntario el 2 de febrero de 1937 en la 8ª Bandera de Castilla)[1902] o José Medina Rodríguez (enrolado el 12 de marzo de 1938 en la 1ª Bandera de Granada),[1903] fueron obligados a licenciarse de la milicia y a inscribirse en el SEU.

El 23 de julio de 1941 se decretó la desmovilización de todos los capitanes, tenientes y alféreces provisionales mayores de 30 años pertenecientes a las armas y cuerpos de infantería, caballería, artillería, ingenieros, intendencia y milicias.[1904] Entre los oficiales que habían servido en una bandera de Falange licenciados en virtud de este decreto estaban, por ejemplo, los alféreces Arturo Criado Matia (2ª Bandera de FET de Valencia), Elicio Villanueva García (2ª Bandera de Palencia), José Francho Bautista (3ª Bandera de Aragón) o Félix Irurzun López (7ª Bandera de Aragón).[1905] Ahora bien, no fue hasta finales de 1941 que se aprobó el licenciamiento de los últimos remplazos, los comprendidos entre 1937 y 1941.[1906]

Los soldados y milicianos desmovilizados pasaron a la reserva activa, pues, en caso de que el Estado los necesitara, estos podrían volver a ser llamados a filas. Por esta razón, los veteranos debían fijar un lugar de residencia y presentarse en el ayuntamiento de la localidad un día al año durante los cuatro posteriores a su licenciamiento. Así, los excombatientes pasaron a formar parte de la reserva activa en la que quedaron vinculados al ejército hasta finales de la década de los cincuenta, lo que implicó que la vida castrense de los falangistas que lucharon en el frente o que sirvieron en la retaguardia no terminara hasta muchos años después de su

[1900] AGMAV, Milicias Nacionales, 5711,3.
[1901] AGMAV, Milicias Nacionales, 5711,3.
[1902] AGA, 52/03752.
[1903] AGA, 65/14105.
[1904] AGMAV, Milicias Nacionales, 5713,3; y AGMAV, Milicias Nacionales, 5713,4.
[1905] AGMAV, Milicias Nacionales, 5713,3.
[1906] AGMAV, Milicias Nacionales, 5711,3.

licenciamiento. La dictadura se sirvió de este mecanismo como forma de control social y como recordatorio de los valores de encuadramiento y disciplina que habían tenido lugar durante la guerra.[1907]

Ahora bien, las experiencias de desmovilización fueron muy dispares. La mayoría de los reclutas deseaban ser licenciados y reintegrarse a la sociedad para reunirse con sus familiares y volver a la vida pacífica, mientras que otros rehusaban dejar el uniforme y aspiraban a convertirse en militares de profesión. En cambio, los combatientes más politizados que habían luchado en las fuerzas más *cohesionadas*, como las banderas de Falange, vivieron con tristeza y desolación la disolución de sus respectivas unidades, su desmovilización y su reincorporación a la vida civil. Este fue el caso de Héctor Colmegna, médico argentino que combatió en la 1ª Bandera de Falange de Navarra, quien comparó el licenciamiento de su unidad y la separación con sus camaradas como la dispersión de una familia unida por los peligros y las emociones compartidas en las trincheras.[1908]

Cabe destacar que, para muchos falangistas, el desenlace de la guerra no significó el final de la lucha porque consideraban que aún no se había realizado la revolución nacionalsindicalista. En efecto, el periodo que se abrió en España a partir de abril de 1939 era visto por algunos falangistas como el inicio de una nueva etapa de la revolución nacional y social; el hecho de no haber conquistado el Estado les confirmó en la creencia de que la revolución estaba pendiente. Como la hizo también la evidencia de que, a diferencia de Mussolini y Hitler, Franco no provenía del partido, mientras que a los falangistas descontentos les parecía que no ocupaban suficientes cargos políticos relevantes. Por otra parte, la revolución permanente era una característica imprescindible del fascismo, lo que significa que los fascistas siempre necesitaran estar en movimiento. Dicho esto, la referencia continua a la revolución diferencia a los fascistas de sus aliados, puesto que, si no había revolución, los falangistas pensaban que serían devorados por sus socios.[1909]

8.2.1. Reincorporación de los milicianos de Falange a la sociedad de posguerra

Los falangistas desmovilizados que se reincorporaron a la vida civil lo hicieron como soldados victoriosos en una sociedad acosada por el paro, la miseria, el hambre y la escasez. Según estadísticas oficiales, en las provincias que habían pertenecido a la zona sublevada desde verano de 1936, como Sevilla, Navarra, Badajoz, Zaragoza o

[1907] LEIRA CASTIÑEIRA, F.J., *La socialización de los soldados del ejército sublevado*…, p. 427.
[1908] COLMEGNA, H., *Diario de un médico argentino en la guerra de España*…, p. 279.
[1909] SAZ CAMPOS, I., *España contra España*…, pp. 186-189.

Valladolid, el desempleo masculino creció considerablemente: de unos 100.000 parados en abril de 1939 se pasó a más de 200.000 en septiembre de 1939. La situación en ciudades controladas por la República hasta el final de la guerra, como Madrid, Barcelona o Valencia, era aún peor, y eso que hombres no excombatientes y mujeres fueron expulsados de sus puestos de trabajo para garantizar un empleo a los veteranos.[1910]

A ello hay que sumarle que muchos falangistas regresaron con enfermedades ocasionadas por la mala alimentación y las malas condiciones en las que vivieron durante la guerra, así como con heridas físicas mal curadas o con trastornos psíquicos por haber luchado en una guerra moderna caracterizada por la sobreestimulación de los sentidos y por la constante amenaza de la furia de la aviación, de los blindados y de los bombardeos. Asimismo, los milicianos de Falange más politizados que se reincorporaron a la vida civil veían que no se cumplía el ideal por el que empuñaron las armas. Por esta razón, se lamentaban de que las penalidades padecidas durante la guerra fueron para combatir por la *España de Franco* y no por la revolución y el Estado nacionalsindicalista.

Para cubrir las necesidades y recompensar el sacrificio y la entrega de los soldados y milicianos que habían combatido en el frente, o que habían prestado servicio en la retaguardia, de los quintacolumnistas y de los damnificados por la violencia revolucionaria, la Junta Técnica del Estado creó un sistema de recompensas y privilegios en 1937 que consistía en asignarles viviendas oficiales, asegurarles un sustento, garantizarles un puesto de trabajo en la administración o en empresas particulares, y concederles prebendas, como asientos privilegiados en el teatro, en la iglesia o en el transporte público, con la finalidad de mantener la moral de los soldados y milicianos que luchaban en el frente.[1911] Dicho esto, los veteranos contaban con un empleo y unas distinciones que garantizaban su supervivencia y su prosperidad económica en la sociedad de posguerra, mientras que los excombatientes republicanos fueron excluidos socialmente y depurados laboralmente. El objetivo principal de esta política de recompensas consistía en establecer lazos de dependencia y clientelas políticas para reforzar la adhesión política de los excombatientes y consolidar el Nuevo Estado.

Las disrupciones que los soldados habían causado en los países que combatieron en la primera guerra mundial eran hechos recordados por la dictadura que

[1910] ALCALDE, Á., "Los orígenes de la Delegación Nacional de Excombatientes de FET-JONS…", p. 181.
[1911] ALCALDE, Á., *Los excombatientes franquistas*…, pp. 211-212.; y HERNÁNDEZ BURGOS, C., "De la cultura de guerra a la cultura de la victoria…", pp. 126-127

encaró el desafío de reintegrar a los excombatientes del ejército y de las milicias a la vida civil. La Junta Técnica del Estado, desde inicios de 1937 hasta su disolución el 30 de enero de 1938, y los distintos gobiernos de Franco a partir de inicios de febrero de 1938, crearon organismos que siguieron el modelo de otros países fascistas, aprobaron decretos y concedieron ayudas económicas para facilitar la reincorporación de los soldados y milicianos a la sociedad y propiciar el control y la movilización de la población. De este modo, las autoridades franquistas pretendían que el flujo de veteranos a sus lugares de origen no perturbara la economía que ya se encontraba exhausta por el esfuerzo de guerra, ni que se reavivaran los conflictos sociales allá donde la represión había traído la *calma* como sucedió, principalmente, en los países vencidos en la Gran Guerra.

Igualmente, se aprobaron decretos y se crearon organismos para facilitar un empleo a los excombatientes. Los franquistas consideraban que trabajar una vez finalizada la guerra era un privilegio que recompensaba su entrega y su sacrificio. También insistían en que la actitud posbélica de los veteranos debía caracterizarse por las virtudes militares, como la obediencia ciega o la disciplina. Por esta razón, se declaró que, sin dejar de ser soldados o milicianos, los excombatientes deberían trabajar y cumplir con sus deberes tras ser licenciados y reincorporados a la sociedad. Así pues, la percepción del combate y del trabajo como deber y sacrificio, así como la igualación de las dos experiencias, puede ser interpretada como una admonición al excombatiente de su auténtica y única función en el Nuevo Estado: trabajar.[1912]

Con estas cuestiones sobre la mesa, la Junta Técnica del Estado aprobó la creación del Servicio de Reincorporación de Combatientes al Trabajo (SRCT) el 14 de octubre de 1937 con el objeto de que los trabajadores que se incorporaran «al Ejército y Milicias Nacionales voluntariamente o en cumplimiento de deberes militares, no puedan sufrir perjuicio alguno el día de la victoriosa terminación de la guerra».[1913] Así pues, dependiente de la comisión de trabajo de la Junta Técnica del Estado, la SRCT procuraba devolver a los soldados y a los milicianos desmovilizados sus antiguos empleos y garantizar que no tuvieran condiciones contractuales inferiores a las que habían disfrutado antes de incorporarse a filas o, que, por cualquier causa, se estimara que el trabajo no se ajustaba a la legislación vigente.

[1912] ALCALDE, Á., *Los excombatientes franquistas*…, pp. 151-152.
[1913] SEVILLANO, F., “La política del “combatismo” en el “Nuevo Estado”…”, pp. 49-50.

Sin embargo, a comienzos de julio de 1939 aún no se sabía con certeza qué puesto ocuparían los excombatientes en la política y en la sociedad. El falangista Ángel Bernardo Sanz escribió en julio de 1939 que

> Los excombatientes […] tienen que comer y entiéndase bien que tienen que comer "todos". Aquellos que combatieron frente a nosotros, compréndase bien, "combatieron", es decir, defendieron un ideal torpe, pero lo defendieron noblemente y no pecaron ni mancharon sus manos de sangre criminal, son también excombatientes desde el punto de vida del trabajo. Les daremos doctrina.[1914]

Como puede verse, la retórica falangista del momento respetaba al soldado republicano vencido a pesar de que en la práctica quedó totalmente marginado por el sistema institucional instaurado por el régimen. Esta cierta consideración hacia al enemigo debía mucho a la religiosidad y la humildad que propugnaban los falangistas. A pesar de la deshumanización a que en la zona rebelde se sometió al oponente para hacer más aceptable su eliminación, entre los falangistas se generó (o, al menos, se expresó retóricamente) una mínima voluntad de perdón hacia el adversario vencido, voluntad que no fue habitualmente compartida por el resto de integrantes de la coalición sublevada.

En agosto de 1939 se constituyó la Delegación Nacional de Excombatientes (DNE) a cargo de José Antonio Girón de Velasco. Su arranque fue lento porque se tomó su tiempo para seleccionar y nombrar a los delegados provinciales. La institución quedó en manos de *camisas viejas* castellanos de la confianza de su delegado nacional, de los cuales, prácticamente todos, habían ocupado cargos de alféreces, tenientes o capitanes provisionales en las milicias de Falange. Como principal objetivo, la DNE quería resolver los problemas económicos y sociales de los veteranos, y combatir el desempleo para «mantener en los excombatientes la fe ciega en el Caudillo y la estricta obediencia a sus órdenes y consignas», y unirlos bajo la «doctrina nacionalsindicalista» y las *virtudes castrenses*. Para ello, se declaraba que era necesario que los delegados provinciales ostentaran «la auténtica representación de los excombatientes» frente a empresas y patronos para su colocación laboral.[1915] Por lo tanto, la DNE debía luchar contra el paro y erigirse como defensora de los derechos de los veteranos.

Fue la influencia fascista la que posiblemente terminó de concretar los objetivos políticos de la DNE con la redacción de la circular número 89 a inicios de diciembre de

[1914] SANZ, A. B., "Los excombatientes", *Amanecer***,** 4 de julio de 1939, p. 2; y ALCALDE, Á., "Los orígenes de la Delegación Nacional de Excombatientes de FET-JONS…", p. 187.
[1915] AGA, 52/2289; y ALCALDE, Á., "Los orígenes de la Delegación Nacional de Excombatientes de FET-JONS…", pp. 189-190.

1939 firmada por el secretario general de FET y de las JONS, el capitán general Agustín Muñoz Grandes, para conceder la categoría de militantes del partido único a todos los excombatientes que lo solicitaran con el objeto de consolidar lealtades entre los veteranos. Dicha medida también era una recompensa al servicio de armas, puesto que la militancia en FET y de las JONS abría la puerta a más privilegios. Cabe destacar que convertir a los excombatientes en falangistas era un objetivo que estaba en plena armonía con el fascismo.[1916]

Por su parte, en la circular del 5 de diciembre de 1939, Girón de Velasco señaló que la labor del servicio debía corresponderse con el «estilo expeditivo y ardiente de Falange y con el temple espiritual de los que forjaron su modo de ser en el clima heroico de los campos de batalla». Los veteranos del ejército y de las milicias debían ser el «instrumento capaz» y «obediente» necesarios para poder forjar el nuevo «Estado Nacional-Sindicalista». Al igual que en la guerra, los excombatientes solo tenían obligaciones, mientras que deberían ganarse sus derechos con el «cumplimiento diario de su deber».[1917] El texto era muy representativo del veterano fascista abnegado y obediente que se amoldó a los intereses de dominación del régimen en un contexto interior caracterizado por la penuria, el hambre y el desempleo.

Igualmente, la Junta Técnica del Estado y el primer gobierno de Franco aprobaron varias disposiciones entre inicios de 1937 y el 1 de abril de 1939 para garantizar la colocación de los excombatientes en el trabajo como, por ejemplo, la orden del 12 de marzo de 1937, que estableció que se reservara a los excombatientes, a los excautivos y a los huérfanos de los soldados y milicianos muertos el 50% de las vacantes habidas a partir del 18 de julio de 1936.[1918] La orden del 14 de octubre de 1938, que impuso la obligación a las empresas y patrones de dar cuenta al Servicio de Colocación Obrera de los puestos que hubieran de cubrirse, exigiendo que todo el personal necesario se solicitara en las Oficinas de Colocación.[1919] O el decreto del 1 de abril de 1939, que dictó las normas para la desmovilización de las industrias, señalando que, primero, se debía despedir a los obreros procedentes de los campos de trabajadores y, después, a los obreros militarizados que no pertenecían a la plantilla antes del 18 de julio de 1936 para contratar a los excombatientes y a los familiares de los caídos. En relación con la admisión de nuevo personal, se aprobó que tenían prioridad los veteranos que, sin haber pertenecido a la plantilla antes del inicio de la

[1916] ALCALDE, Á., "Los orígenes de la Delegación Nacional de Excombatientes de FET-JONS…", pp. 190-191.
[1917] AGA, 52/2322; e Ibid., p. 192.
[1918] AGA, 65/14130.
[1919] AGA, 65/14129.

guerra, estuvieran desmovilizados y clasificados como capacitados para el trabajo por las oficinas de colocación.[1920]

Después de la guerra se continuaron aprobando medidas para garantizar la incorporación de los veteranos al trabajo. Así, por ejemplo, con el decreto de 18 de mayo de 1939, se obligó a las empresas y patronos a solicitar el personal que necesitaran en la Oficina de Colocación hasta que todos los excombatientes de la localidad no tuvieran un empleo.[1921] Con la ley del 25 de agosto de 1939, se buscó incorporar al trabajo a todos los veteranos que desearan «dedicar sus actividades al servicio del Estado, la Provincia o el Municipio».[1922] Dicho decreto establecía una mayor prelación para la provisión de vacantes de la administración entre excombatientes, excautivos y mutilados. A estos últimos se les reservó el 20% de las vacantes; a los oficiales provisionales o de complemento que hubieran sido galardonados, por lo menos, con la Medalla de Campaña o reunieran las condiciones para su obtención, el 20%; a los excombatientes que tuvieran ese mismo requisito, el 20%; a los excautivos que hubieran estado en la cárcel más de tres meses y acreditaran su adhesión al Movimiento, el 10%; y a los huérfanos y personas dependientes de las víctimas de la guerra y de los asesinados por los *rojos,* el 10%. También se concretaron las normas relacionadas con la colocación de veteranos en empresas privadas, decretándose que el 80% de las vacantes existentes serían adjudicadas, preferentemente, a excombatientes.[1923] O, con la medida de septiembre de 1939, que dispuso que el 50% de las vacantes en la administración pública fueran cubiertas por quienes hubieran servido en el ejército o en las milicias durante más de tres meses.[1924]

Gracias a los organismos y a las diferentes medidas, muchas vacantes en la administración comenzaron a cubrirse con excombatientes como sucedió, por ejemplo, con la gestora de Arévalo (Ávila) que, en noviembre de 1942, estaba compuesta mayoritariamente por exmiembros de las centurias de Falange.[1925] Asimismo, muchos falangistas encontraron trabajo en empresas privadas o en compañías estatales como, por ejemplo, el *camisa vieja* Alberto Barbacid Durana, quien trabajó en RENFE; Carlos de Miguel Postigo, quien ejerció de enlace sindical en el Instituto de Logia y Sueroterapia de Madrid; Emilio Pérez Clemente, quien desempeñó el cargo de jefe de transportes en

[1920] BOE, 4 de abril de 1939, n.º 94, p. 1492; AGA, 65/14129; y SEVILLANO CALERO, F., "La política del "combatismo" en el "Nuevo Estado…", p. 49.
[1921] SEVILLANO CALERO, F., "La política del "combatismo" en el "Nuevo Estado…", pp. 49-50.
[1922] "Los mutilados, excombatientes y excautivos, en servicio de paz", *ABC* (Madrid), 20 de febrero de 1940, p. 10.
[1923] SEVILLANO CALERO, F., "La política del "combatismo" en el "Nuevo Estado…", pp. 48 y 51-52.
[1924] ALCALDE, Á., *Los excombatientes franquistas*…, p. 119; SEVILLANO CALERO, F., *Exterminio*…, p. 159; y HERNÁNDEZ BURGOS, C., "De la cultura de guerra a la cultura de la victoria…", p. 129.
[1925] ALCALDE, Á., *Los excombatientes franquistas*…, p. 184.

Madrid; los *camisas viejas* Inocente Álvaro Izquierdo y José Hidalgo Rivera, quienes fueron colocados en telégrafos; o el *camisa vieja* Fernando Ruiz Núñez, quien ejerció como capitán topográfico en la Comisión Geográfica de Galicia.[1926]

Sin embargo, había una gran cantidad de veteranos falangistas que no encontraron empleo. Este fue el caso de Rafael Tola Rivero,[1927] de Alfonso Delgado Jiménez,[1928] de Bernardo Ramírez,[1929] de Santos Sánchez García o del *camisa vieja* Luis González García.[1930] Así sucedió también con excautivos como, por ejemplo, el *camisa vieja* Gustavo Sánchez Torres, quien estuvo preso en la cárcel Modelo de Madrid;[1931] o Diego Blaya Valcárcel, quien estuvo encerrado en la penitenciaría de Murcia durante 32 meses.[1932] Como consecuencia de la gran cantidad de parados, muchos veteranos falangistas se mostraron reticentes hacia FET y de las JONS porque veían que no se cumplía la promesa de encontrarles un puesto de trabajo después de ser licenciados.

La mayoría de los veteranos falangistas que no tenían trabajo vivían en una situación precaria. Este fue el caso de no pocos excombatientes de más de 40 años que no pudieron acceder a una plaza de maestro interino. La permanencia en el ejército o en las milicias les impidió tener una preparación suficiente para presentarse a las oposiciones de 1941 -primera convocatoria realizada después de la guerra. La mayoría de ellos estaban casados y tenían cargas familiares, lo que les limitó el tiempo de estudio por tener que compaginar su formación con el trabajo.[1933] A ello había que añadirle las dificultades para el estudio por razones de edad, ya que su formación terminó 20 años atrás y algunas materias no eran las mismas, lo que se tradujo en una mejor preparación de las promociones posteriores. Para acabar con esta situación, se aprobaron leyes, como la del 17 de julio de 1947, que dispuso que el 5% de las vacantes en los diferentes cuerpos de la administración se reservaran a los excombatientes que obtuvieran el mínimo de puntuación requerida para su aprobación,[1934] y concedieron facilidades a los veteranos para colocarlos en organismos estatales y, para aquellos que lo desearan, en el Magisterio Nacional.[1935]

[1926] AGA, 52/04141.
[1927] CDMH, DNS-SECRETARIA, Exp.729.
[1928] CDMH, DNS-SECRETARIA, Exp.735.
[1929] CDMH, DNS-SECRETARIA, Exp.749.
[1930] AGA, 52,04001.
[1931] CDMH, DNS-SECRETARIA, Exp.734.
[1932] AGA, 52,04001.
[1933] AGA, 52/04004.
[1934] BOE, 19 de julio de 1947; y AGA, 52/04004.
[1935] AGA, 52/04005.

La elevada cifra de parados y las condiciones precarias de muchos veteranos muestra la incapacidad de las instituciones y de las leyes aprobadas para garantizar la incorporación de los excombatientes al trabajo. Estas quedaron en entredicho al mismo tiempo que las quejas de los veteranos se multiplicaron en todas las jefaturas provinciales, porque veían que no se cumplía la promesa de garantizarles un empleo tras su licenciamiento y su reincorporación a la vida civil. Ello se debía a que los dirigentes aprovecharon su posición para priorizar a algunos de sus camaradas y a la carencia de inspecciones, lo que permitía a los empresarios y patronos incumplir las leyes.[1936] A ello hay que añadirle las dificultades de encuadrar a los excombatientes debido a la indiferencia de estos y a sus reticencias a inscribirse en una institución controlada por el partido único, como sucedió, por ejemplo, en Ávila, donde se constaba la «apatía y la falta de entusiasmo» de los veteranos; o en Segovia, donde las resistencias a inscribirse estaban ocasionadas por el «temor de que si se encuadrasen […] serían sus componentes los primeros en ser llamados a una movilización si las circunstancias internacionales lo exigieran».[1937] Igualmente, los veteranos tampoco respondían a las expectativas, ya que, a veces, no solicitaban las plazas vacantes reservadas para los excombatientes y tampoco asistían a los cursos de capacitación.

Con la finalidad de remediar la precaria situación de los excombatientes hasta que encontraran un empleo, el gobierno concedió ayudas económicas como, por ejemplo, el subsidio del excombatiente, instaurado el 16 de mayo de 1939 para asignar tres pesetas al día a los veteranos que estuvieran en paro. Los beneficiarios debían inscribirse obligatoriamente en la Oficina de Colocación del municipio donde residían, acreditando su calidad de excombatiente mediante un certificado expedido por el cuerpo o unidad donde hubieran prestado servicio.[1938]

Solo podían acceder a dichas ayudas los veteranos que, según la orden del 24 de junio de 1940, hubieran estado movilizados en el ejército o en las milicias, o que hubieran prestado servicio en los grupos clandestinos de la retaguardia republicana.[1939] Así pues, se fijó como excombatiente a todo aquel que hubiera luchado con las armas en la mano y que hubiera prestado servicios de espionaje y de sabotaje en zona *roja*. El concepto de veterano de guerra no era un simple título que concedía los mismos privilegios, puesto que se premió de manera diferente el esfuerzo de los individuos que habían empuñado las armas para combatir en el frente, a los que habían realizado

[1936] ALCALDE, Á., *Los excombatientes franquistas*…, pp. 156-167.
[1937] HERNÁNDEZ BURGOS, C., "De la cultura de guerra a la cultura de la victoria…", pp. 130-131.
[1938] BOE, 18 de mayo de 1939, n.º 138, pp. 2703-2704; y SEVILLANO CALERO, F., "La política del "combatismo" en el "Nuevo Estado…", pp. 49-50.
[1939] AGMAV, Milicias Nacionales, 5646,4.

funciones parapoliciales en la retaguardia, a los que habían prestado servicio de espionaje en la zona *roja* y a los que habían sido víctimas de la violencia revolucionaria. Si así fuere, no se distinguiría entre excombatientes, víctimas de guerra y excautivos porque no podía admitirse una clasificación en categorías de mayor a menor en el sacrificio entre las personas que habían aportado su ayuda en el esfuerzo de guerra. Por lo tanto, el concepto de excombatiente suponía una actividad desarrollada en condiciones de peligro para el individuo y encaminada al triunfo de los *ideales nacionales*.[1940]

Como sucedió en los países que combatieron en la Gran Guerra, hombres mutilados comenzaron a poblar la retaguardia a partir de finales de 1936. Los sublevados eran conscientes de que este era uno de los primeros problemas que debían afrontar para evitar protestas y manifestaciones que afectaran a la estabilidad y al orden de la retaguardia. Para gestionar el flujo de hombres marcados por la guerra, a los que se quería garantizar su fidelidad, la Junta Técnica del Estado aprobó la creación del BCMGP en enero de 1937, presidido por el general José Millán-Astray en sustitución del Cuerpo de Inválidos que, según los franquistas, había supuesto una pesada carga financiera y había sido ineficiente e injusto.[1941] La eliminación de dicha entidad formaba parte de la política de aniquilación de las instituciones liberales y republicanas iniciada en verano de 1936.[1942]

El razonamiento para crear dicho organismo debía mucho a la lógica conservadora existente en los países que lucharon en la primera guerra mundial. Estos habían establecido sistemas de asistencia dirigidos a poner a los mutilados de vuelta al trabajo tan pronto como fuera posible.[1943] Los sublevados pensaban que lo más importante era garantizar un empleo a los hombres marcados por la guerra tan pronto como fuera posible para evitar que estos se convirtieran en «parásitos sociales». Como se declaró a inicios de julio de 1938,

> nuestros gloriosos Caballeros mutilados crean un problema que el pueblo español, encuadrado en la organización básica del nuevo Estado, debe procurar resolver definitivamente, dando al mutilado el honor y el trabajo, que su sacrificio heroico le ha hecho acreedor.[1944]

[1940] AGA, 65/14129.
[1941] BOE, 24 de enero de 1937, n.º 96, pp.194-195; y ALCALDE, Á., "Los orígenes de la Delegación Nacional de Excombatientes de FET-JONS…", p. 174.
[1942] ALCALDE, Á., "Los orígenes de la Delegación Nacional de Excombatientes de FET-JONS…", p. 174.
[1943] Ibid., p. 174.
[1944] "El problema de la cultura al Mutilado", *Amanecer* (Zaragoza), 4 de julio de 1938, p. 6.

Los franquistas querían que los lisiados trabajaran a pesar de que muchos de ellos deberían abandonar sus antiguas ocupaciones, que requerían un gran esfuerzo físico, puesto que la mayoría de ellos eran campesinos o empleados en una fábrica. Entendían que el subsidio que cobraba el mutilado antes de ser incorporado al trabajo era una cosa pasajera porque consideraban que había «que ir rápidamente a sustituir el subsidio por el jornal» para evitar que se «relajen» como consecuencia de su *lesión* física. Es decir, crear empleo para absorber la masa de excombatientes que «no pueden pasar a la categoría de parados, aun cuando sean parados de primera clase». Así pues, reanudar el trabajo era «primordial para la paz de conciencias que necesita la Patria dolorida» porque el empleo «ocupa la atención totalmente de los hombres y les distrae del morbo del comentario y de la discusión de tan fatales consecuencias».[1945]

Así, con la finalidad de garantizar la incorporación al trabajo de los mutilados, se reservaron plazas en la administración y en empresas como, por ejemplo, Casa Pirelli, Banco Vitalicio de España, Riegos y Fuerza del Ebro o Hispano Suiza.[1946] Para los franquistas era primordial que los lisiados trabajaran para, poder así, impactar en la población de forma conveniente sobre el sacrificio bélico, pero sin concienciar sobre las dificultades y penurias cotidianas del mutilado, que, incluso, fueron minimizadas.[1947]

Por su parte, durante la guerra, los falangistas organizaron sus propias asociaciones de mutilados que pasaron a ser dependientes de la jefatura provisional, como la Sección del Mutilado en Zaragoza para impartir cursos de enseñanza gratuitos con el objetivo de aumentar el nivel cultural de los milicianos y que estos pudieran aspirar a plazas de «más categoría».[1948]

Ahora bien, desde inicios de 1937 hasta el final de las hostilidades el 1 de abril de 1939, los franquistas aprobaron las primeras medidas para incorporar a los mutilados al trabajo. Así, por ejemplo, el 12 de marzo de 1937 se decretó que se reservara a los excombatientes y a los lisiados el 50% de las vacantes habidas a partir del 18 de julio de 1936; el 5 de abril de 1938 se aprobó la no exclusión de las oposiciones ni de los concursos a los que habían sufrido prisión ni a los hijos de las personas que habían sido asesinadas por los *rojos* o de los caídos que habían luchado en *defensa de la Patria*; o el 15 de julio de 1938 se establecieron las jubilaciones en los distintos cuerpos de la administración.[1949]

[1945] SANZ, Á. B., "Los excombatientes", *Amanecer* (Zaragoza), 14 de julio de 1940, p. 2.
[1946] "En la provincia de Barcelona han sido colocados, hasta la fecha, 1004 mutilados", *La Vanguardia*, 24 de octubre de 1941, p. 1.
[1947] ALCALDE, Á., *Los excombatientes franquistas*…, p. 124.
[1948] "Falange y los mutilados", *Amanecer* (Zaragoza), 4 de julio de 1938, p. 6.
[1949] AGA, 65/14123.

También se aprobaron medidas después de la guerra como, por ejemplo, la del 25 de agosto de 1939, que garantizó la provisión de plazas en la Administración del Estado con mutilados, combatientes y excautivos porque se consideraba que, terminada la guerra y la marcha hacia una vida normal de paz y de trabajo, no tenía razón de ser la suspensión de toda clase de oposiciones y concursos para cubrir las vacantes en los organismos estatales, provinciales y municipales, así como en las entidades relacionadas con los servicios públicos;[1950] o la del 3 de octubre del mismo año para exigir que las personas que fueran designadas jueces y fiscales municipales, dentro del orden de preferencia que el mismo estableció, reunieran el requisito de llevar dos años de residencia en la población en la que se fuera a desempeñar el cargo. Sin embargo, los excombatientes no cumplieron con este último requisito, lo que significa que estaban en condiciones de inferioridad respecto a las personas que no habían abandonado la población de residencia para combatir en el frente. Para facilitar su incorporación al trabajo se dispuso que el 20% de las vacantes de empleos subalternos, guardias y agentes armados, y obreros municipales y provinciales fueran reservadas a los mutilados y a los veteranos que fueran aptos para el ejercicio de las funciones que implicaran dichas plazas.[1951] Sin embargo, esta política de colocación de mutilados *útiles* en empleos reservados tuvo un éxito limitado.

El reglamento del BCMGP estableció diferentes categorías de mutilación según la severidad de las lesiones que presentaba un individuo: absolutos, permanentes y útiles. La clasificación de un mutilado se calculaba según el "Cuadro de Lesiones Orgánicas y Funcionales" adjunto al Reglamento, que proporcionaba un determinado porcentaje a las lesiones padecidas. El Reglamento y el Cuadro no eran creaciones novedosas de la dictadura, puesto que, en gran medida, se inspiraron en la legislación francesa establecida en 1919 para los inválidos de guerra en Francia, además de en la anterior ley española sobre el Cuerpo y Cuartel de Inválidos, introducida en 1926 y suprimida en 1932.[1952] Así pues, los mutilados percibieron una pensión según la naturaleza y la severidad de sus heridas. El Estado abonó a los mutilados útiles tres pesetas diarias mientras estuvieran en el paro, a los lisiados permanentes 292 pesetas mensuales de forma vitalicia y a los absolutos, quienes percibieron un salario según su categoría en el ejército o en las milicias. Como las demás instituciones de veteranos, el ingreso en el BCMGP podía asegurar la supervivencia de un excombatiente mutilado en la dura posguerra. Pese a ello, la lentitud de los procesos burocráticos y el lapso de

[1950] BOE, 1 de septiembre de 1939, n.º 244, pp. 4854-4855; y AGA, 65/14123.
[1951] AGA, 65/14130.
[1952] ALCALDE, Á., *Los excombatientes franquistas*…, p. 119; y WRIGHT, S., "Los mutilados de Franco…", p. 77.

tiempo que transcurrió entre el abandono del hospital y el ingreso en el Cuerpo afectó, sobre todo, a individuos que no tenían recursos económicos ni parientes para cuidarlos.

Sin embargo, los veteranos con problemas mentales quedaron excluidos de dichas ayudas a causa de la actitud desconfiada del Estado ante los problemas mentales, puesto que las heridas físicas, al contrario que los problemas psíquicos, se diagnosticaban y clasificaban rápidamente. Ello se ejemplifica con un cabo de la milicia falangista considerado mutilado útil, quien perdió dos veces su empleo por no tener las capacidades de desempeñarlo, y que fue internado en una clínica psiquiátrica durante una temporada por demostrar «trastornos que le imposibilitaban totalmente por temporadas». La solicitud de su esposa dirigida al BCMGP fue rechazada por las autoridades tras un examen psiquiátrico que concluyó que su marido no padecía ninguna enfermedad y que solo tenía una «Personalidad Débil Mental».[1953] Este caso pone de manifiesto que la dictadura negaba el vínculo entre la guerra y las lesiones *invisibles* porque consideraba que los excombatientes con problemas mentales eran incapaces de controlar sus emociones, puesto que, según la masculinidad fascista ya analizada, el ataque de nervios era un trastorno *femenino* que estaba asociado a la homosexualidad y a una personalidad *débil* del individuo.[1954] Por lo tanto, para ser considerado mutilado era necesario que el miliciano o el soldado hubiera sido herido físicamente por *elementos destructores* empleados por el enemigo en el frente o en la retaguardia.

Los criterios que determinaban la entrada en el BCMGP y el grado de prestación acordado a cada individuo ofrecían una perspectiva interesante sobre la mentalidad del régimen franquista en relación con estas cuestiones. Así, el Caballero Mutilado ideal era aquel que tenía claras lesiones físicas derivadas de su experiencia con armas o, directamente, del fuego enemigo; dichas heridas eran la mejor prueba de su honor masculino y su virilidad, así como de su adhesión y devoción por la *causa*. En cambio, los excombatientes sin lesiones visibles, y que no podían volver al trabajo, no adquirían ese mismo estatus y carecían del mismo valor simbólico, por lo que su ingreso en el BCMGP no resultaba propicio para el régimen, ni desde un punto de vista económico ni tampoco ideológico.[1955]

La estrategia que emplearon los franquistas para instrumentalizar a los excombatientes en el periodo de instauración de la dictadura no era idéntica a los

[1953] WRIGHT, S., “Los mutilados de Franco…”, p. 80.
[1954] VINCENT, M., “La reafirmación de la masculinidad en la cruzada franquista…”, pp. 145-146; y WRIGHT, S., “Los mutilados de Franco…”, pp. 80-81.
[1955] WRIGHT, S., “Los mutilados de Franco…”, pp. 84-85.

métodos empleados por el fascismo italiano y el nazismo, quienes consiguieron atraer a muchos veteranos de la primera guerra mundial durante sus respectivos procesos constituyentes. En España eran circunstancias domésticas, como las luchas intestinas por la hegemonía política, y los objetivos internos, como apaciguar descontentos sociales y crear lealtades, los factores que condicionaron los orígenes de los organismos de veteranos, la concesión de privilegios a los excombatientes y la aprobación de las medidas referidas a los mismos.[1956] Fue durante los contactos establecidos con los fascistas italianos y los nazis al acabar la guerra cuando se terminó de decidir la suerte política de los soldados y milicianos licenciados. Sin embargo, a pesar de la derrota de las potencias fascistas en 1945, las políticas destinadas a satisfacer las necesidades de los veteranos en la España de Franco muestran la persistencia de la ideología fascista más allá del final de la segunda guerra mundial y una fuerte conexión transnacional entre los excombatientes y el fascismo.[1957]

De la misma manera que se decretaron medidas para garantizar la incorporación del veterano en el trabajo, la Junta Técnica del Estado aprobó varias órdenes para acudir al *auxilio* de los familiares de los voluntarios en el ejército y en las milicias muertos en las trincheras o como consecuencia de las operaciones de la retaguardia. Así, por ejemplo, el 13 de octubre de 1936 se concedió a los parientes de los jefes, oficiales y suboficiales de los *desaparecidos* una pensión extraordinaria del 50% del sueldo del causante.[1958] O el 11 de enero de 1937 se creó, con carácter provisional, un subsidio para las familias de los voluntarios cuando concurrieran las siguientes circunstancias: carecer de ingresos o tenerlos insuficientes para las «necesidades de la vida»; hallarse los familiares, antes de la guerra, «viviendo bajo el mismo techo del combatiente, siendo este con su trabajo, el único sustento de ellos, o habiéndose producido con posterioridad esta circunstancia»; encontrarse el soldado o el miliciano hospitalizado como herido o enfermo, o por haber quedado mutilado; o el fallecimiento del combatiente.[1959]

Ello permitió a los familiares de los milicianos de Falange fallecidos solicitar una pensión. Este fue el caso de varios parientes de falangistas que habían combatido en la columna Sagardia, como los de Francisco Rubí Mercedes (fallecido el 18 de octubre de 1936), los de León Carlos Veramendi (muerto el 19 de diciembre de 1936), los de Víctor Castillejo Jaso (fallecido el 22 de marzo de 1938) o los de Antonio Arrizala (muerto el 14 de agosto de 1938); de los que estuvieron movilizados en la columna Cayuela, como los

[1956] ALCALDE, Á., "Los orígenes de la Delegación Nacional de Excombatientes de FET-JONS…", pp. 193-194.
[1957] ALCALDE, A., "War Veterans and Fascism…", p. 93.
[1958] BOE, 17 de octubre de 1936, n.º 4, p. 14; y SEVILLANO, F., "La política del "combatismo" en el "Nuevo Estado…", p. 48.
[1959] BOE, 11 de enero de 1937, n.º 83, pp. 85-86.

de Cecilio Gaz Larrañaga (caído el 9 de agosto de 1936), o los de Francisco Nicola y Ros (fallecido el 1 de mayo de 1937);[1960] o de los que habían luchado en la 3ª Bandera de Navarra, como los de Bernardo Torres Autor (muerto el 11 de junio de 1937), los de Leonardo Bacaicoa Munarriz (fallecido el 11 de junio de 1937) o los de José Pérez Cuadrado (muerto el 22 de septiembre de 1937).[1961] Sin embargo, solo podían solicitar ayuda aquellos que podían demostrar que vivían en una situación precaria y que no tenían recursos para sobrevivir. Para ello, los interesados debían acompañar su solicitud con un certificado que justificara su situación de pobreza.[1962]

En definitiva, los milicianos de Falange desmovilizados se incorporaron a una sociedad azotada por la hambruna, la escasez, el paro y la pobreza. A pesar de la aprobación de decretos y la creación de instituciones que seguían el modelo fascista para garantizar un puesto de trabajo, pensiones, subsidios y privilegios a los veteranos y a los mutilados, así como a los familiares de los caídos en combate y a los damnificados por la violencia revolucionaria, muchos falangistas se encontraron sin trabajo y sin apenas recursos para subsistir. Ello pone de manifiesto que las leyes aprobadas y las organizaciones creadas para atender las necesidades de los excombatientes no estaban motivadas por la necesidad de *agradecer* a los soldados, a los milicianos, ni a las víctimas de guerra su sacrificio, sino que estaban incentivadas por intereses políticos: garantizar los apoyos sociales de la dictadura y consolidar el Nuevo Estado. En definitiva, las autoridades priorizaron las cuestiones políticas por encima de las necesidades de los excombatientes.

8.2.2. Veteranos falangistas como herramienta de movilización cultural en la España franquista

La derrota militar de la República y el final de las hostilidades no implicó la desmovilización cultural ni la desmilitarización de la sociedad porque la dictadura trasladó en tiempos de paz una serie de mentalidades basadas en la experiencia de guerra que se caracterizaron por el recuerdo del conflicto, la demonización del adversario, la exaltación de los sacrificios realizados por los combatientes del ejército y de las milicias, y el recuerdo de las víctimas de la violencia republicana.[1963] Así, por medio de las políticas de memoria y olvido, la dictadura pretendió mantener la unidad y la identidad común de los apoyos sociales del Nuevo Estado para poder, así, consolidar el régimen nacido de la guerra.

[1960] AGMAV, Milicias Nacionales, 5652,9.
[1961] AGMAV, Milicias Nacionales, 5653,1.
[1962] AGA, 65/14130.
[1963] ALCALDE, Á., *Los excombatientes franquistas*…, pp. 116 y 196; y HERNÁNDEZ BURGOS, C., "De la cultura de guerra a la cultura de la victoria…", pp. 124-125.

Como ya se ha analizado, la guerra civil catalizó el fascismo en España. La experiencia bélica tenía el mismo rol que jugó la Gran Guerra en la formación de la cultura política, del estilo, de las mentalidades y de la visión del mundo de los diferentes movimientos fascistas europeos. En este sentido, los veteranos que sirvieron en el ejército o en las milicias, así como los damnificados por la violencia *roja* contribuyeron a mantener viva la cultura de guerra basada en mitos, discursos y rituales, como hicieron los fascistas en Italia o los nazis en Alemania con la experiencia de la primera guerra mundial.[1964] Por lo tanto, de la misma manera que los regímenes fascista y nazi eran impensables sin la Gran Guerra, la dictadura franquista no podía ser concebida sin el conflicto armado de 1936-1939.

Sin embargo, a diferencia del fascismo en Italia y del nazismo en Alemania, la Victoria unió al franquismo como identidad de autorreconocimiento político. Los franquistas consideraban que solo era posible pertenecer a la comunidad de los vencedores si se aceptaba la legitimidad de la guerra, mientras que reflexionar sobre la *represión* perpetrada contra el enemigo y abjurar del conflicto armado eran argumentos para ser expulsados de la comunidad. Así, con la República reducida a cenizas, la dictadura se construyó sobre la premisa de que en la España nacida de la contienda había una clara línea divisoria entre vencedores y vencidos para mantener las mentalidades propias de la guerra en la sociedad, optando así por la no reconciliación y diferenciando entre *buenos* y *malos españoles*. Ello comportó que, durante los casi cuarenta años de dictadura, los únicos combatientes y damnificados por la violencia conmemorados oficialmente, homenajeados políticamente y compensados económicamente fueran los soldados y los milicianos del bando rebelde, mientras que los *rojos*, quienes eran reducidos a rasgos identitarios negativos y deshumanizados, quedaron excluidos del discurso oficial y conmemorativo. Esta premisa constituyó la base fundamental de una cultura de la victoria entendida en términos de relaciones de poder fluctuantes y dinámicas en las que participaron tanto los discursos y las prácticas producidos desde el poder, como los recursos empelados por la población para interpretar la realidad.[1965]

La división entre vencedores y vencidos no solo estaba alentada desde arriba, sino que, también, lo estaba por parte de ciudadanos corrientes y veteranos de guerra no especialmente comprometidos con la dictadura ni con la República. Dicho esto,

[1964] ALCALDE, A., "War Veterans and Fascism…", p. 90.
[1965] LEDESMA, J.L. y RODRIGO, J., "Caídos por España, mártires de la libertad…", p. 237; HERNÁNDEZ BURGOS, C., "De la cultura de guerra a la cultura de la victoria…", p. 125; ANDERSON, P. y DEL ARCO BLANCO, M. A., "Construyendo la dictadura y castigando a sus enemigos. Represión y apoyos sociales al franquismo (1936-1951)", *Historia Social*, n.º 71 (2011), p. 132; y DEL ARCO BLANCO, M. A., *Cruces de memoria y olvido*…, p. 38.

fueron los propios excombatientes, las viudas de los caídos y los damnificados por la violencia revolucionaria quienes más contribuyeron en su mantenimiento, puesto que, para ellos, la experiencia de guerra, el sacrificio realizado en el campo de batalla y el derramamiento de sangre constituyeron los principales motores de su colaboración con el régimen. El sacrificio realizado en el campo de batalla y el derramamiento de sangre en la retaguardia legitimaron, desde su punto de vista, la exclusión del enemigo vencido en la sociedad de posguerra. Dicho esto, por medio del padecimiento personal y de la traumática experiencia de guerra, los veteranos, las viudas y los afectados por la violencia republicana pasaron a formar parte de una comunidad de sufrimiento.[1966] Estos colectivos se convirtieron en miembros de una suerte de élite victoriosa, cuyo cometido consistía en mantener viva la cultura de guerra para asegurar la adhesión de los diferentes sectores sociales del franquismo y garantizar la supervivencia del régimen.[1967] El sufrimiento personal padecido en la guerra generó un fuerte sentimiento de valores compartidos entre los combatientes, sus familiares y los damnificados por la violencia revolucionaria con la dictadura.

Los veteranos, así como los combatientes fallecidos en el campo de batalla, se convirtieron en referentes para los vivos y en emblemas morales investidos de todos los valores de la Nueva España.[1968] El franquismo negaba la consideración de excombatiente a los soldados del EPR y a sus muertos, al mismo tiempo que exaltaba y dotaba a los veteranos y a los caídos que combatieron en el ejército o en las milicias del bando rebelde de todas las virtudes que caracterizaban a la Nueva España, como el heroísmo, la camaradería, la abnegación, la fe o el sacrificio, sin importar que fueran de una u otra ideología, que fueran más o menos partidarios de la *causa*, que intentaran desertar o que se lo estuvieran planteando, o que no se comportaran como esperaban sus comandantes.[1969] Los relatos sobre las muertes de los combatientes estaban llenos de historias mitificadas sobre su muerte heroica, en los que se pueden ver los atributos que caracterizaban a los *verdaderos españoles*. De este modo, el régimen *confiscó* la experiencia de guerra y se apoderó del recuerdo y la memoria de los combatientes del ejército y de las milicias, imponiendo una interpretación de su papel que los cubría con tintes heroicos y los mitificaba con la finalidad de legitimar al Nuevo Estado.

Como se pone de manifiesto, la imagen retórica no era compatible con la realidad, puesto que miles de hombres se alistaron en el ejército o en las milicias

[1966] ANDERSON, P. y DEL ARCO BLANCO, M. A., "Construyendo la dictadura y castigando a sus enemigos…", p. 133.
[1967] HERNÁNDEZ BURGOS, C., "De la cultura de guerra a la cultura de la victoria…", p. 144.
[1968] LEDESMA, J.L. y RODRIGO, J., "Caídos por España, mártires de la libertad…", pp. 236-238.
[1969] LEIRA CASTIÑEIRA, F.J., *La socialización de los soldados del ejército sublevado*…, pp. 468-469; Íd., *Soldados de Franco*…, pp. 316-317; y DEL ARCO BLANCO, M. A., *Cruces de memoria y olvido*…, p. 39.

movidos por diferentes causas, desde la voluntad de empuñar las armas para acabar con el comunismo y defender la patria amenazada hasta al deseo de salvar la vida. A ello hay que sumarle las diferentes experiencias bélicas motivadas por la edad del miliciano de Falange, su ideología y su rango, entre otras cosas. Todo ello se traduce en experiencias de guerra muy heterogéneas que tuvo como consecuencia la formación de vivencias muy diferentes a la uniformidad presentada desde el poder.[1970] En todo caso, la apropiación de la memoria de los combatientes por parte del régimen fue posible gracias a la necesidad de paz y a la imposibilidad de afirmar en público una memoria diferente a la defendida por la dictadura, lo que dio lugar a un silencio social y que las experiencias previas de los milicianos fueran silenciadas y transformadas hasta cierto punto.[1971]

A ello hay que sumarle que los soldados y milicianos caídos en combate, independientemente de sus ideas políticas, pasaron a ser mártires que habían luchado para *defender la Patria*; mientras que, por su parte, los vivos se convirtieron en reflejo y modelo a seguir para las nuevas generaciones. La dictadura utilizó sus vivencias en la guerra como herramienta propagandística con la finalidad de garantizar el encuadramiento y la movilización de la población. En definitiva, independientemente de su identidad política, el régimen se apropió de la experiencia de los veteranos y de los combatientes muertos, que pasaron a formar parte del imaginario franquista para siempre, sin que pudieran escapar.[1972]

El espacio público también se llenó de símbolos que evidenciaban la división de la sociedad entre vencedores y vencidos, dando lugar así a una cultura de la victoria y a una plasmación material de la existencia de espacios de inclusión y exclusión social con las cruces de los caídos que ocuparon un lugar central en el imaginario simbólico de la nación e invadieron lo cotidiano para recordar la guerra. La cruz se impuso como elemento omnipresente por el sentido religioso de todas las fuerzas políticas del campo contrarrevolucionario, por lo que resultaba fácil establecer la identificación de los miembros de la comunidad nacional con ella. En este sentido, la cruz funcionó como manifestación de la eliminación de los símbolos de la República y se convirtió en una prueba evidente de adhesión de parte de la sociedad española al franquismo, lo que evidencia que pasó de ostentar un sentido meramente religioso a simbolizar también lo

[1970] LEIRA CASTIÑEIRA, F.J., *La socialización de los soldados del ejército sublevado*…, pp. 468-470; e Íd., *Soldados de Franco*…, pp. 24-25.
[1971] LEIRA CASTIÑEIRA, F.J., "Los «soldados de Franco»: experiencias, memorias e identidades complejas" en ALEGRE, D., ALONSO, M. y RODRIGO, J (eds.), *Europa desgarrada*…, p. 279; e Íd., *Soldados de Franco*…, pp. 293-295.
[1972] LEIRA CASTIÑEIRA, F.J., *La socialización de los soldados del ejército sublevado*…, p. 465; e Íd., *Soldados de Franco*…, pp. 291-293.

político, identificándose esta con la imagen de una España católica y única. Igualmente, las cruces a los caídos funcionaron como lugares de memoria y duelo para los miembros de la comunidad de los vencedores, y como rituales de recuerdo que, mediante la conmemoración de la guerra y de sus víctimas, servían para fijar, estructurar y construir un pasado particular.[1973] Esta era una práctica de nacionalismo de guerra en tiempo de paz, en la que el homenaje al combatiente muerto se convirtió en culto a la nación y a la patria.[1974]

Otra herramienta de ritualización del espacio público consistía en la celebración de actos, como misas o concentraciones, para homenajear a los veteranos, recordar a los muertos que lucharon por la *causa* y a los que fueron víctima de la violencia revolucionaria, y rememorar hechos relacionados con la guerra con la finalidad de reforzar la cohesión social de la nación y consolidar los lazos comunitarios. Así pues, la calle se convirtió en el escenario principal de sobreexcitación nacionalista de la dictadura a la que todo español, como miembro de la comunidad, debía asistir. Los excombatientes que participaron en estas celebraciones tenían un papel muy importante en la construcción de la memoria de guerra y de la identidad basada en la cultura de la victoria, puesto que desfilaban desarmados ante las autoridades civiles y militares, y ante la jerarquía eclesiástica, pero con el uniforme del ejército o de la unidad miliciana en la que combatieron, para mantener el espíritu de unidad, de lucha y de sacrificio, y reavivar la camaradería y la hermandad nacidas en las trincheras.

Los veteranos de las milicias de Falange participaron en actos públicos para conmemorar hechos relacionados con la guerra como, por ejemplo, el celebrado en Valladolid el 17 de julio de 1939 para celebrar el aniversario de la sublevación. La ceremonia comenzó con la bendición de una bandera de Falange y una misa de campaña en el Paseo Central del Campo Grande de Valladolid. Acto seguido, se impuso la Cruz Laureada de San Fernando Colectiva a varias unidades del ejército y a la bandera comandada por José Antonio Girón de Velasco, y se hizo entrega de la medalla de la ciudad a la Falange de Valladolid. Para terminar el acto, las banderas «victoriosas y fuerzas concentradas» desfilaron ante las autoridades y la jerarquía eclesiástica. Del mismo tenor fue el acto celebrado el 15 de julio de 1939 para conmemorar las fuerzas del ejército y las unidades milicianas que combatieron en el Alto del León a finales de julio de 1936. Los veteranos falangistas asistieron a una misa de campaña, al bautizo

[1973] LEDESMA, J.L. y RODRIGO, J., "Caídos por España, mártires de la libertad…", p. 238; y DEL ARCO BLANCO, M. A., *Cruces de memoria y olvido*…, pp. 72 y 80-82.
[1974] RODRIGO, J., "España era una patria enferma…", p. 195; y HERNÁNDEZ BURGOS, C., "De la cultura de guerra a la cultura de la victoria…", p. 143; y DEL ARCO BLANCO, M. A., *Cruces de memoria y olvido*…, p. 39.

del lugar, que pasó a llamarse Alto de los Leones de Castilla, y a la bendición del terreno. Posteriormente, se impuso una medalla a los generales Fonte y Serrador por su actuación en dicha posición. Al final del acto, todos los supervivientes de las unidades que habían combatido en el Alto del León desfilaron ante las autoridades y la jerarquía eclesiástica.[1975] O el del 7 de mayo de 1940 en Almería para festejar el aniversario de la Victoria. Los milicianos de varias centurias y banderas de Falange desfilaron por las calles de la capital almeriense y participaron en una manifestación cívica en la que los falangistas y los soldados de nueve centurias organizadas en tres banderas marcharon por las calles de la ciudad.[1976]

Los veteranos falangistas también asistieron a actos para recordar a los camaradas caídos en combate. Este fue el caso de la conmemoración del 16 de mayo de 1964 en Palencia, al que acudieron falangistas de toda la provincia para homenajear a los milicianos de la 1ª Bandera de Palencia fallecidos; o el del 2 de noviembre de 1974 en el Valle de los Caídos, organizado por la Hermandad de la 1ª Bandera de Castilla.[1977] Igualmente, los falangistas participaron en actos para honorar a los mutilados como, por ejemplo, el del 15 de mayo de 1939 para bendecir el banderín de los Caballeros Mutilados de Segovia en la parroquia de San Miguel de Segovia;[1978] o el del 25 de octubre de 1941 en la basílica de Nuestra Señora de Barcelona en honor a San Rafael, patrono de los caballeros mutilados.[1979]

Los excombatientes de las milicias de Falange también acudieron a misas para perpetuar la memoria de los vecinos y combatientes caídos *por Dios y por la Patria*. Este fue el caso de la conmemoración organizada por la asociación de excombatientes de la Hermandad de la Octava Bandera de Castilla el 15 de enero de 1967 en Medina del Campo, a la que asistieron falangistas de la capital y de la provincia vallisoletana; del acto que tuvo lugar el 18 de enero de 1967 en León en memoria de los fallecidos de la 8ª Bandera de Castilla; o de la misa celebrada el 19 de julio de 1968 en el solar que ocupó el Cuartel de la Montaña, en recuerdo de los soldados y voluntarios que se enfrentaron a los activistas de las milicias populares y a los guardias de asalto que rodearon el cuartel el 20 de julio de 1936.[1980] De este modo, se perpetuó la memoria de los combatientes caídos por la *causa*.

[1975] AGMAV, Milicias Nacionales, 5641,4.
[1976] AGMAV, Milicias Nacionales, 5707,1.
[1977] AGA, 65/14166.
[1978] AGMAV, Milicias Nacionales, 5641,4.
[1979] "Solemne misa en honor del Santo Patrono de los caballeros mutilados", *La Vanguardia*, 24 de octubre de 1941, p. 1.
[1980] AGA, 65/14166.

Los veteranos falangistas también asistieron a conmemoraciones para recordar a los dirigentes de FE de las JONS fallecidos en la guerra. Este fue el caso de los milicianos que participaron en el acto del 15 de julio de 1939 en Labajos en honor a Onésimo Redondo, muerto en dicha localidad el 24 de julio de 1936.[1981] O de los falangistas que se concentraron en la iglesia de San Juan (Albacete) el 20 de noviembre de 1940 para celebrar una misa por el alma de José Antonio Primo de Rivera; al terminar el acto religioso, los milicianos de Falange desfilaron hacia la plaza de Nuestra Señora de Los Llanos donde se cantó el *Cara al Sol* y, después, marcharon por la calle de Martínez de Villena y por la plaza del Caudillo ante las autoridades de FET y de las JONS y las jerarquías eclesiásticas.[1982] En estos rituales religiosos había una sofisticada liturgia funeraria determinada por un cruce de símbolos católicos con estandartes y distintivos del partido único que ejercieron como correa de transmisión de la identidad fascista con la sociedad, y de acuerdo con los principios del régimen. En definitiva, se trataba de actos de intensa comunión religiosa colectiva en los que lo profano, representado por la simbología y los principios fascistas, se integraba con lo sagrado.[1983]

El régimen se apropió del culto a los caídos realizado por los falangistas en el recuerdo de sus activistas, milicianos y dirigentes muertos. Y lo hizo mediante el partido único, a través de toda la parafernalia de oraciones, gestos y gritos de ritual que recordaba a sus muertos al mismo tiempo que se excluía de la escena pública a los vencidos. El recuerdo de los fallecidos por la *causa* era una forma de autorreconocimiento social y un vector conformador de las identidades políticas que promovió la dictadura.[1984]

En todo este despliegue de la cultura de los vencedores, la jerarquía eclesiástica resultó ser la más beneficiada. En el empeño por recristianizar la sociedad, el espacio público se convirtió en el escenario predilecto para que las ceremonias religiosas desempeñaran un papel protagonista en la vida cotidiana de los ciudadanos. Estos ritos actuaban como aglutinante de la comunidad de los vencedores entorno a los ideales de un triunfante nacionalcatolicismo y, a su vez, funcionaban como medio de castigo y exclusión social de los *enemigos de Dios*.[1985] De este modo, la religión penetró en la sociedad y recuperó el lugar primado que había disfrutado durante siglos tras haberlo

[1981] AGMAV, Milicias Nacionales, 5641,4.
[1982] AGMAV, Milicias Nacionales, 5647,20.
[1983] SEVILLANO CALERO, F., "Caídos por Dios y por España. El culto a la muerte en la fundación de la dictadura franquista", *Historia Contemporánea* n.º 55 (2016), p. 615.
[1984] LEDESMA, J.L. y RODRIGO, J., "Caídos por España, mártires de la libertad…", p. 243.
[1985] HERNÁNDEZ BURGOS, C., "De la cultura de guerra a la cultura de la victoria…", p. 141.

perdido en 1931 con la proclamación del estado aconfesional y la aprobación de las primeras medidas secularizadoras.

Los falangistas también participaron en actos públicos que no estaban directamente relacionados con la guerra. Así sucedió, por ejemplo, con la manifestación y el desfile de milicias de Segunda Línea en Albacete el 20 de agosto de 1939 con ocasión de las fiestas de su patrona, la Virgen de los Llanos;[1986] o con la concentración, la revista y el desfile de las milicias de Falange de Sevilla el 6 de mayo de 1943 con motivo de la visita de Franco en la capital hispalense.[1987] Como se ha puesto de manifiesto, la calle se convirtió en el escenario principal de la sobreexcitación nacionalista, en la que todo miembro de la comunidad nacional debía participar en los actos públicos y en los rituales que actuaban como aglutinante de la comunidad de los vencedores en torno a los ideales del nacionalcatolicismo. Así pues, el espacio público pasó a ser un escenario de conmemoración de los veteranos y de los damnificados por la violencia revolucionaria, así como un escenario de comunión política, en el que los vencedores de la guerra se veían reconocidos. Asimismo, las concentraciones también servían para demostrar el apoyo popular a Franco y, a su vez, manifestar que cualquier intento violento de expulsarlo del poder entrañaría una serie de riesgos que podrían derivar en una desestabilización de la situación política española.

Igualmente, inspirada por la Italia fascista y la Alemania nazi, la dictadura implantó a través de FET y de las JONS un sistema de encuadramiento, control y movilización política de los veteranos que habían combatido en el ejército, en las milicias o en la DVE por medio de asociaciones de excombatientes, como las hermandades de Ávila, Baleares, Ceuta, Guadalajara, Huesca, Navarra, Pontevedra, Salamanca, Toledo o Vizcaya.[1988] Las autoridades franquistas buscaban fomentar la hermandad y la camaradería entre los veteranos, y mantener su espíritu de compañerismo, de unidad, de lucha y de sacrificio. Los cargos de responsabilidad en dichas entidades estaban ocupados por excombatientes, incluso en fechas tan alejadas de la guerra como en los casos de, por ejemplo, Fernando García Valenzuela, delegado de Banderas de Falange de la Hermandad de Excombatientes de Vizcaya en 1974; el *camisa vieja* Porfirio Arteaga Valverde, vocal de la Junta de la Hermandad Provincial de Excombatientes de Salamanca en 1975; José María Fácil Olivera, vocal de la Junta Provincial de la Hermandad de Excombatientes de Huesca en 1976; o Rufino Anselmo Espinosa,

[1986] AGMAV, Milicias Nacionales, 5641,4.
[1987] AGMAV, Milicias Nacionales, 5759,7; y “Cuarenta y cinco mil falangistas, entre el encendido clamor de la muchedumbre, desfilan ante el Caudillo”, *F.E. Sevilla*, 7 de mayo de 1943, pp. 1-3.
[1988] AGA, 65/14153.

miembro de la Junta Provincial de Excombatientes de Ávila en 1976.[1989] Ahora bien, cabe destacar que todos los cargos de responsabilidad eran honoríficos y voluntarios.

Por su parte, antes del final de la guerra, los falangistas mostraron un particular empeño en adoctrinar a sus combatientes por medio de sus propias asociaciones de veteranos, como la Agrupación Española de Excombatientes creada en Zaragoza en 1937. Ello chocó con la voluntad de la cúpula militar de centralizar y limitar la politización de los combatientes del ejército y de las milicias. Por esta razón, en diciembre de 1937, la Junta Técnica del Estado prohibió todas las agrupaciones de veteranos anunciando que se crearía una organización estatal única que agruparía a todos los excombatientes en el «momento oportuno».[1990] Ello pone de manifiesto que a los soldados y milicianos licenciados únicamente se les permitía ser parte de un proyecto político totalitario fundado por Franco y sus colaboradores.

No obstante, el régimen permitió a los falangistas estructurar sus propias organizaciones después de la guerra, que pasaron a formar parte de la delegación provincial de excombatientes de FET y de las JONS desde el mismo momento de su fundación, como sucedió, por ejemplo, con la Hermandad de Banderas de Falange de Navarra,[1991] la Hermandad de Excombatientes Asturianos de Banderas de F.E. y Tercios Aragoneses, la Hermandad de Excombatientes II Bandera de Asturias o la Hermandad de Excombatientes Cuarta Bandera de Asturias.[1992] Pudieron permanecer en ellas todos aquellos que combatieron en las milicias de Falange, los hijos y familiares de estos, los quintacolumnistas, las mujeres que sirvieron en el Auxilio Social, así como los falangistas que se enrolaron en la División Azul.

La historia de los veteranos es una herramienta analítica válida para determinar la naturaleza de la dictadura de Franco. Se trató, sin duda, de un régimen plenamente fascista, por lo menos, hasta 1943, momento en el que la victoria de las potencias del Eje en la segunda guerra mundial pasó a ponerse en duda. A partir de entonces se revelaron las maniobras del franquismo para desprenderse de sus credenciales fascistas más evidentes para poder sobrevivir. En este sentido, es interesante observar que entre 1944 y 1945, mientras se atenuó el empuje de FET y de las JONS en la dinámica interna del régimen, los excombatientes siguieron constituyendo buena parte de la militancia de los cuadros políticos de la dictadura.[1993] Sin embargo, la ideología fascista persistió más allá de la derrota de las potencias del Eje en 1945, lo que era una

[1989] AGA, 65/14153.
[1990] ALCALDE, Á., “Los orígenes de la Delegación Nacional de Excombatientes de FET-JONS…”, p. 176.
[1991] AGA, 65/14160.
[1992] AGA, 65/14153.
[1993] ALCALDE, A., “War Veterans and Fascism…”, p. 93.

evidencia más de la fuerte conexión transnacional entre los veteranos y el fascismo. Dicho de otra manera, los excombatientes y su experiencia de guerra constituyeron un elemento fundamental de la ecuación entre fascismo y franquismo.[1994]

En definitiva, la experiencia de guerra se trasladó a la sociedad en tiempos de paz gracias a que la dictadura mantuvo un grado muy fuerte de movilización cultural bélica con el recuerdo del conflicto, la demonización del enemigo, la exaltación de los sacrificios realizados por los soldados y milicianos que combatieron en el frente y que prestaron servicio en la retaguardia, y el recuerdo de los combatientes caídos por la *causa*, de las víctimas de la violencia revolucionaria y de los damnificados por la misma. Gracias a ello, el régimen pudo erigir una cultura de la victoria sobre la premisa de la división entre vencedores y vencidos para mantener la unidad y la identidad de sus apoyos sociales. Dicha cultura de guerra trasladó las mentalidades propias de la contienda a la sociedad con el objetivo de garantizar la colaboración con el régimen de los diferentes sectores sociales y asegurar su supervivencia; los símbolos, ritos y todo tipo de actos políticos se vieron reforzados con la ocupación del espacio público mediante la construcción de monumentos en recuerdo a los caídos y con la celebración de conmemoraciones para recordar la guerra y a sus muertos.

Además, conscientes de que el sufrimiento personal y la traumática experiencia de la guerra y de la revolución generaron una comunidad de sufrimiento, las autoridades franquistas se apropiaron de las experiencias de los excombatientes, así como de los soldados y milicianos fallecidos, como mecanismo propagandístico con el objeto de que fueran referentes y emblemas morales de los valores de la Nueva España. A todo ello se sumó la creación de hermandades de excombatientes con la finalidad de mantener y fomentar la camaradería nacida en las trincheras. De esta manera, la experiencia bélica de los combatientes proporcionó al régimen de Franco una numerosa y fiel base de apoyo social.

En resumen, el sistema desarrollado por el régimen franquista para ocuparse de los veteranos del ejército y de las milicias tenía un objetivo político fundamental que consistía en asegurarse su lealtad política. Sin embargo, como se ha visto, los excombatientes fueron honorados públicamente como héroes de guerra al mismo tiempo que fueron víctimas de un sistema que los empobreció, ya que, a pesar de las subvenciones y de los privilegios, así como de las diversas leyes aprobadas y de las instituciones creadas para garantizarles un empleo y *agradecerles* su sacrificio, muchos

[1994] ALCALDE, Á., "Los orígenes de la Delegación Nacional de Excombatientes de FET-JONS…", p. 194; e Ibid., p. 93.

excombatientes se encontraban en situación de gran precariedad económica. En cualquier caso, las autoridades franquistas buscaron fomentar la camaradería y la hermandad nacidas en las trincheras por medio de la participación de los veteranos en los actos públicos como forma de fortalecer su base de apoyo social. No obstante, una parte de esos veteranos, los falangistas más politizados, al no ver cumplida la promesa de ocupar una posición privilegiada en el régimen tras la guerra, y al considerar incompleta la esperada revolución nacional, acabaron asumiendo que su combate había sido por la *España de Franco* y no, como ellos esperaban, por la *España nacionalsindicalista*.

9. Conclusiones

A lo largo de esta investigación se ha llevado a cabo un análisis de la evolución de las milicias de Falange a escala nacional, desde su nacimiento a finales de 1933 hasta su disolución el 27 de junio de 1944. Para ello, se ha estudiado la sección paramilitar del partido fascista español, tanto en lo referente a su estructura, como desde la perspectiva de las vivencias de sus integrantes, lo que ha permitido profundizar en el conocimiento de las escuadras falangistas, de su organización y modo de actuar, y, también, ha posibilitado una mejor comprensión de la mentalidad de los milicianos de Falange, así como de su percepción del momento histórico que vivieron. Además, se han abordado temas generales que han ayudado a comprender la evolución de las milicias falangistas: la cultura miliciana en la Europa del periodo de entreguerras, la politización de la juventud durante los años de la República en paz, el golpe de estado, la historia militar de la guerra civil (con el foco puesto en la movilización de los combatientes, la participación de las banderas y centurias de Falange en las operaciones militares del frente, la importancia de las unidades de segunda línea en la retaguardia y la experiencia bélica del combatiente falangista), la violencia, la posguerra (en la que se ha hecho hincapié en las unidades de Falange que realizaron funciones parapoliciales en los últimos territorios conquistados por las tropas de Franco, en los falangistas que participaron en la lucha contra la guerrilla, la desarticulación de las milicias, la desmovilización de los excombatientes y su incorporación a la sociedad de posguerra, y la instrumentalización de los veteranos que hizo la dictadura) y el proceso de fascistización que se dio en la España de los años treinta y la primera mitad de los cuarenta.

Como se ha señalado en la introducción, con el análisis de la cultura paramilitar en Europa no se ha pretendido realizar un ejercicio de historia comparada, pero tampoco se ha perdido de vista ese tipo de enfoque. La comparación ha permitido comprobar que también en España, y tal como ocurrió en otros países con importantes movimientos fascistas, la milicia era el principal instrumento del partido para enfrentarse al adversario político, ocupar el espacio público y defender el movimiento. Los milicianos colaboraron, además, con las fuerzas policiales en el mantenimiento del orden durante las huelgas y, en caso de guerra, no solo participaron en las operaciones militares en el frente, sino que también realizaron funciones parapoliciales y perpetraron actos violentos contra el enemigo en la retaguardia. A pesar de esta cooperación, la relación entre las autoridades y los líderes paramilitares era muy compleja a causa de sus diferencias ideológicas y de la desconfianza de los primeros hacia la milicia. Como consecuencia de ello, cuando

estimaron que la milicia había perdido su utilidad como brazo armado, las autoridades aprobaron decretos para restarle fuerza hasta su completa desarticulación.

Como sus homólogos europeos, Falange se constituyó como un partido-milicia en el que era difícil diferenciar la organización política de su sección paramilitar. A pesar de las escasas acciones violentas protagonizadas por sus escuadristas durante los primeros meses de existencia de FE y de las dudas iniciales de Primo de Rivera sobre el empleo de la violencia, los falangistas tenían una disposición combativa desde el nacimiento de Falange que podía apreciarse en sus mensajes sobre el combate, en su retórica militar, y, sobre todo, en la organización de la Primera Línea. La falta de respuesta a las agresiones cometidas contra ellos hizo que los monárquicos y otros sectores derechistas criticaran esa pasividad e hicieran mofa sobre la indefensión de sus militantes. Sin embargo, los falangistas ya protagonizaron algunos choques y altercados durante los primeros meses de vida del partido hasta la fusión con las JONS entre finales de febrero e inicios de marzo de 1934. Dicha fusión comportó que las escuadras de Falange incrementaran su eficacia gracias a la incorporación de los activistas jonsistas, quienes tenían más experiencia en las reyertas callejeras. En cambio, no fue hasta el 10 de junio de 1934, con la muerte del falangista Juan Cuéllar y su respuesta con el asesinato de la socialista Juanita Rico, que los falangistas no protagonizaron un mayor número de choques y de altercados. Por otra parte, a pesar de que Primo de Rivera ordenó a sus milicianos que evitaran las peleas con sus adversarios tras el triunfo electoral del Frente Popular en febrero de 1936, sus escuadristas protagonizaron disturbios y choques con activistas de los partidos de izquierda y de los sindicatos obreros. A mediados de marzo de 1936 se produjo una escalada de la violencia falangista, en la que se pasó del enfrentamiento con los militantes de las organizaciones rivales al atentado contra dirigentes políticos, magistrados y oficiales de las fuerzas del orden por ser considerados los responsables de la persecución desatada contra Falange y sus afiliados. En definitiva, y como se ha podido comprobar en el capítulo correspondiente, la violencia falangista no era un instrumento de último recurso, sino que conformaba los patrones de conducta del partido de forma idéntica a como ocurría en otros casos de fascismo europeo, y permitía a Falange ocupar un lugar destacado, por encima incluso de su peso electoral, en el escenario político.

La participación de la Primera Línea de Falange en la sublevación y en las operaciones militares de la segunda quincena de julio de 1936 fue algo más que anecdótica. A pesar de la desorganización del partido fascista y de sus milicias, de la incomunicación de los escuadristas con sus jefes y de su escaso número a raíz del

encarcelamiento de la mayoría de sus líderes y de buena parte de sus militantes, y de la clandestinidad de la organización tras su ilegalización a mediados de marzo de 1934, la intervención de los falangistas resultó decisiva para asegurar el triunfo de la insurrección militar en algunos lugares, extenderlo con éxito a las localidades cercanas, defender y asegurar el control de las posiciones ganadas, y construir una zona *liberada* desde la que organizar las columnas que participaron en las operaciones para la conquista de capitales de provincia, e, incluso, de Madrid. Aunque la sublevación fue esencialmente militar, la participación de las milicias (no solo falangistas) pone de manifiesto la amplitud de la base política y social con la que contaron los militares rebeldes.

De igual modo, durante la primera fase del conflicto, conocida como guerra de columnas, la presencia de las banderas y centurias de Falange resultó decisiva para completar las columnas que se dirigían a la capital del estado y las que operaban en los distintos frentes para asegurar la zona *liberada*. Las fuerzas rebeldes emplearon los mismos métodos utilizados en la guerra colonial de Marruecos, que constituyeron la mejor vía para conquistar terreno rápidamente y avanzar hacia la capital del estado, porque los oficiales que las comandaban eran militares africanistas que desconocían otra forma de hacer la guerra. Ahora bien, a partir de 1937, los sublevados vieron que los métodos empleados durante los meses anteriores no encajaban con el escenario que se abría tras el fracaso de la conquista de Madrid. Por esta razón, los rebeldes transformaron, en la medida de lo posible, la estructura de sus fuerzas y subordinaron todos los recursos humanos a la autoridad castrense. En este sentido, las unidades de Falange, integradas en el ejército, participaron en las operaciones militares de los distintos escenarios, tanto principales como secundarios, y no solo, como a veces se ha indicado, durante los primeros meses de la guerra.

El avance de las tropas rebeldes fue acompañado de una extrema violencia contra parte de la población no combatiente; los falangistas y los miembros de los demás grupos armados del bando sublevado cometieron la mayoría de los asesinatos acaecidos durante los primeros meses de la guerra, cuando las columnas se apresuraban para conquistar la capital del estado en el menor tiempo posible. Esta brutalidad respondía a criterios de puro pragmatismo militar, pues se buscaba la *limpieza* de los territorios conquistados para eliminar los elementos *perjudiciales* y garantizar el avance de las fuerzas rebeldes. Sin embargo, los objetivos de la violencia falangista no solo eran los soldados republicanos y los combatientes de las milicias populares, sino que también lo eran individuos que no empuñaron las armas contra los rebeldes, entre los que había dirigentes y militantes de partidos de izquierda y republicanos, así como

de sindicatos obreros, masones y mujeres que, según los rebeldes, se *habían desviado* de las normas y de los principios tradicionales. En este sentido, los objetivos militares e ideológicos estaban perfectamente imbricados entre sí, puesto que los falangistas identificaron a sus víctimas desde una triple perspectiva: a partir de su implicación en los conflictos políticos, sindicales y sociales en el pasado; de su oposición a la sublevación y al avance de las tropas del ejército insurgente en el presente; y del peligro que pudiera suponer para el nuevo régimen en el futuro. Así pues, el terror sirvió como herramienta de profilaxis para eliminar las amenazas en los territorios controlados y garantizar la supervivencia del nuevo orden en construcción. No obstante, los falangistas también asesinaron a personas por puro azar o motivados por la venganza o la envidia, sin mayores connotaciones políticas.

Como se ha podido documentar a lo largo de este trabajo, normalmente, los milicianos de Falange sacaron a sus víctimas de la cárcel o de su domicilio para acabar con su vida en sitios abiertos próximos a la población bajo la luz de la luna para que sus habitantes pudieran oír los disparos y, posteriormente, abandonaron los cuerpos a la intemperie para que pudieran ser encontrados fácilmente por sus vecinos. En caso de no encontrar al *rojo*, los falangistas fueron a por su familia. Los milicianos de Falange también torturaron y apalizaron a detenidos para sacarles información, violaron a mujeres *rojas* y protagonizaron escándalos en las poblaciones de la retaguardia. En ocasiones, los verdugos se trasladaron a otro municipio para acabar con la vida de los detenidos y fusilaron a personas fuera de su localidad de residencia con la intención de extender el terror en la zona rebelde. Los falangistas también cometieron actos violentos contra mujeres republicanas y realizaron ejecuciones públicas durante el día ante la mirada atenta de sus vecinos como medida ejemplarizante para toda la población. Los perpetradores querían que la población asistiera a estos actos para garantizar la implicación del mayor número de individuos posible, conscientes de que, cuantas más personas se involucraran, más difícil sería echarse atrás.

El análisis del modo de hacer la guerra de los sublevados durante los primeros meses del conflicto ha permitido matizar la idea de que las formas de la violencia respondían a la cultura de guerra de los africanistas, en la que la conquista territorial estaba acompañada por el terror contra la población no combatiente. En efecto, el africanismo no explica por sí solo esta violencia, porque la mayoría de los milicianos de Falange que cometieron actos violentos eran civiles sin experiencia militar. En este sentido, aunque el alto mando empleó los mismos mecanismos utilizados en la campaña colonial para someter a la población no beligerante, la violencia tenía menos que ver con la acción de las tropas coloniales que con el modelo de violencia que

proporcionaban los fascistas españoles en la construcción ideológica del Nuevo Estado. Así, para que los civiles movilizados en las milicias (no solo falangistas) y en el ejército se implicaran en el terror y, al tiempo, eliminar, o al menos, aliviar su sentimiento de culpabilidad, los sublevados emplearon narrativas de deshumanización, de extranjerización y de animalización del oponente. Además, gracias a los curas que participaban en actos violentos y bendecían matanzas, la violencia estaba cubierta de una *justicia cristiana* que no solo permitía legitimar el terror contra el enemigo, sino que también aliviaba los sentimientos de culpabilidad de los verdugos.

Los falangistas acabaron con la vida de centenares de izquierdistas, republicanos, obreros y campesinos a pesar de su mensaje de redención y de integración del enemigo vencido; y a pesar también de los discursos, las medidas y los castigos que aparentaron poner en marcha para limitar la participación de sus milicianos en la violencia. Todo ello no tuvo el menor efecto porque la dirigencia falangista en realidad no se opuso ni cuestionó en ningún momento la política represiva de los militares sublevados. Por su parte, las disposiciones aprobadas por las autoridades rebeldes durante los primeros meses de las hostilidades para limitar el terror en los territorios recién conquistados tampoco tuvieron éxito, puesto que muchos oficiales eran reacios a aplicarlas. Asimismo, durante el transcurso de la guerra, los sublevados moldearon un aparato represivo en el que los tribunales militares pasaron a jugar el papel más relevante en la violencia. Ello comportó que los falangistas -y los integrantes de los demás grupos armados- perdieran protagonismo en el empleo de la violencia, que pasó a ser administrada por los militares. Sin embargo, los juicios sumarísimos eran farsas jurídicas sin atención alguna a los mínimos legales de un estado de derecho, puesto que se desarrollaron de forma rápida y expeditiva, y sin ningún tipo de garantías para los acusados. En cualquier caso, la mayor parte del *trabajo sucio* ya se había realizado durante las primeras semanas de las hostilidades en los territorios controlados por los rebeldes.

A su vez, los milicianos de la Segunda Línea reemplazaron a los trabajadores especializados que habían sido pasados por las armas o encarcelados durante las primeras semanas del conflicto, restablecieron las comunicaciones, reconstruyeron infraestructuras y redes de comunicación, y realizaron funciones parapoliciales en la retaguardia. Además, estos falangistas auxiliaron al ejército y a la Guardia Civil en la lucha contra la guerrilla. Aunque no participaron directamente en las operaciones militares en el frente, las acciones realizadas por estos milicianos tuvieron un efecto beneficioso en el esfuerzo de guerra en un contexto en el que la salvaguarda del orden

en las poblaciones controladas era una necesidad ineludible porque, de este modo, se desembarazó de los cometidos de la retaguardia a las unidades destinadas en el frente.

La dictadura disponía de banderas de Falange para realizar funciones parapoliciales hasta finales de septiembre y mediados de octubre de 1939, así como de numerosos falangistas que se presentaron voluntarios para combatir a la guerrilla tras la derrota militar de la República el 1 de abril de 1939. De este modo, los milicianos de Falange pasaron de participar en una guerra regular con un frente definido a un conflicto irregular sin frentes delimitados contra un enemigo que podía atacar desde cualquier sitio en cualquier momento. Los falangistas que combatieron contra la guerrilla tenían la orden de no hacer prisioneros, lo que se tradujo en el asesinato, la humillación pública y la tortura de partisanos y de sus colaboradores potenciales, reales o imaginarios como sucedió entre 1936 y 1939. Así pues, desde abril de 1939 se dio una continuación de la guerra, en la que los falangistas realizaron funciones parapoliciales, perpetraron actos violentos y emplearon tácticas de combate que ya fueron utilizadas entre 1936 y 1939. Por otra parte, numerosos falangistas se presentaron voluntarios a la División Azul para luchar contra el comunismo en su *guarida* después de que la *Wehrmacht* iniciara la invasión de la Unión Soviética el 22 de junio de 1941. Entre los voluntarios de la primera ola había excombatientes de Falange que estaban motivados políticamente, mientras que los que se enrolaron posteriormente lo hicieron más por motivos económicos y por *limpiar* su historial.

Al considerar que se podía prescindir de la milicia tras perder su utilidad como brazo armado para combatir a los *enemigos de la patria* después de la derrota militar de la República, así como por su temor a que la milicia se constituyera como un contrapoder que amenazara la estabilidad del régimen, la dictadura aprobó decretos para convertirla en un instrumento de educación política y de movilización de la población con el objetivo de reducir su fuerza y hasta llegar a su completa disolución el 27 de junio de 1944. A su vez, en abril de 1939, el régimen inició la desmovilización lenta y progresiva de los milicianos y su incorporación a la sociedad civil. Sin embargo, el licenciamiento no implicó el final de la vida castrense de los excombatientes falangistas, quienes pasaron a la reserva activa en la que quedaron vinculados al ejército hasta finales de la década de los cincuenta, lo que significó que, en caso de guerra, aquellos podrían ser llamados a filas. Por lo tanto, la vida castrense de los milicianos de Falange no terminó hasta muchos años después de ser licenciados.

Para completar el análisis de las milicias del partido fascista y conocer el lado más humano del miliciano de Falange se ha hecho una explicación centrada en los

perfiles de sus militantes, en cómo vivieron su activismo durante los años de la República en paz y en cómo fue su experiencia de guerra. En lo relativo a la composición de sus milicias, y como fue común en el fascismo, la Falange de antes de la guerra fue un movimiento interclasista en el que la juventud constituía el pilar fundamental de su militancia. Esto se debió a que los falangistas apelaron a los jóvenes como sujeto revolucionario y protagonista del combate generacional, y presentaron la Falange como la encarnación política de la juventud. Sin embargo, la relación no era exactamente entre la juventud (globalmente considerada) y el fascismo, sino entre jóvenes de la burguesía y fascismo, porque la mayoría de los falangistas eran hijos de familias de clase media y alta de orientación conservadora, que, para satisfacer sus deseos de acción, se afiliaron a Falange por ver en el partido fascista un movimiento moderno que venía a poner fin a la *vieja política* tradicional y a acabar con la revolución y el *separatismo*. Sin embargo, no todos se afiliaron atraídos por el mensaje falangista de acción directa, sino que algunos chicos se sintieron presionados o incluso fueron engañados para que se dieran de alta. Asimismo, algunos trabajadores se afiliaron para luchar contra la revolución, mientras que otros lo hicieron para ingresar en sus sindicatos y, así, encontrar trabajo más fácilmente. En resumen, antes de la guerra, no todos los militantes de Falange o de sus organizaciones vinculadas eran realmente fascistas de convicción, y sus razones para incorporarse al partido podían tener poco que ver con la ideología; no obstante, claro está, no era esta la regla general.

Por otra parte, la consulta de la prensa falangista y de las memorias escritas por los activistas de Falange ha permitido conocer los elementos definitorios del fascismo español durante los años de la República en paz y la guerra. En este sentido, la violencia constituía el elemento central de la vida del miliciano de Falange, quien consideraba que solo podía acabar con el orden existente, visto como decadente y corrupto, construir una nueva sociedad sana y devolver a la nación los tiempos de gloria y grandeza perdidos por medio de la eliminación de los *elementos perjudiciales* para el cuerpo nacional. Así pues, el falangista contemplaba la violencia como elemento regenerador y creador de un nuevo orden a partir de una idea de renovación entorno a un poderoso mito palingenésico. A ello hay que sumarle la consideración de la vida como milicia, lo que comportó que el activismo en el partido fascista español se rigiera por principios que, como la camaradería o la abnegación, hicieron que el falangista tuviera que estar preparado para entrar en combate en cualquier momento y, si fuera necesario, dar su vida por un ideal considerado sagrado.

Como sus homólogos europeos, Falange era una organización en la que tenían una gran importancia los valores castrenses. La obediencia era la virtud militar más

importante, ya que el miliciano debía obedecer las órdenes de sus jefes sin dudar. Falange era una organización fuertemente jerarquizada en la que las órdenes se transmitían de *arriba abajo* para evitar que el escuadrista tomara decisiones sin el consentimiento de sus jefes. Los falangistas también empleaban expresiones con un fuerte componente emocional y una simbología violenta caracterizada por un léxico político repleto de términos militares, como instrucción, autoridad o disciplina, para ocultar su indigencia doctrinal y unos contenidos ideológicos imprecisos e incongruentes. Igualmente, en los actos falangistas se respiraba un ambiente castrense, con los milicianos en formación, las banderas y estandartes de la organización, los discursos repletos de referencias bélicas y el recuerdo de los caídos. En estas concentraciones se producía un cruce de elementos religiosos y políticos que hacía que la escenificación pública de la religiosidad sufriera un proceso radical de militarización y de fascistización.

Los falangistas crearon un estilo, una conducta y una moral ejemplarizante caracterizadas por un sentido religioso de la vida que ayudaba a presentar a Falange como un movimiento diferente a una formación partidista. En este sentido, los falangistas interpretaban la religión de una manera muy similar al cristianismo primitivo, en el que predominaba la vida monacal y el ascetismo. Esta determinada concepción de la religión implicaba que el miliciano tuviese un acentuado sentido de humildad, así como, al menos presuntamente, una cierta consideración hacia el enemigo y voluntad de perdón hacia el mismo. A ello hay que sumarle un componente sacrificial que hizo que el falangista concibiera la muerte como un acto de servicio. De este modo, se inauguró un espacio funerario en el que se practicaba un culto a la muerte, y en el que el miliciano fallecido recibía un tratamiento acorde con la imagen que se quería transmitir del mismo con la intención de no estropear su esplendor y su belleza ante la realidad. El sentido de la muerte fue interiorizado por los falangistas y constituyó una de sus principales señas de identidad, haciendo que el sacrificio del miliciano fallecido ejerciera como modelo a seguir para los vivos.

El miliciano de Falange no podía mostrar un comportamiento que no se encuadrara dentro de la masculinidad normativa, definida esta sobre cualidades como el autocontrol, la serenidad y la impasibilidad, entre otras. En este sentido, el falangista no solo debía mantenerse impávido ante el peligro y mantener una alegre indiferencia combativa, sino que también debía controlar sus pasiones y deseos a pesar de las dificultades. La chulería y la arrogancia también eran aspectos característicos de la masculinidad fascista. Estas pueden apreciarse cuando los falangistas narraban los enfrentamientos con el enemigo, destacando que no vacilaban y que estaban dispuestos

a cualquier cosa, incluso en las peores condiciones. Igualmente, con la intención de trasmitir una imagen heroica y épica de su activismo, y del combate con el adversario, los falangistas afirmaban que compensaban con su valentía y su disposición combativa la superioridad numérica y material del enemigo, así como todo tipo de adversidades. En contraposición, el *rojo* era presentado como un criminal y un cobarde por medio de una reconstrucción estereotipada y cómica, con el empleo de formas diabólicas, infrahumanas y simiescas para denigrarlo, deshumanizarlo y arrebatarle la condición de español. Además, durante la guerra, el *rojo* era presentado como portador de enfermedades como forma de justificar su asesinato. De este modo, se estableció una relación entre la extirpación de la enfermedad de un cuerpo enfermo y la eliminación de los agentes *nocivos* para el cuerpo nacional. El escuadrista falangista se veía con la presión y la obligación de responder a lo que se esperaba de él dentro del ideal de masculinidad dominante en la cultura fascista, lo que comportó que el miliciano que mostrara debilidad o miedo, o que no se comportara como esperaban sus superiores, fuera señalado como homosexual o afeminado, y se ponía en duda su virilidad.

Los falangistas empleaban numerosos mecanismos que actuaron como refugio ante las dificultades que personificaban la masculinidad fascista, como lo era la belleza del cuerpo herido o mutilado, la capacidad de ingerir grandes cantidades de alcohol sin perder la disciplina y el autocontrol, o el consumo de tabaco. La camaradería también era vivida como una expresión de virilidad que protegía a los combatientes falangistas de las penalidades en las trincheras. En resumen, el miliciano de Falange se proveyó de una coraza compuesta por diversas capas que lo protegieron del miedo y del dolor, y que le sirvieron como medio de escapar de sus deseos y emociones, para evitar su desbordamiento a manos de sus impulsos emocionales, de las penurias y del miedo a la muerte.

Igualmente, el compañerismo y la lealtad hacia el grupo primario, así como los espacios de sociabilidad que surgieron entre los milicianos se superpusieron a las diferencias de clase y reforzaron los lazos de camaradería entre sus integrantes. Ello comportó que el activismo político pasara a ser el centro de la vida y, prácticamente, la única socialización del miliciano de Falange durante los años de la República en paz, lo que comportó que los lazos con sus camaradas fueran más estrechos, al tiempo que la relación con sus familiares, amigos y compañeros de trabajo se debilitaron. De la misma manera, el combate en el frente dotó a los milicianos de la Primera Línea de una identidad que, en su opinión, era imposible comprender para aquellos que no habían vivido la misma experiencia de guerra que ellos. Así pues, los falangistas formaban parte

de un grupo relativamente pequeño y cerrado que pasó a ser, prácticamente, su único ámbito de socialización.

Como consecuencia de la camaradería nacida en las trincheras, una vez finalizada la guerra, y pese a que muchos falangistas deseaban ser licenciados y volver con sus familiares, algunos milicianos de Falange vivieron con tristeza y desolación su licenciamiento y separación de sus compañeros de unidad. Aunque retornaron como soldados victoriosos a una sociedad acosada por el paro, la misera, el hambre y la escasez, no pocos falangistas lo hicieron con enfermedades ocasionadas por la mala alimentación y las malas condiciones que tuvieron que soportar en las trincheras, así como con heridas físicas mal curadas y con trastornos psíquicos. Ahora bien, con el objetivo de cohesionar y consolidar el apoyo de los excombatientes (no solo falangistas), la dictadura prometió una labor asistencial para ayudar a los veteranos del ejército y de las milicias a encontrar trabajo, y les garantizó unas contrapartidas por su sacrifico en la guerra. No obstante, los organismos creados y las medidas aprobadas resultaron insuficientes, puesto que muchos excombatientes no encontraron empleo y apenas tenían recursos para vivir.

La dictadura franquista era un régimen plenamente fascista, por lo menos, hasta 1943. Ello se pone de manifiesto con la instrumentalización que hizo el franquismo de los veteranos del ejército y de las milicias con la finalidad de establecer lazos de dependencia y clientelas políticas para reforzar su adhesión política. Por esta razón, siguiendo el modelo fascista, se aprobaron decretos y se crearon organismos para garantizar un empleo, pensiones y prebendas a los excombatientes, así como a los familiares de los fallecidos y a los damnificados por la violencia revolucionaria. El franquismo buscaba la incorporación del veterano al trabajo, por ser considerado este como un privilegio que recompensaba su entrega y su sacrificio; a cambio, se esperaba que su actitud posbélica se caracterizara por virtudes militares como la obediencia ciega o la disciplina. En suma, la dictadura necesitó de los excombatientes para consolidarse, mientras que estos últimos tenían en el régimen un mecanismo de supervivencia en el marco de una posguerra azotada por la pobreza y la escasez.

Asimismo, las experiencias traumáticas y el sufrimiento padecido en la guerra generaron un fuerte sentimiento de valores compartidos entre los excombatientes y la dictadura. Para reforzar este hecho, el franquismo llevó a cabo una fuerte movilización cultural mediante la ocupación del espacio público con símbolos y la celebración de actos para recordar el conflicto, homenajear a los veteranos y recordar a los muertos. Además, el régimen se apoderó de la experiencia de guerra de los excombatientes y de

los fallecidos cubriéndolos de tintes heroicos para que pasaran a formar parte del imaginario franquista para siempre, independientemente de su ideología, de que fueran más o menos partidarios de la causa, o de que no se comportaran como esperaron sus comandantes. En definitiva, se puede apreciar una fuerte conexión entre los excombatientes y el fascismo que fue más allá de la derrota de las potencias fascistas en 1945, y que se articuló mediante el recuerdo del conflicto, las políticas destinadas a satisfacer las necesidades de los excombatientes y el encuadramiento de los veteranos.

Finalmente, a lo largo de esta investigación se ha podido comprobar cómo el fascismo definió un espacio mucho más amplio del que correspondía estrictamente a Falange y a sus milicias. En este sentido, existió un campo fascistizado que no solo consistía en la cooperación de los falangistas con los activistas de las organizaciones de la derecha reaccionaria, con los militares y con los caciques, sino que también se expresaba en una síntesis ideológica y política de visiones culturales que pretendían preservar el tradicionalismo y acabar con la revolución. Por su parte, a causa de su incapacidad para acabar con el régimen republicano e instaurar la Monarquía, los monárquicos alfonsinos financiaron a Falange para que sus escuadristas se enfrentaran en las calles a los militantes de las organizaciones de izquierda y republicanas, así como a los activistas de los sindicatos obreros. A ello hay que sumarle que algunos militares monárquicos retirados por la Ley Azaña organizaron la sección miliciana del partido fascista e instruyeron a sus escuadristas en las tácticas de la lucha callejera organizada.

Los milicianos de Falange también colaboraron con los activistas de los partidos de la derecha reaccionaria y contaron con la connivencia de algunos miembros de las fuerzas policiales en los enfrentamientos contra sus adversarios en la calle y en la Universidad. Igualmente, los falangistas auxiliaron a los miembros de las fuerzas del orden en huelgas y manifestaciones. Esta colaboración fue más estrecha a partir del triunfo electoral del Frente Popular el 16 de febrero de 1936, momento en el que las organizaciones del campo contrarrevolucionario se echaron en brazos de la insurrección armada y algunos líderes derechistas cooperaron con el partido fascista español sin militar en el mismo. Asimismo, las acciones violentas protagonizadas por los escuadristas de Falange durante la primavera de 1936 se enmarcaron dentro de una estrategia conspirativa en la que los falangistas protagonizaron choques con el adversario político y altercados en la calle, mientras que los líderes de la derecha antirrepublicana utilizaron el Parlamento y la prensa como portavoces para difundir discursos incendiarios con la intención de crear un clima político de inquietud entre la sociedad, deslegitimizar el gobierno del Frente Popular, atacar a las izquierdas

acusándolas de ser las responsables del desorden público y justificar un golpe de estado que permitiera *restablecer* el orden.

En la España de los años treinta también hubo una impregnación y admiración por el fascismo por parte de los partidos de la derecha reaccionaria. Por esta razón, estas organizaciones asimilaron algunos patrones estéticos del fascismo, como el culto mesiánico al líder, las concentraciones multitudinarias y el uso de una parafernalia militar, entre otras, e inculcaron a sus activistas y a sus votantes unos valores autoritarios y antidemocráticos. Por su parte, para diferenciarse de los demás partidos del campo contrarrevolucionario, Primo de Rivera radicalizó su posición, acentuó su lenguaje laico y se alejó de sus patrocinadores entre finales de 1934 y 1935. Celoso de la independencia de Falange, defensor de su programa y temeroso de que Calvo Sotelo ocupara el espacio político que él intentaba crear, Primo de Rivera no veía con buenos ojos integrarse en una amalgama contrarrevolucionaria. Esta voluntad de independencia de Falange también se manifestó durante la preparación de la insurrección militar, cuando el líder falangista, receloso de participar en un golpe de estado protagonizado por el ejército, temía que las organizaciones de la derecha reaccionaria pudieran aprovechar la desorganización del partido fascista causada por su ilegalización y clandestinidad para *utilizar* y encuadrar a sus escuadristas.

Esta impregnación y admiración por el fascismo dificultó que, hasta febrero de 1936, Falange atrajera a aquellos individuos que, aun simpatizando con el fascismo, veían sus inquietudes y aspiraciones asumidas por las demás organizaciones del campo contrarrevolucionario, en las que ya militaban antes de la fundación de FE. Ahora bien, los sectores conservadores de la sociedad percibían el triunfo electoral del Frente Popular como una amenaza, lo que los llevó a creer que solo podían acabar con el oponente con las armas. Así pues, movidos por su rechazo del sistema parlamentario y del pluralismo político, centenares de jóvenes de familias conservadoras se afiliaron a Falange. Aunque la mayoría no tenía antecedentes políticos, entre los nuevos miembros cabe destacar a antiguos miembros de la JAP descontentos con la táctica posibilista de Gil Robles, quienes consideraban que Falange aportaba aquello que las demás organizaciones contrarrevolucionarias no podían ofrecer: medios extrapolíticos para acabar con el régimen republicano. Igualmente, numerosos oficiales jóvenes se dieron de alta en FE de las JONS por ver en el partido fascista la única organización capaz de dotar de sentido político a una conspiración militar.

El éxito -o fracaso- parcial del golpe de estado propició el inicio de una guerra civil que estuvo acompañada por una movilización de la población sin precedentes en

España, en la que miles de personas ingresaron en el partido fascista español y se enrolaron en sus milicias en un contexto de movilización forzosa, cuyas modalidades fueron muy variadas y heterogéneas según la situación militar de cada territorio, así como por la cultura política y la situación social imperante en cada región. Así pues, miles de individuos se presentaron voluntarios en Falange para *defender* a España y combatir al enemigo, por considerar que era el deber del momento, por el interés de conseguir una posición ventajosa en el nuevo orden en construcción, por obligación o para salvar la vida. El perfil de los milicianos era muy heterogéneo, puesto que entre los nuevos reclutas había desde menores de edad hasta personas mayores de treinta años con un origen geográfico, cultural, político y social diferente. Igualmente, numerosos extranjeros que se enrolaron en las banderas de Falange para luchar contra el comunismo. De este modo, FE de las JONS se convirtió en un partido de masas muy heterogéneo, a pesar de que la mayoría de los nuevos reclutas eran de clase trabajadora. Sin embargo, esto no comportó que Falange perdiera su condición de fascista, puesto que esta base de masas heterogénea e incluso popular era una característica común a todos los movimientos fascistas.

Como consecuencia de ello, FE de las JONS pasó a ser la organización más importante de la zona rebelde. Este crecimiento de Falange era contemplado con desconfianza por los demás partidos del campo contrarrevolucionario, a quienes su desarrollo no les había importado lo más mínimo hasta el inicio de las hostilidades, cuando vieron a los falangistas como unos competidores serios para imponer su programa en el momento del triunfo. Ello derivó en una rivalidad entre FE de las JONS y las demás organizaciones de la derecha reaccionaria. Esta fue especialmente intensa con la CT, con la que sus milicianos protagonizaron enfrentamientos en la retaguardia. Igualmente, los demás partidos antirrepublicanos desconfiaban de los falangistas, a quienes veían como portadores de un pensamiento y de un proyecto contradictorio con su imaginario político. Por su parte, los militares también recelaban del crecimiento de Falange por las *semejanzas* que observaban entre el falangismo y el socialismo. A ello hay que añadirle la desconfianza hacia las milicias de partido (no solo falangistas) por su autonomía durante las primeras semanas de las hostilidades, porque temían que estas se convirtieran en un contrapoder. Con el objeto de supeditar las milicias a la autoridad castrense y convertir a los milicianos en simples soldados sujetos a la disciplina militar, el alto mando rebelde constituyó batallones mixtos comandados por oficiales del ejército y aprobó decretos durante los primeros meses de las hostilidades hasta la militarización de las milicias del 20 de diciembre de 1936. Igualmente, el CGG dictó numerosas órdenes durante los primeros meses de 1937 para consolidar el control

de la autoridad castrense sobre las milicias y reprimir cualquier intento de independizarse de la jerarquía militar.

Una vez militarizadas las milicias, entre los rebeldes surgió la necesidad de unificar todas las fuerzas políticas en una sola organización y subordinar todos los instrumentos -fuerzas armadas y poder político- a la figura de Franco. De este modo, los sublevados también buscaron neutralizar las dos principales organizaciones políticas del bando rebelde y afianzar su posición sobre estas, puesto que, para Franco y sus colaboradores, la situación interna de FE y de las JONS y de la CT, así como la rivalidad entre los milicianos de ambas organizaciones, podrían perjudicar la capacidad de combate de sus fuerzas. Así, con la intención de establecer relaciones con los líderes partidarios de la fusión política y, a su vez, reprimir cualquier actitud que desafiara su autoridad, Franco maniobró para controlar las cúpulas dirigentes de ambas organizaciones. Por su parte, conscientes de que la unificación era un hecho inevitable, representantes de FE de las JONS y de la CT se reunieron en la localidad portuguesa de Insúa y, posteriormente, en Salamanca para pactar la fusión política antes de que esta fuera decretada por Franco, porque creían que, de esta manera, podrían mantener su autonomía.

La carencia de un liderazgo sólido y de una cadena de mando centralizado durante los primeros meses de la guerra comportó que proliferaran distintos focos de poder provincial en Falange, así como una rivalidad entre los jefes provinciales para conseguir parcelas de poder dentro del partido. Para poner fin a estas discrepancias, los falangistas crearon la JMP presidida por Manuel Hedilla el 2 de septiembre de 1936. Sin embargo, su liderazgo no era realmente aceptado por todos, lo que comportó la existencia de dos facciones que pugnaron por hacerse con el poder para trazar la orientación estratégica del partido: la liderada por dirigentes próximos a José Antonio Primo de Rivera (*legitimistas*), quienes se consideraban los herederos de su legado y los depositarios de la *autenticidad* y de la esencia falangista; y los partidarios de Hedilla (*hedillistas*). Esta rivalidad culminó con los choques de la noche del 16 de abril de 1937 en Salamanca, en los que murieron José María Alonso Goya y Manuel Pedregal, y la celebración del Consejo Nacional en la misma ciudad el 18 de abril, que terminó con la elección de Manuel Hedilla como jefe nacional de FE de las JONS.

Franco aprovechó las divisiones internas de las dos principales fuerzas del campo contrarrevolucionario para proclamar la fusión política y la creación de FET y de las JONS el 19 de abril sin haber negociado con los dirigentes de ambas organizaciones. Como consecuencia de ello, las milicias quedaron sometidas aún más a la jerarquía

militar, lo que significó que, aunque conservaron sus emblemas y sus símbolos, y mantuvieron sus respectivos cuarteles, el control de la nueva milicia unificada pasó a ser absoluto por parte de Franco. Además, se adoptó el programa de Falange y sus símbolos, mientras que sus secciones se transformaron en instituciones estatales. Con el fin de consolidar la fusión política y afianzar el control castrense sobre la milicia, el CGG decretó numerosas medidas durante los meses siguientes a la fusión política.

La unificación fue bien recibida por los dirigentes de la CEDA y de RE, quienes, tras haber perdido su capital político, consideraban que *no tenían nada que perder y mucho que ganar*, así como por algunos falangistas y carlistas. En cambio, críticos con ella, una parte de los dirigentes y activistas de Falange se opusieron a la unificación porque la contemplaban como una traición a la revolución nacionalsindicalista. Aunque se conservó su parafernalia, su estilo y su lenguaje, consideraban que la revolución nacionalsindicalista había quedado pospuesta indefinidamente y que Falange pasaba a ser poco más que una máquina de hacer informes incrustada en la burocracia estatal. Por su parte, los carlistas estimaban que el programa del partido único no tenía nada que ver con el tradicionalismo y, además, valoraban que se faltaba el respeto a sus símbolos, a sus tradiciones, a sus muertos, a sus antepasados y a su historia.

Aunque las distintas corrientes políticas no desaparecieron, la unificación provocó el desmantelamiento del sistema de partidos hasta entonces vigente y la integración de todas las organizaciones antirrepublicanas en una nueva entidad franquista *aglutinadora* que seguía los modelos totalitarios europeos. Sin embargo, la rivalidad entre los distintos grupos no desapareció como evidenciaron los choques entre milicianos falangistas y requetés hasta los primeros años de la posguerra. Ahora bien, a pesar del predominio de los símbolos falangistas, del ideario y del programa de Falange, así como de la reproducción de sus estructuras, esta era solo una organización más de las que se integraron en el nuevo partido único, eso sí, de carácter claramente fascista. Ello se tradujo en que hubo un reparto de parcelas de poder entre los distintos grupos que integraban este espacio. De este modo, la vieja Falange perdió su autonomía política en favor de un caudillo, Franco, al mismo tiempo que quedó asimilada a la nueva organización y sus propósitos pasaron a estar subordinados a los del Nuevo Estado y a los de las élites tradicionales. Así pues, el partido fascista no conquistó el poder, puesto que fue una pieza más del espacio contrarrevolucionario hegemonizado por los militares. En este sentido, la Falange unificada pasó a ser un partido-movimiento que ejerció como armazón burocrático del régimen para garantizar el reclutamiento y el encuadramiento de la población. Es decir, la guerra permitió la consolidación de un

proyecto fascista, aunque los falangistas no se hicieron con todo el poder ni pudieron monopolizar los cargos de las instituciones del Nuevo Estado.

En resumen, la vieja Falange no se impuso completamente a las demás culturas políticas del espacio contrarrevolucionario, sino que actuó como aglutinante y base del partido único sin que se alterara decisivamente su naturaleza. Así pues, la unificación política de abril de 1937 significa la culminación del proceso de fascistización del espacio contrarrevolucionario iniciado antes de la guerra. Este fue posible gracias a la colaboración de los milicianos de Falange con los activistas de los partidos de la derecha reaccionaria en el combate contra el adversario, a la *contaminación* del campo contrarrevolucionario iniciado antes de la guerra, a un proceso de síntesis ideológica que no podía entenderse sin el contenido ni las propuestas originarias del fascismo en un momento en el que la derecha antirrepublicana ya se encontraba en proceso de fascistización, a la permeabilidad y flexibilidad doctrinal del fascismo que permitió la confluencia de los distintos grupos del campo contrarrevolucionario en el seno de Falange y superar sus diferencias, y al discurso versátil y oportunista del fascismo que actuó como traductor de un mundo simbólico de realidades sociales muy diferentes.

10. Fuentes y bibliografía

FUENTES PRIMARIAS:

Archivos

Archivo General de la Administración
Archivo General Militar de Ávila
Archivo Histórico Nacional
Boletín Oficial del Estado
Centro Documental de la Memoria Histórica

Prensa

ABC Madrid
ABC Sevilla
Amanecer (Canarias)
Amanecer (Zaragoza)
Aquí estamos
Arriba
Arriba España
Azul (Algeciras)
Azul: Diario de Falange Española de las JONS (Córdoba)
CEDA
Destino
El Debate
El Siglo Futuro
El Sol
F.E.
F.E. (Sevilla)
Fotos
Haz
Heraldo de Aragón
Heraldo de Madrid
Hoy
J.A.P.
La Ametralladora.
La Falange: diario de la tarde
La Nación
La Vanguardia
Libertad
No Importa
Solidaridad Nacional
Unidad

Memorias y obras de época

ALCÁZAR DE VELASCO, Á., *Los siete días de Salamanca*, G. del Toro, Madrid, 1976.

ANSALDO, J.A., *¿Para qué…? De Alfonso XIII a Juan III*, Editorial Vasca Ekin, Argentina, 1952.

ARSENIO DE IZAGA, G., *Los presos de Madrid: recuerdos e impresiones de un cautivo en la España roja*, Imprenta Martosa, Madrid, 1940.

BAUTISTA PÉREZ DE CABO, J., *¡Arriba España!*, s.n., Madrid, 1935.

BERNANOS, G., *Los grandes cementerios bajo la luna*, Ediciones Siglo Veinte, Buenos Aires, 1964.

BRAVO MARTÍNEZ, F., *José Antonio, el hombre, el jefe, el camarada*, Ediciones Españolas, Madrid, 1939.

--------, *Historia de Falange Española de las JONS*, Editorial Nacional, Madrid, 1940.

CABALLERO JURADO, C., *Morir en Rusia. La División Azul en la batalla de Krasny Bor*, Quiron Ediciones, Valladolid, 2011.

CENTURIÓN, F.J., *Ardiente voz de guerra*. Ediciones de F.E.T. y de las J.O.N.S., Santa Cruz de Tenerife, [¿1938?].

COLMEGNA, H., *Diario de un médico argentino en la guerra de España (1936-1939)*, Espasa-Calpe, 1941.

CORNIERO SUÁREZ, A., *Diario de un rebelde: 14 abril de 1931-14 abril de 1939. La República, la Falange y la Guerra*, Barbarroja, Madrid, 1991.

DÁVILA, S. y PEMARTÍN, J., *Hacia la historia de la Falange: primera contribución de Sevilla*, Jerez Industrial, Jerez, 1938.

DE ZAYAS, A., *Historia de la Vieja Guardia de Baleares*, Imp. Sáez, Madrid, 1955.

DORESTE, P., *Ocho meses de campaña*, Tip. Diario, Las Palmas de Gran Canaria, 1938.

EZQUERRA, M., *Berlín a vida o muerte*, García Hispán, s.l., 2008.

FERNÁNDEZ CUESTA, R., *Testimonio, recuerdos y reflexiones*, Ediciones Dyrsa, Madrid, 1985.

FERNÁNDEZ CUEVAS, V., *La gesta del Alto de los Leones*, Temas españoles, Madrid, 1952.

FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, F., *Memorias de un soldado-locutor. La guerra que yo he vivido y la guerra que yo he encontrado*, Ediciones Españolas, Madrid, 1939.

FONTANA, J. M., *Los catalanes en la guerra de España*, Samarán, Madrid, 1951.

GALLEGO CORTÉS, A., *Diario de un falangista de primera línea*, Ediciones Nueva República, Barcelona, 2011.

GABARAIN, M., *Así asesina Falange. Una celda de condenados a muerte en un cuartelillo de Falange Española de San Sebastián*, Pampa, Buenos Aires, 1938.

GARCERÁN, R., *Falange: Desde febrero de 1936 al gobierno nacional*, Harvard College, 1980.

GARCÍA GUINEA, L., *Diario de guerra. Un paréntesis de tres años (1936-1939)*, Cultura y Comunicación, Palencia, 2005.

GARCÍA SERRANO, R., *La fiel infantería*, Epublibre, Madrid, 1943.

--------, *Diccionario para un macuto*, Epublibre, Madrid, 1964.

--------, *Eugenio o proclamación de la primavera*, Planeta, Barcelona, 1982.

--------, *La gran esperanza*, Planeta, Barcelona, 1983.

GIL ROBLES, J. M., *Discursos parlamentarios*, Taurus, Madrid, 1971.

GIRÓN DE VELASCO, J.A., *Si la memoria no me falla*, Editorial Planeta, Barcelona, 1994.

HILLERS de LUQUE, S., *Ética y estilo falangistas*, S.l.: s.n., Madrid, 1974.

HITLER, A., *Mi lucha*, Verbum, Madrid, 2018.

HÖSS, R., *Yo, comandante de Auschwitz*, Arzalia Ediciones, Madrid, 2022.

JATO, D., *La Rebelión de los estudiantes: apuntes para una historia del alegre S.E.U.*, s.n., Madrid, 1967.

JUSTO, E. y GRILLO, E., *La Falange en las prisiones del Madrid rojo*, Sáenz de Jubera, Madrid, 1940.

KEMP, P., *Legionario en España*, s.l., s.n., s.a.

LAÍN ENTRALGO, P., *Descargo de conciencia (1930-1960)*, Alianza, Madrid, 1989.

LEDESMA RAMOS, R., *¿Fascismo en España?*, s.n., s.l., s.a.

LIZARZA IRIBARREN, A., *Memorias de la conspiración. 1931-1936*, Editorial Gómez, Pamplona, 1953.

LLORDÉS BADÍA, J., *Al dejar el fusil. Memorias de un soldado raso en la guerra de España*, Ariel, Barcelona, 1968.

LLUCH F. VALLS, F., *Semilla azul*, Hº Paulino Ventura, Granada, 1939.

MARTÍNEZ BARRADO J.A., *Cómo se creó una bandera de Falange*, La Académica, Zaragoza, 1939.

MARTÍNEZ DE BEDOYA, J., *Memorias desde mi aldea*, Ámbito Ediciones, Madrid, 1996.

MELEIRO, F., *Anecdotario de la Falange de Orense*, Ediciones del Movimiento, Madrid, 1952.

MONTES AGUDO, G., *Vieja Guardia,* Ediciones Afán, Madrid, 1939.

MOSLEY, O., *Mi vida*, Luis de Caralt, Barcelona, 1973.

PEMARTÍN, J., *Teoría de la Falange*, Editora Nacional, Madrid, 1942.

--------, *Almanaque de la Primera Guardia*, Editora Nacional, Madrid, 1945.

--------, *José Antonio*, Temas Españoles, Madrid, 1953.

PRIMO DE RIVERA, J.A., *Obras. Edición cronológica*, Delegación Nacional de la Editorial Almena, Madrid, 1970.

QUIJANO, H., *Galicia mártir. Episodios del terror blanco en las provincias gallegas*, Neos, Buenos Aires, 1938.

RECUERO, T., *Hasta Nóvgorod. Crónica de un viaje*, West Indies Publishing Company, Sevilla, 2021.

RIDRUEJO, D., *Escrito en España*, Losada, Buenos Aires, 1962.

--------, *Casi unas memorias*, Península, Barcelona, 2007.

ROTH, J., *La tela de araña*, Epublibre, 1923.

RUIZ DE ALDA, J., *Obra completa,* Ediciones FE, Madrid, 1939.

RUIZ VILAPLANA, A., *Lo que han hecho en Galicia. Episodios del terror blanco en las provincias gallegas contados por quienes los han vivido*, s.n., París, 1938.

--------, *Doy fe… un año de actuación en la España nacionalista*, Espuela de Plata, Sevilla, 2012.

SERRANO SÚÑER, R., *Entre el silencio y la propaganda la historia como fue. Memorias*, Planeta, Barcelona, 1977.

TORRIJO BERGES, S., *Mis memorias de la guerra*, M. Serrano, Zaragoza, 1939.

VALDÉS LARRAÑAGA, M., *De la Falange al Movimiento (1936-1952)*, Fundación Nacional Francisco Franco, Madrid, 1994.

VEGAS LATAPIE, E., *Memorias políticas: el suicidio de la Monarquía y la Segunda República*, Planeta, Barcelona, 1983.

--------, *Los caminos del desengaño: memorias políticas*, Madrid, Tebas, 1987.

VILLALONGA, L., *Diario de guerra*, Pre-Textos, Valencia, 1997.

VON HAARTMAN, C., *En nordisk caballero i Francos armé*, Söderström, Helsinki, 1939.

XAVIER, A. [REY-STOLLE, A.], *Fui soldado en 4 guerras*, Vasallo de Mumbert, Madrid, 1983.

XIMÉNEZ DE SANDOVAL, F., *Camisa Azul: retrato de un falangista*, Librería Santarén, Valladolid, 1939.

--------, *José Antonio, biografía apasionada*, Fuerza Nueva Editorial, Madrid, 1941.

FUENTES SECUNDARIAS

ABELLA, R., *La vida cotidiana durante la guerra civil, La España nacional*, Editorial Planeta, Barcelona, 1973.

ALCALÁ, Á., *Manuel Hedilla. 235 días al frente de la Falange*, Sierra Norte Digital, Madrid, 2021.

ALCALDE, Á., *Lazos de sangre. Los apoyos sociales a la sublevación militar en Zaragoza. La Junta Recaudatoria Civil (1936-1939)*, Instituto Fernando el católico, Zaragoza, 2010.

--------, *Los excombatientes franquistas: la cultura del fascismo español y la Delegación Nacional de Excombatientes (1936-1964)*, Prensas de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2014.

--------, “Los orígenes de la Delegación Nacional de Excombatientes de FET-JONS: la desmovilización del ejército franquista y la Europa de 1939”, *Ayer*, n.º 97 (2015), pp. 169-194.

--------, “La tesis de brutalización (George L. Mosse) y sus críticos: un debate historiográfico”, *Pasado y Memoria*, n.º 15 (2016), pp. 17-42.

--------, “War Veterans and Fascism during the Franco Dictatorship in Spain (1936-1959)”, *European History Quarterly*, 47, nº (2017), pp. 78-98.

--------, *War Veterans and Fascism in Interwar Europe*, Cambridge University Press, Cambridge, 2017.

--------, “La desmovilización de los veteranos de guerra franquistas y republicanos, 1939-1944: ¿Una gran divergencia?” en MATTHEWS, J. (ed.), *España en guerra. Sociedad, cultura y movilización bélica 1936-1944*, Alianza Editorial, Madrid, 2021, pp. 295-320.

ALEGRE LORENZ, D., “Coser y desgarrar, conservar y arrojar”. Visiones del enemigo y estrategias de supervivencia psíquica en la División Azul”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 34 (2012), pp. 119-144.

--------, “La idea de participación y democracia en el fascismo. Materiales para una visión comparada y maximalista”, *Congreso Identidades fascistas. Fascistización y desfascistización en España*, Universitat Autònoma de Barcelona, 11 y 12 de abril de 2013, pp. 29-44.

--------, “El fascismo como experiencia interna somatizante: una propuesta de análisis del fascismo español a través del lenguaje” en RUIZ CARNICER, M.A. (ed.), *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco*, Prensas Universitarias de Zaragoza o Instituto Fernando el Católico, Zaragoza, 2013, pp. 25-40.

--------, “Voluntariado de guerra en la Europa bajo la ocupación alemana; reclutamiento, motivaciones, *ethos* y experiencias” en ALEGRE, D., ALONSO, M. y RODRIGO, J. (eds.), *Europa desgarrada. Guerra, ocupación y violencia 1900-1950*. Prensas de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2018, pp. 339-387.

--------, *La batalla de Teruel. Guerra total en España*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2018.

--------, *Colaboracionistas. Europa occidental y el Nuevo Orden nazi*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2022.

ALÍA MIRANDA, F., “Conspiración y alzamiento: principales modelos en Castilla-La Mancha” en ALÍA MIRANDA, F. y DEL VALLE CALZADO, A.R. (eds.), *La Guerra Civil en Castilla-La Mancha 70 años después*, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 2008, pp. 327-370.

--------, *Julio de 1936. Conspiración y alzamiento contra la Segunda República*, Crítica, Barcelona, 2011.

ALONSO IBARRA, M., “Excombatientes. Un análisis del fascismo español a través de las memorias de los soldados de Falange” en ORTEGA LÓPEZ, T.M. y DEL ARCO BLANCO, M.A. (eds.), *Claves del mundo contemporáneo. Debate e investigación actas del XI Congreso de la Asociación de la Historia Contemporánea*, Comares, 2013, pp. 1-19.

--------, “Cruzados de la civilización cristiana. Algunas aproximaciones en torno a la relación entre fascismo y religión”, *Rúbrica Contemporánea*, vol. 3, n.º 5, 2014, pp. 133-154.

--------, “*Vencer y convencer*. Una aproximación a la fascistización del combatiente sublevado y la construcción del consenso en la España franquista (1936-1939)” en COBO ROMERO, F. (ed.), *Fascismo y Modernismo. Política y cultura en la Europa de entreguerras (1918-1945)*, Comares, Granada, 2016, pp. 107-122.

--------, “Combatir, ocupar, fusilar. La evolución de la violencia bélica de los sublevados en la guerra civil española (1936-1939)” en ALEGRE, D., ALONSO, M. y RODRIGO, J. (eds.), *Europa desgarrada. Guerra, ocupación y violencia, 1900-1950*, Prensas de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2018, pp. 195-244.

--------, “Guerra Civil Española y contrarrevolución. El fascismo europeo bajo el signo de la santa cruz”, *Ayer*, n.º 109 (2018), pp. 269-295.

--------, *El ejército sublevado en la Guerra Civil Española. Experiencia bélica, fascistización y violencia (1936-1939)*, Tesis doctoral inédita, Universitat Autónoma de Barcelona, 2019.

--------, "Territorios en guerra. La contrainsurgencia franquista en la frontera pirenaica" en RODRIGO, J. (ed.), *Posguerras civiles europeas, 1939-1950: una historia comparada*, Marcial Pons, Madrid, 2023, pp. 85-114.

ALPERT, M., "La historia militar" en PAYNE, S.G. y TUSELL, J. (eds.), *La guerra civil: una nueva visión del conflicto que dividió España*, Temas de Hoy, Madrid, 2006, pp. 123-194.

ÁLVAREZ JUNCO, J., "El nacionalismo español como mito movilizador. Cuatro guerras" en CRUZ, R. y PÉREZ LEDESMA, M. (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Alianza, Madrid, 1997, pp. 35-68.

--------, "La Guerra Civil como guerra nacional" en MALEFAKIS, E.(ed.), *La guerra civil española*, Taurus, Madrid, 2006, pp. 579-620.

ÁLVAREZ PUGA, E., *Historia de la Falange*, Dopesa, Barcelona, 1969.

ÁLVAREZ REY, L. y ORTIZ VILLALBA, J., "Falange en Sevilla (1933-1936)" en RUIZ-MANJÓN CABEZA, O. y GÓMEZ OLIVER, M. (eds.), *Los nuevos historiadores ante la guerra civil*, Diputación Provincial de Granada, Granada, 1990, pp. 187-208.

ÁLVAREZ TARDÍO, M., "La CEDA y la democracia republicana" en DEL REY, F. (ed.), *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República*, Tecnos, Madrid, 2011, pp. 341-418.

--------, "Democratización y violencia política en el mundo de entreguerras: una cuestión abierta", *Ayer*, n.º 88 (2012), pp. 27-49.

--------, "La CEDA, ¿Amenaza u oportunidad?" en ÁLVAREZ TARDÍO, M. y DEL REY, F. (eds.), *El laberinto republicano. La democracia española y sus enemigos (1931-1936)*, RBA, Barcelona, 2012, pp. 101-134.

ÁLVAREZ TARDÍO, M. y DEL REY, F. (eds.), *Vidas truncadas. Historias de violencia en la España de 1936*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2021.

ANDERSON, P. y DEL ARCO BLANCO, M. A., "Construyendo la dictadura y castigando a sus enemigos. Represión y apoyos sociales al franquismo (1936-1951)", *Historia Social*, n.º 71 (2011), pp. 125-141.

AROSTEGUI J., "Sociedad y milicias en la Guerra Civil Española, 1936-1939. Una reflexión metodológica", *Estudios de Historia de España. Homenaje a Tuñón de Lara*, UIMP, vol. 2, Madrid, 1981, pp. 307-325.

--------, "Introducción: La militarización de la política durante la II República", *Historia Contemporánea*, n.º 11 (1994), pp. 13-27.

--------, "Violencia, sociedad y política: la definición de la violencia", *Ayer*, n.º 13 (1994), pp. 17-55.

--------, *Por qué el 18 de julio… Y después*, Flor del Viento, Barcelona, 2006.

--------, *Combatientes requetés en la Guerra Civil española (1936-1939)*, La esfera de los libros, Madrid, 2013.

AROSTEGUI, J., CANAL, J. y GONZÁLEZ CALLEJA, E., *El carlismo y las guerras carlistas. Hechos, hombres e ideas*, La esfera de los libros, Madrid, 2003.

AROSTEGUI, J., GONZÁLEZ CALLEJA, E. y SOUTO, S., "La violencia política en la España del siglo XX", *Cuadernos de Historia Contemporánea*, n.º 20 (2000), pp. 53-94.

ARRARÁS, J., *Historia de la Cruzada española (8 volúmenes)*, Ediciones Españolas, Madrid, 1940.

--------, *Historia de la Segunda República española (4 volúmenes)*, Editora Nacional, Madrid, 1956-1968.

ARTIAGA REGO, A., "Movilización rebelde en el verano de 1936. Galicia, ¿Una nueva Covadonga?" en FERNÁNDEZ PRIETO, L. y ARTIAGA, A. (eds.), *Otras miradas sobre el golpe, guerra y dictadura. Historia para un pasado incómodo*, Catarata, Madrid, 2014, pp. 111-149.

--------, "Voluntarios para un golpe, soldados para una guerra: las milicias rebeldes de primera línea en la Guerra Civil", *Ayer* n.º 111 (2018), pp. 23-51.

--------, "Los lazos invisibles de la trama golpista" en FERNÁNDEZ PRIETO, L. y LEIRA CASTIÑEIRA, F.J., (eds.), *Galicia, un golpe sin cuartel, una guerra sin trincheras. La construcción sociopolítica de la dictadura franquista (1936-1960)*, Publicacions de la Universitat de València, Valencia, 2023, pp. 115-138.

AZNAR, M., *Historia militar de la Guerra Civil en España* (3 volúmenes), Editora Nacional, Madrid, 1958.

BÁEZ PÉREZ DE TUDELA, J.M., "Movilización juvenil y radicalización verbalista: la Juventud de Acción Popular", *Historia Contemporánea*, n.º 11 (1994), pp. 83-105.

--------, "El ruido de las nueces": la Juventud de Acción Popular y la movilización "cívica" católica durante la Segunda República", *Ayer*, n.º 59 (2005), pp. 123-145.

BAHAMONDE, A., *Un año con Queipo de Llano,* Editorial Renacimiento, Sevilla, 2005.

BALDISSARA, L., "Guerra absoluta y guerra total, guerra civil y guerrilla. Genealogías de las guerras del siglo XX" en ALEGRE, D. ALONSO M. y RODRIGO, J. (eds.), *Europa desgarrada. Guerra, ocupación y violencia. 1900-1950*, Prensas de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2018, pp. 49-80.

BALFOUR, S., *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939)*, Ediciones Península, Barcelona, 2018.

BALKELIS, T., "Turning Citizens into Soldiers: Baltic Paramilitary Movements after the Great War" en GERWARTH, R., HORNE, J. (eds.), *War in peace: paramilitary violence in Europe after the Great War*, Oxford University Press, Oxford, 2012, pp. 126-144.

BARRERA LÓPEZ, B., "Los méritos de la fascista: experiencia y narración del quintacolumnismo femenino", *Rúbrica Contemporánea*, vol. 24, n.º 29 (2025), pp. 7-26.

BLANCO VALDÉS, R. L., *Rey, Cortes y fuerza armada en los orígenes de la España liberal, 1808-1823*, Siglo XXI, Madrid, 1988.

BLINKHORN, M., *Carlismo y contrarrevolución en España. 1931-1939*, Crítica, Barcelona, 1969.

BODÓ, B., "Paramilitary Violence in Hungary after the First World War", *East European Quarterly*, vol. 38, n.º 2 (2004), pp. 129-172.

--------, "Militia Violence and State Power in Hungary, 1919-1922", *Hungarian Studies Review*, vol. 33, n.º 1-2 (2006), pp. 121-156.

--------, "Hungarian Aristocracy and the White Terror", *Journal Contemporary History*, vol. 45, n.º 4 (2010), pp. 703-724.

--------, *The White Terror. Antisemitic and political violence in Hungary, 1919-1921*, Routledge, Nueva York, 2019.

BRENAN, G., *El laberinto español. Antecedentes sociales y políticos de la guerra civil*, Ruedo Ibérico, Barcelona, 1977.

BUTRÓN PRIDA, G., “Las milicias ciudadanas en las revoluciones liberales europeas: el caso del primer liberalismo español”, *Rúbrica Contemporánea*, vol. IX, nº18 (2020), pp. 5-21.

CALDERÓN BOUCHER, R., *Maurras y la Acción Francesa frente a la IIIª República*, Ediciones Nueva Hispanidad, Buenos Aires, 2000.

CANAL, J., “La gran familia. Estructuras e imágenes en la cultura política carlista” en CRUZ, R. y PÉREZ LEDESMA, M. (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Alianza, Madrid, 1997, pp. 99-136.

--------, *El carlismo. Dos siglos de contrarrevolución en España*, Alianza Editorial, Madrid, 2000.

--------, *Banderas blancas, boinas rojas: Una historia política del carlismo, 1876-1939*, Marcial Pons, Madrid, 2012.

--------, “El carlismo en la Segunda República: imaginarios del pasado, sueños del porvenir” en ÁLVAREZ TARDÍO, M. y DEL REY, F. (eds.), *El laberinto republicano. La democracia española y sus enemigos (1931-1936)*, RBA, Barcelona, 2012, pp. 249-280.

CARBAJOSA, M. y CARBAJOSA, P., *La corte literaria de José Antonio. La primera generación cultural de la Falange*, Crítica, Barcelona, 2003.

CARDONA, G., *El gigante descalzo. El Ejército de Franco*, Aguilar, Madrid, 2003.

--------, *Historia militar de una guerra civil: estrategia y tácticas de la guerra de España*, Flor de Viento, Barcelona, 2006.

--------, “Rebelión militar y guerra civil” en JULIÁ, S. (ed.), *República y guerra en España (1931-1939)*, Espasa, Madrid, 2006, pp. 223-286.

CASANOVA, J., “La sombra del franquismo: ignorar y huir del pasado” en CASANOVA, J. (ed.), *El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón (1936-1939),* Siglo XXI, Madrid, 1992, pp. 1-28.

--------, “Rebelión y revolución” en JULIÁ, S. (ed.), *Víctimas de la guerra civil*, Temas de Hoy, Madrid, 1999, pp. 55-178.

--------, “Guerra de exterminio, paz incivil: Los fundamentos de la dictadura franquista”. *El franquismo: el régimen y la oposición. Actas de las IV Jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación de archivos, ANABAD*, Guadalajara, 2000, vol. II, pp. 579-588.

--------, “Europa en guerra: 1914-1945”, *Ayer,* n.º 55 (2004), pp. 107-126.

--------, *Europa contra Europa, 1914-1945*, Crítica, Barcelona, 2018.

CASAS DE LA VEGA, R., *Las milicias nacionales en la guerra de España*, Editora Nacional, Madrid, 1974.

CASQUETE, J., *Nazis a pie de calle. Una historia de las SA en la República de Weimar*, Alianza Editorial, Madrid, 2017.

CASTRO L., *Capital de la cruzada. Burgos durante la Guerra Civil*, Critica, Barcelona, 2006.

CAZORLA, A., “Franco: la violencia y la simplificación de España”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, vol. 7, n.º 13 (2018), pp. 21-35.

CENARRO LAGUNAS, A., “Elites, Partido, Iglesia. El régimen de Franquista en Aragón, 1936-1946, *Studia Historica. Historia Contemporánea*, vol. 13, n.º 14 (1995), pp. 83-103.

--------, *Cruzados y camisas azules. Los orígenes del franquismo en Aragón, 1936-1945*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 1997.

--------, “Muerte y subordinación en la España franquista: el imperio de la violencia como base del “Nuevo Estado”, *Historia Social* n.º 30 (1998), pp. 5-22.

--------, “Matar, vigilar y delatar: la quiebra de la sociedad civil durante la guerra y la posguerra en España (1936-1948)”, *Historia Social*, n.º 44 (2002), pp. 65-86.

CHAVES PALACIOS, J., *La represión en la provincia de Cáceres durante la Guerra Civil (1936-1939)*, Publicaciones de la Universidad de Extremadura, Cáceres, 1995.

--------, “Franquismo: prisiones y prisioneros”, *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 4 (2005), pp. 27-47.

CHUECA RODRÍGUEZ, R. L., “Las juventudes falangistas”, *Studia Historia Contemporánea*, vol. 5, n.º 4 (1987), pp. 87-104.

CHUECA RODRÍGUEZ, R.L. y MONTERO, J.R., “El fascismo en España: elementos para una interpretación”, *Historia Contemporánea*, n.º 8 (1992), pp. 215-247.

CHUST, M., *Ciudadanos en armas. 1834-1840*, Alfons el Magnànim, Valencia, 1987.

CIFUENTES J. y MALUENDA, P., “El ocaso de la República y los orígenes del nuevo orden en la provincia de Zaragoza” en CASANOVA, J. (ed.), *El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón (1936-1939),* Siglo XXI, Madrid, 1992, pp. 29-78.

CIFUENTES CHUECA, J. y MANUELA PONS, P., *El asalto a la República. Los orígenes del franquismo en Zaragoza (1936-1939)*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1995.

COBO ROMERO, F., “El franquismo y los imaginarios míticos del fascismo europeo de entreguerras”, *Ayer*, n.º 71 (2008), pp. 117-151.

--------, *¿Fascismo o democracia? Campesinado y política en la crisis del liberalismo europeo, 1870-1939*, Universidad de Granada, Granada, 2012.

COBO ROMERO, F. y ORTEGA LÓPEZ, M.T., “Pensamiento mítico y energías movilizadoras. La vivencia alegórica y ritualizada de la Guerra Civil en la retaguardia rebelde andaluza, 1936-1939”, *Historia y Política*, n.º 16 (2006), pp. 131-158.

CORDOBA, C., “Los primeros Caídos en la historia del Nacionalsindicalismo”, Noviembre de 2003.

CORRAL, P., *Desertores. La Guerra Civil que nadie quiere contar*, Random House Mondadori, Barcelona, 2006.

--------, “Desertores y emboscados en la guerra civil española: el hombre frente a la propaganda” en MATTHEWS, J. (ed.), *España en guerra. Sociedad, cultura y movilización bélica 1936-1944*, Alianza Editorial, Madrid, 2021, pp. 119-142.

CRUZ, R., “Pensar la violencia en perspectiva histórica” en MUÑOZ, J, LEDESMA J.L. y RODRIGO, J. (eds.), *Culturas y políticas de la violencia. España siglo XX*, Siete Mares, Madrid, 2005, pp. 13-46.

--------, “Old symbols, new meanings: mobilising the rebellion in the summer of 1936” en EALHAM, C. y RICHARDS, M. (eds.), *The Splintering of Spain Cultural History and the Spanish Civil War. 1936-1939*, Cambridge University Press, Cambridge, 2005, pp. 159-176.

--------, *En el nombre del pueblo: República, rebelión y guerra en la España de 1936*, Siglo XXI, Madrid, 2006.

--------, “El repertorio frenético. La ocupación de la calle en la primavera de 1936”, *Historia y política*, n.º 16 (2006), pp. 11-32.

--------, “Olor a pólvora y patria. La limpieza política rebelde en el inicio de la guerra de 1936”, en *Hispania Nova*, n.º 7 (2007), pp. 545-566.

--------, “Las campañas rebeldes de aniquilación del enemigo”, *Ayer*, n.º 76 (2009), pp. 65-82.

--------, “Júbilo, enfrentamiento y violencia en la movilización de 1936”, *Conversación sobre la historia*, 2023.

DE ASÍS DE LA VEGA GONZALO, F., *Aniquilar la Falange. Cronología persecutoria del Nacionalsindicalismo*, Ediciones Tarfe, Oviedo, 1991.

DE LA CIERVA, R., *Los documentos de la primavera trágica. Análisis documental de los antecedentes inmediatos del 18 de julio de 1936*, Secretaría General Técnica, Madrid, 1967.

--------, *Historia de la Guerra Civil Española. Tomo primero. Perspectivas y antecedentes 1898-1936*, Libera Edit. San Martín, Madrid, 1969.

DE MESA, J. L., *Los otros internacionales: voluntarios extranjeros desconocidos en el Bando Nacional durante la Guerra Civil: 1936-39*, Barbarroja, Madrid, 1998.

DEL ARCO BLANCO, M. A., *Cruces de memoria y olvido. Los monumentos a los caídos de la guerra civil española (1936-2021)*, Crítica, Barcelona, 2022.

DEL REY, F., “La Gran Guerra y la pasión revolucionaria” en DEL REY, F. y ÁLVAREZ TARDÍO, M. (eds.), *Políticas del odio: violencia y crisis de las democracias en el mundo de entreguerras*, Tecnos, Madrid, 2017, pp. 39-114.

--------, *Retaguardia roja. Violencia y revolución en la guerra civil española*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2019.

DEL REY, F. y ÁLVAREZ TARDÍO, M. (eds.), *Políticas del odio: violencia y crisis de las democracias en el mundo de entreguerras*, Tecnos, Madrid, 2017.

--------, *Fuego cruzado. La primavera de 1936*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2024.

DOLAN, A., “The British Culture of Paramilitary Violence in the Irish War of Independence” en GERWARTH, R. y HORNE, J. (eds.), *War in Peace. Paramilitary Violence in Europe after the Great War*, Oxford University Press, Oxford, 2011, pp. 200-215.

DOUGLAS, A., “Violence and Fascism: The Case of the Faisceau”, *Journal of Contemporary History*, n.º 14 (1984), pp. 689-712.

EICHENBERG, J., “The Dark Side of Independence: Paramilitary Violence in Ireland and Poland after the First World War”, *Contemporary European History*, vol. 19, n.º 3 (2010), pp. 231-248.

--------, “Soldiers to Civlians, Civilians to Soldiers: Poland and Ireland after the First World War” en GERWARTH, R. y HORNE, J. (eds.), *War in Peace. Paramilitary Violence in Europe after the Great War*, Oxford University Press, Oxford, 2011, pp. 186-199.

EICHENBERG, J. y NEWMAN, J.P., “Violence in Dissolving Empires after the First World War “, *Contemporary European History* 19, nº 3 (2010), pp. 183-194.

ELLWOOD, S., *Historia de Falange Española*, Crítica, Madrid, 2001.

ESPINOSA MAESTRE, F., *La Guerra Civil en Huelva*, Diputación Provincial de Huelva, Huelva, 1996.

--------, *La Justicia de Queipo: violencia selectiva y terror fascista en la II División en 1936: Sevilla, Huelva, Cádiz, Córdoba, Málaga y Badajoz,* Sevilla, 2000.

--------, “Julio de 1936. Golpe militar y plan de exterminio” en CASANOVA, J. (ed.), *Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco,* Crítica, Barcelona, 2002, pp. 53-119.

--------, *La columna de la muerte: el avance del ejército franquista de Sevilla a Badajoz*, Crítica, Barcelona, 2003.

--------, *Contra el olvido. Historia y memoria de la guerra civil*, Crítica, Barcelona, 2006.

--------, "La represión franquista: un combate por la historia y por la memoria" en ESPINOSA MAESTRE, F. (ed.), *Violencia Roja y Azul*, Critica, Barcelona, 2010, pp. 17-80.

--------, *1936. La columna camino de Madrid. Yagüe, Varela y las «Normas» del padre Huidobro*, La Moderna, Cáceres, 2023.

FERNÁNDEZ-COPPEL, J., *Queipo de Llano: memorias de la guerra civil*, La esfera de los libros, Madrid, 2008.

FERNÁNDEZ PASALODOS, A., "El somatén en la guerra irregular española (1936-1952). La defensa del nuevo orden a través de la lucha antipartisana" en RODRIGO, J. (ed.), *Posguerras civiles europeas, 1939-1950: una historia comparada*, Marcial Pons, Madrid, 2023, pp. 137-164.

--------, *Hasta su total exterminio. La guerra antipartisana en España, 1936-1952*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2024.

FERNÁNDEZ PRIETO, L. y ARTIAGA REGO, A., "Introducción. Soldados para el frente: más allá de los alféreces provisionales y los comisarios políticos", *Ayer*, n.º 111 (2018), pp. 13-21.

FERNÁNDEZ PRIETO, L. y LEIRA CASTIÑEIRA, F. J., "Galicia, un golpe sin cuartel y una guerra sin trincheras" en FERNÁNDEZ PRIETO, L. y LEIRA CASTIÑEIRA, F. J. (eds.), *Galicia, un golpe sin cuartel, una guerra sin trincheras. La construcción sociopolítica de la dictadura franquista (1936-1960)*, PUV, Valencia, 2023, pp. 15-45.

FRASER, R., *Recuérdalo tú y recuérdaselo a otros*, Crítica, Barcelona, 2019.

FRITZSCHE, P., *De alemanes a nazis*, *1914.1933*, Siglo XXI, Argentina, 2009.

GALLEGO, F., *Ramiro Ledesma Ramos y el fascismo español*, Síntesis, Madrid, 1998.

--------, "La formación de la cultura política del franquismo: fascistización y desfascistización (1930-1950)", *Coloquio sobre Identidades Fascistas Fascistización y desfasticización en España*, Barcelona, UAB, abril de 2003.

--------, *El Evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo (1930-1950)*, Crítica, Barcelona, 2004.

--------, "La realidad y el deseo. Ramiro Ledesma Ramos en la genealogía del franquismo" en GALLEGO, F. y MORENTE, F. (eds.), *Fascismo en España. Ensayos sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo*, El Viejo Topo, España, 2005, pp. 253-447.

--------, "Ángeles con espadas. Algunas observaciones sobre la estrategia falangista entre la Revolución de Octubre y el triunfo del Frente Popular" en GALLEGO, F. y MORENTE, F. (eds.), *Fascismo en España. Ensayos sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo*, El Viejo Topo, España, 2005, pp. 163-178.

--------, *Todos los hombres del Führer. La élite del nacionalsocialismo (1919-1945)*, De Bolsillo, Barcelona, 2006.

--------, *La crisis del antifascismo. Barcelona, mayo de 1937*, Debolsillo, Barcelona, 2008.

--------, "El proceso constituyente del fascismo español: 1933-1935. Revisión de algunos malentendidos" en BALLARÍN, M., CUCALÓN, D. y LEDESMA, J.L. (eds.), *La Segunda República en la encrucijada: el segundo bienio*, Cortes de Aragón/Historia, Zaragoza, 2009, pp. 185-224.

--------, “Fascismo y fascistización. La crisis de 1934 y la definición política del período de entreguerras” en ANDREASSI, A. y MARTÍN RAMOS, J.L. (eds.), *De un octubre a otro. Revolución y fascismo en el periodo de entreguerras, 1917-1934*, El Viejo Topo, España, 2010, pp. 281-354.

--------, “Construyendo el pasado. La identidad del 18 de julio y la reflexión sobre la historia moderna en los años cuarenta” en GALLEGO, F. y MORENTE, F. (eds.), *Rebeldes y reaccionarios. Intelectuales, fascismo y derecha radical en Europa, 1914-1956*, El Viejo Topo, Mataró, 2011, pp. 281-338.

--------, “Fascistization and fascism: Spanish dynamics in a European process”, *International Journal of Iberian Studies*, vol. 25, n.º 3 (2012), pp. 159-181.

--------, “Sobre héroes y tumbas. La Guerra Civil y el proceso constituyente del fascismo español” en MORENTE, F. (ed.), *España en la crisis europea de entreguerras. República, fascismo y Guerra Civil*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2012, pp. 249-268.

--------, “¿Un puente demasiado lejano? Falange y franquismo en la fundación y en la agonía del régimen” en RUIZ CARNICER, M.A. (ed.), *Falange: las culturas políticas del fascismo en la España de Franco, 1936-1975*, Institución “«Fernando el Católico”, Zaragoza, 2013, pp. 77-108.

--------, “Canciones para después de una posguerra. El fascismo de la II República Española en la cronología europea de la fascistización” en MORENTE, F. y RODRIGO, J. (eds.), *Tierras de nadie. La Primera Guerra Mundial y sus consecuencias*, Comares, Granada, 2014, pp. 217-234.

--------, “El fascismo como problema o el fascismo sin problema” en COBO ROMERO, F. (ed.), *Fascismo y Modernismo. Política y cultura en la Europa de entreguerras (1918-1945)*, Comares, Granada, 2016, pp. 77-92.

--------, “Nacionalsindicalismo y contrarrevolución (1931-1936). La relevancia del fascismo en la Segunda República Española” en MORENTE, F., POMÉS J. y PUIGSECH, J. (eds.), *La rabia y la idea. Política e identidad en la España republicana (1931-1936)*, Prensas de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2016, pp. 173-202.

GARCÍA VENERO, M., *Falange en la guerra de España: Unificación y Hedilla*, Ruedo Ibérico, Bordeaux, 1967.

--------, *Historia de la Unificación (Falange y Requeté en 1937)*, EGESA, Madrid, 1970.

--------, *Testimonio de Manuel Hedilla. Segundo Jefe Nacional de Falange Española*, Acervo, Barcelona, 1972.

GARCÍA VENERO, M., *Madrid. Julio 1936*, Ediciones Tebas, Madrid, 1973.

GENTILE, E., “Paramilitary Violence in Italy: The Rationale of Fascism and the Origins of Totalitarianism” en GERWARTH, R., HORNE, J. (eds.), *War in peace: paramilitary violence in Europe after the Great War*, Oxford University Press, Oxford, 2012, pp. 85-103.

GERWARTH, R., “The Central European Counter-Revolution: Paramilitary Violence in Germany, Austria and Hungary after the Great War”, *Past and Present*, 200 (2008), pp. 175-209.

--------, “Fighting the Red Beast: Counter-Revolutionary Violence in the Defeated States of Central Europe” en GERWARTH, R., HORNE, J. (eds.), *War in peace: paramilitary violence in Europe after the Great War*, Oxford University Press, Oxford, 2012, pp. 52-71.

--------, “The continuum of violence” en WINTER, J. (ed.), *The Cambridge History of The First World War*, Cambridge University Press, Cambridge, vol. II, 2014, pp. 638-662.

--------, *Los vencidos. Por qué la Primera Guerra Mundial no concluyó del todo (1917-1923)*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2018.

GERWARTH, R. y HORNE, J., "Vectors of Violence: Paramilitarism in Europe after the Great War, 1917-1923", *The Journal of Modern History*, nº 83 (2011), pp. 489-512.

--------, "Paramilitarism in Europe after the Great War: An Introduction" en GERWARTH, R., HORNE, J. (eds.), *War in peace: paramilitary violence in Europe after the Great War*, Oxford University Press, Oxford, 2012, pp. 1-18.

GERWARTH, R. y HORNE, J., "Bolshevism as Fantasy: Rear of Revolution and Counter-Revolutionary Violence, 1917-1923" en GERWARTH, R., HORNE, J. (eds.), *War in peace: paramilitary violence in Europe after the Great War*, Oxford University Press, Oxford, 2012, pp. 40-51.

GIL ANDRÉS, C., *Lejos del frente: La guerra civil en La Rioja Alta*, Crítica, Madrid, 2006.

--------, "Vecinos contra vecinos. La violencia en la retaguardia riojana durante la Guerra Civil", *Historia y Política*, n.º 16 (2006), pp. 109-130.

--------, "La zona gris de la España azul. La violencia de los sublevados en la Guerra Civil", *Ayer*, n.º 76 (2009), pp. 115-141.

GIL BRACERO, R., "Conspiración y sublevación en Granada" en RUIZ-MANJÓN CABEZA, O. y GÓMEZ OLIVER, M. (eds.), *Los nuevos historiadores ante la guerra civil*, Diputación Provincial de Granada, Granada, 1990, pp. 323-352.

GIL PECHARROMÁN, J., *José Antonio Primo de Rivera. Retrato de un visionario*, Temas de Hoy, Madrid, 1996.

--------, "Un partido para acabar con los partidos: el fascismo español, 1931-1936", *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, n.º 51 (2017), pp. 69-84.

GIL VICO, P., "Derecho y ficción: la represión judicial militar" en ESPINOSA MESTRE, F. (ed.), *Violencia roja y azul*, Crítica, Barcelona, 2010, pp. 251-343.

GIOCANTI, S., *Charles Maurras. El caos y el orden*, Acantilado, Barcelona, 2010.

GÓMEZ NOGALES, P., *"*Ese sangriento carnaval. Experiencia y narración de la revolución social en la España sublevada (1936-1939)*"*, *Revista Universitaria de Historia Militar*, vol. 2, n.º 4, 2013, pp. 43-63.

GÓMEZ NOVO, D.M. y LEIRA CASTIÑEIRA, F.J., "Voluntarios e involuntarios: el centro de reclutamiento golpista" en FERNÁNDEZ PRIETO, L. y LEIRA CASTIÑEIRA, F.J., (eds.), *Galicia, un golpe sin cuartel, una guerra sin trincheras. La construcción sociopolítica de la dictadura franquista (1936-1960)*, Publicacions de la Universitat de València, Valencia, 2023, pp. 139-168.

GONZÁLEZ CALLEJA, E., "Camisas de fuerza: fascismo y paramilitarización", *Historia contemporánea*, n.º 11 (1994), pp. 55-81.

--------, *La defensa armada contra la revolución: una historia de las guardias cívicas en la España del siglo XX*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1995.

--------, "La violencia política y la crisis de la democracia republicana (1931-1936)", *Hispania Nova,* n.º 1 (1998-2000). Artículo 3.

--------, "Aproximación a las subculturas violentas de las derechas antirrepublicanas españolas (1931-1936)", *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 2 (2003), pp. 1-90.

--------, "Los jóvenes generacionales contemporáneos. Evolución de los modos conflictivos de participación política", *Mélanges de la Casa Velázquez*, n.º 34 (2004).

--------, *La España de Primo de Rivera. La modernización autoritaria, 1923-1930*, Alianza, Madrid, 2005.

--------, "La dialéctica de las pistolas. La violencia y la fragmentación del poder político durante la Segunda República" en MUÑOZ SORO, J, LEDESMA, J.L. y RODRIGO, J. (eds.), *Culturas y políticas de la violencia. España siglo XX*, Siete Mares, Madrid, 2005, pp. 101-146.

--------, "The symbolism of violence during the Second Republic in Spain, 1931-1936" en EALHAM, C. y RICHARDS, M. (eds.), *The Splintering of Spain Cultural History and the Spanish Civil War. 1936-1939*, Cambridge University Press, Cambridge, 2005, pp. 23-44.

--------, "La violencia y sus discursos: los límites de la «fascistización» de la derecha española durante el régimen de la II República", *Ayer*, n.º 71 (2008), pp. 85-116.

--------, *Rebelión en las aulas. Movilización y protesta estudiantil en la España contemporánea. 1865-2008*, Alianza Editorial, Madrid, 2009.

--------, "Experiencia en combate: continuidad y cambios en la violencia represiva (1931-1939)", *Ayer*, n.º 76 (2009), pp. 36-64.

--------, *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936*, Alianza Editorial, Madrid, 2011.

--------, "La necro-lógica de la violencia socio-política en la primavera de 1936", *Malanges de la Casa de Velázquez*, n.º 41 (2011), pp. 37-60.

--------, "La radicalización de las derechas" en VIÑAS, Á. (ed.), *Los mitos del 18 de julio*, Crítica, Barcelona, 2013, pp. 221-238.

--------, *En nombre de la autoridad. Defensa del orden público durante la Segunda República Española (1931-1936)*, Comares, Granada, 2014.

--------, *Cifras cruentas. Las víctimas mortales de la violencia socio-política en la Segunda República española (1931-1936)*, Comares, Granada, 2015.

--------, "Los pistoleros azules. Milicias fascistas y violencia política en la Segunda República española".

GONZÁLEZ CALLEJA, E. y AROSTEGUI, J., "La tradición recuperada: el Requeté Carlista y la insurrección", *Historia Contemporánea* n.º 11 (1994), pp. 29-53.

GONZÁLEZ CAMPO, M., *Un voluntario noruego en la guerra civil española*, SND Editores, Madrid, 2020.

GONZÁLEZ CUEVAS, P.C., "El sable y la flor de lis. Los monárquicos contra la República" en DEL REY, F. (ed.), *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República*, Tecnos, Madrid, 2011, pp. 419-479.

--------, "La trayectoria de un recién llegado. El fracaso del fascismo español" en DEL REY, F. (ed.), *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República*, Tecnos, Madrid, 2011, pp. 480-520.

GONZÁLEZ DURO, E., *Las rapadas. El franquismo contra la mujer*, Siglo XXI, Madrid, 2012.

GONZÁLEZ EGIDO, L., *Agonizar en Salamanca. Unamuno (julio-diciembre 1936)*, Alianza, Madrid, 1986.

GONZÁLEZ VÁZQUEZ, S., "El origen de Falange Española en la Palma (1933-1936)", *Revista de Estudios Generales de la Isla de La Palma*, n.º 2 (2006), pp. 111-130.

GOTTLIEB, J., "Body Fascism in Britain: Building the Blackshirt in the Inter-War Period", *Contemporary European History*, vol. 20, n.º 2 (mayo 2011), pp. 111-136.

GRACIA, J., “Fascismo y literatura o el esquema de una inmadurez” en GALLEGO, F. y MORENTE F. (eds.), *Fascismo en España*, El Viejo Topo, España, 2005, pp. 109-132.

GRAHAM, H., *Breve historia de la guerra civil*, Madrid, Espasa Calpe, 2006.

GRANDÍO SEOANE, E., “Golpe de Estado y represión franquista en la provincia de A Coruña: «¿Qué pasa con Coruña?»” en DE JUANA, J. y PRADA, J. (eds.), *Lo que han hecho en Galicia. Violencia política, represión y exilio (1936-1939)*, crítica, Barcelona, 2006, pp. 19-58.

GRÜTTNER, M., “La Primera Guerra Mundial y el nacimiento del Nacionalsocialismo” en de MORENTE, F. y RODRIGO, J. (eds.), *Tierras de nadie. La Primera Guerra Mundial y sus consecuencias*, Comares, Granada, 2014, pp. 135-153.

HERNÁNDEZ BURGOS, C., “De la cultura de guerra a la cultura de la victoria: los vencedores y la construcción de la dictadura franquista (1936-1951)”, *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 15 (2016), pp. 123-148.

HORNE, J., “Defending the Victory: Paramilitary Politics in France, 1918-1926. A Counter-example” en GERWARTH, R., HORNE, J. (eds.), *War in peace: paramilitary violence in Europe after the Great War*, Oxford University Press, Oxford, 2012, pp. 216-233.

IGLESIAS AMORÍN, A., “La cultura africanista en el Ejército español (1909-1975)”, *Pasado y memoria*, n.º 15 (2016), pp. 99-122.

JENKINS, B. y MILLINGTON, C., “War, revolution and depression: the *six février* in historical context” en JENKINS, B. y MILLINGTON, C. (eds.), *France and Fascism. February 1934 and the dynamics of political crisis*, Routledge, Nueva York, 2015.

JEREZ RIESCO, J.L., *Falange imperial (Crónica de la Falange Toledana)*, Colección Fulgor, Madrid, 1998.

--------, *La Falange del silencio. Escritos, discursos y publicaciones del II Jefe Nacional de Falange*, Barbarroja, Madrid, 1999.

--------, *José Antonio, fascista*, Ediciones Nueva República, Molins de Rei, 2003.

--------, *Elegidos para la gloria: Palmas de Plata de la Falange*, Barcelona, Nueva República, 2003.

--------, *El Madrid de la Falange*, San Sebastián de los Reyes, Actas, 2006.

--------, *La Falange en la cuna de los conquistadores: historia de la Falange Española en Extremadura*, Nueva República, Molins de Rei, 2013.

--------, *Barras y flechas: historia de la Falange Española en Cataluña*, Ediciones Fides, Torredembarra, 2014.

--------, *Los Hijos del trueno: historia de la Falange en Galicia*, Ediciones Fides, Madrid, 2018.

--------, *Historia gráfica de la Falange*, San Sebastián de los Reyes, Actas, 2018.

--------, *Eduardo Ezquer. “El rebelde indómito de la Falange”*, Ediciones Fides, Torredembarra, 2019.

--------, *La Falange en tierra de dragones: historia de Falange Española de Aragón*, Ediciones Fides, Torredembarra, 2022.

JIMÉNEZ CAMPO, J., *El fascismo en la crisis de la II República española*, CIS, Madrid, 1979.

JOLY, M., “Violencias sexuales en la guerra española: paradigma para una construcción social del conflicto”, *Historia Social*, n.º 61 (2008), pp. 89-107.

JONES, M., “Alemania 1918-1919: la revolución de la violencia”, *Pasado y Memoria*, n.º 15 (2016), pp. 43-72.

JONES, N., *Hitler’s Heralds: The Story of the Freikorps, 1918-1923*, Lume Books, Londres, 1987.

JULIÁ, S., *Historias de las dos Españas*, Taurus, Madrid, 2003.

KALMAN, S., *The extreme right in interwar France. The Faisceau and the Croix de Feu*, Routledge, Nueva York, 2008.

KEENE, J., *Luchando por Franco. Voluntarios europeos al servicio de la España fascista, 1936-1939*, Salvat, Barcelona, 2002.

KRAMER, A., *Dynamic of Destruction. Culture and Mass Killing in the First World War*, Oxford University Press, Cambridge, 2007.

LAZO DÍAZ, A., *Historias falangistas del sur de España: una teoría sobre vasos comunicantes*, Valencina de la Concepción, Sevilla, 2015.

--------, *Retrato de fascismo rural en Sevilla*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 2017.

LAZO DÍAZ, A. y PAREJO FERNÁNDEZ, J.A., “La militancia falangista en el suroeste español. Sevilla”, *Ayer*, n.º 52 (2003), pp. 237-253.

LEDESMA, J.L., “«La santa ira popular” del 36: La violencia en guerra civil y revolución, entre cultura y política” en MUÑOZ, J, LEDESMA, J.L. y RODRIGO, J. (eds.), *Culturas y políticas de la violencia. España siglo XX*, Siete Mares, Madrid, 2005, pp. 147-192.

--------, “Qué violencia para qué retaguardia o la república en guerra de 1936”, *Ayer*, n.º 76 (2009), pp. 83-114.

LEDESMA, J.L. y RODRIGO, J., “Caídos por España, mártires de la libertad. Víctimas y conmemoración de la Guerra Civil en la España posbélica (1939-2006)”, *Ayer* n.º 63 (2006), pp. 233-255.

LEIRA CASTIÑEIRA, F.J., “La identidad política del ejército sublevado. Propaganda y medidas de encuadramiento dirigidas a su contingente bélico”, *Congreso Identidades fascistas. Fascistización y desfascistización en España*, Universitat Autònoma de Barcelona, 11 y 12 de abril de 2013, pp. 15-28.

--------, “Los «soldados de Franco». Entre la movilización ciudadana y el reclutamiento militar obligatorio, Galicia, 1936-1939”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, vol. 2 n.º 111 (2013), pp. 16-42.

--------, “Movilización militar y experiencia de guerra civil. Las actitudes sociales de los soldados del ejército sublevado” en FERNÁNDEZ PRIETO, L. y ARTIAGA, A. (eds.), *Otras miradas sobre el golpe, guerra y dictadura. Historia para un pasado incómodo*, Catarata, Madrid, 2014, pp. 150-178.

--------, *La socialización de los soldados del ejército sublevado (1936-1945). Su papel en la consolidación del Régimen franquista*, Tesis Doctoral inédita, Universidad de Santiago de Compostela, 2018.

--------, “Los «soldados de Franco»: experiencias, memorias e identidades complejas” en ALEGRE, D., ALONSO, M. y RODRIGO, J (eds.), *Europa desgarrada. Guerra, ocupación y violencia, 1900-1950*, Prensas de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2018, pp. 245-279.

--------, *Soldados de Franco. Reclutamiento forzoso, experiencia de guerra y desmovilización militar*, Siglo XXI, Madrid, 2020.

--------, *Los nadies de la guerra de España*, Akal, Madrid, 2022.

LEIRA CASTIÑEIRA, F.J. y DOMÍNGUEZ-ALMANSA, A., “Reclutados para ganar. Movilización y respuesta de «los soldados de Franco»”*, Ayer*, n.º 111 (2018), pp. 79-107.

LÓPEZ VILLATORO, F., *Los inicios del franquismo en Córdova*, Universidad de Córdova, Córdova, 2003.

MALEFAKIS, E. (ed.), *La guerra civil española*, Taurus, Madrid, 2006.

MARCO, J., *Paraísos en el infierno. Drogas y guerra civil española*, Comares Historia, Granada, 2021.

--------, “Rethinking the Postwar Period in Spain: Violence and Irregular Civil War, 1939-1952”, *Journal of Contemporary History*, vol. 55, n.º 3 (2020), pp. 492-513.

--------, “De la guerra grande a la guerra chica. Guerra civil irregular y lógicas de la violencia contrainsurgente en España, 1939-1952” en RODRIGO, J. (ed.), *Posguerras civiles europeas, 1939-1950: una historia comparada*, Marcial Pons, Madrid, 2023, pp. 25-54.

MARTÍNEZ LACABE, E., “La unión imposible: Carlistas y Falangistas en Navarra durante la Guerra Civil”, *Huarte de San Juan. Geografía e Historia*, n.º 1 (1994), pp. 343-364.

MATTHEWS, J., *Reluctant Warriors. Republican Popular Army and Nationalist Army Conscripts in the Spanish Civil War, 1936-1939*, Oxford University Press, Oxford, 2012.

--------, “Comisarios y capellanes en la Guerra Civil española, 1936-1939. Una mirada comparativa”, *Ayer*, n.º 94 (2014), pp. 175-199.

--------, “Los soldados de a pie de las dos Españas: el servicio militar obligatorio en la guerra civil española” en MATTHEWS, J. (ed.), *España en guerra. Sociedad, cultura y movilización bélica 1936-1944*, Alianza Editorial, Madrid, 2021, pp. 93-118.

MILLARES CANTERO, S., “Los falangistas canarios en el frente de Toledo: de idealistas convencidos a asesinos en masa” en ALÍA MIRANDA, F. y DEL VALLE CALZADO, A.R. (eds.), *La Guerra Civil en Castilla-La Mancha 70 años después*, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 2008, pp. 479-502.

MILLARES CANTERO, A. y PAISER MEDINA, M., *Doctor Monasterio: (1909-1936): un joven isleño asesinado por falangistas*, Llibres de l’Anacrònica, Barcelona, 2016.

MINGUEZ GOYANES, J.L., *Onésimo Redondo. 1905-1936*, Editorial San Martín, Madrid, 1990.

MOA, P., *El derrumbe de la segunda república y la guerra civil*, Ediciones Encuentro S.A., Madrid, 2009.

MONCADA LORÉN, M., “Queipo de Llano: terrorismo radiofónico al servicio de Franco”, *National Geografic*, 3 de noviembre de 2022.

MONTERO, J.R., “Entre la radicalización antidemocrática y el fascismo: las Juventudes de Acción Popular”, *Studia Historica*, n.º 5 (1987), pp. 47-64.

MORADIELLOS, E., *1936: los mitos de la Guerra Civil*, Península, Barcelona, 2004.

MORALES, G., *Falangistas contra el Caudillo*, Sepha, Málaga, 2007.

MORENO GÓMEZ, F., “Franco y los crímenes internacionales. Calificación histórica y jurídica sobre la catástrofe humanitaria causada por el Franquismo” en REIG TAPIA, A. y JOSEP SÁNCHEZ CERVELLÓ (eds.), *La Guerra Civil Española, 80 años después. Un conflicto internacional y una fractura cultural*, Tecnos, Madrid, 2019.

MORENTE, F., “Hijos de un Dios menor. La Falange después de José Antonio” en GALLEGO, F. y MORENTE, F. (eds.), *Fascismo en España. Ensayos sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo*, El Viejo Topo, España, 2005, pp. 211-250.

--------, *Dionisio Ridruejo. Del fascismo al antifranquismo*, Editorial Síntesis, Madrid, 2006.

--------, "Los estudiantes nazis en la República de Weimar. Tradición, modernidad, fascistización" en COBO ROMERO, F. y DEL ARCO BLANCO, M. (eds.), *Fascismo y modernismo. Política y cultura en la Europa de entreguerras (1918-1945)*, Comares Historia, Granada, 2016, pp. 61-76.

--------, "Estudiantes contra la República. El Sindicato Español Universitario ante el espejo europeo" en MORENTE, F., POMÉS J. y PUIGSECH, J. (eds.), *La rabia y la idea. Política e identidad en la España republicana (1931-1936)*, Prensas de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2016, pp. 261-288.

MOSSE, G.L., "Two Worlds Wars and the Myth of the War Experience", *Journal of Contemporary history*, nº 21 (1986), pp. 491-513.

--------, *Soldados caídos. La transformación de la memoria de las guerras mundiales*, Prensas de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2016.

--------, *La nacionalización de las masas*, Marcial Pons, Madrid, 2019.

MUÑOZ BOLAÑOS, R., "Escuadras de la muerte: militares, Falange y terrorismo en la II República", *Amnis*, n.º 17 (2018), pp. 1-11.

NARANJO SANGUINO, M. Á., "La Milicia Nacional de Almendralejo", *Revista de Estudios Extremeños*, tomo 72, n.º 1 (2016), pp. 639-684.

NAVARRO NAVARRO, J., "La calle rojinegra. Anarcosindicalismo, rituales de movilización y símbolos en el espacio público (1931-1936)", *Pasado y Memoria*, n.º 13 (2014), pp. 141-172.

NEWMAN, J.P., "Post-imperial and Post-war Violence in the South Slav Lands, 1917-1923", *Contemporary European History*, vol. 19, nº 3 (2010), pp. 249-265.

--------, "The Origins, Attributes, and Legacies of Paramilitary Violence in the Balkans" en GERWARTH, R., HORNE, J. (eds.), *War in peace: paramilitary violence in Europe after the Great War*, Oxford University Press, Oxford, 2012, pp. 145-163.

NORLING, E., *La Falange obrera. Apuntes para la historia de la década revolucionaria del nacional-sindicalismo (1931-1941)*, Ediciones Nueva República, Molins de Rei, 2009.

NÚÑEZ SEIXAS, X.M., "El fascismo en Galicia. El caso de Ourense (1931-1936)", *Historia y Fuente Oral*, vol. 2, n.º 10 (1993), pp. 143-174.

--------, "Nations in arms against the invader: on nationalist discourses during the Spanish civil war" en EALHAM, C. y RICHARDS, M. (eds.), *The Splintering of Spain Cultural History and the Spanish Civil War. 1936-1939*, Cambridge University Press, Cambridge, 2005, pp. 45-67.

--------, *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica en la guerra civil española (1936-1939)*, Madrid, Marcial Pons, 2006.

--------, Fighting for Spain? en BAUMEISTER, M. y SCHÜLER-SPRINGORUM, S. (eds.), *"If you tolerate this…" The Spanish Civil War in the Age of Total War*, Campus, Frankfurt, 2008, pp. 47-73.

--------, "Ni rota ni roja: el peligro separatista y la invocación a la nación en el golpe de Estado de julio de 1936" en VIÑAS, A. (ed.), *Los mitos del 18 de julio*, Crítica, Barcelona, 2013, pp. 259-274.

ORTIZ VILLALBA, J., *Sevilla. 1936*, s.n., s.l., 1997.

PALOMARES IBÁÑEZ, J. M., *La guerra civil en la ciudad de Valladolid. Entusiasmo y represión en la "«capital del alzamiento"*, Ayuntamiento de Valladolid, Valladolid, 2001.

PAREJO FERNÁNDEZ, J.A., *"*De puños y pistolas. Violencia falangista y violencias fascistas*"*, *Ayer*, n.º 88 (2004), pp. 125-145.

--------, "Falangistas en Marchena. Estudio sociológico de un pasado desconocido (1934-1942), *Actas de las IX Jornadas sobre historia de Marchena. Marchena en el siglo XX (2)*, 2005, pp. 7-40.

--------, "La Primera Línea de la Falange contra la República", *Historia Contemporánea*, n.º 18 (2006), pp. 207-223.

--------, *La Falange en la Sierra Norte de Sevilla (1934-1956)*, Universidad de Sevilla-Ateneo de Sevilla, Sevilla, 2007.

--------, *Señoritos, jornaleros y falangistas*, Bosque de palabras, Sevilla, 2008.

--------, *Las piezas perdidas de la Falange: el sur de España,* Universidad de Sevilla, Sevilla, 2008.

--------, "Falangistas y Requetés: historia de una absorción violenta", *Ayeres en discusión: temas clave de Historia Contemporánea hoy. IX Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea* (2008), pp. 1-19.

--------, "La mutación falangista (1934-1936)" en ÁLVAREZ TARDÍO, M. y DEL REY, F. (eds.), *El laberinto republicano. La democracia española y sus enemigos (1931-1936)*, RBA, Barcelona, 2012, pp. 219-248.

--------, "Cuando fueron jóvenes… y fascistas" en DEL REY, F. y ÁLVAREZ TARDÍO, M. (eds.), *Políticas del odio: violencia y crisis de las democracias en el mundo de entreguerras*, Tecnos, Madrid, 2017, pp. 167-232.

PARÍS MARTÍN, Á., "Armar al pueblo en defensa del rey: las milicias contrarrevolucionarias y realistas en Europa (1789-1830)", *Rubrica Contemporánea*, vol. 9, n.º 18 (2020), pp. 23-51.

PAXTON, R.O., *Anatomía del fascismo*, Ediciones Península, Barcelona, 2005.

PAYNE, S.G., *Falange. Historia del fascismo español*, Ediciones Ruedo Ibérico, Bordeaux, 1965.

--------, "Political Violence during the Second Spanish Republic", *Journal of Contemporary History*, vol. 25 (1990), pp. 269-288.

PEÑALBA, M., *Falange Española: historia de un fracaso (1933-1945)*, EUNSA, Pamplona, 2009.

--------, *Entre la boina roja y la camisa azul. La integración del carlismo en Falange Española Tradicionalista de las JONS (1936-1942)*, Publicaciones Gobierno Foral de Navarra, Pamplona, 2014.

--------, "Boinas rojas, camisas azules: las milicias *nacionales* en la guerra civil española" en MATTHEWS, J. (ed.), *España en guerra. Sociedad, cultura y movilización bélica 1936-1944*, Alianza Editorial, Madrid, 2021, pp. 65-90.

PEREIRA, D., "Persecución económica y profesional (1936-1940)" en FERNÁNDEZ PRIETO, L. y LEIRA CASTIÑEIRA, F.J., (eds.), *Galicia, un golpe sin cuartel, una guerra sin trincheras. La construcción sociopolítica de la dictadura franquista (1936-1960)*, Publicacions de la Universitat de València, Valencia, 2023, pp. 229-248.

PÉREZ GARCÍA, M. P. A., *Palabras en azul. Aportes para un diccionario falangista*, Ediciones Barbarroja, Madrid, 2011.

PÉREZ GARZÓN, J.S., *Milicia Nacional y revolución burguesa*, CSIC, Madrid, 1978.

PÍRIZ, C., *En zona roja. La Quinta Columna en la guerra civil española (1936-1941)*, Editorial Comares, Granada, 2022.

PONS PRADES, E., *Las escuadras de la muerte. La represión de los sublevados*, Flor de Viento, Barcelona, 2006.

PRADA RODRÍGUEZ, J., "Orden público, represión y terror blanco. Las milicias de la 2ª Línea y el control de la retaguardia (Ourense, 1936-1939)", *El franquismo: el régimen y la oposición. Actas de las IV Jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación de archivos, ANABAD*, Guadalajara, 2000, vol. II, pp. 635-650.

--------, " Ya somos todos uno". La unificación de las milicias en la retaguardia franquista: el caso orensano", *Segon Congrés Recerques Enfrontaments civils: Postguerres i reconstruccions*, Lleida, 10-12 de abril de 2002.

--------, "Que jamás la sangre derramada sirva para florecer partidos políticos. El nacimiento de FET y de las JONS en Ourense", *Espacio, Tiempo y Forma Serie V, H. Contemporánea,* n.º 15, (2002), pp. 421-454.

--------, "Memoria 'Da longa noite de pedra'. La represión franquista en Ourense (1936-1939)", *Historia Actual Online*, 2004, pp. 127-139.

--------, "Golpe de Estado y represión franquista en la provincia de Ourense" en DE JUANA, J. y PRADA RODRÍGUEZ, J. (eds.), *Lo que han hecho en Galicia. Violencia política, represión y exilio (1936-1939)*, crítica, Barcelona, 2006, pp. 97-134.

--------, *La España masacrada. La represión franquista de guerra y posguerra*, Alianza, Madrid, 2010.

--------, "Las milicias de segunda línea en la retaguardia franquista: el caso de Galicia", *Cuadernos de Historia contemporánea*, n.º 33 (2011), pp. 255-273.

--------, "Género y represión" en FERNÁNDEZ PRIETO, L. y LEIRA CASTIÑEIRA, F.J., (eds.), *Galicia, un golpe sin cuartel, una guerra sin trincheras. La construcción sociopolítica de la dictadura franquista (1936-1960)*, Publicacions de la Universitat de València, Valencia, 2023, pp. 189-206.

PRESTON, P., *La destrucción de la democracia en España: reforma, reacción y revolución en la Segunda República*, Alianza, Madrid, 1987.

--------, *Franco. Caudillo de España*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1994.

--------, "Los esclavos, las alcantarillas y el capitán Aguilera. Racismo, colonialismo y machismo en la mentalidad del cuerpo de oficiales nacionales" en MUÑOZ, J, LEDESMA, J.L. y RODRIGO, J. (eds.), *Culturas y políticas de la violencia. España siglo XX*, Siete Mares, Madrid, 2005, pp. 193-230.

--------, *El holocausto español. Odio y exterminio en la guerra civil y después,* Debate, Barcelona, 2011.

--------, *La guerra civil española*, Debate, Barcelona, 2016.

--------, "El uso del terror contra Civiles en la guerra civil" en REIG TAPIA, A. y JOSEP SÁNCHEZ CERVELLÓ (eds.), *La Guerra Civil Española, 80 años después. Un conflicto internacional y una fractura cultural*, Tecnos, Madrid, 2019, pp. 27-39.

PRIORELLI, G., "The fight against the 'anti-nation' as a historical mission: the delegitimization of the enemy in Italia Fascism and Spanish Fascism", *História: Debates e Tendências*, vol. 18, n.º 3 (2018), pp. 449-463.

--------, *Italian Fascism and Spanish Falangism in Comparison. Constructing the Nation*, Palgrave Macmillan, Londres, 2020.

PROST, A., “The Impact of the War on French and German Political Cultures”, *The Historical Journal*, vol. 37, n.º 1 (marzo 1994), pp. 209-217.

PUBILL BRUGUÉS, J., *Mort a la modernitat. La trajectòria inconformista de Georges Valois: de la crisi finisecular al feixisme, 1978-1928*. Tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona, 2020.

PUELL DE LA VILLA, F., “La trama militar de la conspiración” en VIÑAS, A. (ed.), *Los mitos del 18 de julio*, Crítica, Barcelona, 2013, pp. 55-78.

PURCET GREGORI, A., *La reacció dels estudiants. Feixisme, joves i món universitari durant la II República espanyola (1931-1936),* Tesis doctoral inédita, Universitat Autònoma de Barcelona, 2010.

--------, “Juntos y revueltos. El S.E.U. y las asociaciones derechistas en el proceso constitutivo del fascismo universitario en los años treinta” en NAVAJAS ZUBELDÍA, C. e ITURRIAGA BARCO, D. (eds.), *Novísima. Actas del II Congreso Internacional de Historia de Nuestro Tiempo*, Universidad de La Rioja, Logroño, 2010, pp. 245-260.

--------, “Juventudes de muerte española. El discurso sobre la violencia en Ramiro Ledesma Ramos y José Antonio Primo de Rivera” en GALLEGO, F. y MORENTE, F. (eds.), *Rebeldes y reaccionarios. Intelectuales, fascismo y derecha radical en Europa*, El Viejo Topo, España, 2011, pp. 135-156.

QUIROGA, A., *Miguel Primo de Rivera. Dictadura, populismo y nación*, Crítica, Barcelona, 2022.

RAGUER, H., *La pólvora y el incienso. La Iglesia y la Guerra Civil española (1936-1939)*, Península, Barcelona, 2001.

--------, “«España ha dejado de ser católica». La Iglesia y el «Alzamiento» en VIÑAS, A. (ed.), *Los mitos del 18 de julio*, Crítica, Barcelona, 2013, pp. 239-258.

RANZATO, G., “Guerra Civil y guerra total en el siglo XX”, *Ayer*, n.º 55 (2004), pp. 127-148.

--------, *El eclipse de la democracia. La guerra civil española y sus orígenes, 1931-1939*, Siglo XXI, Madrid, 2006.

REDONDO, L. y DE ZABALA, J., *El Requeté (La Tradición no muere)*, Editorial AHR, Barcelona, 1957.

REICHARDT, S., “Violence and Community: A Micro-Study on Nazi Storm Troopers”, *Central European History*, vol. 46, n.º 2 (2013), pp. 275-297.

--------, “Fascist Communities of Action and Violence: A Praxeological Approach”, en IOARDACHI, C. y KALLIS, A. (eds.), *Beyond the Fascist Century*, Palgrave Macmillan, Suiza, 2020, pp. 51-72.

REIG TAPIA, A., *Ideología e Historia. Sobre la represión franquista y la guerra civil*, Akal, Madrid, 1986.

--------, *Violencia y terror. Estudios sobre la guerra civil española*, Akal, Madrid, 1990.

RINA SIMÓN, C., “Rituales de pasión, muerte y resurrección. La religiosidad popular y la legitimidad sagrada del franquismo” en COBO ROMERO, F., HERNÁNDEZ BURGOS, C. y DEL ARCO BLANCO, M. (eds.), *Fascismo y modernismo. Política y cultura en la Europa de entreguerras (1918-1945)*, Comares Historia, Granada, 2016, pp. 171-184.

ROCA VERNET, J., “La milicia nacional o la ciudadanía armada. El contrapoder revolucionario frente al liberalismo institucional”, *Bulletin de Histoire Contemporanie de l’Espagne*, n.º 54 (2020).

RODRIGO, J., *Cautivos. Campos de concentración en la España franquista, 1936-1947*. Crítica, Barcelona, 2005.

--------, *Hasta la raíz. Violencia durante la guerra civil y la dictadura franquista*, Alianza, Madrid, 2008.

--------, "Our Fatherland was Full of Weeds". Violence during the Spanish Civil War and the Franco Dictatorship" en BAUMEISTER, M. y SCHÜLER-SPRINGORUM, S. (eds.), *"If you tolerate this…" The Spanish Civil War in the Age of Total War*, Campus, Frankfurt, 2008, pp. 135-153.

--------, "Presentación. Retaguardia: un espacio de transformación", *Ayer*, n.º 76 (2009), pp. 13-36.

--------, "Continente cementerio. Fascismo, heterofobia y violencia en Europa, 1914-1945", *Ayer*, n.º 74 (2009), pp. 243-261.

--------, "España era una patria enferma. La violencia de la Guerra Civil y su legitimación en la extrema derecha española: entre historia, representación y revisionismo", *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, n.º 84 (2009), pp. 189-230.

--------, "Violencia y fascistización en la España sublevada" en MORENTE, F. (ed.), *España en la crisis europea de entreguerras. República, fascismo y Guerra Civil*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2012, pp. 79-95.

--------, "Fascism and Violence in Spain: a comparative update", *International Journal of Iberian Studies*, vol. 25, n.º 3 (2012), pp. 183-199.

--------, *Cruzada, paz, memoria. La guerra civil en sus relatos*, Granada, Editorial Comares, 2013.

--------, "A este lado del bisturí. Guerra, fascistización y cultura falangista" en RUIZ CARNICER, M.A. (ed.), *Falange: las culturas políticas del fascismo en la España de Franco, 1936-1975*, Institución "«Fernando el Católico", Zaragoza, 2013, pp. 143-167.

--------, "Guerra al civil. La España de 1936 y las guerras Civiles europeas (1917-1949)" en RODRIGO, J. (ed.), *Políticas de la violencia. Europa, siglo XX*, PUZ, Zaragoza, 2014, pp. 145-190.

--------, "Furia e Historia. Una aproximación a los relatos de las guerras civiles europeas (1919-49)", *Amnis*, n.º 14 (2015).

--------, *La guerra fascista. Italia en la Guerra Civil española, 1936-1939,* Alianza, Madrid, 2016.

--------, "El combate y la obediencia. Reevaluando las guerras de Mussolini" en COBO ROMERO, F. (ed.), *Fascismo y Modernismo. Política y cultura en la Europa de entreguerras (1918-1945)*, Comares, Granada, 2016, pp. 123-136.

--------, "Sobre las ruinas del mundo. Guerra Civil y guerra total en Europa (1918-1949)" en ALEGRE, D., ALONSO, M. y RODRIGO, J. (eds.), *Europa desgarrada. Guerra, ocupación y violencia 1900-1950*, Prensas de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2018, pp. 81-113.

--------, "Introducción. Cómo desmantelar una guerra civil: miradas comparadas sobre las posguerras civiles del siglo XX" en RODRIGO, J. (ed.), *Posguerras civiles europeas, 1939-1950: una historia comparada*, Marcial Pons, Madrid, 2023, pp. 13-22.

RODRIGO, J. y ALEGRE, D., *Comunidades rotas. Una historia global de las guerras Civiles, 1917-2017*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2019.

RODRIGO, J, y FUENTES, M., *Ellos, los fascistas. La banalización del fascismo y la crisis de la democracia*, Deusto, Barcelona, 2022.

RODRIGUEZ CENIZO, J.F., “Los primeros meses de la Guerra Civil en Paradas. La actuación de Falange Española de las JONS en Paradas” en NAVAJAS ZUBELDIA, C. e ITURRIAGA BARCO, D. (eds.), *Coetánea*, Universidad de La Rioja, Logroño, 2012, pp. 237-250.

RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, A., “De la unidad antifascista a la lucha armada: el movimiento guerrillero en Galicia” en FERNÁNDEZ PRIETO, L. y LEIRA CASTIÑEIRA, F.J. (eds.), *Galicia, un golpe sin cuartel, una guerra sin trincheras. La construcción sociopolítica de la dictadura franquista (1936-1960)*, Publicacions Universitat de Valencia, Valencia, 2023, pp. 399-414.

RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J.L., *La extrema derecha española en el siglo XX*, Alianza, Madrid, 1997.

--------, *Historia de Falange Española de las JONS*, Alianza Editorial, Madrid, 2000.

RODRÍGUEZ TEIJEIRO, D., “Los espacios de reclusión en Galicia. Prisiones y campos de concentración” en DE JUANA, J. y PRADA, J. (eds.), *Lo que han hecho en Galicia. Violencia política, represión y exilio (1936-1939)*, crítica, Barcelona, 2006, pp. 187-238.

--------, “Espacios de reclusión: cárceles, campos de concentración y explotación laboral” en FERNÁNDEZ PRIETO, L. y LEIRA CASTIÑEIRA, F.J., (eds.), *Galicia, un golpe sin cuartel, una guerra sin trincheras. La construcción sociopolítica de la dictadura franquista (1936-1960)*, Publicacions de la Universitat de València, Valencia, 2023, pp. 207-229.

ROSENHAFT, E., “Guerra callejera” en RICHARD, L. (ed.), *Berlín 1919-1933. Gigantismo, crisis social y vanguardia: la máxima encarnación de la modernidad*, Alianza Editorial, Madrid, 1993, pp. 209-222.

RUIZ ALONSO, J. M.ª, *La Guerra Civil en la provincia de Toledo. Utopía, conflicto y poder en el sur del Tajo (1936-39)*, Biblioteca Añil, Ciudad Real, 2004.

RUIZ LLANO, G., *Álava. Una provincia en pie de guerra. Voluntariado y movilización durante la Guerra Civil*, Ediciones Beta III Milenio, Bilbao, 2016.

--------, “El Somatén y la Unión Patriótica en Álava (1923-1930)”, *Historia Contemporánea*, n.º 68 (2022), pp. 115-137.

SAGARRA, P., GONZÁLEZ, O. y MOLINA, L., *Grandes batallas de la Guerra Civil Española. 1936-1939. Los combates que marcaron el desarrollo del conflicto*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2016.

SALOMÓN, P., “La defensa del orden social: fascismo y religión en Huesca” en CASANOVA, J. (ed.), *El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón (1936-1939),* Siglo XXI, Madrid, 1992.

SÁNCHEZ DIANA, J.M., *Cabeza de puente. Diario de un soldado de Hitler*, García Hispán Editor, Alicante, 1990.

SAZ CAMPOS, I., *Mussolini contra la II República*, Alfons el Magnànim, Valencia, 1986.

--------, “Paradojas de la historia, paradojas de la historiografía. Las peripecias del fascismo español”, *Hispania*, n.º 207 (2001), pp. 143-175.

--------, *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Marcial Pons, Madrid, 2003.

--------, “Política en zona nacionalista: la configuración de un régimen”, *Ayer* n.º 50 (2003), pp. 55-83.

--------, *Fascismo y franquismo*, PUV, Valencia, 2004.

SCHIVELBUSCH, W., *The Culture of Defeat: On National Trauma, Mourning, and Recovery*, Granta Books, Londres, 2003.

SEIDMAN, M., *La victoria nacional: la eficacia contrarrevolucionaria en la Guerra Civil,* Alianza Editorial, Madrid, 2012.

SEPÚLVEDA LOSA, R.M., "La primavera conflictiva de 1936 en Albacete", *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 2 (2003), pp. 1-53.

--------, "La conspiración y la sublevación militar de julio de 1936 en Albacete" en ALÍA MIRANDA, F. y DEL VALLE CALZADO, A.R. (eds.), *La Guerra Civil en Castilla-La Mancha 70 años después*, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 2008, pp. 371-389.

SERRANO, S., *Maquis. Historia de la guerrilla antifranquista*, Booket, Barcelona, 2002.

SEVILLANO CALERO, F., *La Guerra Civil en Albacete: rebelión militar y justicia popular (1936-1939)*, Textos Universitaris, Alicante, 1995.

--------, *Exterminio. El terror con Franco*, Madrid, Oberón, 2004.

--------, *Rojos. La representación del enemigo en la guerra civil*, Alianza Editorial, Madrid, 2007.

--------, "La política del "combatismo" en el "Nuevo Estado": Discurso, protección y encuadramiento del excombatiente en la posguerra española (1939-1941)", *Historia Social*, n.º 74 (2012), pp. 43-63.

--------, "Guerra y nación: imágenes del enemigo y movilización patriótica en la guerra civil española", *El Argonauta Español*, n.º 12 (2015).

--------, "Caídos por Dios y por España. El culto a la muerte en la fundación de la dictadura franquista", *Historia Contemporánea* n.º 55 (2016), pp. 609-635.

--------, *La Europa de entreguerras: el orden trastocado*, Síntesis, Madrid, 2020.

SOUTHWORTH, H.R., *Antifalange: estudio crítico de Falange en la guerra de España: la Unificación y Hedilla*, Ruedo Ibérico, Bordeaux, 1967.

SOUTO BLANCO, M. J., "Golpe de Estado y represión franquista en la provincia de Lugo" en DE JUANA, J. y PRADA, J. (eds.), *Lo que han hecho en Galicia. Violencia política, represión y exilio (1936-1939)*, crítica, Barcelona, 2006, pp. 59-96.

SOUTO KUSTRÍN, S., "El mundo ha llegado a ser consciente de su juventud como nunca antes: Juventud y movilización política en la Europa de entreguerras" en MARÍN, M. (ed.), "Jóvenes en la historia", *Mélangenes de la Casa de Velázquez*, n.º 34-1 (2004).

--------, "Entre el Parlamento y la calle: políticas gubernamentales y organizaciones juveniles en la Segunda República", *Ayer*, n.º 59 (2005), pp. 97-122.

--------, "Jóvenes, marxistas y revolucionarios" en DEL REY, F. y ÁLVAREZ TARDÍO, M. (eds.), *Políticas del odio: violencia y crisis de las democracias en el mundo de entreguerras*, Tecnos, Madrid, 2017, pp. 115-166.

--------, "Violencia política, organizaciones paramilitares y democracia en el periodo de entreguerras", *Rúbrica Contemporánea*, vol. 9, n.º 18 (2020), pp. 75-89.

THEWELEIT, K., *Male Fantasies, Volume I: Women, Flood, Bodies, History*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 2007.

THOMAS, H., *La Guerra Civil Española.* (Volúmenes I y II)*,* Grijalbo Mondadori, Barcelona, 1976.

THOMÀS, J. M., *José Mª Fontana Tarrats, biografia política d'un franquista català*, Edicions del Centre de Lectura, Reus, 1997.

--------, *Lo que fue la Falange. La Falange y los falangistas de José Antonio, Hedilla y la Unificación. Franco y el fin de la Falange Española de las JONS*, Plaza Janés, Barcelona, 1999.

--------, *La Falange de Franco. El proyecto fascista del Régimen*, Plaza Janés, Barcelona, 2001.

--------, *Feixistes! Viatge a l'interior del falangisme català*, L'esfera dels llibres, Barcelona, 2008.

--------, *Los fascismos españoles*, Planeta, Barcelona, 2011.

--------, "La unificación: coyuntura y proyecto de futuro" en RUIZ CARNICER, M.A. (ed.), *Falange: las culturas políticas del fascismo en la España de Franco, 1936-1975*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 2013, pp. 169-177.

--------, *El gran golpe: el "caso Hedilla" o cómo Franco se quedó con Falange*, Debate, Barcelona, 2014.

--------, *José Antonio. Realidad y mito*, Debate, Molins de Rei, 2022.

TOMASONI, M., *El Caudillo olvidado. Vida, obra y pensamiento de Onésimo Redondo (1905-1936)*, Comares, Granada, 2017.

TRAVERSO, E., *A sangre y fuego. De la guerra civil europea, 1914-1945*, Universitat de València, Valencia, 2009.

TUSELL, J., *Franco en la guerra civil. Una biografía política*, Tusquets, Barcelona, 1992.

--------, "La evolución política en la zona sublevada" en JULIÁ, S. (ed.), *República y guerra en España (1931-1939)*, Espasa, Madrid, 2006, pp. 363-420.

UGARTE TELLERÍA, J., "El voluntariado alavés en el ejército franquista. Estudio sociológico (1936-1939)" en de RUIZ-MANJÓN CABEZA, O. y GÓMEZ OLIVER, M. (eds.), *Los nuevos historiadores ante la guerra civil*, Diputación Provincial de Granada, Granada, 1990, pp. 55-84.

--------, "El carlismo en la guerra del 36: la formación de un cuasi-estado nacional-corporativo y foral en la zona vasco-navarra", *Historia Contemporánea* n.º 38 (2011), pp. 49-87.

--------, "Fal Conde: Carlismo y modernismo", *Revista Universitaria de Historia Militar*, vol. 7, n.º 13 (2018), pp. 482-513.

VEGA SOMBRÍA, S., *De la esperanza a la persecución. La represión franquista en la provincia de Segovia*, Crítica, Barcelona, 2005.

VIDAL, C., *La guerra de Franco. Historia militar de la guerra civil española*, Planeta, Barcelona, 1996.

--------, *La guerra que ganó Franco. Historia militar de la guerra civil española*, Planeta de Agostini, Barcelona, 2007.

VILLA GARCÍA, R., "La urna y la pistola" en DEL REY, F. y ÁLVAREZ TARDÍO, M. (eds.), *Políticas del odio: violencia y crisis de las democracias en el mundo de entreguerras*, Tecnos, Madrid, 2017, pp. 281-334.

VINCENT, M., "La reafirmación de la masculinidad en la cruzada franquista", *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 28, n.º 28 (2006), pp. 131-151.

WAITE, R. G. L., *Vanguard of Nazism: The Free Corps Movement in Postwar Germany, 1918-1923*, The Norton Library, Nueva York, 1969.

WRIGHT, S., “Los mutilados de Franco: el Benemérito Cuerpo y la política social en la España franquista”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, vol. 5, n.º 9 (2016), pp. 75-92.